

LORENZO GARCÍA VEGA

2 - III 28
Copy 1960

ANTOLOGÍA
DE LA
NOVELA CUBANA

DIRECCION GENERAL DE CULTURA
MINISTERIO DE EDUCACION
LA HABANA
1960
AÑO DE LA REFORMA AGRARIA

NOTA

La publicación de los textos del siglo XIX, ha sido posible gracias a la cooperación de la Dirección de la Biblioteca Nacional «José Martí», que puso a nuestra disposición todos sus recursos técnicos.

LORENZO GARCÍA VEGA

ANTOLOGÍA
DE LA
NOVELA CUBANA

DIRECCION GENERAL DE CULTURA
MINISTERIO DE EDUCACION
LA HABANA
1960
AÑO DE LA REFORMA AGRARIA

PQ 7386
F3G3

MPA 22 Aug 60

Copyright, 1960

Impresores ÚCAR, GARCÍA, S. A. - Teniente Rey No. 15, La Habana, Cuba

PROLOGO

Proponía Ortega y Gasset, en su análisis de la novela, olvidar sus temas, girando por «la exquisita calidad de los demás ingredientes necesarios para integrar un cuerpo de novela». Venían, por lo pronto, estas observaciones, a abrirnos sobre los recursos y bastidores de los novelistas, es decir, sobre ese como necesario alquímico, en que ellos elaboraban y fundían, las piezas que, después, habían de metamorfosearse en el airecillo que recorrería a los personajes y sucesos de sus obras.

Y siguiéndolo en esto, nos encontramos de inmediato, con una reflexión que nos hace detener. En ella, su análisis topa, con la irresistibilidad que le producen las novelas de Balzac, explicando: «Si se me pregunta por qué la obra de Balzac me parece inaceptable (Balzac mismo, como individuo, es un ejemplar magnífico de humanidad), responderé: «Porque el cuadro que me ofrece es sólo un chafarrinón». ¿Qué diferencia hay entre el chafarrinón y la buena pintura? En la buena pintura, el objeto que ella representa se halla, por decirlo así, en persona, con toda la plenitud de su ser y como en absoluta presencia. En el chafarrinón, por el contrario, el objeto no está presente, sino que hay de él en el lienzo o tabla sólo algunas pobres e inesenciales alusiones.»

Y son las solas palabras de esta cita, las que, al detenernos en una contrastación, pueden sumirnos, sin más voltereta, sobre el espacio que podemos buscar, a través de la historia de nuestra novela. Hemos aquí, pues, que una cita sobre lo inaceptable en Balzac, y por extensión, sobre lo inaceptable de lo figurativo, nos despliega lo que, al recorrer nuestros relatos, constituye un punto de asombro y de secretas interrogaciones. El chafarrinón, el objeto que no está presente, y lo que queda en el lienzo de «pobres e inesenciales alusiones», señalado por Ortega y Gasset como un peso muerto, puede empezar, sin embargo, a remover una imprevista, pero necesaria emoción. Así, un calesero ebrio, a horcajadas sobre un caballo que tenía más de rocinante que de Bucéfalo; la mañana, con la salida al patio de la

16 ag 60

gallina «por entre el cabio y el quicio de la puerta»; la concurrencia, en un capítulo, de gatos, palomas y gallinas saltando sobre los respaldos de las sillas; o «un catre de viento, que se abría de noche y se cerraba de día, a fin de despejar el campo» (anécdotas traídas por Cirilo Villaverde, que con el recuerdo de las casas de campo, en su acurrucamiento de animales, hizo posar a las gallinas de Guinea sobre las matas de aguacate, a través de la peregrina metáfora de la alcándara), irrumpen con lo tierno y pobretón de los fragmentos, hasta sugerirnos un manchón, un colorido, cuyo centro se nos hace necesario, por estar radicado en lo reminisciente. Y no es sólo esto, sino que, el mismo sabor de chafarrinón, que Ortega paladea con desagrado al repasar las novelas antiguas, toma para nosotros una calidad que, desprendiéndose de las anécdotas que lo contienen, nos lleva a sospecharle una nueva posibilidad en la visión.

Ya con esta calidad, podemos atenuar el vacío de esas «pobres e inesenciales alusiones», volviéndonos a buscar el objeto que no está presente en el cuadro. Y esto es así, al saber que lo no resuelto con que se enfrentan nuestros novelistas, al proliferar en el colorido de un detalle reminisciente, nos hacen sostener la mirada sobre el trémulo paisaje, que a cada momento parece escapárseles.

De este género de espesas alusiones, o encubrimiento de objetos, son también de notar, la especial calidad que adquieren entre nosotros las comparaciones. Para mostrar esto, no es preciso separarnos del novelista con el cual hemos ejemplificado. También en ello, pues, Cirilo Villaverde puede darnos la primera lección. Vemos con él, negras esclavas con saco talar, «para que no faltare nada a la tosca imitación de la túnica romana»; y de inmediato, esta comparación nos trae el recuerdo de otro americano, Juan Montalvo, que en sus «Siete Tratados», hace figurar a los indios de Cotacachi con brazo al aire, «como los antiguos romanos». Sorprendiendo, al detenernos en estas comparaciones, una mezcla, muy americana por cierto, de intentar agarrar el impreciso contorno de nuestra circunstancia, con contrastaciones que, en la delirante mimesis que proponen, saltan hasta un relieve que el mismo autor no sospechó, pero que, para nosotros, nos ofrecen la posibilidad de historiar la imagen, al surgir de los hechos con los cuales el relato se enfrentó. Esto, como puede sospecharse, tiene un singular interés, al permitirnos, quizás, intentar la crítica de ese diálogo, o de ese paisaje, que entrevisto a veces solamente, es perseguido por nuestra expresión.

Tenemos así, volviéndonos a otro ejemplo, a los principales personajes de una novela del siglo pasado, de una novela de Suárez y Romero. Francisco y Dorotea, sus héroes, son concebidos en visión totalmente estática, con sentido planimétrico; sin contrastar con nin-

guna otra figura del relato, pues todas ellas se presentan bajo el mismo trazo. Pero he aquí que, aunque de un modo ingenuo—y, por supuesto, ignorado por el novelista—, el apagado colorido de sus presencias, nos ofrecen también un fresco contraste, que nace, como en el caso de las comparaciones anteriormente citadas, del hecho de figurar Suárez y Romero a dos esclavos, con los artificiosos diálogos de una égloga romántica. Y es que este primitivo contraste, entre personajes elaborados con referencias librescas, y el apagado telón de una circunstancia que el novelista no llega a apresar, crea en la perspectiva del tiempo, para los que hoy somos sus lectores, una manera de entrever el paisaje que el novelista no pudo ocupar con su expresión; y un sabor, ante sus ingenuas contrastaciones, de desazón o desarraigo que, afortunadamente, no sentimos como una limitación, sino como una forma de posibilidad crítica, donde el hecho de encontrarnos personajes o sucesos, surgidos por mimesis de anteriores lecturas del autor, tenga la misma eficacia, que la comprobación de hallarnos, frente a una descripción tensamente vivida por el que la relata.

No es ésta, visión para un paladeo de proliferaciones esteticistas, propone algo más: una manera de penetrar, por los momentos de indecisión, o de escaso relieve, que ha tenido nuestra literatura; salvando así, el dibujo que, a contrapelo de su insuficiencia, han trazado los que se han manifestado dentro de ella. Se trata, de captar ese paso que, considerado en sí, se nos arracima como endeble. Pero, en donde no debemos detenernos, sino que, haciendo girar su relieve, podemos encontrar, en lo pobre y escaso de él (en eso que podríamos llamar como un casi hueco..., y donde comprobamos que el objeto no acaba de estar presente), la tendencia o movimiento hacia una integración.

Esta búsqueda de la metáfora como sujeto, como danzante de un contrapunto de analogías, no sólo es de proponer, para salvar esa insuficiencia, o esa como realidad de bosquejo, que en ciertas novelas se manifiesta; sino que, en el caso de nuestra expresión, y más aún en el de nuestra novela—por lo indisolublemente unida que va ella, al hecho de poder adquirir un rostro, la circunstancia que ha de expresar—, el contrapunteo de esas metamorfosis se hace extraordinariamente necesario, para explicar el fulgor, o la fuerza de irradiación, que algunos detalles pobretones adquieren dentro de ella. Y es que puede parecernos que, de lo áspero y escaso, de los insignificantes sucesos detenidos en una reminiscencia, que no es sólo del que la relata, sino que la sabemos como nuestra, podemos derivar en una forma de crítica, que haga posible hacernos visible el diseño de ese espacio, al cual lanzaron sus miradas nuestros anteriores novelistas.

Así, también, en el caso mayor de la expresión cubana: en José Martí. Yendo por lo breve de su novela, «Amistad Funesta», tendremos comparaciones y metáforas, en las cuales, no sólo se detiene un pequeño objeto frente a la mirada, sino que, como un toque que no acabamos de ceñir, se nos lanza hacia la prisa de un secreto. Y es lo del personaje, o lo de un paisaje, dejando de significar detalles de cenizoso croniqueo, porque es que escapa en movimiento, hasta rematar en lo alteroso de petrificados conjuros. «De una iglesia que tuvo los techos pintados y dorados de oro fino de lo más viejo de América los capiteles de los pilares, quedaba en pie, como una concha clavada en tierra por el borde, el fondo del altar mayor, cobijado por una media bóveda: un bosquecillo había crecido al amor del altar; la pared interior cubierta de musgo, la daba desde lejos apariencia de cueva formidable; y era cosa común y sumamente grata ver salir de entre los pedruscos florecidos, al menor ruido de gente o de carruajes, una banda de palomas». Tenemos aquí una descripción, con la lazada de algunas palabras sobre lo romántico de las ruinas. Pero si nos acercamos a ellas, vamos comprobando un juego de superpuestas figuras, un reto de entrelazar elementos, donde lo real de un hecho relatado, la vieja iglesia, se metamorfosea de inmediato ante nuestros ojos, en un laberinto de contrastaciones. Y la banda de palomas, saltando al menor ruido de gente o de carruajes, deja de ser un elemento descriptivo más, pues su calidad metafórica, le transfiere un especial papel, una suerte de metamorfosis, por la cual ella comienza a girar, proponiéndonos una posible historia. He ahí, entonces, un centro, un pobre y escaso detalle, quizás apenas sugestivo: el vuelo de unas palomas asustadas. Pero su imagen de postalón romántico, su visión de algo ingenuamente superpuesto a unas ruinas, muy de acuerdo con el espíritu de la época, adquiere ante nosotros, al pincharla críticamente en su sola función de metáfora, todo un relieve en que el párrafo donde está inserta comienza a desplegarse. El hecho de una como «concha clavada en tierra»; la pared interior cubierta de musgo, como cueva formidable; todos estos brincoteos en la descripción, en fin, se unen a la visión que hemos agarrado, la estampa de unas palomas que, como pisapapel de un pintor primitivo, se colocan sobre las ruinas de una iglesia americana.

Llegados a esa comprobación, he aquí que lo que era una de las piezas descriptivas de una novela del siglo pasado, de una novela de José Martí (sobre la cual, si consultáramos los manuales literarios, se nos hablaría de un enredijo de periodos, hasta clavar el relato en un determinado fichero), se nos hace una tensa y obsesiva imagen que, abriéndonos una nueva interpretación, nos salva además, de esa visión del chafarrinón, de lo escasamente sugestivo, que con

el texto de Ortega y Gasset habíamos comenzado. La imagen de las palomas, como pisapapel de unas ruinas, uniendo su detalle a lo pintoresco de conchas y de cuevas, puede pues, también fijarnos la novela de Martí (novela que, por demás, con el fino y minucioso temblor con que se acerca a sus personajes femeninos, recuerda cierto toque, transparente y fantasmagórico, de algunos relatos contemporáneos), en esa misteriosa zona, de lo que es hasta ahora una imposibilidad para nuestra expresión; en la zona del que ha de soplar sus personajes y escenarios, sobre una circunstancia que no ha mostrado su rostro, dado el equívoco de sus contornos.

Y es de decir aquí, que podemos señalar que no es mera casualidad, el hecho de que uno de los novelistas incluidos en esta Antología, José Lezama Lima, haya expuesto, en sus ensayos sobre «La expresión americana», una forma de crítica, cuyo anticipo entrelaza con palabras de Ernest Robert Curtius: «Con el tiempo, resultará manifiestamente imposible emplear cualquier técnica que no sea la de la 'ficción'».

Esta forma de crítica pretende, con «obligación casi de volver a vivir lo que ya no se puede precisar», toda una impulsión del sujeto metafórico, a través del espacio contrapunteado. Es decir, la búsqueda de un hecho reminiscente, de un fragmento en lo que se relata, por el cual sospechamos, pese a lo chafarrinesco y deleznable que sea la impresión que nos produzca en total la novela que leamos, toda una manera de contrapuntear analogías, tratando así, de animar el paisaje que, aunque no expresado—y las vicisitudes de esto, constituye la zona más oscura, y de más necesaria comprensión para nosotros, si queremos rendir un espacio, donde nuestros hechos puedan ser vistos—, nos ofrece, sin embargo, los pequeños soplos, los reversos del objeto que no acaba de estar presente, hasta comunicarnos con ellos, todo un lujo posible de iluminar la circunstancia.

Así, volviendo al ejemplo de Martí, nos hemos detenido en un detalle descriptivo, que por su calidad de metamorfosis, nos empieza a alumbrar las piezas de su relato. Pero ya puestos en ello, podemos desde ahí, indagar, lo que quizás es una nota de nuestra expresión novelística: la nota de las bambalinas.

Hagamos para ello, la pirueta de unas contrastaciones. Acudamos al momento más incipiente de nuestra expresión novelesca. Tendremos a Sab, el relato de Gertrudis Gómez de Avellaneda, con la primitiva y deliciosa suspensión, con que se topan las figuras al comienzo de su libro. Veremos al personaje, con metáfora que, por su andamiaje, hemos de encontrar también en Cirilo Villaverde, es decir, la metáfora en que la cabeza del personaje, se enreda en comparación con algún animal. Y así, Sab ha de ser el del «pelo negro

y lustroso como las alas del cuervo», como en Villaverde la «larga y abundosa trenza» de los cabellos de una criolla, «se desarrolló y desmadejó toda cubriéndole la espalda con sus ondas sedosas y brillantes, cual las alas del totí»; o un sombrero de pajas sobre un «zarzal de pasas», simulaba «los cuernos retorcidos de un borrego». (Esta nota de las comparaciones y metamorfosis—y no es de resistirnos a la tentación de señalarlo aquí, aunque con ello escampemos, en lo siempre molesto de una digresión—alcanza su más pintorreado punto en Nicolás de Heredia, donde las metáforas, cubanas ya, se levantan con gracia y colorido: «se puso encendido como la pulpa del mamey», «el mismo Foronda a su lado parece un tomeguín», «se ruborizó con los encendidos colores del ají maduro», «aquel pie del tamaño de una almendra, que se movía nerviosamente, dentro de su mano, como un sunsún aprisionado en una jaula». Pero adviértase que en Heredia, las metáforas sobre la cabeza del personaje, se enredan en lo vegetal: un gran moño con peineta «evidenciaba la riqueza de vegetación», «no por silvestre indigna del lienzo y los pinceles». Y es curiosa, en la pobre circunstancia literaria de su momento, este aparecer un tanto desmedido, que da carácter de retablo a las estampas, y que irrumpe con el guajiro Manengo, con jipijapa «tan ancho como un paraguas», entre «el impermeable magnigal de sus cabellos».)

Pues bien, volviéndonos a Sab, en nuestra búsqueda de una explicación, he aquí que doña Gertrudis Gómez de Avellaneda, ha de desenvolvernos una cubana noche de lluvias, con delicioso atuendo de disímiles y encapotados objetos. Sin embargo, este falso paisaje de una tempestad entre nosotros, con perros de cola «baja y espeluznada», nos resulta simpático, pese a que lo sabemos, por las calculadas demoras para precipitar un acontecimiento, y por la intercalación de sucedidos en los capítulos, como una absoluta mimesis de la tramoya teatral. Porque empezamos a conocer, que la ingenua simpatía que por él podemos sentir, deviene de lo yuxtapuesto y artificioso, de su calidad de espectáculo de bambalinas, que vierte sobre nuestros campos—con la misma simplicidad de uno de los personajes, que muestra su garganta vaciada en «un bello molde griego», una multitud de medallones románticos. Pero, detengámonos aquí. Con ello, hemos verificado, el cumplimiento trazado más arriba, de acudir a lo más incipiente de nuestra novelística. Y fijemos, solamente, como cifra de un relieve, este toque de bambalinas, deviniendo de lo yuxtapuesto.

Ahora, estamos en lo más reciente de la novela cubana, y el personaje, confiesa su amor a los saltos, a lo vertiginoso de unir lo trascendental con lo raro. Reconoce, también, su propósito de llegar hacia una «alta acrobacia de la cultura», y aunque su vacío nos

precisa en nuestros gestos de lectores, haciéndonos virar, conscientemente, hacia las sorpresas y vericuetos de una novela contemporánea, el novelista, que lo es Alejo Carpentier, nos dice: «Yo identificaba los elementos de la escenografía, ciertamente. Pero en la humedad de este mundo, las ruinas eran más ruinas, las enredaderas dislocaban las piedras de distinta manera, los insectos tenían otras mañas y los diablos eran más diablos cuando bajo sus cuernos gemían danzantes negros». Después, y por boca del personaje, señala «El absurdo de este andar a través de lo superpuesto». Y la añoranza romántica del paisaje, tema de la novela del siglo pasado, vuelve en Los Pasos Perdidos, pero ahora, con lo crítico de un enredijo, que nos ofrece en su imposibilidad, toda una suerte de onírico reverso, donde al desleirse lo anecdótico, comienza lo de proliferaciones en la imagen, a través, precisamente, de ese saber que estamos, en lo deleznable de múltiples telones. Así, después de abigarrados capítulos sobre la selva americana, el personaje abandona sus descripciones, diciéndonos: «Hay como telones que se cierran en torno mío. Ciertos elementos del paisaje se me hacen ajenos; los planos se trastrucean». O repasa, también, al llegar a la ciudad, la posible bambalina de sus recuerdos en la selva, añadiéndonos: «Tengo en mi maleta una novela famosa, de un escritor sudamericano, en que se precisan los nombres de animales, de árboles, refiriéndose leyendas indígenas, sucedidos antiguos, y todo lo necesario para dar un giro de veracidad a mi relato.»

Define así, el novelista Alejo Carpentier (si le aplicamos a sus relatos y a sus citas, esta manera de contrapuntear, que hemos señalado en las anteriores páginas, donde los fragmentos encontrados en los relatos, al herirnos como soplos o como trofeos de irradiación reminiscente, nos ofrecen, secreta y oscuramente, toda una posibilidad de sentido), esa zona de nuestros relatos, que podemos situar dentro de las bambalinas, y dentro del destartalo. Y, agarrándonos a este toque o zona, los puntos que, para contrastar hemos entresacado, empiezan a aflorar, con un acento que se nos hace necesario.

Las escenográficas tempestades de la Avellaneda, ya no sólo revelan su débil y casi ineficaz gesto de acercarse, sino que, pinchadas por este contrapunto de reminiscencias, nos emocionan, al poder-nosla referir entonces, como un ligero, pero misterioso trazado, que al tratar de deletrear nuestros hechos, revela la imposibilidad del esfuerzo, para apoderarse del paisaje que describe.

También de este aflorar, adquiere otra significación, el señalado paisaje de Martí en «Amistad Funesta». Y el lujoso regocijo de metamorfosearse una vieja iglesia americana, por el pisapapel de unas palomas, en clavadas conchas, y en paredes con cuevas, nos avalanza

de inmediato a otro júbilo: al júbilo de saber que, con la palabra ganada por Martí, la zona entrevista como de bambalinas y de desconchados escenarios, se nos rinde ya, con un fulgor distinto, que le viene de ese intuitivo relieve, desde donde Martí pudo prefigurar nuestras posibles búsquedas.

Con lo rápido de estas notas, vemos cómo lo crítico de un contrapunteo puede, en lo áspero, y a veces pobre, de nuestra experiencia novelesca, detenernos en manifestaciones, que si bien no han logrado el esplendor de entregarnos una realidad, pueden, pese al chafarrinón que dejan en nuestra mirada, sumergirnos, desde sus mismos vacíos, al historial de sus entrevistas intuiciones del paisaje, y a lo áspero de sus gestos por lograr relatarlo. Manera crítica de mirar ésta, por la cual, los novelistas extienden, o detienen en el detalle, un como aparente tapiz de otro plano (recordemos la ingenua experiencia de Suárez y Romero, superponiendo héroes eglógicos, sobre un fondo planimétrico, y asomándonos, sin embargo, por la perspectiva que el tiempo ha dado a su relato, con un sabor de desarraigo), que a primera vista puede parecernos un juego proliferante, pero que, al detenernos en ella, nos hace abandonar todo estéril embadurnamiento de realismo, para intentar así, la búsqueda de los más esenciales contornos. Con las ciudades relatadas por Alejo Carpentier, por ejemplo, tendremos, no sólo la graciosa ambigüedad de poder inmovilizarnos en cualquiera de sus esquinas, girando trasnochados arlequines sobre la superficie de un bar minuciosamente contemporáneo; o grabando, paradójicamente, las catástrofes de sus fragmentos, en piezas que simulan inmutables y arcaicos relojes; sino que, al agarrar en ellas, la imagen de los antiguos mapas de navegación, con el artificio de una isla trocada en caracol, sus calles marinas empezarán a levitar, hasta hacernos comprender, que las melenas de aspas de nuestros viejos grabados, ya pueden colar su onírica historia; la historia que, relatándose en lo irreal, nos abra la posibilidad de las metamorfosis. Y así, al calificar el novelista, de «ciega geometría» a las lajas eriguídas—restos de la antigua civilización americana—, esta calificación alcanzará otro rostro, que será el de esa posibilidad que sospechamos en la novela, de topar con una sobre-realidad, donde nuestros fragmentos se integren.

Pues no es de olvidar, que el romanticismo del paisaje, lo de detalle o prolijidad en su descripción, siempre ha sido, entre nosotros, inevitablemente académico. Esto traza, cuando queremos acercarnos a la crítica de nuestros relatos, una especial cuestión. Se trata, nada menos, de que el apresamiento de un contorno, o de una circunstancia, no ha sido lograda. Para apuntalarnos en esto, detengámonos en un caso de nuestra historia plástica: el personaje Liborio como creación del pintor Landaluze. ¡Cuánto puede decirnos, esta imagen

superficial, y falsamente risueña de un guajiro! Nos evidencia esa chabacana visión, que el contacto con lo español, ha dejado en muchos de nuestros acercamientos a lo que hemos entendido por lo cubano. Y es que, el excesivo rebuscamiento, que nos lleva, en muchas ocasiones, a la acartonada manifestación de arquetipos y caracteres, con equivocada y prescindible tendencia, de encontrar lo cubano en lo temático, tiene entre nosotros una raíz de mala influencia: la del aparatoso ropaje, con que a veces lo español se nos presenta. Siendo de estudiar la peculiar paradoja de esto, si recordamos la influencia de Lorca y del Romancero, en algunos de nuestros poemas folklóricos, y la influencia de Zorrilla sobre el nativismo del Cucalambé.

Es decir, que pese a la característica de extraversión, y a lo inmediato y como táctil de nuestra luz, que puede señalárenos, el relato de lo que nos rodea deviene en retórica. De ahí que, al girar críticamente, por los aciertos que nuestras novelas han conseguido, al describir la circunstancia de lo cubano, nos encontramos con escasos detalles, con pequeños objetos. Pero, he ahí la paradoja, pues estos detalles, o estos diminutos objetos clavados por la mirada, parecen proceder, dada la necesidad y emoción con que nos agarran, de la reducción de un paisaje que exista previamente. Así, si nos fijamos en los destartados objetos de Carlos Loveira, o si, al decirnos él «escarranchado sobre un serón repleto», recogemos la realidad de miniatura chillona que, también, asoma por sus palabras, nos andamos a la impresión, de que objetos y palabras, no están yuxtapuestos al sordo y febril erotismo que transcurre por su novela, sino que, al contrario, nos proponen, con una pesquisa que alivia todas las limitaciones que podamos encontrar en el relato, una búsqueda, donde las correspondencias de estos fragmentos, nos hagan vislumbrar nuestro paisaje. Y si miramos el baúl del personaje Juan Criollo, baúl que es el único recuerdo de su madre, y donde guarda los papeles de su primer esgarce amoroso, tenemos que, la relación que se establece en la novela, entre ese objeto y los papeles guardados en él, singularizan en Loveira, un modo certero e intuitivo de rozar la realidad. También, cuando en el comienzo de su Juan Criollo, nos cuele a los personajes por «el barrio de Cecilia Valdés», raspando, en la iglesia del Ángel gotas de cera y lagrimones de cirios, «para ponerles sandalias de cera a las vírgenes descalzas», la imagen se le hace visible al lector, haciéndolo saltar, hacia el posible gesto de la palabra en Loveira. Pero no es esto lo que nos detuviera, si páginas más adelante, no nos encontráramos con los soplos de unas correspondencias, pues en una casa del Cerro hay, frente a Nuestra Señora de Regla, la madre mestiza, «un Cristo de palo, de equivocada anatomía y mal clavado en la prieta cruz, que mostraba sus chorros de almagre». ¡La imagen de palo!, ¡el objeto pobre! He

aquí, que como en el caso de las bambalinas, las metamorfosis de la imagen empiezan a gravitar, proponiéndonos un paisaje, que sabemos que es el nuestro. Ya, con ello, la cita de haber estado el personaje por «el barrio de Cecilia Valdés», adquiere para nosotros un sentido, que, paradójicamente, nos ha sido entregado por lo fragmentario y escaso de desvinculados objetos. Pues la virgen mestiza de Loveira, y su Cristo de «equivocada anatomía», nos llevan a la estatuita descabezada de San Genaro, frente a la cual, Cirilo Villaverde oía los relatos de labios de su abuelo; proponiéndonos así, por lo roto del objeto, a través de su destartado historial, toda una búsqueda en los recuerdos, para desentrañar las correspondencias que, en sus escasos gestos, nos incitan con fuerza alucinante.

Todo esto, quizás, pueda ser considerado, como una consecuencia de la inconexión en el transcurrir de nuestra cultura. Pero, acercándonos más, podemos sorprender en ello, la imantación de un modo de buscar nuestro centro, que puede por sí solo, justificar la tentación de deslizarnos por nuestras novelas, con lo crítico de indagar en soplos, y en pequeños detalles.

Así que, quizás no tengamos que rechazar del todo, a la convencional mirada con que nuestros primeros novelistas se detienen frente al paisaje, si los referimos bajo una escueta perspectiva plástica, es decir, bajo la perspectiva del grabado.

No se trata de buscar estilizadas correspondencias (pero no será ocioso advertir, la curiosa relación de los grabados, con la visión de lo fotográfico, y aún con cierto humo filmico), o de desarrollar, un estrecho paralelismo entre lo literario y lo plástico; pero con ello, sí podemos hacer visible, el andamiaje de lo que es una de nuestras miradas; y, además, el retablo de pequeños objetos y de detalles pobres en nuestros novelistas, pueden quizás, resaltar toda la aspereza de su discontinuo contacto con lo cotidiano, por la posición que alcanzan, al ser colocados en lo como plástico del grabado.

Para esto, para que así podamos verlo, se arrumba la realidad en una de nuestras novelas, «La sangre hambrienta» de Enrique Labrador Ruiz, en lo inmóvil de un espejo de barbería de pueblo, diciéndonos el novelista, que era «como perspícaz cinematógrafo», con fondo en que «se agitaba un mar minúsculo y lejano». Y bajo este centro levemente filmico, que cuadricula a los personajes con espesa pesadilla, vemos cómo empieza a pincharnos la visión del grabado, hasta que después, algunos personajes parecen surgir de él, como es el caso de la buena Marcelina, descrita por Labrador Ruiz, con «dientes como coco, la piel como ébano, las manos, fichas de dominó, blancas y negras, como alas, voladoras».

Otras escamas de los personajes, marcadas por los trazos de espejos filmicos, se riegan con una febril mimesis de vida literaria, en el novelista Alejo Carpentier. Y he aquí, que también dentro de ello, topamos con los símbolos, convertidos en figuraciones de grabado, y al andar con el novelista por lo sombrío de Europa, tropezamos con un «retablo del polvo»; o al escondernos en Los Altos, el neblinoso pueblo americano, sorprendemos a la noche, que muestra «estampas de edificación y estampas del infierno sacadas de las tinieblas por los focos del alumbrado municipal». Y también el silencio ante el paisaje americano, clavando cosas como un guijarro, como un árbol, o como un venado, en una paradójica planicie donde, junto a lo inefable de su extensión, se mueve un juego de andamiajes y pesquisas, nos hace comprender que las imágenes han hecho, miniaturescos personajes de un grabado neblinoso, donde el novelista, al saludar la tensa cetrería que Fray Servando de Castillejos ha desenvuelto en su relación, nos opone a lo inexpresable del contorno, la sabrosa pausa de una piedra, cuyo perfil es un saurio.

Como en la zona de las bambalinas, apuntalada por las citas del novelista Alejo Carpentier, vemos ahora, que volvemos a tenerlo aquí, junto con el espejo de Labrador Ruiz, para llevarnos a ese contrapunto del grabado, que como cierto rostro de lo fotográfico, tratamos de develar por nuestros relatos.

Pasemos, pues, con ello, al capítulo de uno de esos novelistas del siglo pasado, sobre los cuales hemos señalado una detención convencional frente al paisaje. En este capítulo, que lo es de Nicolás de Heredia, se nos refiere el chillón de nuestros caminos, con el embullo de los guajiros que van al baile; pero se nos presenta todo esto, con el incomprensible trazo de una romería, donde no deja de aparecer, la inevitable cita de Don Quijote y Sancho. De inmediato, lo que sentimos es un aturdimiento, un topetazo de lo híbrido y de lo grotescamente yuxtapuesto. Pero, al haber gravitado la imagen, hacia la espesa pesadilla del espejo barbero, con su «mar minúsculo», o al destapar las «estampas del infierno», después de haberlas descolgado de «los focos del alumbrado municipal», el centro de situar una zona de nuestra novelística del siglo pasado dentro de la irradiación del grabado, nos salva la prisa anecdótica de su paisajismo retórico. Ya sabemos qué hacer con este capítulo de Nicolás de Heredia. Comprendemos que, al hacerlo girar se empieza a mostrar el embadurnamiento, con que el novelista manchaba a nuestras anécdotas, de una molesta y superficial influencia de lo español. Y no es sólo esto, sino que si nos acercamos un poco más a esta imagen comprendemos que Heredia, con la mezcla de su chafarrinón nos ofrece un rostro de lo equivoco, en el pandemonio, cenizoso y deca-

dentista, de los últimos tiempos de la colonia: «Había también por dondequiera puestos de frituras y también de estampas del santo con sus versitos al pie que empezaban en décima y acababan en soneto.»

En otros capítulos como «Otra vez la fortuna bajo un copioso aguacero», un vientecillo fabuloso empieza a soplar, por lo ingenuamente mostrado en los sucesos. Estamos con el mejor novelista cubano del siglo pasado, Ramón Meza y Suárez Inclán. La forma, graciosamente entrecortada, cruza por los personajes, cierra sus risas o indignaciones en rápidas estampas, regalándonos una como fotográfica visión, en que el falso y colorinesco mundo de los entorchados personajes del pintor Escobar, se pueblan de ramazones fantásticas, impulsando la caza de inusitados juegos, a través de lo sencillez de nuestros objetos. Y, he aquí, que ya entre lo real y lo irreal, entre lo equivoco de nuestros sucesos y lo levitante del grabado, el sentido de la mezcla se convierte en uno de los centros del libro, con el rápido paso de enumerar escuetamente sensaciones, arracimando a los gestos en un trazo absurdo. (Así, en ciertas observaciones sobre la sensibilidad de los personajes, fijadas en ese estado, donde los sentimientos parecen resbalar a lo grotesco de un juego: «Contemplaban la luna, aquellos señores, con ese sentimiento de melancolía que se apoderaba del ser más insensible ante aquel sublime espectáculo de la naturaleza, melancolía muy aumentada en ellos por esa profunda ternura que suelen sentir los glotones, después de una abundante comida rociada, a menudo, con sendos tragos de exquisitos y diferentes vinos».)

Vemos aquí pues, en el caso de Ramón Meza, cómo al situarle algunos trazos dentro de la imagen del grabado, empieza éste a encandilar sus luces, con el subrayado alucinante de que los detalles no se muestran como reales, sino que se sumergen, en un como peso del frío, que lo invade todo: «la carne blanca como el marfil de un hermoso pargo». Y es que, cuando a los elementos de las más sordidas realidades descritos por Meza, le incorporamos este sentido, cobran una expresión que los desequilibra, retándoles la posibilidad de su sortilegio.

Pero, basta como ejemplos, con estos rápidos trazos por el espacio de nuestra novela. De inmediato, sin embargo, comprendemos, que algunas dificultades han de expresar su objeción, a esta manera de centrarnos en zonas de la ficción, o en puntos de tensa calidad reminiscente. Hemos hablado, así, del grabado, como fondo que salva lo neutro del paisajismo descriptivo, en nuestros primeros novelistas. Para ello, hemos acudido a las experiencias más recientes, subrayando pasajes de Labrador Ruiz y de Alejo Carpentier. Después, hemos saltado, haciendo breves rasgos, por el espacio de Heredia

y de Ramón Meza, queriendo estructurar la visión del grabado, como un posible antecedente de lo fotográfico, es decir, de esa forma de visión, en que los detalles, o los mismos personajes—concebidos en dimensión fragmentaria—, rindan el dislate de sus anécdotas y de sus metamorfosis.

Pues el intento de cazar en lo chafarrinesco de muchos de estos relatos, no sólo sin olvidarles su equivoco, sino, buscando por un contrapunto en la imagen, zonas o relieves en la ficción (por las cuales, penetrando en ellas, podamos entrever, el compromiso que con su calidad de tensión, tuvo el escritor en el momento de su relato), nos lleva a separarnos de toda esa manera crítica, por la cual un autor es juzgado con visión de manual, refiriendo sus limitaciones y contornos con segura precisión. Porque conscientes, de lo incompleto y escaso de muchos momentos de nuestra novela, no podíamos marcarla con ficheros de influencias y correspondencias hueras. Es que, como ya hemos señalado al comienzo de estas notas, la misma calidad de lo equivocadamente sugerido, lo de pobres e inesenciales alusiones, al mostrárenos con lo paradójico de una tensión inasible, de una búsqueda por la imagen, donde por contrastaciones y analogías podamos sospecharle su centro, nos enfrenta, al repasar a nuestros novelistas, no con un espacio de seguras coordenadas, donde poder referir estáticamente sus asomos, sino en una incitación a la «obligación casi de volver a vivir lo que ya no se puede precisar», que indicamos como forma de una posible crítica.

Nos situamos así (al detenernos en esta Antología, con el afán de llevar a una incitación, para buscar posibles zonas de nuestros relatos), en una posición que reniega de todo balance, de todo compromiso de inútil solidificación, no sólo con las más recientes experiencias de nuestra novela, sino también, con aquellas maneras de entrever nuestro paisaje que se encuentran dentro de las, en muchas ocasiones, incipientes experiencias de los novelistas del siglo pasado. Referimos así, algunos sucesos, o el describir de una circunstancia, con la mirada con que pudiéramos observar un dibujo, aunque dándole a éste, el significado que en su definición nos abre Liebermann: «Dibujar es dejar escapar». Tratamos, con ello, como en lo tan repetido, de aferrarnos a la piel chafarrinesca de nuestros relatos, conseguir desde el fracaso que en muchas de nuestras experiencias novelescas se evidencia, una forma de salvarnos de su peso muerto, a través de las metamorfosis que, establecidas desde la imagen, las pongan en relación con la poesía:

En «¿Qué es la literatura?», hemos leído, de Juan Paul Sartre, estas palabras: «Recíprocamente, la prosa más seca encierra siempre un poco de poesía, es decir, cierta forma de fracaso. Ningún pro-

sista, ni el más lúcido, comprende completamente lo que quiere decir; dice demasiado o demasiado poco y cada frase es una apuesta, un riesgo que se asume; cuanto más se tantea, más se singulariza la palabra; nadie, como lo ha demostrado Valéry, puede comprender una palabra hasta el fondo. Así, cada palabra se emplea simultáneamente por su sentido claro y social y por ciertas oscuras resonancias, casi diría por su fisonomía». Y esto nos puede explicar, el relieve en donde hemos querido situarnos, buscando en lo incipiente, y a veces excesivamente fragmentario, esa cierta forma de fracaso, donde el paisaje no alcanzado, o el vacío que deja, la ausencia de un objeto que no ha sido expresado del todo, comiencen a fijarnos, por lo metafórico de sus fragmentos, en esa nueva impulsión, desde donde la palabra, aún con el gesto de una indecisión, nos revele, sin embargo, lo que nos deja por conjurar.

Nada, por esto, de la visión de manual, hemos querido desenvolver aquí. Nos movemos por los detalles, por los asomos y gestos de nuestros escritores, sin excluir a los más alejados en el tiempo, con el asombro y la inquietud de quien, al andar por un paisaje cuyos contornos no han sido apesados, se aferra a los más pequeños objetos y a los más inasibles sucedidos, hasta guardarlos en la tensión alucinada de la memoria, como una calidad de trofeo hechizado. Y en el alejamiento de la visión de manual, que creemos necesaria, al juzgar el especial relieve de nuestros relatos, tratamos de acercar al presente las experiencias novelísticas que entre nosotros se han realizado, sabiendo que la calidad de ellas sólo puede ser revelada así, o sea, como posibilidad, como fragmento que se nos ha dejado para que, al lograr nuestro paisaje una integración por la imagen, adquieran entonces todo su contorno dialogante.

Con esta tensión de los fragmentos, con esta ausencia de la visión de manual, pretendemos centrarnos, pues, en lo descampado de saber lo equivoco de nuestras perspectivas, dada la ausencia de un paisaje cultural frente al cual contrastarnos. Y no es, por ello, caprichoso decir, el que al situarnos así, también corremos el riesgo que la crítica del presente debe adoptar, el riesgo que, en el ya citado ensayo de Sartre hemos encontrado, y con el cual queremos terminar estas notas: «La gente se ha reído mucho tiempo de ese melodrama en el que el autor hace decir a los soldados de Bouvines: «Nosotros, caballeros de la guerra de Cien Años». Está bien reírse de una cosa así, pero deberíamos también reírnos de nosotros mismos: nuestros jóvenes se titulaban «generación entre las dos guerras» cuatro años antes del acuerdo de Munich. Hay que reírse de ellos, aunque les hayan dado la razón, porque habían decidido hablar de sí mismos como si fueran sus propios nietos. Es un modo más de dar impor-

tancia a ese odioso yo que convendría esconder; siempre se respeta al abuelo propio. Convenzámonos, por el contrario, de esta severa verdad: por mucha que sea la altura a la que nos situemos para juzgar a nuestro tiempo, el historiador futuro se situará a mayor altura todavía; la montaña en la que nosotros creemos haber construido nuestro nido de águila no será para él más que una topera; la frase que hayamos pronunciado en relación con nuestra época figurará entre las pruebas de nuestro proceso. Es inútil que pretendamos convertirnos en nuestro propio historiador: el mismo historiador es un ser histórico. Debemos contentarnos con hacer nuestra historia a ciegas, al día, optando por lo que en el momento nos parezca lo mejor. Pero nunca podremos procurarnos para nuestra historia esa perspectiva panorámica que fue la suerte de Taine y Michelet. Estamos dentro.»

LORENZO GARCÍA VEGA

CIRILO VILLAVERDE

Nació el 28 de octubre de 1812, en el ingenio Santiago (Pinar del Río). Murió en los Estados Unidos, el 20 de octubre de 1894. Aprende primeras letras con un sacristán de San Diego. A los once años es enviado a La Habana, donde estudia latín con su abuelo paterno.

Más tarde, 1834, resulta graduado de bachiller en leyes. Después, trabajó con Santiago Bombalier; «el más trapalón y botarate de los abogados de La Habana». Pero su ocupación fué la enseñanza: se ha de ver en Wewchawken con un colegio propio, año de 1864.

Fué conspirador por la independencia, resultando expatriado, condición ésta que le acompañó en sus últimos días. Laboró como secretario de Narciso López.

Su obra narrativa fué abundante, entre ella, podemos citar sus obras: Cecilia Valdés, El Penitente, El Guajiro, El espetón de oro, La peineta calada.

Salta en Cirilo Villaverde un colorido abigarrado, chillón, por sus descripciones, con el contraste de una nota reminiscente y pobre, que recuerda el relato que del cuarto de su abuelo, nos hace el prólogo del Penitente. En este colorido de las descripciones, apuramos la semejanza con los grabados cubanos de la época, pareciendo los sucesos, y aún los personajes, recortarse en el exótico apeñuscamiento de objetos. También, en muchas ocasiones, al describir los caracteres físicos de los personajes, no se detiene Villaverde en adjetivos («A ciertas gentes se les pasea el alma por el cuerpo», nos dice. Y es ésta, una como característica de su estilo. Característica que, parece surgir del equívoca mestizaje de su circunstancia), los va fijando con las espesas piezas de algunos nombres. Pero, en ocasiones, salta una comparación desmesurada, que entrega toda una forma de chapuzón en la mirada. Así, al recordar la cabeza empolvada de don Juan Eguiluz, figura de su novela «El Penitente», como una gallina salida de un revolcadero de ceniza; o al decir, en «Cecilia Valdés», del pelo del maestro Uribe, sastre de La Habana, con «mechones erectos que daban a su cabeza la misma apariencia atribuida por la fábula a la de Medusa».

Asombra e inquieta, en la novela de Cirilo Villaverde; la concurrencia de lo vicioso y sórdido que hemos de encontrar en la república. Su capítulo VII, en «Cecilia Valdés», es un ejemplo de esto, allí se describen las escribanías de la jurisdicción de La Habana, pero las principales figuras del régimen español que por él aparecen, nos emocionan, al comprobar que sus pretensiones y desafueros, los hemos visto por nuestros años republicanos. Y si es ésta una consideración extra-novelesca, que más bien puede referirse al estudio de los sociólogos, lo visible e inmediato que planta frente a nuestra mirada, ya si es de apresar, al querer alcanzar una definición sobre su novela. Pues la sombría realidad del esclavismo, que se sitúa como fondo en la estructura narrativa de Cirilo Villaverde, al contrastar con el primer plano de sus situaciones y personajes, apura en el relato una como desazón, en las grietas que asoman a cada instante, haciéndonos entender una tensión que, por ser tal, logra salvar al relato, de la mera yuxtaposición que en Suárez y Romero se presenta, borrando su paisaje en un insalvable desarraigo.

Pero ya entrando en detalles sobre la mejor novela de Villaverde, Cecilia Valdés, cifraremos su estructura narrativa, como relación de motivos de crónicas criminales, sobre los más aparatosos sucesos de la época; con las características de los personajes fuera de toda apreciación psicológica, es decir, movidos en la exterioridad; y con el tono de un narrador de folletín, con cierta frescura ingenua que le comunica, el querer ensamblar—como en el caso de su novela El Penitente—en el relato las reminiscencias de los cuentos de indios de Cooper. Por ello, ante esta novela, no podremos dejar de acudir, al certero juicio crítico de Anderson Imbert: «¿Arte realista? Así lo declaró el autor, jactanciosamente. Más bien podría decirse que, fracasada la novela como arte, lo que interesa al lector es la realidad cruda que quedó sin expresión novelesca. Páginas costumbristas sueltas, no la novela de la mulata Cecilia Valdés, es lo que llama la atención.»

EL PENITENTE

CAPITULO I

No hace cien años, dijo mi abuelo, presentaba la Habana dentro de sus muros el mismo aspecto de despoblación y atraso que hoy algunos barrios de extramuros, donde al lado de una bella casa, se ve un yermo o un casuco miserable con techo de paja y paredes

de tablas o de embarrado, al uso primitivo de los indios. En particular, la parte Sudoeste, desde la calle Riela o de la Muralla al Arsenal, hasta la garita de San José y el actual convento de Paula, estaba casi despoblado, pues si existía una que otra casa, era o una hermita, que andando el tiempo, llegó a iglesia o convento, como el de Belén, la Merced y Espíritu Santo, o el hospicio de San Isidro. Lo demás, hasta la orilla del mar, se componía de estancias de labor o huertas de cultivos menores, en torno de las cuales se alzaban ciertas casas de paja y yagua, con espaciosos corrales o patios, cercados de tunas bravas y llenos de árboles frutales y flores. El área mayor la cubría la estancia de los Campechanos.

Pero en los últimos diez años del siglo, ya la población había ganado terreno de las calles de Riela y Sol hacia la orilla de la Zanja Real, cuyo cauce nuevo descargaba sus sucias aguas en el muelle de Luz. Pocas calles tenían aceras enlosadas o con banquetas, y todas eran terrenteras profundas que no caminos públicos. Ni había manzana enteramente fabricada, aun en aquéllas comprendidas en el barrio de la Fuerza, que por ser desde el principio el centro o residencia del gobierno de la Colonia, atraía mayor número de vecinos.

Mucho menos se conocía entonces el alumbrado público, y era cosa en verdad bien triste y expuesta a daño, el recorrer las calles luego que caía la noche. Desde las oraciones no se hallaba una puerta abierta. La escasa luz de bujía de sebo que desde el interior del hogar doméstico se escapaba por las hendiduras de las paredes de tablas o por el roto techo de paja, antes que consuelo infundía pavor al transeúnte. A los diversos ruidos, movimiento y alegría de la jornada se sucedían el silencio sepulcral, la quietud y la tristeza de una ciudad dormida, interrumpidos únicamente por el ganoso y monótono rezar de las personas devotas que, antes de entregarse al descanso de la noche, con sus oraciones al Creador de todas las cosas encomendaban su espíritu.

En la época de que te hablo, hijo mío, varios mercaderes habían instalado sus tiendas de la plaza Vieja al palacio del marqués de Montehermoso, llamado también de la Obra Pía. Así mismo se establecían otras casas públicas en la calle de Riela, calle del Teniente Rey y de Cuba. En la manzana que hay entre esta última calle, la más moderna del Sol y las de San Ignacio y Riela, habían fabricado cinco o seis casas privadas de alguna consideración, en particular una, cuyo costado meridional daba a un escampado que años adelante tomó el nombre de plazuela de Santa Clara, y su frente a la calle ya mencionada de Cuba.

Dicha casa hace veinte años que la derribaron: en ella ocurrieron los verídicos sucesos de que voy a hablarte. Era de balcones corridos a las calles de Cuba y del Sol. Que sus dueños poseían ciertas como-

didades, casi no cabe género de duda, pues que en aquella época, casa de alto, valía tanto como el palacio al presente.

Pero conforme a todas las habitaciones de dos pisos de entonces, los balcones del segundo o principal, no se elevaban del suelo sino unas tres varas; no sé si por temor a las tormentas, o por pobreza de ideas y de miras. Eran tan bajos, que desde la calle, cualquier hombre de buena estatura podía subir a ellos sin otro auxilio que el de una piedra o una silla.

Las habitaciones bajas se hallaban condenadas a un cerramiento y silencio perpetuos, triste de ver, porque, como te he dicho, esta casa, fuera de un cobertizo o accesoria que había servido de cochera suya, se hallaba aislada de las otras pocas que componían la manzana.

El piso alto estaba dividido en muchos cuartos con corredores al frente y al fondo. La sala, que cerraba el ángulo de las calles en que la casa se alzaba, era bastante espaciosa y a la sazón de que te hablo tenía cerradas las celosías fronterizas, aunque no había desaparecido todavía la luz crepuscular. En el centro, sentados alrededor de una mesa pequeña de caoba se hallaban jugando a los naipes dos mujeres y un hombre: una ya anciana, otra de unos cuarenta años de edad, y el caballero de treinta a treinta y cinco. La primera tenía los cabellos blancos, como copo de algodón, recogidos en lo alto de la cabeza con una cinta negra, y vestía de camisa blanca y saya de zaraza oscura. La flojedad y arrugas de las carnes de los brazos, cuello, barba y rostro, no tanto indicaban su vejez, como la obesidad de que en otro tiempo había sido víctima. Por sus ojos pequeños, redondos y vivos, chispeando bajo párpados caídos y gruesos, lo mismo que por su nariz corva y labios delgados, cualquiera desde luego habría adivinado, que bajo aquellas arrugas y canas, aún latía un corazón altivo y ardiente.

La otra mujer, vestida y peinada poco más o menos como la que acabo de describirte, y que tenía con ella ciertos rasgos de semejanza, por donde se podía presumir que fuese pariente suya, se diferenciaba, sin embargo, no sólo en las facciones características, sino también en la expresión habitual de la fisonomía. Sus ojos grandes y lánguidos, su nariz aguileña, labios helfos, cabeza redonda, seno abultado y cuello y hombros mórbidos, le daban el aspecto de mujer apasionada, sí, mas propensa a la ira, y poco vehemente en sus afectos.

El otro personaje, es decir el caballero, que vestía casaca de seda con hermosos bordados de lo mismo, chupa o chaleco de tisú, calzón corto, medias blancas y zapatos altos, guarnecidos de grandes hebillas de plata, si bien tenía la cabeza blanca, no era ciertamente por edad, sino por acomodarse a la moda reinante, que ordenaba empolvársela, cual gallina que sale del revolcadero de ceniza. Sus cabellos largos hasta más de media vara, le caían por detrás hechos trenzas, dejando unos pocos sobre la frente y sienes, con los cuales tenía rizados per-

fectamente tres órdenes de bucles en disposición diagonal. La expresión del rostro largo, flaco y rubicundo, era una mezcla desagradable de orgullo, vanidad e ignorancia desmedidas. Casi que le tomara por una mala estatua, el que le viene de pronto donde estaba sentado, si no es por los movimientos rápidos de los labios que de cuando en cuando apretaba con fuerza entre los dientes, y por las frecuentes contracciones de las cejas arqueadas, pobladas de vello largo y espeso.

Tamañas y pesadas plumas de pavo coronaban su frente a la manera de indio guerrero, de que provenía sin duda el aspecto fiero que entonces marcaba su fisonomía; la que se iba anublando a medida que se aumentaba el número de aquéllas y el bullicio y risas de la anciana. Por encima de las cartas, que abiertas en forma de abanico, mantenía entonces levantadas a la altura de sus narices, dirigía torbas miradas hacia el hueco de una de las puertas del balcón en que había dos mujeres más: una sentada, y era blanca; otra de pie, y era la esclava.

Esta última visiblemente pertenecía a la raza india o indígena cubana; el color cobrizo, la cara y carnes redondas y duras, los ojos negrísimos y los cabellos lacios y brillantes, lo estaban pregonando a leguas. Con los dedos de ambas manos metidos entre los listoncitos de las celosías, procuraban abrir espacio por donde su mirada de fuego pudiese penetrar lo que pasaba en el cielo o en la calle, pues esto está en duda, mientras la otra mujer, sentada en un taburete debajo del alféizar, repartía su atención entre las escenas acaloradas de los jugadores y el atento examen de la esclava. Su traje y fisonomía merecen particular mención... pero esta tarea será bueno desempeñarla en capítulo separado.

CAPITULO XXI

Concluidos los sermones de la Soledad, en tiempos antiguos, era costumbre celebrar la procesión llamada del Silencio, de las doce de la noche en adelante. Esta, por lo común, salía de la iglesia de San Juan de Dios, en la cual también se efectuaba la ceremonia del descendimiento y resurrección. Cogía la calle de Aguiar, entonces bastante poblada; en los muros de la hermita de Santa Clara doblaba por la de Cuba, y por la del Empedrado volvía al punto de partida.

Como la procesión caminaba despacio, muy despacio, haciendo estaciones en casi todas las esquinas donde levantaban altares o me-

ramente cruces, aunque la vía era de moderada extensión, si salía a media noche era fijo que tornaba a las cuatro de la madrugada. En ella tomaban parte principalmente todos los que tenían por qué o querían hacer penitencia, de lo cual se originó el llamarla también procesión de los Penitentes.

Además de éstos, había infinidad de devotos y aun de devotas que se perecían por llevar una cera, por cargar con el estandarte, por sujetar el cordón de éste, por rezar tantos rosarios cuantas estaciones había, o por edificarse con el terrible espectáculo de los míseros penitentes. De ordinario dirigían y perpetuaban estas procesiones, las cofradías de los varios conventos e iglesias de la ciudad, y entre pendón y pendón de las mismas y entre las prolongadas cuando lúgubres filas de cofrades y devotas, cada cual con una hacha de cera en la mano, en traje de ropas cumplidas y actitudes plañideras, marchaban los penitentes.

En la noche de que te hablo, su número era extraordinario. Las guerras de la Florida, el temor de otras no menos crueles en las Antillas, en esta misma y en el continente europeo, pues los españoles unidos a los franceses, andaban con los ingleses protestantes a matame que te mataré, a manera de rumor de tempestad furiosa, nos tenían a todos más que atribulados y con tamaño moco caído. Por estos y otras mil cosas que dejo en el tintero, no sea que mi cuento sea el de nunca acabar, aquellos que habían pecado gordo, lo mismo que los que temían caer en ellos y querían prepararse contra las tentaciones del demonio, hacían penitencia formal como medio de merecer las glorias eternas.

Así es, que aquel año memorable hubo crucificados, encadenados, maniatados, mancornados, doblados, arrodillados, azotados o disciplinantes, con otros muchos cuyo género de penitencia, mejor dicho, de tormentos, no puede sujetarse a una calificación especial. Como lo indica su nombre, los primeros llevaban el cuerpo y los brazos atados con una soga de cerda a una pesada cruz, dejando únicamente libre las piernas para moverse. Los segundos, quiero decir, los encadenados, traían al cuello una argolla de hierro, de la cual pendían dos cadenas del mismo metal, con las cuales arrastraban dos trozos pesadísimos de madera. Los maniatados se ceñían los brazos por las muñecas a las rodillas; los mancornados iban sujetos de dos por los brazos, el cuello y el cuerpo tan fuertemente, que nadie podría pasar un hilo a través de sus espaldas, se movían de lado con el trabajo que puedes imaginar. Los doblados se ataban con un cordel de cáñamo, y a distancia de media vara, el dedo pulgar de la mano derecha al dedo grueso del pie izquierdo. Pretendían los arrodillados hacer la carrera de rodillas, pero gracias que hicieran una o dos estaciones, porque de la sangre que de ellas vertían y de los dolores, caían desmayados. Ultimamente, los azo-

tados o disciplinantes eran aquéllos que con unas disciplinas de muchos ramales, emplomadas sus puntas, se daban tremendos azotes en las espaldas casi desnudas, pues se arrollaban la camisa en torno del pescuezo, y se las despedazaban de lo lindo.

Entre los últimos mencionados, que según recuerdo, componían el número de siete, número por cierto cabalístico, iba uno de estatura mediana, formas elegantes, que no por llevar la cara tapada con un antifaz negro, ni por ir todo él mal pergeñado y pobrememente vestido, era menos observado. Y no creas que llamaba la atención por el antifaz o por las ropas andrajosas—pues la mayoría de los penitentes se desfiguraban el rostro con pinturas o con máscaras—, sino por el fervor que mostraba en su dura penitencia.

Antes de vencer la tercera estación, la sangre le corría a chorros por las espaldas, y el chasquido de los azotes continuaba cual si pegaran en un madero hueco o fofo. Pero se advirtió que de la quinta estación en adelante, fue aflojando paulatinamente en el número y fuerza de los azotes, hasta el punto de cruzarse de brazos, doblar la cabeza sobre el pecho y seguir la procesión como otro cualquier indiferente espectador.

Aquel cambio repentino del más vehemente fervor, a la mayor indiferencia, chocó al principio a la generalidad de las personas devotas; más luego, cuando cayeron éstas en la cuenta de que todo podía haber sido efecto de su mucha cobardía o grande hipocresía, nadie le hizo caso. Tan cierto es, hijo mío, que de todos los sentimientos del alma, el que está sujeto a mayores alternativas es el de la compasión.

Pues como te iba diciendo, la procesión continuó impávida su solemne carrera.

En la mayor parte de las casas, algunas techadas de guano, se veían brillar fugitivas luces, en otras aparecían y desaparecían sombras fantasmagóricas, y en medio de la multitud heterogénea y moviente, donde ardían tantas ceras y donde se alzaban tantas cabezas oscuras, tantos pendones, cruces, caperuzas y bonetes, no se percibía más ruido que el sordo cuando lúgubre producido por millares de bocas que rezaban a un tiempo, y por el doble número de pies que se arrastraban por la desigual y pedregosa calle.

De cuando en cuando salía de aquella masa compacta de vivientes, y de aquel pavoroso rumor, el ¡ay! agudo y terrible exhalado por algún penitente o contrito devoto, en el acto de caer, ya agobiado por la fatiga corporal, ya dominado su espíritu por la contrición del acto mismo.

Creo haberte dicho que la procesión al tropezar con los muros de la hermita de Santa Clara, doblaba por la calle del Sol, para tomar la de Cuba y seguir hasta la del Empedrado en su retroceso al punto de partida. En la esquina de la primera de estas dos úl-

timas calles, se hallaba situada, según recordarás, la casa de don Antón Recio. Sus balcones corridos, en los momentos de desembocar la cabeza de la extraña procesión, se hallaban ocupados de multitud de personas de ambos sexos. El amo de la casa y sus amigos, don Juan con los suyos, doña Margarita y otras señoras principales, se hallaban allí, presenciando a su sabor el desfile a vista de pájaro. Hasta Giaraco se veía entre el numeroso grupo de criadas y criados. Faltaba únicamente Rosalinda. No vas a creer el motivo de su ausencia; no padecía enfermedad alguna; no sentía sueño; el cuidado del niño no la inquietaba, tenía miedo cervical, horror a los penitentes. Desde su vuelta de la iglesia, desazonada, medrosa, se había encerrado en su aposento. Y ya sea por lo que en ella le había sucedido, ya por otras causas más remotas y potentes, la verdad es, que a tiempo que la procesión se acercaba, Rosalinda con cierto afán o angustia rezaba el rosario a media voz, cabe la cama en que dormía su hijo el sueño de los ángeles.

La única luz en el aposento, a la sazón, la emitía una mariposa colocada sobre un velador. A medida que el rumor de la calle crecía por su aproximación a la casa, se multiplicaban los temblores de la joven madre, al extremo de tener ella que apoyarse en un pilar del lecho por no venir al suelo desde la silla en que se hallaba sentada. Y no bien asomó la procesión, sintió pasos precipitados en los corredores, alzó un tanto la cabeza, miró por la entreabierta puerta, y vio pasar algo que se parecía a la sombra de la persona que los daba.

Ocurrióle entonces a Rosalinda cerrar la puerta, aún medio que se incorporó para poner por obra el intento; pero el ruido de los pasos le indicó que el intruso retrocedía, y no pudo hacer otra cosa que deslizarse bonitamente de la silla y esconderse debajo de la cama. Admirate: aquella joven no ha mucho tan osada y valiente, temblaba ahora como una chiquilla, sin saber a derechas por qué temblaba. En aquel instante la sombra, mejor dicho, el desconocido penetró en el cuarto.

Era uno de los penitentes, el mismo del antifaz (que ya se lo había quitado) de que antes te he hablado. Su cuasi desnudez, sus andrajos todos ensangrentados, sus espaldas hecha una miseria, sus cabellos y barbas crecidos, derramados por los hombros y el pecho, eran bastante para inspirar terror, no digo a una mujer, sino también al hombre más valiente del mundo. Detúvose en medio del aposento, revolvió los ojos, como dos carbones encendidos en torno, y al descubrir al niño, se arrojó sobre él, lo levantó en peso por un brazo, y dijo con voz terrible:

—Pues tu madre se esconde, en ti me vengaré, mi agravio y sañaré mi saña.

Diciendo y haciendo, empuñó un agudo puñal para traspasarlo en el aire.

—¡Hijo mío! gritó la madre saliendo de su escondite e interponiéndose entre el cuerpo del niño y la punta del arma matadora.

Por supuesto, se le clavó en el blanquísimo y turgente seno, produciendo un son áspero muy parecido al rasgar de una tela de seda, y exclamando con grande angustia: «¡Alfonso!» cayó instantáneamente muerta. Con tal presteza se consumó este atentado, que, hasta la caída de Rosalinda, no vino a despertarse el niño. En el mismo punto le soltó el asesino, sin causarle otro daño que el de un ligero rebote en el colchón de plumas del lecho.

Traspuso a toda prisa los corredores y ganó la puerta de la calle a tiempo que la procesión llenaba ésta en confuso tropel. Hasta que se hubo apagado a lo lejos el ruido de pasos, de voces y de lamentos de los disciplinantes, no vinieron los amos de la casa a imponerse de la tragedia en ella representada.

CECILIA VALDES

CAPITULO IV

Traen el pensamiento
Lleno de impudicia, y lo derraman
En torpes mil escandalosas voces
Que inficionan el viento
I altamente publican lo que aman.

GONZÁLEZ CARVAJAL

Cinco o seis años después de la época a que nos hemos contraído en los dos capítulos anteriores, a fines del mes de septiembre, había dado principio el convento de la Merced a la serie de ferias con que hasta el año de 1832, acostumbraban a solemnizar en Cuba las fiestas titulares religiosas, consagradas a los santos patronos de las iglesias y conventos; novenarios coincidentes a veces con el circular del Sacramento, introducido en el culto de Cuba, desde los primeros años del siglo por el Señor Obispo Espada y Landa.

El novenario de paso diremos, comenzaba nueve días anteriores a aquel en que caía el del santo patrono, prolongándose hasta otros nueve, con lo que se completaban dos novenas seguidas. Es decir, dieciocho días de fiestas religiosas y profanas, que tenían más de grotescas y de irreverentes que de devotas y de edificantes. En ese tiempo se decía misa mayor con sermón por la mañana y se cantaba

salve a prima noche dentro de la iglesia, con procesión por la calle el día del santo.

Fuera del templo había lo que se entendía por feria en Cuba, que se reducía a la acumulación en la plazuela o en las calles inmediatas, de innumerables puestos ambulantes, consistentes en una mesa o tablero de tijeras, cubiertos con un toldo y alumbrados por uno o más candiles de quemar grasa, donde se vendía, no ciertamente artículo alguno de industria o comercio del país, ni producto del suelo, caza, ave ni ganado, sino meramente baratijas de escaso valor, confituras de varias clases, tortas, obra de masa, avellanas, alcorza, agua de Loja y ponche de leche. Aquello no era feriar en el sentido recto de la palabra.

Pero esto no era por cierto el rasgo más notable de nuestras fiestas circulares. Había en el espectáculo algo que se hacía notable por demasiado grosero y procaz. Nos contraemos ahora a los juegos de envite y de manos que hacían parte de la feria y que provocaban con sus estupendas, aunque mentirosas ganancias, la codicia de los incautos. Los dirigían y ejecutaban en su mayoría hombres de color y de la peor ralea. Si bien groseros los artificios, no dejaban de engañar a muchos que se daban por muy avisados. Estos tenían lugar en la plazuela o en la calle, a la luz mortecina de los candiles o de los faroles de papel, y tomaban en ellos parte gentes de todas clases, condiciones, edades y sexos. Para las de alta posición social, queremos decir, para los blancos, había algo más decente, había la casa de baile, donde un Farruco, un Brito, un Illas, o un marqués de Casa Calvo, tenía puesta la banca o juego del monte, desde el oscurecer hasta pasada la media noche, mientras duraban los dieciocho días de la feria.

Procurábase que la casa o casas de baile estuviesen lo más vecino que se pudiera a la parroquia o convento en que se celebraba el novenario. En la sala se bailaba, en el comedor tocaba la orquesta, y en el patio se jugaba al juego conocido por del monte. La mesa era larga y angosta, para que cupiesen los más de los jugadores sentados a ambos lados, el tallador a una cabeza y en la otra su ayudante que dicen gurrupí. Para la protección de los jugadores y de los naipes, en caso de lluvia, frecuentes en el otoño, se tendía un toldo del alero de la casa al caballete de la tapia divisoria de la vecina. No todos los tahures, para vergüenza nuestra sea dicho, eran del sexo fuerte, hombres ya maduros, ni de la clase lega, que en el grupo apiñado y afanoso de los que arriesgaban a la suerte de una carta, quizás el sustento de su familia al día siguiente, o el honor de la esposa, de la hija o de la hermana, podía echarse de ver una dama más ocupada del albur que de su propio decoro, o un mozo todavía imberbe, o un fraile mercenario en sus hábitos de estameña color de pajuela, con el sombrero de ala ancha encasquetado.

las cuentas del largo rosario entre el índice y el pulgar de la mano izquierda, y la derecha ocupada en colocar la moneda de oro o plata en el punto que más se daba, perdiendo o ganando siempre con la misma serenidad de ánimo que de semblante.

El banquero, para llamarle por su nombre más decente, era quien hacía el gasto del alquiler de la casa, el de la música y el de las velas de esperma con que se alumbraban la casa de baile, el comedor y la mesa del juego. Todo esto se hacía para atraer a los jugadores. La entrada, por supuesto, era libre, aunque el bastonero, que también tiraba sueldo, no admitía toda clase de persona. En aquella época corría mucho la moneda fuerte, los duros españoles y las onzas de oro. La plata menuda escaseaba, y era cosa de oír el continuo retintín de los pesotes columnarios y sonoras onzas, que maquinalmente dejaban caer los tahures de una mano a otra o sobre la mesa, como para distraer el pensamiento y de algún modo interrumpir el solemne silencio del azaroso juego.

Que nada de lo que aquí se traza a grandes rasgos estaba prohibido o no más que tolerado por las autoridades constituídas, se desprende claramente del hecho de que los garitos en Cuba pagaban una contribución al gobierno para supuestos objetos de caridad. ¿Qué más? La publicidad con que se jugaba al monte en todas partes de la Isla, principalmente durante la última época del mando del capitán general D. Francisco Dionisio Vives—anunciaba a no dejar duda que la política de éste o de su gobierno se basaba en el principio maquiavélico de corromper para dominar—, copiando el otro célebre del estadista romano: *divide et impera*. Porque equivalía a dividir los ánimos, el corromperlos, cosa que no viese el pueblo su propia miseria y su degradación.

Pero esta digresión, por más necesaria que fuese, nos ha desviado un tanto del punto objetivo de la presente historia. Nuestra atención la atraía por completo un baile de la clase baja que se daba en el recinto de la ciudad por la parte que mira al Sur. La casa donde tenía efecto, ofrecía ruín apariencia, no ya por su fachada gacha y sucia, como por el sitio en que se hallaba, el cual no era otro que el de la garita de San José, opuesto a la muralla, en una calle honda y pedregosa. Aunque de puerta ancha con postigo, no formaba lo que se entiende en Cuba por zaguán, pues abría derecho a la sala. Tras ésta venía el comedor con el correspondiente tinajero, armazón piramidal de cedro, en que persianas menudas encerraban la piedra de filtrar, la tinaja colorada barrigona, los búcaros, de una especie de terra cotta y las pálidas alcarrazas de Valencia, en España. Al comedor dicho daba la puerta lateral del primer aposento, ocupado en su mayor parte por dos órdenes de sillones de vaqueta colorada, una cama con colgaduras de muselina blanca y un armario, a que dicen en la Habana escaparate. Otros

cuartos seguían a ese, atestados de muebles ordinarios, y paralelo a ellos un patio largo y angosto, también obstruido en parte por el brocal alto de un pozo, cuyas aguas salobres dividía con la casa contigua, terminando cuartos y patio en una saleta atravesada y exenta.

En esta última se hallaba una mesa de regular tamaño, ya vestida y preparada con cubiertos como para hasta diez personas; algunos refrescos y manjares, agua de Loja, limonada, vinos dulces, confituras, panetelas cubiertas, suspiros, merengues, un jamón adornado con lazos de cintas y papel picado, y un gran pescado, nadando casi en una salsa espesa, de fuerte condimento. En la sala había muchas sillas ordinarias de madera arrimadas a las paredes, y a la derecha, como se entra de la calle un canapé, con varios atriles de pie derecho por delante. Aquél, a la sazón que principia nuestro cuento, le ocupaban hasta siete negros y mulatos músicos, tres violines, un contrabajo, un flautín, un par de timbales y un clarinete. El último de los instrumentos aquí mencionados se hallaba a cargo de un mulato joven, bien plantado y no mal parecido de rostro, quien, no obstante sus pocos años, dirigía aquella pequeña orquesta.

Ese se veía de pie a la cabeza del canapé por el lado de la calle. Sus compañeros, casi todos mayores que él, le decían Pimienta, y ya fuese un sobrenombre, ya su verdadero apellido, por éste lo designaremos de aquí adelante. Su mirada distraída y aun sombría, no se apartaba de la puerta de la calle, como si esperase algo o a alguien, en los momentos de que hablamos ahora.

Pero aquella puerta, lo mismo que la ventana de bastidor cuadrado, se veía asediada de una multitud de curiosos de todas edades y condiciones, que apenas permitían acceso a la sala a las mujeres y hombres con derecho o voluntad de entrar. Y decimos con derecho o voluntad, porque, nadie presentaba papeleta, ni había bastonero que recibiese o aposentase. El baile, conocidamente era uno de los que, sin que sepamos su origen, llamaban *cuna* en la Habana. Sólo sabemos que se daban en tiempo de ferias, que en ellos tenían entrada franca los individuos de ambos sexos de la clase de color, sin que se le negase tampoco a los jóvenes blancos que solían honrarlos con su presencia. El hecho, sin embargo, de tenerse preparado en el interior un buen refresco, prueba, que si aquella era una *cuna* en el sentido lato de la palabra, parte al menos de la concurrencia había recibido previa invitación o esperaba ser bien recibida. Así era en efecto la verdad. La ama de la casa, mulata rica y rumbosa, llamada Mercedes, celebraba su santo en unión de sus amigos particulares, y abría las puertas para que disfrutaran del baile los aficionados a esta diversión y contribuyeran con su presencia al mayor lustre e interés de la reunión.

Serían las ocho de la noche. Desde por la tarde habían estado

cayendo los primeros chubascos de otoño, y aunque habían suspendido hacia el oscurecer, tras haber empapado el suelo, dejando las calles intransitables, no habían refrescado la atmósfera. Lejos de ello, había quedado tan saturada de humedad que se alhería a la piel y hervía en los poros. Pero no eran estos inconvenientes para los curiosos, que, según hemos dicho antes, asediaban la puerta y la ventana, hasta llenar casi la mitad de la angosta y torcida calle; ni para los concurrentes al baile, que a medida que avanzaba la noche llegaban en mayor número, unos a pie, otros en carruaje. Cosa de las nueve la sala de baile era un hervidero de cabezas humanas, las mujeres sentadas en las sillas del alrededor y los hombres de pie en medio, formando grupo compacto, todos con los sombreros puestos; por lo cual la cabeza que sobresalía, de seguro que tropezaba con la bomba de cristal, suspendida de una vigueta por tres cadenas de cobre, en que ardía la única vela de esperma, para alumbrar a medias aquella tan extraña como heterogénea multitud.

Bastante era el número de negras y mulatas que habían entrado, en su mayor parte vestidas estrafalariamente. Los hombres de la misma clase, cuya concurrencia superaba a la de las mujeres, no vestían con mejor gusto, aunque casi todos llevaban casaca de paño y chaleco de piqué, los menos chupa de lienzo, dril o Arabia, que entonces se usaban generalmente y sombrero de paño. No escaseaban tampoco los jóvenes criollos de familias decentes y acomodadas, los cuales sin empacho se rozaban con la gente de color y tomaban parte en su diversión más característica, unos por mera afición, otros movidos por motivos de menos puro origen. Aparece que algunos de ellos, pocos en verdad, no se recataban de las mujeres de su clase, si hemos de juzgar por el desembarazo con que se detenían en la sala de baile y dirigían la palabra a sus conocidas o amigas, a ciencia y presencia de aquéllas, que, mudas espectadoras, los veían desde la ventana de la casa.

Distinguíase entre los jóvenes dichos antes, así por su varonil belleza de rostro y formas, como por sus maneras joviales, uno a quien sus compañeros decían Leonardo. Vestía pantalón y chupa de dril crudo, con listas rosadas, chaleco blanco de piqué, corbata de seda ajustada al cuello por un anillo de oro y las puntas sueltas, sombrero de yarey, tan fino que parecía hecho de holán Cambray, calcetín de seda de color de carne y zapato bajo con hebillita de oro al lado. Por debajo del chaleco, asomaba una cinta de aguas rojo y blanco, doblada en dos y sujetas las puntas con una hebilla también de oro. Ésta servía de cadena al reloj en el bolsillo del pantalón. Había allí otro hombre que se distinguía más si cabe que Leonardo, aunque por distinto camino, esto es, por lo que diferían a su opinión y se reían de sus chocarrerías los negros y mulatos, y por la familiaridad con que trataba a las mujeres, sobre todas al

ama de casa. Frizaba ya en los cuarenta años de edad ese sujeto, no tenía pelo de barba, era blanco de rostro, con ojos grandes y alocados, la nariz larga, roja hacia la punta, indicio de su poca sobriedad, la boca grande, más expresiva. Portaba siempre debajo del brazo izquierdo una caña de Indias con puño de oro y borlas de seda negra. Le acompañaba a todas partes, como la sombra al cuerpo, un hombre de facha ordinaria, notable por la estrechez de la frente, por sus movibles y ardientes ojicos, y sobre todo, por sus enormes patillas negras, que le daban el aire antes de bandolero que de alguacil empleo que desempeñaba entonces, pues el otro a quien seguía era nada menos que Cantalapiedra, comisario del barrio del Ángel, el cual abandonaba por andarse tras la tentadora cuna.

Rato hacía que la música tocaba las sentimentales y bulliciosas contradanzas cubanas, aunque todavía el baile, para valernos de la frase vulgar, no se había roto. Acomodaba afanosa el ama de la casa a sus amigas particulares y de más edad en los sillones del aposento, para que a salvo de pisadas y tropiezos pudiesen gozar de la fiesta al mismo tiempo que no perder de vista a los objetos o de su cuidado, o de su cariño, que como jóvenes quedaban en la sala. Pimienta, el clarinete, se mantenía en pie a la cabeza de la orquesta, tocando su instrumento favorito, casi de frente para la calle, cual si no hubiese entrado aún la persona digna de su música, o quisiera ser el primero en verla entrar. Parecía, sin embargo, inútil este cuidado, por cuanto no entraba hombre ni mujer que no tuviera algo que decirle al paso. A todos estos saludos contestaba él invariablemente con un movimiento de cabeza, si se exceptúa que cuando le tocó su vez al capitán Cantalapiedra, quien con su acostumbrada familiaridad le puso la mano en el hombro y le habló en secreto, contestó quitándose el instrumento de la boca: —Así parece, mi capitán.

Podía advertirse que cada vez que entraba una mujer notable por alguna circunstancia, los violines sin duda para hacerle honor apretaban los arcos, el flautín o requinto perforaba los oídos con los sonos agudos de su instrumento, el timbalero repiqueteaba que era un primor, el contrabajo, manejado por el después célebre Brindis, se hacía un arco con su cuerpo y sacaba los bajos más profundos imaginables y el clarinete ejecutaba las más difíciles y melodiosas variaciones. Aquellos hombres, es innegable, se inspiraban, y la contradanza cubana, creación suya, aun con tan pequeña orquesta, no perdía un ápice de su gracia picante ni de su carácter profundamente malicioso-sentimental.

CAPITULO V

Aún pienso estaros mirando...
La faz terrible y airada,
La vista desencajada,
El látigo vil sonando.

J. PADRINEZ

Llegaba Nemesia a la puerta de su casa, a tiempo que salía de ella su querido hermano José Dolores con el clarinete en la funda debajo del brazo y un rollo de papeles de música en la mano. Según costumbre, caminaba cabizbajo y meditabundo. Por esta razón y por estar muy oscura la calle, no habiendo tampoco luz en la casa, por poco se cruzan los hermanos sin reconocerse, a pesar de la proximidad. Así como así, ella le reconoció primero, se le atravesó en el camino, y le preguntó repitiendo dos versos de una canción tan popular entonces como llena de malicia:

—«¿A dónde vas con ese gato y la noche tan oscura?»

—¡Qué! dijo José Dolores sorprendido. ¡Ah! ¿Eres tú? Me cansé de esperarte.

—¿Tan temprano para el baile?

—¿Pues qué hora es?

—Tocaban a vísperas ahora mismo en Santa Catalina, cuando pasé por el costado del convento.

—Te equivocas, debe ser más tarde de lo que tú te figuras.

—Puede ser, porque traigo la cabeza como un güiro, y no sé lo que me pasa.

—¿Pues qué sucede, hermana? Despacha que estoy de prisa.

—Bien. No quiero detenerte mucho. Sin embargo, creo que tenías tiempo de tomar un bocado... Una taza de café.

—Ya anduve yo ese camino. Tomé café con leche, pan y queso, y esto me basta hasta media noche en que haré por tomar gigote o cosa así. Di.

—En la casita a la otra parte de la taberna de la esquina de la calle O'Reilly, tú me entiendes, ha habido una San Francia esta noche.

—¿Cómo así? Y tú parece que te alegras.

—Hay de todo. Te diré. Pasaba yo por allá... Señá Clara me detuvo más de lo regular en la sastrería. Pues pasaba por allá aunque era bastante tarde, porque había quedado con Cecilia en que daríamos una vuelta por el Ángel después de la salve. Ella sospechaba que el individuo que estuvo esta tarde en la sastrería a buscar su ropa nueva, iba al baile de Farruco para verse con la muchacha del campo del día de San Rafael, y se proponía pillarlo in fraganti. Cálculos de mujer celosa. Apenas llegué a la esquina vi acercarse un hombre a la ventana de la casita y hablar con una persona que

estaba detrás de la cortina. Aquello picó mi curiosidad y así que se separó el hombre, me acerqué yo... Y ¿con quién te figuras tú que me topé? Con Chepilla. Me hizo entrar. Acababa de haber allí una de mar y morena. Parece que Cecilia se había vestido para salir conmigo y la abuela en la brega de impedírselo le rompió el túnico y la peineta de teja. Todo eso sucedió en un momento.

¡Pobre muchacha! exclamó el músico compadecido.

—Cecilia es muy cabezadura. Cuando se le pone una cosa, eso ha de ser, de manera que la abuela vió los cielos abiertos luego que yo me aparecí. Ya ella no puede con la nieta. Pues bien, me hizo entrar para ver si entre las dos lográbamos que Cecilia no saliera.

—¿Lo lograron? preguntó José Dolores con muestras de interés.

—Por supuesto; dijo Nemesia con intención. Yo sabía por dónde atacarla y no erré el golpe. La abuela no quería que la nieta saliera, y yo tampoco quería y sucedió que el hombre del barrio de San Francisco que las mantiene, lo había prohibido. Ese fué, como luego supe, el que estuvo por la ventana hablando con Chepilla antes que yo.

—¿Qué es él de ella? Quisiera saberlo.

—Yo verdaderamente no lo sé. A veces se me figura que es mucho cuidado el suyo para mero enamorado...

—¡Si será su padre! Señor Uribe cree a puño cerrado que lo es y sostiene que la madre vive.

—¿Pero dónde está la madre? ¿Quién la conoce? ¿Quién la ha visto?

—Eso es lo que yo digo.

—Ahí tienes. Yo me tengo tragado que el padre y el hijo están enamorados de Celia hasta la punta del pelo.

—Puede ser hermana porque se han visto muchos de esos casos en el mundo. Ella preferirá al hijo...

—Se entiende, y ¿quién no preferiría el joven al viejo?

—La hermosura de Celia será al fin la causa de su perdición. ¿Qué puede esperar ella de esos dos blancos? El viejo, quizás le dé dinero, lujo y cuidados. ¿Mas el joven...? Éste no es posible que se case con ella, gracias si la toma de querida por algún tiempo, se fastidia y la deja con dos o tres hijos, el día menos pensado. Yo no sé qué será de mí si tal cosa sucede. No quiero pensar en eso.

—Ella te tiene voluntad, pero no amor. Bien claro que lo veo. Sin embargo, si yo pudiera hacer que olvidara a Leonardo, estaba vencida la principal dificultad.

—La que bien quiere tarde o nunca olvida.

—Hay sus excepciones y Celia que es muy soberbia, no es imposible que por lo mismo que quiere mucho olvide pronto. Del amor al odio no hay más que el salto de una pluma.

—Esa al fin es una esperanza.

—Te juro que le ha de costar mucho trabajo engañarla y enga-

ñarme a mí. Yo conozco mejor que él el flaco de Cecilia y tengo esta ventaja. Ahora poco le dije a ella una cosa que la puso como candela. Está que trina contra el individuo. Ya se le pasará la rabia, pero volveré a la carga y estoy segura que la haré saltar las trancas... Todo lo que sea alejarlo de él, es acercarla a...

No le dejó concluir la frase José Dolores. Se sonrió tristemente y diciendo a su hermana que no le esperase, se marchó en dirección de la calle del Aguacate. Nemesia entró en su cuarto repitiendo cual si hablara con otro:

—Como que yo me mamo el dedo; no siempre había de trabajar para el inglés. Si no ha de ser para mí, que no sea para ella tampoco. El es muy enamorado y le gustan mucho las pardas. No es tan difícil la cosa como parece. Veamos si de una vía hago dos mandados. Ella para José Dolores y él para mí. Se puede, se puede...

Ahora corresponde que volvamos al sarao en la Filarmónica, donde hemos dejado a Leonardo Gamboa en las filas de la danza con Isabel Lincheta. Comprendiendo bien ella el carácter de su pareja, no le dió queja ninguna sobre su falta de puntualidad en escribir, ni de su aparente desvío, le habló, al contrario, de asuntos indiferentes: de los amigos mutuos en el campo; de las ocurrencias en el partido de Alquizar; del rosal rojo que él había injertado en el rosal blanco del jardín fronterizo del cafetal; del naranjo a cuya sombra, las pascuas pasadas, habían comido tantas veces las naranjas más dulces que producía la finca; de la hija mayor del mayoral de su padre, que, para casarse como se casó en la Ceiba del Agua, se había fugado con un joven guajiro del pueblo.

—Tía Juana, añadió Isabel, se empeñó con el padre y lo hizo reconciliarse con la hija. Así es que los novios hoy día están hecho cargo del sitio de papá, en que sabe usted se crían gallinas y se ceban algunos animales. La muchacha se quedó con su marido, y su padre, nuestro mayoral, tuvo que salir. Yo lo sentí por su esposa, porque era una buena mujer y nos acompañaba bastante; pero desde que se casó la hija, se le puso el humor atroz, no dejaba resollar a los negros, los castigaba por cualquier falta, siempre con verdadera sevicia, hasta que papá le despidió. Al presente pasamos algunas soledades y nuestras salidas en el cafetal se reducen a ir al sitio todas las tardes y volver a las puestas del sol. Cuando hace luna...

—Te acuerdas de mí ¿no es eso? la interrumpió Leonardo con indiscreto despecho, al ver su glacial indiferencia.

—Naturalmente; contestó ella al parecer sin notar lo que pasaba por su compañero. No puedo olvidar, que en tardes divinas, como son todas las de invierno en el campo, más de una vez hemos hecho juntos ese paseo en compañía de Rosa y de tía Juana.

—Te encuentro algo cambiada; observó el joven después de breve rato de silencio.

—¿Yo cambiada? Pues está buena. Vamos, usted se chancea.

—Hasta me tratas de usted.

—Creo que siempre le he tratado del mismo modo.

—No al pie del naranjo dulce.

Isabel se puso colorada y luego dijo:

—Es ya una costumbre en mí el tratar de usted a todo el mundo.

Aun con mis propios esclavos, si son viejos sobre todo, se me escapa el decir usted. A papá le sucede lo mismo frecuentemente.

—El *tú* es más cariñoso.

—¿Lo cree usted así? El *usted* es más modesto.

Cortábase a cada paso este chispeante diálogo, es decir, tantas veces cuantas la pareja que bajaba hacía figura con la pareja que subía la danza. Al fin, hubo de cambiarse del todo el tema de la conversación, cuando Meneses y Solfa, que habían venido saludando a las amigas, llegaron al puesto ocupado por Isabel y Leonardo. Ambos habían visto a la joven aquella misma tarde en casa de las Gámez. Poco tenían que decirse que de nuevo fuera, Isabel, sin embargo, distinguía a Meneses, y se alegró de volver a verle.

—¿Qué es eso? ¿No baila usted? le preguntó con interés.

—Casi nunca bailo por mera cortesía.

—¡Ay! Si ya oyese Florencia, se ofendería.

—Me cae en gracia Florencia, me parece bonita, la quiero, pero si bailase con ella ahora sería por mera galantería. Mi amiga del alma está lejos de aquí, usted lo sabe, y es mucha crueldad en usted atribuirme intenciones de galantear a otra.

—Sobre que le voy cogiendo miedo al amigo Solfa; dijo ella volviéndose de repente para éste, con el doble objeto de atender a todos y de no seguir la broma con Meneses.

—¿No ve usted? Esa es una sátira.

—Lo sería, señorita, repitió Solfa prontamente, si la mía fuese una opinión aislada; pero no lo es. De ella participan, estoy seguro, Leonardo y Diego, juntamente con cuantos conocen a usted. ¿Cómo, pues, puedo inspirarle temor?

—Porque voy viendo que es usted implacable, que no perdona enemigos ni amigos.

—¿Esa más? Me aturde usted, señorita.

—Sí, hágase usted ahora el inocentico, el que no quiebra un plato. Como que desde que asomó usted a la puerta del salón no noto que ha venido hasta mí cortando cada traje, que es un primor. Apelo al amigo Meneses: él dirá si me he equivocado o no.

Solfa y Meneses cambiaron una mirada y una sonrisa, con que corroboraron implícitamente la observación aguda de Isabel, y el primero dijo:

—Ya eso es distinto, lo declaro, me gusta la tijera; mas se me ha hecho pedazos entre las manos al llegar a usted.

En esto cesó la danza, y las diferentes parejas de bailarines, deshaciendo la formación, corrieron las unas a ocupar sus asientos en la sala y cuartos, las otras a respirar el aire libre de los corredores. Los hombres, por la mayor parte, se dividieron en grupos, para hablar de las conquistas amorosas de la noche y casi todos, para fumar un cigarro puro o de papel. Leonardo dio un paseo por los corredores con su amable compañera de baile, la cual, si hemos de juzgar por la frecuencia de sus sonrisas, no tuvo a mal que se prolongara la entrevista, aunque había terminado el encanto de la música.

Continuando, entretanto, por su parte la revista de la fiesta que se habían propuesto pasar Meneses y Solfa, se detuvieron por breve rato ante la madre y hermanas de su amigo y condiscípulo Leonardo Gamboa. Hallábanse ellas sentadas en el lado del norte del salón, debajo del dosel, donde dijimos que se ostentaba el retrato colosal al óleo de Fernando VII de Borbón. Antonia, la mayor, tenía a su derecha a un capitán del ejército en completo uniforme, con quien cambiaba en tono bajo frases breves de inteligencia; después seguía su madre y a la izquierda de ésta, las dos hermanas Carmen y Adela. Con la primera de estas tres hablaba el mariscal de campo D. José Cadaval; con las dos últimas, los currutacos más célebres que conocía la Habana entonces—Juanito Junco y Pepe Montalvo, cadete del regimiento Fijo. Asomó a poco Leonardo Gamboa, y como por magia desapareció el capitán español del lado de Antonia a una insinuación suya con el codo; Cadaval siguió adelante, y el lechuguino y el cadete, hicieron lo mismo con un profundo saludo.

Al descubrir de lejos Leonardo al militar español mano a mano con su hermana, se renovó en su mente la memoria de las escenas de por la mañana, primero al postigo de la ventana y después en la mesa del almuerzo, sintiendo el mismo raptó de celos y de odio que ya había experimentado. Todo el deseo que tenía de ver y hablar un rato con su madre y hermanas en el baile, se enfrió y apagó en el instante, y sólo por respeto y cariño a aquélla no les volvió la espalda. A un gesto suyo, Antonia ocupó el asiento que dejó vacante el capitán, y así pudo sentarse Leonardo y decir al oído de doña Rosa:

—¿Es posible, mamá, que tú consentas que ese soldado pele la pava con Antonia en tu presencia?

—¡Cállate! replicó doña Rosa seria. Ese caballero ha venido a traernos un recado de tu padre, el cual no puede venir por nosotras hasta la una y creo que tú tendrás que acompañarnos. De la ocurrencia me alegro con doble motivo, lo uno porque ya podré irme cuando quiera o me dé sueño; lo otro porque no te quedarás tú por detrás, ni me harás pasar otra mala noche.

—Debo acompañar a Isabel Ilincheta y a las Gámez a su casa, pues su carruaje ha sufrido una avería y no pueden usarlo esta noche.

—¿Cómo! ¿Isabel está aquí y no ha venido a saludarnos?

—No lo extrañes, porque sin duda ella ignoraba que ustedes hubiesen venido al baile, y luego ha habido una concurrencia extraordinaria.

—Bien, manda en tu quitrín a tus amigas a su casa.

—Antes, sin embargo, es preciso que ustedes vean a Isabel, o que Isabel salude a ustedes.

—¿Ya te has enamorado de ella? Eres un veleta. No pienses en burlarte de esa muchacha también. Trácela aquí y la veremos.

—No. He pensado que debemos tomar algo y en la mesa nos reuniremos todos. El ambigú dicen que no es menos abundante que exquisito. ¿Qué te parece, Adela?

—Aprobado; contestó ésta alegre.

—Pero es el caso, dijo Leonardo, que si alguna de ustedes, no me saca de apuros, no tendré con qué cubrir el gasto.

—¿Pues y las dos onzas de oro que te puse en el chaleco por la tarde cuando dormías la siesta? preguntó doña Rosa con seriedad.

—No he visto semejante dinero, mamá. Bien que si lo pusiste en la faltriquera del chaleco de esta mañana, allá en mi cuarto se quedó. Apenas tengo tres o cuatro pesos en este chaleco que me puse a la vuelta del Paseo para venir al baile.

No hizo Leonardo esta explicación con la franqueza que solía; se puso colorado y titubeó varias veces. Lo advirtió su madre y le preguntó:

—¿Por qué te has aparecido en el baile tan tarde? Creí que ya no venías, y eso que tú saliste de casa antes que nosotras. Quién sabe por dónde has andado.

—Había reunión y piano en casa de las Gómez con motivo de ser el santo de Florencia...

—Ellas no vinieron contigo, que yo sepa. Tú no dices la verdad, Leonardo, lo conozco y de veras te digo que haces mal, muy mal. Yo soy tu mejor amiga, hijo, y tengo el desconsuelo de ver que cada día eres menos franco conmigo. Vamos al ambigú, añadió no poco desazonada, yo pago los costos y aquí tienes mi bolsa, que contiene unas seis onzas de oro.

Era de punto de seda, roja, formando dos senos separados por un nudo o lazada en el medio, para dividir el oro entero del menudo y la plata. Se la sacó del seno, porque las señoras en esa época no usaban bolsillos en las faldas, como al presente, sino que se colgaban la bolsa del cinto o cordón del traje casero. Leonardo recibió el dinero con las mejillas encendidas de la vergüenza, porque a la humillación de recibir dos veces la suma que había perdido al juego, se agregaban las mentiras con que había pretendido encubrir su

falta. La madre, tal vez sin quererlo ni saberlo tampoco, había leído en el fondo de su alma, como a través de un cristal. ¿Le sirvió eso de correctivo? No es tiempo todavía de examinarlo. Pero aquel incidente había pasado para el hijo y la madre no más, para la última ciertamente no en toda su genuina deformidad, pues puede decirse que sin conciencia de ello había puesto el dedo en la llaga. Del choque recibido trabajo le costó reponerse a Leonardo, quien dijo a su madre luego que se puso en pie y le tomó el brazo para conducirla a la sala del ambigú:

—¿Y dónde quedaba papá?

—Quedaba en casa de D. Joaquín Gómez, a donde han concurrido varios otros hacendados; entre ellos Samá, Martiartu, Mañero, Suárez Argudín, Lombillo, Laza...

—¿No se sabe cuál es el objeto de ser semejante junta?

—El capitán Miranda no ha podido explicarlo, sin duda porque él mismo lo ignora; pero por lo poco que me dijo tu padre cuando salió de casa, saco en consecuencia que va a tratarse de las expediciones a la costa de Africa. Vives está ya cansado de las quejas de Tolmé y de las impertinencias de los jueces de la maldita comisión mixta, y ha hecho decir a Gómez por trasmano que procuren que las expediciones de bozales no desembarquen por los alrededores de la Habana. También llegó un expreso del Mariel, participando que se ha presentado un bergantín parecido al Veloz, que se esperaba con un buen cargamento, perseguido por un buque inglés.

—Tal vez lo ha apresado.

—¿A la vista del torreón del Mariel? Sería demasiado atrevimiento. Con todo, esos ingleses protestantes se figuran que el mundo entero les pertenece, y no lo extrañaría. Si la expedición se pierde, tu padre pierde un pico regular. Es la primera que él emprende en sociedad con sus amigos de aquí por ser muy costosa. Cuando menos trae quinientos negros.

—¿Quién mete a papá en tales trotes, al cabo de sus años?

—¡Ay! hijo, ¿echarías tú tanto lujo, ni gozarías de tantas comodidades, si tu padre dejase de trabajar? Las tablas y las tejas no hacían rico a nadie. ¿Qué negocio deja más ganancias que el de la trata? Di tú que si los egoístas ingleses no dieran en perseguirla, como la persiguen en el día, por pura maldad, se entiende, pues ellos tienen muy pocos esclavos y cada vez tendrán menos, —no había negocio mejor ni más bonito en que emprender.

—Convenido, mas son tantos los riesgos, que quitan las ganas de emprender.

—¿Los riesgos? no son muchos comparados con las ganancias que se obtienen. El costo total de la expedición del bergantín Veloz, por ejemplo, según me dijo tu padre, no ha pasado de 30,000 pesos, y como la empresa es de varios, su cuota fue de algunos miles de

pesos solamente. Ahora bien, si se salva la expedición ¿cuánto no le tocará?... Saca la cuenta. Pero aquí está Isabel.

Doña Rosa la recibió con los brazos abiertos, excepto Antonia, las hermanas de Leonardo, con sinceras demostraciones de cariño, sobre todas Adela la abrazó y besó repetidas veces. Era esta la más joven, entusiasta y franca e Isabel la preferida de su hermano querido. Después de los saludos de costumbre y las quejas mutuas, juntas todas con las Gámez, llevando Leonardo. Meneses y Solfa, cada uno dos mujeres del brazo, pasaron a la sala del ambigú, espléndidamente iluminada, al fondo del palacio. Eran muchos y no cabían en una sola mesa, por cuya razón ocuparon dos, aunque inmediata una de otra.

Señoras y caballeros tomaron gigote de pechuga de pavo, fiambre de esta ave, con rico jamón de Westfalia, algunos arroz y frijoles negros, ninguno vinos ni espíritus, todos café con leche para terminación de cena. Ésta, conforme al precio usual de los platos pedidos en funciones semejantes, calculó Leonardo que no bajaría el costo de onza y media de oro, o veinticinco y medio duros, cuando menos. Deseoso de hacer alarde del dinero, sacando la bolsa de seda roja, preguntó al mozo blanco, que servía ambas mesas con destreza imponderable: —¿Cuánto es?

—Nada; contestó el hombre con la misma brevedad, a tiempo que formaba en el brazo izquierdo una *torre de porcelana* con los platos y tazas.

—¿Cómo se entiende? repuso el joven asombrado. ¿Pues quién ha pagado por mí?

—Se conoce que usted no pertenece a la junta directiva; dijo el mozo con cierta impertinencia. La sociedad costea el ambigú de esta noche, y si yo fuese uno como hay muchos, le hacía pasar a usted plaza de primo.

—¡Ah! exclamó Leonardo corrido como una mona y no poco mortificado.

Se puso en pie murmurando:

—Estos mozos españoles son a veces demasiado impertinentes.

Si él le oyó o no, es cosa que no se sabe, aunque por la mirada de través que le echó al joven parece que resonó en sus oídos lo de español e impertinente. Bien quisieran Adela y Florencia Gómez tomar parte en la siguiente danza, la primera hasta se lo indicó a su hermano; mas él se sonrió distraidamente y no contestó palabra.

Entre tanto doña Rosa dispuso que las *niñas*, según se expresó, pasaran al camarín a recoger sus *mantas* de seda. Al mismo tiempo los tres jóvenes bajaron al entresuelo a reclamar sus sombreros y bastones respectivos; pero tanto aquí como en el camarín, ya se habían adelantado otras muchas personas en demanda de sus prendas; de suerte que antes que obtuvieran las suyas nuestros conocidos, se

pasó algún tiempo. Después bajó Leonardo al portal, para prevenir a su calesero que estuviese listo.

De este intervalo se aprovecharon las más jóvenes de las señoritas para acercarse a los sitios en que se había armado la danza última, que dicen es la que mejor acompañan los músicos. No faltó quien las invitara y ellas en son de marcha se pusieron a bailar con más gusto que nunca. Doña Rosa, Isabel, Antonia, la señora de Gámez y la mayor de sus hijas se sentaron en grupo a esperar la hora de la partida.

Pasada era la una de la madrugada. Cuando Leonardo descendía las escaleras de piedra del palacio de la Filarmónica, lo primero que hirió sus oídos, fué el repiqueteo de las espuelas de plata de los caleseros en las sonoras piedras del portal, bailando el zapateo al son del tiple cubano. Tocaba uno, bailaban dos, haciendo uno de ellos de mujer; y de los demás, quienes batían las palmas de las manos, quienes golpeaban la dura losa con los puños de plata de los látigos, sin perder compás, ni cometer la más mínima disonancia. Algunos de ellos cantaban las décimas de los campesinos, anunciando por esto, por el baile y por el tiple que todos ellos eran criollos.

Aun aquí se habían adelantado muchas familias que se retiraban del baile lo más temprano posible; y eran de oírse los apellidos de las más distinguidas de La Habana repetidas de boca en boca, como ecos en escala, por todos los caleseros: —¡Montalvo! gritaba una voz y Montalvo repetían veinte sucesivamente hasta que se perdía a lo lejos o contestaba el llamado acercando el carruaje; en cuyo acto ocurrían algunos choques, no pocas peloterías entre los esclavos, más de un varapalo asestado por el dragón que mantenía el orden en la calle; todo esto acompañado del estallido de los látigos, del ruido de las ruedas, cual truenos lejanos; y de las patadas de los caballos en las chinatas pelonas del pavimento. En medio de toda aquella batahola, no cesaba el clamor de los caleseros por el nombre de las familias a que pertenecían. A saber: ¡Peñalver! ¡Cárdenas! ¡O'Farrill! ¡Fernandina! ¡Arcos! ¡Calvo! ¡Chacón! ¡Herrera! ¡Cadastral! repetido tantas veces cuantas era necesario para que llegara la palabra al calesero que se quería; el cual, después de todo, si no estaba a la cabeza de la fila, que rodeaba la manzana, tenía que esperar a que le tocara su turno para mover el carruaje si no quería que el dragón de guardia le midiera las costillas con la vara de su lanza.

Apenas se pronunció el apellido Gamboa, cesó el baile del zapateo, porque el tocador del agudo tiple no era otro que nuestro antiguo conocido Aponte. El triste esclavo se divertía al parecer con todas veras, o punteaba el instrumento primorosamente para distracción suya y de sus compañeros, porque pesaban sobre su espíritu, dos amenazas terribles, la de su señorita por la tarde y la de su

joven amo a las diez y media de la noche; y sabía, bien a su pesar, que ellos no olvidaban ni perdonaban faltas de sus esclavos. Pero si aquella era su suerte y no había remedio ¿a qué apurarse ni afligirse anticipadamente? Así reflexionaba él y así poco más o menos reflexionaban todos sus compañeros, a quienes Dios, en su santa merced, no había negado un alma pensante.

Acabada la junta de hacendados, don Joaquín Gómez puso su carruaje a la disposición de don Cándido Gamboa, para retirarse a su casa, como lo hizo, poco después de la medianoche, con lo que éste pudo despachar el suyo a la familia en la Filarmónica, para que hiciera lo mismo cuando lo tuviera por conveniente. Mediante aquel refuerzo inesperado, las Gámez y su amiga Isabel, pudieron trasladarse de una sola vez desde el baile a su morada a espaldas del convento de Santa Teresa, y en seguida la familia de Gamboa.

Metieron los caleseros sus respectivos quitrines en el zaguán, llevaron los caballos a la caballeriza en el traspatio, pusieron las monturas en sus burros, colgaron los arreos, libreas y sombreros en clavos fijos en la pared de un cuartucho, y por lo que hace a Aponte, acabado el trabajo, con la tarima a la espalda, cual Cristo con la cruz, volvía al zaguán para ver de descansar de las fatigas del día, durmiendo las pocas horas de la madrugada. Por entonces habían sonado las dos hacía rato en el reloj de la parroquia del Espíritu Santo. La luna menguante trasponía el tejado de la casa por el lado de la calle, cuya sombra ganaba la altura de la tapia divisoria entre ambos patios, de modo que reinaba oscuridad en el primero, aunque no tanta que no se viesen los bultos ni se reconociesen los rostros. De repente un hombre interceptó el paso de Aponte, quien levantó los ojos y vió que agitaba el látigo en la mano derecha. Se paró al instante, porque reconoció a su amo, el joven Gamboa.

—Suelta la tarima, le ordenó éste con voz bronca por la cólera; arrodíllate y quítate la camisa.

—¿Niño, su merced me va a castigar? dijo el atribulado esclavo ejecutando por parte lo que se le había ordenado.

—Vamos, despacha; agregó el amo, acompañando a la voz el golpe, por la vía de apremio.

—Espere su merced, niño. ¿En qué le he faltado yo?

—¡Ah! ¡Perro! y ¿me lo preguntas? ¿No te dije que te iba a castigar, porque no me esperaste, como te mandé en la esquina del convento?

—Sí, señor, niño; pero yo no tuve la culpa.

—¿Pues quién la tuvo? Yo te probaré que cuando te mando una cosa, la has de hacer o reventar.

Y sin más ni más empezaron a llover zurriagazos en las espaldas desnudas del infeliz esclavo. Se retorció, porque los golpes los descargaba un brazo vigoroso, y decía: —Bueno está, mi amo (por

basta). Por la niña Adela, mi amo. Por señorita (como llamaban los criados a doña Rosa Sandoval de Gamboa), mi amito. Si yo pudiera decir la verdad, niño, su merced vería que no tuve yo la culpa. ¡Bueno está ya, niño Leonardito!

Pero aquella boca había callado, embargada por la cólera, aquel corazón se había vuelto de piedra, aquella alma había perdido el sentimiento, aquel brazo sólo parecía animado, de hierro, no se cansaba de descargar golpes. ¡Qué cansarse! los menudeaba cada vez con más furor si no con más fuerza. Dormía ya don Cándido, cuando le despertaron asustado los estallidos del látigo y los lamentos del calesero.

—¿Qué es eso? preguntó a su esposa.

—Nada, Leonardo que castiga a Aponte.

—Pero ¡qué escándalo! ¿Qué horas son estas de castigar a los criados? Di a ese muchacho de Barrabás que pare la mano, o por Dios bendito...

—Acuéstate y duerme; repitió la mujer. Aponte está muy perro y necesita un buen castigo.

—Sí, mas estoy seguro que esta vez no ha cometido falta. Véase qué pasada le han jugado a tu hijo y ahora se la paga el pobre mulato.

—Tú no sabes lo que hizo por la tarde a las muchachas en la calle de la Muralla.

—Será así, pero que pare el muchacho la mano, o me levanto y le rompo una costilla, como me llamo Cándido. ¿Hase visto mayor desvergüenza?

Claro vió doña Rosa, que por poco que continuasen el vapuleo, los clamores y las protestas de inocencia del calesero, se levantaba don Cándido y hacía una de las suyas, pues a la natural rudeza de quien no había recibido educación, agregaba un carácter violento, se asomó al postigo de la ventana de su alcoba y dijo: —Leonardo, basta.

Esto fué lo suficiente. Bien que ya era tiempo de que el joven hubiese desfogado la cólera que le dominaba, o de que se le desmayase el vigor.

Después de eso, ¿cuál de los dos, la víctima o el verdugo, encontró primero reposo en la cama? Mejor dicho ¿qué pasaba por el alma del amo cuando se echó en la suya? ¿qué por el alma del esclavo cuando se desplomó en la rígida tarima? Difícil es que lo expliquen los que no han sido una ni otra cosa, e imposible que lo entiendan en toda su fuerza, aquellos que no han vivido jamás en un país de esclavos.

GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA

Nació en Puerto Príncipe (1814). Murió en Madrid (1873). Partió de Cuba a los veintidós años, regresando a ella en 1859. De nuevo en su país fundó la revista Album Cubano, y publicó la novela El artista barquero. En 1863 regresó a España, donde girando en la sociedad romántica madrileña, había ya publicado la primera colección de sus Poesías, y alcanzado la fama con sus dramas.

Como novelista publicó, Sab, Espatolino, Guatimocín, Dos mujeres, El artista barquero.

Apoyándonos en Sab, novela de ambiente cubano (cuyo tema es el del mulato esclavo, Sab, en la imposibilidad romántica de su amor), vemos a nuestro paisaje metamorfoseado en lo majestuoso y absurdamente descomunal, con la gracia que ya puede ofrecer, de girar como bambalina, a través del relato. Logra la Avellaneda, este ingenuo y primitivo expresionismo de su despliegue de telones, por la enrevesada mezcla que en esta novela, sus recuerdos de infancia logran lanzar sobre nuestras realidades, a la manera de un primitivo Deix ex machina, que descendiera sobre el paisaje con deliciosa artificialidad (recordemos la imagen de la novelista sobre la naturaleza americana, en Guatimocín: «que parece obra de una mano más atrevida que la que formó el resto de la creación»), convirtiendo guajiros en labradores, y apurando a la Sierra de Cubitas en arbitrario incensario de fantasmones y tormentas. Este ingenuo y cuestionable expresionismo, pues, salva el excesivo aparato de la Avellaneda, del azote de sus tempestades furiosas y de sus desconcertantes parlamentos, así como de la molesta sensación de que estamos ante meros recursos escénicos, y nos logra acercarnos a algunos de sus capítulos, por la graciosa forma con que logra lanzar, sobre las circunstancias del vivir cubano en el siglo pasado, una curiosa pucha de bambalinas, entre personajes con habla de actores, y guajiros que abren el paisaje con artificiosas cortesías, a la manera de los trazos con que se dibujan nuestros grabados.

S A B

CAPITULO IX

¿Do fue la raza candorosa y pura que las Antillas habitó?—La hiere del vencedor el hierro furibundo, tiembla, gime, perece, y como niebla al sol desaparece.

HEREDIA

Un viaje es a la infancia origen del más inquieto placer y de la más exaltada alegría. El movimiento y la variedad son necesidades imperiosas en aquella edad en la que libre todavía el alma de pasiones agitadoras, pero sintiendo el desarrollo de su actividad naciente sin un objeto en que emplearla, lánzale, por decirlo así, a lo exterior; buscando en la novedad y en el bullicio un desahogo a la febril vivacidad que le agita.

Las cuatro hermosas niñas, hermanas de Carlota, apenas apareció Sab con los carruajes y caballerías dispuestos para la partida, le rodearon haciéndole mil caricias con las que manifestaban su regocijo. El mulato correspondía a sus infantiles halagos con melancólica sonrisa.

—Así—pensaba él—, así saltaba a mi cuello Carlota hace diez años cuando me veía después de una corta ausencia. Así sus labios de rosa estampaban alguna vez en mi frente un beso fraternal, y su lindo rostro de alabastro se inclinaba sobre mi rostro moreno; como la blanca clavellina que se dobla sobre la parda peña del arroyo.

Y abrazaba Sab a las niñas, y una lágrima, deslizándose lentamente por su mejilla, cayó sobre la cabeza de ángel de la más joven y más linda de las cuatro hermanas.

Carlota se presentó en aquel momento. Un traje de montar a la inglesa, daba cierta majestad a su airoso talle, y se escapaban del sombrerillo de castor que cubría su cabeza algunos rizos ligeros, que sombreaban su rostro, embelleciendo con la expresión de una apacible alegría. Subió al semblante de Sab un fuego que sacó en su mejilla la huella reciente de su llanto, y presentó temblando a Carlota el hermoso caballo blanco dispuesto para ella.

Todos los viajeros se reunieron en torno de la linda criolla, y Sab les manifestó entonces su plan de marcha. Iba—dijo—, a conducirlos a Cubitas, no por el camino real, sino por una senda poco conocida, que aunque algo más dilatada, les ofrecería puntos de vista más agradables. Aprobada por unanimidad la proposición, sólo se trató de partir.

Había dos volantas (nombre que se daba a la especie de ca-

rruajes más usados en Cuba en aquella época), y el señor de B..., ocupó una de ellas con las dos niñas mayores, tomando la otra Teresa con las más pequeñas. Carlota, Enrique y Sab montaron a caballo. Así partió la caravana entre los alegres gritos de las niñas y el relincho de los caballos.

Sin reglas de equitación, las damas principeñas son generalmente jinetes; pero Carlota sobresalía entre todas por la gracia y nobleza de su aire cuando montaba. Galopaba aquella tarde junto a su amante con notable seguridad y elegancia, y la brisa naciente, hinchando y batiendo alternativamente el blanco velo que pendía del sombrero en torno de su esbelto talle, presentábala como una de aquellas síldes misteriosas, hijas del aire y soberanas de la tierra.

Eran hermosos los campos que atravesaban. Enrique se acercó al estribo del carruaje en que iba don Carlos y entabló conversación con éste respecto a la prodigiosa fertilidad de aquella tierra privilegiada, y el grado de utilidad que podía sacarse de ella. Sab seguía de cerca a Carlota y contemplaba alternativamente al campo y a la doncella, como si los comparase; había en efecto cierta armonía entre aquella naturaleza y aquella mujer, ambas tan jóvenes y tan hermosas.

En tanto costaba esfuerzos a Teresa contener a sus dos tiernas compañeras. Una campanilla,¹ un párago que revolotease sobre ella, cualquier objeto excitaba sus infantiles deseos y querían bajar del carruaje para posesionarse de él.

La noche se acercaba mientras tanto, y sus pardas sombras rodeaban progresivamente a los viajeros los paisajes campestres que les rodeaban. La rica vegetación no ofrecía ya sus variadas tintas de verdura, y las colinas lejanas presentábanse a la vista como grandes masas de sombras.

A medida que se aproximaban a Cubitas, el aspecto de la naturaleza era más sombrío; bien pronto desapareció casi del todo la vigorosa y variada vegetación de la tierra prieta, y la roja no ofreció más que esparramados yuraguano,² y algún ingrato jagüey³ que parecían en la noche figuras caprichosas de un mundo fantástico. El cielo empero era más hermoso en estos lugares: tachonábase por grados de innumerables estrellas, y cual otro ejército de estrellas

¹ Campanilla: es una flor silvestre de la figura de una campana; la produce un bejuco muy común en aquellos campos.

² El yaguarano es un arbusto de la familia de los guanos son muchas hojas parecidas algún tanto a las de la palma; aquellos a que se hace referencia en esta historia, y que abundan en las inmediaciones de Cubitas, son más altos que los yuraguano comunes. No crece este arbusto recto y airoso como la palma, antes por el contrario su tronco se tuerce por lo regular, y a veces se tiende casi horizontalmente.

³ El jagüey al principio no es más que un bejuco que se enreda en un árbol. Crece prodigiosamente: cubre y oprime con sus ramas el tronco que le ha sostenido y acaba por secarle. Entonces conviértese él en árbol corpulento; y la multitud de sus ramas que tiende de una manera caprichosa, sus raíces gruesas y visibles sobre la superficie de la tierra y las desigualdades de su tronco le dan un aspecto particular.

errantes, poblábase el aire de fúlgidos cocuyos, admirables luciérnagas de los climas tropicales.⁴

Carlota detuvo de repente su caballo e hizo observar al mulato una luz vacilante y pálida que oscilaba a lo lejos en lo más alto de una empinada loma.

—¿Está allí Cubitas?—preguntó—. ¿Será esa luz, que a distancia parece tan pequeña, algún fanal que se coloque en esa altura para que sirva de dirección a los viajeros?

Antes que Sab hubiese podido contestar, el señor de B... cuyo carruaje emparejaba ya con el caballo de Carlota, dejó oír una estrepitosa carcajada, mas Enrique, que no había andado nunca de noche aquel camino, participaba de la admiración y curiosidad de su amada y preguntó como ella el origen de aquella luz singular. Pero la luz desapareció en el mismo instante y la vista no pudo ya distinguir sino la gran masa de aquella eminencia, que como un gigante del aire proyectaba su enorme sombra en el lejano horizonte.

—Parece,—dijo riendo Carlos,— que os deja mohinos la ausencia de la linda lucecita, pero esperad... voy a evocar al genio de estos campos y volverá a lucir el misterioso fanal.

Apenas había concluído estas palabras, la luz apareció con un resplandor más vivo, y Enrique y las dos señoritas manifestaron una sorpresa igual a la de las niñas. El señor de B... testigo ya muchas veces de este fenómeno,⁵ se divertía con la admiración de sus jóvenes compañeros. Los naturalistas—les dijo—, os darían del fenómeno que estáis mirando una explicación menos divertida que la que os puede dar Sab, que frecuente este camino y trata a todos los cubiteros. El sin duda les habrá oído relaciones muy curiosas respecto a la luz que tanto os ha llamado la atención.

Las niñas gritaron de alegría regocijadas con la esperanza de

⁴ Los cocuyos son en clase de luciérnagas las más raras y vistosas, como también las más grandes. Su alimento es el jugo de la caña de azúcar y por eso abundan en los cañaverales. Tienen cuatro alas, dos depósitos de luz en el cuerpo y dos en la cabeza.

⁵ Los cubiteros han forjado en otros tiempos extraños cuentos relativos a una luz que decían aparecer todas las noches en aquel paraje, y que era visible para todos los que transitaban por el camino de la ciudad de Puerto Príncipe y Cubitas. Desde que dicha aldea fue más visitada y adquirió cierta importancia en el país, no ha vuelto a hablarse de este fenómeno cuyas causas jamás han sido satisfactoriamente explicadas. Un sujeto de talento, en un artículo que ha publicado recientemente en un periódico con el título de «Adición a los apuntes para la historia de Puerto Príncipe», hablando sobre este objeto dice que eran fuegos fatuos, que la ignorancia calificó de aparición sobrenatural. Añade el mismo que las quemazones que se hacen todos los años en los campos pueden haber consumido las materias que producían el fenómeno.

Sin pararnos a examinar si es o no fundada esta conjetura, y dejando a nuestros lectores la libertad de formar juicios más exactos, adoptamos por ahora la opinión de los cubiteros, y explicaremos el fenómeno, en la continuación de la historia, tal cual ha sido referido y explicado más de una vez.

oir un cuento maravilloso, y Enrique y Carlota colocaron sus caballos a los dos lados del de Sab para oírle mejor. El mulato volvió la cabeza hacia el carruaje de su amo y le dijo:

—Su merced no habrá olvidado a la vieja Martina, madre de uno de sus mayores de Cubitas, que murió dejándola el legado de su mujer y tres hijos en extrema pobreza. La generosa compasión de su merced la socorrió entonces por mi mano, hace cuatro años, pues habiéndole informado de la miserable situación en que se encontraba esta pobre familia, me dio una bolsa llena de plata con la que fué socorrida.

—Me acuerdo de la vieja Martina—respondió el caballero—, su difunto hijo era un excelente sujeto, ella, si mal no recuerdo, tiene sus puntos de loca: ¿no pretende ser descendiente de la raza india y aparenta un aire ridículamente majestuoso?

—Sí, señor—repuso Sab—, y ha logrado inspirar cierta consideración a los estancieros de Cubitas, ya porque la crean realmente descendiente de aquella raza desventurada, casi extinguida en esta isla, ya porque su grande experiencia, sus conocimientos en medicina de los que sacan tanta utilidad, y el placer que gozan oyéndola referir sus sempiternos cuentos de vampiros y aparecidos, la den entre estas gentes una importancia real. A esa vieja, pues, a Martina es a quien he oído, repetidas veces, referir misteriosamente e interrumpiéndose por momentos con exclamación de dolor y pronósticos siniestros de venganza divina, la muerte horrible y bárbara que, según ella, dieron los españoles al cacique Camagüey, señor de esta provincia; y del cual pretende descender nuestra pobre Martina, Camagüey, tratado indignamente por los advenedizos, a quienes acogiera con generosa y franca hospitalidad, fue arrojado de la cumbre de esa gran loma y su cuerpo despedazado quedó insepulto sobre la tierra regada con su sangre. Desde entonces esta tierra tornóse roja en muchas leguas a la redonda, y el alma del desventurado cacique viene todas las noches a la loma fatal, en forma de una luz, a anunciar a los descendientes de sus bárbaros asesinos la venganza del cielo que tarde o temprano caerá sobre ellos. Arrebatada Martina en ciertos momentos por este furor de venganza, delira de un modo espantoso y osa pronunciar terribles vaticinios.

—¿Y cuáles son?—preguntó don Carlos con cierta curiosidad inquieta, que mostraba haber sospechado ya lo que preguntaba. Sab se turbó algún tanto, pero dijo al fin con voz baja y trémula:

—En sus momentos de exaltación, señor, he oído gritar a la vieja india: —La tierra que fué regada con sangre una vez, lo será aún otra; los descendientes de los opresores serán oprimidos, y los hombres negros serán los terribles vengadores de los hombres cobreros.

—Basta, Sab, basta—interrumpió don Carlos con cierto disgusto; porque siempre alarmados los cubanos, después del espantoso y re-

ciente ejemplo de una isla vecina, no oían sin terror en la boca de un hombre del desgraciado color cualquiera palabra que manifestase el sentimiento de sus degradados derechos y la posibilidad de reconquistarlos. Pero Carlota, que había atendido menos a los pronósticos de la vieja que a la relación lamentable de la muerte del cacique, volvió hacia Enrique sus bellos ojos llenos de lágrimas.

—Jamás he podido—dijo—, leer tranquilamente la historia sangrienta de la conquista de América. ¡Dios mío, cuántos horrores! Parece empero increíble que puedan los hombres llegar a tales extremos de barbarie. Sin duda se exagera, porque la naturaleza humana no puede, es imposible, ser tan monstruosa.

El mulato la miraba con indescrible expresión. Enrique se burló de sus lágrimas.

—Eres una niña, querida mía—le dijo—, ¿lloras ahora, por la relación de una vieja loca, la muerte de un ser que acaso no existió nunca sino en la imaginación de Martina?

—No, Enrique, —respondió con tristeza la doncella—, no lloro por Camagüey ni sé si existió realmente; lloro sí al recordar una raza desventurada que habitó la tierra que habitamos, que vió por primera vez el mismo sol que alumbró nuestra cuna, y que ha desaparecido de esta tierra de la que fué pacífica poseedora. Aquí vivían felices e inocentes aquellos hijos de la naturaleza; este suelo virgen no necesitaba ser regado con el sudor de los esclavos para producirles: ofreciales por todas partes sombras y frutos, aguas y flores, y sus entrañas no habían sido despedazadas para arrancarle con mano avara sus escondidos tesoros. ¡Oh Enrique! lloro no haber nacido entonces y que tú, indio como yo, me hicieses una cabaña de palmas en donde gozásemos una vida de amor, de inocencia y de libertad.

Enrique se sonrió del entusiasmo de su querida haciéndola una caricia; el mulato apartó de ella sus ojos preñados de lágrimas.

—¡Ah! ¡sí!—pensó él:—no serías menos hermosa si tuvieras la tez negra o cobriza. ¿Por qué no lo ha querido el cielo, Carlota? Tú, que comprendes la vida y la felicidad de los salvajes, ¿por qué no naciste conmigo en los abrasados desiertos del Africa o en un confín desconocido de la América?

El señor de B... le arrancó de estos pensamientos dirigiéndole algunas preguntas respecto a Martina. —¿Vive todavía?—le dijo.

—Sí, señor, vive a pesar de haber experimentado en estos últimos años dolorosos infortunios.

—¿Qué le ha sucedido pues?—replicó con interés el caballero.

—Su nuera murió hace tres años, y diez meses después dos de sus nietecitos. Un incendio consumió su casa, hace un año, y la dejó reducida a mayor miseria que aquella de que la sacara la bondad de su merced. Hoy día vive en una pequeña choza, cerca de

las cuevas, con el único nieto que le queda, que es un niño de seis años al cual ama tanto más cuanto que el pobre chico está enfermo, y no promete una larga vida.

—La veremos—dijo don Carlos—, y la dejaremos instalada en una de mis estancias. ¡Pobre mujer! aunque extravagante es muy buena.

—¡Ah! ¡sí... muy buena!—exclamó con emoción el mulato, y animando con un grito a su caballo, se adelantó a prevenir la llegada de sus amos al mayor de la estancia donde iban a desmontar.

Eran las nueve de la noche cuando los viajeros entraron en Cubitas. La casa elegida para su domicilio, si bien de mezquina apariencia, era grande en lo interior, y el mayoral y su mujer procuraron a los recién llegados todas las comodidades posibles. La cena que se les sirvió fué parca y frugal, pero la alegría y el apetito la hicieron parecer deliciosa. Nunca don Carlos había estado tan jovial, ni Carlota tan risueña ni amable. La misma Teresa parecía menos displicente que de costumbre, y Enrique estaba encantado.

Cuando llegó la hora de recogerse a descansar. —Amigo mío—, le dijo Carlota deteniéndose en el umbral del cuartito señalado para su dormitorio, y al cual él la conducía por la mano: —¡cuán fácilmente pueden ser dichosos dos amantes tiernos y apasionados! En esta pobre aldea, en esta miserable casa, con una hamaca por lecho, y un plantío de yucas por riqueza, yo sería dichosa contigo, y nada vería digno de mi ambición en lo restante del universo. Y tú ¿pudieras tampoco desear más?

Enrique por única contestación besó con ardor su hermosa mano, y ella atravesó el umbral sonriéndole con ternura. Dióle las buenas noches y cerró lentamente la puerta, que tornó a abrir para repetirle: —Buenas noches, con una mirada inefable. Por fin la puerta se cerró enteramente y Enrique, inmóvil y pensativo, quedó un momento como si aguardase que volviese a abrirse aún otra vez. Luego sacudió la cabeza y murmuró en voz baja: —¡No hay remedio! esta mujer será capaz de volverme loco y hacerme creer que no son necesarias las riquezas para ser feliz.

—Señor, aguardo a su merced para conducirlo a su dormitorio; —dijo una voz conocida, a la espalda de Enrique. Volvióse éste y vio a Sab.

—¿Cuál es pues mi cuarto?—preguntó con cierta turbación.

—Ese de la izquierda.

Enrique se entró en él precipitadamente y Sab le siguió hasta la puerta, a la cual se detuvo dándole las buenas noches.

Una hora después todos dormían en la casa; sólo se veía un bulto inmóvil junto a la puerta de la habitación de la señorita de B... pero al menor ruido que en el silencio de la noche se percibía en la casa, aquel bulto se movía, se elevaba y salía de él una respira-

ción agitada y fuerte; entonces podía conocerse que aquel bulto era un hombre.

Una vez, hacia la madrugada, oyóse un ligero rumor acompasado, que parecía producido por las pisadas cautelosas de alguno que se acercaba. El bulto se estremeció profundamente y brilló en la oscuridad la hoja de un ancho machete. Los pasos parecían cada vez más próximos. El bulto habló en voz baja pero terrible: —¡Miserable! no lograrás tus inicuos deseos.—Un prolongado ladrido respondió a esta amenaza. Los pasos que se habían oído eran los de un perro de la casa.

El machete cesó de brillar y el bulto volvió a quedar inmóvil en su sitio; solamente el perro repitió por dos veces su ladrido, pero como acercándose más hubo de conocer olfateando a aquel cuya voz le había alarmado, calló también luego y todo quedó sumergido en profundo silencio.

CAPITULO X

... La mezcla de extravagancia y de entusiasmo que reinaba en sus discursos rara vez dejaba de producir la más viva impresión en aquellos que la escuchaban. Sus palabras con frecuencia entrecortadas eran empero demasiado claras e inteligibles para que pudiese sospechársele en un verdadero estado de locura.

Guy Mannering

WALTER SCOTT

Las cuevas de Cubitas son ciertamente una obra admirable de la naturaleza, que muchos viajeros han visitado con curiosidad e interés, y que los naturales del país admiran con una especie de fanatismo. Tres son las principales, conocidas con los nombres de *Cueva grande o de los negros cimarrones*, *María Teresa*, y *Cayetano*. La primera está bajo la gran loma de Toabaquei y consta de varias salas, cada una de las cuales se distingue con su denominación particular, y comunicadas todas entre sí por pasadizos estrechos y escabrosos. Son notables entre estas salas la de *La Bóveda* por su capacidad, y la del *Horno* cuya entrada es una tronera a flor de tierra por la que no se puede pasar sino muy trabajosamente y casi arrastrándose contra el suelo. Sin embargo, es de las más notables salas de aquel vasto subterráneo y las incomodidades que se experimentan al penetrar en ella, son ventajosamente compensadas con el placer de admirar las bellezas que contiene. Deslúmbrase el viajero que al levantar los ojos,

en aquel reducido y tenebroso recinto, ve brillar sobre su cabeza un rico dosel de plata sembrado de zafiros y brillantes, que tal parece en la oscuridad de la gruta el techo singular que la cubre. Empero, pocos minutos puede gozarse impunemente de aquel bello capricho de la naturaleza, pues la falta de aire obliga a los visitantes de la gruta a arrojarse fuera, temiendo ser sofocados por el calor excesivo que hay en ella. El alabastro no supera en blancura y belleza a las piedras admirables de que aquellas grutas, por decirlo así, se hallan entapizadas. El agua, filtrando por innumerables e imperceptibles grietas, han formado bellísimas figuras al petrificarse. Aquí una larga hilera de columnas parecen decorar el peristilo de algún palacio subterráneo; allá una hermosa cabeza atrae y fija las miradas; en otra parte se ven infinitas petrificaciones sin formas determinadas, que presentan masas de deslumbrante blancura y figuras raras y caprichosas.

Los naturales hacen notar en la cueva llamada de *María Teresa* pinturas bizarras designadas en las paredes con tintas de vivísimos e imborrables colores, que aseguran ser obra de los indios, y mil tradiciones maravillosas prestan cierto encanto a aquellos subterráneos desconocidos; que realizando las fabulosas descripciones de los poetas, recuerdan los misteriosos placeres de las hadas.

Nadie ha osado todavía penetrar más allá de las undécima sala; se dice empero vulgarmente que un río de sangre demarca su término visible, y que los abismos que le siguen son las enormes bocas del infierno. La ardiente imaginación de aquel pueblo ha adaptado con tal convicción esta extravagante opinión que, por cuanto hay en el mundo, no se atreverían a penetrar más allá de los límites a que se han concretado hasta el presente los visitantes de las cuevas, y lo estrecha y peligrosa que se va haciendo la senda subterránea, a medida que se interna, parece justificar sus temores.

Don Carlos de B... y su familia, llevando a Sab por Cicerone, emprendieron, al día siguiente de su llegada a Cubitas, la visita de estas grutas. En la bajada, que es peligrosa, Carlota tuvo miedo, y el mulato, más diestro y vigoroso que Otway, fue esta vez también más dichoso, pues bajó casi en sus brazos a la doncella.

Teresa apenas necesitó ayuda: ágil y valiente descendió sin palidecer un momento, y con aquella fría serenidad que formaba su carácter. Sab bajó luego una a una con el mayor esmero a las niñas, y ayudó al señor de B... siendo Enrique el último que verificó aquel descenso, con más animosidad que destreza. A pesar del auxilio de una gruesa cuerda, y de la robusta mano de un negro, fallóle un pie en la mitad del declive y hubiera indudablemente caído, arrastrando consigo al esclavo, si Sab, que bajaba detrás de él, conduciendo una

gran tea de madera resinosa, que en el país llaman cuaba, no le hubiese socorrido con tanta oportunidad como osadía.

—Sab,—díjole el inglés cuando todos juntos empezaban a recorrer las salas subterráneas,—te soy segunda vez deudor de la vida y casi me persuado que eres en la tierra mi ángel protector.

Sab no respondió nada, pero sus ojos se fijaron en Carlota, cuyas miradas le expresaban con mayor elocuencia cuánto sabía agradecer aquel nuevo servicio prestado a su amante.

Sab que buscaba aquella gratitud, no pudo sin embargo soportarla: apartó la vista de ella, suspiró profundamente y se dirigió hacia su amo al cual entretuvo con la relación de algunas tradiciones populares relativas a los sitios que recorrían.

Las paredes estaban llenas con los nombres de los visitantes de las grutas, pero la compañía no pudo dejar de manifestar la mayor sorpresa al ver el nombre de Carlota entre ellos, no habiendo ésta visitado hasta entonces aquellos sitios. En fin, después de emplear una gran parte del día en recorrer diferentes salas, las señoritas fatigadas mostraron deseos de descansar, y ya declinaba la tarde cuando a instancias suyas salieron de las grutas.

Sab les tenía dispuesta la comida, de antemano, en la choza de Martina, de la que ya nuestros lectores han oído hablar en el capítulo precedente, y toda la compañía se preparó con placer a ver a la vieja india.

Distaba poco de las cuevas la habitación de ésta, y los viajeros se vieron en el umbral de su humilde morada a los seis minutos de marcha.

Prevenida la vieja por Sab salió a recibir a sus huéspedes con cierto aire ridículamente majestuoso, y que podía llamarse una parodia de hospitalidad. Rayaba Martina a los sesenta años, que se echaban de ver en las arrugas que surcaban en todas direcciones su rostro enjuto y su cuello largo y nervioso, pero que no habían impreso su sello en los cabellos, que si bien no cubrían sino la parte posterior del cráneo, dejando descubierta la frente que se prolongaba hasta la mitad de la cabeza, eran no obstante de un negro perfecto. Colgaba este mechón de pelo sobre la espalda descarnada de Martina, y la parte calva de su cabeza contrastaba de una manera singular, por su lustre y blancura, con el color casi cetrino de su rostro. Este color empero era todo lo que podía alegar a favor de sus pretensiones de india, pues ninguno de los rasgos de su fisonomía parecía corresponder a su pretendido origen.

Sus ojos eran extremadamente grandes y algo saltones, de un blanco vidriado sobre el cual resaltaban sus pequeñas pupilas de azabache; la nariz larga y delgada parecía haber sido aprensada, y la boca era tan pequeña y hundida que apenas se le veía, enterrada,

por decirlo así, entre la prominencia de la nariz y la de la barba, que se avanzaba hacia afuera hasta casi nivelarse a ella.

La estatura de esta mujer era colosal en su sexo y a pesar de sus años y enflaquecimiento manteníase derecha y erguida, como una palma, presentando con una especie de orgullo el semblante superlativamente feo que hemos procurado describir.

Al encontrarse con dos Carlos inclinó ligeramente la cabeza diciendo con parsimonia:

—Bien venido sea, tres veces bien venido el señor de B... a esta casa.

—Buena Martina,—respondió el caballero entrando sin cumplimiento en una pequeña sala cuadrada, y sentándose en una silla, (si tal nombre merecía un pedazo de madera mal labrado),—tengo el mayor gusto en volver a ver a una tan antigua conocida como sois vos, pero me pesa hallaros en tan extremada pobreza. Sin embargo, Martina, los años no pasan por vos, lo mismo estáis que cuando os vi hace diez años. No diréis otro tanto de mí: leo en vuestros ojos que me halláis muy viejo.

—Es verdad, señor,—repuso ella,—que estáis muy diferente de como os vi la última vez. Es natural,—añadió con cierto aire melancólico,—porque aun no habéis llegado a ser lo que yo soy y los años hallan todavía algo que quitaros. El árbol viejo del monte, cuando ya seco y sin jugo sólo alimenta curujeyes,¹ ve pasar años tras años sin que ellos le traigan mudanza. El resiste a los huracanes y a las lluvias, a los rigores del sol y a la aridez de la seca; mientras que el árbol todavía verde sufre los ataques del tiempo y pierde poco a poco sus flores, sus hojas y sus ramas. Pero he aquí,—añadió echando una ojeada sobre Enrique y las dos señoritas y luego en las cuatro niñas que la rodeaban,—he aquí tres hermosos árboles en todo el vigor de su juventud, con todos los verdes de la primavera, y cuatro tiernos arbolitos que van creciendo llenos de lozanía. ¡Son todos hijos vuestros! Pensaba que no teníais tantos.

Don Carlos tomó de la mano a Enrique.—No es mi hijo este mancebo,—la dijo,—pero lo será en breve. Os presento en él, querida Martina, al esposo de mi Carlota.

—¡Al esposo de vuestra Carlota!—repitió la vieja con tono de sorpresa e inquietud y echando en torno suyo una mirada cuidadosa, que pareció detenerse en el mulato que se mantenía respetuosamente detrás de sus amos. Luego volviéndose hacia las dos señoritas, examinólas alternativamente.

—Una de ellas es mi hija y otra mi pupila,—dijo don Carlos notando aquel examen,—vamos a ver si adivináis cuál es Carlota. No he olvidado, Martina, que os preciáis de fisionomista.

¹ El curujey es una especie de planta parásita que nace en el tronco de los árboles viejos.

La vieja miró fijamente a Teresa, cuyos ojos distraídos recorrían el reducido recinto de la pequeña sala en que se hallaba, y luego desviando lentamente su mirada la detuvo en Carlota, que se sonreía encendida como la grana. Los ojos de la india (pues no pretendemos disputarla este nombre, se encontraron con los de la linda criolla.

—Esta es—exclamó al momento Martina,—esta es Carlota de B..., he conocido esa mirada..., sólo esos ojos podrían...—y se detuvo como turbada, añadiendo luego esta viveza:—Solamente ella puede ser tan hermosa.

Carlota se mortificó de un elogio que le pareció poco atento en presencia de su amiga, mas Teresa no atendía a la conversación y tenía fijos los ojos en aquel momento en un objeto extraño y lastimoso, en el cual aun no habían reparado nadie sino ella.

En una especie de tarima de cedro, sobre una estera de guano yacía acurrucada en un rincón oscuro de la sala una criatura humana, que al punto apenas podía reconocerse por tal. Mirándole con más detención, notábase que era un niño, pero la horrible enfermedad que le consumía había casi del todo contrahecho su figura. Su cabeza voluminosa, cubierta por cabellos pobres y ásperos, se sostenía con trabajo sobre un cuello tan delgado, que parecía quebrantado por su peso, y sus ojos pequeños y hundidos aparecían rodeados de una aureola cárdena, que se extendía hasta sus pálidas mejillas. Sonreía el infeliz y se entretenía con un perrillo que estaba tendido entre sus dos flacas piernecitas, reclinada su cabeza en el abultado vientre del niño.

Las miradas de Teresa habían dirigido hacia aquel sitio las de todos los individuos de la compañía, y Martina, observándolo, exclamó con tristeza:

—¡Es mi nieto, mi único nieto!... Nada más me queda en el mundo... Mi hijo, mi nuera, mis dos nietecitos, tan lindos y tan robustos..., todos han muerto! Esta pobre criatura raquítica es lo único que me queda..., es la única hoja marchita que se desprenderá de este viejo tronco.

Don Carlos y sus hijos conmovidos se aproximaron al pequeño enfermo, pero divisando a Sab en aquel momento, arrojó el niño un grito penetrante de alegría, y el perro saltó, aullando también. Arrastrándose el niño fuera de la tarima para acercarse al mulato, brillando en sus apagados ojos una vislumbre de felicidad, y el perro saltando moviendo la cola y aullando, y mirando alternativamente al niño y al mulato, como si quisiera indicar a éste que debía aproximarse a aquél. Hízolo Sab y al momento la pobre criatura se colgó de su cuello y el animal redoblando sus aullidos, como si celebrase tan tierna escena, corría en torno de los dos, y se levantaba ora poniendo sus manos sobre los muslos del mulato, ora sobre la espalda del niño.

Martina contemplaba aquel cuadro con visible emoción; la ridícula gravedad con que se presentara a sus huéspedes había desaparecido y volviendo a don Carlos sus negros ojos, en los que temblaba una lágrima:

—Ya lo veis,—le dijo,—su cuerpo está casi muerto, pero aun hay vida en su corazón. ¡Pobre desgraciado!, vive todavía para amar: ama a Sab, a su perro y a mí, a las únicas criaturas que pueden apreciar y corresponder su cariño. ¡Pobre desgraciado! Y enjugó con su delantal la lágrima que ya había resbalado por su mejilla.

—Martina,—le dijo don Carlos,—habéis sido muy desgraciada, lo sé.

—Aun pude serlo más,—respondió ella,—vi expirar en mis brazos uno tras otro mis hijos y mis nietos; quedábame uno solo... ¡Este! Un incendio consumió mi casa y hubiera perecido entre las llamas mi pobre único nieto sin el valor, la humanidad...

Martina se detuvo repentinamente. El mulato, que acababa de desprenderse del niño y del perro, habíase puesto de pie frente a ella y su mirada imperiosa ahogó en sus labios las palabras que iba a proferir. Don Carlos y sus hijos la invitaron en vano a continuar su comenzado relato. Martina varió de objeto y preguntó a don Carlos si quería que se les sirviese la comida. Luego que Sab se alejó para prepararla, volvióse la anciana a sus huéspedes y con voz baja y cautelosa, y acento más conmovido, prosiguió:

—Sí, él fué, él quien salvó a mi pobre Luis, pero no se puede hablar de ello en su presencia: oféndele la expresión de mi gratitud. Mas ¡ah! ¿por qué había yo de ahogarla? ¿por qué?... me es tan dulce repetir: ¡A él debo la vida de mi último nieto!

Carlota a estas palabras aproximó su silla a la de Martina escuchándola con vivísimo interés. El mismo Enrique le prestaba atención; sólo Teresa manteníase algo desviada y como distraída. Martina prosiguió:

—Una feliz casualidad trajo a Sab a esta aldea algunos días antes del fatal incendio que me redujo a la indigencia. Visitábame a menudo y yo le amaba, porque él había asistido en sus últimos momentos a mi hijo, porque él fue nuestro consolador cuando había otros seres que participasen mis dolores. Luego que los perdí, todavía estaba él junto a mí y lloramos juntos. El acompañó a su última morada a mis dos nietecitos, y el día en que enterré al último de ellos, volviendo a casa traía los ojos llenos de lágrimas y me abrazó gimiendo. Sab,—le dije en mi dolor señalando a mi pobre Luis,—ya no tengo más que a él en el mundo..., no me queda otro hijo.—Aun tenéis otro, madre mía,—exclamó uniendo sus lágrimas a las mías y con un acento que me parece estar oyendo todavía,—yo soy también un pobre huérfano: nunca di a ningún hombre el dulce y santo título de padre,

y mi desgraciada madre murió en mis brazos: soy también huérfano como Luis, sed mi madre, admitidme por vuestro hijo.

—Sí, yo te admito,—le respondí levantando al cielo mis trémulas manos.—El se arrodilló a mis pies y en presencia del cielo le adopté desde aquel momento por mi hijo.

Martina se detuvo para enjugar las lágrimas que hilo a hilo caían de sus ojos; Carlota lloraba también; don Carlos tosía para disimular su conmoción, y aun Enrique se mostraba enternecido. Teresa verosíblemente no atendía a lo que se hablaba, entretenida al parecer en limpiar con su pañuelo un pedazo de piedra muy hermosa que había cogido en las grutas.

—Sab estaba en Cubitas cuando el incendio de mi casa,—prosiguió Martina,—de aquella casa que yo debía a vuestra bondad, señor don Carlos, y a la eficacia de mi hijo adoptivo. El incendio consumía mi morada y yo medio desmayada en brazos de algunos vecinos atraídos por la compasión, o la curiosidad, veía los rápidos progresos del fuego y gritaba en vano con todas mis fuerzas:—¡Mi nieto! ¡Mi Luis!—Porque el niño, abandonado por mí en el primer instante de susto y sorpresa, iba a ser devorado por las llamas, que ya veía yo avanzar hacia el lado en que se encontraba el infeliz. Dejadme ir,—gritaba yo,—dejadme salvarle o morir con él. Pero me agarraban estorbando mi desesperado intento y aunque penetrados de compasión todos, ninguno se atrevía a exponer su vida por salvar la de un pobre niño enfermo.

—¡Y Sab le salvó!—exclamó con viveza y emoción la señorita de B...—¡No lo habéis dicho así, buena Martina!

—¡Sab le salvó, sí!—respondió la anciana olvidando su cautela y levantando la voz en el exceso de su entusiasta gratitud.—¡Sab le salvó! Por entre las llamas y quemados los pies y ensangrentadas las manos, sofocado por el humo y el calor cayó exánime a mis pies al poner en mis brazos a Luis y a Leal..., a este perro que entonces era pequeñito y dormía en la cama de mi nieto. ¡Sab los salvó a ambos! Sí, su humanidad se extendió hasta el pobre animalito.

Y Martina acariciaba con mano trémula al perrillo, que al oír su nombre había corrido a echarse a sus pies.

Carlota lloraba todavía y todavía tosía don Carlos, pero Enrique se había distraído de la relación de la anciana con la piedra que limpiaba Teresa y de la cual ambos admiraban el brillo extraordinario.

—¡Es hermosa!—decía Enrique.

—¡Oh! sí, ¡es hermosa!—repetía Martina que no echaba de ver la distracción de dos de sus oyentes.—¡Es hermosa el alma de ese pobre Sab, muy hermosa! Luego que quedé sin casa, sin más bienes que mi nieto enfermo y su perro, no hallé otro asilo que esas cuevas, morada algunas veces de los negros cimarrones y siempre de los cerneícalos y murciélagos.

Allí hubiera acabado miserablemente mis tristes días sin el ángel protector de mi vida. Sab, el mismo Sab ha levantado para su vieja madre adoptiva esta choza, en que tengo el honor de recibirlos; él ha trabajado con sus manos los toscos muebles que me eran necesarios; él me ha dado todos sus ahorros de muchos años para aliviar mi miseria; él con su cariño, con su bondad, ha hecho renacer en este viejo y lacerado corazón las emociones deliciosas del placer y la gratitud. Sí, todavía palpita este pecho cuando le veo atravesar el umbral de mi humilde morada; todavía vierten estos ojos lágrimas de enternecimiento y alegría cuando le oigo llamarme su madre, su querida madre. ¡Oh Dios mío, Dios mío!—añadió elevando al cielo sus manos descarnadas:—¿Por qué ha de ser desgraciado siendo tan bueno?

En aquel momento Sab se presentó trayendo una mesita de cedro, que estaba destinada a la comida, y su presencia aumentó la conmoción que el relato de Martina había producido. Don Carlos, olvidando que se le había confiado a escondidas del mulato la historia de sus buenas acciones, alargóle la mano y haciéndole aproximar a su silla: Sab,—le dijo,—Sab,—repetió cada vez con más viva expresión,—eres un excelente mozo!

El mulato pareció adivinar de lo que se trataba y arrojó a Martina una mirada de reconvencción.

—Sí, hijo mío,—exclamó la vieja,—sí, puedes reconvenirme porque he faltado a la promesa que me exigiste; pero ¿por qué quieres, Sab, querido Sab, por qué quieres privar a tu vieja madre del placer de bendecirte, y de decir a todos los corazones buenos y generosos; mi hijo se os parece? Sab, amigo mío, perdóname, pero yo no puedo, no puedo complacerte.

Carlota redobló su llanto, y cubrió su lindo rostro con sus manos, como para ocultar el exceso de su emoción; pero Sab había visto correr sus lágrimas y cayó de rodillas.

—Madre mía,—prorrumpió con trémula y enternecida voz,—sí, yo os perdono y os doy gracias; yo os debo las lágrimas de Carlota,—añadió, pero estas últimas palabras fueron proferidas tan débilmente que nadie, excepto Martina, pudo percibir las.

—Sab,—dijo el señor de B..., levántate y abrazándole con extrema bondad:—yo me envanezco de tu bello corazón; sabes que eres libre y desde hoy te ofrezco proporcionarte los medios de seguir los generosos impulsos de tu caritativo corazón. Sab, continuarás siendo mayoral de Bellavista, y yo te señalaré gajes proporcionados a tus trabajos, con las cuales puedes tú mismo irte formando una existencia independiente. Respecto a Martina corren de mi cuenta ella, su nieto y su buen Leal. Quiero que al marcharme de Cubitas quede instalada en la mejor de mis estancias y la señalaré una pensión vitalicia, que recibirá anualmente por tu mano.

Sab volvió a arrojarse a los pies de su amo, cuya mano cubrió de

besos y lágrimas. Carlota se colgó de su cuello besando también la frente y los cabellos del buen papá, y su vestido rozando en aquel momento con el rostro del mulato fue asido tímidamente, y también recibió un beso y una lágrima. ¿Y quién no lloraría con tan tierna escena? ¡Teresa, únicamente Teresa! Aquella criatura singular se había alejado fríamente del cuadro patético que se presentaba a sus miradas, y parecía entonces ocupada en examinar de cerca la figura deforme del pobre niño. Enrique, menos frío que ella, miraba conmovido ora a don Carlos, ora a su querida, y luego dando un golpecito en el hombro de Sab, que aun permanecía arrodillado:—Levántate, buen muchacho,—le dijo.—levántate que has procedido bien y quiero yo también recompensarte. Diciendo esto puso en su mano una moneda de oro, pero la mano se quedó abierta y la moneda cayó en tierra.

—Sab,—dijo Carlota con tierno acento,—Enrique quiere sin duda que des esa moneda, en nombre suyo, al pequeño Luis.

El mulato levantó entonces la moneda y la llevó al niño que la tomó con alegría. Teresa estaba sentada en la misma tarima de Luis, y Sab creyó al mirarla que tenía los ojos humedecidos; pero sin duda era una ilusión porque el rostro de Teresa no revelaba ninguna especie de emoción.

Martina quiso dar las gracias al señor de B..., por su caritativa promesa, pero éste, que deseaba cortar una conversación que le había causado ya demasiado enternecimiento, mandó traer la comida, rogando a Martina no se ocupase por entonces sino en hacer los honores de la casa. Servida la comida el señor de B... quiso absolutamente que se sentasen con ellos no solamente Martina sino también Sab. La vieja india, que pasado el primer momento del entusiasmo de su gratitud había recobrado su aire ridículamente majestuoso, y tal cual ella creía convenir a la descendiente de un cacique, ocupó sin hacerse de rogar una cabecera de la mesa, y Sab se vio precisado por su amo a colocarse en un frente, en medio a la mayor de sus niñas y de Teresa. Martina aprovechó la ocasión que le dieron algunas preguntas de Carlota, para repetir los maravillosos cuentos que ya mil veces había contado, de la muerte de Camagüey y las apariciones de su alma en aquellos alrededores. Las niñas la acechaban abriendo sus grandes ojos con muestras de vivo interés y admiración, sin cuidarse ya de comer. Enrique no parecía tampoco con gran apetito y se notaba en su aire cierto descontento, acaso por un pueril sentimiento de vanidad, que le hacía no aprobar la excesiva bondad de don Carlos, en sentar a su mesa a un mulato que quince días antes aun era su esclavo. Ninguna vanidad tan ridículamente susceptible como la de aquellos hombres que de la nada se ven repentinamente, por un capricho de la suerte, elevados a la fortuna.

Carlota por el contrario, estaba radiante de placer y agradecía

a su padre la ligera distinción que concedía al libertador de Luis y bienhechor de Martina. Ella era siempre la que se adelantaba a ofrecer al confuso mulato, ya de este ya de aquel plato; ella la que le dirigía la palabra con acento más dulce y afectuoso, y la que, con exquisita delicadeza, evitaba que en la conversación general se escapase una sola palabra que pudiese herir la sensibilidad o la modestia de aquel excelente joven, cuyo corazón merecía tantos miramientos; hizo ella misma el plato destinado a Luis, y no olvidó tampoco a Leal. Mirábala de rato en rato Martina, aunque no cesase de relatar sus sempiternos cuentos, y luego miraba también a Sab. Una vez después de estas miradas suspiró profundamente y sus ojos se cargaron de lágrimas: era precisamente cuando refería la triste historia del cacique Camagüey, y nadie extrañó su conmoción.

Era necesario regresar a la estancia de don Carlos, pues se iba haciendo tarde; al despedirse de Martina dejóle éste su bolsillo lleno de dinero, y la vieja lo colmó de bendiciones. Enrique dio cariñosos adioses, y Carlota la abrazó con las lágrimas en los ojos, e igualmente al pequeño Luis; luego acarició a Leal recomendándole al niño y salió a juntarse con el resto de la compañía, que la aguardaba para partir.

La despedida de Sab fue más larga: tres veces le abrazó Martina y otras tantas tornó a abrazarle con mayor afecto. Luego Luis, colgado de su cuello, parecía reanimado por el cariño que su hermano adoptivo le inspiraba. Sab iba por último a arrancarse de sus brazos, dándole con paternal afecto el último beso, cuando el niño reteníendole con extraña tenacidad.—Escucha,—le dijo,—tengo que pedirte una cosa, una cosa muy bonita, que me han dado para ti; pero que tú, que eres tan bueno, querrás dejarme. El mulato oyó la voz de su amo que le llamaba para partir, y apartándose de Luis.—Sí,—le contestó, sin atender al objeto que excitaba los deseos del niño y que éste apretaba en su mano derecha, cerrada con fuerza:—sí, yo te la regalo.

—Ya lo sabía yo,—exclamó con pueril regocijo el enfermo.—¡Ah! que bueno eres: ya lo sabía yo desde que me dio este regalo aquella señora, que lloraba al darme para ti; pero tú no lloras porque se lo das a tu hermano; tú eres mejor que ella.

—¡Cómo! ¡Una señora te dio ese regalo para mí!—exclamó el mulato volviendo a arrodillarse sobre la tarima de Luis.

—Sí, una de esas que han estado hoy en casa, y me dijo que tú le amarías mucho: ¡ya lo creo! ¡es tan bonito! pero tú amas más a tu hermano y por eso se lo has dado,—y el niño acariciaba la cabeza de Sab, pero éste no atendía ya a sus halagos.

—¡Una de estas señoras te lo ha dado! ¡Para mí! ¡Oh! ¡dámelo, dámelo!—y arrancó de la mano del niño, que defendía su tesoro con todas sus fuerzas, aquel objeto que excitaba ya su más ardiente anhelo.

—No me lo quites: ¡tú me lo has dado! ¡es mío, es mío!—gritaba

llorando Luis, y Sab precipitándose junto a la mesa, donde ardía una bujía, devoraba con los ojos aquel presente misterioso. Era un brazalete de cabellos castaños de singular hermosura, y el broche lo formaba un pequeño retrato en miniatura.

—¡Es mío! ¡Dámelo!—repetía el niño tendiendo sus descarnados brazos y sus manitas transparentes.

—¡Es ella!—exclamaba sin oírlo el mulato.—¡Es su retrato! ¡Su pelo! ¡Dios mío, es ella!

Volvió a caer de rodillas junto a la tarima del enfermo y enajenado, convulso, fuera de sí, apretaba el brazalete y al niño sobre su pecho, gritando siempre:—¡Es ella! ¡Es ella!—El niño casi sofocado entre sus brazos procuraba desasirse sin dejar de repetir: —¡Es mío! ¡Es mío!

—En nombre del cielo,—le dice Sab,—en nombre del cielo repíteme lo que me has dicho, Luis, dímelo otra vez, dime que fue ella quien te ha dado esto para mí.

—Sí, pero tú me lo has regalado,—decía la pobre criatura.

—¡Oh! yo te daré mi vida, mi alma, todo lo que quieras, Luis, pero dímelo: ¡fue ella! Y oprimía entre las suyas las delicadas manos del niño.

—¡Me haces mal!—gritó amedrentado de los arrebatos de su hermano adoptivo:—¡Sab, déjame! No te pediré más esa cosa tan bonita. ¡Suéltame! ¡Ay! Me rompes las manos.—Lloraba el niño y Sab era insensible a su llanto.

—¡Fue ella! ¡Fue ella!—repetía cada vez más enajenado.

—Sí, ella,—respondió balbuceando Luis,—esa señora, la más chica de las dos grandes, esa de los ojos verdes, y...

—¡Oh! ¡Teresa! ¡Teresa!—le interrumpió tristemente Sab, soltando las manos del niño:—¡Teresa ha sido!

—Mira, me lo dio envuelto en este papelito y yo lo saqué para mirarle. Toma el papel, y dame eso, dámelo querido Sab, tú me lo ofreciste.

Sab tomó el papel en el cual escritas con lápiz leyó estas palabras: «Luis ofrece al que ha salvado dos veces la vida de Enrique Otway esta prenda, en compensación de los beneficios que le debe.»

—¡Teresa! ¡Teresa!—exclamó Sab;—tú has penetrado, pues, en este corazón, tú conoces todos sus secretos, tú sabes cuánto aborrezco esa vida que he salvado dos veces y comprendes todo el precio de mi generosidad. ¡Oh Teresa! Este presente tuyo es lo más precioso que podías darme; mejor acaso puedo yo pagarte muy en breve: sí, lo haré, lo haré y te bendeciré mientras palpita este corazón, del cual no se apartará jamás el inestimable tesoro que me has creído digno de poseer.

La voz del señor de B..., impaciente ya con la tardanza del mulato, se oyó en aquel momento, llamándole para partir. Sab ocultó en su

pecho el precioso brazalete y arrancándose de los brazos del niño, que aun le repetía:—¡Dámelo!,—lanzóse fuera de la sala. Encontróse a Martina que entraba a buscarle; todos los viajeros estaban ya a caballo y sólo por él se aguardaba.

Sab, todo turbado, murmuró una excusa insignificante y tomando su jaco se adelantó a paso largo sirviendo de guía a los viajeros.

JOSE ANTONIO ECHEVERRIA

Nació en 1815, en el puerto de Barcelona (Venezuela). Murió en 1885. Poco después de su nacimiento, emigraron sus padres a Cuba. Se afirma, que Echeverría estudió en el Seminario de San Carlos. Después, en 1840, ocupó la dirección del colegio «La Empresa», junto con Villaverde, Palma y Milanés. Con Palma, también, lanzó «El Aguinaldo Habanero», y más tarde «El Plantel», donde publicó sus ensayos sobre «Historiadores de Cuba».

Intensa fue su labor política y conspirativa, llegando a ser junto a Mestre y Aldama, Comisionado de la República de Cuba en Nueva York.

En «Cartera Cubana», publicó su novela «Antonelli».

De pocas páginas resulta ser la novela «Antonelli». Tanto es esto así, que casi podría calificársela, dentro del concepto de relato más o menos largo. En ella, surge la figura histórica del arquitecto Antonelli, desenrollando su pintoresco rencor, a través de unas abigarradas estampas donde, con deliciosa yuxtaposición se suceden reminiscencias del Dante, descripciones que más bien parecen copias de grabados de la época, y algunos sucesos chillonamente románticos. El conjunto de todo esto, no nos produce, sin embargo, la sensación de estar frente a un molesto revoltijo, sino que, contrariamente a ello, nos deja el sabor de un matiz sobrio, como de rocortado claro-oscuro.

Enrique José Varona, con gesto que el tiempo se ha encargado de encapuchar con sabroso primitivismo, nos dice haberle aplicado a José Antonio Echeverría, «el lente de la más escrupulosa maledicencia», y que nuestro novelista saltó sobre ella, pues no pudo encontrarle «una sola mancha, ni en sus escritos, ni en su traje, ni en su carácter».

A N T O N E L L I

La fábrica de este castillo hace época en los anales cubanos, porque con él se imaginaron los moradores de La Habana que echaban llave a su puerto, mal defendido hasta entonces por el de la Fuerza, insuficiente para imponer respeto a piratas aventureros, cuanto más a las escuadras de alguna nación enemiga que hubiese tenido el antojo de reflejar su pabellón en las aguas de la bahía. Adelantada ya la obra en términos de recibir artillería en sus baluartes, quiso el gobernador capitán general don Juan de Tejada, ponerle nombre, y dar posesión a su primer castellano Alonso Sánchez de Toro: en efecto, por la tarde del día a que hemos llegado, en compañía de las personas más calificadas del pueblo, trasladóse a la fortaleza, para autorizar la ceremonia de bautizarla con el nombre de los *Tres Reyes*, que se celebró al estampido de sus cañones, a que respondieron con los suyos la Fuerza y los galeones de las flotas de Nueva España y la Tierra Firme, que en aquellos tiempos acostumbraban juntarse en este puerto a principios de junio, para seguir juntas su derrota a la Península.

Para la noche tenía dispuesto el Gobernador un festejo que a par de solaz y esparcimiento al vecindario, sirviese también de agasajo y honrosa despedida al ingeniero Antonelli, a quien conforme se ha dicho, trataba con alta deferencia, y que tan buenas o malas obras podía hacerle en la corte, por el favor que allí gozaba. A medida que fue oscureciendo, comenzaron a acudir los convidados, todos gente granada por su nobleza y discreción los caballeros, por su discreción y su hermosura las damas; hacía los honores de la fiesta el castellano Alonso Sánchez, y según iban llegando, echaba cada cual por donde su curiosidad le movía, unos a recorrer la fortaleza iluminada, otros a examinar con detenimiento, antes de que el concurso se apiñase, el salón de baile. Habíase levantado éste en medio de la espaciosa Plaza de Armas, en cuyo frente, por el lado del norte, estaban la capilla, y las casas del capellán y del castellano. Lo interior de la sala no dejaba por cierto traslucir la precipitación con que se había trabajado en ella, antes por el contrario, en todos sus adornos, desde la matizada alfombra del pavimento, hasta los rosetones de donde pendían las arañas, notábase el más atinado esmero. No tardó mucho en verse el estrado lleno de damas, cada cual con uno o más galanes a su devoción, conforme a su garbo o su belleza, prendidas ellas, y ellos ataviados con todo primor a usanza de aquella época. Hubo mucho brocado de oro y tabí de plata, mucha joyante seda, y trémula argentería en los tocados, y juguetonas plumas en los sombreros. Paso en silencio tanto pomposo brial, tanta gorguera de encajes, y otros mil ricos vestidos que de poco

me serviría describir, pues es muy probable que la mayor parte de mis lectores se quedasen tan a oscuras como antes con los nombres de trajes ahora desconocidos: baste decir que el salón, usando frases de aquel tiempo, estaba hecho *un cielo de joyas, o una risueña primavera*. Ya principiado el baile, entró Lupercio de mano con Casilda, seguidos de Hernán Manrique y la tía; desde el extremo opuesto de la sala alcanzó a verlos Antonelli, y a pesar de lo sobre-aviso que estaba, no pudo impedir que se le arrobases el rostro, tanto que hubo de repararle una buena señora, ya entrada en años, y decirle: «¡Jesús, señor don Juan! No parece sino que habéis visto una mala visión.»

—¿Por qué, señora?—respondió Antonelli.

—¡Válgame el cielo!—respondió ella—, si de pronto os pusisteis más amarillo que un difunto. Bien haríais en salir a tomar un poco el aire.

—Pues no sé por qué habrá sido. Yo nada siento en verdad.

—¿Cómo no? Algo os aqueja. Por lo menos sentaos un rato, que yo os haré lugar. Y recogió las faldas de su vestido, abreviándose cuanto le fue posible para que cupiese Antonelli; pero él no quiso aceptar el asiento, y por cortar la conversación, que tenía trazas de prolongar la compasiva señora, se despidió diciendo que iba a seguir el primer consejo de respirar el aire libre, porque en efecto el calor comenzaba a dejarse sentir. Con esto fue a ponerse en otro sitio, precisamente frente a Casilda que con Lupercio danzaba: nunca le había parecido aquélla tan encantadora; y en realidad, algo mejor debía de estar, pues su prestigio fascinaba no sólo al abatido ingeniero, sino también a todos los demás jóvenes que se deshacían en elogios de su hermosura, y más aún de su gracia. Sobresalía su traje, no tanto por lo exquisito de las telas, que eran de lo mejor, como por el aliño y donaire de su aderezo. Rodeábale la cabeza a estilo oriental, un pañuelo blanco con listas a cuadros de colores, asomando por debajo sus negros cabellos alisados sobre las sienes; vestía corpiño de terciopelo verde con mangas blancas distribuidas en bufos; precioso faldellín blanco también, y encima una saya abierta del mismo color y tela que el corpiño, éste y aquélla con rapacejos de oro; completando su atavío un rico brocamantón prendido al pecho, y arrancadas de aguas-marinas que se llevaban los deseos de más de cuatro doncellas, porque esas piedras eran entonces muy solicitadas.

Como si quisiera saciarse por última vez en la contemplación de aquel ángel, Antonelli no le quitaba los ojos; y si en aquel instante le hubiesen pedido cuentas de lo que pensaba, no hubiera acertado a darla: fortalecido en su propósito con el apoyo de la religión, sentía una conformidad melancólica, a la par que cierto deleite inefable que causa siempre la vista de una mujer querida, aun cuando

sepamos que le somos indiferentes. La mirada modesta de Casilda, desprendiéndose con trabajo del rostro de Gelabert, vagaba de cuando en cuando por todo el concurso, como si buscase con quién partir su gozo; y al detenerse maquinalmente en Antonelli* pareciale al mal aventurado ingeniero que tomaba una expresión algo triste, como si le dijese: «Vete, Antonelli, vete ¡yo te compadezco!...»

Embebecido en esta ilusión, no echó de ver que el Gobernador, desviándose de un coro en que platicaba con Antonio de Guzmán, nombrado alcaide del castillo de la Punta para cuando se hiciese Cristóbal de Soto protector de los indios de Guanabacoa, y otros sujetos de nota se acercó a él, y tocándole en el hombro con la familiaridad que le permitía su clase, le dijo: —«Ea, señor ingeniero, paréceme que está vuesa merced demasíadamente suspendido en mirar la hija del extremeño; de forma que muy bien podría preguntaros tal, con el romance viejo, aquello de

*¿Qué miráis aquí, don Juan?
Don Juan ¿qué miráis aquí?
Decid si miráis la danza,
O si me miráis a mí?»*

Turbóse Antonelli sorprendido en su distracción, y apenas acertó a responder halbuciente: —Pues a fe que no era a ella a quien miraba; sino a un guachinango que asoma por aquella puerta, y que me ha parecido conocer.

En efecto, había un guachinando, a la sazón vuelto de espaldas, en la puerta que señalaba Antonelli; pero ni le había llamado la atención hasta entonces, ni tenía por qué llamársela, pues negros y guachinangos eran los que servían a las señoras refrescos y conservas entre danza y danza. Bien conoció el Gobernador que aquella era una respuesta evasiva de Antonelli y llevándole del brazo hacia el cerco de donde se había separado, añadió burlándose: —Vamos, vamos, señor don Juan: dejemos embebecos, que ya sé yo dónde van a parar vuestros devaneos. ¿Creerán vuestas mercedes, señores, prosiguió dirigiéndose a los del corro, que D. Juan es tan mal amigo del bueno de Hernán Manrique, que no duda guardarle la calle a quien le galantea la hija?

—¡Hola! ¿cómo así?—preguntaron ellos, celebrando risueños el chiste del Gobernador—; pero Antonelli, con las mejillas más encendidas que la grana, sin dar lugar a nuevos donaires, repuso en voz alterada y severa: —Paso, paso, señor Gobernador: que si algún necio ha osado divulgar cosas que no le están bien a esa dama, vive Dios que miente si añade que yo le haya servido de tercero.

—Reportaos, señor D. Juan—contestó el Gobernador también enojado—; que ese a quien desmentís es mi sobrino por una parte; y por otra debeis ver que soy yo quien os habla, y me burlo.

—Si él es vuestro sobrino, señor Gobernador, yo soy quien soy: y advertid que burlas en que peligra la honra de una dama, no son burlas de buena ley, mucho menos en lugares donde más de uno puede tomarlas por veras.

No pasaron tan secretas estas razones que no cundiese al instante por el salón la voz de que reñían Antonelli y el Gobernador; pero éste, conociendo que de parte del primero estaba la justicia, y cuánto le importaba tenerle bien quisto, hubo de comedirse, y procurar que también se serenase el italiano, a quien dijo:

—Haya paz, señor D. Juan; y no se diga que dos hidalgos se pierden el respeto por travesuras de un mancebo enamorado.

Antonelli manifestó quedar satisfecho; pero la sangre le hervía en las venas; y si en aquel punto se le hubiese presentado Lupercio, es probable que le echara en rostro su locuacidad mentirosa, por haberse atrevido a achacarle oficios que no estaba en el caso de prestarle. Su antipatía al capitán, que a fuerza de reflexión había logrado adormecer, renació con tal ímpetu que llegó a arrepentirse del movimiento generoso que la noche antes le hizo sacar la espada en su favor. Desazonado por demás se encaminó hacia la puerta, con ánimo de aguardar el día a solas en los baluartes; pero se le interpuso Hernán Manrique, con la cara más risueña que nunca por los triunfos de su Casilda; y sin sopear la borrasca que iba corriendo el italiano, trabó conversación en estos términos:

—¿Con que os vais al amanecer, señor D. Juan?

—Sí, señor Hernando, me voy: ved qué se os ofrece para la Corte.

—Por ahora nada, a Dios gracias; pero cuento con la amistad de vuesa merced, para el caso de que llegue a ir al Consejo ese pleito de mis pecados.

—¿Y del sarao, qué decis? ¿Cuál de las damas os ha parecido más hermosa? ¡Habéis visto a Casilda por supuesto!

—Sí, la he visto, señor Hernando; y a fe que tenéis buen modo de abonar vuestro negocio, recordándomela.

—Cuidado, señor D. Juan que sois tenaz: ya os suponía yo libre de ese tema. Ea, venid a echar conmigo un brindis de despedida, que nos sabrá mejor que el trago que tomamos en el ingenio la tarde pasada; porque, amigo D. Juan, los vinos de esta noche no tienen par.

—Ya os dije entonces que no me aficionan los vinos; y ahora más necesidad tengo del fresco de la noche, que de sus espíritus.

—Pues por mi vida que lo errais: tres cosas ponen ligero el ánimo, aunque no sean de buena ley, y son, oro, mujer y vino; y yo al último me atengo; porque el oro suele dar cuidados, la mujer nos pierde el oro, y el vino alegra sin más ni más que decir esta boca es mía, alzar el codo, y derramarle al pecho por encima de la lengua.

Descembarazóse con trabajo Antonelli del extremeño; y al salir

precipitado, tropezó con el guachinango que había visto en la puerta desde lejos; volvieron ambos el rostro como era natural y el italiano quedó un momento inmóvil al reconocer a Pablo; pero luego, haciéndole señas de que le siguiese, le preguntó cuando estuvieron solos:

—¿Qué buscas aquí, Pablo?

—Un pedazo de pan para mi mujer y mis hijos, o algunos reales con que comprarle.

—No es eso lo que yo te pregunto. ¿No temes que te conozca el capitán?

—Si el señor D. Juan es tan buen amigo suyo como parece, tal vez hará que me conozca.

—No no soy amigo de nadie—replicó con enfado Antonelli, que dejándose arrastrar de una curiosidad maligna, procuró sondear las intenciones del campechano—; pero éste, hipócrita por índole, y además escarmentado con el lance anterior, supo dar tantas vueltas y rodeos a sus respuestas, que al cabo cansóse el ingeniero, y volviéndole la espalda, subió por una rampa al baluarte más avanzado en el mar, en cuyo ángulo saliente se levantaba el torreón del Morrillo, que servía de atalaya. Sentóse al pie de la torre, y apoyando la frente en el brazo puesto sobre una almena, quedó al parecer tranquilo, pero en realidad devorado por todas las pasiones que anteriormente le habían combatido. ¡Adiós virtud! ¡Adiós arrepentimiento religioso!... La venganza y los celos en concierto infernal, alzaron su voz de nuevo en el corazón de Antonelli, cuya cabeza comenzó a divagar, como si le arrebatase un torbellino, entorpeciéndole por grados hasta terminar en una especie de abotagamiento, efecto ordinario de toda convulsión del ánimo. En tal estado, lo único que sentía era cierto susurro en los oídos, como si revolase dentro de un pájaro que azotaba con sus alas las paredes del cerebro, arrancándole de rato en rato sordos gemidos, sin mudar por eso de postura.

Pasaron así algunas horas de delirio para Antonelli, de bullicioso placer para los del salón. Serían las tres de la madrugada; comenzaba ya a sentirse en el baile el cansancio que siempre se experimenta en ellos de media noche al día; los viejos bostezaban; a más de una vigilante matrona se le cerraban a su pesar los ojos; y los mismos bailarones abrumados por el calor y la agitación, tenían ya menos elasticidad en sus movimientos. Algunos salían a pasearse por el castillo; y como en semejantes ocasiones reina mayor franqueza que de ordinario, no pareció mal, ni aun a los padres más huraños, que sus hijas recorriesen la fortaleza, de brazo con algún caballero. De este número fueron Casilda y Lupercio, quienes después de vagar por diferentes puntos, entretenidos en sus amorosos coloquios, subieron al mismo baluarte en que se hallaba Antonelli,

cubierto con la sombra de la torre; de modo que no era fácil distinguirlo, aunque sólo distaba de ellos ocho o diez pasos.

No se necesitaba tener el ánimo tan preparado como Casilda y Lupercio para gozar con la escena que se presentó a sus ojos, desde el parapeto. El cielo, sin embargo de estar limpio de nubes, excepto algunos celajes fijos en el oriente, como esperando el día, no presentaba un color igual en toda su bóveda; sino que más oscuro en el cenit, iba desvaneciéndose con diversos matices hacia los horizontes. Los macilentos destellos de la luna, ya a más de medio curso, al quebrarse de soslayo sobre el adormecido piélago, abrillantaban largo trecho de sus aguas, dejando lo demás en una media oscuridad, interrumpida a ratos por el ligero tumbo de alguna ola coronada de blanca espuma. La música del baile marineros de la flota con su melancólica saloma al levar las anclas, para ponerse en franquía antes de amanecer, y los gritos agudos de una ave marina, que desvelada o hambrienta, volaba inquieta por aquellos alrededores.

Al cabo de un momento de estar allí callados los dos amantes, como para percibir todas las bellezas de aquel conjunto, habló Casilda a media voz:

—No sé qué tiene para mí la claridad de la luna, que en medio de la mejor diversión, derrama cierta tristeza delectosa en mi alma, despertando en ella recuerdos de mi madre y de mi niñez. ¿No te sucede lo mismo?

—Sí, Casilda, menos cuando estoy a tu lado, porque entonces me persuado que sólo para nosotros alumbra, y no hay lugar en mi corazón más que para adorarte. Y ahora ¿también estás triste?

—Triste no, Lupercio; pero siento una emoción vaga, que no acierto a explicar; una inquietud sin motivo, como presentimiento de algún suceso doloroso que nos amaga.

—Te engañas, Casilda mía. Eso que tú sientes es la dicha; porque parece que el corazón humano, dispuesto más bien para gemir que para ser venturoso, duda de su buena suerte cuando se le presenta la dicha, y aún antes de gozarla, se asusta con el temor de que se le desvanezca como humo. Pero la nuestra no será vana, vida mía; el porvenir se nos pinta color de rosa; y antes de mucho se realizará nuestra esperanza, santificada con la bendición del cielo.

Bajáronse sin saber por qué los ojos de la pudorosa doncella, y en seguida se alzaron para encontrarse con los de Gelabert en una mirada intensa; mirada de aquellas de indefinible expresión, con que palpitan los párpados entreabiertos, que encierra la adoración misteriosa de dos almas puras, y que no alcanza a explicar cumplidamente la frase más dulce de todos los idiomas: *¡Yo te amo!*...

—¡Yo te amo! fue lo que dijo también Casilda con lengua balbuciente. Yo te amo, Lupercio, y soy feliz; nunca lo he sido más

que ahora... pero con todo, siento en el fondo del corazón un peso, que me hace suspirar contra mi voluntad. Quitémonos de aquí, Lupercio: tal vez será la vista del mar, o el canto de esos marineros lo que me turba el espíritu. Volvámonos al baile. Sí...

—¡Al baile!... ¿Prefieres acaso su agitación a la calma de este sitio, donde pueden comunicarse a su sabor nuestras almas?

—No, Lupercio. Yo no prefiero el baile; pero desde anoche tengo un susto que no puedo dominar, y apetezco verte rodeado de gentes, aunque me roben tus palabras; porque se me figura que estando solo puede sobrevenirte alguna desgracia.

—Esas son quimeras de tu fantasía que me llegan al corazón, Casilda, porque me aseguran que me amas; pero, no temas, mi bien—dijo Lupercio, rodeando con un brazo la cintura de Casilda, como si hubiera de disipársele el susto con estrecharla a su pecho—. No temas, y déjame saborear estas horas de inefable contentamiento, ya que anoche turbó nuestra plática aquel traidor. Mira con qué suavidad comienzan a moverse las galeras, y cómo blanquean sus velas a la luz de la luna. ¡Afortunados los que se van en ella, Casilda, porque vuelven a ver su tierra!

—¿Deseas tú irte, Lupercio?

—Sí, Casilda. Deseo volver a Granada, y contemplar sus torres y sus jardines, bañarme en el Genil, y corretear por su vega; y ya lo hubiera hecho, si no me detuviese aquí un encanto, más poderoso que la memoria de la patria: ¡el amor tuyo, ángel mío!... el amor tuyo, que vale más que Granada, y más que los aires de mi cara Andalucía; porque aquéllo se ama como cosa de la tierra, y yo te adoro como joya del cielo; o más bien dicho, Casilda, mi cielo está en tus ojos, y mi patria en tu corazón.

Temblábale la voz y el cuerpo todo a Lupercio al decir estas palabras, y cediendo al mágico impulso de su pasión, con más libertad de la que hasta entonces se había permitido, puso por primera vez sus labios en la frente de la trémula doncella; a tiempo que el pájaro marino, cansado o satisfecho ya de sus vuelos, al entrar en el torreón, donde debía de tener su nido, tropezó con sus alas en la campana de aviso, formando un son extraño y medroso que sobresaltó a los desapercibidos amantes.

Aquel sonido, semejante al que darían las cuerdas de un arpa, si se reventasen juntas, sacó también a Antonelli de su letargo, tan profundo, que nada había percibido de lo que conversaron Casilda y Lupercio. Alzó la frente cubierta de sudor, y echando en torno la vista espantada, como quien vuelve de un ensueño tormentoso, la detuvo en los dos jóvenes, que repuestos del repentino pavor anudaban el hilo de su interrumpida conversación. No acertó a conocerlos de pronto, y tan confusas tenía las especies, que aun después de haberlos conocido, no le causó sensación alguna hallarlos juntos

de aquella suerte; pero no fue muy duradera su insensibilidad, pues a pocos momentos, al oír una palabra de Casilda, penetró la realidad de lo que pensaba, como si de golpe le quitasen un velo de los ojos. La sangre toda de sus venas refluó con ímpetu al corazón, imprimiéndole un sacudimiento doloroso, que se comunicó al cerebro con una celeridad instantánea. Imposible sería describir el interior de Antonelli en aquel momento, porque su corazón y su cabeza eran un caos de ideas y de pasiones las más contradictorias. El rencor y los celos, el amor y el odio, se disputaban encarnecidos la preferencia, asomando también en medio de la revuelta batalla de afectos tan ardientes, otros más apacibles, como el recuerdo de la noche anterior, y su propósito religioso.

En esto pasó a su lado un bulto, en quien puso los ojos; y todas sus emociones se concentraron en una sola de temor y de espanto, al ver a Pablo el campechano, acercándose rápido hacia Lupercio y Casilda, vueltos de espaldas. De un salto se puso en pie Antonelli; y como si adivinase lo que había de suceder, corrió desatentado por la orilla del parapeto hacia aquéllos gritando: «¡Pablo, detente!...» Pero ya era tarde... El ágil campechano había llegado antes que él; y suspendiendo el cuerpo en un solo pie, apoyado en el parapeto, descargó un golpe en el hombro de Gelabert que lanzó un hondo gemido, al mismo tiempo que Casilda daba un grito penetrante. El malaventurado mancebo, herido en el corazón, dobló una rodilla en tierra, y ya sin equilibrio, con el cuerpo fuera del baluarte, y en la agonía de la muerte, agarró con mano convulsa el faldellín de Casilda, haciéndola titubear en el borde mismo de la muralla, suspendida sobre un áspero arrecife, cuya base lamen las ondas. Erizáronsele a Antonelli los cabellos al ver el peligro de aquella mujer adorada, que ya sin conocimientos ni fuerzas, cedía al paso de Gelabert, flotando en el precipicio. Fuera de sí el ingeniero, tendió los brazos, y asiéndola con una mano por un ligero capotillo que se había echado en los hombros al salir del salón para guarecerse del aire, pugnó por sujetarse con la otra a las piedras del parapeto. Consiguió en efecto dilatar la caída; pero sus esfuerzos sobrenaturales fueron vanos para suspender a Casilda, y asentarla en el baluarte. Lupercio, moribundo, tiraba cada vez más; Casilda aunque privada del sentido, gemía al magullársele las carnes contra las piedras. Antonelli sin atreverse a poner en ella los ojos desencajados, sentía con horror que comenzaban a flaquearle las fuerzas, y un sudor frío le cubrió de pies a cabeza, al oír el capotillo que comenzaba a rasgarse. En esta angustia volvió en derredor la vista, buscando alguno que le auxiliase; y sólo halló al guachinango con los brazos cruzados, contemplando, al parecer tranquilo, aquella escena horrible; y con voz ahogada y suplicante: «¡Pablo!», le dijo. «Ayúdame a salvarla, y yo te prometo cuanto oro apetezcas. ¡Ven, Pablo!...

¡no seas inhumano!... ¡te lo ruego por Dios, por tu mujer, por tus hijos!...»

Pero el vengativo campechano, le respondió sin moverse: «Señor D. Juan, no hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague. Ya nos hemos visto las caras». Y con pasos mesurados, bajó por la rampa a la Plaza de Armas. Antonelli apenas pudo escuchar sus últimas palabras; porque rasgándose de una vez el capotillo, rodaron juntos al abismo los malogrados amantes, formando sus cuerpos un ruido aciago al chocar en las escabrosidades del peñón, hasta caer en la mar, que los sepultó en sus ondas adormecidas.

Antonelli arrancó de sus entrañas la palabra: «¡Bárbaro!...» y levantando al cielo las manos entrelazadas, apretóse con ellas la frente, y se derribó en el suelo como herido de un rayo.

* * *

Los memoriales antiguos donde más largamente se contiene esta verdadera relación, dan a entender que el campechano Pablo, si bien procuró burlar la vigilancia de la justicia, hubo de pagar su crimen como merecía. Antonelli vivió algún tiempo más, aunque se ignora cuándo murió, y sólo se sabe que después con nueva orden del Rey, fortificó a Puerto Belo y reconoció el canal de Honduras. Por lo que hace al bueno de Hernán Manrique, consta en las actas del Ayuntamiento de esta ciudad, que comía y bebía aún el 6 de abril de 1603 años, manejando la vara de alcalde ordinario, y ocupado en solicitar la real licencia para erigir un convento de religiosas, por haber muchas niñas en los peligros del mundo, según la frase del grave cronista, de donde hemos entresacado estas noticias, y en cuya veracidad descansamos.

ANSELMO SUAREZ Y ROMERO

Nació en La Habana, el 2 de abril de 1818. Murió en la misma ciudad, el 7 de enero de 1878. Fue alumno del Seminario de San Carlos. Graduándose de bachiller en leyes, y más tarde de licenciado en derecho, en la Real y Pontificia Universidad. Trabajó en bufetes por algún tiempo, pero su profesión fué la enseñanza, siendo profesor en diversos colegios.

La obra narrativa de este autor, se cifra en su novela «Francisco». Refiere Suárez y Romero los móviles de su novela: un pedido de Mr. Madden, filántropo y economista inglés, que quería con ella, llegar al conocimiento del estado de la esclavitud en Cuba. Y apunta esta confesión, los límites en que gira el relato, su prisa por llegar a lo de un mensaje sociológico.

Por lo demás, los personajes—y es ésta una de las fallas esenciales de la novela—no parecen tener relación con el ambiente en que están inmersos, resultando el idilio eglógico con el cual se desenvuelve la trama, como superpuesto al fondo del paisaje, sin que entre ellos se anime ningún fluir. El diálogo, carente de relieve, acusa la prisa por traer las cosas hacia un primer plano, en abultamiento. Y es que en esta pequeña narración, todo parece mostrarse planimétricamente, como un ingenuo telón que, de inmediato, se nos encima a los ojos.

Algunos han querido ver, en el Francisco de Suárez y Romero, un parecido con «Pablo y Virginia», la novela del francés Bernardin de Saint-Pierre; sin embargo, las diferencias entre ambas obras son esenciales. En Saint-Pierre tenemos una manera de refugio, de buen laberinto donde acurrucar imágenes, que nos tiende, en sensual modo de ofrecer, las descripciones y nombres de su relato. Es decir, que en él, hay siempre una posibilidad de saltar, de girar hacia un centro, aún en los más enfáticos párrafos; y que esto lo logra por la visualización de sus imágenes: recortadas, diminutas, con primitivismo que tala el despropósito retórico. Nada de esto, encontraremos en el Francisco.

Pero es el mismo Suárez y Romero, quien nos advierte de los primizos de su experiencia novelesca, para decirnos que, pese a todo, había preferido dejarla así, sin meter «la hoz en sus capítulos para cortar lo malo y salvar lo bueno».

FRANCISCO

CAPITULO II

El bocabajo que se dio a Francisco por mano del mismo don Antonio, que en aquella ocasión no quiso delegar sus facultades en el contramayoral, según la costumbre, estuvo revestido de las circunstancias que refirió a Ricardo: ochenta latigazos, por no haber llevado la numeración exacta de los que había prescrito el ama; untarle las nalgas con aguardiente, orines, sal y tabaco, después que las tenía sajudas como si se las hubiesen cortado con un cuchillo y chorreando sangre; el estreno de un cuero duro e inflexible que remataba en pajueta de cáñamo; y por añadidura los grilletes y mandarlo a cortar caña, sin considerar que apenas podía tenerse en pie ni que el sol y el trabajo para un hombre acostumbrado a la sombra y a las labores de otra clase, más suaves, quizás le acarrearían la muerte, o, por lo menos, una enfermedad. Por más que se jactase don Antonio de crucificar a los negros y supiese cuánto agradaban al joven administrador y dueño del ingenio las crueldades cometidas en ellos, no se adelantó a decirle que, cuando repartió la negrada, había preceptuado al contramayoral que en el corte, y hasta las doce, en que tocase la campana, lo avivase con dos o tres cueros por intervalos, y que para disfrazar la causa del castigo, lo colocase a sacar tarea junto a los negros de los más hábiles y fuertes, por lo que no iría a la par con ellos, y habría motivo de azotarlo. El negro, que a causa de su barbarie en restallar el cuero y de la inhumanidad con que miraba a los otros, sus hermanos y compañeros, había sido promovido al cargo de contramayoral, cumplió religiosamente la orden de su jefe; del Avemaría a las once llevó Francisco un número igual de azotes al que recibiera antes, pero no en las nalgas precisamente, sino en todo el cuerpo desde la cabeza hasta los pies. Las hojas de las cañas lo arañaron y aquella incómoda pelusa, que crían en el cogollo, le abrasó las piernas, las manos y la cara. Era un día de cuaresma, época en que ya el sol ahoga de calor a los habitantes de Cuba, y no bien ha despuntado, cuando deseamos la sombra de un árbol o de una casa que nos guardezca; época en que las aves abren el pico y las alas y se bañan en las lagunas, en los ríos y en los arroyos, mientras el ganado se amontona bajo las ceibas y las guásimas, en cuyo alrededor ha desquiciado la yerba con la continuación de pisarla y de comerla; era uno de estos días, repito; aun los negros nacidos y criados en el ingenio sudaban copiosamente y a cada momento se les veía vaciar los güiros, que llenaban otra vez de agua de un río inmediato, y tor-

naban luego a vaciar; lustrosos con el sudor, parecía que les hubieran barnizado todo el cuerpo; los varones se habían quitado las camisas y, tanto ellos como las hembras, se ataron a la cabeza un pañuelo para preservar la pasa; ni una hoja se movía y los pájaros estaban mudos; los negros cantaban sin embargo a su manera; uno se entonaba primero y los otros le respondían con un estribillo conocido de todos; aquél nada más variaba la letra.

Francisco se afanaba por sacar la tarea que el contramayoral le marcó y por seguir la velocidad de los que tenía cerca; pero el peso de su machete de calabozo, escogido por el mayoral a propósito, y el no haberlo amolado; la ninguna destreza en cortar la caña, dividirla en trozos y separar el cogollo; los latigazos, los latigazos sin motivo; el sol, los dolores que sufría, y el estar en ayunas, le aniquilaron las fuerzas. A las diez de la mañana cayó desmayado; el contramayoral y dos negros le arrastraron hasta un ataje y allí lo dejaron en la sombra, interín fueran las carretas y una de ellas le condujese a la enfermería. Mas habiendo sido solamente un desvanecimiento de cabeza, en breve rato recobró los sentidos con la frescura del sitio, y levantándose, se reclinó en el tronco del ataje. El contramayoral que lo vio bueno y sano, a su entender, pensó que lo había engañado por librarse del trabajo; vuela hacia él con el cuero en alto y, colmándolo de injurias y desvergüenzas, le cae a cueros y lo precisa a correr, no obstante los grillos y el pajonal de la caña, hasta juntarse con la negrada. Poco tardó en desmayarse por segunda vez y ser azotado nuevamente; pero ahora lo fue en el suelo y cuando estaba insensible. Cansado el contramayoral de castigarlo, conoció, al fin, que la enfermedad era real y cierta, no fingida, como al principio se imaginara. A este tiempo llegaron al corte las carretas de tirar la caña y determinó enviarlo a la enfermería para que lo curasen.

Aunque los negros cantaban en el corte mientras Francisco padecía, debemos decir en honor de la verdad que sus tonadas no eran alegres ni risueñas; el bocabajo de por la madrugada los había entristecido, y aquel negro mina de alta estatura y cuyo semblante denotaba amargos pesares, calesero de la señora su ama, que lo había llevado a castigar y a trabajar toda su vida en el ingenio, tan joven, a los veinticuatro años, que no había derramado una lágrima y que sólo dio muestras de lo que sintiera mordiendo el suelo y mordiéndose los labios y rechinando los dientes durante el bocabajo; aquel negro los movió a compasión. Así fue que le brindaron de su funche y de su tasajo, ofertas que rehusó; por eso quisieron cambiar con él de machete y ayudarle en su tarea. Con la mira de avergonzarlo, eran dos negras las que pusieron a tumbar caña a su lado, empero tan robustas como un hombre, tan diestras en manejar el machete; estas criaturas comprendieron el objeto

de colocarlas junto a Francisco y, lastimadas de su miseria, aguantaron gustosas algunos azotes, a trueque de no avanzar mucho en la tumba y librar de este modo al desventurado calesero de los que le amenazaban, caso de quedárseles atrás; y cuando se distraía el contramayoral, le auxiliaban en su tarea. No podían ofrecerle otros consuelos ni mostrarle de otra manera su buena voluntad.

Cada ingenio, cada cafetal, tiene sus canciones particulares, que se diferencian no sólo en sus tonos sino también en la letra; unas sirven para solemnizar aquellos días en que está contento el corazón, las Pascuas de Navidad, de Resurrección, del Espíritu Santo, el día en que se reparten las esquifaciones y las frazadas, los bautizos, los matrimonios, el principio de la molienda y de la recolección del café, el Año Nuevo, los Santos Reyes; otras acompañan a los entierros, las grandes y pesadas faenas, los castigos inmoderados, el frío y el calor excesivos; en el primer caso más bien se grita que se canta; en el segundo, las modulaciones de la voz son tristes y lúgubres; ni se oye apenas al que guía ni a los que responden, y es necesario no ser hombre para oír esos cantares y no saltársele a uno las lágrimas. Pero hay tonadas que no varían, porque fueron compuestas allá en África y vinieron con los negros de nación; los criollos las aprenden y las cantan, así como aquéllos aprenden y cantan las de éstos; son padres e hijos, no lo extrañemos. Lo singular es que jamás se les olvidan; vienen pequeñuelos, corren años y años, se ponen viejos y luego, cuando sólo sirven de guardieros, las entonan solitarios en un bohío, llenos de ceniza y calentándose con la fogata que arde delante: se acuerdan de su patria, aún próximos a descender al sepulcro. Pero si Italia es en Europa el país privilegiado de la armonía, la tierra de los minas lo es en África; la música de estos negros llega al alma, habla al corazón; principalmente aquellas canciones que entonan en memoria de los difuntos, con el cadáver en medio sobre una tarima, y ellos en torno sollozando.

En el corte de caña había dos negros viejos que la acarreaban del suelo a las carretas, minas de nación, los cuales, a causa de su edad guañaban comúnmente el canto de los demás; apesadumbrados con los males de Francisco, eran dignas de oírse sus tonadas; su voz temblorosa, el monótono estribillo de los que acompañaban, el ruido de los machetes que caían y se alzaban a compás y los diversos sonos y diferencias de las tonadas lastimeras, difundían en el aire una suave melodía. Como quien despierta de un sueño horroroso, y percibe en el silencio de la noche los acordes de un arpa, así oyó Francisco aquellas modulaciones dulces y queridas; recordó los días felices de su infancia, felices, porque era libre: las colinas, las llanuras, los bosques, los arroyos de su patria, a sus parientes, a sus padres; y echando un velo sobre la servidumbre que le había arre-

batado tantos goces y sobre las desgracias que lo trabajaban, miró a sus compañeros sonriéndose; después murmuró en voz baja el mismo estribillo con que respondían a los dos ancianos, desde el Avemaría hasta que se desmayó, a pesar de los castigos del contramayoral.

Pero sigámosle en la carreta que lo conducía a las fábricas. Conforme a las instrucciones que había recibido el negro carretero, antes de llegar a la enfermería se detuvo en la casa del mayoral para avisarle que Francisco estaba enfermo. Aquél se ocupaba en topar dos gallos finos en los momentos en que supo la novedad; justamente cuando habían pasado de los revuelos a las yicadas, justamente cuando iba a conocer cuál tiraba mejor y podría jugarse con cuatro o seis onzas en la valla la próxima pascua; sentado en cuclillas, los ojos desencajados observando los más mínimos movimientos de los combatientes, el que picaba en la cabeza, el que salía, el que hería de revuelo o de contrarrevuelo; con un vaso de aguardiente en la mano para rociarlos y las trabas tiradas sobre un hombro, ¿cómo había de abandonar el guajiro un recreo tan sencillo e inocente, por la curación de un hombre de color?

—¡Mil rayos y mil centellas te carguen, demonio! —le gritó pálido y temblando de rabia al carretero—. Demonio, ¿tú no sabes ir donde está el mayordomo? Que se muera o no se muera, ¿a mí qué me importa? No pierdo ni gano. Miralo allá en los secaderos aventando el azúcar. Díselo a él, que él es quien tiene cuenta con eso, ¡so perro!

—¡Sí, señó, sí, señó; contramayorá manda mí; sí, señó, yo va camina.

El carretero aguijoneó los bueyes, temeroso de que el mayoral le cayese con el cuero, y llevó la carreta al trote hasta los secaderos; comunicóle al mayordomo la enfermedad de Francisco, y que allí lo llevaba para que lo curasen en la enfermería.

—Bien, el mayoral te mandó a mí, ¿no es verdad? Su Señoría parece que es muy caballero. Estaría tirado en la hamaca, como tiene de costumbre. ¿No es buena gracia echarle a uno toda la carga encima? El arria me jinchonea por azúcar; hoy es jueves, y mañana viernes, a cargar. ¡Conque estoy aprovechando estos días de sol, y don Juan, las raciones, don Juan, una coyunda, don Juan, un cachimbo, y don Juan para aquí y para allá; y don Juan sin poder rascarse la cabeza, siempre embromado!

—¡Oh, mi amo! yo no tiene la culpa! Cuando mayorá manda ¿yo qué va hacé, pobre clavo? Ése ta malo que ta la carreta.

—¡Esto es insufrible, vive Dios! Si todos trabajaran ¡vaya! Pero los demás se tiran a la banda, a la bartola. ¡Mire usted, soplarle ahora este muerto! Cataplasmas, unguentos, ventosas, sina-

pismos, jeringas... sabe Dios lo que le recetará el médico. ¡Hijo de tu madre, anda, anda para la enfermería con él!

En cuanto aspiró Francisco un poco de aguardiente, que le dio a oler la enfermera, se reanimó y recobró los sentidos; y fue así por fortuna, pues el facultativo del ingenio le hubiera empeorado, o quizás matado, suministrándole otros remedios impropios para el caso; baste decir, que habiendo asistido cinco o seis días en cada curso a las aulas y no abierto un libro ni por lo menos en romance, concerniente a la ciencia médica, se graduó de bachiller, a fuerza de empeños, *némine discrepante*, recogió su título, empuñó la caña de carey, y largóse a los campos, no sabemos decir, si a curar, o a precipitar la muerte de los que cayeran bajo sus manos. Bien cerciorado estaba Ricardo, al ajustarlo para su finca, de que era un ignorante de marca; pero el módico salario de veinticinco pesos que le pidió, fue un contrapeso que inclinó la balanza; luego, sólo se comprometía la salud y la vida de los negros, fuertes por naturaleza y capaces, según él de resistirlo todo.

—¡Eh, taita! —le preguntó a Francisco tocándole con el bastón—, ¿qué tiene usted? ¿La barriga, el costado, la cintura, qué le duele? Hable, vamos, que ahorita lo pondré bueno. Dígame, ¿ha evacuado?

—Señor, se me desvaneció la cabeza en el campo.

—¿Desvanecimiento de cabeza? Alguna juma. Taita, ésas son borracheras. A ver la boca.

—Niño, yo no bebo ninguna clase de bebida.

—Abra, ábrala bien; no venga con canonigadas. Hombre, no, no ha bebido; ¿qué diablos tuvo, maestro? Desvanecimiento, desvanecimiento de cabeza. ¿Qué será esto? ¿Debilidad un mocetón? Es imposible. ¿Por los azotes? Menos. Está muy robusto. Pues seguramente que tiene sucio el estómago. Saque la lengua. ¡Puf! Sucísima, sucísima. María, mañana, al canto del gallo, un vomitivo de Le-Roy, y pasado, un purgante; y lo pondremos más limpio que una taza de oro. Yo no sé qué diablos tiene la carne prieta para recoger malos humores; todas las enfermedades de los malditos provienen de la serosidad acre; evácuelos usted, límpielos por dentro con sus purgantes y comipurgantes, y, como con la mano, fuera enfermedades. Taita, no se aflija; de aquí a los días me dará las gracias. Y tú, María, ¿le has quemado a Juan la pata con la piedra infernal? ¿Le curaste los vejigatorios a Candelario?

—No se quié dejá, señó.

—¿Qué es lo que me dices, grandísima...? ¿Ahora estamos ahí? Desde ayer le debiste abrasar a Juan la pata, y al otro arrancarle la ampolla. Ya son las doce. ¿Qué animal eres, qué bestia, María! ¿Por qué no me avisaste, bruta? ¿Les tuviste lástima, salvaje? ¡Es-

tamos frescos! A ese paso, harán lo que quieran; a ese paso, no vivirá un enfermo.

—Tá juí, ta pujá mí, señó. Yo vá curá né cun su mecé.

—Que te empujaron, que no se dejaban; me lo hubieras dicho. El chuchó les habría hablado lengua. ¡Cachimbos...! ¿Los curaré por mi bien o el suyo? ¡Ah! y si don Ricardo no se interesara! Tráeme acá la piedra y el cañamazo; que yo voy a enseñarte el modo de curar las llagas y los vejigatorios.

Los dos negros, en quienes pasó incontinenti el facultativo a ejercer sus funciones, estaban acostados en un extremo de la sala donde se hallaba Francisco, sobre tarimas de madera, sin almohada ni otra cobija que sus frazadas; el de las úlceras, pálido, flaco y medio moribundo, apenas podía moverse; y el otro deliraba como un loco, en razón de la fuerte calentura inflamatoria que lo consumía; mal asistidos del médico y de la enfermera, y peor alimentados, casi tocaban al término de su vida. La pieza resonaba con los ayes y lamentaciones del uno y los desatinos y disparates que el exceso de la fiebre hacía proferir al otro, mientras que los demás enfermos, o dormían profundamente, o miraban impasivos aquella escena lastimosa, como gente que al cabo se acostumbra a presenciar con indiferencia las aflicciones de sus semejantes. Sólo Francisco era capaz de medir allí en todo su tamaño los tormentos que Candelario y Juan padecieron cuando el médico por su misma mano les aplicó los remedios que la enfermera no había podido administrarles. La piedra infernal no sólo quemó las partes dañadas de las úlceras, sino también la carne viva buena; y la ampolla del vejigatorio desapareció al primer estregón del cañamazo sobre la quemadura. Durante la curación el médico les decía:

—¿Qué se creyeron ustedes, zopencos? ¿Que yo estaba aquí para mantenerlos? ¡A la perra que los emburujó! ¡Oiga usted, por unos vejigatorios, por una pasadita de piedra infernal, tantos aspavientos, tanta bulla! ¿Y no fuera peor que les cortara un brazo o una pierna? ¿No sería peor que se los llevase la carreta al camposanto? Respóndanme, si tienen valor. No huyas el cuerpo, sinvergüenza. ¿Qué dices? ¿Que te cure sin lastimarte? Llama, que venga un ángel. Así padeces menos, de un golpe; aquí está ya el pellejo en el cañamazo. ¿Lo ves? ¡Y cómo le va a purgar! Un río de humores, criatura, ¿y te quejas. Éste es el mejor modo de curar los vejigatorios, de un restregón, de un viaje, al decir y hacer. ¿Y usted, señor de las lacras, ya está zafando la pata? ¡Quieto, quieto!, que va... una quemadita no más! Estire usted el ñame. ¡Tate, ya salimos del lance! ¿Te quemé mucho? ¡Oh, no! Vuelve acá la canilla. ¡Ja, ja, ja! ¡Y cómo grita el condenado! ¿Te arde? ¡Qué! ¿Son candela? Le echaré viento para que se apague. ¡Gallinazo, mandria!

Concluídas estas operaciones que horrorizaron a Francisco por el modo con que se hicieron, se le encaró el médico, y dejando asomar en sus labios una sonrisa de satisfacción y como de amenaza, le dijo: ¿Has visto? ¿Se manejaban contigo de este modo en La Habana? Pues cuidarse y no enfermar. No beber mucha sidra acañada, no ser muy enamorado; que éstas son las resultas. En enfermándose su señoría, me lo traerán aquí, y yo lo curaré con lo que se debe, aunque berree, aunque clame por Jesucristo. No hartarse tampoco, sujetar el pico; los torozones es la enfermedad más común que les ataca a ustedes; harturas de funche y de tasajo. Y sobre todo, Dios lo libre de venirme fingiendo alguna cosa, que entonces sabrá lo que es cajeta de boniato; se lo adivinaré, mal que le pese, y se arrepentirá. Un vejigatorio al canto. ¿Qué hay? ¿Es católica la medicina? Si usted quiere pasarlo bien conmigo, ande usted derecho y seremos compadres.

Francisco no respondió a este discurso sino aguándosele los ojos, y en habiendo el médico salido, se volvió hacia la pared, y un torrente de lágrimas le inundó al momento las mejillas, por la ingratitud y dureza de su señora que, después de haberlo precipitado en una mala acción, lo mandó al ingenio para que padeciese; la ferocidad del mayoral y el encono de Ricardo, joven con quien se había criado y con quien jugó otro tiempo en la misma finca, recorriendo juntos en un propio caballo las guardarrayas de los cañaverales, los llanos del potrero y el batey; las amenazas del médico; la tiranía del contramayoral; y mil recuerdos de Dorotea, infeliz mulata que sufría por él en una casa extraña, donde la estarían también oprimiendo; el hijo que llevaba en el seno, aquel hijo que por haber provenido de padres infortunados, dividiría con ellos, en cuanto naciera, las amarguras de su suerte; tantas imágenes halagüeñas y tristísimas se chocaban en su fantasía, que no pudo contenerse; sus sollozos apagados, quizás los primeros que salieron de su pecho desde que sentía el peso de la esclavitud, interrumpiendo el silencio de aquel lugar de miseria, retrataban el sonido que forman las aguas de los arroyos contenidas en un remanso al caer de una cascada. La campana que botaba la gente al campo (sería la una de la tarde), cuyas vibraciones, de suyo fúnebres aun en medio de las fiestas y que, al principio fuertes y sonoras, fueron muriéndose luego poco a poco, que parecían gemir las penas de los negros, lo despertó de sus cavilaciones; y el ruido de los grillos, el llanto de los criollitos porque sus padres los dejaban solos, las voces del contramayoral *¡alza, alza, a la fila, que el sol va bajando!*, el murmullo de disgustos que sigue a estas fatales campanadas, principalmente en las fincas donde el espacio concedido a los negros para comer y descansar al mediodía, es tan corto, que no les basta apenas para asar su ración de tasajo, sino que a medio cocer y a veces ca-

minando hacia el campo tienen que engullírsela de carrera, como a menudo sucedía allí; todo esto, que salía de los bohíos cercanos, y que opera Francisco a través del embarrado de la enfermería le hizo sumergirse en un piélago de reflexiones sobre la vida de los otros negros, y olvidarse de sí mismo; pero, ¿serviría eso de mucho alivio a un hombre de su clase, a un hombre, tesoro de amor y caridad para con el prójimo, y que por estar trabajado de pesares, había de simpatizar pronto con las desventuras ajenas?

Antes de retirarse la negrada a sus trabajos, lo mismo al Avermaría que al Mediodía y a la Oración, se ahila formando un semicírculo, los varones a un lado y las hembras a otro, delante de la casa del mayoral; éste se pone de pie en el centro y cuando ha notado los negros que le faltan, operación que ejecutan nuestros guajiros con increíble rapidez, le intima sus órdenes al contramayoral, que éstos chapeen, que aquéllos corten caña, que tales vayan a la casa de calderas, cuáles al trapiche, quiénes a los secaderos; y en seguida estalla el cuero en el aire, y los despide con un *jarreen, ligero, que no les vea las patas!* Don Antonio observó en aquella ocasión que le faltaba uno de los principales, el negro calesero de La Habana, Francisco; recordó, como si saliese de un sueño, que lo habían llevado del campo enfermo en una carreta, y que él no le había hecho caso, por estar topando en la actualidad su canelo y su malatobo; después no se le vino más a la mientes, distraído con tusar y rociar a los otros gallos, afilarles los espolones, y untárselos de sebo para que creciesen, componerles las varetas, repartirles el maíz y las yemas de huevo; entretenimiento en que se ocupó hasta que fue hora de botar la gente. Deseando saber la dolencia de Francisco que le excusaba de trabajar, se la preguntó al médico, y como escuchase de su boca que eran vahidos nacidos de suciedad en el estómago y que necesitaba tomar un vomitivo y un purgante en los dos días siguientes, le criticó sus medicamentos y su simplicidad con los negros, exponiéndole por último, que si por eso iba a quedarse sin trabajar, por aquella bobada, por una pura ficción tal vez, y que caso de no entregárselo en el acto, se quejaría al amo, para que decidiera la controversia. El facultativo, resentido de un lenguaje tan poco urbano, se opuso abiertamente a sus pretensiones, y don Antonio, en extremo picado con esa resistencia, enderezóse a la casa de vivienda.

—¿Qué hay, amigo? —le preguntó éste:— ¿alguna novedad?

—No, señor, Niño; el Doctor, que parece nos quiere embutir todos los negros en la enfermería. Treinta y nueve tenemos inútiles, que me dice que no pueden ir al campo; conque saque usted los de los secaderos, los del trapiche, los de la casa de calderas, los del tejar, los del alambique, los que le sirven al Niño, a Pedro, que está cuidando las bestias, a Timoteo, el cocinero de la gente, un sinnú-

mero, Niño, y verá que yo no tengo la culpa de si no se hace tarea; la semana pasada no pudimos hacer sino setecientos panes, debiendo haber metido ochocientos cincuenta, por lo menos, en la casa de purga; a ese andar, gracias que hagamos doce mil de zafra, no desperdiciando ningún día, y moliendo hasta fines de mayo ya entradas las aguas. En flaqueándole a un hombre los brazos que necesita, ¿cómo va a cumplir bien? Yo me mato, me apuro, reviento trabajando; pero todo se vuelve sal y agua. Al fin de la semana salimos con seiscientos cincuenta, con setecientos panes, y de ahí no rebasamos; y yo ando siempre detrás de la gente; el Niño ve que no la dejo dormir, y que no se juega conmigo.

—¿Y qué hubo ahora con el Doctor?

—¿Cómo! ¿Que el Niño no lo ha sabido? El mina de la señora, Su Señoría el señor don Francisco, fingió allá en el corte un vahido; mandósele al Doctor, y viendo que todo fue mentira, que está tan bueno como una manzana, se le ha clavado en la cabeza que tiene sucio el estómago, que es menester administrarle un purgante y un vomitivo, y por remate del cuento me ha dicho que entre dos, que entre tres días, no debe salir de la enfermería. ¡Y yo que contaba con ese refuercito, me encuentro chasqueado de buenas a primeras!

—¿Y quién, quién le ha dado facultades a ese jeringuero de San Juan de Dios, a ese sangrador, a ese albéitar, para molernos los chichones a todas horas? ¿Pensará envolvernos con sus terminachos? ¡Mentecato! ¿Y qué, me dejaré arruinar por su linda cara? ¡No le hago salir de aquí al trote en su rosillo! ¿Usted dice que Francisco está bueno, que debe coger el machete y zumbarse? ¿Sí? Pues asunto concluído; echarlo fuera de la enfermería; dígaselo usted de mi parte, y que tengamos la fiesta en paz...

—Así, sí. Lo demás es hacer la plaza de bobo. En sosteniéndole a uno el amo de esta suerte—murmuró el mayoral al retirarse—se ríe cualquiera de los trabajos.

El médico tuvo a bien cumplir el precepto de Ricardo; Francisco fue sacado de la enfermería y llegó al campo poco después de la negrada; pero antes de salir le pusieron otra vez los grillos que le habían quitado para mientras estuviese enfermo. Allí se representó por la tarde la misma escena de por la mañana: los castigos del contramayoral, la compasión de las negras y aquellas canciones que los dos minas ancianos entonaron, acompañándolos Francisco y los demás esclavos. Cerca de la Oración, al esconderse el sol, cuando ya la oscuridad de la noche confundía los objetos, la negrada fue a las márgenes del río, que a breve distancia se deslizaba, a cortar yerba de Guinea para los caballos, pues aunque de ordinario en la molienda se les lleva el cogollo de la caña con las ramas, la copia de aquel pasto, muy más sabroso y nutritivo para las bestias, le hizo al mayoral preferirlo. Cada negro cortó un buen haz, lo ató con bejucos

y lo cargó en la cabeza; unos metieron los machetes en él, otros en sus vainas, y las mujeres los colocaron en la tira de cuero con que se ciñen el talle a modo de cinturón; el contramayoral se colocó el último de todos, y en este orden, aglomerados los varones y las hembras, los chicos y los grandes, y hablando un guirigay a su manera, ininteligible, cogieron el camino de las fábricas. Entonces tocó el ingenio las campanadas de la Oración, las primeras con espacio de una a otra, y las restantes sucediéndose con rapidez; y así fueron oyendo las campanas de las fincas vecinas, por cuyos diversos sonidos conocían de donde eran; hasta que entraron en el ancho batey, iluminado por la luna. Esta hora en cualquier parte es solemne, en cualquier hombre despierta sentimientos que le abaten las alas del corazón; pero en los ingenios, en los ingenios—¡yo no sé cómo explicarme!—en los ingenios es menester llorar. No se escuchan más que los grillos de los negros, los cantos del trapiche, el crujir de las carretas que descargan la caña en la pila ¡y algunas veces el chasquido del cuero! ¡Cuántas ocasiones, yendo Francisco con su señora al ingenio, se había dedicado por la misma hora a meditar sus penas y las de aquellos negros! ¿Presentiría por ventura que habría de acompañarlos más adelante? Dos meses hicieron en la actualidad de una noche en que, la Pascua próxima pasada, se sentó en la rampa del trapiche y se dio largo tiempo a mil reflexiones dolorosas; y a la sazón componía parte de la negrada, se veía ahorrado, lleno de golpes y de latigazos, sin tener a quien volver los ojos, porque el amo, el mayoral, el contramayoral, el médico, todos eran enemigos suyos, ninguno se dignaba de socorrerlo en su desamparo. ¡Pobre Francisco en aquella hora!

Don Antonio repartió en la fila los negros del cuarto de prima y los del cuarto de madrugada, es decir, la cuadrilla que debía velar hasta las doce y la que le reemplazaba hasta el Avemaría, donde se quedan en los trabajos de las fábricas los negros menos fuertes, y los más robustos y ágiles vuelven a carretear y al corte. Hay una diferencia muy notable entre estos cuartos; el de prima es mejor que el de madrugada; acostándose los esclavos a las doce cuando les acosa el sueño, no padecen ni la mitad que aquéllos que se recogen a la Oración cuando no lo desean; y es de presumir por consecuencia cuál le tocaría a Francisco. Ni le fue dable entretanto conciliar el sueño, porque el silencio y la soledad de la noche le trajo en todo su tamaño la memoria de sus infortunios, y no lo permitían tampoco los latigazos y los golpes, el tener metidos los dos pies en el cepo y el hallarse acostado en una tarima sin almohada en que asentar la cabeza, ni frazada con que taparse del frío, pues don Antonio no le dejó buscar la suya, llevada de la Habana, y es sabido que en el campo son siempre las noches frescas, máxime en los primeros días para los que cambian de temperamento; pero sus compañeros de cepo

se durmieron al instante. El *Arado* demarcó el punto de mudar el cuarto, y un negro fue llamando a todos los que habían de levantarse. Conforme a lo que había prescrito Ricardo, tan de acuerdo con la crueldad de su mayoral, destinaron a Francisco al trabajo más recio por las noches, a meter combustible en las fornallas de las calderas en que se elabora el azúcar; los negros prácticos y experimentados en ese ejercicio no lo extrañan casi nada; habituándose al calor del fuego, adquieren una destreza extraordinaria en alimentarlo, resguardando al mismo tiempo su cuerpo, y entienden perfectamente el idioma de los maestros de azúcar que, desde arriba, junto a las pailas, donde se purifica el guarapo y cerca de los tachos donde comienza la cristalización del azúcar, mandan la maniobra, señalando, por sus gritos a los negros, la cantidad de fuego y el lugar en que lo quieren; *un brazado, a la boca, templadito, apriétale, para la mano, mete para adentro, que se duerme*; he aquí algunas de las frases que se usan comúnmente por los maestros de azúcar. El calor que despiden las fornallas es intenso, y hace menester toda la fortaleza y maña de los negros que tienen el ejercicio de entretenerlo, para no derretirse. Según la expresión de un célebre y desgraciado novelista americano,* parecen las bocas de un monstruo voraz que jamás se sacia, y que siempre está hambriento. Así que Francisco no podía conservar el fuego en grande elevación de temperatura ni templarlo a voluntad del maestro, cuyo lenguaje no conocía muy bien, ni resguardarse de que le diese en la caja del cuerpo. Muchas veces lo amenazó aquél, mas nunca llegó a castigarlo, antes que por lástima de sus penalidades, porque sabía el rencor que le mostraba don Antonio, su enemigo; pero harto de padecer, dio, sin necesidad de azotes, con la clave de su faena.

* Maynard. (Nota de Anselmo Suárez y Romero).

JOSE MARTI

Nació en La Habana, el 28 de enero de 1853. Murió en Dos Ríos, el 19 de mayo de 1895. Realizó primeros estudios en el Colegio de «San Anacleto», y en el «San Pablo» bajo la dirección del poeta Mendive. A los dieciséis años escribe el poema dramático Abdala. Poco después, por actividades insurgentes, resulta confinado a España, donde estudia en las Facultades de Derecho y Filosofía y Letras. Va a París y a México, con la paz del Zanjón vuelve a Cuba. Conspirador, de nuevo resulta deportado. Luego le veremos en Venezuela, donde fundó la «Revista Venezolana», de honda influencia en aquel país. Y establecido, más tarde, en Nueva York, organizó la insurrección de Cuba, siendo la principal figura de ella, y muriendo en el combate de Dos Ríos.

De la variada y fragmentaria obra en prosa de José Martí, encontramos una novela: Amistad Funesta.

Ha comenzado Martí con la magnolia, podada por el jardinero con «manos demasiado académicas», y ya empieza a girar la expresión, en el mágico historial donde lo real y lo irreal dejan de ser antítesis, es decir, que estamos en el momento en que surge nuestra palabra. Y son las oscilaciones de un reflejo, o las llamas que saltan de un sombrero, las que nos sirve él, desatando de inmediato, como con prisa, lo que en los anteriores novelistas habían sido pobres y escasos detalles. Cortando los grandes párrafos que cruzan por su novela, hasta clavetear las trémulas láminas de sus metáforas, podemos dibujarnos en la visión el movimiento de los personajes que describe, y sorprender la encarnizada tensión de sus detalles, que, inmersos en el largo de la frase, a veces se nos despistan; pues ya aquí, las comparaciones o metáforas, no hacen sólo lo de detenernos un pequeño objeto, sino que, nos lanzan, sin ninguna atenuación, hacia la prisa de su secreto. Porque todo esto va creciendo un tiempo, un tiempo que, como algo espeso, sumerge personas y objetos, soltándolos en ondas distintas; o logra que la sensación palpite dentro del símbolo, con el trazado fantasmal de una metáfora.

También lo desbordado de alas y águilas, el gentío desmesurado de los astros, hablan desusadamente en la novela, arriesgando, para

los que ahora somos sus lectores, la interpretación de un como esplendor de improvisadas moradas, sobre lo tenue de unos personajes. Y es que el barroquismo romántico de Martí, acumula y desorbita todos los objetos a la vez, restregándonos así, por cualquiera de sus frases, la detención expresionista y desmesurada «de una enredadera florecida de rosas salomónicas». Crea ésto un contrapunto o paradoja, por lo alteroso de una mirada que, pasando por una y otra parte, en el azar de veleidades que ofrece el detalleo, alcanza con ello, en algunas ocasiones, un lenguaje de gigantes o de duendes, que recuerda a los cuentos oídos en la infancia. Todo ello, por el esplendor de haber obtenido un centro, un habitar desde la imagen, desde donde podemos trazar los giros en la estructura de su novela. Y así por esto, los gestos y sentimientos de los personajes, cascan como metáforas de esfinges; mientras que, por otro lado, el entrecortado y hasta entonces silencioso espacio de los objetos, empieza a hablar lenguaje humano, casi humilde. «Parece entonces—nos dice Lezama Lima, con la más certera intuición poética que entre nosotros se ha alcanzado sobre Martí—irse apoderando de la visión que le entregará las equivalencias y los prodigios de las leyes secretas de la imaginación, al rotar de la sustancia de lo inexistente, y corporaliza la gravitación de que veinte años de ausencia equivalen, en esa sagrada sustancia de lo inexistente, a un remolino en la muerte, de la misma manera que un artesano de orquística precisa que una trompeta equivale o suena como veinte violines.» De aquí que en esta única novela de Martí, Amistad Funesta, los implacables rostros del contorno acogen las evaporaciones de sus dominios, con un trémulo y deslumbrante gesto, que nos entreabre los conjuros de una heráldica desconocida. Y suenan desde ella, las breves pero hechizadas descripciones, mordiendo a los sencillos personajes, con la transparencia de sus fabulosas metamorfosis.

AMISTAD FUNESTA

CAPITULO I

Una frondosa magnolia, podada por el jardinero de la casa con manos demasiado académicas, cubría aquel domingo por la mañana con su sombra a los familiares de la casa de Lucía Jerez. Las grandes flores blancas de la magnolia, plenamente abiertas en sus ramas de hojas delgadas y puntiagudas, no parecían, bajo aquel cielo claro y en el patio de aquella casa amable, las flores del árbol, sino las del día, ¡esas flores inmensas e inmaculadas, que se imaginan cuando se ama mucho! El alma humana tiene una gran necesidad de blancura. Desde que lo blanco se oscurece, la desdicha empieza. La prác-

tica y conciencia de todas las virtudes, la posesión de las mejores cualidades, la arrogancia de los más nobles sacrificios, no bastan a consolar el alma de un solo extravío.

Eran hermosas de ver, en aquel domingo, en el cielo fulgente, la luz azul y por entre los corredores de columnas de mármol, la magnolia elegante, entre las ramas verdes, las grandes flores blancas y en sus mecedoras de mimbre, adornadas con lazos de cinta, aquellas tres amigas, en sus vestidos de Mayo: Adela, delgada y locuaz, con un ramo de rosas Jacqueminot al lado izquierdo de su traje de seda crema; Ana, ya próxima a morir, prendida sobre el corazón enfermo, en su vestido de muselina blanca, una flor azul sujeta con unas hebras de trigo; y Lucía, robusta y profunda que no llevaba flores en su vestido de seda carmesí, «porque no se conocía aun en los jardines la flor que a ella le gustaba: la flor negra!»

Las amigas cambiaban vivamente sus impresiones de domingo. Venían de misa; de sonreír en el atrio de la catedral a sus parientes y conocidos; de pasear por las calles limpias, esmaltadas de sol, como flores desatadas sobre una bandeja de plata con dibujos de oro. Sus amigas, desde las ventanas de sus casas grandes y antiguas, las habían saludado al pasar. No había mancebo elegante en la ciudad que no estuviese aquel medio día por las esquinas de la calle de la Victoria. La ciudad, en esas mañanas de domingo, parece una desposada. En las puertas abiertas de par en par, como si en ese día no se temiesen enemigos, esperan a los dueños los criados, vestidos de limpio. Las familias, que apenas se han visto en la semana, se reúnen a la salida de la iglesia para ir a saludar a la madre ciega, a la hermana enferma, al padre achacoso. Los viejos ese día se remozan. Los veteranos andan con la cabeza más erguida, muy luciente el chaleco blanco, muy bruñido el puño del bastón. Los empleados parecen magistrados. A los artesanos, con su mejor chaqueta de terciopelo, sus pantalones de dril muy planchado y su sombrero de castor fino, da gozo verlos. Los indios, en verdad, descalzos y mugrientos, en medio de tanta limpieza y luz, parecen llagas. Pero la procesión lujosa de madres fragantes y niñas galanas continúa, sembrando sonrisas por las aceras de la calle animada; y los pobres indios, que la cruzan a veces, parecen gusanos prendidos a trechos en su guirnalda. En vez de las carretas de comercio o de las arrias de mercaderías, llenan las calles, tirados por caballos altivos, carruajes lucientes. Los carruajes mismos, parecen que van contentos, y como de victoria. Los pobres mismos, parecen ricos. Hay una quietud magna y una alegría casta. En las casas todo es algazara. Los nietos ¡qué ir a la puerta, y aturdir al portero, impacientes por lo que la abuela tarda! Los maridos, ¡qué celos de la misa, que se les lleva, con sus mujeres queridas, la luz de la mañana! La abuela, ¡cómo viene cargada de chucherías para los nietos, de los juguetes que fue reuniendo en la semana para traerlos

a la gente menor hoy Domingo, de los mazapanes recién hechos que acaba de comprar en la dulcería francesa, de los caprichos de comer que su hija prefería cuando soltera, ¡qué carruaje el de la abuela, que nunca se vacía! Y en la casa de Lucía Jerez no se sabía si había más flores en la magnolia, o en las almas.

Sobre un costurero abierto, donde Ana al ver entrar a sus amigas puso sus enseres de coser y los ajuares de niño que regalaba a la casa de Expósitos, habían dejado caer Adela y Lucía sus sombreros de paja, con cintas semejantes a sus trajes, revueltas como cervatillos que retozan. ¡Dice mucho, y cosas muy traviesas, un sombrero que ha estado una hora en la cabeza de una señorita! Se le puede interrogar, seguro de que responde: ¡de algún elegante caballero, y de más de uno, se sabe que ha robado a hurtadillas una flor de un sombrero, o ha besado sus cintas largamente, con un beso entrañable y religioso! El sombrero de Adela era ligero y un tanto extravagante, como de niña que es capaz de enamorarse de un tenor de ópera: el de Lucía era un sombrero arrogante y amenazador: se salían por el borde del costurero las cintas carmesíes, enroscadas sobre el sombrero de Adela como un boa sobre una tórtola: del fondo de seda negro, por los reflejos de un rayo de sol que filtraba oscilando por una rama de la magnolia, parecían salir llamas.

Estaban las tres amigas en aquella pura edad en que los caracteres todavía no se definen: ay! en esos mercados es donde suelen los jóvenes generosos, que van en busca de pájaros azules, atar su vida a lindos vasos de carne que a poco tiempo, a los primeros calores fuertes de la vida, enseñan la zorra astuta, la culebra venenosa, el gato frío e impenetrable que les mora en el alma!

La mecedora de Ana no se movía, tal como apenas en sus labios pálidos la afable sonrisa: se buscaban con los ojos las violetas en su falda, como si siempre debiera estar llena de ellas. Adela no sin esfuerzo se mantenía en su mecedora, que unas veces estaba cerca de Ana, otras de Lucía, y vacía las más. La mecedora de Lucía, más echada hacia adelante que hacia atrás, cambiaba de súbito de posición, como obediente a un gesto enérgico y contenido de su dueña.

—Juan no viene: te digo que Juan no viene!

—¿Por qué, Lucía, si sabe que si no viene te da pena?

—¿Y no te pareció Pedro Real muy arrogante? Mira, mi Ana, dame el secreto que tú tienes para que te quiera todo el mundo; porque ese caballero, es necesario que me quiera.

En un reloj de bronce labrado, embutido en un ancho plato de porcelana de ramos azules, dieron las dos.

—Lo ves, Ana, lo ves, ya Juan no viene. Y se levantó Lucía; fue a uno de los jarrones de mármol colocados entre cada dos columnas, de las que de un lado y otro adornaban el sombreado patio; arrancó

sin piedad de su tallo lustroso una camelia blanca, y volvió silenciosa a su mecedora, royéndole las hojas con los dientes.

—Juan viene siempre, Lucía.

* *

*

Juan y Lucía aparecieron por el corredor, ella como arrepentida y sumisa, él como siempre sereno y bondadoso. Hermosa era la pareja, tal como se venían lentamente acercando al grupo de sus amigas en el patio. Altos los dos, Lucía más de lo que sentaba a sus años y sexo, Juan, de aquella elevada estatura, realzada por las proporciones de las formas, que en sí misma lleva algo de espíritu, y parece dispuesta por la naturaleza al heroísmo y al triunfo. Y allá, en la penumbra del corredor, como un rayo de luz diese sobre el rostro de Pedro, y de su brazo, aunque un poco a su zaga, venía Lucía, en la frente de él, vasta y blanca, parecía que se abría una rosa de plata; y de la de Lucía se veían solo, en la sombra oscura del rostro, sus dos ojos llameantes, como dos amenazas.

—Esta Ana imprudente, dijo Juan con su voz de caricia: ¿cómo no tiene miedo a este aire del crepúsculo?

—Pero si es ya el mío natural, Juan querido! Vamos, Pedro: deme el brazo.

—Pero pronto, Pedro, que esta es la hora en que los aromas suben de las flores, y si no la haces presa, se nos escapa.

—¡Este Juan bueno! ¿No es verdad, Juan, que Lucía es una loca? Ya Adela y Pedro me están al lado cuchicheando, de apetito. Vamos, pues, que a esta hora la gente dichosa tiene deseo de tomar el chocolate.

El chocolate fragante les esperaba, servido en una mesa de ónix, en la linda antesala. Era aquel un capricho de Domingo. Gustan siempre los jóvenes de lo desordenado e imprevisto. En el comedor, con dos caballeros de edad, discutía las cosas públicas el buen tío de Lucía y Ana, caballero de gorro de seda y pantuflas bordadas. La abuelita de la casa, la madre del señor tío, no salía ya de su alcoba, donde recordaba y rezaba.

* *

*

La antesala era linda y pequeña, como que se tiene que ser pequeño para ser lindo. De unos tulipanes de cristal trenzado, suspendidos en un ramo del techo por un tubo oculto entre hojas de tulipán simuladas en bronce, caía sobre la mesa de ónix la claridad anaranjada y suave de la lámpara de luz eléctrica incandescente.

No había más asientos que pequeñas mecedoras de Viena, de rejilla menuda y madera negra. El pavimento de mosaico de colores tenues que, como el de los atrios de Pompeya, tenía la inscripción «Salve», en el umbral, estaba lleno de banquetas revueltas, como de habitación en que se vive: porque las habitaciones se han de tener lindas, no para enseñarlas, por vanidad, a las visitas, sino para vivir en ellas. Mejora y alivia el contacto constante de lo bello. Todo en la tierra, en estos tiempos negros, tiende a rebajar el alma, todo, libros y cuadros, negocios y afectos, aún en nuestros países azules. Conviene tener siempre delante de los ojos, alrededor, ornando las paredes, animando los rincones donde se refugia la sombra, objetos bellos, que la coloreen y la disipen.

Linda era la antesala, pintado el techo con los bordes de guirnalda de flores silvestres, las paredes cubiertas, en sus marcos de roble liso dorado, de cuadros de Madrazo y de Nittis, de Fortuny y de Pasini, grabados en Goupil; de dos en dos estaban colgados los cuadros, y entre cada dos grupos de ellos, un estantillo de ébano, lleno de libros, no más ancho que los cuadros, ni más alto ni bajo que el grupo. En la mitad del testero que daba frente a la puerta del corredor, una esbelta columna de mármol negro sustentaba un aéreo busto de la Mignon de Goethe, en mármol blanco, a cuyos pies, en un gran vaso de porcelana de Tokio, de ramazones azules, Ana ponía siempre mazos de jazmines y de lirios. Una vez la traviesa Adela había colgado al cuello de Mignon una guirnalda de claveles encarnados. En este testero no había libros, ni cuadros que no fuesen grabados de episodios de la vida de la triste niña, y distribuidos como un halo en la pared en derredor del busto. Y en las esquinas de la habitación, en caballetes negros, sin ornamentos dorados, ostentaban su rica encuadernación cuatro grandes volúmenes. «El Cuervo», de Edgar Poe, el Cuervo desgarrador y fatídico, con láminas, de Gustavo Doré, que se llevan la mente por los espacios vagos en alas de caballos sin freno: el «Rubáiyat», el poema persa, el poema del vino moderado y las rosas frescas, con los dibujos apocalípticos del norteamericano Elihu Vedder; un rico ejemplar manuscrito, empastado en seda lila, de «La Noches», de Alfredo de Musset; y un «Wilhelm Meister», el libro de Mignon, cuya pasta original, recargada de arabescos insignificantes, había hecho reemplazar Juan, en París, por una de tafíete negro mate embutido con piedras preciosas: topacios, tan claros como el alma de la niña, turquesas, azules como sus ojos; no esmeraldas, porque no las hubo en aquella vaporosa vida; ópalos, como sus sueños; y un rubí grande y saliente, como su corazón hinchado y roto. En aquel singular regalo a Lucía, gastó Juan sus ganancias de un año. Por los bajos de la pared, y a manera de sillas, había, en trípodes de ébano, pequeños vasos chinos, de colores suaves, con mucho amarillo y escaso

rojo. Las paredes, pintadas al óleo, con guirnalda de flores, eran blancas. Causaba aquella antesala, en cuyo arreglo influyó Juan, una impresión de fe y de luz.

* *
*

Y allí se sentaron los cinco jóvenes, a gustar en sus tazas de coco el rico chocolate de la casa, que en hacerlo fragante era famosa. No tenía mucho azúcar, ni era espeso. ¡Para gente mayor, el chocolate espeso! Adela, caprichosa, pedía para sí la taza que tuviese más espuma.

—Esta, Adela: le dijo Juan, poniendo ante ella, antes de sentarse, una de las tazas de coco negro, en la que la espuma hervía, tornasolada.

—¡Malvado! le dijo Adela, mientras que todos reían, me has dado la de la ardilla!

Eran unas tazas, extrañas también, en que Juan, amigo de cosas patrias, había sabido hacer que el artífice combinara la novedad y el arte. Las tazas eran de esos coquillos negros de óvalo perfecto, que los indígenas realzan con caprichosas labores y leyendas, sumisas éstas como su condición, y aquéllas pomposas, atrevidas y extrañas, muy llenas de alas y de serpientes, recuerdos tenaces de un arte original y desconocido que la conquista hundió en la tierra, a botes de lanza. Y estos coquillos negros estaban muy pulidos por dentro, y en todo su exterior trabajados en relieve sutil como encaje. Cada taza descansaba en una trípode de plata, formada por un atributo de algún ave o fiera de América, y las dos asas eran dos preciosas miniaturas, en plata también, del animal simbolizado en la trípode. En tres colas de ardilla se asentaba la taza de Adela, y a su chocolate se asomaban las dos ardillas, como a un mar de nueces. Dos quetzales altivos, dos quetzales de cola de tres plumas, larga la del centro como una flecha verde, se asían a los bordes de la taza de Ana: ¡el quetzal noble, que cuando cae cautivo o ve rota la pluma larga de su cola, muere! Las asas de la taza de Lucía eran dos pumas elásticos y fieros, en la opuesta colocación de dos enemigos que se acechan: descansaba sobre tres garras de puma, el león americano. Dos águilas eran las asas de la de Juan; y la de Pedro, la del buen mozo Pedro, dos monos capuchinos.

* *
*

Pedro Real se mordió el bigote rizado cuando vio que no iba a ser Sol su compañera en el pescante. Y con Adela iba muy cortés.

Pero ¿Ana no necesitaría nada? Juan, ¿irá Ana bien? Deberíamos bajar. Voy a bajar un momento, a ver si Ana va bien! Bajó muchos momentos. Y las mulas, aunque diestras, más de una vez se iban un poco del camino, como si no estuviese bastante puesto en ellas el pensamiento del cochero.

Era como de seis leguas el camino, y todo él a un lado y otro de tan frondosa vegetación que no había manera de tener los ojos sino en constante regalo y movimiento. Porque allá al fondo era un bosque de cocales, o una hilera de palmas lejanas que iba a dar en la garganta de dos montes; ya era, al borde mismo del camino, una pendiente llena de flores azules y amarillas que remataba en un río de espumas blancas, nutrido con las aguas de la sierra, o eran ya a la distancia, imponentes como dos mensajes de la tierra al cielo, dos volcanes dormidos, a cuya falda serpeada por arroyuelos de agua blanca viva y traviesa, se recogían, como siervos azotados a los pies de sus dueños, las ciudades antiguas, desdentadas y rotas, en cuyos balcones de hierro labrado, mantenidos como por milagro sin paredes que los sustentasen sobre las puertas de piedra, crecían en hilos que llegaban hasta el suelo copiosas enredaderas de hipomea. De una iglesia que tuvo los techos pintados y dorados de oro fino de lo más viejo de América los capiteles de los pilares, quedaba en pie, como una concha clavada en tierra por el borde, el fondo del altar mayor, cobijado por una media bóveda: un bosquecillo había crecido al amor del altar; la pared interior, cubierta de musgo, la daba desde lejos apariencia de cueva formidable; y era cosa común y sumamente grata ver salir de entre los pedruscos florecidos, al menor ruido de gente o de carruajes, una bandada de palomas. Otra iglesia de que no había quedado en pie más que el crucero, tenía el domo completamente verde, y las paredes de un lado rosadas y negras, como los bordes de una herida. Y por el suelo no podía ponerse el pie sin que saltase un arroyo.

Llegaron a los volcanes; pasaron por las ciudades antiguas: más allá iban; y no se detuvieron. Lucía, a la sombra de su quitasol rojo, se sentía como si el mundo entero, de que tenía a los ojos hermosa pintura, no hubiera sido fabricado más que para cantar con sus múltiples lenguas los amores de Lucía Jerez y de su primo. Y se veía ella misma lo interior del cráneo como si estuviese lleno de todas aquellas flores: lo que le sucedía siempre que estaba sola, con Juan Jerez al lado. Adela y Pedro hablaban de formalísimos sucesos, que tenían la virtud de poner a Adela contemplativa y silenciosa, dando a Pedro ocasión para ir callado buena parte del camino, lo cual aprovechaba él en celebrar consigo mismo animados coloquios: y a cada instante era aquello de: «Juan, ¿cómo estará Ana?» «Bajaré un instante, a ver si se le ofrece algo a Ana.» Y Lucía reía, y daba por cosa cierta que, aunque Sol era niña reca-

tada, ya le había dicho que Pedro Real le parecía muy bien, y se la veía que le llevaba en el alma: lo que a Juan no parecía un feliz suceso, aunque prudentemente lo callaba. Adentro del carruaje, la dichosa Sol era toda exclamaciones: jamás, jamás, en su vida de huérfana pobre, había visto Sol correr los ríos, vestirse a los bosques fuertes de campanillas moradas y azules, y verdear y florecer los campos. De un color de rosa de coral se le teñían las mejillas, y el ónix de México no tuvo nunca mayor transparencia que la tez fina de Sol, en aquella mañana de ventura en la naturaleza. ¡Ay! la buena Ana sonreía mucho, pero había olvidado levantar de su falda el cuaderno de notas.

* *
*

Y de pronto sonaron unas músicas; se oscureció el camino como por una sombra grata, y refrenaron las mulas el paso, con gran ruido de hebillas y cencerros. De un salto estaba Pedro a la portezuela del carruaje, al lado de Sol, preguntándole a Ana qué se le ofrecía. Pero aquí bajaron todos, y Sol misma, que se volvió pronto al carruaje, para acompañar a Ana, y animarla a tomar del breve almuerzo que los demás, sentados en torno a una mesa rústica, gustaban con vehemente apetito, sazonado por chistes que el piadoso Juan encabezaba y atraía, porque los oyese Ana desde su asiento en el coche, traído a este propósito cerca de la mesa.

Allí, en las tazas de güiro posadas en tripodes de bejuco recién cortado de las cercanías, hervía la leche que, a juzgar por lo fragante y espumosa, acababa de salir de la vaca de Durham que asomó su cabeza pacífica por uno de los claros de la enredadera. Porque era aquel lugar un lindo parador, techado y emparrado de verdura, puesto allí por los dueños de la finca, para que los visitantes hiciesen de veras, al llegar de la ciudad, su almuerzo a la manera campesina. Allí el queso, que manaba la leche al ser cortado, y sabía ricamente con las tortas de maíz humeantes que servía la indita de saya azul, envueltas en paños blancos. Allí unos huevos duros, o blanquillos, que venían recostados, cada uno en su taza de güiro, sobre unas yerbas de grata fragancia, que olían como flores. Allí, en la cáscara misma del coco recién partido en dos, la leche de la fruta, con una cucharilla de coco labrado que la desprendía de sus tazas naturales. Y mientras duraba el almuerzo, unos indios, descalzos y en sus trajes de lona, puestos en tierra sus sombreros de palma, tocaban, bajo otro paradorcillo más lejano, dispuesto para ellos, unos aires muy suaves de música de cuerda, que blandamente templada por el aire matinal y la enredadera espesa, llegaba a nuestros alegres caminantes como una caricia. Adela sólo reía forzada-

mente. Violencia tenía que hacerse Sol para no palmoear en el carruaje. Muy feamente arrugó el ceño Lucía una vez que se acercó Juan a la portezuela del lado de Ana, y habló con ella, haciéndola reír, unos minutos: y en cuanto oyó reír a Sol, dejó Lucía su asiento, y se fue ella también a la portezuela. —¡Ea! ¡Ea! ya tocan diana, que es el toque de bienvenida y adiós, los indios habilitados. La indita de saya azul da a gustar a la vaca mirona una de las tazas de coco abandonadas. Al pescante van Pedro y Adela: Lucía, menos contenta, a la imperial con Juan. Ya la casa de la finca, toda blanca, de techo encarnado, se ve a poca distancia. Ana ya va muy pálida; y las mulas, al olor del pesebre, vuelan camino arriba, bajo la bóveda de espesos almendros que llenan la avenida con sus hojas redondas y sus verdes frutas.

* *
*

—Sí, sí, hoy estaba muy hermosa. Dime, tú, espejo: ¿la querrá Juan? ¿la querrá Juan? ¿Por qué no soy como ella? Me rasgaría las carnes: me abriría con las uñas las mejillas. Cara imbécil, ¿por qué no soy como ella? Hoy estaba muy hermosa. Se le veía la sangre y se le sentía el perfume por debajo de la muselina blanca.

Y se sentaba Lucía, sola en su cuarto en una silla sin espaldar, sin quitarse los vestidos, ya a más de media noche, y a poco rato se levantaba, se miraba otra vez al espejo, y se sentaba nuevamente, la cara entre las manos, los codos en las rodillas. Luego rompía a hablarse:

—Yo me veo, sí, yo me veo. ¿Qué es lo que tengo, que me parezco fea a mí misma? Y yo no lo soy, pero lo estoy siendo. Juan lo ha de ver; Juan ha de ver que estoy siendo fea. ¡Ay! por qué tengo este miedo! ¿Quién es mejor que Juan en todo el mundo? ¿Cómo no me ha de querer él a mí, si él quiere a todo el que lo quiere? ¿quién, quién lo quiere a él más que yo? Yo me echaría a sus pies. Yo le besaría siempre las manos. Yo le tendría siempre la cabeza apretada sobre mi corazón. Y esto ni se puede decir, esto que yo quisiera hacer! Si yo pudiera hacer esto, él sentiría todo lo que yo lo quiero, y no podría querer a más nadie. ¡Sol! ¡Sol! ¿quién es Sol para quererlo como yo lo quiero? ¡Juan!... ¡Juan!...

Y conteniendo la voz se iba hacia la ventana abierta, y tendía las manos como sin querer, llamando a Juan a quien acababa de escribir sin decirle que viniese.

Empujó violentamente las dos hojas de la ventana, y arrodillándose de repente junto a ella, sacó afuera, como a que el aire se la

humedeciese, la cabeza; y la tuvo apoyada algún tiempo sobre el marco, sin que le molestase aquella almohada de madera.

—¡No puede ser! no puede ser! dijo levantándose de pronto: Juan va a quererla. Lo conozco cada vez que la mira. Se sonríe, con un cariño que me vuelve loca. Se le ve, se le ve que tiene placer en mirarla. Y luego ¡esa imbécil es tan buena! No es mentira, no: es buena. ¿Yo misma, yo misma no la quiero? ¡Sí, la quiero, y la odio! ¿Qué sé yo qué es lo que me pasa por la cabeza? Juan, Juan, ven pronto; Juan, Juan, no vengas!

—¿Cómo no ha de quererla Juan? decía la infeliz, entre golpes de lágrimas, a los pocos momentos, siendo aquel llanto de Lucía extraño, porque no venía a raudal y de seguida, aliviando a la que lloraba, sino a borbotones e intervalos, sofocándola y exaltándola, parecido al agua que baja, tropezando entre peñas, por los torrentes. ¿Cómo no ha de quererla Juan, si no hay quien ame lo hermoso más que él, y la Virgen de la Piedad no es tan hermosa como ella? Juan... Juan... decía en voz baja, como para que Juan viniese sin que nadie lo viera; sin que Sol lo viera!

—Y si viene... y si la mira... ¡yo, no puedo soportar que la mire!... ¡ni que la mire siquiera! Y si está aquí un mes, dos meses. Y si ella no quiere a Pedro Real, porque no lo quiere, y Ana le dice que no lo quiera. Y ella va a querer a Juan ¿cómo no va a quererlo? ¿Quién no lo quiere desde que lo ve? Ana lo hubiera querido, si no supiese que ya él me quería a mí; ¡porque Ana es buena! Adela lo quiso como una loca; yo bien lo vi, pero él no puede querer a Adela. Y Sol ¿por qué no lo ha de querer? Ella es pobre; él es muy rico. Ella verá que Juan la mira. ¿Qué marido mejor puede tener ella que Juan? Y me lo quitará, me lo quitará si quiere. Yo he visto que me lo quiere quitar. Yo veo cómo se queda oyéndolo cuando habla; así me quedaba yo oyéndole cuando era niña. Yo veo que cuando él sale, ella alza la cabeza para seguirle viendo. ¡Y van a estar aquí un mes, dos meses! ella siempre con Ana, todos con Ana siempre. Él recreando los ojos en toda su hermosura. Yo, callada a su lado, con los labios llenos de horrores que no digo, odiosa y fiera. Esto no ha de ser, no ha de ser, no ha de ser. O Sol se va, o yo me iré. Pero ¿cómo me he de ir yo?; ¡que me lo robe alguien si puede! Y abrió los brazos en la mitad del cuarto, como desafiando, y le cayó por las espaldas desatada la cabellera negra.

—¡Que no se sienten juntos: que yo no lo vea!

Y con los labios apoyados sobre el puño cerrado, quedó dormida en un sillón cerca de la ventana, sombreándole extrañamente el rostro, al agitarse movida por el aire, la cabellera negra.

RAMON MEZA Y SUAREZ INCLAN

Nació en La Habana, el 18 de enero de 1861. Murió en la misma ciudad, el 5 de diciembre de 1911. Al detalle de haber hecho sus estudios en el colegio de Belén, cuela Manuel de la Cruz en sus Cromitos Cubanos, la caracterización que de sus maestros jesuitas hiciera Oliveira Martins: «Los siniestros artistas del funambulismo mental». Y esta nota del funambulismo, hemos de verla en Meza, a través del desajuste alucinado de sus personajes. De la ascendencia del autor, entre los que se encontraba don José Zacarías González del Valle, fijamos el subrayado, de ser su familia formada en el virtuosismo musical, con el natural desbarajuste, también simpáticamente referido por Manuel de la Cruz, de «realizar algunos el tipo del melómano».

Fue Meza abogado y doctor en filosofía y letras. Con la República, ocupó el cargo de concejal del Ayuntamiento de La Habana (1901), y más tarde Secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes (Gobierno del General Gómez).

Su labor literaria comenzó en La Habana Elegante, con sus amigos Julián del Casal, Manuel de la Cruz y Aurelio Mitjans. Se continuó con crítica literaria y asuntos históricos, además de cinco novelas. De éstas, podemos entresacar Flores y calabazas, D. Aniceto el tendero, y sobre todo Mi tío el empleado, su mejor obra.

Resulta curioso, referir también en Meza, el texto con planos levantados bajo su inspiración, del proyecto de parque público y museo en Villanueva, parque de La India y Prado, proyecto que fue medalla de oro en la Exposición de Buffalo (1901); y su trabajo, publicado en El Fígaro, sobre «Estatuas y fuentes principales de La Habana».

Con Meza, adquiere por primera vez nuestra novela una alucinante perspectiva, donde los personajes se deslizan ligeros, con un humor un tanto fílmico. Y es que en él, el sin sentido de la vida cubana, toma un galope, un febril reguero de sucesos yuxtapuestos, en dimensión cercana a nosotros.

Meza rompe a los personajes, en esa balumba donde los gestos se hipertrofian y después vuelve a disponerlos en una estructura

que nos sugiere el vacío. Quedando los personajes, pues, en movimiento—que sorprende, al contrastarlo con la retórica gravedad de los novelistas anteriores—con aire de ingravidez colando por sus trazos, y que sólo vemos en lo expresionista de sus gestos, mientras el novelista se nos escurra con afilada intuición.

Por primera vez también en nuestra novela, la realidad alcanza un salto, una levitación, apurando con ello, una fina captación de metamorfosis en los personajes, como alucinantes recovecos de lo onírico; y una yuxtaposición en las descripciones donde cada cosa parece comunicar su temblor, pasando, rápidos, los sucesos, como izados por retorcidas neblinas. Al barullo de lo cubano—país de pillos, insiste el novelista—, con el destartalo de sus sucesos inconexos, se acerca Meza, abroquelado por el recuerdo de viejos grabados y bodegones, para arracimar todos los contornos bajo capiteles absurdos, rematando las anécdotas con un cucurucho solemne.

Y el escondrijo de nuestras mezclas, del inapresable equívoco de todo lo cubano, se restriega, patitieso, de un sonambulismo frenético, donde viejos expedientes engavetados, empiezan a descorchar la pelambre de sus turbios orígenes, en una arañada atmósfera de fantasmones, con la trastería de nuestros posibles relatos asomando para atemorizarnos. Así, en uno de los capítulos de *Mi tío el empleado*, «*Oficinas de nueva creación*», se abre lo cubano en su paradoja de renovar el destartalo: trastos, ventanas, expedientes, «como dos grandes órganos», se agrupan en el falsete de inútiles restauraciones, desatando un nuevo vendaval de grotescos.

No es de olvidar, la nota repetida en los novelistas del siglo pasado, de trazar las descripciones en semejanza con el grabado; con Meza nos vuelve, pero con la luz, que parece cruzar las diversas direcciones, amenazada con las sombras de ventanones coloniales; y también con las cintas de lo onírico, desmesurándose en el apuro del relato.

Lo fabuloso de un expresionismo sostenido en desmesura, como de relato de duendes—de unos escribientes dice: «el primero apoyaba la pluma a modo de remo y el segundo a guisa de trinchante»—, coloca a *Mi tío el empleado*, no sólo como la mejor novela del siglo pasado escrita entre nosotros, sino como el relato que, con espléndida yuxtaposición de perspectivas, ha lanzado el manotazo de lo onírico, por los contornos de algunos de nuestros temas.

MI TÍO EL EMPLEADO

CAPITULO III

POR LA CIUDAD Y EL TEATRO

Luego que se ascó y vistió mi tío, nos invitó Domingo a pasear por la ciudad.

Las vidrieras de los establecimientos repletas de mil objetos de fantasía, de géneros, de cristales; los mismos establecimientos en donde largas filas de luces producían vivísima claridad que se reflejaba en los suelos de blanco y pulido mármol y en los filos dorados de los armatostes y mostradores, eran admirados detenidamente por nosotros.

Domingo, a guisa de improvisado cicerone, iba haciéndonos notar aquellas bellezas. Mudos nosotros de admiración nos volvíamos todo ojos para que nada nos quedase por ver.

—Esa es una platería, dijonos Domingo señalando uno de los establecimientos.

Volvimos la cara y nuestra admiración creció al ver brillar, en largas hileras, cucharas de plata que parecían contener cada una en su concavidad lucecillas de gas; las jarras y vasos de oro y plata de elegante forma y hábilmente cincelados; los espejos que multiplicaban hasta lo infinito aquellos objetos; las lucientes tapas de los relojes colocados en estuches de terciopelo; los zafiros, esmeraldas, rubíes, diamantes, ópalos y amatistas de las sortijas, collares y brazaletes que lanzaban destellos de fúlgida luz azul, verde, roja, y nacarada como las que lanzan las gotas de lluvia o de rocío adheridas a los tallos de las yerbas y atravesadas por un rayito de sol.

—¿Dime, Domingo, preguntó en voz muy baja mi tío, y esto no se lo roban?

—¡Qué han de robar, hombre! contestó en alta voz Domingo.

El dueño de la tienda que lo oyó nos miró a todos y soltó una sonora carcajada.

Mi tío se puso pálido y sus puños se crisparon nerviosamente.

¡Ya estaba harto de risas! La de aquel mercader le pareció más estridente, de más extraño timbre, que era repercutida por cada joya y que hacía vibrar cada vidriera y cada lámina de plata; parecióle oír que en el fondo de aquellos elegantes y lucientes vasos de delgado metal castañeteaban los dientes del platero.

—¿Por qué se había reído aquel hombre? también pensaba yo. Y con esta preocupación comencé a reparar que cuantos pasaban por nuestro lado se sonreían.

Ya no podíamos atender lo que nos decía Domingo: caminábamos abochornados.

—¡Eh! ¿qué es eso? ¿estás tristes? ¿no os gusta todo esto? ¿os acordáis del pueblo?... ¡qué demongo, hombres! ya volveréis allá cargados de dinero como unos asnos. ¡Animo, ahora!

Hízonos entrar en un café y pidió ron de Jamaica que, según decía, era mejor bebida que el jerez y la champagne. Con tantas celebraciones que hizo no nos fue posible dejar de tragar el maldito ron a pesar de que nos desollaba la garganta.

Salimos muy animados del café.

Caminamos largo rato por el borde de los fosos, donde se consoló un tanto mi tío, viendo que también otros estaban entretenidos en buscar, al son de las latas y silbidos de los traviesos pilletes, los tres reyes magos.

A lo lejos, más allá del oscuro terreno por donde transitábamos, por encima de la cuadrada y negra silueta de algunas casas de madera, brotaba de la tierra una claridad tenue que iba desvaneciéndose en el profundo azul del cielo. Bajo aquella especie de vaporosa nube, que semejava brillante polvillo de oro esparcido por la atmósfera, estaban los parques. Al doblar de las casas de madera, quedó un momento turbada nuestra vista con el reflejo de mil luces. Habíamos llegado a los parques. Los coches cruzaban en todas direcciones trazando con la luz de sus faroles, que a través de las hojas parecían apagarse y encenderse, líneas y círculos de fuego; la música de la retreta que poblaba el espacio de acordes armoniosos y dulces melodías; los paseantes que ora en grupos apiñados ora solitarios iban y venían por las torcidas callejuelas orilladas de arbustos, todo esto se presentó a nuestra vista con cierto encanto desconocido, inexplicable. El parque con sus ruidos, movimientos, luces, fuentes cristalinas, verde césped, alegres flores, nos pareció entonces una especie de soñado edén.

Atravesamos aturdidos aquel pasco. Vimos «El Louvre» lleno de personas que hablaban, gesticulaban y reían, agrupados en torno de las varias mesas de blanco mármol, por entre las cuales se movían ágiles los dependientes, llevando botellas y copas, que contenían bebidas de todos los colores del iris.

Domingo nos hizo detener delante de un gran lienzo pintarrajeado con algo que tenía visos de representar una plaza ocupada por curiosa y apiñada muchedumbre en medio de la cual se alzaba un patíbulo, cuyas escaleras subían, haciendo asombrosos equilibrios para no caerse, un fraile con crucifijo y rosario colosales y un hombre de feroz semblante, exageradas patillas y cargado de cadenas; tras de éstos seguía una especie de oso que llevaba en la mano descomunal hacha de acero resplandeciente y que por otros

adminículos y su catadura espantable no podía ser otro que el verdugo. Al pie del lienzo, con grandes letras rojas se leía: «Hoy: Diego Corrientes.»

Domingo se registró los bolsillos, contó algunas monedas de plata, las puso en el borde de una ventanilla, especie de respiradero de una gran jaula iluminada por dentro, y donde estaba encerrado un hombre, el cual recogió las monedas y dio en cambio tres tarjetitas rosadas que entregamos al entrar en el teatro.

Subimos por varias escalerillas: aquella ascensión nos produjo incómodos escalofríos en el estómago y nos erizó el pelo. Nos asomamos al borde del débil antepecho que rodeaba aquel gran hoyo y nos parecieron enanos los hombres que veíamos sentados allá abajo, en otros círculos, rodeados de barandillas, y en largas hileras de sillones.

—¿Y esto no se caerá? preguntó mi tío a Domingo.

—¡Demongo, está más seguro...! respondió éste pisando con fuerza y andando desembarazadamente como para demostrarnos que él estaba habituado a caminar por aquellas alturas.

Todas las personas que se hallaban cerca de nosotros, se echaron a reír, despiadadamente, así que oyeron la pregunta de mi tío.

Este se puso pálido de ira. ¡Maldita risa que por todas partes le perseguía!

Habíamos llegado algo temprano; pero las localidades fueron llenándose en breve tiempo.

El público se impacientaba: silbaba y aplaudía para que levantasen el telón.

—¡Falta el presidente, no ha llegado todavía! nos hizo notar Domingo.

A nosotros nos gustó sobremanera aquella facultad que se tomaban todos de silbar y aplaudir como en una corrida de toros y comenzamos a meter tanto ruido, con nuestros silbidos y palmadas, que un guardia nos hubo de amonestar para que calláramos.

Esto fue motivo de nuevas risas y burlas de los que estaban sentados a nuestro alrededor.

Mi tío volvió a incomodarse.

Domingo, que se hallaba muy gustoso con la diversión que nos había proporcionado, nos preguntó por qué habíamos enmudecido de repente, y como le dijésemos que el guardia nos lo había advertido, exclamó:

—¡Bah! no le hagais caso a ese.

Y volvimos a meter ruido.

—¡Diablo de presidente, cuánto tarda!... ¿estará durmiendo?... ¿estará comiendo?... se preguntaban los que estaban sentados a nuestro lado.

—¡Eh, ya está ahí! exclamó Domingo señalando un palco del

segundo piso que tenía adornada su barandilla con una cortina de damasco rojo y un gran escudo nacional de madera dorada.

La puerta de este palco se abrió y dio paso a un hombrecillo pequeño, grueso, algo calvo y con un bigotillo perfectamente dividido en dos partes. Vestía con elegancia. Llevaba un enorme brillante en el dedo meñique y una hermosa leontina de oro, que al reflejar las luces del gas sobre el paño negro del chaleco, parecía despedir llamas.

Un aplauso más nutrido y prolongado que los anteriores acogió la llegada del señor presidente.

—Le hacen burla por lo mucho que ha tardado, murmuró Domingo.

El señor presidente moviendo su cabecilla, tan esférica que podría servir de remate a un holo, saludaba a diestro y siniestro.

Yo no sé qué comecón le entró en la lengua a mi tío, o qué mal diablo le tentó, lo cierto del caso fue, que se le escapó un agudo silbido que hizo reír todo el teatro.

Haciendo gestos de cólera y lanzando amezadoras miradas el presidente, alzó la cabeza y clavó su vista en el lugar en que nos habíamos sentados.

Mi tío hecho casi un ovillo pugnaba por ocultarse tras de Domingo.

El oficioso guardia encaminóse a nuestro sitio, y después de mil aspavientos, nos agarró por un brazo. Gracias a la oportuna intercesión de Domingo y otras personas, no nos echó fuera del teatro.

Quedamos abochornados, humillados; y a pesar de que ya el telón se había alzado, no osábamos levantar la vista por el borde del antepecho ni siquiera atender la representación.

Sólo nos enteramos de los últimos actos de «Diego Corrientes».

Durante todo este tiempo estuvo mi tío crujiendo los dientes y crispando los puños.

¡Oh, si hubiera podido aplastar todo el teatro de una gran puñada, lo hubiera hecho sin vacilar!

Y cuando se fijaba en el sillón del presidente dábanle deseos de llorar: estaba profundamente arrepentido de haber silbado a aquel noble señor.

Cuando concluyó la función apagáronse de momento la mitad de las luces; las demás quedaron a media llave. Una especie de turbia atmósfera envolvía a los espectadores. Mi tío, entonces, miró en torno suyo; y convencido de que nadie le observaba, se acercó al antepecho de la cazuela y echando medio cuerpo hacia afuera, mostró los puños a aquel público que se había reído de él, que al retirarse, le volvía tranquila y despreciativamente la espalda, y murmuró con rabia:

—¡Ya, ya veremos; juro que seré algo!

Después orgulloso y satisfecho con este brutal desahogo se unió a Domingo y a mí que ya bajábamos por la escalera.

En todo el camino no pronunció palabra alguna; iba con la cabeza baja. Así llegamos al León Nacional.

Cuando se acostó, su imaginación fuertemente impresionada hacía verse a sí mismo, dando vueltas en vertiginosas espirales que abarcaban grande espacio y se remontaban hasta perderse en lo alto, rodeado de humeantes antorchas y de pilluelos desarrapados que le ensordecían con sus agudos silbidos y tremendos golpes de lata. Y como dotados de mágica potencia, volaban también, el negro del muelle y los hombres de retaco; el bote de Domingo y el bergantín *Tolosa*; las cucharas, las jarras de plata cincelada, los espejos, las luces del «Louvre» y las vidrieras de los establecimientos, a través de las cuales veía, horriblemente agrandados, como el teclado de un órgano, los dientes del platero. Entraban también en la general y exótica danza los hondos fosos en cuyas oscuras concavidades creía ver lucir, a manera de deslumbradoras chispillas de fuego azules, verdes, amarillas y rojas, los topacios, esmeraldas, amatistas y rubíes. De repente cesaba aquella fantástica y aturridora balumba y creía mi tío verse sentado entre el círculo de luces de la gran araña de cristal del teatro atendiendo desde allí la representación, pero con orden invertido; es decir, el público, representaba en el escenario, y los cómicos, ocupaban el sitio del público; el presidente hacía el papel de Diego Corrientes, mientras que éste, alisándose sus grandes patillas con ambas manos, apoyados sus codos en el mosquete de ancha boca, ocupaba el sillón presidencial.

Al amanecer, a favor de la débil claridad que llenaba el cuarto, pude ver a mi tío mordiéndose los puños, golpeando la almohada con furor, y oí también que murmuraba:

—¡Oh, juro, juro que seré algo!

CAPITULO VI

EN NUESTRO EMPLEO

¡Ea, ya estamos desempeñando nuestro empleo!

Quizá desee alguno saber en qué oficina del Estado se hallaba nuestro empleo, pues... en cualquiera, en la misma en que trabajaba D. Genaro.

Nuestra plaza de aspirantes no tenía anejo empleo alguno determinado. Por lo pronto se nos puso a sacudir expedientes.

Cuando llegamos a las oficinas, aquel lunes por la mañana, el

ujier, Juan mi portero, como le llamaba D. Genaro, siguiendo en todo las instrucciones que éste le había dado, nos condujo a un pequeño cuarto cuyas paredes no se veían pues estaban cubiertas por pilas de expedientes tan altas que tocaban el techo. Una vez allí nos dijo que debíamos sacudir aquella papelería y volver a poner otra vez en su lugar, con mucho tiento y cuidado, cuanto legajo tocáramos. Nos dio un par de fósiles de plumeros, es decir, unas cosas que fueron plumeros en su tiempo. Después se marchó, y nos dejó más pesarosos y acongojados que si nos hubiéramos caído en un profundo y oscuro pozo.

Lo primero que hicimos en cuanto volvió las espaldas el portero, fue mirarnos mutuamente la cara y bajar hasta el suelo el par de plumeros que ya habíamos empuñado con brío para el ataque y derribo de aquellas murallas de papel.

Estuvimos largo rato sin variar de posición: continuábamos mirándonos como dos tontos.

Yo fui quien rompí el silencio:

—¿Y este es el gran destino?

Mi tío, por toda contestación, echó mano a un expediente y dio el primer plumerazo.

Imitando su ejemplo eché mano a otro por opuesto rumbo y comencé a trabajar con ahinco. Los plumerazos de mi tío menudeaban tanto como los míos. Cada vez que sacábamos algunas piezas y dejábamos abierto un hueco en las pilas de expedientes, veíamos aparecer nuevas pilas detrás de las primeras; y tras de éstas, otras, y así sucesivamente. Mas no nos desanimábamos: en diez o doce días nos prometimos terminar nuestro trabajo, llegarnos a D. Genaro y decirle:

—No queda un grano de polvo entre los papeles.

Y él, que seguramente habría de quedar gustoso de nuestra actividad, nos ascendería a otro empleo de más categoría y provecho.

Nubes de polvo llenaban el espacio de aquel departamento; columnas enteras de expedientes rodaban por el suelo impulsadas por nuestros plumeros. Teníamos entablada mi tío y yo una emulación sórdida, tenaz. A cada rato nos deteníamos un cortísimo instante para reparar con disimulo el estado de nuestra trabajo; y el más rezagado redoblaba sus esfuerzos y el afán de ponerse al igual del más adelantado. Aquello era un combate mudo, una silenciosa batalla. Ya estábamos imaginándonos, por lo menos, que éramos un par de cíclopes derribando enormes muros.

Llegó un momento en que los golpes de los plumeros, el roce de los papeles, el polvo, el ruido sordo semejante al de lejanos tiros de cañón que producían los expedientes al chocar de plano unos con otros, los estornudos que dábamos por causa de aquel polvo que nos entraba por las narices y que nos era fuerza aspirar en nuestra plaza de aspirantes, formaba todo indescriptible balumba.

En este momento apareció, de improviso, bajo el dintel de la puerta, un señor de alguna edad.

—¿Qué es esto? ¿qué demonios son estos que se han aparecido hoy aquí? ¿quién ha dispuesto que vengan a trastear mis papeles estos hombres?

Y por este tenor prosiguió gritando y pateando de tal suerte que atrajo muchas personas. Mi tío estaba aterrado; y yo, punto menos.

—¡Eh! oigan ustedes, zoquetes; digan de una vez quién os ha mandado aquí.

—Pero señor... respondió mi tío más muerto que vivo. D. Genaro nos lo ha dicho.

La contestación de mi tío contrarió sobremanera al impaciente anciano.

Pero siguió gritando:

—¡Hola! Juan, llame usted a D. Genaro, corra usted, vuele usted.

Llegó a poco D. Genaro, y el nervioso señor tomó una actitud menos soberbia.

—Excelentísimo señor, dijo con el tono con que habla un subalterno a su jefe, he llegado a trabajar a la hora de reglamento, según acostumbro hacerlo todos los días, y no he podido comenzar mi despacho. Vucencia veré por qué. Todo esto lo han revuelto esos dos hombres que dicen que están autorizados por vucencia.

D. Genaro respondió que ciertamente nos había mandado allí, pero que nosotros éramos muy estúpidos por no haber entendido lo que él de modo tan claro nos ordenó; que se nos había dicho que limpiásemos aquello, pero no que nos tomásemos la libertad de revolver tanto, y que, por consiguiente, volviésemos a colocar los legajos del mismo modo como los habíamos encontrado, y nos marchásemos con la música a otra parte, pues, para empezar no podíamos haberlo hecho peor.

Y después, estrechando fuertemente la mano del viejo y llamándole repetidas veces honrado D. Benigno y protestando que era su más querido empleado, se retiró.

En cuanto D. Genaro volvió las espaldas tornó el viejo, llamado D. Benigno, a abusar de su situación, esto es, a decirnos improperios, mientras volvíamos a su sitio, rojos de bochorno y rabia, toda aquella maldita papelería.

Mi tío se sintió tentado a coger a aquel hombre por el pescuezo y darle tres o cuatro sacudidas para resarcirse, de algún modo, del mal trato que venía sufriendo por todos, desde la víspera del día de los Reyes Magos en que desembarcó.

Después de acomodar bien los expedientes nos salimos de las oficinas sin despedirnos de nadie. Partíamos de allí con la convicción de haber molestado mucho en el poco rato que estuvimos; y además,

con la de que, lejos de hacer falta a persona alguna, habíamos estorbado mucho.

Ya estábamos algo apartados de la puerta de las oficinas cuando vimos llegar corriendo hacia nosotros a Juan el portero de D. Genaro, quien nos obligó a detenernos por orden de su jefe, cosa que nos asustó sobremanera, pues sospechamos que D. Genaro nos llamaba para ajustarnos las cuentas.

Pero desde que entramos en el despacho del señor jefe y le vimos venir hacia nosotros, sonriente y con los brazos abiertos en actitud de abrazarnos, se nos dispó todo temor.

—¡Eh! dijo haciéndonos unos gestos muy significativos, ¿habéis tomado por lo serio la ocurrencia?

—Excelentísimo señor... comenzó a decir mi tío.

—¡Eh! Vicente, interrumpió D. Genaro, ya sabes que somos primos, tutéame pues. Yo he sido quien he tenido la culpa por haber hecho pasar a ustedes un mal rato; debí haberles preparado antes. Pero, también ustedes armaron allá abajo una polvareda y un barullo de tres mil diablos, así es que no tuve más remedio que reprenderlos delante de D. Benigno.

Mi tío y yo nos mirábamos asombrados y como para convencernos de que realmente nos hallábamos despiertos.

—Sepan ustedes, prosiguió D. Genaro, que yo comencé mi carrera por donde mismo la van a comenzar ustedes. Es necesario trabajar con constancia. Y sobre todo aprender a callar lo que se debe callar, y decir tan sólo lo que se debe decir ¿eh? De eso dependerá vuestra suerte futura. Dichosos vosotros que os habéis encontrado en el camino conmigo, que os guiaré, que tendré mucho interés en servirlos; sí, queridos primos, sí, en servirlos...

—¡Oh! gracias, gracias, interrumpió muy emocionado mi tío.

D. Genaro añadió:

—Ese cuartito en donde habéis estado fue el primer escalón que subí para llegar a la posición que hoy ocupo. Con que... ya lo sabéis. Pero es necesario que os sometáis a cuanto yo os ordene, que no os apartéis un ápice del camino que yo os trace, porque si hacéis lo contrario desde luego os pronostico que no haréis fortuna y que os pesará.

Calló D. Genaro un momento y luego prosiguió:

—Mañana volveréis a la misma hora que hoy al cuartito; sacudiréis otra vez los expedientes; pero levantaréis más polvo y haréis más ruido y confusión que hoy. Cuando llegue D. Benigno chillará. Yo volveré a reprenderos. Es lo único que debéis hacer por ahora, ¿eh?

Me alegraba infinito la idea de volver a hacer rabiar a D. Benigno para vengarme de los denuestros que nos había endilgado. Mi tío no cabía en sí de gozo al pensar que se hallaba nuevamente

bajo la protección y amparo de su ilustre primo D. Genaro de los Dées.

El día siguiente, a la misma hora, volvió a producirse en las oficinas la misma escena, con la diferencia de que, alentados por las palabras de D. Genaro, y animado también por igual motivo D. Benigno, el alboroto fue esta vez mayor. D. Benigno gritó y pateó con redobladas fuerzas; y nosotros derribamos doble número de expedientes y llenamos el cuarto con densas capas de polvo.

Para completar la escena también bajó don Genaro; mas en lo que éste dijo sí que hubo variación, pues encarándose con D. Benigno y espetándole cuatro o cinco ¡ches!, que era su exclamación favorita, le manifestó que aunque nos despidió el día anterior, llegó a compadecerse de nosotros luego que la reflexión había sustituido a la cólera; que sería contra Dios dejar abandonados un par de infelices como lo éramos nosotros, y, por último, le recordó que todos estábamos en el mundo para servirnos los unos a los otros y para protegernos y amarnos mucho, por lo cual debía dejarnos estar allí mientras limpiásemos el polvo a los expedientes.

—Esos legajos, añadió D. Genaro, se están echando a perder ahí; es necesario que se atienda a su conservación, ¿eh? ya sabe usted que es el archivo más importante de nuestras oficinas. Estos dos señores están pagados de mi bolsillo para hacer este trabajo, ya que a quien le corresponde hacerlo, no lo hace.

D. Benigno se puso rojo.

—Señor, balbuceó, vucencia sabe que nadie cumple aquí sus deberes mejor que yo; pero no me alcanza el tiempo para...

—Precisamente porque lo sé, interrumpió D. Genaro, es por lo que pago con mucho gusto esos dos hombres; de esa suerte queda usted aliviado de trabajo. Y cuenta que esto lo digo porque ha dado usted lugar a ello; era mi propósito que nadie, ni usted mismo, llegase a saberlo.

—Oh, gracias, gracias, excelentísimo señor. Perdonad que mi torpeza no me haya permitido comprender antes esos delicados sentimientos, replicó D. Benigno.

D. Genaro le estrechó la mano y sonriendo le dijo:

—A usted no le hace falta más que un poquito de paciencia, señor D. Benigno, pues es usted muy irritable; por lo demás goza usted, por su honradez y formalidad, de la estimación de cuantos le rodean... y en particular de la mía.

Con esto quedó D. Benigno muy tranquilo un par de días, pero al tercero volvió al tema de maldecir de la hora en que habíamos puesto los pies allí; y qué sé yo qué otras cosas maldijo además de nuestros pies.

La verdad era, que con permiso de D. Genaro, abusábamos de la paciencia de aquel pobre viejo; lo cual mucho me ha pesado después.

No tenía D. Benigno otro remedio que trabajar en el mismo cuarto en que sacudíamos los expedientes: allí había una gran mesa en la cual se sentaba y escribía sin descanso hasta la hora que se retiraba: y el ruido, el polvo, y más que todo, nuestros malos propósitos, le traían asediado.

Este era nuestro principal y más eficaz empleo: revolverle la bilis a D. Benigno. Y a fe que lo desempeñábamos a las mil maravillas.

Algunos nos preguntaban con aspereza:

—¿Por qué os complacéis en hacer rabiarse a ese pobre viejo?

—Señor, contestábamos nosotros, no le hacemos rabiarse, D. Genaro nos ha mandado aquí para que arreglemos esto. ¿No ve usted en qué lamentable estado se encuentra todo? D. Benigno es el que tiene muy mal genio, señor, créalo usted, muy mal genio.

Con esta contestación se retiraban convencidos de que ninguna culpa teníamos. Rara vez no cambiaban de repente el aspecto severo del semblante y trataban de hacernos olvidar la pregunta que nos habían hecho, al oír el nombre de D. Genaro. Más que convencedor argumento parecía este nombre un verdadero talismán.

¿D. Genaro lo había mandado? ¡pues punto en boca! D. Genaro, era D. Genaro; y todos nosotros, sus profetas.

Cuando nos encontrábamos con este excelentísimo señor, nos estrechaba afectuosamente la mano y con cierta maligna sonrisilla:

—¿Qué tal sigue el viejo? nos preguntaba.

—Más rabioso que nunca, contestaba mi tío.

—Pues nada, adelante ¿eh?, nos animaba el buen D. Genaro.

CAPITULO XV

¡EL CORREO! ¡TRASIEGO! ¡FILIPINAS!

Eran las seis de la tarde.

Un estruendoso cañonazo hizo vibrar los pedacitos de vidrio empolvado de la ventana de nuestra buhardilla.

—¡El correo! gritó mi tío quitándose el sombrero y arrojándolo al aire; ya están ahí las resoluciones de los informes; pronto daremos comienzo a las obras que hermosarán nuestra oficina; ¡oh, sobrino, venga un abrazo!

Mi tío me estrechó entre sus brazos, lo cual me indicó que se hallaba en el colmo de la alegría, pues no recordaba ocasión alguna en que también me había abrazado.

Temí que la comida de aquella tarde le produjese alguna grave

enfermedad, porque la engullía con una precipitación inverosímil, y luego, cada tres bocados, se levantaba del asiento e iba a palmo-tearle las espaldas a los que comían en las mesas cercanas participándoles con entusiastas frases las buenas noticias que traía el correo.

Por la tarde caminaba a pasos acelerados como si con su actividad lograse hacer pasar más rápidamente las horas.

Durmió mal. Y como encendía a menudo la bujía, para consultar las horas que transcurrirían antes de la entrada en las oficinas, tampoco me dejaba conciliar el sueño, por lo cual estuve renegando de informes, oficinas y correos hasta que amaneció y salté presuroso de la cama.

Por fin llegó la ansiada hora, y cuando nos dirigíamos a nuestro despacho, vimos a don Genaro que atravesaba, corriendo y gesticulando como un loco, una boca calle.

—Allá va D. Genaro muy contento. ¡Míralo como corre, sobrino, se conoce que él está también alegre con la llegada de este correo!

Al entrar en las oficinas nos alarmó el inusitado murmullo que se oía por todas partes.

—¿Qué pasará?

—No sé.

—Pues mira; si no lo sabes, sube a ver qué es eso y entérame. Yo aguardo aquí, díjome mi tío deteniéndose en mitad de la escalera. Subí y al mirar hacia uno de aquellos largos salones quedé asombrado con la confusión y desorden que reinaban en todo él.

Algunos empleados estrujaban con rabia un periódico, otros lo pisoteaban coléricos; más allá corría de mano en mano el impreso; en otros puntos se lo disputaban con avidez, leíanlo con impaciencia febril y luego que se enteraban de las noticias que traía, pocos eran los que volvían tranquilamente a su asiento; los más, pateando y echando espumarajos por la boca, poníanse a maldecir contra todo lo existente.

—¿Qué ocurre? pregunté alarmado.

—¡Trasiego! me contestó un oficial que atravesaba, bramando y como disparado, aquellos vastos salones en que parecía haberse armado un gran motín.

La verdad es que yo me hallaba un tanto medroso.

Pensé que lo más oportuno era avisar a mi tío; y contagiado por la general impaciencia, me llegué hasta la mitad de la escalera y le dije sin saber qué decía:

—¡Trasiego!

Seguramente que entendió mi tío que aquello sería algo así como trueno, rayo o terremoto, porque encasquetándose presurosamente el sombrero, se lanzó corriendo escaleras abajo.

—¡Eh! no te apures, exclamó D. Genaro, que acababa de entrar, conteniéndole.

Mi tío se hallaba verdaderamente espantado.

Y yo punto menos.

—Te coge el trasiego, primo; le anunció don Genaro. Te mandan a Filipinas.

—¡Filipinas! ¡Filipinas! balbuceó aterrado mi tío.

—Otro viene a ocupar tu empleo.

—¡Ya veremos si me lo dejo quitar! repuso mi tío envalentándose.

—Cuidado, Vicente, en estas cosas hay que proceder con mucha calma.

—¿Y qué debo hacer?

—¡Eh! en eso estoy pensando.

Reinó un momento de silencio.

—¡Cabal! gritó D. Genaro golpeándose la frente; ven, primo, sí, eso es.

Y arrastró a mi tío al despacho.

Una vez allí continuó:

—Es preciso que hagas un informe magnífico, sublime; procura ante todo que sea algo extenso; será ésta, prueba evidente de tu ingenio y fecundia. Comenzarás exponiendo tus respetos al señor Ministro. Le felicitarás por cualquier motivo; luego le hablarás sobre lo beneficioso que indudablemente sería la estabilidad de las cosas de este mundo. ¡Ah! pero contra todos los rigores del destino, está la paternal y cariñosa solicitud de los bondadosos gobernantes! Esta última frase la escribirás tal y como te la he dictado: hará buen efecto. En fin, seguirás exponiendo lo que creas más oportuno y al concluir tu informe, reiterarás el respeto y acatamiento a tus superiores jerárquicos y le pedirás, prometiéndole que quedará grabada en tu ánimo la gratitud eterna y profundamente, que te dejen donde estás y no te envíen a Filipinas, ¿eh?

Antes de que D. Genaro concluyese de instruirle ya había acometido, pluma en ristre, mi tío, el encabezamiento de esta nueva obra confiada a su talento.

Pero cuando su hábil instructor salió del despacho, suspendiendo su tarea me dijo:

—Tengo tal incoordinación de ideas, sobrino, que me es imposible dar plumada. Redacta tú el informe y recuerda que de su éxito depende la conservación de nuestro destino.

—¿Cuántos pliegos desea usted que se escriban?

Esta era la preferente pregunta que en casos tales dirigía siempre a mi tío.

—Con quince o veinte creo que tendremos bastante.

Cuatro días después estaba concluido el informe a gusto de mi tío.

—Muy bien, dijo D. Genaro al leerlo, creo que las poderosas influencias con que cuento no producirán mejor efecto que este informe.

Ya le daré yo algunos toques para quitarle algunas incorrecciones y para que quede hecho un modelo de dicción castiza.

—¿Y crees tú que me manden a Filipinas, primo? preguntaba mi tío.

—Por ahora no; tenemos la ventaja de que aún no ha desembarcado el que viene a sustituirte, ¿eh?

—¿Y cómo lo sabes?

—¡Toma! porque no se ha presentado. Esto hubiera sido un obstáculo insuperable. Afortunadamente creo que tu sustituto pidió desde Filipinas el empleo que desempeñas, y siendo largo el viaje de allá acá, espero tenerlo arreglado todo antes de que llegue. ¡País de pillos!

—¿Y si llega el pobrecito y se encuentra cesante? añadió fingiendo compasión mi tío, cuando lo que deseaba era que así sucediese.

—¿Y qué le hemos de hacer? dijo D. Genaro aparentando interesarse mucho por aquel pobrecillo que vendría tan satisfecho a tomar posesión de su destino y se encontraría con que no estaba abandonado.

¿Sería posible que lo mandaran a Filipinas?

Esta preocupación traía inquieto, disgustado, nervioso a mi tío. Por la noche, presa de terribles ensueños se despertaba vociferando:

—¡Trasiego! ¡trasiego!

O bien se arrojaba del lecho y huía gritando:

—¡Filipinas! ¡Filipinas!

Temí que aquellos arrebatos nerviosos concluyeran por quitarle el juicio.

En el despacho no se hallaba menos desasosegado: en ocasiones no podía estar sentado ni un solo instante; se ponía bruscamente de pie y se paseaba de uno a otro lado de la pared de la habitación. Otras veces, se estaba horas enteras puestas las manos con los dedos entrelazados sobre la cabeza, mirando fijamente el techo y balbuceando palabras incoherentes.

—¡Cuidado, D. Vicente Cuevas, le advertían algunos compañeros, no vaya usted a enfermarse! ¡Descuide usted, hombre! D Genaro hace aquí lo que quiere.

Y él, compungido, les repetía:

—Pero... ¿y será posible que me envíen a Filipinas?

Por fortuna su desazón duró poco. Gracias a las influencias con que contaba D. Genaro en Madrid y la actividad que desplegó para la resolución del informe, éste llegó oportunísimamente.

Mes y medio después del día en que resonó el grito de ¡trasiego! sembrando el desorden donde quiera que se oía y haciendo pasar febrilmente de mano en mano aquel gran papel impreso con menuda y apretada letra, que no era otro que la *Gaceta Oficial*, llegó por

el mismo conducto por que antes vino la otra infausta, la gran noticia de que se dejaba sin efecto el traslado decretado a Filipinas.

Desde que vi a mi tío recorrer alegremente las oficinas enseñando la *Gaceta* a todo el mundo y dando acá y acullá espaldarazos y apretones de manos a sus compañeros de relegación, comprendí que ya no navegaría por las aguas del Pacífico.

—Sobrino... comenzó a decirme enseñándome el periódico.

Pero no di lugar a que lo leyera:

—Ya sé que no irá usted a Filipinas, tío, le respondí.

También D. Genaro, asomándose por el hueco de la escalerilla de espiral y poniéndose las manos en la boca a guisa de bocina, gritó:

—¡Eh! ya no vas a Filipinas.

Apenas concluyó esta frase D. Genaro, que Juan el potrero, o sea el digno jefe de portería, se presentó en el dintel de la puerta del despacho, y haciendo las más grotescas contorsiones, para mostrar su contento, dijo:

—Ea, señorito D. Vicente, ya sabemos que no se nos marcha usted a las *Felipinas*.

—Así es, buen Juan, contestó mi tío.

Y de seguida le leyó dos o tres veces los dos o tres renglones en que constaba la última resolución del Ministerio.

—¡Y que no queda duda! repuso Juan riendo y moviendo la cabeza de un lado a otro como lo hace una oveja para sonar su collar de cascabeles.

La amenaza de aquel destierro a las apartadas islas de la Oceanía había alejado del lado de mi tío aquel coro de admiradores que antes le rodeaba. Mas así que se supo que D. Vicente Cuevas ya no iría tan lejos, se nos entró por las puertas del despacho el coro entero a felicitarnos.

—¡Oh! mis buenos amigos, exclamaba mi tío estrechando una por una todas las manos.

Y leyó la *Gaceta* repetidas veces.

—Sí, sí, ya sabemos que no se nos irá usted a Filipinas, dijeron algo aburridos y se retiraron.

—De eso no le queda a usted duda alguna, tío, añadí yo.

—Así es, así es, contestaba mi tío riendo nerviosamente.

Y después de hacer dos o tres pares de cabriolas para convencerse de que no soñaba, se sentó, abrió la gaveta y sacó varios libros.

—¡Ah! dijo, he tenido preso dentro de este cajón a mi pobre Paul de Kock. Mira, sobrino, añadió mostrándome una página amarillenta y empolvada, aquí quedé en aquella maldita hora en que tanto me asustaste con tus gritos de —¡Trasiego!

Y se echó a reír a carcajadas.

Todo había vuelto a su estado normal, mi tío continuó ya tran-

quilo en la posesión de su empleo; pero el suceso que acabo de referir llenó su alma de una invencible inquietud.

Cuando el estampido del cañón hacía vibrar los pedazos de vidrio sujetos en el marco de la ventana de nuestro cuchitril, la ansiedad se marcaba en el rostro de mi tío; y la verdad es, que también yo participaba de su zozobra.

Antes de haber estado a punto de ir a dar al otro lado del globo, cada vez que oía mi tío el anunciador cañonazo, asomaba la cabeza por la puerta del cuarto y gritaba, imitando con la voz el agudo sonido del clarín:

—¡El correo!

Pero después de la referida ocurrencia, que tantos días de vacilación y de angustia le hizo pasar, cada vez que el estruendo del bronce anunciaba la llegada del buque, poníase muy serio, palpitábase el corazón y con voz, que por lo hueca y grave recordaba el sonido de un oficleide rajado, clamaba temeroso:

—¡El correo...!

CAPITULO XVIII

TAPE Y DESTAPE DE UN AGUJERO

Mientras tanto ocurrían sucesos en la oficina que no es posible desatender.

Los informes inspirados por D. Genaro y escritos por mi tío, llegaban unos tras otros resueltos favorablemente.

¡Qué contentos estaban mi tío y su protector!

—¡Eh! decía éste, ¡no hay más que tener buenas influencias en Madrid! Apenas hace dos meses que los remitimos y ya están de vuelta. De seguro que los asuntos despachados allá con preferencia han sido los recomendados por mí.

Y no exageraba: juntos con nuestros informes recibíamos otros del antecesor de D. Benigno y eso que, según se recordará, hacía treinta años que éste comenzó a desempeñar su empleo.

Resolvióse que se ensanchara nuestro despacho, conforme a los deseos e indicaciones de D. Genaro, añadiéndole una pieza o departamento contiguo, cuya puerta de entrada se había ocultado tras un muro de vara y media de espesor, formado, todo él, de expedientes.

Mi tío y yo recordábamos haber visto aquella puertecilla, cerrada y con cuatro cordelillos y lacre sellado sobre su rendija, cuando sacudimos los expedientes del despacho.

Era toda una historia. Juan la contaba.

Hacía cuarenta y cinco años, lo menos, que existía tras de aquella misteriosa puertecilla una oficina. Entonces no era Juan ujier de honor, ni jefe de portería, sino simple aprendiz de ujier. Tocábale barrer y sacudir un lado de las oficinas, mientras el otro lo barría y sacudía el padre de D. Genaro. Este era entonces un chiquillo revoltoso, desaplicado; todo el día se lo pasaba escondiéndose tras los muros de expedientes, haciendo casas y torres con ellos y persiguiendo sin tregua los gatos. En una época, Juan le llevaba a la escuela, situada en un gran convento donde le enseñaban unos frailes muy gordos, los cuales, al ver tan habieca al muchacho le tomaron afición, obtuvieron permiso de su padre para mandarlo a España, y al cabo de algunos años volvió D. Genaro, un hombre ya, protegido de los frailes, a quienes después de Dios, de su padre y del marqués de Casa-Vetusta, todo lo debía. Juan contaba esto con la mayor naturalidad del mundo.

—D. Rodríguez se llamaba el jefe de esa oficina y el oficial D. López. Tay me parece que los tengo presentes a los dos. No se trataban con nadie; los demás compañeros los odiaban; pero como tenían quien los protegiera, todo se les volvía adulación delante de ellos y por detrás les deseaban el mayor mal posible. La oficina de ellos era siempre la más concurrida. Los días de lluvia, que venían los calzados llenos de lodo, tenía yo que baldearla hasta dos veces. ¡Uh! qué trabajo me daba. Era cosa de reventar a cualquiera. Ellos ganaban mucho; y nunca me dieron una peseta. Todavía creo ver aquel par de mesas llenas de oro, Dios mío, y el Rodríguez y el López metiendo gustosos los dedos entre aquellos montones y haciéndolos sonar. Y no querían que nadie supiese que se llevaba allí dinero. A mí me advirtieron que si alguno me preguntaba sobre esto, dijera que no. Fortuna para ellos que no me preguntaron. ¡A propósito soy yo que no sé morderme la lengua! Ese cuarto se llenaba de gente ¡bendito Dios! Y entre los que llegaban y los empleados se armaban tales tragedias, que temía que cualquier día ocurriera una desgracia. ¡Uf! qué par de revoltosos aquellos. Maldito de mi padre si sé qué enredos se traían ahí don Rodríguez y don López. Un día dejaron de venir y esto me extrañó, porque nunca faltaban. Pregunté y supe que los habían prendido a los dos, ¡como usted oye! ¡a los dos! Algunos días después se llegaron aquí varios señores que en mi vida he vuelto a ver más: registraron los papeles y se retiraron. Más adelante volvieron otros señores, invirtieron buen rato en escribir, me preguntaron a mí primero, luego a los demás porteros cosas que ni entendimos ni pudimos contestar, cerraron la puerta, pusieron esos cuatro cordelitos, derritieron sobre ellos lacre, lo sellaron y se retiraron, sin más ceremonia, por donde mismo habían venido. Por fin, cerca de un año después, cuando casi

habíamos olvidado todos la ocurrencia, se llegó aquí, una tarde, en una hermosa carretela, un caballero que debía ser, por lo menos, un conde o marqués porque los cocheros traían galoneados los sombreros. Llamóme aparte aquel señor caballero y me dijo que lo condujese a esa oficina. ¡Bendito sea Dios! parece que lo que cuento pasó ayer y hace de esto cuarenta y siete años! Cuando llegó ante la puertecilla de la oficina, ese señor se puso a pensar y a preguntarme de qué modo la ocultaría. Dióse algunas palmadas en la frente, sonrió y llamó a sus lacayos. Entre ellos y yo, por indicaciones del caballero fabricamos delante de esta puertecilla un verdadero muro de expedientes, de modo que no se veía nada de ella. Después que estuvo terminada esta faena, me dio el caballero una onza y me dijo que si descubría aquel agujero que acababa de tapar, me mandaría sacar los ojos y cortar la lengua. Aquel mismo día supe que se habían escapado del presidio D. Rodríguez y D. López. ¡Uh! ¡qué malos eran, Dios mío! Yo no los vi escapar, pero personas de todo respeto me contaron que habían hecho un cordón con sus sábanas, que habían limado la reja y se habían deslizado hasta la calle. Dos o tres años después oí decir que de España mandaban preguntar por los expedientes, cuentas, y por esa oficina misma. Nadie supo nada: todos andaban haciéndose agua los sesos, buscando aquella oficina que se había perdido. Se armó un barullo atroz. Pero yo, mudo como un muerto, ¡pasé más sustos! Por fortuna, nada me preguntaron.

Muchas veces oí contar esta historia a Juan, siempre del mismo modo, sin variarla en un ápice: la tenía aprendida de memoria como una conseja.

En cuanto llegó aquel informe en que solicitaba D. Genaro la anexión de un cuarto o departamento contiguo a nuestra oficina, púsose manos a la obra sin pérdida de tiempo.

Se derribó la muralla de papel que ocultaba la puertecilla, sin ceremonias se quitaron cordelillos, lacre y sello, y de dos martillazos se abrió aquel cuarto cerrado casi medio siglo hacía. Una bocanada de aire frío fuertemente impregnado de olor de humedad, nos azotó el rostro.

Entramos, Juan, que estaba presente y que nos contó por centésima vez la historia que sabía acerca de aquella misteriosa oficina, logró encender a duras penas un fósforo que con debilísima claridad iluminó el interior húmedo y frío de aquel olvidado agujero.

Sobre las mesas veíanse marcadas las huellas de los insectos que perecían sofocados en aquella capa de polvo fino, gris y que también cubría, como espeso velo, lápices, tinteros, expedientes, carreteles, plumas en la misma posición en que quedaron el día que se cerró la puerta de aquel departamento.

— D. Genaro cogió sobre una de las mesas un objeto de forma cilíndrica, lo sacudió y pudimos ver que era una bujía. Juan encendió otro fósforo y lo aplicó al empolvado pabilo que gimió y lanzó fuertes y repetidos chasquidos como si se incomodase contra los que habían turbado su reposo de casi medio siglo.

Por las paredes de aquella habitación corrían enormes arañas y lagartos asustados con la azulosa y debilísima penumbra que esparcía la vela.

De los rincones y de las oscuras y mal cepilladas vigas de ácana, colgaban grandes jirones de empolvada telaraña.

En un lienzo de pared el destructor y activo comején había formado una especie de caprichosa malla.

Los montones de antiquísimos expedientes estaban completamente taladrados por la polilla; y por algunos partes veíanse, esparcidos por los ratones, pedacillos de sus escritos folios.

El techo estaba lleno de filtraciones y el suelo de irregularidades.

Aquel cuarto, perdido, olvidado, desde el cual no se oía ningún ruido de afuera, situado en medio de un edificio en que bullía la actividad, tan oscuro, tan húmedo, cuando en el exterior, a pocos pasos, era todo ruido, movimiento, claridad, tenía aspecto de cueva de ladrones.

Notó D. Genaro una pequeña ventanilla en la parte alta de la pared del cuarto, y cogiendo el extremo de un cordel, cubierto de polvo, tiró con fuerza; y un haz de rayos de luz blanca de sol penetró en la habitación. Y millones de átomos de polvo y corpúsculos imperceptibles ascendieron por aquellas luminosas líneas que alumbraron el cuarto, absorbiendo la azulosa y débil claridad de la bujía.

Luego D. Genaro ordenó a Juan que mandara barrer y sacudir aquel cuarto perfectamente.

—¿Y esos papeles quedan ahí? preguntó Juan.

—No; nadie los ha reclamado en cincuenta años, ni saben siquiera dónde existió esta oficina. Una vez se me preguntó desde allá, si en los frecuentes terremotos que sufría la isla, se habría tragado la tierra los expedientes, los empleados y toda la oficina, ¿eh?

—¿Y qué contestó vucencia? se atrevió a interrogar Juan.

—Y tú, ¿qué hubieras contestado, Juan?

—¡Yo!... yo, nada... pero a mí me dijo que me cortarían la lengua y me sacaría los ojos aquel señor de la carretela, y a más, me dio una onza, con que no es justo...

—¡Ya! pues a mí, desde luego que no me han dicho eso, pero he seguido tu ejemplo, Juan, aseguró D. Genaro haciendo guiños muy significativos.

—¿Y si preguntan?

—En sabiéndolo hacer ¿eh? nadie se enterará. Esta noche tirarás un ciento de ellos, mañana, otros tantos, y así, poco a poco, los irás tirando todos.

Después que dio D. Genaro estas últimas órdenes, salimos del desmantelado aposento.

CAPITULO XIX

OFICINAS DE NUEVA CREACIÓN

Meses después, aquella especie de oficina fósil quedó completamente restaurada.

Las negras y colgantes telarañas, el polvo que como ceniciento y triste velo cubría las paredes, las mesas y los objetos que sobre ellas se veían, todo desapareció; ni vestigio de ello quedaba.

Las paredes se farraron de papel de color azul pálido matizado de flores y guirnalda de brillo metálico y tornasolado; las torcidas, nudosas y mal cepilladas vigas, estaban ocultas tras un cielo raso con calados y molduras de relieve; cubría el deteriorado suelo, una alfombra de hule que imitaba menudo mosaico; la pesada puerta pintada de verde y que comunicaba ambas oficinas, esto es, la restaurada y la antigua de D. Benigno, que a la sazón desempeñaba mi tío, había sido sustituida por otra más ligera dibujada con vetas que semejaban las del roble.

Dos mesas de caoba con un tapete verde oscuro, cuyas bordadas puntas bajaban hasta tocar el suelo, ocupaban los dos lados de la puerta. Dos grandes armarios que tenían en sus capiteles con doradas letras el título de nuestra oficina, guardaban las rectas hileras de blancos expedientes.

Por último, la vieja ventanilla se había agrandado: una cortina de damasco azul que agitaba constantemente la brisa, servía para mitigar la intensidad de los rayos solares.

Así había quedado primorosamente arreglado aquel nuevo departamento a cuyo frente, por orden de D. Genaro y para su provecho exclusivo, nos hallábamos el cuñado de marras y yo. Para colocar a su pariente había solicitado D. Genaro la creación de aquel nuevo negociado.

También la oficina de mi tío había quedado transformada por completo. Si la hubiese visto ahora D. Benigno hubiera quedado asombrado. ¿Dónde habrían ido a parar aquellos sus queridos expedientes que con tanta asiduidad estudiaba? D. Genaro que lo dispuso y Juan que cumplió sus órdenes, podían darle cuenta de la mayor

parte de ellos. Sí, de la mayor parte, pues no todos fueron a dar al basurero. D. Genaro los escogió a bulto y formó con ellos tres montones: los del primer montón, el más alto, fueron calificados de inútiles; los del segundo de dudosos; y los del tercero fueron guardados en los estantes, pues a juicio de D. Genaro, eran la mejor veta de la mina.

Después que se terminó este penoso trabajo de varios días consecutivos, los armarios, con sus líneas de expedientes, parecían dos grandes órganos.

Y cuando estuvieron concluidas estas reformas preliminares, ¡cuán gozosos se hallaban D. Genaro y mi tío!

Este, particularmente, parecía que iba a perder el juicio. Traíase a mal traer a todos sus amigos y conocidos obligándoles a que visitasen su despacho y ofreciéndoles sus servicios. Todo el día se lo pasaba mirando el techo, contemplando la pared, abriendo los armarios y volviéndolos a cerrar.

¿Qué olor tan grato despedían tantas cosas nuevas! ¡El barniz, el hule, la pintura, la resina de la madera, el húmedo papel recién pegado a la pared! Todo esto lo aspiraba con deleite.

Lo único que contrastaba con el exquisito ornato de ambas habitaciones, eran las tres sillas viejas, y casi defondadas, en que nos sentábamos el cuñado de D. Genaro, mi tío y yo.

Según aseguraba Juan, dos de ellas eran las mismas que habían usado el jefe D. Rodríguez y el oficial D. López; y la tercera había servido de asiento a D. Benigno.

La culpa de que aun estuviésemos sirviéndonos de las tales anti-guallas, la tenía una maldita instancia que nos había sido denegada.

Pero bien mirado, no era la culpa de la instancia, sino que toda la tenía D. Genaro y mi tío que la redactaron mal. Sí, señor; ¿por qué se había propasado a solicitar cuatro sillas? ¡Vea usted! Así es, que como hubiese de entender la sección correspondiente del Ministerio, que siendo tres los empleados no necesitaban cuatro sillas, fundada, además, en que la naturaleza humana no varía tanto de país a país, no obstante las exageraciones de los interesados descontentos, hasta el punto de que un solo hombre pudiese sentarse en dos sillas a la vez; atendidos tales y cuales decretos, reales órdenes, reglamentos, y demás resoluciones oportunas, denegó lo pedido en la instancia reservando a los solicitantes el derecho que tuvieren a toda ulterior y definitiva resolución.

Por lo cual, no encontraron mi tío y D. Genaro otro recurso que hacer una nueva instancia en la cual se exponía, que siendo tres, en efecto, los empleados de las nuevas oficinas, no se necesitaban más que tres sillas; y que en la anterior instancia había habido tan sólo yerro de cálculo motivado por la acumulación de negocios y múltiples atenciones en las horas de despacho.

Correos después llegó la favorable resolución, de lo cual no poco nos holgamos, porque hasta entonces habíamos estado aguantando las burlas y sonrisillas maliciosas de cuantos nos veían embutidos en aquello grandes butacones de cuero, desfondados ya del todo.

D. Genaro había acertado: apenas se concluyó el adorno de las oficinas y se encargó mi tío de despertar el sueño de algunos expedientes, acudían diariamente a nuestro despacho centenares de personas.

Los primeros días llegaban casi todos muy asustados, impacientes por averiguar para qué se les citaba, bien por la *Gaceta*, bien por oficios privados. Yo no oía de qué trataban, no tan sólo por hallarme algo apartado y en la otra habitación, sino porque mi tío, fiel imitador de D. Genaro, había dado en la manía de tratar sus asuntos con riguroso secreto. Obligaba a todos que se arrimasen mucho a la mesa y le hablasen en voz baja. Tan sólo me era dado ver que unos y otros sonreían, disputaban, movían arriba y abajo, y a un lado y otro la cabeza, que había frecuentes manoseos de hombros, espaldarazos, estrechones de mano, uniones de boca con orejas, de narices con narices, risotadas de alegría, gestos de disimulada cólera, puñadas de impaciencia, y al fin, cuando se despedían de mi tío, los que venían a su despacho, éste les aseguraba:

—Sí, sí; corre todo de mi cuenta, pierda usted cuidado: dentro de un par de días es asunto concluido

Más que oficina tenía aquello trazas de confesionario, pues casi siempre se estaban mi tío y los que llegaban murmurándose qué sé yo qué cosas al oído, e interrumpiendo estas conversaciones tan sólo cuando mi tío subía la escalerilla de espiral para consultar a D. Genaro.

Días hubo en que los bancos, que por orden de D. Genaro y previa la oportuna instancia trasatlántica, se había colocado cerca de la puerta del despacho, estaban atestados de gente.

La puerta de la oficina semejava una gran linterna mágica: por el estrecho marco iban apareciendo y desapareciendo alternativamente individuos de todas las variedades de la raza humana.

Entreteníame horas enteras mirando hacia aquel lugar. Ya aparecía un hombre tan alto que para pasar tenía que inclinar la cabeza, ya un enanillo que apenas levantaba tres palmos del suelo. Tras de un señor muy robusto, francote y grueso, venía otro pálido, ojoso y retraído. Después de una señorona guapa y prendida con tres mil alfileres, asomaba su demacrado rostro y desgarradas ropas un infeliz asiático. Por aquella puertecilla, en fin, pasaban y repasaban blancos, mestizos, negros, chinos, de ambos sexos, de todas edades y de todas las variedades de la raza humana obtenidas por complicados e indescifrables cruzamientos.

Yo no sé de qué artes y mañas se valía mi tío para hacer salir

del despacho echando pestes a los que entraban tranquilos, pacíficos, risueños y con aquel sosiego que produce el convencimiento íntimo del que no debe ni teme nada; ni tampoco sé de qué otros se servía para aplacar, satisfacer y obtener que se retiraran complacidos, los que venían con mirada hosca, bufando, en son de guerra, haciendo mil amenazadores gestos y muecas de irritación y de impaciencia.

Algunas veces llegué a temer que allí pasara algo grave con los alborotos que se armaban. El gran medio a que echaba mano mi tío para calmar y contener a los que se propasaban, era decirles con mucho misterio que allá arriba estaba D. Genaro, que podía oírlos, incomodarse...

Pero ni por esas.

—Valan usted y D. Genaro acá y allá, vociferaban los más valientes y tenaces, yo hago esto y lo otro con D. Genaro, ¿me viene usted sacando a D. Genaro como si fuera a comerme? que baje y le diré lo que es él. Sigán ustedes embromándose y verán si acudo al capitán general a quejarme de lo que pasa aquí. ¡Pues no faltaba más!

Mi tío callaba como un muerto; y D. Genaro no bajaba, a pesar de los mayores alborotos y de todas las incitaciones e insultos; unas veces alzaba los hombros y otras decía con la mayor frescura que no había oído nada. Y como los periódicos aludiesen algo a los abusos que ocurrían y se toleraban en su oficina, aseguraba que no los leía ni le importaba nada cuanto dijese. ¡El había de marcharse pronto, con que así!... ¡Bah! ¡Buena música celestial la de la prensa! ¡País de pillos! ¿eh? ¡de pillos!

Mas no se crea que esto ocurría diariamente; ocurría tan sólo cuando mi tío tenía por conveniente asistir a la oficina, esto es, cuando no se lo impedía la conquista de la bella hija del millonario D. Fulgencio.

Habíame encargado que cuantos preguntasen por él, durante sus repetidas ausencias, les dijese que se hallaba desempeñando una comisión del servicio, o con licencia, y que tuvieran la bondad de volver al día siguiente.

Pero el cuñado de D. Genaro se entremetía a dar contestaciones tan disparatadas, que ponían bizcos a los que las oían: todo con objeto de que se le creyera a él más enterado que a mí de los asuntos de las oficinas.

Importábame muy poco esta intrusión de mi compañero de oficina, porque como yo no estaba allí más que por obedecer a mi tío y D. Genaro, y no me proponía medrar, no tenía que afanarme por atraerme, con oficiosidades, las simpatías de los que tenían negocios por allí.

CAPITULO XXI

DESALOJAMIENTO GENERAL

Al entrar en las oficinas, el día siguiente, ya se llevaba estudiado mi tío el modo de quitar el enfado a su querido protector, pero antes de llegar a su despacho quedó asombrado: creyó que había errado el camino. Todo había sufrido allí una profunda variación; parecía que todo lo habían barrido, volteado, trastocado: nada ocupaba el lugar que el día anterior. Mesas, sillas, hombres, hallábase todo revuelto confusamente: aquello semejaba un enorme hormiguero en batalla. Por unas partes se trasteaba, se registraba; por otras nada se hacía, pues no se encontraban las llaves de los departamentos y armarios.

Las vigas del techo, las losas del suelo, las ventanas, los muebles convencieron a mi tío de que las oficinas eran las mismas; pero no atinaba qué de extraordinario ocurría en ellas que le quitaban su normal aspecto.

Parecía que sobre las oficinas había descargado su tremendo estornudo un gigante colosal esparciendo, lo que en ellas había, con el aire lanzado por sus narices.

También yo, que acompañaba a mi tío, me hallaba desconcertado por completo.

Nos dirigimos a nuestro despacho y quedamos más desorientados aún. En el lugar en que acostumbrábamos sentarnos había otras personas extrañas que nos miraron burlescamente y que registraban hasta los últimos rincones de las gavetas como para convencernos de que ya ellos eran los dueños y que nosotros nada podíamos mandar allí.

Pero lo que nos afectó hondamente, fue el derribo de la escalera de espiral que tantas cavilaciones costó a D. Genaro y tantos informes a mi tío. Cuatro o seis trabajadores las tenían emprendidas con ella, quién a hachazos contra el espigón principal, quién amontonaba escalones colocándose en la cabeza, quién formaba entre los brazos haces de balaustres, todos iban destruyendo sacrilegamente aquella magna obra, orgullo de D. Genaro y de mi tío; y luego, aquellos trabajadores crueles, se salían del despacho cargados con los despojos de la escalera, semejando un cordón de grandes hormigas que acopiaban provisiones.

A mi tío se le aguaron un tanto los ojos. Y yo no atinaba con la causa de aquel tenaz derribo.

Subimos al despacho de D. Genaro y allí tuvimos nueva y más

desagradable sorpresa. El lugar de D. Genaro lo ocupaba un señor más tieso, más serio y más altanero que nuestro ilustre protector.

No sabíamos qué hacer. No encontramos en torno nuestro una cara amiga; todos eran desconocidos.

A mi tío le ocurrió una buena idea.

—Bajemos a preguntar a Juan, dijo.

Y con efecto, bajamos, entramos en el cuarto del antiguo portero y encontramos a éste con igual semblante que un general vergonzosamente derrotado el día anterior.

El pobre Juan hallábase amarrando varios baúles y líos de ropa y colocándolos en un coche de plaza que había llamado. Primero colocó de través el catre; luego los baúles y líos de modo de poder sentarse sobre el fuelle completamente echado.

Cuando nos vio Juan, sus ojos se le arrasaron de lágrimas: echó los brazos al cuello de mi tío y hasta que no dominó sus sollozos no pudo pronunciar estas palabras:

—¡Nos echan, señor D. Vicente, nos echan!...

—Pero ¿qué pasa aquí, Juan? exclamó alarmado mi tío.

—Nada, señor... que ha caído el ministerio.

En un rincón del zaguán había varios gatos, sentados sobre sus patas traseras que miraban fijamente a Juan con aquellos ojos verdclaros como si fueran de grueso vidrio iluminado por detrás.

—¡Y qué crisis tan fuerte, prosiguió el condolido Juan, por mi madre que no he visto, en más de cincuenta años que llevo aquí, un golpe de estado que más se haya sentido! A D. Benigno y a mí siempre nos habían respetado. Parecía que nos tenían olvidados y que por eso no nos nombraban para nada en la *Gaceta*. ¡Quiero ver si el jefe de portería que venga después de mí trabajará tanto como yo he trabajado; y si cuidará los papeles y los gatos como los he cuidado yo; y va a hacer baldear, todos los sábados por la noche, las oficinas como lo he hecho yo desde que aquí estoy sin faltar un solo sábado.

Así se lamentaba entre sollozo y sollozo el viejo Juan, y como reparase en los gatos, que le veían sufrir y sin embargo, permanecían impassibles, echó mano a un cajón vacío y arrojándose con rabia, gritó:

—¡Estos malos bichos son los únicos que quedan! ¿y qué me miran? ¿tengo por ventura monos en la cara?... ¡zape, gatos!... ¡ya sabréis ahora lo que es morir de hambre!

Diéronse a correr despavoridos los pobres animales, y Juan renegaba de no haberle roto el espinazo a todos ellos.

Cuando se calmó, le preguntó mi tío:

—Dime, Juan ¿por qué están destruyendo nuestra escalerilla de espiral?

—Porque, según he oído decir, que no estoy muy seguro de ello, este ministerio desapruueba todo lo que hizo el anterior.

Entró D. Genaro en estos momentos en la oficina, habló algunas palabras en voz baja con Juan el ex-jefe de portería, siguió luego su camino, y al pasar por nuestro lado, fingió no reparar en nosotros o no conocernos.

Mi tío, sin embargo, se humilló a saludarle y él le contestó el saludo con una sonrisa de desprecio y volviéndole la espalda.

Esto convenció a mi tío, abrumándole de pesar, de que continuaba el enojo de su protector.

La caída del ministerio, a pesar de ser una desgracia, por lo que oía decir, pues él a derechas no entendía bien lo que significaba caer el ministerio, era suceso menos trascendental y lamentable que la pérdida de la protección y el amparo del ilustre D. Genaro.

Llegamos tan desalentados al León Nacional que dábamos lástima a cuantos nos miraban.

En cualquiera otra ocasión me hubiera alegrado abandonar un empleo al cual más aversión que apego tenía; pero a la sazón nos era sumamente perjudicial, dados los escasísimos recursos que poseíamos.

Mi tío había derrochado sus sueldos y algo más en esencias, trajes, potes de pomada, perfumes, paseos en coche, abonos a teatro, comidas en las mejores fondas y banquetes a sus amigos y admiradores, pues se había afanado en aparentar y sostener una posición no muy de acuerdo con la que en realidad le correspondía.

Sus negociaciones con D. Genaro habían debido dar ópimos frutos, a juzgar por lo que en las oficinas y de público se corría; pero lo cierto era que D. Genaro había cogido siempre, si no toda, la mejor y mayor parte.

—Sobrino, y ahora ¿que haremos? me preguntó mi tío.

—Pues... trabajar.

—¿Dónde?... ¿en qué?...

Esta pregunta me hizo enmudecer.

Mi tío continuó:

—Yo no sirvo más que para empleado, y dejarme cesante cuando menos lo esperaba, despojarme de los únicos recursos de que me era dado disponer, es una injusticia, una crueldad. ¡Ah, si yo lo hubiera sabido!...

MI TIO EL EMPLEADO

(Tomo 2)

CAPITULO II

EN EL TEATRO

El pórtico del teatro de Tacón estaba lleno de militares y de personas vestidas con fracs: algunas ostentaban en sus estiradas solapas botoncillos rojos o diminutas crucecillas.

Andaban los militares muy cuidadosos de que no presentasen sus guantes ninguna arruga y no cuidaban menos los hombres de frac de que su chalecos, olvidando su oficio de prensas, se recogiesen sobre los abultados abdómenes, dejando al descubierto la camisa como blanca grieta en mitad del cuerpo. Por eso veíanse manos que acudían presurosas a las puntas de los chalecos, tiraban con fuerza de ellos, y los dejaban más estirados que el parche de una tambora.

Entre las personas reunidas bajo el pórtico sobresalía, por su elevada estatura, un señor delgado, de tez apergaminada, de nariz aguilena, ojos hundidos, que se abanicaba con el sombrero y acudía, ya a un grupo ya a otro, para decidir en cuatro palabras, dichas con tono muy enfático, la cuestión que se estuviese discutiendo. Después se marchaba pavoneándose y dándose tal importancia, que parecía ser el jefe o pontífice de toda aquella muchedumbre. Y lo más de notar era que todos acataban el parecer del hombre alto y ni siquiera trataban de discutir con él.

Llegábase aquel extraño ente con cierta sonrisa de protección a uno de los grupillos en que con más calor se discutía, decía dos palabras, y callaban todos como por ensalmo. Alejábase luego contento de haber sembrado allí un granito de su sabiduría, y los del grupo murmuraban:

—Es una notabilidad, una eminencia don Mateo: sin él no podría hacer nada el conde, advirtió uno.

—¡Hombre! me ha ocurrido que ya tarda mucho el señor conde, ¿habrá tenido algún percance? preguntó otro.

—No; tal vez mucho qué hacer; añadió un tercero.

—Es muy probable, repuso el de más allá.

—¡Ahí está... ahí está... ya llegó el conde...! se oyó decir entonces por todas partes.

Hubo movimiento general los esparcidos grupillos se confundieron con el gran grupo formado bajo el arco central del pórtico.

Fue éste el instante en que la carretela de aquel hombre gordo, que hemos visto cruzar la calle de la Muralla, entrar en la platería,

fijar sus ojos en las estrellas y en el arquito que llamaban Puerta del Sol y seguir a lo largo del Parque de Isabel la Católica orillando los fosos, se detuvo ante el pórtico del teatro.

El hombre alto o sea D. Mateo, como le hemos oído llamar, gracias al general respeto que se le tenía, pudo atravesar sin dificultad alguna el apretado grupo, y se colocó en primera línea. Allí permaneció como deslumbrado al ver bajar al hombre gordo de la carretela, cuyo barniz, dorados, faroles, cocheros, arreos, inundados por la luz de las luminarias, despedían tanto brillo como si estuvieran inflamados.

Éste descendió de su carruaje como si descendiera de un trono, causando general arrobamiento.

Un instante después no tenía manos para estrechar tantas como se le presentaban, no tenía oídos suficientes para oír tantas felicitaciones, ni ojos para ver tantos y tan repetidos saludos.

Se le hablaba con sumo respeto y él contestaba con medias palabras y unas sonrisas que demostraban la satisfacción inmensa de que se hallaba poseído.

D. Mateo, lejos de imitar a los demás, se acercó familiarmente al hombre grueso de la carretela, que ya de cierto se sabe que es todo un señor conde, llevóse la mano al bolsillo del chaleco, sacó un enorme reloj de plata y presentándosele le dijo en voz que pudieron oír todos:

—¡Has tardado mucho, querido discípulo!

—Sí; tiene usted razón, entré en una platería a comprar estas baratijas y allí me entretuve... pero no debían haber aguardado estos señores por mí...

—Cómo ¿no aguardarlo a usted, señor conde?... ¿con qué debe usted presidir y...?

—Sí... ya... pero ¿no estaba ahí mi secretario?

—¡Qué señor conde! su secretario no vale lo que usted...

El conde se puso más erguido.

Y D. Mateo, que a su lado iba, echó una mirada tan terrible al imprudente que había pronunciado estas palabras, que el pobre hombre, comprendiendo que había cometido grave inconveniencia, bajó los ojos al suelo, sintió como si le echaran un lazo a la garganta, y se escurrió lo más pronto que pudo desapareciendo entre los que le rodeaban.

Mientras tanto conde, secretario y grupos, habían ido caminando hacia el teatro y ya estaban en la misma entrada de la platea.

Todos quedaron un momento sin poder avanzar un solo paso: habían sido agradablemente sorprendidos.

En la platea del teatro, alfombrada y levantada a la altura del escenario, había dos largas y estrechas mesas sobre las cuales, en riguroso orden, estaban colocados en sus fuentes de orillas rojas ape-

titosos manjares y grupos de botellas que semejaban grandes pedazos de ámbar y de rubíes transparentados por la radiante claridad que sobre ellas vertían innúmeras bujías sostenidas por labrados y elegantes candelabros de plata.

Los grandes pargos acostados sobre verde-clara lechuga, llenos de fajas amarillas hechas de salsa que humeaba y de fajas rojas hechas con tomates y remolacha; los sonrosados salmones presos entre cordones de pepinos y aceitunas; las carnes cuyos caldos esparcían cierto olorillo de mostaza y pimienta que posándose tenazmente en el olfato exasperaba el estómago; las perdices, pavos y guineas con sus redondas pechugas mojadas con Jerez seco y embutidas de trufas; las chuletas colocadas sobre exquisito amasado de papas; los pastelillos que reflejaban la luz en sus azucaradas y doradas tortas salpicadas de pasas de Corinto; las peras, los racimos de uvas verdes y moradas; los melocotones, plátanos, piñas y naranjas colocadas artísticamente en grandes jarras de vidrio deslustrado; los ramilletes de flores; las torrecillas góticas y las almenas de los castillos de panetela y de crocante coronado de estatuillas blancas con banderitas multicolores; aquella interminable hilera de copas, platos, cuchillos cuyos bordes brillaban con las luces; aquellas líneas de blancas servilletas dobladas como flores, sombreros y abanicos y liadas con cintas amarillas y rojas en el extremo de las cuales había una tarjeta con el nombre de cada convidado escrito con caracteres góticos y dorados; los palcos del teatro iluminados, encortinados, luciendo coronas, banderas, escudos y guirnalda de flores y ocupados por damas y caballeros que guardaban tanta compostura como si estuvieran en el templo; y por último, la gran araña, hermosa, regia, derramando de su triple hilera de luces raudales de claridad: ciertamente que aquella noche ofrecía el teatro un espectáculo apetitoso, encantador.

Pasada aquella instintiva detención, que en la entrada del patio había sufrido la encasacada muchedumbre, comenzaron a invadir la platea y llegar orillando siempre las profusamente iluminadas mesas, hasta el fondo del escenario.

El conde, o bien el hombre gordo, detúvose, por indicación de D. Mateo que iba dándose todos los humos de un maestro de ceremonia, en la cabecera de la mesa. La tarjetita sujeta a las cintas que liaban la servilleta, bajo una gran corona, con gordos caracteres que al reflejar la luz de las bujías parecían de fuego, decía:

—Excelentísimo señor Conde Coveo.

Y a su lado se leía en otra tarjetita:

—Señor Secretario del Excelentísimo señor Conde Coveo.

D. Mateo tomó posesión de este sitio, y calándose un par de enormes gafas de carey, cuyos vidrios le aumentaron considerablemente sus pequeños y hundidos ojos, levantó su cuello, con poco esfuerzo, más de una tercia por encima de los que le rodeaban y con petu-

lancia comenzó a pasear su vista por todo el teatro. A cual dirigía un saludo, a cual una guiñada, al otro una sonrisa, al de más allá un gesto que quería ser donairoso.

Su compañero el de la izquierda o sea el conde Coveo, según rezaba la tarjeta, estaba sereno, grave, majestuoso, reposado, contemplando con arrobadora fruición, desde su puesto de cabecera, aquella prolongada línea de casacas barajadas con uniformes que se iban perdiendo allá en el fondo y como diafanizándose entre la intensa luz dorada que por todas partes resplandecía.

El conde rebotaba de satisfacción, de orgullo. ¡Él, presidiendo aquel gran banquete que se celebraba... no recordamos con qué motivo! ¡Él, a la cabeza de todos aquellos banqueros, comerciantes en grande escala y no pocos de los de al menudeo! ¡Él, en el puesto preferente, cuando allí estaban representadas las corporaciones más importantes del país, la magistratura, el ejército, el clero, la prensa!...

¡Ah! alzó la vista, y a través de aquella especie de luminosa nube que llenaba el espléndido teatro, creyó ver, allá, entre las penumbras del último piso, su propia imagen colgada del antepecho de la cazuela, gesticulando coléricamente y que crujiendo los dientes decía:

—¡Oh, juro, juro que seré algo!

Esta idea que cruzó veloz por su mente, pareció empañar un momento su mirada y su rostro radiantes de júbilo.

Luego sonrió, murmuró algo ininteligible; y se sentó.

Todos le imitaron, y en este momento rompió a tocar un himno marcial una orquesta situada en el palco del centro del segundo piso.

Y más de cincuenta sirvientes iban y venían repartiendo platos de sopa.

Algunos minutos después las fuentes sufrieron un ataque formidable.

D. Mateo con la nariz casi dentro del plato tragaba a grandes pedazos la carne blanca como el marfil de un hermoso pargo que tenía delante. Y dos palomitas estaban esperando resignadamente su turno, con sus patas juntas y sus gordas pechugas en las orillas del plato.

El conde, por el contrario, estaba tieso, con el rostro a la mayor distancia posible del plato: habíase colocado de suerte que el conducto de su boca al abdomen estuviese completamente perpendicular, y por él engullía, a docenas, tostadas croquetas acompañadas invariablemente por un pedazo de pan, que producía ruido como de sordo serrucho al ser mascado, y luego, sendos tragos de excelente vino de Burdeos. Cuando concluía un plato le ponían otro delante, empuñaba el cubierto, preparaba el vaso y el pan y engullía vorazmente; pero con calma tan perfecta que cualquiera, al verlo, quedaría convencido de que no probaba bocado. Parecía talmente que no mas-

caba ni comía; y sin embargo botellas y platos le venían llenos y a poco quedaban enteramente vacíos.

Daba gusto ver comer a aquellos dos hombres.

En el resto de la mesa se hacía otro tanto. Unos mordían las patitas de las aves con el extremo de los dientes poniendo en blanco los ojos a cada bocado; otros chupábanse, espárrago tras espárrago, hasta dos docenas. A uno se le movían espantosamente las sienas; a otros se les inflamaban los carrillos; no pocos se atoraban, y rojos como camarones, atenuaban el ruido de la tos dentro de la servilleta hecha un tarugo. Unos pocos, demasiado cortos de genio, o neófitos en materia de banquetes, se les iban los ojos tras de las fuentes que apenas osaban tocar, y como los infelices temían hasta moverse, cada vez que necesitaban hacerlo tumbaban alguna copa, cuchara o servilleta y para más desgracia, al recogerlos conseguían causar mayor estrago.

Por todas partes, pues, se hacían grandes honores al banquete: unos prácticamente, otros con la intención.

La música cesó.

Ya, a los que desde los palcos miraban, les atormentaba sobremanera aquella otra música de cubiertos, único ruido que en todo el teatro se oía, y les mortificaba mucho aquel apetitoso olor de que se hallaba saturado el ambiente que se respiraba en lo interior del recinto.

A la hora de los postres desmayó un tanto aquel vertiginoso repiqueteo y empezó a oírse el murmullo sordo de las conversaciones en voz baja, y se desmoronaban unos tras otros los ramilletes, cestos de fruta, castillos e iglesias de crocantes.

El murmullo que había ido en aumento creció de punto cuando sonó el primer taponazo de una botella de Champagne.

El conde Coveo, que había estado muy poco comunicativo durante toda la comida, quedó más callado aún: conocíasele que alguna grave inquietud le atormentaba.

Dos o tres veces cogió una copa en que bullía el Champagne, quiso poner de pie; pero sintió cierto friecillo desagradable en la palma de las manos, un entorpecimiento indomable en la lengua, y volvió a caer desalentado en su asiento.

D. Mateo conservaba su imperturbable tranquilidad. Estaba convencido de que poseía un gran talento, por lo cual, irremediamente tenía que escuchársele siempre con admiración.

Levantándose con pausa comenzó a mirar a todos los convidados: éstos, después de algunos silbidos, consiguieron hacerse callar unos a otros.

Reinaba en el teatro profundo silencio.

—¡Inexpugnables patriotas! gritó D. Mateo.

Y todas las miradas quedaron enclavadas en él.

El conde Coveo no pudo contener un movimiento de ira.

Era muy natural: el conde se había estado estudiando un gran discurso para esta fiesta y no había contado, con que otro pudiera hablar antes que él.

—¡Adiós de mi discurso! ¡maldito temor! ¿por qué no me levante, torpe de mí, cuando por primera vez cogí la copa? se vituperaba mentalmente.

Mientras tanto D. Mateo había sacado del faldón de su casaca un rollo de papeles y calándose bien sus enormes espejuelos de carey, leyó con voz gangosa un largo y soporífero discurso.

Cada vez que hacía una pausa para tomar un poco de aliento le aplaudían mucho los pocos que le escuchaban. Y él daba las gracias a todo el mundo.

Por fin tomó asiento y entonces estalló un ruidoso y prolongado aplauso por todos los lados y alturas del hermoso coliseo.

En el extremo opuesto de la mesa se levantó otro orador. Y el conde Coveo, al notar cómo se descolgaban, casi expuestos a caer de cabeza, los que en los palcos estaban, para oír al que hablaba, pegó una puñada de rabia sobre la mesa.

Al orador, que a la sazón hablaba, sólo podían oírse algunas exclamaciones. Pero el sandio de D. Mateo, como si todo lo oyera, hacía gestos de aprobación tan expresivos que excitaba la hilaridad de los que le observaban.

Un aplauso prolongado indicó que había terminado el segundo orador.

Entonces el conde Coveo, con un arranque febril, púsose de pie empuñando valientemente una copa en que bullía espumoso el Champagne.

—Brindo, señores... gritó con tan estentórea voz que logró dominar el ruido de las palmadas y contener por un instante la convulsión que agitaba sus labios.

—Silencio, silencio, se decían unos a otros con religioso respeto los convidados, va a hablar el señor conde.

Pero el señor conde por más esfuerzos que estaba haciendo no lograba articular una sola palabra. Apretaba la copa, que crujió una vez, se pellizcaba el abdomen que con su peso parecía tirarle hacia el asiento y se mordía los labios, que con sus temblores le incomodaban.

¡Qué situación tan horrible! Sentía latir con fuerza la sangre en las sienas, su boca estaba seca y áspera, algunos pelillos de su gran calva se le erizaron...

El auditorio esperaba. Algunos sentían profunda pena; otros procuraban no soltar la carcajada.

El señor conde se dejó de toda debilidad y vacilación pueril, cerró los ojos y soltó, con la rapidez de una catarata, el principio del discurso que tan bien y tan sin tropiezo había pronunciado a solas.

A lo mejor, asustado él mismo de su propia locuacidad, abrió los ojos y ya no pudo seguir más. Balbuceaba, tartamudeaba, sudaba y se ahogaba porque las palabras como holas de bronce le venían de la laringe y le apretaban la garganta.

—Ánimo, querido discípulo, le dijo en tono protector D. Mateo: el exordio ha sido elocuentísimo.

Y aplaudió.

Y los demás, imitándole, secundaron el aplauso.

El conde Coveo tuvo una idea feliz, una inspiración que le debía ayudar, sin duda, a salir del atolladero en que se había metido.

Púsose de repente de pie, sobre su silla, agitó en alto la copa tan recio que casi bañó a don Mateo, y como si quisiera desgarrarse la garganta dio media docena de vivas, otros tantos muertas, y fue aclamado y aplaudido estrepitosamente.

—¡Qué bien! ¡qué bien! se decía.

De todos lados del salón acudieron a felicitar al orador que sofocado se limpiaba la calva y el cuello cubiertos de sudor.

Unos le abrazaban, otros le apretaban con fuerza la mano, otros, con el santo propósito de causar envidia a los demás, le tocaban familiarmente la espalda, los hombros y el codo y bromeaban con él; otros, contemplaban recelosos desde lejos a todos aquellos que se hallaban tan pegaditos al grande hombre.

—¡Magnífico!... ¡se la ha lucido usted, señor conde!... ¡amigo, lo felicito!... ¡pues no sabía yo que poseía usted esa maravillosa facilidad de palabra!... se oía decir y tornar a decir en redor del conde.

Y él, rebosando de gozo, contestaba:

—Ah, sí; pero mi discurso era mucho mejor; lo que he dicho no es más que un reflejo pálido de él, estuve luchando con una rebelde afición de garganta que hace mucho tiempo que padezco.

—¡Oh, lo siento, señor conde, no lo sabía, es una verdadera lástima!

—Sí, sí, una lástima, proseguía el conde; porque al final de mi discurso había unos trozos que iban a hacer temblar a todos esos pillos...

Y por aquí se desató la lengua del conde y pronunció un discurso de anatemas y amenazas, que motivó que algunos asustadizos se escurrieran disimuladamente entre los grupos y no se tranquilizaran, hasta que se vieron en las puertas del teatro y aspirando libremente el aire fresco de aquella hermosa noche.

Una vez en la calle, al encontrarse con otros los tímidos que habían abandonado el teatro, se decían:

—Han hecho ustedes muy bien en marcharse, porque allí se va a armar hoy la gorda.

La comida había terminado.

El humo de los tabacos y cigarrillos que fumaban los convidados tenía la sofocante atmósfera del salón con tintes de ópalo.

Ya nadie quedaba en los palcos. Las guirnaldas y las flores de los ramilletes estaban marchitas; las fuentes en desorden; las cortinas y el mantel muy arrugados. Y unas botellas de ginebra, que figuraban cañones montados sobre sus cureñas, completamente vacías.

Por fin el conde se decidió a retirarse y el último grupo salió tras él.

Y mientras la nueva y flamante carretela crujía sus muelles al recibir el aumentado peso del cuerpo del señor conde Coveo, las luces del gas del interior del teatro se apagaron y sólo quedaron alumbrando aquellas dos largas mesas y los desordenados restos del festín, las ya casi gastadas bujías de los candelabros.

En lo alto quedó oscurísimo el recinto: en el extremo de una de las mesas reunieron los restos que de la comida podían aprovecharse los numerosos sirvientes y se sentaron en el mismo lugar que antes habían ocupado el conde, don Mateo y los más cercanos a ellos. Uno tuvo la ocurrencia de cortar en un papel unos grandes espejuelos y luego casi metió la nariz dentro del plato. Otro, tomando una botella imitó con la boca un taponazo, hizo que echaba su contenido en una copita, agarró ésta, tendió los brazos, presentó exageradamente el abdomen, cerró los ojos y púsose a hablar, tan de carrera, que ni él mismo se entendía: luego se calló, se golpeó con un pan el abdomen y la nuca, se trepó sobre la mesa, dio unos vivas espantosos y volvió la copa sobre el de los espejuelos de papel. Los demás se desternillaban de risa y se apretaban los ijares para no reventar.

Un desarrapado mendigo, apoyado en un bastón de nudoso leño, entró también en el salón. Las bujías prolongaban fantásticamente la sombra del pordiosero que a ratos parecía andar sobre largos zancos. El mendigo se agachaba bajo la mesa, recogía las migajas de pan y las sobras, y las iba echando en un cubo de hojalata que llevaba colgado de la cintura. Después se salió persignándose con un pedazo de pan y sin pronunciar palabra.

CAPITULO IV

INEXPLICABLE HASTÍO

Era por la tarde. A la hora en que el sol tramonta la colina del Castillo del Príncipe iluminándola de tal suerte que parece, como

si del seno de la roca brotasen disparados enormes haces de luz que se desvanecen vagarosos en lo alto, en medio de la celeste bóveda, cuidando de no extinguir el delicado brillo de alguna estrella que furtivamente asoma por el opuesto lado del horizonte ya un tanto sombrío y de más intenso color azul; hora en que los pájaros ocultos en los coposos álamos del paseo de Carlos III, en su lucha por defender la rama que escogen para pasar la noche, arman asordadora algarabía; y los paseantes, aburridos ya de recorrer de un extremo a otro el paseo, dejan vagar su mirada hastiada y soñolienta a la ventura y se arrellanan cómodamente en el asiento de los coches.

El conde Coveo paseaba también en su flamante y barnizada carretela, muy fatigado de mover a un lado y otro la cabeza y de quitarse el sombrero para responder los saludos que por todas partes se le dirigían. Sentíase pesaroso sin que conociera la causa de este pesar. Una vez miró el vacío asiento que quedaba, en el coche, a su lado izquierdo, y balbuceó con desaliento:

—¡Me falta algo!

Alzó la vista: en lontananza las palmas, los cocoteros, los abetos y otros árboles marcaban su negra silueta sobre un fondo de rojizo color formado por la acumulación de grandes nubes teñidas por los postreros rayos del sol.

—¿Será el verdor de esos árboles lo que me falta? pensaba.

La carretela dio vuelta en torno de la última pila. Y el paisaje varió. La sombra envolvía ya como espesa bruma negra el lejano término del paseo: no se distinguía apenas el Campo de Marte. A intervalos disipaban las tinieblas relámpagos de luz que daban fantástica magnitud a los troncos y a las copas de los árboles: eran los faroles del alumbrado que se encendía y que iban formando poco a poco como un inmenso, ondulado y doble collar de fuego.

—¿Será la luz natural lo que me falta? tornó a pensar el caviloso y aburrido paseante.

Mas ninguna contestación obtuvieron sus repetidas preguntas. Llegó a su casa con el ánimo embargado por tristeza profunda.

Cuando las pisadas de los caballos y el ruido sordo de las ruedas que acababan de pasar sobre el inclinado tablón puesto delante de la acera para facilitar la subida del coche, resonaron bajo el techo del zaguán y fueron apagándose en lo interior de la casa con ecos que parecían repercutir en cada habitación, figurósele al conde que penetraba en alguna lóbrega cripta. ¡Qué desierta, qué fría, qué oscura le pareció su bien amueblada casa!

Entraba, salía y registraba una y otra habitación.

—¡Falta algo! balbuceaba sin descanso.

Mandó al portero que encendiera todas las luces, y a pesar de que la casa se inundó de claridad y lucían aún más sus ricos muebles, cortinas y tapices, el conde proseguía en su tenaz cavilación:

—¡Oh, sí; me falta algo!

Sentóse en la sala; probó distraerse repasando una por una las tarjetas de felicitación que llenaban la bandeja, y nada adelantó con esto; un secreto hastío le incomodaba.

Púsose rápidamente de pie como si hubiera tomado una resolución suprema y gritó:

—Victor, pon el factón mientras me visto; deseo tomar el fresco; aquí me asfixio.

Un momento después, vestido de negro, con la gran leontina que había comprado la noche anterior puesta en el chaleco y los grandes brillantes en la pechera de la blanca y bien planchada camisa, subía el conde al ligero y elegante vehículo.

—Da una vuelta por el Prado y sigue luego la calle del Obispo, ordenó a su cochero al tomar asiento en el factón.

Los caballos hicieron oír los acompasados golpes de sus herraduras sobre el duro piso de la calle. Partió rápido el ligero carruaje; y el conde respiraba con placer el aire fresco de la noche.

Iba de seguro muy preocupado, puesto que varias veces se enfrentó el factón con otros coches desde los cuales se dirigían saludos que el señor conde no notaba.

Bajó el factón, según lo había dispuesto el conde, por la calle del Obispo y se detuvo ante una gran perfumería.

Entonces el conde, abandonando su cómodo asiento, descendió del ligero coche con calma y pausa, entró en la tienda, se paseó por toda ella y se detuvo ante las varias vidrieras; pero esto lo hizo con movimientos tan estudiados que tal parecían decir:

—¡Eh! señores, ved que el conde Coveo viene en un factón; ved ahora cómo abandona su asiento; ved cómo baja; sabed que va a escoger y a comprar perfumes. Estáis enterados ¿no es verdad? Pues, quedo satisfecho.

Era de verse cinco minutos después al señor conde sumamente preocupado por no saber cuáles polvos, esencias y pomadas debía preferir entre los innumerables que en pomitos de vidrio, estuches de cartón, de cartulina, madera y potes de loza, se le presentaban. Y no era menos digno de atención el semblante que dueño y dependiente ponían al discutir, con interés sumo, delante del conde, cuál perfume debía serle más agradable y conveniente.

Al fin decidióse, el noble señor, a separar una docena de potes, cajas, cepillos, motas y encargó mucho que se lo llevaran a su casa, el día siguiente, a eso de las once, cosa de tenerlo ya allí cuando despertara.

—Vaya, sigue, indicó el conde al cochero al volver a ocupar su puesto en el factón. Y éste prosiguió por la calle del Obispo y fue a detenerse en la Plaza de Armas.

El conde entró en un gran edificio cercano a la plaza y a poco volvió a salir: no había encontrado a la persona que buscaba.

—¡Hombre, es extraño, siempre hemos charlado bastante a estas horas! ¡Vaya, sigue! ordenó otra vez a su cochero.

Y el faetón tomó por la calle de O'Reilly.

Iba pensando el conde dónde pasaría la noche cuando su vista se fijó en los grandes cartelones pegados en la pared de Santo Domingo y que anunciaban las funciones de teatro.

Las luces de las tiendas y sus vidrieras, repletas de mil bellos objetos de industria, pasaban rápidamente por ambos lados del faetón dejando sólo regueros luminosos en la retina del aristócrata. Ya para él era todo aquello familiar, indiferente: no valía nada, las desdénaba, había visto, en sus imaginarios viajes por Londres, París y New York, cosas mucho mejores.

Cuando desembocó el coche por la vasta plazuela de Monserrate, el conde, con el coronado puño de su bastón de caña de Indias, tocó el brazo del cochero, y le indicó:

—A Tacón.

Y un momento después se detuvo el ligero vehículo ante el ancho pórtico del hermoso teatro.

Todo el mundo abrió libre paso al señor conde; y sus amigos le saludaban desde respetuosa distancia.

Sólo los chiquillos vendedores de flores, dulces, abanicos y periódicos osaron acercársele; pero él los puso a raya describiendo en el aire un círculo con el bastón:

—¡No quiero nada, pilletes!

Y por poco no la emprende también a bastonazos con los desarrapados e infelices chicuelos.

El producto de la función de aquella noche se destinaba a una obra benéfica. En el vestibulo del teatro había, sobre una mesita cubierta con un paño rojo, una bandeja llena de monedas de oro y plata y en torno de ella hallábanse sentadas damas pertenecientes a las principales familias de La Habana.

Esto sorprendió al conde: ignoraba tal detalle ¡si lo hubiera sabido! Pero ya no había tiempo ni lugar para retroceder: las hermosas mujeres le miraban sonriendo y él no tuvo más remedio que meter la mano en el bolsillo del chaleco y sacar unas seis onzas de oro, las cuales hizo sonar, dejándolas caer una a una en la bandeja.

Y no fue esto lo peor, sino que uno de los chiquillos, que antes había alejado de sí el señor conde, con sus gestos de cólera, se le presentó con una cesta llena de flores. No le quedó más recurso que el de comprar un ramillete para cada señora.

¡Oh, era muy galante el conde Coveo! Lo cual no evitó que buena parte de la función se la pasara inventando algún modo de

alejar del pórtico de los teatros a los impertinentes chiquillos vendedores de flores.

Pero antes se estuvo hablando alegremente con las elegantes recolectoras, y éstas no poco vanidosas de que reparasen, cuantos entran, la familiaridad y llaneza con que trataban al elevado personaje.

Luego se dirigió el conde a las lunetas y desde allí, con la espalda vuelta al escenario, comenzó a asestar los anteojos a todos los palcos y a repartir sonrisas y saludos.

Por todas partes se le señalaba, se le miraba, se le dedicaban algunas frases. ¡Quién no conocía al señor conde en La Habana!

Mientras estuvo entretenido en el teatro se disipó un tanto su tristeza; pero luego que la función terminó y volvió solo a su faetón, y rodó éste por las estrechas, sombrías y solitarias calles de la población entregada al sueño hacía ya dos horas, volvió el hastío a apoderarse de él.

—¡Me falta algo! pensaba con la garganta un tanto opresa por la angustia.

Se acostó y a poco quedó como sumergido en un profundo pozo, oscuro, fresco, hasta el cual no llegaba nada del mundo exterior y se perdía por completo la noción del existir.

DON ANICETO EL TENDERO

CAPÍTULO I

Cierta noche dábase, en calle muy principal de esta ciudad de La Habana, desusado espectáculo.

Grande espacio de acera, situado frente a un flamante establecimiento, ocupábalo abigarrado grupo de curiosos en el cual no reñían de verse juntas, apiñadas, la camiseta del trabajador, a esa hora ocioso, y la levita del bien puesto transeúnte que se dirigía a parques y teatros.

Y tanto como los trajes chocaba la variedad de rostros que allí asomaban, desde el rojo sanguíneo del vizcaíno o catalán dedicados a transportar muebles y víveres en carros, y el pálido anémico del asturiano dedicado a la labor del tabaco, hasta el negro intenso del descendiente por línea recta de Guinea o el amarillo lustroso del asiático importado directamente de Cantón o de Macao.

Cuando los carros del tranvía, con sus lucecillas rojas y verdes, deslizándose suavemente sobre los carriles pulidos y brillantes, pasaban cerca de aquel lugar de la calle atestado de curiosos, los con-

ductores no cesaban de sonar el timbre, advirtiendo a los de la acera; los cuales se oprimían, se codeaban y despedían carro y pasajeros con nutrida silba.

Luego volvían a ocupar, tranquilamente, su puesto de observación.

Era el establecimiento, frente al cual se agrupaban los curiosos, de dos pisos y de fachada elegante y sencilla.

La planta baja formábala vasto salón de suelo de blanco mármol, iluminado por una grande herradura de luces que avivaba los variadísimos colores de las telas repartidas en anaqueles vistosos y de dorados adornos.

Un ancho mostrador, colocado en igual disposición que las luces, esto es, en forma de herradura, corría ante los atestados anaqueles. Sobre el mostrador y con cierto abandono que no podía menos de ser estudiado, veíanse enormes tijeras, barnizados metros y piezas de género medio desenrollados para que entre sus pliegues y papirotazos intencionadísimos jugase la luz y mostrasen, con ventaja, su calidad y pintas caprichosas.

En los armatostes, unos con vidrio y los otros sin él, aparecían a manera de infolios de pintarrajeado lomo, grandes piezas de género.

Hallábanse coleccionados cuidadosamente como tomos de extensas obras, los driles, casimires, holandas, nipes, percales, alpacas, tarlatanas y demás telas de nombre revésado cuyo índice, por riguroso orden alfabético, constaba en un pesado librote de puntas de cobre, sostenido y abierto a guisa de evangeliario en un atril colocado al lado de una carpeta de cedro.

Sólo interceptaban la entrada de la alegre tienda dos estriadas columnillas de hierro, atrevido basamento del piso superior.

Tal amplitud y holgura atraían de modo que hasta los más indiferentes transeúntes se detenían un instante y miraban con curiosidad lo interior.

Aleccionados de antemano, parapetados tras el mostrador, en su puesto de combate ante los repletos armatostes, vestidos con esmero, fijos en los menores gestos y advertencias de su principal, veíanse unos dieciocho a veinte dependientes.

Nombrábase este principal D. Salustiano, hombre de nariz roma, de verdes ojos, abundantes cejas, frente huesosa y hendida en cruz y cuyo rostro, en conjunto, dábale marcada semejanza con esa clase de perros llamada *bull-dogs*, fieles al amo y dispuestos a caer sobre la presa para no soltarla.

Antes de que se abrieran las puertas de la tienda bien había instruido Salustiano a sus dependientes:

—Hay que ser amables y corteses, ¡rayos! con el montante: eso sí, nada de confianzas, ni de propasarse. Porque el que me falte en la tienda lo reviento como hay Dios y el que me haga perder la paciencia lo hundo... como me llamo Salustiano.

Entendióse a maravilla este lacónico discurso, apoyado por los gestos de aquella cara chata, huesuda y musculosa del principal, y los más temibles de sus brazos cortos y nervudos, que al dar puñadas sobre el mostrador hicieron retemblar metros y tijeras.

D. Salustiano presentaba al público toda la amabilidad posible en su imponente cara. A pesar de este defecto de organización, hallábase, por lo común, de buen humor, pero aquella noche andaba dado a los diablos.

Había fijado de antemano día y hora para la apertura de su famoso establecimiento, y tuvo que levantarse antes del alba con la mitad de sus dependientes a disponer en orden unos, en artístico desorden otros, todos los géneros en los armatostes.

Hasta que se abrió de par en par la ancha puerta de la tienda no disminuyó la fiebre que tenía D. Salustiano de arreglarlo todo, de arreglarlo a su gusto, por sus manos.

A durar más el ordenamiento y habilitación de la tienda hubiérase sobrevenido a Salustiano algún mal grave. Llenos los cabellos de paja, de hilas, de papel de China, de polvo, subía y bajaba de los anaqueles, disputaba vivamente con sus dependientes, les regañaba, les insultaba, corría por el mostrador, saltaba al suelo y desde lejos cerraba un ojo, ladeaba la cabeza y contemplaba, como entusiasta dibujante sus diseños, los géneros en los anaqueles y los desenrollados a medias que caían en chorros de estudiados pliegues.

En la cañería del gas, que le pareció a más de desairada utilizable, colgó nubes, mantas, pañuelos, medias, que, brillantados de noche por la cercana luz de los bombillos de cristal cuajado, lucían sus listas, cuadros, círculos, puntos, sus grupos de pájaros, pisos de pagodas, racimos de frutas y guirnaldas de flores.

D. Aniceto, el otro socio, el capitalista, el verdadero principal, recorría afanosamente la ciudad buscándose entre los del gremio, con quienes en breve entablaría competencias y negocios, amistades, apoyo y simpatías.

Habló a los periodistas invitándoles con empeño a que asistieran a la inauguración del establecimiento y no dejaran de comunicar sus impresiones al marchante, en su calidad de suscriptor del periódico.

Por aquellos días no hablaba D. Aniceto de otra cosa que de su tienda: en el ómnibus con el cochero, en el café con el dependiente que le servía, en el tranvía con los conductores o pasajeros de los lados o del frente. Hablaba viniera o no a cuento, fuera atendido o desairado, conociera o no conociera.

Llamó un par de bobos, Antonio y Felipe, muy populares en la ciudad y mortificados de ociosos y pilluelos, y por las sobras frías de un mal almuerzo les comprometió a echar anuncios por

puertas y ventanas de casas, por cafés y teatros, por parques y paraderos.

Y aquel par de infelices anunciantes cumplieron honrada y activamente su encargo.

Además, gacetillas a granel, reclamos misteriosos, acertijos, carteles a dos colores y pegados en paredes, esquinas, árboles y columnas. ¡Ojo! ¡Ganga! ¡Quemazón! leíase por todas partes.

¡Ah, cuántos esfuerzos! ¡qué faena la de aquellos días! D. Aniceto, Salustiano y los dependientes sentíanse como apaleados.

Aquellos golpes, aquellos gritos, aquel calor dentro de aquel local espacioso pero cerrado, donde respiraban, sudaban, bufaban, tanto hombre en activo movimiento para colocar los géneros y abrir los fardos, les aturdió y les quebrantaba.

Al fin vieron todos coronados sus esfuerzos. La tienda abrió sus puertas en el día y hora señalados. Y aquella bocanada de aire fresco de la noche que penetró en la caldeada y aturdidora tienda, fue sorbida con fruición deliciosa, con verdadera ansia por los pulmones de tanta gente sofocada y que ya llevaba muchos días de encierro y abrumador trabajo entre aquellas cuatro paredes que la comunicaba con el mundo.

La solemne apertura de la tienda estableció libre comunicación con la calle dejando ver su movimiento, trayendo sus ruidos y fue grande alivio para aquel grupo de hombres estropeados.

Ahora el trabajo sería ya menos penoso, la venta les distraería y no necesitaban encallecerse las manos ni derrengarse el hombro para obtener un buen sueldo, del cual ahorrarian no pequeña parte.

D. Aniceto, el más grave e implacable, según cumplía a su carácter de socio principal, casi dueño, paseábase, con las manos cruzadas detrás, de un lado a otro de la tienda.

Y Salustiano se enorgulleció al echar la última ojeada a los mostradores, la vidriera y los anaqueles.

La satisfacción y contento de los dos socios crecía de punto. Habían logrado hacer ruido, llamar la atención. El vermellón de los percales y el ocre de los rasos, bajo la influencia de los fuertes rayos de luz que disparaban los reflectores de la abiselada vidriera, parecían clamar a grito herido la protección del marchante.

Pero lo que llamaba más la atención era un grande, un colosal letrero, formado con mecheros de gas colocados en la baranda del balcón, en el lugar más visible y saliente de la fachada.

Aquel letrero, levantado sobre la calle, asaeteaba con los rayos de su luz al transeúnte, y más que todo al grupo abigarrado y bullicioso, y decía: LA MORALIDAD COMERCIAL.

El viento barría a veces las llamas, apagaba unas letras, extinguía otras, hacía las trepidar, ondular, dábales color indefinible. Y cuando

soplaba muy fuerte, se llevaba la parte amarillenta, brillante, de la llama, dejando tan sólo su azulosa base.

Mas, a pesar de los repetidos ataques del viento, el obstinado letrero reaparecía: *La Mor...* *La Morali...* *La Moralidad Comercial.*

Poco después de abierto el establecimiento comenzó a llenarlo gente atraída por los rimbombantes anuncios de los periódicos, los carteles y las invitaciones personales de D. Aniceto, que, a no ser por aquella parsimoniosa gravedad que convenía a su carácter de socio principal, hubiérase dejado arrastrar por su gozo y le hubiera abrazado y besado...

Ya estaba allí, ya le había atraído, ya le tenía medio agarrado... ¡Oh! ¡el marchante! Había que ser complaciente y galante con él. Por eso, en el piso alto, en la sala de las habitaciones que tenía destinadas a su familia, su mujer y su hija, encerradas, ocultas aquella noche de fiesta, con absoluta privación de tomar parte en ella y severa orden de no dejarse ver, había dispuesto una gran mesa con dulces sustanciosos, es decir, de una mesa que sintiéndose al masticarla, satisficiera en pocos bocados.

Además, un Jerez fuerte, *Carli de las Cuatro Perlas*, amontillado y rabiamente encabezado. Y para la gente del bronce, como llamaban D. Aniceto y Salustiano a los amigos del gremio, botellas de Rubín, turrón de almendras y avellanas y frascos de la *Llace* y la *Campana*.

D. Aniceto recibía y atendía a sus colegas, corresponsales y otras personas graves y serias, hablándoles con mucha formalidad de los contratos y negociaciones en que había empleado cerca de un año para poder montar su establecimiento a la altura de los mejores de las metrópolis europeas.

Salustiano, más vivo, más ligero y decididor, entendiáse con el bello sexo, pues las muchachas de los barrios de San Lázaro y Colón parecían haberse dado cita en el nuevo establecimiento; bien es cierto que en dichos puntos había sido más activa la propaganda de don Aniceto.

Cuando lo juzgaron oportuno los amables y generosos dueños del flamante establecimiento, se invitó a los concurrentes a hacer los honores de la mesa.

Al subir, al pie de la escalera, hubieron de detenerse un instante, porque D. Aniceto disputaba con un pobre negro, medio beodo, que se fuera a sentar a otra parte, que dejara libre el paso, cosa que al fin hizo de muy mala gana.

Ninguno de los presentes necesitó mucho ruego para saborear aquellos dulces, y muy pronto quedaron servilletas y platos desbalijados y en desorden.

Alguno brindó a la futura prosperidad de *La Moralidad Comercial*, y nadie escatimó cumplidos a los dueños de la tienda.

Pero entre las felicitaciones llovían encargos.

Una señora gruesa y de alguna edad dijo al oído a Salustiano, que cuando sobraran cortes de vestido que nadie quisiera, ella si los quería: le servirían mucho, porque tenía una prima muy curiosa...

—Oh, sí señora, pierda usted cuidado, D. Aniceto y yo hemos acordado destinar un día de la semana, los lunes, para vender retazos.

A D. Aniceto le encargaban otras señoras los muestrarios que no quisieran, para añadir sus piezas y hacer colchas.

Y así que los invitados hubieron hecho los honores de la mesa, rogóseles que pasaran a examinar los departamentos de la tienda.

—Este en que nos hallamos está destinado a almacén; aún quedan en esos dos cuartos cajas y envases que no han podido abrirse: hay géneros de superior calidad... no se los enseñamos porque está todo a oscuras, desarreglado... Bien, señoras, yo las dejo a ustedes y que don Salustiano les enseñe lo demás.

D. Salustiano, obedeciendo a la indicación de su socio, hizo un gesto cortés y rogó a los visitantes que bajaran a los talleres de sastrería y camisería. Arriba poco quedaba por ver: aquel departamento de enfrente, tenía las cosas de ínfimo precio. Le llamaban *la Maruga*.

Los talleres del sastre y del camisero eran un par de mesas de dos metros, custodiadas por maniqués de barbas amarillas, ojos de añil, chapas de vermellón y barnizados como santos.

El camisero era un joven de aspecto simpático, y a legua conocíasele el empeño que tenía en hacer notar su camisa bien planchada, almidonada, obra de sus propias manos, y de la cual no debía perderse el más mínimo detalle.

—El otro que podéis ver aquí enfrente, explicaba Salustiano, es nuestro taller de sastrería, surtido de las mejores telas inglesas y forros de seda para invierno; driles y alpacas para el verano; no se confecciona un traje mejor y a más módico precio en ningún otro taller de La Habana. Tenemos importación directa y cortador número uno.

El sastre, como el camisero, mostraba una obra de sus manos en el traje que vestía, lo mismo que el maniquí colocado a su izquierda. Perplejo andaría el que quisiera averiguar cuál de los dos estaba más tieso y desempeñaba más a conciencia el encargo de lucir el corte de la ropa.

Y cuidado, que a más del sastre y del maniquí acreditaban por la ciudad la marca de fábrica, dos enfatuados con la morbidez de sus formas en justa compensación de haberles sido regalado generosamente el traje.

—¿Dónde te hicieron ese flus? ¡te está pintado! preguntábase a aquellos maniqués o carteles ambulantes, y ellos, agradecidos,

ponderaban la tijera del hábil sastre que les había hecho tan valioso presente.

Era el sastre hombre de barbas y muy serio. Todo un distinguido artista, como aseguraba Salustiano, sin cuidarse, para elogiarlo, de que se hallase en presencia suya. Mas esto no importaba, porque embebido el artista en la tarea de cortar un paño, oscuro y grueso, por la línea trazada con un lápiz azul, no oía al entusiasta *cicerone* del establecimiento.

—Ahora, señores, sólo me resta ofrecer a ustedes nuestra tienda; en ella encontrarán constantemente variado surtido de los mejores géneros, de última novedad, importados directamente de las principales casas fabriles de Europa, decía Salustiano. Y D. Aniceto, que pasaba entonces cerca de él, apoyaba con gestos y sonrisas las palabras de su socio.

Pronto los visitantes se extendieron a lo largo de los mostradores, corrieron las vidrieras, desbalijáronse los anaqueles y comenzaron a desarrollarse gruesas piezas de género que las tijeras cortaban, no sin previa y rigurosa consulta de los barnizados metros.

Realmente vendíase allí barato, muy barato. Más de uno deshivaba los sesos para averiguar cómo nuestros dos socios podían dar sus géneros a tan bajo precio.

—¿Cómo los pueden dar? respondía en voz baja algún comerciante vecino y del mismo giro, porque son buen par de peines... Ya les cogeré yo en alguna y se las haré pagar caro.

Desde que se anunció la instalación de aquel establecimiento, en los todos cercanos, de igual comercio, se asaeteaba con burlas a D. Aniceto y a Salustiano.

Al asendereado marchante asegurábasele que cuanto comprase en la nueva tienda habría de ser de clase muy inferior, comparado con las existencias que podía adquirir en cualquiera otra parte.

Para eso D. Aniceto y D. Salustiano, que a éste el *don* se le quitaba y ponía indistintamente, aceptaban con entusiasmo la guerra declarada por los del gremio. En cada anuncio soltaban a sus colegas cada indirecta que les hacía rabiarse de lo lindo, y más que todo les dolía la lista de los precios sin competencia posible y ruinosa para ellos.

En tanto, aquella noche de la apertura, demorábanse los visitantes más de la cuenta. Por la cuadra oscura ya sólo se veía un escualido asiático, sombra infeliz de la miseria, que, sacó al hombro, escarbaba en los barriles en busca de trapos para la fábrica de papel. El sereno particular arrastraba la brillante vaina metálica de su enorme sable sobre las baldosas. Los coches cruzaban despacio, a fuelle descubierto, aguardando el silbido o la seña de algún paseante trasnochado. Los carros del urbano y los ómnibus traían cascabeles y campanas en

las colleras de sus caballos delanteros. En la tienda los dependientes, fatigados, bostezaban y murmuraban de dos o tres señoras y otros tantos hombres que aun hablaban con D. Aniceto y Salustiano.

Por fin se despidieron deseando mil prosperidades a *La Moralidad Comercial*, cuyo letrero de gas más fijo, más vivo, por haberse calmado ya un tanto el viento que le combatía, cortaba con ancha faja de luz la oscuridad de la calle.

De pronto desapareció el letrero. Salustiano inclinándose sobre la baranda del balcón, había cerrado la llave de la cañería, mientras que don Aniceto, abajo, ordenaba el cierre de puertas cuyos golpes se confundían con el de los envases de basura que arrastraba a la acera el criado de la tienda, un muchacho de unos quince años a quien apodaban el Farruco.

D. Salustiano, luego de advertir a los dependientes que fumasen abajo cuanto quisieran porque arriba no se lo permitía a su mismo padre, quedó ante la carpeta de barnizado cedro, iluminada por un solo mechero cuya luz no lograba aclarar las sombras que envolvían los rincones.

Allí, pluma en mano ante el abierto *Diario*, garrapateado sólo en sus primeras páginas, rezaba, casi en voz alta, lo que le decían las columnas del *Debe* y del *Haber*, frente una a otra como dos pugilistas citados a mortal combate.

D. Aniceto, apoyado un codo en la carpeta, en pantuflos y mangas de camisa, soplaba la ceniza de un buen tabaco en tanto que aguardaba el resultado de la operación que hacía su socio.

Por fin éste leyó el total, después de haber emborronado, de muy mal humor, un gran pedazo de papel.

—Es más de lo que yo me figuraba. Examina, si quieres, el de *cuentas corrientes*.

Salustiano hizo un gesto de incredulidad.

—¡Rayos! ven acá, dijo D. Aniceto cogiendo por un brazo a su socio.

Y registrando con la vista si alguien le veía, dio un par de pases de baile.

—¡Siempre has de estar regañando! ¡Ea, vamos a tomar la noche!

Bajaron mucho la luz del único mechero encendido, y a favor de aquella escasa claridad se dirigieron a la puerta.

D. Aniceto abrió una puertecilla practicada en una hoja de la puerta grande, hueco pequeño que apenas daba paso a una persona.

Una vez fuera volvieron a cerrar, se encaminaron al café de la esquina y pidieron al cantinero un par de *ensaladas*.

El cantinero, medio soñoliento, después de verter en un vaso de metal varias botellas, echarle azúcar, pedacillos de limón, hojas de yerba-buena, polvos de canela, y hielo, tapó aquel vaso con otro se-

mejante, los agitó en el aire, vació al través de un colador el espumante líquido en dos vasos de cristal y poniendo al lado de éstos, en una bandeja, un par de botellitas de agua gaseosa, las colocó en la mesa en que se habían sentado sus nuevos parroquianos.

—¡A tu salud, socio!

—A la tuya, Aniceto; clamaron a un mismo tiempo los consocios, pegando con la abierta palma de la mano en la tapa de las botellitas, que dejaron escapar ruidosamente el comprimido gas.

El líquido de ambas botellitas pasó a fermentar en los vasos, que tomaron una bella coloración escarlata y que los consocios, merced a una pajilla, fueron haciendo bajar de nivel hasta que desapareció por completo.

Cayeron, sin la sonoridad de la moneda metálica, sobre el mármol de la mesa, dos mugrientos billetillos de banco, semejantes a pedazos de suela de calzado raída por el mucho uso.

Dieron las buenas noches ambos socios al cantinero y al sereno, siempre presto a ofrecer sus servicios, y volvieron a meterse, como par de trasnochadores conejos, por el hueco practicado en las hojas de la puerta.

Dentro estrecháronse las manos, diciéndose cordialmente:

—Hasta mañana.

Y cada cual tomó por su lado; es decir, Salustiano al cuarto de los dependientes y D. Aniceto a las habitaciones de su familia.

NICOLAS DE HEREDIA

Nació en Bani, República Dominicana (1859). Murió en Estados Unidos el 12 de julio de 1901. Llegó a Cuba de un año. Su familia se estableció en Matanzas, donde él se formó. Más tarde deviene maestro, director del Diario de Matanzas y de la revista El Album. Con el seudónimo de César de Hinolia—anagrama de su nombre y apellido—, y en Patria de Nueva York, apunta su colaboración revolucionaria a la causa independentista.

Después, en la república, resulta ser Director de Instrucción Pública (Gobierno de la primera intervención); más tarde, catedrático de Literatura Extranjera, en la Facultad de Letras y Ciencias de la Universidad de La Habana.

En su obra, debemos fijar el estudio crítico sobre «La sensibilidad en la poesía castellana»; sus novelas «Un hombre de negocios» y «Leonela».

Entra Heredia en la ciudad cubana, con calles de «oscuridad tristonaza», recogiendo enredijos y melenas de palmas. Cierta gracia, como de amasijo, rodea sus relatos. Y es que surge ésta, del matalaje de palabras criollas con solemnes gestos españoles, y todo ello unido a cierta desmesura irónica, que a veces le pintorrea agradablemente el relato. Al «aspecto destartalado» de las ciudades, laberintos «en pindárico desorden», le suelta Heredia la danza en granizada de sus anécdotas, pero a través de las voces y comentarios de sus personajes, para que les pulvericen todo su sentido, dejándolas como un quirigay de nuestro vivir.

Es lo de Heredia, como un pobretón y desquiciado retablo, donde las figuras de su tiempo saltan, cuando él logra la mejor zancadilla: la zancadilla que los hace virar, hasta calcarse en lo espectral de unos títeres. Las escenas, siempre de opereta, se cubren con esta oscura ramazón del novelista, donde los personajes lanzan el revolico de sus destartalados gestos, semejando al enredijo de las calles por donde se movilizan. Pero la amalgama, es uno de los defectos principales de la novela de Heredia, porque lo superficial de sus diálogos se unen a un enredijo de propósitos, que sin deslizar del todo el relato hacia

lo agradable del folletín, lo deslien en lo impreciso de algunos superpuestos propósitos, quedando, pues, las situaciones, sin adquirir el gracioso relieve de una cosa primitiva, y manteniéndose, al contrario, en escasa densidad de superficial estampa.

Fermentación, capítulo escogido aquí, muestra, bajo la grotesca comparación trenzada por los habladores de una barbería, a los personajes de la novela en desquiciado revés, pulverizándose en un grotesco crítico al cual, la novela de Cirilo Villaverde, con su apacible desarrollo, nunca hubo de llegar.

LEONELA

XV

FERMENTACION

El ideal tantas veces acariciado volvió a resucitar y pocos eran los que se substraían a su acción fascinadora. En las ciudades del interior, en los pueblos sin contacto externo por lo común se piensa poco o no se piensa nada; pero cuando cualquier estímulo provoca las energías mentales, hasta entonces inertes o dormidas, la fuerza nerviosa de cada organismo se reconcentra en un lugar prefijado, y como la chispa al caer sobre la pólvora, determina una explosión. Abrid al prisionero una ventana y con el rayo de sol que penetra en su calabozo penetrará en su espíritu otro rayo de luz divina que ensancha el espectáculo de la naturaleza con alegres perspectivas de libertad.

Decidle a un pueblo recluso en sí mismo, aislado del mundo por falta de comunicaciones, que tiene un vehículo para trasladar sus productos, para difundir su vida, para relacionarse con el universo y es lógico que tal noticia, como el alcohol, se le suba a la cabeza. En los Estados Unidos, en Inglaterra, un tren se echa a rodar con la misma facilidad con que nosotros echamos a rodar una carreta. En otros países donde el progreso no anda tan aprisa, los postes del telégrafo, los carriles de una vía férrea, ejercen aún la atracción de lo maravilloso, de lo excepcional, de lo que no entra en el orden corriente de las cosas.

De aquí el entusiasmo, más que el entusiasmo, la locura de aquellas gentes cuando la buena nueva, con la velocidad del relámpago,

se difundió por todos los ámbitos del pueblo. El papel de chispa en la general explosión le estuvo reservado a Fico Suárez, casa por casa fue recorriendo cuantas tenía por costumbre visitar inoculando a todo el mundo con el virus de la estupenda noticia.

En la redacción de *El Crepúsculo* hubo un verdadero escándalo. Esto es, en el director del periodiquín fue donde se produjo ese fenómeno porque, aparte del auxilio gratis e intermitente que Fico solía prestarle, él sólo constituía el cuerpo de redacción. Pero esta misma circunstancia centuplicó la fuerza de las emociones que embargaban al periodista, el cual, nunca, ni siquiera en sueños, logró encontrar argumento posible para un artículo de fondo.

De la redacción de *El Crepúsculo* se dirigió Suárez a la «Gran Fonda de París». Iba a pagar la deuda de la cenata; de aquel ágape «histórico»—como él lo llamaba—que le hizo admirar hasta la aurora toda la poesía de las estrellas. A más de esto quería aturdir al pobre Cornellas haciéndole saber qué clase de hombre figuraba entre sus huéspedes.

—Ya lo ve usted, don Primitivo; yo nunca me equivoco en mis apreciaciones. Es un sabio eminentísimo, un ingeniero que viene a hacer un ferrocarril, es decir, a comunicarnos en pocos minutos con el resto del mundo civilizado. Le felicito a usted y me felicito a mí; a usted porque con las nuevas comunicaciones ha de aumentarse indubitavelmente el número ya crecido de sus huéspedes y me felicito a mí, porque, hijo de esta localidad, he de ver con orgullo cómo prospera un establecimiento que la honra. Ahora puede usted juzgar si eran o no exactas mis noticias.

—¡*Mere de Deu!* muchacho; si nada me dijiste; si callabas como un monje de la Trapa... Ahora mismo voy a dar órdenes para que pongan sábanas limpias a ese *noy*.

Cornellas estaba poseído de una excitación extraordinaria. El también recogería su cosecha con la realización del magno propósito y, como era de rigor, se dejó dominar por la fiebre de ilusiones que enfermaba a todo el pueblo. Tal vez haría dos cuartos nuevos en el edificio; quizás enriquecería el mobiliario con tres sillones de caoba y cuatro camas de hierro; en fin, podría muy bien suceder que comprara una docena de sábanas de hilo y media de almohadas de miraguano. Ya no se trataba de conservar, simplemente, sino de elevar a mayor altura el buen nombre del establecimiento.

Pero en donde Fico estuvo sublime, inspiradísimo y hasta onomatopéyico fue en la barbería titulada «La Elegancia y el Aseo». Aquel lugar era el ágora, *forum* de la noble ciudad arrullada por el poético Cuabillas. Allí se decían las cosas más estupendas, lo que nunca se hubiera atrevido a insinuar *El Crepúsculo* sin grave peligro de todo su cuerpo de redacción. Artes, letras, filosofía, política, chismecillos, cuentos, historietas, críticas individuales y sociales, todo

encontraba respiradero en «La Elegancia y el Aseo». Lenguas y tijeras trabajaban al unísono y las reputaciones se cortaban con la misma facilidad que el vello por el filo de la navaja.

Poco antes de llegar Fico Suárez se comentaba un hecho inaudito, sensacional, inusitado, que no era otra cosa el fenómeno de haber permanecido abiertas ¡hasta las doce de la noche! las puertas de la casa de don Cosme Fernández Arencibia.

—El viejo quiere darse tono implantando las costumbres de La Habana.

—Mejor sería que en vez de reuniones diera un baile y todos tendríamos un lugar en la *bachita*.

—¡Qué va a dar baile! Así entraría todo el mundo y eso es lo que a él no le conviene. La aristocracia, chico, tú no sabes lo que es la aristocracia... En su potrero don Cosme no suelta la chamarreta; pero cuando llega aquí se cuelga la levita y se convierte en un caballero titulado, en el Excmo. Sr. Marqués de la Malanga.

—¡Qué lengua, Monguito, qué lengua!... Mira, arráncatela ahora mismo y dásela a Isidoro para que me afeite.

—Lengua ¿eh? Pues no he dicho ni la cuarta parte de lo que todo el mundo sabe. Desde que pusieron escupideras no se puede entrar en esa casa sin tarjeta. ¡Vaya! Allí sólo visitan personajes de mucho *ringo-rango*... El señor don Carlos Mendoza, Duque de Las Yaguas, Vizconde del Lingote y el Cerrojo; un ingeniero recién llegado que resulta ser *M. de Lessepes*, inventor del cable submarino...

—¡Aguanta, canelo, aguanta!

—El poeta lírico-dramático, sentimental, etéreo y vaporoso, don Federico Suárez Valdés Longoria Martínez Pérez de la Cerda y Alvarez de Toledo.

—¡Echale, mi hermano!

—Con toda esa gente ya pueden ustedes figurarse si las señoritas de la casa sabrán darse tono despreciando a los jóvenes incivilizados de este pueblo.

—Vamos, chico, que todavía te duelen las calabazas...

—¿Qué calabazas?

—Las que te dieron...

—¿Quién me las dio?

—Leonela.

—¿Leonela? Vaya un partido. Ni aunque me lo pesen en doblones.

—Eso dices ahora, porque, mira, ¡ni agua!!

—Ustedes no saben lo que dicen... Si yo hubiera querido...

—Bastante que quisiste; pero, chico, aquéllas no fueron calabazas, fueron globos terráqueos.

Las risotadas con que hubo de celebrarse la cogida de que fue víctima Monguito impidieron que Fico Suárez—el cual entraba en la

barbería jadeante y sudoroso—se enterase de la cuestión puesta sobre el tapete y que tan alegres comentarios provocaba.

Fico saludó gravemente y se quedó callado en la expectativa de una oportunidad para soltar el notición.

—Aquí está el poeta, señores, el ilustre cantor «del patrio río»...

«Del Cubitas que gime mansamente»

y también:

«Del guayabal, que borda sus orillas...»

—El señor don Federico Suárez Valdés Longoria Martínez Pérez de la Cerda y Alvarez de Toledo.

—El futuro yerno del Excmo. Sr. don Cosme Fernández Arencibia, Marqués de la Malanga.

—El rival de don Casimiro Foronda, Barón de la Cotorra.

—El amigo del ingeniero *Musiú de Lesepes*, inventor de las hamacas y los colchones de plumas.

—Basta, señores, de burlas, que no estoy dispuesto a tolerar bajo ningún concepto.

—¡Eh, eh! Se calentó Víctor Hugo...

—Nada de guasas con Lord Byron Suárez...

—Con Fico Homero del Cuabillas.

—Siga, pues, la broma—dijo Fico cambiando de tono—. Veo con placer que están ustedes de buen humor... No he de molestarme por esto... *Stultorum infinitus est numero*... A ver quién de ustedes es capaz de traducir ese latinazo.

Fico paseó una mirada de triunfo por el salón y con movimiento rápido se miró de perfil en uno de los espejos.

—Lo único que deploro, y lo deploro con toda mi alma, es que hagan ustedes objeto de chacota la personalidad distinguida de ese ingeniero, el cual no se llama *Musiú de Lesepes*, como bárbaramente ha dicho alguien, sino Mr. John Valdespina, para que ustedes lo sepan... Ahora bien, ese ilustre sabio, ese dignísimo ciudadano de la gran república norteamericana, viene a darnos lo que en tantas ocasiones se nos ha prometido inútilmente, lo que queremos y no tenemos y lo que por lo visto no nos merecemos...

—¿Y qué es lo que viene a darnos ese mozo?

—Pues una bagatela: el ferrocarril de esta ciudad a la Cotorra... Nada entre dos platos.

Todos se quedaron con la boca abierta... Nadie se atrevió a lanzar el dardo de un epigrama...

—Sí, señores—continuó Fico, que se creía ya en terreno seguro—; habrá ferrocarril. Hace cerca de un mes que tenía yo noticias del proyecto, pero cerraba mi boca una promesa inviolable de silencio... Ahora es distinto y oigan ustedes con atención, que la cosa lo merece...

Los del concurso formaron círculo a su alrededor; no querían perder media palabra.

—El tren sale de la Cotorra y *chis chas, chis chas...* nos metemos en un túnel, es decir, debajo de una montaña, de Cerro Cangrejo como quien dice... *Chis chas, chis chas...* pues a los quince minutos estamos en Jarabacoa...

Un ganadero a quien afeitaban en aquel instante volvió su rostro enjabinado para decir a Fico, brutalmente:

—Mentira: hay que tragarse algunas leguas y por mucho que arree ese jaco tiene que sudar hasta los cascos para hacer el viaje en hora y media.

—La palabra imposible, señor mío, está borrada del diccionario de la civilización moderna. Los ingleses han hecho un vapor en cuya bodega puede meterse el Pico de Turquino; los americanos tienen buques que navegan bajo el agua y los franceses han abierto el istmo de Suez, separando dos continentes como se parte una rosquilla...

A Fico se le agotó el caudal de erudición y el pobre ganadero bajó la cabeza abrumado por los portentos que, a guisa de peñascos, le tiraba el poeta para pulverizar su ignorancia.

—Repito, señores que tendremos ferrocarril y excuso evidenciarles las consecuencias prodigiosas de tal empresa; el valor que adquirirán las tierras de esta comarca; hasta qué grado alcanzarán la producción y las facilidades que para su salida obtendrán nuestros azúcares.

Y Fico decía «nuestros azúcares» como si efectivamente los poseyera o se reservara su porción en las zafras del porvenir.

Por su parte, *El Crepúsculo* hizo una campaña enérgica, brillante, esforzadísima. Hablaba de «los bellos horizontes que se abrían ante aquella abatida comarca»; del «faro esplendoroso que brillaba entre las espesas brumas del incierto porvenir» y se despachaba a su gusto con otras imágenes adecuadas a su nobilísimo propósito...

Las gentes decían:

—Cuando rueda el ferrocarril iremos a pasear a la Cotorra... Cuestión de cinco minutos.

—Pues yo haré una nueva casa de vivienda en mi potrero Bayajagua para ir tres veces al año con mi familia.

—Ya verán ustedes—agregaba otro—si entonces meto *viandas* y mangos en el norte.

Valdespina estaba convertido en un ente sobrenatural o poco menos. Se le señalaba con el dedo como a los grandes escogidos de la popularidad en el instante supremo de la apoteosis. Hasta el comandante militar—que era un soldado adusto y poco amigo de exhibirse—, venciendo sus reservas tradicionales se adelantó a hacerle una visita en el fonducho de Cornellás. Mas no se detuvieron ahí los agasajos: una comisión de hacendados y comerciantes obsequió

al ingeniero con un banquete en el Casino. Concurrieron al acto las personas más notables de la población presididas por «nuestra digna primera autoridad local», como se encargó de decir *El Crepúsculo* en una nueva avenida de metáforas... Inútil es decir que se derrochó mucha elocuencia y mucho vino. Las imágenes poéticas rebullían con el champaña y saltaban sobre John como una granizada de brillantes.

Cuando el ingeniero se levantó a brindar, lo hizo en los términos siguientes:

—«Señores: no tengo elocuencia. El idioma castellano que hablé en mi infancia se me resiste ahora por el uso de otra lengua durante veinticinco años consecutivos. Agradezco las frases que se me dirigen y brindo por los únicos que las merecen: los señores Smithson Brothers, de Nueva York.»

JESUS CASTELLANOS

Nació en La Habana, el 8 de agosto de 1879. Murió el 29 de mayo de 1912. Se graduó de abogado, colaboró en diversos periódicos, fue dibujante y caricaturista. Con Max Henríquez Ureña, en 1910, fundó la «Sociedad de Conferencias». En su obra narrativa encontramos «De tiempo adentro», «La Conjura» (premio en Juegos Florales del Ateneo de La Habana), «La manigua sentimental».

Se ha señalado lo mejor de Castellanos, en cierto toque de lo cubano, y en la calidad visual de sus asomos. Sus novelas evidencian la influencia del naturalismo francés. Pero una no resuelta amalgama de idealismo a lo José Ingenieros, con un Nietzsche saboreado en falsos retintines modernistas, nos aleja su obra, dejándola fijada a cierto sabor retórico de su momento generacional.

LA CONJURA

CAPITULO VI

El automóvil cortaba el viento bajo la fresca bóveda danzante de los laureles. Cruzaban por una abierta llanura en que la sierpe fina de la calzada parecía desperezarse en amplias curvas bajo la pesadez del paisaje tranquilo, modesto: un vasto potrero limitado por lomas azules y coquetonas; un palmar apretado que se rasgaba al paso breve de una cañada parlanchina; una ceiba aislada; un tejtar; manchas bermejas y pálidas del ganado pastando sobre la hierba sedosa; arriba el cielo encendido, sin una nube.

El vértigo de la marcha detenía las charlas alegres. Iban todos con la cabeza baja, embistiendo el vendaval que zumbaba en los oídos y tendía horizontales, como desgarradas colas, los velos de las muchachas. Mr. O'Brien, crispadas las manos sobre la rueda del timón, al pie alerta, vigilaba el camino con ojos ávidos tras los es-

pejuelos deformes; y el camino, que parecía cerrarse cerca en una caverna verde y blanca, pasaba veloz, rayado, como el agua de una cascada, bajo las miradas turbias de los pasajeros. Estremecida la máquina, rodaba frenética, temblando desde el panal a la carroza, y parecía que, a cada bache de la ruta, le saliesen alas y quisiese volar, harta ya de dominar la tierra.

Después cambió el panorama. El automóvil trepó una cuesta ardua en que se encajonaba la carretera entre dos paredones blancos enseñando las estrías de cada hilada de peñas; y llegando con un jadear a la cúspide, se descolgó ciego por la pendiente larguísima, entre un pomposo escenario de montañas greñudas, maizales deshilachados, espartillo tostado por el sol... Pasaron luego por un puente que se quejó con rumor bronco, sobre el lecho de un río azul, perezoso, en cuyas orillas se mojaban, inclinados para beber, macizos ondulantes de cañas bravas. Al fin se enfrentaron con una portada de maderas nuevas, en cuyo arquitrabe se posaba inquieto un zorzal: en el resplandor de la mañana cantaban unas letras de metal un nombre risueño: *Good-Luck...*

Para almorzar en su pequeña finca de recreo había invitado Mr. O'Brien a Augusto Román. Al pasar por el Cerro bajó Luz un momento para traer a su amiga; pero estaba allí también Joaquín Morell, y la buena señora de Villarín no tuvo inconveniente en fiar la amorosa pareja al cuidado del viejo irlandés, cuyos ojos blandos bajo los rojizos cepillos de las cejas, y cuyas manazas ingenuas, entregadas a exprimir la gorra de heda, decían de una persona excelente, capaz de haber venido al mundo para el solo oficio de vigilar novios.

Por iniciativa de Luz abandonaron el automóvil en la portada, mientras por la alameda de palmas corría con él Mr. O'Brien hacia el establo, entre el ladrido de los perros. Se detuvieron a discurrir unos minutos ante el panorama del valle, reverberante en el barniz de la luz. Margarita marchaba delante con Joaquín, aburrido ante el paisaje potente. Augusto se extasiaba sin hablar, contestando distraído a la O'Brien: una dulce sensación de paz le adormecía el alma, que él mismo creía renovada y como palpitante de juventud. Desde lejos sentía la voz de Margarita, que le hablaba con cariño, como queriendo poner un poquito de bálsamo a la herida. En la tierna decoración matinal lucían los velos de las jóvenes sobre los largos abrigos de tono suave; era una nota celeste y otra gualda; eran como dos desgarrones de nubes caídos desde el palio de la tarde.

Desde el fondo de la alameda resonaron unas palmeras: era Mr. O'Brien, de pie en el ancho portal de la casa, tocado con un vasto jipijapa. La casa era alegre: toda de ladrillo, vestida de listas blancas y rojas en sus dos pisos, culminados por un caballete pun-

tiagudo. A los lados dormían, un poco descuidados, el jardín y la huerta. Un tamarindo rugoso, plantado al frente, invadía las tejas. Grupos de palomas llenaban de motas vivas el aire y el suelo. En la sombra azul picoteaban las gallinas. Detrás de la casa una arboleda negra se apretaba haciéndole fondo. Se oía el chirrido de un pozo y el mugir acompasado de las vacas.

Mientras llegaban a la casa salieron algunos criados para saludar familiarmente a Luz. Una negra viejísima, con toda la lana blanca, vino a besar, sin muchas ceremonias, a la joven.

—Mira, Ña Vicenta—dijo Luz señalando a Román—; este es el médico de quien te dije que te curaría el reuma...

Aquí intervino Margarita con un gesto diabólico:

—Oye, Ña Vicenta—exclamó—; además de tu médico, es su novio... ¿qué te parece?

Las delgadas facciones de Luz se colorearon con una ola de rubor. Pero se contuvo y repuso riendo, mientras Román, cortado, sonreía también.

—Por supuesto; pero ¿tú no lo sabías?

El viejo, a quien se había reunido Joaquín Morell, proponía un paseo antes de almorzar para enseñar a los dos hombres su posesión.

Abandonaron a la anciana, que los miraba con ojos asombrados, y luego de rodear la casa, por cuyas ventanas se adivinaba el confort inglés, llegaron al fondo, donde el comedor abierto mostraba ya una mesa nítida, cubierta de vajilla espejeante. Visitaron el corral, oloroso a heno y estiércol; examinaron los raros ejemplares de la arboleda; frente a las cajas de miel recibieron una lección profusa de apicultura. Luz marchaba cogida a su padre, repitiendo a Augusto las cosas que el buen irlandés dejaba en su jerga intraducible. Fue más de una hora de curioso, al cabo de la cual se sentaron a la mesa alegres, sanguíneos, con mucho sol en el alma, dispuestos a hacer los honores a la frugal cocina aldeana.

Comieron en paz y en gracia de Dios. Los dos sinsontes, colgados de los arcos de varillas, entre la fronda de la enredadera, se amedrentaron en un principio por la novedad del suceso; después se familiarizaron con el ruido de voces jóvenes, y cuando los invitados de Mr. O'Brien iban por el asado, ya ejecutaban una escandalosa sinfonía coreada por el rum-rum de las palomas y el grito agudo del gallo de azabache y oro, que hasta el mismo comedor llevara su ambulante harem.

Luz parloteaba, poseída de una desbordante alegría. Margarita bromeaba por lo bajo a Augusto; en tanto Joaquín, solícito, como adivinando un posible cliente, escuchaba las disertaciones económicas de Mr. O'Brien.

Luego hicieron una excursión al río, en uno de cuyos dormidos

remansos tenía el irlandés un bote para sus pesquerías. Luz obligó al médico a entrar en la barca, mientras sentados en la hierba quedaban medio ocultos el viejo y los novios.

—Ya sabe que es usted un hombre raro—decía la joven—; no se le ve por ninguna parte... Hasta sería difícil saber si ha tenido usted alguna aventura amorosa. Cuénteme, cuénteme de su misterio...

Augusto, desvanecido momentáneamente, dejaba caer algunas frases ambiguas sobre lo fogueado de su corazón. Los remos brillaban al sol, y Luz sonreía incrédula, considerando acaso todo lo ingenuo de aquel tipo complicado, tal vez atada misteriosamente a él por el encanto de esta misma inexperiencia mundana que Román trataba de esconder.

Pero Augusto resistía, repugnando vagamente la fealdad flaca y masculina de aquella silueta propicia. Los mismos chispazos científicos que valoraban su charla, oliendo a guías rápidamente ojeadas a bordo, llegaron a molestarle hasta hacerle desear un raudal de puerilidades femeninas, ligero, ameno, fácil...

—No sabrá usted bailar, seguramente, amigo Augusto—dijo Luz después de una pausa.

Y con su terrible aire resuelto, añadió:

—Aprenderá usted en casa... Vaya por las noches... Tal vez hasta consiga novia...

Los ojos bajos, caído el impertinente sobre el regazo, lucía horriblemente, melancólicamente fea. Augusto, alarmado, se decidió a cortar el idilio, poniendo proa a la orilla...

De vuelta a la casa se prepararon las jóvenes para el regreso. Un momento en que desapareció Mr. O'Brien, quedaron los dos amigos frente a frente en la sombra bienhechora del portal. Joaquín, después de una mirada en redondo, murmuró:

—Veo que has aprovechado bien el tiempo... Tienes rendida a esa pobre Luz...

—¡Vamos, hombre!—repuso Augusto con más temor que duda—. ¿Quién ha dicho eso?...

Joaquín abrió los ojos. Luego, indignado:

—Pero ¿es que lo vas a negar?... Si lo saben hasta las piedras; sólo a ti te coge de sorpresa... ¡Como que es cosa de despreciar este partido!... Tú, sin duda, no sabes lo que pesa este inglés en la Banca: un millón en efectivo; interesado en todas las grandes empresas; contratista del acueducto del Camagüey; gerente de una compañía de lanchas...

—¡Basta!—gritó el otro; y conteniendo la voz siguió—: ¿A mí qué me vienes con esas cuentas?... No me gusta la muchacha, yo tampoco le gusto a ella; y no hay más que hablar... Creo que hay lo suficiente para que el asunto no fuera adelante...

—Cierto; en todas las esquinas no se encuentran Venus... Pero, créelo: el dinero lo adorna todo...

Román se contuvo para no soltar una atrocidad. Sólo dijo secamente:

—Bueno, chico; no tengo madera para *coburgo*. Déjame morir de hambre. Para pretender hoy a esa muchacha tendría yo que perder un poco de vergüenza.

En este punto se oyeron risas de mujer en la sala. Margarita y Luz comparecieron, rosadas, los sombreros abrazados por la gasa. Poco después corrían hacia afuera despidiéndose de todas aquellas lindas cosas familiares. La banda de palomas les siguió un rato rasgueando hermosas espirales en el aire. Atravesaron una atmósfera gris, sintiendo el peso de las nubes cargadas de lluvia. Al llegar a la casa de Villarín se hallaba éste de pie, afeitado, todo de blanco, en el umbral de la casa. Viendo a Augusto en la máquina, se acercó para decirle con cierta reserva:

—Ve mañana por la Secretaría. Tengo que hablarte de cosas serias...

Al despedirse Augusto frente a la casa de Luz, la joven le retuvo un momento la mano, haciéndose prometer una próxima visita...

...No obstante, todo este romántico episodio quedó olvidado, al menos en sus detalles, durante los días siguientes, en que se puso al habla Augusto con su tío.

Don Próspero Villarín recibió a Román en el saloncito privado de muebles napoleónicos, bañado de luz por una ancha ventana abierta sobre la bahía. Lo había llamado para una entrevista definitiva respecto a su porvenir, a su carrera, de los que en cierto modo era él, don Próspero, el responsable.

—Mira: lee—dijo sacando del bolsillo una carta pequeña, humilde, llena de dobleces.

Augusto conoció la letra menuda de su madre. La pobre vieja se quejaba amargamente desde el rincón oscuro de la provincia del proceso en que iba decayendo la vida de su hijo; sabía de su bohemia, de su oposición a todo trabajo sistemático y productivo, de sus asperezas con el tío, por quien debía esperarlo todo; hasta hubo quien le contase de su ignominiosa vida privada, y del enredo con una gentecilla de baja estofa que había de llevarlo a la última degradación. Cada palabra parecía mojada en una lágrima; y acababa la carta con una súplica desgarradora a su hermano, su único apoyo en el mundo, para ver de encarrilar al *pobre muchacho*, a quien quería abrazar viéndolo siempre digno y con honor...

Augusto vio aclararse al través de los finos garrapatos un paisaje asoleado y tranquilo de ciudad provinciana, y por el hueco de una ventana desvencijada, asomar un rostro ansioso, surcado por las penas — el rostro de su vieja, esperando anhelante el correo... El

papel tembló entre sus manos, y una gota hirviente cayó sobre las letras, que la bebieron ávidas.

Un manotazo cordial de su tío sobre la pierna le reanimó.

—Vamos—decía Villarín tosiendo—. No hay que pensar en lo pasado. Lo que se necesita es mirar de frente al porvenir. Tú sabes que yo nunca he dejado de quererte...

Y después de una pausa añadió:

—Por eso he deseado que hablásemos de una vez...

Augusto, fatigado, marchito, murmuró:

—Usted dirá, tío... ¿Qué puedo hacer yo?

—Tú no te molestarás—comenzó don Próspero—porque, al ofrecerte un *chance* bueno, te exija también algo en cambio... Bien: le he escrito a tu madre que te tenía algo preparado, algo mejor de lo que tú pudieses esperar... Mira... ¿para qué te lo voy a ocultar?... Se trata de la dirección de un hospital: es una vacante para dentro de un mes, porque el director va a un cargo de Sanidad. Tú conoces bien aquello; no tengo que explicarte qué clase de canjía es...

Román se adelantó en la silla para estrechar las manos de su tío...

—Espera, espera—atajó éste—. Todo esto... es... Oyeme, Augusto... Todo esto es a condición de que cambies de vida—y su voz se hizo rápida y brusca—, a que te vuelvas un hombre tratable y con aspiraciones, a que rompas con todo lo que hoy te estorba y entres en la sociedad en que debes estar...

El médico, todavía sin comprender el alcance de aquellas palabras, permaneció en silencio.

—En primer lugar—cotinuó don Próspero—, la entrada en el hospital como director te impone la ruptura con esa muchacha—y callando la protesta de Augusto, siguió—; sí, te lo impone; tú sabes bien por qué serie de escándalos salió del hospital esa joven. Unido todavía a ella, y ante la posibilidad de que un día se te cuelen ella y la madre y el hermano en el hospital, tengo la absoluta seguridad de que no te toleraría la Junta de Patronos... ¿Qué quieres, hijo? La obligación que se te impone tiene todos los caracteres de una satisfacción. ¿Cómo podía ser de otra manera? Lo hiciste con demasiado escándalo... Además...

Se detuvo para tomar resuello.

Augusto aprovechó para defenderse, dolorido:

—¿Pero es decir que no puede uno tener sentidos y ser hombre? Pero ¿qué tienen que ver mis cosas íntimas con la dirección del hospital?

Las palabras del viejo Velazco sobre los prejuicios sociales y la dificultad en acomodarse a todo un sistema de estúpidos convencionales reaparecía ahora en su memoria. Se batía frente a frente contra la conjura de los necios.

—No discutamos eso—replicó Villarín—. Todo puede hacerse con discreción. Tú no la tuviste con esa Antonia, y ya, por mucho cuidado que pongas en ocultarlo como una aventurilla pasajera, ella defenderá sus antiguos fueros y te pondrá en ridículo por todas partes... Pero, además...

—¿Qué?

—Tú tienes que consolidar tu situación. Tienes que casarte cuanto antes... ¿Con quién? Allá veremos... Para presentarse en sociedad acompañado de una mujer elegante no se necesita buscar mucho... Así andan por ahí los buenos partidos... Vamos—concluyó en tono festivo y tocándole con el pie—, que tú tienes ya el camino hecho.

—Pero ¿para qué necesito casarme?—inquirió, desorientado, el joven.

—Tu madre me lo ha indicado... Y dice bien, porque en el hospital está mal visto un hombre soltero que vuelva a la portería a las tres de la mañana...

Augusto Román bajó la cabeza abrumado.

—¡Bien, tío—dijo al fin—. Deme usted veinticuatro horas para responder...

Don Próspero se puso serio.

—Oye, pero piensa lo que respondes. Será la última vez que hablemos...

...Al llegar a la gran claridad de la calle se detuvo Augusto un instante para serenar su pensamiento. Un muchacho le metió un periódico por los ojos, y comprándolo, lo dobló bajo el brazo, disponiéndose a tomar el tranvía. Hubo un minuto, al sentarse al fondo del carro, en que toda la pasada escena le pareció cosa soñada; pero al quietarse poco a poco sus nervios, de nuevo surgió claro, patente, el problema entablado. El rumor del vagón, el panorama diáfano de la bahía, cerrado por la línea de fortalezas, lo retrotrajeron a aquel diálogo sostenido tiempo atrás con Joaquín Morell en las mismas circunstancias y sobre el mismo tema. Le pareció que eran de ayer las palabras de su amigo; y robustecidas con las de Villarín, se destacó en su espíritu, concluyente, indiscutible, la solución de la ruptura con Antonia.

Para él era la salvación, por muchos puntos de vista. Pero... ¿para ella?... ¿Qué tenebroso futuro!... Consideraba el médico a su querida indefensa ante las acechanzas de la ciudad, saturada de vicios: ¡qué declive manchado con fango de las calles, salpicado tal vez con sangre, se le preparaba a aquella criatura sin cerebro y sin experiencia...! Luego pensó en la terrible pena que ahogaría la muchacha al leer su carta de despedida, su frío de muerte al seguir los renglones en que él escribiera unos cuantos números, aseguándole la vida por los primeros días subsiguientes!... ¿Qué había

hecho ella para que él la olvidase tan bruscamente? Por asociación de ideas recordó un cuadro de Jiménez Aranda, ¡Abandonada!, donde una mujer seducida enseña unos ojos de loca... En un instante sintió revivir sus mimos de gata, sus caricias torturadoras, su bata blanca destacada en lo alto de la escalera en cuanto se sentían los pasos de él en los primeros peldaños; todo aquello que había sido para él la única representación del amor a lo largo de la vida. ¡Cómo herir así, a plena sangre fría, un pobre corazoncito lleno de ilusión!...

Pero ¿y si no lo amaba?... Román se detuvo momentáneamente halagado ante esta posibilidad. Siendo así, quedaba todo resuelto; lo sentimental al menos, que para él era todo. Mas no: ahí quedaban fijas en el recuerdo las mil y una monerías de *Guapa*, diciéndole que lo amaba tiernamente, con todo el ímpetu formidable de su juventud florida... ¿Y entonces?...

Quiso no pensar en su problema, y para distraerse desdobló el periódico. La sección de sucesos, sin embargo, lo atrajo irresistiblemente; buscó arriba y abajo un caso parecido al suyo; buscó hasta que, de pronto, vio algo que le arrancó las miradas: «Una joven suicida». Era un suceso horrible: un suicidio por medio del petróleo ardiendo. No aparecían las causas; tal vez fueron dificultades económicas, quizás una enfermedad demoledora. Pero Augusto, impresionado, no vio más que el cuadro de una chiquilla abandonada que no quería vivir la vida sin él. ¿No se lo había dicho ella algunas veces?...

—¡Si tú no me quisieras, moriría!

—No puedo, no puedo—volvió a decir como meses atrás, decidido a hundirse en el pantano, a perder todo el porvenir de dichas materiales, antes que cometer aquel crimen.

Volvió a su casa tarde, después de andar zancajeando por todas las huroneras del barrio. Antonia, inconsciente, feliz, habló en la mesa de proyectos para el verano, ya próximo: se irían al Varadero, de cuya playa había hablado a menudo Joaquín Morell. El joven abogado iba allí algunos años; tal vez si se lo encontraran esta vez...

Augusto, sintiéndose anudada la garganta, no podía seguir la charla voluble de su querida. Miró con impaciencia cuán tardamente giraba la manecilla del horario en el reloj. Un deseo vivo le atenaceaba de contar todo lo ocurrido a Antonia, de bosquejárselo al menos, para que supiera qué clase de sacrificios ofrendaba a sus pies.

Al fin, cuando sumergiéndose en su cuarto doña Concha, quedaron solos los dos amantes, Augusto propuso irse a la cama; y allí, en la quietud de la alcoba, mientras se despojaban de la ropa, vació su corazón oprimido, contando toda la tremenda jornada.

Pero, contra lo que él esperaba, Antonia se conformó con abra-

zarle tiernamente como siempre, sentándose en sus piernas, dispuesta a cambiar de tema con su eterna versatilidad de pájaro.

—Oye bien, chiquilla—insistía él, sujetándole las manos—. Todo, todo lo he echado al hoyo por ti; me exigían que te abandonara y he dicho que no... ¿sabes?... he dicho que no, aunque perdiera la protección de mi tío, aunque...

Ganas le venían a los labios de añadir que podía haberse casado con una rica heredera, y que por no abandonarla a ella la había desdeñado. Pero ella, casi sin oírle, le levantó del butacón en que él se sentara y lo echó de un empujón en la cama, ahogándolo con la ola de su carne en flor...

—Vamos—murmuró riendo, insolente en su dominio...— ¿Y esto no vale algo?... ¡Si yo te doy más que lo que tú me das!...

El despertar fue tarde. Cuando abrieron los ojos ya parloteaba el loro allá afuera, y una cascada áurea se derramaba sobre los encajes, desde las altas lucetas.

Román se vistió con rapidez. Antonia, envuelta aún en las sábanas, le seguía en sus movimientos con las miradas, unas miradas risueñas, diabólicas, quizás irónicas, positivamente enigmáticas... Su amante se acercó, por último, para darle un beso, y salió enternecido, sintiéndose bañado por aquel amor que acaso lo contagiaría a él algún día...

Al mediodía encaminó sus pasos a la Secretaría, firmemente decidido a contestar con lealtad a su tío sobre sus planes ulteriores, satisfecho de haberse dejado ir en sus pasos por el rumbo que le mandaban sus sentimientos.

La entrevista fue breve. Luego que hubo oído a su sobrino, Villarín se levantó, y con un tic nervioso de la mano sobre el cristal de la mesa, dijo, marcando las palabras:

—Hemos terminado. Tu madre no puede pedir más de mí ni yo tampoco exigiré de ti más... Como no es probable que nos veamos mucho ahora, quiero decirte algo que ayer se me olvidó, y es que en estos días me ha hablado de ti con cierto interés Mr. O'Brien... Ahora tendré el gusto de darle informes exactos sobre tu personalidad... Puedes seguir en tu quinto cielo...

Y haciendo una reverencia, se hundió entre los cortinajes de una puerta. Augusto se encogió de hombros, y ya fuera encendió placidamente un cigarro, pensando en que su corazón no tenía nada de que acusarse. De nuevo respiraba en la vida fuerte y libre de su ideal, a solas con su conciencia, donde resucitaba una página del Evangelio leída allá en las brumas de la niñez: «Para todas las buenas obras hay guardada en el mundo una recompensa...»

MIGUEL DE CARRION

Nació en La Habana, en abril de 1875. Murió en 1929. Por un tiempo emigró a los Estados Unidos, después, con su regreso, comenzó su trabajo literario. Se graduó de médico, fue profesor de la Escuela Normal de la Habana. Colaboró en diversos periódicos.

Fueron sus novelas: «El Milagro», «Las Honradas» y «Las Impuras».

Con el color y la luz en «un juego inacabable de gentilezas», viene Miguel de Carrión, dándonos lo escueto y sobrio de sus preocupaciones psicológicas. Y es que en él, nuestras cosas empiezan a requerir un íntimo relieve, acosadas por la inquietante aspereza de lo frío. Así en «Las Honradas», la más lograda de sus novelas, la gentileza de su mirada nos comunica el temblor de las cosas gastadas, de modo que podemos percibir en las viejas cocinas de las casas de los pueblos, la conocida anécdota del agua que queda entre las losas viejas del suelo; o el detalle de las moneditas de oro, que la madre entrega a la desposada «para evitarme la vergüenza de pedirle dinero a Joaquín», tan inexplicablemente unidas al relieve pobre de nuestra ternura, al corcuscido de nuestro paisaje, y que nos rinde un vértigo de acurrucarnos en cosas cotidianas, muy cubano por cierto.

«Hoy me explico aquellas ideas mías reconociendo que a la condición de mujer honesta va siempre aparejada cierta sequedad del alma», confiesa el personaje de la novela de Carrión, y estas palabras, parecen fijar lo que como búsqueda, se proponía el novelista con sus análisis psicológicos; pues se trataba de encontrar lo rígido y falso, lo áspero y desvencijado, que la burguesía de los primeros años republicanos hacía oponer a lo tremendamente equivoco de su contorno. Pero el indagar de Carrión no se detiene por mucho tiempo, acepta, simplemente, con una disimulada melancolía que, por no abrirnos su tensión, se conforma en una estructura de estática policromía. Con ello, nos viene la como ramazón de su impersonal aceptación de la realidad, trocando lo cotidiano en precisas y dibujadas láminas, y describiendo ambientes o personajes en nota de impersonal gravedad, que nunca nos acosa con recargados amasijos.

LAS HONRADAS

PRIMERA PARTE

CAPITULO I

Tomo mi vida en el punto más lejano adonde alcanzan mis recuerdos. Mi niñez, en Santa Clara, la ciudad provinciana, triste y silenciosa, fue la de casi todas las muchachas de nuestra clase ligeramente acomodada. Un poco más severa la educación, tal vez, y en eso consistía la única diferencia. Mis padres, mi tía Antonia, mi hermana Alicia, mi hermano Gastón y yo vivíamos en una antigua casa, con arboleda en el patio y grandes habitaciones embaldosadas a cuadros amarillos y rojos. La tía Antonia era solterona, hermana de mi abuela paterna, y ocupaba dos cuartos separados del resto de la casa, dedicándose por completo a cuidar dos gatos y una cotorra que casi nunca se separaban de su lado. Me parece verla aún, gruesa y arisca, gozando de una actividad y una salud, raras a sus sesenta y cinco años, y dispuesta siempre a esgrimir su malévola lengua, como una lanza, contra todo el género humano.

Mi padre, en cambio, tenía un carácter dulce y por lo general, poco comunicativo. Era procurador de la Audiencia, y además poseía en arrendamiento una finca, a poca distancia de la población, que dedicaba desde hacía algunos años al cultivo de la caña. A pesar de esta doble actividad, no consiguió nunca reunir una fortuna. Por las madrugadas salía siempre a caballo, acompañado del negro Patricio, antiguo esclavo de mi abuelo. Iba a la finca, de donde regresaba a las once para cambiar de traje, almorzar apresuradamente y dirigirse a la Audiencia. Algunas veces, antes de bajar del caballo, me tomaba en sus brazos, a mí que era la más pequeña, y sentándome sobre el arzón de su silla, me hacía dar un paseo de dos cuadras, mientras Gastón rabiaba en la puerta, gritando que era a él a quien debían de llevar porque era hombre. Por la tarde llegaba papá antes de ponerse el sol; tomaba su baño templado, se calzaba las zapatillas y no salía más a la calle hasta el día siguiente. Mi madre, en la mesa y en la sala, se sentaba siempre a su lado, aun cuando estuvieran horas enteras sin cruzar una palabra; ella cosiendo o tejiendo y él leyendo los periódicos.

Mi madre, mi tía, mis dos hermanos y yo vivíamos durante el día reclusos en la casa, sin que los niños de la vecindad nos visitaran, ni se nos permitiera salir a jugar con ellos. Mamá quería tenernos siempre al alcance de su vista. Era dulce y nos colmaba

de caricias cuando nos portábamos bien; pero su fisonomía cambiaba de pronto, si tenía que reprendernos, y su voz, breve y seca, no admitía réplica. Ocupada siempre en algún quehacer de la casa, no nos olvidaba un instante, observando lo que hacíamos, cuando menos lo esperábamos. Así llenaba todas las horas del día. Recuerdo sus batas siempre blancas, de anchas mangas, y el ademán peculiar con que las echaba hacia atrás, mostrando los blancos brazos, cuando, impaciente, para enseñar a las criadas, tomaba la escoba o removía cacerolas en la cocina. Los sábados parecía gozar extraordinariamente, entre los cubos del baldeo y los largos escobillones que perseguían las telarañas en el techo. Toda la casa se ponía en movimiento, en aquellos días, recorrida por los ojos vivos y movibles de mamá, que no perdía un solo detalle de la limpieza, mientras las dos criadas, sudorosas, se multiplicaban. Mis hermanos y yo íbamos entonces a refugiarnos en la arboleda, a la sombra de los viejos mangos y de los enormes mamoncillos, temerosos de sus cóleras que estallaban con más frecuencia en esos días de febril trabajo.

Mi hermana Alicia ayudaba a mamá, cuidándonos a Gastón y a mí, con la seriedad de una mujer ya hecha. Era cuatro años mayor que yo y contaba dos más que Gastón. Alta y rubia, tenía, al cumplir los doce, la misma gravedad dulce que la caracteriza ahora, la misma hermosura un poco imponente y casi majestuosa, la misma sonrisa bondadosa y discreta. Yo, en cambio, era menos bonita y tenía un carácter más audaz, un pelo más oscuro y los ojos más vivos, aunque también algo soñadores. Conservo dos retratos que me representan a los ocho años con el vestido corto, los rizos sobre los hombros y dos hoyuelos un tanto maliciosos en las mejillas. Estos retratos han servido para avivar mis recuerdos, haciéndome evocar una multitud de detalles perdidos en los rincones de la memoria.

En los ojos de esas viejas fotografías chispea la curiosidad, que ha sido el rasgo más saliente de mi temperamento. He tenido, en efecto, la manía de saberlo todo, de querer explicarle el porqué y el cómo de cada cosa, de no aceptar como verdad nada que no me pareciera explicable. Mi madre se impacientaba, a veces, con mis preguntas, y mi padre solía burlarse cariñosamente de mí llamándome marisabidilla y materialista. Otras veces me miraba con orgullo y se le escapaba decir que yo era muy inteligente; lo que le atraía siempre una reconvencción de mamá, que no quería que se nos elogiase de esa manera, para que «no nos envaneciéramos demasiado». Por lo que toca a Alicia, me contemplaba alguna vez con sus grandes ojos candorosos, asombrándose de que pudiera existir tanta indocilidad en una chiquilla como yo.

No recuerdo con exactitud en qué fecha, pero sí, que fué desde muy temprano en mi niñez, aquel espíritu indócil empezó a entrever

la injusticia con que están distribuídos los derechos de los sexos. Gastón gozaba de ciertas prerrogativas que me irritaban y me hacían lamentar el no haber nacido varón, en vez de hembra. Podía correr y saltar a su antojo y trepar a los árboles, sin que mamá pareciese advertirlo. En cambio, cuando yo quería imitarlo oía el terrible: «¡Niña! ¡niña!» que me dejaba paralizada. Esto hacía crecer en él la pedantería propia de los muchachos de su edad. Se mofaba de nuestros juegos, nos escondía las cintas y las costuras para hacernos rabiar o ahorcaba nuestras muñecas en los árboles del jardín, aprovechando los momentos en que nos veía distraídas en otro lado. Alicia, menos impetuosa que yo, reparaba pacientemente el daño causado, y sonreía o lloraba en silencio. Yo, por el contrario, lo increpaba con energía y algunas veces saltaba sobre él como una fierecilla para pellizcarlo. Mamá intervenía casi siempre, antes de que la contienda se empeñase, y se me antojaba que era, por lo general, más tolerante con Gastón, como si a él le estuviesen permitidas en la vida muchas más cosas que a nosotras. Algunas veces su severidad se concretaba a llamar a Gastón «mariquita» y a reprocharle que se mezclara en las cosas de las niñas. El se alejaba desdeñoso y volvía a mortificarnos con sus bromas al poco tiempo. El pobre muchacho a quien le prohibían juntarse con sus iguales de la misma edad, se aburría a menudo y tenía que entretenerse en algo.

Hasta en los juegos que realizábamos juntos y en la mayor armonía resaltaba aquella diferencia. Había en la arboleda un columpio, pendiente de la rama horizontal de un viejo laurel. La rama era alta, y, por consiguiente, las cuerdas muy largas permitían dar al movimiento del columpio una gran extensión. Aquel juguete nos encantaba. Gastón efectuaba vuelos fantásticos, perdiéndose a veces entre la fronda de los árboles vecinos. Mi hermana y yo tratábamos de imitarlo, y Alicia, como era mucho mayor, solía conseguirlo, ayudada por Gastón que jadeaba impulsándola furiosamente, con el propósito de llegar a asustarla. Pero, de improviso, en lo más animado de la escena, una blanca figura aparecía en el umbral de una puerta, y oíamos el peculiar silbido con que mamá nos llamaba al orden en los momentos de gran algazara.

—¡Niña! ¡niña! ¡Alicia! Bájate esa falda y no te impulses tan fuerte—ordenaba la voz breve y seca.

—Pero, mamá, Gastón lo hace lo mismo... —se atrevía a replicar tímidamente mi hermana, deteniéndose, sin embargo, en el acto y ordenando el vestido con un ligero rubor en el rostro.

—Gastón es hombre y puede hacerlo—insistía mamá en tono severo—; pero ustedes son unas niñas y deben darse su lugar siempre.

En el sistema de educación que empleaban mis padres, este lugar se encontraba siempre definido del modo más claro. Las niñas tenían

que ser modestas, recatadas y dulces. La alegría excesiva les sentaba tan mal como el encogimiento demasiado visible. Debían de saber agradar, sin caer en el dictado de petulantes. Mi madre tenía ideas acerca del cuidado y la delicadeza con que ha de dirigirse a las jovencitas parecidas a las de un coleccionista de objetos frágiles que tuviera que remover a diario las más valiosas filigranas de cristal. A menudo nos sermoneaba dulcemente, tratando de infiltrarnos la humildad y la moderación: «Las niñas no se entretienen con ciertos juegos, ni ríen muy fuerte, ni saltan como los varones. Ustedes deben procurar que el que las vea diga para sí: ¡qué niña tan modesta y tan dulce es esa!» Cuando éramos pequeñitas, Alicia y yo cantábamos sin duda para conservarnos en «nuestro lugar», esta amarga coplilla:

*Papeles son papeles,
cartas son cartas;
palabras de los hombres
todas son falsas.*

Ni Alicia ni Gastón ni yo fuimos a la escuela. Mi madre nos fue enseñando uno a uno lo más indispensable; y cuando todos supimos leer nos daba clases a los tres reunidos, diariamente y durante tres horas consecutivas, exactamente lo mismo que si estuviéramos en un colegio. No era una mujer vulgar. De soltera se había preparado para el magisterio, de cuya esclavitud la redimió su matrimonio con papá, cuando se disponía a hacer oposición a una plaza vacante en las escuelas públicas. Entonces tenía más de veinticinco años y había padecido mucho para mantenerse honrada, pues su familia era muy pobre. No tuvo, por consiguiente, más que recordar sus antiguas aficiones, para convertirse en nuestra institutriz. Mi padre tal vez deseaba ahorrarle este trabajo, enviándonos a una escuela cercana; pero tenía la costumbre de respetar la voluntad de mamá en todo lo que se refería a nuestra dirección, y no insistió mucho en su propósito. Mi tía, por su parte, era también enemiga de los colegios, donde, según ella, se corrompía la juventud. Quedó acordado que mamá nos enseñaría la Gramática, la Aritmética, la Geografía y algo de Historia, y ella el Catecismo, la Historia Sagrada y el bordado. A pesar de su edad, tenía manos de hada para las labores de aguja y una vista excelente. Pero nosotros aborrecíamos sus lecciones, que eran de memoria y sin perdonarnos la omisión de una coma, a causa de su humor atrabiliario y de los castigos que nos imponía. Después de una hora de clase con la tía Antonia, era raro que uno de los tres no llevara en el brazo la huella de sus pellizcos.

Dábamos nuestras clases en un gran salón, próximo a la cocina,

donde los cuadros amarillos y rojos del piso lucían gastados por los pies de tres o cuatro generaciones de habitantes, hasta el extremo de dejar que el agua se depositara en el centro de las losas después del baldeo. Allí se había improvisado nuestra escuela. Había una gran mesa de pino en el centro, y en las paredes mapas y pequeños estantes de libros. Después del mediodía, el sol trazaba en el suelo un gran cuadro de luz, en el que se dibujaba, como un encaje movidizo, la sombra de los árboles. No había reloj en la habitación, y nosotros nos guiábamos por la extensión de aquella mancha luminosa para saber casi exactamente en cada estación la hora en que terminábamos nuestro trabajo.

Algunos domingos, si habíamos sido estudiosos y buenos, nos llevaba mamá a pasear a la fea plazuela que hay frente al palacio del Gobernador o de visita a casa de algunas amigas. Eran nuestros días de gran expansión, porque gozábamos un poco más de libertad y solíamos reunirnos con unos cuantos niños como nosotros. Algunas noches había retreta o baile en el Liceo, y la música nos producía una alegría tal, que la recordábamos a veces durante toda una semana. Mi madre salía siempre vestida de oscuro, como convenía a una señora respetable, y no nos dejaba separarnos mucho tiempo de su lado. No obstante esta rigidez, deseábamos que llegasen los domingos, y estudiábamos con ahinco los seis días de trabajo para que nos nos privaran de aquella diversión.

Un sistema de educación fundado en el aislamiento más escrupuloso no podía dejar de dar sus frutos. A los nueve años mis oídos no habían sido heridos por una sola palabra que turbara la serenidad de mi inocencia. En casa no había pareja de animales, los criados eran antiguos y de absoluta confianza, y mis padres no se hubieran atrevido a tocarse la punta de los dedos delante de nosotros. Estoy por afirmar que a Alicia, a pesar de sus trece años, le sucedía lo mismo, y que Gastón no estaba más enterado que nosotras de ciertas picardías. Mamá se deleitaba contemplándonos, satisfecha de su obra, y nos vigilaba siempre, impulsada por su innata desconfianza hacia todo le que venía de afuera.

Cierta noche, en un descuido de aquellos recelosos ojos, sucedió algo que ha quedado profundamente grabado en mi memoria y que me ha hecho después sonreír muchas veces. Una hermosa niña de doce años, hija de un antiguo compañero de mi padre, muerto hacía mucho tiempo, charlaba con Alicia y conmigo, refugiadas las tres en uno de los más oscuros rincones del portal, mientras Gastón, como un zángano, rondaba cerca de nosotras, sin atreverse a incorporarse al grupo. Nuestra amiguita, mujer precoz, de grandes y maliciosos ojos negros y una cara redonda llena de lunares y de hoyuelos, hablaba mucho, voluble y locuaz, de cosas que ni mi hermana ni yo

entendíamos. Y de pronto, después de una necia pregunta de Alicia, soltó la risa y dio detalles «¡Claro, bobas! ¡El matrimonio es para eso! si no ¿cómo habría niños?» Un rayo de luz en pleno cerebro, algo como un choque brusco, y luego una súbita reacción de protesta fue lo que experimenté, —lo recuerdo como si hubiera acaecido ayer—; y repliqué indignada, sin poder contenerme:

—Eso lo harán los matrimonios indecentes. Mi padre y mi madre te aseguro que no.

Mamá, desde el otro extremo del portal, donde hablaba con la madre de aquella niña, vio el gesto de mi cólera, oyó la carcajada, sonora y burlesca con que respondió la muy loca, y vino hacia nosotras, desconfiada, con el pliegue de una aguda sospecha marcada en la severa frente.

—¡Vamos a ver! ¿De qué hablaban ustedes?

Por toda contestación, Alicia y yo bajamos los ojos, confusas; pero nuestra amiguita, con su imperturbable aplomo, nos sacó del apuro.

—De nada, señora Conchita. ¡Boberías!... Esta niña Victoria, que dice que los ministros protestantes no son curas, porque se casan...

—¡Bah! Juegen a lo que quieran; pero no se metan en las cosas de la religión—replicó mamá. Y en el resto de la noche procuró no alejarse mucho de nuestro lado.

Aunque lo que nos había dicho Graciela—que así se llamaba aquella niña—me parecía horrible y absurdo, no por eso dejé de pensar en ello muchas veces. Por la noche, a la hora de acostarnos, cuando me encontré a solas con mi hermana, quise hablarle de este asunto y saber su opinión; pero ella lo tomó en otro sentido.

—¡Viste qué descarada!—me dijo—. Estoy segura de que mamá sospechó algo...

—Pero, ¿crees tú que, cuando una se casa... es así como ella dice?

Alicia se encogió de hombros, con mal humor, cortando la conversación.

—¡Bah, hija! Somos muy chiquillas ahora para pensar en esas cosas. Cuando seamos mayores lo sabremos.

Con su sano equilibrio de alma, mi hermana apartaba siempre de sí los problemas que no podía resolver de momento. Conocía su carácter, y me fue imposible sacarle una palabra más. Yo, en cambio, medité mucho en la revelación que acababan de hacerme, buscando la confirmación o la negativa en las personas y las cosas que había a mi alrededor. ¿A qué hora podían realizarse aquellos hechos? Graciela nos había dicho que los casados dormían juntos. Y recordaba que, muchas mañanas, me había sorprendido el encontrar intacta la estrecha cama de hierro que había en el cuarto de papá ¿Sería verdad?... ¡Qué asco! No sé por qué, al pensarlo, el concepto en que tenía a mamá se rebajó considerablemente en mi es-

píritu. Mis ideas acerca de ciertas interioridades del cuerpo eran confusas y estaban relacionadas con sentimientos de repugnancia y de vergüenza, de los cuales eran inseparables. No concebía que se pudiese ni siquiera hablar de eso a otras personas, y menos que alguien, que no fuese uno mismo, consiguiera llegar hasta allí. Cuando Gastón hablaba de porquerías, con esa complacencia que los muchachos sienten en provocarle a una asco, para vernos escupir con náuseas, le tapaba la boca con la mano, rabiosa por su desfachatez. «¡Cochino! ¡puerco! ¿No se te ensucia la boca con esas indecencias?» No hacía distinción entre unas cosas y otras de las clasificadas en aquella ambigua categoría de «cochinadas». Por eso, muchas veces, las conversaciones de Graciela, que era muy libre en su manera de hablar, me mortificaban, a pesar de lo mucho que le quería; aunque no me molestaban tanto como las suciedades de Gastón, porque, al fin y al cabo, era mujer como yo. Pero la crudeza con que se expresó aquella noche y lo que dijo, me habían hecho una impresión mucho más honda que todo lo que había oído hasta entonces. ¿Sería verdad que era yo una boba al negar que aquello existiese y al mostrarme escandalizada como si acabara de ver al diablo?

Mi curiosidad adquirió formas enfermizas, tanto más atormentadoras cuanto que no tenía a quien comunicarle mis observaciones. Adivinaba la existencia del misterio en torno mío, y hubiera dado la mitad de la vida nada más que por penetrarlo. Afortunadamente no pensaba en eso de una manera continua, atraída por el estudio y por el juego, que empujaban mi pensamiento en otras direcciones. Sólo que algo vigilaba en mí, espionando constantemente a los demás y a cuanto podía encerrar la clave del enigma, aun en los momentos en que más distraída parecía. La indiferencia de Alicia me irritaba. Puestas las dos a investigar, nuestra tarea hubiese sido mucho más fácil. Pero mi hermana, además de su natural poco curioso y hasta algo apático, empezaba a languidecer y a mostrarse huraña y perezosa, deslizándose de sillón en sillón, y quejándose de frecuentes dolores en la cabeza y los riñones. Acabé por dejarla entregada a sus achaques, y proseguí mis pesquisas, cada día más aburrida de tener que jugar sola o en compañía de Gastón.

Poco a poco mis observaciones fueron inclinándose hacia éste, que era hombre, y, por consiguiente tenía que parecerse a todos los demás hombres del mundo. Acechaba sus descuidos con astucia de gata, para ver «cómo estaba hecho»; pero lo que pude averiguar no aclaraba gran cosa mis dudas. Era como todos los niños pequeños que se muestran desnudos en sus cunas. El sabía poco más o menos lo mismo que nosotras acerca de lo que yo quería aprender, puesto que mamá tampoco lo dejaba solo mucho tiempo y no se reunía sino en su presencia con los otros muchachos. A veces le

interrogaba con disimulo, o le daba bromas con una niña de la vecindad con quien solía hablar por los agujeros de la cerca. Gastón se hacía el misterioso, con su petulancia de varón, hablando con evasivas, o soltaba alguna de sus porquerías, nombrando lo que les restregaría por la cara a todas las chiquillas. Me impacientaba, comprendiendo que aquel grandullón lo ignoraba todo y quería también averiguar lo que no sabía, lo mismo que yo, y concluía dándole un empujón, para enviarlo lejos de mí.

—¡Anda, estúpido! No sabes decir más que suciedades... Hacen bien en burlarse de ti los otros muchachos.

Los achaques de Alicia atrajeron por fin mi atención, fatigada ya de espiar infructuosamente al mequetrefe de mi hermano. En pocas semanas adelgazó, perdió el apetito y adquirió un verdadero aspecto de enferma. Pero no era, sin duda, muy grave su mal, porque mamá sonreía con cierta malicia al verla extendida en las mecedoras y papá permanecía muy tranquilo en sus ocupaciones, como si nada sucediese. Recordaba que cuando, dos años antes, tuvimos los tres sarampión, una especie de locura se apoderó de mis padres, que no se separaron un instante de nuestras camas. Esto me confirmaba en la creencia de que lo de Alicia no era una enfermedad, sino alguna otra cosa, y despertó mis sospechas, que empezaron entonces a encaminarse por este nuevo rumbo.

Mi hermana y yo dormíamos, como dije antes, en el mismo cuarto; pero Alicia se alejaba de mí, rehuía mis preguntas y se mostraba mucho más reservada que de costumbre. Por esta reserva conocí que había hablado con mamá sobre sus padecimientos. Aparente que no me fijaba en eso, y procuré no perderla de vista. Una noche, por fin, advertí que se escondía para arreglar algo, antes de apagar la luz y sin darle tiempo para preparar una disculpa, caí sobre ella y la acosé a preguntas. Después quise ver; y ella, rechazándome dulcemente, me lo contó todo. Hacía dos días que la crisis se había presentado. Desde que se anunció mamá la previno y le dio consejos; de otra manera, aquello la hubiera asustado mucho... Y hablaba con expresión tranquila y seria, recomendándome el silencio delante de mi madre, e indudablemente satisfecha de la superioridad que le daba su nueva situación sobre mí.

Fué un nuevo trastorno en mis ideas el de aquella noche. Recordé que Graciela nos había hablado también de aquel fenómeno, preguntándole a Alicia si no lo había experimentado aún, y afirmando con mucha seriedad que ya ella «era mujer». Empezaba a entrever que aquella loca tenía en todo razón, y esto me desagradaba, obligándome a confesarme que era una tonta, al lado de la sabiduría de mi amiguita. Mi amor propio sufría a causa de mi ignorancia, y tenía que convenir en que muy escasa luz me había traído todas

mis investigaciones. Sin embargo, pocos velos hay que resistan a una curiosidad femenina que acecha pacientemente. La previsión de mamá había escogido los criados, proscrito las parejas de animales que pudieran ilustrarnos acerca de la gran inmoralidad de la naturaleza, y alejado las compañías peligrosas; pero no pudo despoblar el aire de gorriones, ni la arboleda de mariposas y lagartijas, ni el comedor de moscas, ni logró impedir que una de las gatas de mi tía Antonia pariera cinco gatitos, el último en presencia nuestra. Las pruebas se acumulaban, gracias a la idea central que me había dado Graciela, y ciertamente que yo no las dejaba pasar inadvertidas. Y lo extraordinario era que, al caer uno a uno los pétalos de la inocencia, se iba abriendo más lozana la rosa del pudor. Gastón que había visto como yo el parto de la gata trataba de molestarme recordando los detalles cuando mamá no podía oírle, y ahora era yo la que le impedía hablar, roja de vergüenza.

—¡Indecente! ¡Te callas o se lo digo todo a mamá! No quiero oír eso...

Empezaba a ser mujer, sin que nadie me lo hubiera enseñado. Quería saber siempre más, pero aprendía a disimular mis impresiones. De ahí que ni mi madre ni mi tía, a pesar de la suspicacia con que nos examinaban continuamente, llegaran a sospechar el más insignificante de mis descubrimientos. Nunca, en efecto, delante de ellas y mientras estudiaba uno por uno todos sus ademanes y espiaba sus palabras para unirlos a mi colección, mis ojos brillaban con más serena expresión de candor, ni se abatieron con mayor modestia sobre las baldosas del piso.

Así viví algunos meses.

CAPITULO VI

La última semana antes del casamiento de Alicia fue extraordinariamente fatigosa para todos nosotros... Ni mi hermana ni yo nos imaginábamos lo que hay que trabajar para casarse. Adelgazamos. A última hora siempre faltaba alguna cosa en que no habíamos pensado. Apenas teníamos tiempo para vestirnos si venía alguna visita, pues cosíamos de noche y nos levantábamos al amanecer. Yo no pensaba en nada. Era como una masa inerte que caía en la cama, muerta de cansancio, para dormir ocho horas seguidas sin despegar los párpados.

En un almacén de novedades encontramos una tarde a Luisa, casada ya, que hacía compras con su marido, hablando muy alto y revolviéndolo todo. Estaba más flaca que nunca, con su aspecto

de gata, sus grandes ojos de histérica y su vestido abullonado, donde el artista había tratado de disimular hábilmente la falta de carnes con las combinaciones de la tela y la gracia vaporosa de los encajes. Su marido, un buen mozo, se mostraba correcto, frío y solícito, bajo su traje irreprochable. Recordé la historia de aquel enlace, del que ya se hablaba cuando estábamos en el colegio. El era abogado; tenía talento y ambición, pero su familia era muy pobre. Se casó por el dinero del padre de Luisa, antiguo gerente de la casa *Troyes, Guzmán y Compañía*, y por la legítima de la madre de la joven, de la cual entró en posesión en el acto. Ella no se hacía ilusiones: sospechaba las miras interesadas de su novio y se reía de eso como de su fealdad que le preocupaba muy poco, sabiendo hasta dónde llega el poder de la riqueza. Era escéptica y sabía vivir. Compró el marido, y estaba dispuesta a cobrarle, en satisfacciones de todas clases, lo que le costaba y a no dejarse nunca dominar por él.

Al vernos a mi hermana y a mí hizo grandes demostraciones de alegría, y nos presentó a su esposo. El buen mozo miraba a Alicia, disimuladamente, con ojos de codicia. Leí en aquella mirada una novela íntima de traiciones que me repugnó. Luisa nos arrastró consigo a un lado, dejando que su marido se entretuviera en contemplar a su gusto, siempre de soslayo, a las lindas muchachas del almacén.

—¡Ay, chicas! ¡tengo que contarles tantas cosas! Algunas muy divertidas ¡verán! Voy a vistarlas, sin cumplidos de ninguna clase, para que hablemos como cuando estábamos en el colegio, ¿se acuerdan? ¡Qué tiempos aquellos! ¿verdad? Yo me divertía y le tenía cariño al convento. A veces me parece que hace un siglo de nuestra salida de allí, y fue casi ayer. Yo quería quedarme un año más, pero mi padre no quiso, por lo del matrimonio. Temía morir y que nos quedáramos solteras. Mi hermana se casará también con un hermano de mi marido... Francamente, ¿qué les parece mi Adolfo? Es simpático ¿no es verdad? Pero yo lo conozco mejor que papá, porque delante de él se hace siempre la mosca muerta, y sé que hay que amarrarlo corto...

Se dio una palmada en la frente.

—Pero soy una loca: hablo y hablo, y todavía no se dónde ustedes viven. Quiero ir allá en esta misma semana.

Se lo dijimos, y ella alzando la voz, se dirigió al marido, que se mantenía discretamente alejado... para mirarnos mejor a mi hermana y a mí, como artista que sabe dar su justo valor a la perspectiva.

—Adolfo, hazme el favor de anotar esta dirección en tu cartera: «Consulado, 260, altos... ¿Está?... ¡Gracias!...»

Y lo recompensó con una mirada profunda de sus ojos lujuriosos. En seguida volvió a hablar con nosotras, exagerando las efusiones

de su antiguo afecto con una mímica muy expresiva que mostraba sus manos huesudas llenas de sortijas.

—¡Qué hermosa estás Alicia! Eres lo que prometías ser de niña... Y tú, ¡qué linda, Victoria! Con el tiempo vas a tener el mismo cuerpo que tu hermana... Yo, hijas, como siempre: con los huesos y la piel, y con el mismo corazón y el mismo carácter... Pero tengo tantas cosas que decirles, que no sé por dónde empezar... Tenía hoy la corazonada de que iba a sucederme algo agradable. Salí de casa a comprar, porque me aburría, y tuve que conquistar a Adolfo, que es muy perezoso para salir durante el día. Dormimos la siesta ¿saben? —Y río maliciosamente, dejando suponer muchas cosas. Después añadió: —De eso también hablaremos... de mi matrimonio; pero despacio y cuando estemos solas. ¿Se acuerdan de Berta? Se casó también, pero estamos disgustadas y no la visito. ¿Recuerdan lo sucia que era y el trabajo que costaba para que se bañase metiendo todo el cuerpo en el agua? El marido es medio mulato y rico, según dicen. Dejé de tratarla porque se hizo amiga inseparable de las de Montes, que ustedes saben cómo me odian y los horrores que dicen de mí. Lo siento, pues para mí las amistades del colegio son como una cosa sagrada; pero digo como Cristo: «el que no está conmigo, está contra mí». ¿No tengo razón, chicas? Por fortuna no han salido de Santa Clara, y no tengo el disgusto de verlas. Eso sí, se las cobro cuando puedo. El mes pasado compré la casa en que vivía Berta desde hace veinte años, y le hice pasar el mal rato de tener que salir de ella punto menos que a empellones.

A pesar de la prisa que teníamos mi hermana y yo, oía con gusto la charla de Luisa, porque me hablaba de gentes a quienes casi había olvidado y me interesaban los episodios de la guerra que sostenía con las Montes y sus aliadas. Sólo las mujeres y los eclesiásticos, es decir, los seres obligados a comprimir sus pasiones durante toda la vida, somos capaces de concebir esas pequeñas y refinadas venganzas, de una puerilidad inconcebible y de gustar emociones exquisitas en su ejecución. Me acordé de Berta y de las Montes, y me hizo gracia el juego de Luisa. Alicia le preguntó a la vengativa joven:

—¿Y la mayor de las Montes, qué hizo? ¿Se casó?

—¿Isabel? ¡Loca, hija! Con una locura... ¿cómo diré?... un poco... vamos, un poco sicalíptica. Dice que su virginidad es de Jesucristo, y que tiene una misión divina que cumplir en la vida, que no explica. Dos o tres veces han tenido que recluirla en un sanatorio, verdaderamente furiosa. Lo que pasa es que ha llegado a los treinta años sin que nadie haya querido cargar con ella... El pobre Cristo tiene que contentarse siempre con lo que nadie quiere... Está más delgada que yo y las santurronas de las hermanas lo mismo.

Al fin y al cabo, tendrán que echar mano a los curas, y entonces se pondrán gruesas... Cuando vaya les contaré muchas historias de esas hipócritas y de otras muchas. Tengo provisión para rato. Pero el pobre Adolfo bosteza, y si abuso de él me va a ser difícil conseguir que me acompañe otro día. No te digo nada, Alicia, porque iré por allá antes de que te cases... Bueno; adiós, muchas cosas a todos. ¡Hasta pronto!

Nos besó en las mejillas y corrió a reunirse con el marido, que ya caminaba hacia la puerta, después de haber saludado ceremoniosamente con el sombrero. Desde allí volvió Luisa a decirnos adiós con la sonrisa y el abanico. Un carruaje tirado por dos hermosos alazanes se acercó a recogerlos. Los arneses brillaron un momento heridos por el sol. Luisa saltó como una cabra, y el bello Adolfo entró detrás con la gravedad de un diplomático. Alicia y yo nos miramos, sonriendo, y acabamos de hacer rápidamente nuestras compras.

Tres días antes del matrimonio de mi hermana, mamá y yo fuimos a casa de mi futuro cuñado, y nos pasamos varias horas poniendo en orden los objetos de Alicia, que iban llegando de distintos lugares. El novio no estaba allí. Se había trasladado discretamente a un hotel, y sólo iba algunos momentos para dar órdenes a los criados. Si nos encontraba alguna vez, nos saludaba en la sala y no entraba a las habitaciones sino cuando le invitábamos o le hacíamos alguna consulta sobre colocación de muebles. Como no le había mujeres en su familia, teníamos nosotras que ocuparnos en aquellos detalles un poco penosos. Una vieja criada, especie de ama de llaves, que había visto nacer a Trebijo, nos ayudaba, haciendo al propio tiempo los honores de la casa. Los demás sirvientes la obedecían con respeto. Los hombres vestían de negro y las mujeres del mismo color con delantales blancos sujetos con tirantes que se cruzaban en la espalda. Me pareció que aquella servidumbre organizada de prisa, pues el novio no quiso conservar cerca de él testigos de su vida de soltero, se encontraba un poco encogida con sus trajes nuevos y en presencia de la novia. La anciana nodriza les daba consejos y procuraba adiestrarlos rápidamente.

Mi casi cuñado no hizo locuras capaces de arruinarlo arrastrado por el entusiasmo del matrimonio. Era un hombre metódico, a quien el amor no cegaba hasta el punto de hacerle olvidar el valor de un centavo. La casa fue pintada, retocada y lavada, como para recibir a su dueño después de seis meses de ausencia. En el piso bajo estaban las cocheras, el salón de los arneses y las habitaciones de los criados. Se pusieron allí vitrinas nuevas y se cerró el patio con tabiques de madera y cristales, para aislar todas aquellas dependencias de la vista de los que entraban. La gran escalera de honor, de mármol blanco, desenvolvía desde el zaguán su curva majestuosa,

ocultando también, en parte, el patio y la galería interior donde se alineaban los coches detrás de las puertas de cristal. Trebijo había hecho colocar dos grandes estatuas de bronce, que sostenían antorchas, a los dos lados de la escalera. El portero, de uniforme azul con botones dorados y gorra galoneada, reinaba en aquel recinto, entre las hojas de la monumental puerta de caoba abiertas de par en par. En el piso principal se dejaron las habitaciones de los dueños casi tal como estaban al morir el padre de Trebijo. En el salón los antiguos muebles de palisandro y damasco rojo ostentaban fundas completamente nuevas. Se agregaron algunas sillas modernas y ligeras y un juego estilo imperio con vitrinas de caoba y guarniciones de bronce. Además se renovó el cielo-raso en el salón y en las habitaciones de la novia. Olía a barniz, a telas nuevas, a cal, a humedad y a viejo polvo removido algo indefinible. Aquella casa, donde el peso de las tradiciones parecía desprenderse de los techos, a pesar de la pintura y de los intentos de renovación, me oprimía un poco el pecho, sin explicarme claramente por qué. José Ignacio Trebijo no era un poeta, sino un burgués previsora y meticuloso, muy bien preparado para asumir las graves obligaciones del matrimonio; lo sabía, y sin embargo no podía evitar que algo desalentador y triste se levantara en el fondo de mi alma, como una muda protesta de sentimientos no bien definidos que no podían morir en ella. ¿Era el rencor que sentía hacia el novio de mi hermana lo que me dictaba esta protesta? Lo quise pensar así, y procuré ahogarla generosamente. Todo aquello se había hecho con acuerdo de Alicia e indirectamente con mamá, que se mostraba encantada con el yerno, y no debía censurarlo. La fundación de una familia es algo serio, trascendental y prosaico de lo cual es necesario desterrar la imaginación, si no se quiere que ésta cometa alguna de sus mil tonterías.

En el cuarto de la novia, en cambio, todo era nuevo y fresco, a pesar de aquellos horribles y enormes muebles que se usaban entonces y que la moda ha arrojado, por fortuna, de sus dominios. La cama, ancha y baja, con dosel y cortinas color de oro viejo, los grandes armarios de tres lunas y la cómoda, de dimensiones tan desmesuradas como lo demás de la habitación, se destacaban suavemente en la penumbra que el decorador había buscado hábilmente, atenuando la luz demasiado cruda de las ventanas y suprimiendo las lucetas de cristales. Era una semiclaridad discreta de santuario. El bastidor, desnudo, mostraba sus espirales de alambre nuevo, que habían de sustentar el peso de la pareja... Una ola de rubor subía a mis mejillas cuando me fijaba un rato en él. Sin poderlo evitar me sugería imágenes que hacían palpar con violencia mi corazón, y volvía maquinalmente los ojos a mi hermana que se movía en el cuarto muy activa y un poco nerviosa, ayudando a mamá. Fue ésta quien colocó los colchones y tendió los cober-

tores, la vispera de la boda, ayudada por Ana, la vieja criada, pues Alicia, por una especie de íntima delicadeza, no puso sus manos en la cama. Las sábanas, muy blancas, quedaron escondidas bajo la cubierta de encajes con el fondo del mismo color que las colgaduras. En la cabecera, los dos almohadones, forrados también de seda y encajes quedaron rígidos y mudos, como dos centinelas que aguardasen no sé qué ceremonia misteriosa y solemne. La pobre mamá estaba un poco pálida y muy seria, y alguna vez me pareció que se volvía disimuladamente para ocultar la humedad súbita de sus ojos. Yo también, por momentos, me sentía sobrecogida de angustia, al pensar que mi hermana se quedaría para siempre allí, entre seres y muebles extraños que no nos la devolvería jamás. Pero mi madre combatía su emoción por medio del movimiento y no nos dejaba ociosas un instante.

—Victoria, ve a ver si de casa han enviado algo más. Dí que lo traigan aquí en seguida. ¡Vamos hija, no te detengas, que tenemos que acabar!...

Y dirigiéndose a mi hermana mientras yo corría a desempeñar su encargo, proseguía:

—¿Dónde quieres que te guarde estas toallas de baño?

Alicia meditaba un instante, y acababa por decir, desconcertada:

—Déjalas ahí, en ese escaparate, por lo pronto. Después yo iré arreglándolo todo.

Mamá movía la cabeza, sin dejarse convencer.

—Ese es mal sistema, hija mía. Después, en los primeros días, vas a verte apurada, si no lo ordenas ahora todo. Vamos, ven a ver dónde te pongo las toallas... ¿Ves? Aquí. Recuérdalo bien.

Aquella alusión a «los primeros días» me torturaba un poco. Y, sin embargo, también hubiera querido tener mi casa: una casita nueva y alegre, toda mía, donde pudiera ser la reina y moverme de un lado a otro, vistiendo lindas batas con cintas, como las que iba desempaquetando de la canastilla de Alicia y poniendo muy cuidadosamente en los armarios. Empezaba a tener como la intuición nueva de la simplicidad de todas las cosas de la vida, a despecho de su complicación aparente.

Al retirarnos, después de haberlo dejado todo en orden, hablamos del novio, mientras bajábamos la escalera. Alicia compadecía la soledad de José Ignacio que no había tenido una madre y una hermana que pusieran sus manos, al lado de nosotras, en la instalación de aquel hogar que empezaba. Pero mamá, sin contradecirla abiertamente, hizo algunas observaciones, en que se revelaba su sagacidad de vieja.

—O tal vez sea una ventaja, hija mía—dijo gravemente. ¿Quién puede saberlo? Muchas veces lo difícil en el matrimonio no es ar-

monizar los caracteres de los esposos, sino los de las dos familias. Por ahí empiezan con frecuencia los desacuerdos de los casados.

Me vi obligada a recordar nuevamente a Teresa Trebijo, que sin duda sabría ya que su hermano iba a casarse. ¿Padecería mucho al pensar que no podría estar a su lado en aquellos solemnes momentos? Seguramente que no; porque ¿qué iban a entender «esas mujeres» de delicadezas del corazón? Me burlé de mí misma por haberlo pensado, y aparte, el recuerdo de mi memoria, encogiéndome de hombros con el pensamiento. Hoy me explico aquellas ideas más reconociendo que a la condición de mujer honesta va siempre aparejada cierta sequedad del alma.

En casa nos esperaban nuevos cuidados: el traje y los adornos de la novia, el frac de papá y el uniforme de gala de Gastón, que había sido nombrado la semana anterior subteniente de artillería. Habíamos dejado muchas cosas para última hora, y otras, encargadas con tiempo, no estaban concluidas todavía. Para colmo de apuros, encontramos al llegar a Luisa y a su hermana que nos esperaban.

Mamá se excusó de atenderlas, atareada y nerviosa con todo lo que faltaba. Luisa nos ayudó a colocar los regalos sobre la mesa de comer, cubierta con un tapete de pana roja. Reía de todo y decía enormidades sin inmutarse, como si los matrimonios excitaran su temperamento de gata en celo. Le decía a Alicia:

—Te quedan dos noches. Pasado mañana a esta hora habrás perdido algo que no se recupera, ¿verdad?

Mi hermana enrojecía y bajaba la cabeza.

—Pero no es gran cosa ¿sabes? Si te han asustado contándote tonterías, no las creas. Es peor si una tiene miedo; pero si se presta ¡nada!

Avergonzada por aquellas crudezas, yo la reconvenía dulcemente:

—¡Ay, hija, por Dios! ¡De qué manera tan poco disimulada hablas!

Luisa reía burlonamente.

—Y en el colegio ¿no hablábamos de eso y de cosas peores? Entre nosotras esas conversaciones ¿qué tienen de malo? Para mí se trata de una cosa muy natural, que yo he hecho, que tu hermana va a hacer mañana y que tú también harás cuando te toque...

Me callaba sin saber qué responder, y ella, irónica, cogiéndome la barbilla y obligándome a mirarla de frente, añadía:

—Entonces, cuando te llegue a tu vez, no te gustará ¿no es eso?

—No sé, chica. Cuando me toque pensaré en eso. Por ahora no quiero.

—¿De veras?—exclamaba muy asombrada.

—¡De veras!—le respondí con absoluta convicción.

Me contempló como si acabara de verme caer de la luna, y se

encogió de hombros. Me repugnaba aquella mujer, cuya fealdad hacía más abominable su lascivia. La hermana, aunque soltera todavía, era lo mismo que ella.

Felizmente vino el marido a buscarlas y se las llevó pronto. Seguían llegando los regalos, hasta el punto de no haber ya en la mesa y obligarnos a colocar cerca de ésta una pequeña consola, cubierta con un tapete encarnado. Los compañeros de papá, los amigos del novio y los de Gastón, rivalizaban en aquellas finezas. La corona de azahar y el velo llegaron por la tarde, en sendas cajas de cartón rotuladas con nombres franceses. Mamá, en el teléfono, apuraba a los proveedores. Pero ni el traje de Alicia ni los de papá y Gastón estarían listos hasta el día siguiente por la tarde, una o dos horas antes de la ceremonia. No pudimos sentarnos a la mesa convertida en exposición de presentes, y comimos de cualquier modo, en una mesilla improvisada, cerca de la cocina. José Ignacio, que entró mientras comíamos, a cambiar impresiones con mamá y Alicia, no recuerdo sobre qué detalles de la boda, se echó a reír al vernos amontonados de aquella manera sobre los platos. Estaba agitado y radiante, tal vez un poco pálido, y hablaba mucho para aturdirse, como un combatiente la víspera de su primer duelo.

El día siguiente amaneció lluvioso y triste: una fea mañana de diciembre en que el agua goteaba incesantemente del cielo plomizo, sin llegar a constituir un franco aguacero. No hacía frío, sino una humedad pegajosa que se adhería a las carnes. Alicia y yo habíamos dormido poco, entristecidas ambas, sin decirnoslo, por la idea de que era la última noche que pasaríamos juntas. La melancolía del cielo y del agua acabó de ponerme de mal humor. Durante toda la mañana la llovizna continuó sin interrupción. A las doce brilló un poco el sol y parecía que el tiempo iba a mejorarse; pero una hora después la lluvia comenzó de nuevo, quitándonos toda esperanza de una noche apacible. A las dos avisó Luisa que estaban completadas las seis damas de honor de Alicia, reclutadas entre sus amistades y las nuestras. El matrimonio sería a las nueve de la noche en el Monserrate. Faltaba el vestido de la novia, el *bouquet*, el frac de papá, qué sé yo cuántas cosas, y la lluvia no cesaba. Mamá estaba excitadísima. Alicia, un poco asustada, apenas hablaba ya. Papá, muy serio, disimulaba su preocupación leyendo y dando frecuentes viajes a todas las ventanas para observar el tiempo. Cuando Graciela, que comería con nosotros, llegó a las cinco acompañada por su madre todos nos sentimos como aliviados de un peso con la presencia de aquella criatura serena y alegre que no perdía jamás la cabeza. Nos reímos y hubo algunas bromas; pero, a la hora de la comida, nadie probó un bocado, a excepción de las visitas.

A las ocho todavía no habían traído el vestido de Alicia. Las buenas modistas no abandonan por nada los golpes teatrales. Mi

hermana, en enaguas, aguardaba sentada en nuestro cuarto, un poco nerviosa, mientras mamá, Graciela y yo nos turnábamos para abanicar su rostro y sus bellos hombros desnudos. Hacía calor en la habitación cerrada, a pesar de la estación; y cuando dejábamos de darle aire cinco minutos, la piel de la novia se cubría de finas gotitas de sudor, bajo la capa de polvo de arroz. Alicia, cada vez más emocionada, no obstante su temperamento frío y resignado, mostraba la amplitud de su pecho, que subía y bajaba con ritmo variable, y se dejaba vestir y cuidar como una muñeca, contestando con sonrisas y monosílabos a las frases que se le dirigían. Graciela estaba seria. Mamá salía a cada momento y volvía con los ojos secos, pero enrojecidos. Una de aquellas veces murmuró:

—Ya están ahí los coches, pero el tiempo es horrible.

Corrí a verlos por el saloncito de la escalera, sin pasar por la sala. En la calle, bajo la lluvia fina y pertinaz, se alineaban seis o siete carruajes, cuyos faroles mortecinos parecían próximos a extinguirse en la humedad del ambiente. Los caballos bajaban la cabeza hurtando las orejas a la cosquilla del agua. Los cocheros, envueltos en sus capotes y con las chisteras enfundadas, aguardaban en pie, al borde de la acera, huyendo del lodo que llenaba el arroyo, en aquel tiempo sin empedrado ni asfalto. Era como un llanto monótono de la naturaleza, que chorreaba en silencio y ensuciaba la ciudad con aquel mar pegajoso de barro, cada vez más profundo y más ancho.

Desde la persiana del pasillo, atisbé, sin ser vista, el interior de la sala, al través del *hall* desierto. Había unos quince hombres, los íntimos, pues el resto de los invitados se reuniría en la iglesia. Ninguna mujer. El tiempo las ahuyentaba, y no supe si alegrarme o sentirlo, porque me libraba de la tiranía de los cumplidos en aquella hora tan angustiada para mí. Los hombres hablaban para entretener la espera, atendidos por papá y por Gastón, y de vez en cuando dirigían miradas recelosas a la calle y a sus flamantes zapatos de charol. A menudo recorrían la concurrencia corrientes de hilaridad, ahogadas discretamente, que se propagaban en medio del murmullo de voces graves. Sin duda se referían picardías unos a otros, excitados, jóvenes y viejos, por el aburrimiento de la espera y la proximidad de la boda. No podría decir por qué todo aquel marco de obligados convencionalismos en torno del casamiento de una joven y aquella actitud de actores próximos a salir a la escena en que nos encontrábamos, me desagradaban y me llenaban de cólera contra el mundo.

Volví al lado de mi hermana. Los minutos transcurrían lentos y angustiosos en el silencio de todos. A las ocho y media, un coche se detuvo en la calle y dos oficiales subieron apresuradamente, con-

duciendo una enorme caja. Mamá, que se había asomado a la puerta entreabierta del cuarto, retrocedió apresuradamente, exclamando:

—¡Listo! ¡Listo! Tenemos que apresurarnos. ¡Ya está ahí el vestido!

Rápidamente el magnífico traje, hecho de brochado de seda y blondas de Inglaterra, fue sacado de la caja y extendido sobre la cama. Los encajes, que habían servido para adornar el vestido de novia de la abuela de José Ignacio y se trasmitían como una reliquia en la familia, amarilleaban sobre el blanco argentado de la tela. Mamá los contempló un momento con admiración, y sin perder tiempo, ayudada por las oficiales empezó a ceñir el traje sobre el cuerpo de Alicia, siempre confusa, que se abandonaba como un autómatas. La falda quedó puesta; pero el corpiño no ajustaba. Temblamos, pensando si se habrían equivocado en las medidas. Mi madre se pinchó un dedo con un broche tratando de cerrarlo, y, muy nerviosa, se volvía hacia las oficiales en hosca interrogación.

Las muchachas sonreían, muy tranquilas.

—¡Oh, es el corsé!—replicó una de ellas—. La señora... la señorita tiene el cuerpo tan lindo que hubiera sido una lástima dejarle más holgado el talle. El corpiño cierra... Con dos centímetros que ganemos todo quedará arreglado.

¡Manos a la obra! Las cintas corrieron bajo los dedos vigorosos de una de las obreritas; la otra la auxiliaba estrechando el talle de Alicia con ambas manos. Mientras tanto hablaban sin cesar, adulongamente, siguiendo su costumbre de halagar siempre a las clientes de su taller. ¡Regio! ¡regio! Daba gusto vestir a personas así, con esos hombros y ese talle y esas caderas... La señorita llamaría la atención en la iglesia. Un poco molesta al principio por el corsé ¿verdad? Pero en seguida pasaría eso, y ¡qué diferencia!... ¡Soberbio! Ahora, el manto de corte... Así, ¡no puede pedirse más! Mi madre se alejó para contemplarla, mientras Graciela y yo le seguíamos dando aire con los abanicos. Alicia, entelerida, bajaba los ojos, sin atreverse a hacer el menor movimiento. Mamá, satisfecha de su contemplación, volvía a darnos prisa.

—¡Vamos! ¡vamos! ¿Y el bouquet? ¿Y los guantes?

Corrían de un lado para otro, alrededor de la novia inmóvil, buscando lo que tenían delante de los ojos. Yo escapé al cuarto de mamá, donde tenía mi vestido y mi sombrero, para ponérmelos rápidamente y evitar que esperasen por mí.

Al salir, ya lista, tropecé con Luisa, que me buscaba. Aquella loca, que no le temía a nada, no podía detenerse ante un poco de lluvia.

—¡Ay, chica! ¡Si supieras qué sorpresa!—me dijo en cuanto me vió—. ¿A qué no sabes a quién me encontré?

—¿A quién?

—A Dolly. Casada. Llegó el sábado con su marido. Van esta noche a la iglesia.

—¡Ah!

La arrastré hasta la sala, donde nos rodearon los trajes negros y las blancas pecheras. Me asediaron, preguntándome por la novia, impacientes por verla y por saber si ya estaba vestida. Algunos me dirigieron galantes elogios por mi traje crema y por mi peinado, hecho al deseuido, que me favorecía siempre mucho más que cuando me esmeraba en crear con mis cabellos una obra de arte. El marido de Luisa hablaba con mi padre y otro joven en el hueco de una puerta, junto al balcón. Encontré a papá elegante, con su alta estatura, un poco encorvada, su frac nuevo, los cabellos y la barba casi blancos y la camisa lustrosa asomando por la inmensa abertura del chaleco. Noté en seguida que, aunque escuchaba muy afablemente al abogado, todas sus atenciones eran para el otro joven, a quien no recordaba haber visto jamás en nuestra casa y cuya fisonomía no me era, sin embargo, completamente desconocida. Era un hombre como de veinticinco años, alto y delgado, de pelo oscuro y barbilla del mismo color, acabada en punta, que, al sonreír, mostraba unos labios de expresiva dulzura y unos dientes muy limpios. Algo miope, además, usaba lentes y miraba de un modo peculiar que hacía más simpática su fisonomía. En cuanto me vio libre de las personas que me saludaban, mi padre me hizo seña de que me acercara y me presentó a su amigo.

—Mira, Victoria: este caballero es hijo de Joaquín Alvareda, que fue vecino nuestro algunos meses cuando era telegrafista en nuestro pueblo. Se llama Joaquín como su padre, que es un excelente amigo mío y un hombre intachable.

Me incliné casi con coquetería, como puede colegirse después de una presentación tan llena de elogios; y tendí mi mano al joven, que se apresuró a estrecharla en la suya. Entonces habló, y el timbre de su voz me hizo tan buena impresión como su persona.

—Usted no puede acordarse de mí, señorita, porque don Ricardo habla de una época en que era usted muy pequeña. En cambio, yo sí me acuerdo de usted y de sus hermanos.

—¿Vivieron ustedes mucho tiempo cerca de casa?

—Próximamente un año. Mi padre no estuvo en Santa Clara sino accidentalmente, a causa de un traslado injusto. Siempre fué telegrafista en Matanzas, donde se encuentra todavía.

—¡Ah! ¡vive todavía!

—Sí, señorita, vive.

Le observaba de reojo y le encontraba bien con su perilla rizada y bien cuidada, su semblante un poco marchito de hombre de estudios y su mirada torpe, cuya timidez se ocultaba detrás de los

cristales. De todos los que estaban en aquella sala era, seguramente, el que más me gustaba.

Sonó un cañonazo lejano, cuando me disponía a proseguir la conversación, y todos los hombres se irguieron sacando los relojes. Eran las nueve. Hubo en seguida una agitación general de impaciencia. El novio no había llegado todavía. Mamá, ya vestida, salió, abrochándose los guantes y mirando disimuladamente a todas partes. El corsé la mantenía muy erguida, oprimiendo sus carnes flojas que se desbordaban por encima de las ballenas y bajo la seda tirante del vestido. ¿Y el novio? Se dieron algunas bromas suaves, discretas, en que se traslucía un secreto vibrar de envidia en la voz de aquellos hombres contenidos por las conveniencias. Si hubieran podido hablar como en la plaza pública, seguramente más de uno se hubiera ofrecido para sustituir al ausente. Los ojos, sin embargo, brillaban, cargados de malicia.

—Usted estará muy triste con el matrimonio de su hermana—murmuró a mi lado dulcemente la voz de Alvareda.

—¿Por qué?—le pregunté sorprendida.

—Porque ahora usted va a quedarse muy sola.

—Oh, sí! Bastante triste—respondí con cierta emoción sintiendo que algo, que pude reprimir, me subía del corazón a los ojos.

Y le agradecí a aquel joven que, entre todos los que se acercaron a mí aquella noche para decirme tonterías, hubiera sido el único que me hablaba de un dolor real de mi alma.

En ese momento entró Trebijo como un alud. Apenas se detuvo a saludar a sus amigos, azorado, nervioso por la prisa y la proximidad de la boda. Ni siquiera se había ocupado en distribuir sus cabellos tan simétricamente como de costumbre, lo cual era siempre en él síntoma de extraordinaria perturbación interior. Pidió excusas por su retraso y preguntó por Alicia. Mi hermana, ya lista desde hacía mucho tiempo, lo esperaba sentada en el cuarto, mientras Graciela y las dos oficialas la abanicaban continuamente. El novio entró, sin más ceremonias, casi a la carrera, seguido a corta distancia por mamá que no se creía relevada todavía del deber de vigilar a los jóvenes.

Hubo un movimiento general en la sala y en la calle. El grupo, fustigado por la curiosidad, se precipitó hacia el *hall*, para situarse cerca de la escalera. Los coches se movieron, entre pataleo de caballos y ligera confusión de voces. Seguía lloviznando. Era horrible el tener que arrastrar por la suciedad de la acera y del atrio la majestuosa cola de seda de la desposada.

De pronto rompió el silencio de los espectadores, emocionados, un leve murmullo de admiración. Alicia salía, del brazo de papá, lenta, rígida, con los ojos casi cerrados y el rostro tan encendido que parecía atacada por la fiebre. Lucía más alta, en su actitud

hierática, el manto de corte caído desde los hombros al suelo, la corona de azahares sobre la frente y el ramillete de blancas flores sujetado con ambas manos a la altura del pecho, con la mística inmovilidad de las santas que sostienen objetos entre sus dedos de cera. Pasó por delante de todos, probablemente sin ver a nadie, y desapareció con su acompañante por el hueco de la escalera. Detrás iba el novio conduciendo a mamá. A pesar de su aplomo habitual y de la elegancia de su frac de severo corte, Trebijo se mostraba casi tan cohibido y torpe como mi hermana, en el instante decisivo. Juraría que era visible, bajo su piel, el esfuerzo de los músculos para dar a la fisonomía un aspecto sereno. Tropezó en el marco de la puerta al salir a la escalera, y mamá tuvo que arrastrarlo para que tomase el buen camino. Los demás nos precipitamos detrás de ellos, con un poco de desorden, hacia la calle, donde los coches, bajo la fina lluvia, se acercaban rápidamente y recogían su carga, partiendo al trote largo. A despecho del tiempo, las gentes, provistas de paraguas, se detenían en la acera para vernos salir.

Algo semejante sucedía en el atrio del Monserrate, donde la muchedumbre compacta aguardaba pacientemente, con los pies en los charcos formados en las viejas losas y en los desiguales adoquines de la calle. No sé por qué el espectáculo tantas veces presenciado de una boda atrae con tanta fuerza la curiosidad del pueblo. La puerta del templo, abierta de par en par, proyectaba sobre la fea plazuela y sobre las cabezas de la multitud el resplandor de los centenares de luces encendidas en la nave. En la acera de enfrente, los carruajes iban alineándose en fila, según se desocupaban.

Fue necesario que los criados y algunos espectadores officiosos abrieran paso a codazos a los novios y su comitiva, tendiendo paraguas abiertos por encima de las cabezas de los que llegaban. Tuvimos que atravesar el atrio casi a la carrera, y entramos con un poco de confusión en el templo, donde ya los novios avanzaban hacia el altar por entre las dos anchas cintas de seda blanca que limitaban el pasillo del centro. De pronto, en lo alto se desbordó un torrente de notas suaves, confusas, algo como un tropel de armónicas ternuras lanzado desde el coro por las cuerdas y las flautas. Era la orquesta de la compañía de ópera del teatro Nacional que, con la marcha nupcial de Lohengrin, saludaba a los novios. No me gusta Wagner. Su música me aturde y me desconcierta. Pero en aquella ocasión el himno famoso me pareció adaptado a las circunstancias. Murmuraban los instrumentos suavemente, confundiendo sus voces, como en un coro apasionado de cantos y trinos en que todas las potencias humildes de la Naturaleza celebraran el paso del amor. Y de súbito, el clamor de las trompas, velado por discreta sordina, repetía hasta la saciedad el mismo motivo sencillo y salvaje, que apagaba el rumor de los sonidos dulces; cual si también las trágicas

fuerzas del universo, el huracán, el trueno y las olas, el fuego y el aire, acogiesen con un coro de rugidos atenuados a la joven pareja próxima a cumplir el rito misterioso para la perpetuación de la vida... Bajo la extraña música, los novios continuaban acercándose lentamente al altar, lleno de luces, seguidos ya de cerca por nosotros que apresuramos el paso para reunirnos con ellos. Alicia caminaba como una ciega, del brazo de papá. El novio, más trastornado cada vez, tropezaba al andar y le pisaba la cola. A pesar de la lluvia había una concurrencia numerosa. Las pupilas y los impertinentes se clavaban en la novia con fijeza, antes de examinarnos a todos los de la comitiva, empezando por las seis damas de honor que se nos habían incorporado en la puerta. Al llegar los novios a las gradas del altar, la música cesó de pronto, y se produjo un ligero desconcierto entre los actores de la ceremonia. El cura, en pie, nos esperaba, revestido de todos sus ornamentos, y con su gran práctica en esta clase de actos, restableció el orden, señalando a cada cual el puesto que le correspondía. La escena quedó arreglada en un instante. Alicia estaba ahora pálida, en tanto que Trebijo trataba de disimular su turbación con una sonrisa.

Había a la derecha del altar una mesilla cubierta con un viejo tapete destinada a legalizar los contratos. Alicia, conducida hasta allí por mi padre, se inclinó, sin quitarse el guante, a una indicación del sacerdote. Su mano temblaba al firmar. Después tocó el turno al novio y a los testigos. Se andaba de prisa por terminar pronto esta formalidad, que era la parte prosaica de la boda.

Entonces me fijé en la iglesia, que estaba cubierta de flores colgadas en guirnaldas que caían de la bóveda, de los altares y del coro con una profusión portentosa. Predominaban las rosas blancas, que la luz hacía aparecer como copos de nieve, engarzados en rosarios fantásticos por un milagro de arte y de equilibrio. Verdaderamente era lamentable que la lluvia le hubiera quitado esplendor a un espectáculo que con tanta magnificencia se había preparado, porque con un buen tiempo el público hubiera llenado la nave. Sin embargo, en los primeros bancos se reunían más de cien invitados y junto a la puerta y en las naves laterales los curiosos, en doble número, se mantenían en pie. Las albas plumas de los sombreros de las damas y el blanco de los uniformes de gala de los militares, se destacaban sobre el fondo lúgubre de los trajes de etiqueta de los hombres. Al empezar la ceremonia, algunos, para ver mejor, se situaron a la derecha del altar mayor, detrás de la mesilla donde firmaron los novios. Sentí, de pronto, que una mano se apoderaba de la mía sacudiéndola con efusión, mientras una voz muy conocida murmuraba en inglés a mi oído:

—Victoria, Victoria, ¡qué bonita está usted!

Era Dolly; linda y delicada ella también, con su traje imperio

y su gran sombrero negro, provisto de un solo penacho blanco que le caía hacia la espalda. A su lado un gran diablo huesudo y calvo, sonreía apaciblemente, con los interminables brazos caídos a lo largo del cuerpo. Se apresuró a presentármelo.

—Mi marido, Mr. Snoemaker... Mi mejor amiga en el convento.

El frac caía sobre los hombros de Mr. Shoemaker como un paño colgado de un palo, en lo cual no parecían fijarse ni él ni su esposa. Dolly parecía encantada con mi encuentro. Me dio su dirección, en un hotel de la ciudad.

—Envíeme mañana una postal con la suya. Quiero ir a verla y que salgamos juntas. Mi marido y yo estaremos en La Habana aproximadamente dos meses...

Se lo prometí y les presenté a Gastón, que rondaba cerca de mí, muy guapo con su uniforme blanco y la espada al costado. Dolly lo acogió como a un antiguo amigo, coqueteando con él desde las primeras palabras. Su marido le dio un apretón de mano lleno de cordialidad sajona. Les dejé a mi hermano y me aproximé al altar donde se agrupaban los parientes de la desposada, las damas de honor, los testigos y los amigos íntimos.

Desde allí se veía mejor la concurrencia. Algunas caras conocidas me sonrieron al encontrarse con mis miradas. Graciela y su marido, cerca de una columna próxima a nosotros se miraban amorosamente, creyendo al público demasiado entretenido con el espectáculo para fijarse en ellos, y excitados, seguramente, por el recuerdo de sus bodas. Más lejos sorprendí a Joaquín Alvareda que me contemplaba a hurtadillas. Instintivamente me ahuequé el peinado y erguí el busto, sin dirigir más la vista hacia donde él estaba. Los ojos detrás de los impertinentes, devoraban a la novia, y observé que ciertas bocas feas sonreían con desdén. Luisa estaba a mi lado, y de vez en cuando, con un codazo y un gesto disimulado me mostraba las figuras que despertaban sus burlas interiores. Reinaba un silencio expresivo. De tiempo en tiempo, el rodar de un banco, una tos o el murmullo rápido de una voz discreta despertaban los ecos de la nave, con un ligero estremecimiento de los espectadores.

De espaldas al altar, lleno de oro y de cirios encendidos casi hasta la bóveda, el sacerdote daba el rostro a los novios. A su izquierda las damas de honor, de blanco, llevando en las manos simbólicas, flores, formaban fila cerca de Alicia. Al otro lado la fila era negra, formada por los testigos. De este modo, el altar, al fondo, la línea blanca de trajes de seda, los novios, a cuyos costados estaban los padrinos, y la línea negra de fraques, formaban un cuadrilátero casi perfecto, en el centro del cual se movían el cura y el monaguillo. Detrás del sacerdote, sobre un elevado atril, estaba el misal abierto, mostrando sus gruesas letras y sus cantos dorados.

Me absorbí en la contemplación de la ceremonia, sintiéndome sobrecogida de respeto ante la majestuosa solemnidad del culto. Aunque mi fervor religioso había disminuido mucho después de mi salida del convento, veía a Dios presente en aquel acto para disponer del destino de mi hermana. El cura mascullaba frases en latín, con voz desigual, volviéndose del breviario, que sostenía el acólito, a los novios, con las manos extendidas en actitud de bendecir.

De pronto abandonó el latín y preguntó con entonación lenta y grave, dirigiéndose a la novia:

—María Alicia Leocadia de la Concepción Fernández y Fuenterrota, ¿queréis por esposo al señor José Ignacio Trebijo y López, aquí presente?

Y más bajo dictó a mi hermana la respuesta:

—Sí, quiero.

Alicia repitió como un eco:

—Sí, quiero.

—¿Os otorgáis por su esposa y mujer? «Sí, otorgo».

Mi hermana no oyó esto último.

—¡Vamos! «Sí, otorgo»—tuvo que repetir impaciente.

Y, dócil, la voz-eco murmuró en seguida:

—Sí, otorgo.

—¿Lo recibís por vuestro esposo y marido? Repita: «Sí, recibo».

—Sí, recibo.

Un leve murmullo me hizo volver la cabeza, mientras el sacerdote se dirigía al novio, haciéndole análogas preguntas. Algunos jóvenes, formando un grupo separado unos cuantos pasos de nosotros, se hablaban al oído y reían burlonamente, mirando a los novios y al cura. Al notar que eran observados, se callaron. Aparté la vista de ellos con desprecio, y mis ojos tropezaron entonces con un terceto más lejano, formado por Dolly, su marido y mi hermano Gastón. La joven se entretenía en un *flirt* de miradas y ademanes con el militar, que parecía también entusiasmado y le hablaba al oído, mientras el marido, muy tranquilo, examinaba los santos de los altares con atenta curiosidad. La linda rubia se estremecía y se apartaba para mirar sonriente a Gastón, como si le hicieran cosquillas en las orejas. Me disgustó que mi hermano se entregara a estas maniobras de coquetería delante de mí y en el momento en que Alicia se casaba. Mi despecho me hizo fijarme nuevamente en la ceremonia.

Ahora Alicia, aleccionada siempre por el sacerdote, juntaba las manos, y sobre ellas las del novio vertían algo que acababa de entregarle el monaguillo. Este mantenía debajo una bandeja, a fin de que no cayese al suelo lo que allí se cambiaba.

—Déjelas caer ahora—ordenó el padre en voz baja.

Las trece monedas simbólicas cayeron ruidosamente en la bandeja, produciendo un movimiento de expectación en el auditorio.

Empezaba a desear que terminase pronto aquello, y pensaba en la vuelta, con el fango y la lluvia que iban a acabar de estropear el vestido. Graciela y su esposo, cansados de decirse ternezas con los ojos, se acercaron discretamente a mí.

—¿Salen por fin esta noche los novios para Matanzas!—me preguntó al oído.

—No; cambiaron de proyecto. Se quedan esta noche en su casa, y se van después a su quinta de Arroyo Naranjo.

Pronuncié «su quinta» con un ligero énfasis que me avergonzó en seguida. Pero Graciela no se fijó en eso, y repuso sencillamente:

—Hacen bien.

Un momento después me dijo, a título de prudente consejo:

—El matrimonio va a concluir dentro de poco. Procura acercarte a tu cuñado y recomiéndale que saque pronto a su mujer de la iglesia, antes que empiecen los abrazos. Es una costumbre bárbara, contra la que hay que prevenirse. Si los dejan, la estrujan y le destrozan el vestido...

Entregadas las arras y trocados los anillos, el sacerdote, a media voz, y cual si recitase una lección de memoria, daba breves consejos a los nuevos esposos y les deseaba una felicidad eterna. El público se puso en pie y empezó a arremolinarse hacia el altar, mientras el padre pronunciaba las últimas palabras de su breve discurso.

—¡Ahora, ahora! ¡Aprisa!—me indicó Graciela, empujándome.

Pero no pude llegar a tiempo. Mamá, llorando, abrazaba a Alicia; luego las amigas, las simples conocidas, hasta las que no la habían visto jamás. José Ignacio, por su parte, se debatía entre cien abrazos, y repartía palmadas en las espaldas, muy emocionado. El grupo se estrechaba, mientras el resto de los invitados preparábase al asalto.

—¡Llévesela usted! ¡pronto! ¡pronto!—que se la matan...—le dijo el sacerdote a mi cuñado, indicándole a la pobre novia.

Otra vez la extraña sinfonía wagneriana dejó oír, en el coro, las notas suaves de las flautas y el áspero rugir de las trompas que saludaban a la pareja feliz, ahora indisolublemente unida y dispuesta a emprender su vuelo por el mundo...

Y fue una verdadera fuga de los novios, perseguidos por aquellos acordes hasta la sacristía, adonde se había hecho llegar su carruaje a fin de escomotearlos más fácilmente a las nerviosas felicitaciones; mientras el público se dispersaba encaminándose hacia la puerta o formando pequeños grupos en las naves laterales, para despedirse. Los sirvientes del templo, sin esperar a que saliéramos todos, apagaban precipitadamente los cirios del altar mayor.

Regresamos los cuatro a casa, sombríos y mudos, en el coche que

avanzaba con rapidez entre salpicaduras de lodo. Por fortuna, no llovía en aquellos momentos. A cada sacudida del carruaje, mamá suspiraba. Mi padre y Gastón, sin hablar, miraban distraidamente correr el piso de la calle bajo las ruedas. Si alguien hubiera dicho una palabra, tengo la seguridad de que, por lo menos, mamá, papá y yo hubiésemos prorrumpido en llanto.

Tuve, al entrar, una impresión de vacío y me refugí en mi cuarto (hasta el día antes había sido «nuestro cuarto», de Alicia y mío) donde pareció agrandarse el sentimiento de mi soledad. Había ropas y objetos de tocador sobre todos los muebles. El armario estaba abierto y en completo desorden. Una polvera volcada sobre el mármol del lavabo se mantenía al borde del mismo por un prodigio de equilibrio, mientras la borla nadaba en el agua jabonosa de una palangana... No me entretuve en arreglar nada: eché a un lado lo que había en mi lecho y me acosté vestida, sofocada por los sollozos y creyendo que iba a morir de angustia, de un momento a otro, en el horrible silencio de la casa y de la noche.

SEGUNDA PARTE

CAPITULO I

Me casé en los primeros días del mes de noviembre, porque en diciembre tenía Joaquín que empezar los trabajos en el ingenio que lo había contratado aquel año.

Por una casualidad en que no intervino nuestro pensamiento, mi matrimonio se celebró veintitrés meses justamente después del de Alicia, y fue como éste, aunque con ligeras variantes. No hubo necesidad de arreglar la casa, puesto que íbamos al campo; ni se vieron los vistosos trajes del elemento oficial; ni hubo marcha de Lohengrín a plena orquesta. Ni siquiera fue lluviosa la noche, pues me tocó una, fresca y espléndida, con luminaria de estrellas y claridad de luna. El único uniforme de gala que asistió fue el de Gastón. Me casaba con un químico, hijo de un telegrafista de provincia, y era necesario marcar las distancias. En lo único que hubo igualdad fue en lo que dependió de mis padres: mi canastilla de boda era exactamente lo mismo que la de mi hermana.

José Ignacio nos ofreció su quinta de Arroyo Naranjo, donde él había pasado su luna de miel, para que estuviéramos allí hasta que partiésemos para el ingenio, y la aceptamos. También quedó

acordado que llevaría el traje de novia de Alicia, que fue adaptado a mi cuerpo por la modista que lo hizo.

Mis suegros no pudieron asistir a la ceremonia, por razones económicas, enviándome, en cambio, una larga carta donde mi madre política me prodigaba todo género de ternezas, y que no me pareció completamente sincera.

Mi impresión como novia fue esencialmente distinta de la que había experimentado como espectadora del matrimonio de mi hermana. Hoy tengo la certidumbre de que no hay nada más cruel que el martirio que se impone a las desposadas. Cansancio por el trabajo febril de la canastilla, en las últimas semanas; profunda depresión moral causada por el choque de emociones encontradas al aproximarse el día decisivo; vergüenza y aturdimiento al encontrarse una convertida en blanco de todas las miradas: he ahí un resumen, apenas bosquejado, de una parte de mi estado de ánimo cuando nos acercamos por fin, al altar, mi novio y yo. Y, por otra parte, una alegría íntima, un secreto sobresalto, un enternecimiento dulce, en que se confundían todos mis idealismos de niña y de jovencita, y la satisfacción de llevar, en presencia de muchos invitados a quienes no miraba, el largo velo y la blanca corona que señalaban la última etapa de mi vida de soltera. Los poetas tienen razón al rodear de nimbos radiantes el alma de las vírgenes consagradas al himeneo.

En lo que no se han fijado es en ese estado de fatiga física y de postración moral a que acabo de referirme. La mañana de mi boda le había dicho a mamá:

—Si esto sigue tres días más, no llego al matrimonio.

—¿Por qué?

—Porque me muero antes de cansancio.

Mi madre se encogió de hombros, sonriendo.

—¡Bah! A todas las muchachas que se casan les sucede lo mismo, y no sé de ninguna que se haya muerto.

Afortunadamente este mismo cansancio y la agitación febril del trabajo me impidieron pensar mucho en otras cosas relacionadas con el matrimonio. Como me sucedió en los días del casamiento de mi hermana, la ocupación constante de la mente y de las manos en el infinito número de cosas que hay que hacer para casarse, sirvió de narcótico a ciertas ideas que germinan preferentemente en la ociosidad. Apenas había en mi corazón aquel leve sobresalto de miedo, de que he hecho mérito. Sabía que me esperaba una prueba dolorosa. La propia Alicia se había referido a ella, al complacerse en asustarme dos días antes, con una frase llena de malicia y de reticencia:

—¡Prepárate! ¡eh!

—¿A qué?

—A nada. No te digo más que eso.

Y se alejó de mí riéndose y dejándome mucho más trastornada aún que antes de su advertencia.

De vez en cuando mi corazón latía aceleradamente unos momentos, sin causa aparente que lo justificase. Sin embargo, tenía la seguridad de que me llevarían suavemente, casi como si tuviera los ojos vendados, a la revelación del misterio temido y secretamente anhelado y ni quería pensar en eso siquiera.

¡Qué caída después!

Para huir de los invitados íntimos que irían a casa al salir de la iglesia, fuimos a cambiarnos de traje, después de la ceremonia, a la de Graciela. Por discreción, la madre y Pedro Arturo se ocultaron de mí, dejándome sola con la joven. La casa era pequeña y alegre como un juguete. Pedro Arturo llamó a Joaquín desde la habitación de la suegra para que cambiara su frac por una sencilla americana oscura. Graciela me ayudó a ponerme precipitadamente una falda negra y una blusa de seda clara; encima me colocó un largo abrigo de teatro. Recuerdo que pensaba vagamente en mi casa, a la que no volvería esa noche, y que temblaba, respirando anhelosamente. Tenía en la cabeza como una bruma que enturbiaba mis ideas. Me dejé las medias y los zapatos blancos de la boda. Quería ayudar a Graciela y mis dedos torpes tropezaron con las ballenas y no acertaban a quitar los broches. Acabé por dejar que ella lo hiciera todo. La joven, muy seria, no se permitió ninguna broma, lo que le agradecí de todo corazón.

—¡Vaya! Ya estás lista—me dijo besándome; y me dejé conducir hasta la sala, donde me esperaba Joaquín para llevarme al coche. En la puerta se habían reunido algunos curiosos.

Al ayudarme a subir al carruaje, sentí en la impresión impaciente de sus dedos sobre mi brazo, la toma de posesión realizada por «mi marido». Más tarde—¡oh, mucho más tarde, por desgracia!—después de los dolores y de las infamias en que se ha desarrollado mi experiencia, he podido concebir, para disculparla, la especie de locura que debe agitar el corazón de un joven de veinticuatro años, lleno de ardores largo tiempo contenidos, a quien se le entrega de repente una virgen para que la conduzca al lecho.

Mientras fuimos de la iglesia a casa de Graciela, Joaquín se mostró sencillamente pensativo y algo cohibido ante mi traje de novia; pero al emprender la segunda etapa de nuestro viaje me pareció otro hombre: estaba contraído, silencioso y se mordía nerviosamente el bigote. Empecé a sentirme atemorizada ante aquel silencio. Hubiera deseado un torrente de palabras que me aturdieran, arrebatándome, inconsciente y en completo abandono, adonde fuera menester; y me encontraba con la tímida torpeza de un hombre

emocionado como yo, aunque con diferente género de emoción, y que no sabía, sin duda, cómo empezar. Poco a poco fue aproximándose a mi cuerpo, y su contacto brusco me obligó a replegarme instintivamente a un lado del coche. Entonces me miró con asombro, a la luz de los focos del alumbrado que danzaban sobre nosotros al paso del carruaje.

—¿Me tienes miedo, nena?

No fue una reconvención, sino un tierno reproche y sin embargo, su voz era ronca y sonó de una manera ingrata en mis oídos.

Dije que no con la cabeza, y volví al puesto que ocupaba en el asiento, procurando dominar mis nervios. ¡Qué lejos aquello, Dios mío!, ¡qué lejos aquello, forzado, receloso y falso, del tejido de amables gentilezas que mi imaginación había creado alrededor de un viaje de novios!

Joaquín permaneció largo rato apretado contra mí, sin despegar los labios. Lentamente, el malestar de encontrarme a solas con un hombre, en medio de la noche, fue infiltrándose en mi ánimo. Joaquín, de novio, no había intentado siquiera cogerme una mano. Por eso me parecía el de un desconocido aquel cuerpo huesudo y duro que se pegaba al mío, del hombro al pie, y cuyo aliento me llegaba al rostro. Recordé vagamente la broma de Alicia: «Prepárate ¡he!» y no pude evitar que un ligero temblor agitara mis miembros. Joaquín repitió la pregunta, más dulcemente, acercándose a mi oído:

—¿Tienes miedo, mi hijita?

—No; frío.

Sentía, efectivamente, que el aire fresco de la noche penetraba mis carnes, al través de las delgadas telas del abrigo.

—Espera; voy a subirte el cuello.

Con sus manos torpes, que temblaban tanto como yo, trató de abrigarme la garganta, rozándome el pelo, las orejas y el hombro, sin acertar a envolverme como deseaba. Tuve que ayudarlo incorporándome un poco y levantando con mi mano el cuello del abrigo. Él no retiró el brazo, y al reclinar me de nuevo en los almohadones, me encontré enlazada por el talle.

—¿Estás bien así?

—Sí.

—¿No tienes frío ya?

—No.

—Hubieras hecho bien en traer otro abrigo. El aire y la humedad de la carretera pueden hacerte daño.

Salíamos de la ciudad, rodando sobre la calzada de Jesús del Monte, al trote de los caballos. A cada momento un tranvía eléctrico pasaba lleno de luz, por nuestro lado, y algún papanatas, al divisar

un coche de novios, asomaba la cabeza por la ventanilla. Yo procuraba encogerme todo lo posible bajo la presión del brazo de Joaquín.

—Me parece un sueño, nena. ¿Y a ti?

—¡Un sueño! ¿qué?—dije como un eco.

—Tenerte así, sola conmigo y abrazada, enteramente mía ahora y para siempre.

Su brazo me oprimía con tracciones insinuantes, obligándome a caer sobre él, a pesar de mi esfuerzo muscular por mantenerme rígida. Calló, de nuevo, disgustado, sin duda del timbre de su propia voz, y pude distinguir claramente los latidos de su corazón. Un bache me hizo perder el equilibrio, y entonces me obligó a descansar la mejilla en su hombro. Nuestros labios quedaron tan cerca que casi se tocaban. Cerré los ojos involuntariamente.

La mano que Joaquín tenía libre se apoderó de mi barba y me hizo levantar aún más el rostro hacia él, mientras oí que su voz murmuraba suplicante:

—¡Un beso, vidita; ahora que nadie nos ve!

Abrí los ojos con cierto sobresalto, y vi la barba negra rizada y los ojos brillantes que trataban de fascinarme. Instintivamente miré hacia afuera, con el temor de que alguien pudiera observarnos, y observé la carretera desierta, entre las dos hileras de árboles, y las últimas casas de la población que se quedaban atrás. En seguida, mis labios se abandonaron inertes a la caricia.

—No; tú a mí, nena. Tú a mí también...

Di el beso, sin experimentar emoción de ninguna clase, y señalé después al cohero que, erguido y digno en el pescante, parecía tener pendientes los dos oídos de los menores movimientos del interior del coche.

—¡Es verdad!—murmuró avergonzado, permitiendo que me incorporase y manteniendo sólo su brazo derecho alrededor de mi talle.

Respiré, como si acabaran de soltar la mitad de las ligaduras que me retenían prisionera, y me resigné a seguir apretada en aquel brazo invisible, que me conservaba unida a «mi marido» desde el talle hasta el tobillo. En medio de mi turbación poseía una sangre fría y una lucidez mental que yo misma no me hubiera atribuido antes. Era como esos soldados que tiemblan y se ofuscan antes de ver el peligro, y que una vez en pleno fuego, razonan y observan con la serenidad de los héroes, aun cuando su carne se estremezca de espanto. El aire de la noche nos traía el aroma de los campos silenciosos. Sin querer pensar, trataba de abandonarme al suave vaivén de los muelles, que me arrebatában cual si fuesen las alas del Destino. «Mi marido» no hablaba, sino se estremecía de vez en cuando, aferrado a mí, y ahogado, sin duda, por la emoción.

De pronto me sentí acometida de un brusco sobresalto. Noté la

mano de Joaquín que se deslizaba por el talle hacia arriba y el contacto de los dedos insinuándose por encima de las ballenas del corsé. Con mucha calma tomé aquella mano y la aparté dulcemente del camino que intentaba seguir, reteniéndola prisionera en la mía durante el resto del viaje. La audaz cautiva se vengó imprimiendo significativas presiones a la valerosa carcelera que la inmovilizaba.

La voz de Joaquín me despertó de la especie de marasmo en que me había sumido.

—Estamos llegando, nena.

Entrábamos en un pueblecito de casas amplias y limpias, alineadas a los dos lados de la carretera. La mayoría de ellas estaba a oscuras ya. En otras había luz y las gentes estaban sentadas en el portal, a pesar de la frescura de la noche. Al aproximarse el carruaje se incorporaban con curiosidad y algunas mujeres se ponían en pie para vernos pasar. Sabían sin duda que éramos unos novios que veníamos a pasar la luna de miel entre ellos. Sentí una sorda cólera contra esta estupidez del público que convierte al que se casa en un objeto de diversión o de mofa.

El coche se detuvo de repente. En la puerta y apoyándose contra las barandas del portal, estaba aún una veintena de personas que habían ido allí para contemplarnos de cerca. Ana, la vieja criada de mi cuñado, nos esperaba, esforzándose por alejar a los curiosos. Joaquín, al verla, bajó de un salto y me tendió la mano. Vacilé, pero hubo que decidirse y atravesamos casi a la carrera la franja de luz que proyectaba la puerta entreabierta de la casa. Creo que los espectadores quedaron burlados y que pocos pudieron verme el rostro. Ana nos siguió cerrando la puerta detrás de nosotros y desapareciendo después sin pronunciar palabra.

¡Solos! Mi corazón empezó a latir ahora con tal violencia que tuve que apoyar una mano en mi pecho y aferrarme con la otra al marco de un espejo de la sala. La luna me devolvió mi imagen pálida y azorada, envuelta hasta la barba en los anchos pliegues del abrigo. Mi marido, muy demudado también, se acercó lentamente.

—¡Uf!—exclamó queriendo aparecer jovial.—Ya estamos libres de toda esa turba de imprudentes. Deja que te quite el abrigo.

Con mucha delicadeza soltó los automáticos y desarticuló los dos broches del cuello, desprendiendo luego de mis hombros la ligera prenda y colocándola, como si fuera un objeto sagrado, en el respaldo de un sillón. Hecho esto, volvió nuevamente a mí. En plena luz volvía a acometerle su habitual timidez, y me trataba como a una señorita a quien la mamá vigila de cerca. Sentí renacer la confianza durante breves momentos, al verlo mirarme tiernamente, sin aquella máscara de locura que descomponía su semblante. Pero él interpretó mal la mirada con que le agradecí su delicadeza, y probable-

mente avergonzado de su indecisión, puso sus manos en mis hombros y me atrajo a él hasta casi tocar mi rostro con el suyo.

—¡Qué linda eres Victoria, y qué imposible me parece que seas mía!—exclamó temblando sobre mis labios.

Y añadió ingenuamente, en un arranque de sinceridad y entusiasmo:

—Eres la más hermosa de las mujeres que he podido contemplar así... de cerca.

El recuerdo de otras, a quienes había contemplado de hito en hito antes de poseerlas, me reveló la situación exacta en que me hallaba y me hizo apartarme un poco, con un movimiento que él no advirtió, porque, enardecido sin duda por antiguas imágenes, me enlazó repentinamente el cuello y pegó con avidez a los míos sus labios ardorosos.

No pude ni desasirme ni hablar, bajo el peso que me estrujaba los labios, impidiéndome la respiración; por el contrario, me sentí arrastrada hasta la silla más próxima, donde se sentó Joaquín, sin soltarme, obligándome a caer sobre sus rodillas. Estaba loco otra vez, y me oprimía, me ahogaba con sus brazos y sus besos, sin darme tiempo para proteger el vestido, que se arrugaba lamentablemente entre los dedos.

Cuando fue menos violenta la efusión de aquel arrebato, y me debatía, dulcemente para libertarme de sus brazos, sentí en la piel, bajo las ropas, el contacto de una mano de fuego que se había deslizado hasta allí sin que lo notara. Protesté dolorida, encontrándome próxima a romper en llanto.

Entonces me soltó con asombro, no pudiendo seguramente, comprender la razón de mi pudor en una noche como aquella. Y habló más tranquilo ya, pero manteniéndome aún sobre sus rodillas con la cadena, ahora floja de sus brazos.

—Bobita, si soy tu marido y te quiero, y tú eres mi mujercita ya. ¿Por qué te asustas de una cosa que es natural entre los casados?

Bajé la cabeza confundida, y él, ayudándome a levantarme como a una chiquilla enfadada y poniéndose también en pie, me condujo suavemente a la habitación. En el trayecto se inclinó dos o tres veces para corregir el desorden de mis ropas.

Aparté los ojos con vergüenza de la gran cama de mi hermana, que estaba en el centro de la estancia, sin cobertor y con las almohadas puestas en lugar de los almohadones. Me sentía como humillada y vencida interiormente, sin fuerzas para escapar de la fatalidad del destino, que me envolvía. ¿Por qué aquel hombre a quien yo quería, no se daba cuenta del estado de mi ánimo y me confortaba, antes que mi fe cayera totalmente desvanecida? Conocía que si él hubiera sabido comprenderme un poco mejor en aquel

instante decisivo de mi existencia, lo hubiera amado como quería yo amar y como tal vez no me sería posible hacerlo en lo sucesivo. Los dos armarios de luna que había a entrambos lados del lecho, me producían tanto temor como éste, por la aprensión de que me mostrarán mi pobre aspecto de novia acongojada, bajo la intensa iluminación de los dos focos eléctricos que alumbraban la estancia.

Joaquín, de pie a mi lado, trataba de calmarme, peinando dulcemente con sus dedos los rizos que su impaciencia había deshecho en mis sienes y hablándome como a una niña asustadiza a quien se desea engañar:

—Vamos, nenita, tranquilízate. Mira cómo te has puesto el pelo y el vestido, con tus nervios... Es natural que te asustes un poco, pero no tanto ¿me oyes? Tu marido no puede hacerte nada malo, ni nada que te pueda avergonzar... Vamos, voy a dejarte sola en el cuarto para que te acuestes. Cuando estés en la cama, vendré a darte un beso... Con tiempo ¿sabes? No es necesario que te apures.

Salió, al fin, dejándome una impresión de alivio en el alma. ¡Los nervios! Tenía razón; me encontraba tan excitada que me parecía sentirlos tirantes bajo la piel. El cansancio y las últimas emociones del día me predisponían seguramente a este estado anormal tan poco propicio para el amor. Ya no me preocupaban ni la revelación del sublime misterio, ni el dolor que me había anunciado mi hermana y que ya conocía por referencias. Sabía que no iba a experimentar el menor goce, y estaba resignada a sufrir lo que fuera necesario. Pensé que en aquella cama había pasado Alicia su noche de boda y me pareció que las maderas y el dosel se animaban recordando los hechos de que fueron testigos. Tuve que repetirme: «mi noche de boda», «esta es mi noche de boda», sin que consiguiera dar crédito a mis propias palabras. De pronto se oyó un ruido en la habitación contigua, y recelando que «mi marido» volviera y me obligase a desnudarme en su presencia, corrí al botón de la luz y la apagué, arrancándome rápidamente las ropas a oscuras, y arrojándolas unas detrás de otras, sin importarme si caían en las sillas o en el suelo. En seguida busqué a tientas el lecho, dejé caer en la alfombra los zapatos y me cubrí hasta el cuello con el cobertor que estaba plegado a los pies de la cama. Ni siquiera advertí que en una butaca había preparada una larga camisa de dormir. El frío de las sábanas me devolvió una gran parte de la serenidad perdida.

Diez minutos después Joaquín se colocó a mi lado. Sentí sus miembros delgados y duros en contacto con mi cuerpo, y dominé valerosamente el impulso de huir o de hacerme un ovillo al otro extremo de la cama. La idea del deber se me impuso, surgida de no sé qué rincón de mi espíritu donde duermen los mandatos ancestrales que prescriben a mi sexo la humildad y la sumisión. Tenía

además otro propósito más egoísta: deseaba llegar pronto al fin y quedar tranquila. Pero aquello se prolongó horas, durante las cuales asistí, pasiva y resignada, a mi martirio. Por mi natural conformación o por la torpeza de Joaquín, la lucha fue larga, tenaz y encarnizada. La acepté sin exhalar una queja, sin protestar una sola vez. Y pude hacer una observación desconsoladora: el hombre es cruel en el amor, y su deleite aumenta en proporción a los padecimientos que ocasiona. Harto claramente me lo dijeron las frases sueltas y las ingenuas exclamaciones de mi marido, en las cuales, si había algún rasgo de piedad, era sólo para exhortarme a la pasividad que facilitaba su obra... ¿Para qué recordarlas ahora? No quisiera que jamás su evocación pudiese parecer a mis propios ojos, una justificación de mi conducta ulterior, que no me he perdonado nunca.

No dormí. A la madrugada, esperaba la salida del sol, inmóvil para no despertar a mi marido, con las piernas apretadas, sintiendo el escozor de mis desgarraduras, humillada, dolorida, sucia... Me parecía que hacía un siglo que había salido de mi casa y que durante ese tiempo habían sucedido en mi cuerpo y en mi espíritu innumerables cambios. Lo que me había dejado hacer, sin deseo y sin goce, me rebajaba a mis propios ojos. No experimentaba ya ni cansancio ni sueño. Una profunda desilusión me invadía, al paso que experimentaba el ansia imperiosa de correr al baño y purificarme largamente en sus aguas. Pero ¿cómo salir de la cama sin que Joaquín despertara y me viese? Se me antojó ese sencillo acto tan erizado de dificultades que cien veces estuve a punto de abandonar el proyecto por imposible de ejecutar. El vestido de la víspera, el corsé y la saya interior estaban en las sillas. Los veía como grandes manchas en la penumbra de la estancia. Sin embargo, ¿de qué modo alcanzarlos? El sol, que había esperado con ansia, se convertía en mi enemigo. Y en aquella situación de prosaica derrota, descompuerta, manchada, maltrecha ¡qué lamentable figura mostraría al levantarme del lecho en plena luz!...

Al cabo de media hora de vacilaciones, tuve un arranque de valor y me decidí. Saqué silenciosamente las piernas de la cama, y me detuve de pronto: Joaquín se había movido sin abrir los ojos. Esperé, conteniendo el aliento, y, al fin, de un salto me apoderé de la saya. ¿Y el seno? Una toalla grande, encontrada casi a tientas, me sacó de apuros. Miré a mi marido: dormía con ligeros sobresaltos, restos de la tempestad de la noche. Aún no estaba todo hecho. Mis ropas se guardaban en los armarios, cuyas llaves sonarían al abrirlos. Pero casi vestida como estaba tenía más valor. Sin vacilar saqué medias, ropa interior, un corsé lila pálido con encajes y una de aquellas hermosas batas «de casada», vaporosas y anchas, que eran mi delicia cuando me las probaba. Encontré en aquellos ves-

tidos suaves y perfumados un desquite a la suciedad de mi cuerpo en aquel instante. ¿Era esta la poesía del himeneo, con sus blancas flores, sus músicas y sus luces? Tuve que reprimirme para no escupir mi asco y mi despecho sobre el piso de la alcoba nupcial. En un instante tuve listo cuanto necesitaba, sin que, afortunadamente, Joaquín se despertase.

Y fue un bálsamo físico y moral el baño frío, en el gran pilón de mármol, donde quedaron las manchas y los terrores de aquella noche de pesadilla. Salí de él sintiéndome renovada, dueña otra vez de mí y experimentando cierto infantil alborozo al repetirme: «estoy casada», «estoy casada», mientras la batista y la seda limpias acariciaban la piel de mi cuerpo. Se disipaban mis terrores como por ensalmo, y casi me alegraba de haber pasado ya por el «duro trance». El agua me había vuelto optimista. Saboreaba con más deleite que nunca la indefinible sensación de bienestar que me producen unas medias bien ceñidas y muy estiradas, cuando oprimen con igual presión las piernas de alto a bajo. Es una de mis debilidades: no usaría sino medias nuevas. Y aquéllas, como todas las de mi canastilla, lo eran. Verdaderamente muchas veces hacen bien los hombres de reírse de nuestras puerilidades.

Ana me esperaba a la salida del baño, y supo saludarme con la mayor naturalidad, desvaneciendo la ligera turbación que me había acometido al verla. Ni sonreía indiscretamente, ni guardaba una reserva exagerada, que hubiera sido igual que la sonrisa. Estaba como siempre, atenta y solícita.

—El desayuno está listo, señora. Lo hice preparar temprano porque sé que en el campo se madruga.

«¡Señora!» Ya empezaba a llamarme «señora». Me sentí como hinchada por dentro con aquel título. Y con la volubilidad ingenua que impera sobre todas las cosas a los diecinueve años, me dispuse a desempeñar mi nuevo papel, como si fuese niña todavía y me hubieran propuesto «jugar a los casados». Bajé al patio, recogíéndome mucho la falda para no mancharla con el rocío de las yerbas. Había gallinas que acudían volando de todas partes al verme. Saboree la frescura húmeda del campo y la brisa cargada de aromas. Era una especie de renacimiento espiritual el mío, en presencia de aquellas cosas sencillas y alegres de las primeras horas del día. Ana tuvo que llamarme, para preguntarme dónde queríamos el desayuno. Me había olvidado de Joaquín... y de mí.

—¡Ah, sí! Póngalo todo en una bandeja. Lo llevaré yo misma, porque el «caballero» duerme todavía.

«El caballero» le decían a mi padre los criados de la casa, para distinguirlo del «caballero Gastón» y me pareció el título más apropiado para Joaquín en aquel instante. «Mi esposo» hubiera sido

demasiado fuerte para mí entonces; tenía primero que acostumbrarme a decirlo.

Cinco minutos después, hacía una especie de entrada triunfal en el cuarto de mis terrores, llevando la bandeja en alto como un trofeo. Mi marido seguía durmiendo.

Lo toqué suavemente en el hombro, después de haber colocado la bandeja en la mesa de noche. Sentí el despertar de mi timidez al recibir en mi mano el calor de su cuerpo.

Abrió los ojos y se incorporó, sonriendo, un poco asombrado.

—¡Tú, nena mía! ¡Vestida ya, y tan linda! Ante todo deja que te dé los buenos días con un beso.

Me incliné para recibirlo en la mejilla, y, aprovechando el movimiento, pude arrojar con disimulo una punta de la sábana sobre algo innoble que vi en la cama. Por fortuna Joaquín no lo había advertido, porque si lo veo dirigir los ojos hacia allí me hubiera muerto de vergüenza.

Desde entonces no tuve otro afán que sacarlo de la cama, sin salir yo de la habitación. Desayunamos, él cubierto con la sábana de los pies a la cintura, y yo a prudente distancia para evitar sus arrebatos. No me gustaba verlo así, con el cuello y los brazos delgados, morenos y velludos, saliendo de la camisa escotada y sin mangas. Recordaba su traje de la noche, reconocido al tacto: la camisa aquella y el calzoncillo corto. ¿Cómo me atrevería a mirarlo cuando saliera de la cama? Felizmente Ana, cuya sagacísima previsión no olvidaba un detalle, llamó discretamente a la puerta, cuando concluíamos de tomar el desayuno. Traía una *pijama*, que me entregó, pidiendo excusas por no haberlo colocado en el cuarto la noche anterior. Se lo agradecí. Y en un instante, mientras me volvía disimuladamente de espaldas, fingiendo que examinaba un pequeño cuadro que había en la pared, quedó hecho todo.

Joaquín, ya presentable y hasta guapo, con su ancho traje a rayas azules y blancas, me hizo un cariñoso gesto de despedida y se dirigió a su habitación. Cuando lo vi trasponer el umbral, cerré por dentro la puerta y corrí a la cama. ¡Horrible! Hice con aquello un montón y corrí a esconderlo, sintiéndome aliviada de una íntima pesadumbre. ¡Ah! Las mujeres, a pesar de nuestra sensibilidad y nuestra educación rigorista, ¡cómo tenemos que soportar casi siempre, con valor, la carga de todas las tristes realidades de la existencia!...

De pronto, recordé que «era casada» y que tenía que empezar, desde aquel mismo instante, mis tareas de ama de casa. Corrí a la cocina, mientras se vestía Joaquín, y me dirigí a la vieja sirvienta, con la clásica pregunta:

— ¿Qué tenemos hoy para almorzar, Ana?
Se sonrió, mirándome con bondadosa sorpresa.

—No se ocupe la señora. Yo haré que le arreglen algo que les gustará. La señora mancharía su bata en la cocina, que está negra de humo, como todas las del campo.

—¿Y el dinero?—insistí con leve inquietud.

Volvió a sonreír.

—Ya el caballero arregló eso...

—¿Qué caballero?

—¡Cuál ha de ser! El mío, el caballero José Ignacio. Tengo orden de no dejar que ustedes gasten un centavo, mientras estén aquí.

Admiré el rasgo generoso de mi cuñado, que no era por cierto la forma habitual de su carácter, y pensé, no sin algún desconsuelo, en unas moneditas de oro que mamá había puesto en mi bolsa para evitarme la vergüenza de pedirle dinero a Joaquín «durante los primeros días». Una idea malévolamente y traviesa cruzó en seguida por mi mente: «José Ignacio se ha portado con espléndidez porque sabe que no tendrá otras cuñadas que se casen». Me reí de mi propia ocurrencia y dije sencillamente:

—Está bien.

«Como en un hotel», pensé, y casi me regocijé la idea de no hacer nada serio todavía, para ir saboreando con más calma mis primeras impresiones de casada. Joaquín, de día, me gustaba. No era el amor romántico que había soñado; pero era un amor suave, impregnado de dulzura y de admiración por parte de mi marido. Sus ojos no se apartaban de mí, como si quisiera fotografiarme en su mente en cada una de las mil distintas actitudes de las horas de constante intimidad. Para él, como para mí, nuestra nueva vida era interesante y llena de sorpresas que nos divertían. Su deseo, ya satisfecho, se mantenía en reposo. Jugábamos los dos a los casados, sin habernos puesto de acuerdo para el juego, y yo empezaba a creer que tal vez el matrimonio no era tan malo como había pensado al principio.

En el almuerzo gozamos al vernos solos en la mesa, servidos por los criados de Alicia cual si fuéramos dos personajes. Y hablamos de nuestra futura casita, que sería «nuestra» solamente y nos esperaba ya en el ingenio donde iba a trabajar Joaquín aquel año. Los muebles habían sido despachados aquella semana. La casa nos sería facilitada por la empresa propietaria de la fábrica, lo mismo que a todos sus empleados. Mi marido se refería a lo venidero con una seguridad que me llenaba de alegría; y cuando los criados nos dejaban solos se apoderaba de una de mis manos y la besaba furtivamente.

—¿Toma la señora café o café con leche?—preguntó el sirviente.

Joaquín me hizo un guiño malicioso. También a él le parecía graciosa la palabra «señora», y se reía de mi seriedad al escucharla.

—¿Me da «la señora» un beso?—parodió cómicamente en cuanto nos quedamos solos.

—¡Atrevido!—Con una señora no se juega...

Y se lo di esta vez de muy buena gana. ¿Por qué no fue así, espiritual y delicado, cuando la noche anterior llegamos los dos fatigados y confusos de la iglesia?

Al mediodía, Joaquín se entretuvo en enseñarme la marcha del ajedrez. Nuestras rodillas se tocaban, y el contacto lo ponía muy serio, como si tuviera que hacer un esfuerzo para reprimirse. Y, sin embargo, lo buscaba con avidez.

Una vez me insinuó tímidamente:

—Debes estar muy cansada. ¿Quiéres que nos acostemos un rato?

—¿Ahora? ¡No!

Lo dije con un énfasis y una prontitud, que me dejaron asombrada a mí misma. El no pareció notarlo y guardó silencio; pero me hizo perder, durante media hora, una gran parte de mi buen humor.

Un poco antes de la hora de la comida empecé a temer la aproximación de la noche. Joaquín se tornaba más locuaz a medida que yo enmudecía. Me habló de Teresa, la hermana de Trebijo, a quien había visto dos veces en uno de sus viajes a Oriente. Era una mujer rebelde y voluntariosa, pero muy bella y de un aspecto extremadamente interesante. Decían que se había escapado con un hombre casado; pero siempre se la veía sola. Un amigo suyo que la trataba le había contado que era tan orgullosa como desgraciada. Me mostré implacable:

—Desgraciada, no; sinvergüenza... ¡Con un hombre casado! ¿No había bastantes solteros en el mundo?

Eran mis ideas de siempre, agravadas por el desprecio que me inspiraban las intimidades del amor, ahora que las conocía. Para que una mujer se perdiera por una cosa semejante, tenía que ser necesariamente muy viciosa, pensaba. Pero me guardé bien de repetir en voz alta esta última parte de la observación.

Joaquín se había echado a reír, al oírme.

—¡Bravo!—dijo—. Ya aprendiste a defender el derecho de las casadas... Pero no hay que temer: ninguna habrá que te arrebatte tu maridito.

—No; es que siempre me ha repugnado la audacia de «esas mujeres»—repuse con cólera y desprecio.

Se cambió el tema de la conversación, porque nos llamaron a comer. La noche se acercaba.

De sobremesa, la locuacidad de mi marido se había transformado en una contemplación muda e impaciente en que parecían notarse leves estremecimientos de la mirada. Sin duda a Joaquín se le antojaba que las manecillas del reloj andaban muy despacio. Hablaba

solamente para que el silencio no se hiciese demasiado pesado, y siempre se refería a mí. Una vez me dijo:

—Te estás pareciendo cada días más a tu hermana Alicia.

—¡Oh!—protesté en seguida—. Alicia es linda y mucho más hermosa que yo...

—Te aseguro que no. Luce más, porque es más blanca. Y en cuanto a hermosura...

Pasaba el dorso de los dedos por entre las hebras de su barba, con un movimiento que le era habitual en los instantes de perplejidad, y sonreía maliciosamente a sus recuerdos.

Renacía mi inquietud, con todas sus fuerzas. Y objeté audazmente, como en desquite:

—¡Tú no me has visto!

—Mis ojos no; pero mis manos saben pesar y medir. ¡A que advino lo que pesas!

—Tal vez—dije con un marcado mohín de despecho.

—Ciento cincuenta y cinco libras.

—Ciento cincuenta y dos.

Me reprochaba interiormente el desvío que sentía por mi marido cuando pretendía acercarse a mi carne con la acción o con el pensamiento; pero no podía evitarlo. Tenía que repetirme cien veces: «soy su mujer»; tiene derecho a eso; para algo nos hemos casado», y sólo a fuerza de imponerle esta idea a mi espíritu, conseguía dominar la profunda rebeldía del instinto humillado.

Joaquín se había puesto en pie, y, acercándose a mi silla, se pegó a mi espalda, dejando descansar suavemente las dos manos en mi seno. Me dejé acariciar, obediente y tranquila. Desde la cocina nos llegaban las voces de los criados que comían. Después mi marido me hizo levantar, me abrazó estrechamente con transporte, y me condujo, enlazada por el talle, a una de las dos mecedoras de la sala, colocadas juntas e invertidos los asientos como cuando éramos novios.

Sentí al poco tiempo que la inquietud triste del campo me envolvía en un cerco de pereza y de silencio. Pensaba vagamente en mi casa y en la boda, de las que apenas me separaban veinticuatro horas llenas de emociones. Mis ojos se cerraron con lentitud, bajo la presión del cansancio. Fue un sueño interrumpido por sobresaltos y temores, que no sé a punto fijo lo que duró. Creía a veces, sin abrir los ojos, que un aliento abrasador quemaba mi cuello y mis sienes. Y me desperté cuando mi marido, sacudiéndome delicadamente, me decía muy cerca del oído:

—Vamos, nena, a la cama. Ahí no puedes descansar bien.

No me asusté esta vez. Me dejé conducir dócilmente, medio dormida todavía. Entonces, ya en la alcoba, quiso desnudarme en plena luz, y empezó a desprender, con dedos torpes, los broches de mi

bata. Sus ojos brillaban de impaciencia. Detuve con dulzura sus manos, y supliqué alarmada:

—¡No, por Dios! Vete a tu cuarto, y déjame desnudar sola.

El intentó resistir, tiernamente, con razones.

—Pero hijita si estamos casados. Si hemos de vivir y dormir siempre juntos. Te he poseído ya anoche, y tu cuerpo es mío, todo, todo... ¿Por qué me lo ocultas, si tarde o temprano tendré que verlo? Es menester que vayamos acostumbrándonos al matrimonio.

Eran los propios argumentos que yo me había repetido. Pero no podía soportar lo que él pretendía. Y lo miraba suplicante, implorando su generosidad.

—¡Oh, sí, sí! Ya me acostumbraré; pero más tarde y poco a poco... Te lo prometo.

Accedí y cumplí mi promesa. Me acostumbré, como nos habíamos todas a la vida que nos imponen, sujetas a la obediencia desde que nacemos. ¿No nos preparan escrupulosamente para eso? A los diez días de casada era dócil y procuraba someterme de buen grado a mi deber. Como cuando era soltera, procuraba no entregarme al peligroso estudio de mí misma. Por desgracia aquellos movimientos íntimos de mi naturaleza, que me confundían y avergonzaban de jovencita, no coincidieron nunca con los arrebatos pasionales de mi marido. Venían después, cuando estaba sola, acaso como una consecuencia tardía de sus caricias... Era como una especie de disociación de mi estado de ánimo y la realidad de mi vida. Tomé el partido de reprimirlos, como lo hacía antes, a pesar de no estar prohibidos para mí ahora las expansiones amorosas. Lo que sentía en mis momentos de intimidad con Joaquín era indiferencia, ligera repulsión o cierto secreto rencor por tener que prestarme a un goce que no compartía. Las palabras faltan para explicar esos complejos estados del espíritu. Pero no aborrecía por eso a mi marido, acusaba a la carne ruín y a los hombres en general, que tienen el defecto de ser siempre sensuales y materialistas. De ese modo volvía a mis viejas ideas sobre la vil materia que hiede, que suda y que sangra, y con ellas a la severidad y a la intolerancia con el pecado ajeno, que era el fondo del carácter de mi madre y de todas las señoras respetables que he conocido.

¿Qué otra cosa podía hacer? Para vivir es necesario crearse un ambiente interior, real o ficticio, donde el alma pueda respirar cuando la asfixian las emanaciones externas. En nosotras la conformidad es un guía que nos conduce fácilmente al fatalismo. Con gran parte de esa arcilla moral amasamos la estatua del deber. ¿Qué sería de las mujeres si no tuviéramos la facultad de adaptarnos a todo, mucho más voluntariamente que los hombres? ¿Y qué premio el de la virtud si, al paso que experimentamos la áspera voluptuosidad de ofrecer nuestros pequeños dolores en holocausto a las conveniencias,

no nos sintiéramos como sublimados por ellos y a un codo, por lo menos, más altas que las infelices que no tuvieron la dicha de sufrirlos? Tal es la razón y la recompensa del martirio soportado por todas las causas...

El martirio es seriedad, sacrificio, obligación. ¡Con qué claridad lo comprendía entonces mi alma de neófita, recordando las secas palabras del apóstol, en su epístola famosa! Hacía inconscientemente mi aprendizaje, y yo misma me sorprendía a veces con el cambio que iba operándose en mí y con la dignidad que el nuevo estado imprimía a mis frases y mis modales en presencia de los extraños.

Y no me consideraba desgraciada durante aquellos primeros días, por las pequeñas sombras que empañaban el brillo de mis sentimientos. Joaquín era un compañero amable, y nuestro cariño se consolidaba en la intimidad de las comidas, de los paseos, cogidos de la mano, entre los canteros de la huerta, de las excursiones en coche a los pueblecitos cercanos y de las conversaciones interminables en que mi marido y yo, poseídos de sincero optimismo, arreglábamos nuestra vida de lo porvenir. ¡Lástima que los nervios indóciles no se sometieran a veces, sin protestar, al mandato de la razón! Sin eso, en vez de no crearme infortunada, me hubiera conceptualizado feliz. ¿Pero quién lo es en el mundo?

LUIS FELIPE RODRIGUEZ

Nació en Manzanillo, provincia de Oriente, el 30 de julio de 1888. Murió en La Habana, en agosto de 1947. Fundador de la revista «Orto», colaborador en revistas y diarios cubanos. Obtuvo en 1930, el premio de la «Revista de La Habana», por su cuento «La guardarraya». También obtuvo en 1937, con la novela «Ciénaga», un premio de la Dirección de Cultura. Apuntamos, de su obra narrativa, las novelas «Cómo opinaba Damián Paredes», «La copa vacía», «Ciénaga».

A Luis Felipe Rodríguez, se le ha señalado la influencia de Quiroga y de los novelistas rusos. También se le atribuye lo de haber introducido la temática rural, con propósitos de documentación propagandística.

Pero olvidando esto, podemos considerar en él, un buen relieve de su sencillez, que es, cuando la frase se le recorta, tendiendo a límpida estampa, y en la cual, observaciones como «la sonrisa sutil de santo o de conejo», nos llevan a un sabroso apresamiento.

Creemos, sin embargo, que por su técnica sencilla, no alcanzó Luis Felipe un tono en la novela, y que es en las narraciones de «La pascua de la tierra natal», o de «Marcos Antilla», donde mejor podemos considerar su estilo.

C I E N A G A

CAPITULO VIII

En la mañana de un sábado, día de la Virgen, partimos hacia el centro espiritista de Muelaquieta. Santiago Hermida no era muy aficionado al comercio medianímico con la otra banda, donde mora el mundo de los espíritus pero en la Ciénaga casi todos lo eran, y ninguna persona que se respetase dejaba de concurrir.

La familia de Conchita Fundora era muy creyente, y Conchita, a pesar de su temperamento, demasiado apegado a las cosas terrenas, por desconcertante paradoja lo era también. ¿Creencia verdadera, influencia atávica o simplemente obediencia pasiva a la sugestión ambiente? ¡Quién sabe! La creencia espírita, que desde remotos tiempos es la mágica ventana por donde el anhelo humano se asoma más allá de las fronteras del mundo visible, ha prendido fuertemente también en el alma del hombre de nuestros campos. Por eso el sábado es el día de la sugestiva aventura, en que el obrero infatigable de la tierra abandona los surcos para escaparse, en un vuelo místico, hacia el anhelado país de la maravilla, lejos del panorama familiar y previsto del mundo físico. Es el día en que las buenas comadres espíritas, sin dejar de oír lo que les predica el señor cura y lo que les dice el buen taita Lucas, que practica la brujería y el curanderismo, le limpian la cara a sus muchachos y se ponen el traje más limpio para concurrir a esa fiesta ilusionada del alma humana, siempre suspirante y siempre en busca de lo ignorado. Es el día en que los buenos hombres que guían el arado, la carreta y arrojan sobre los surcos la semilla prolífica, dejando a un lado las cosas de la política, los gallos y el trago de ron gustado junto al portal del tenducho más próximo, bajo la dirección taumatúrgica del maestro espírita, forman el cordón medianímico y asisten al «despojo» del «obcecado» que tiene una «mala influencia».

Desde muy temprano, de todo el contorno y aún de otros lugares, y hasta de la ciudad, se dirigen los romeros de la fe hacia la meta de sus sueños, que está enclavada sobre una pequeña eminencia y circuida de una extensa cerca de alambre, donde los buenos creyentes, que recorrieron grandes distancias para no perder la hora dichosa de la fuga extraterrestre, amarran sus caballos, sudorosos y jadeantes. Hombres, mujeres y niños van llegando en grupos afanosos y pintorescos. Vienen de La Rosita, La Bermeja, La Atalaya, El Cigarro y hasta de las aldeas más distantes de las provincias de Oriente y Camagüey.

Una pobre mujer ha traído a un muchacho grande que mira fijamente hacia un sitio impreciso, y cuya actitud extática del rostro, exento de claridad y animación, hace pensar en un pobre idiota. La buena mujer lo trae desde el fondo de los pequeños caceríos que bordean el Pico de Turquino, con la esperanza anhelante de que el pastor de esta grey campesina le libre a su querido y lamentable vaso humano de la mala influencia espiritual que lo agobia.

Otros traen a una muchacha, cuyos movimientos inquietos e inquietantes hacen pensar en que tiene un hormiguero dentro de la cabeza. La han traído allí porque en aquel día ha de realizarse con ella el inaudito «despojo». También llega trabajosamente, sobre su mísero caballo, un anciano lamentable. Padece todos los males

del alma y del cuerpo, que, según él, la ciencia humana no entiende, porque es incapaz de llegar a la fuente misteriosa donde reside la dolencia. Y él ha venido a Muelaquieta, para que, por el amor de Dios, los buenos espíritus se conduelan de su mal y le hagan la caridad. Después retornará sano y salvo a su casa, donde hoy sólo es un poco de carne inútil. Llegan también meros curiosos y gente desocupada que quiere convencerse «con sus propios ojos» de las estupendas maravillas que le han contado que se realizan en el centro de Muelaquieta. Todos y todas vienen animados del mismo impulso interior, que les conduce hacia esta casa de enorme portal y puertas pintadas de azul, en cuyo seno se hacen evocaciones, se dan remedios, se adivina hasta el más secreto pensamiento y hasta se curan enfermedades que la vana ciencia del hombre ha desechado. Como toda fe, esta fe campesina es irrazonable e intransigente, fe que emana de lo más oscuro del ser y que el alma simple y el cerebro poco cultivado del guajiro acoge como religión del espíritu y medicina del cuerpo. Creencia que a través de los campos y de los temperamentos sufre modificaciones inverosímiles, cuyos componentes esenciales, con raras excepciones, son el falso espiritismo, la superstición de todas las religiones, la brujería, el curanderismo y también la mala fe del simulador astuto y charlatán. Hay pobres campesinos de razón descentrada y vacilante, cuya causa ha sido la labor ignorante y codiciosa de un simulador sin escrúpulos, que colocó sus embelecocos sobre la cabeza del pobre diablo a modo de una inquietante y turbadora ronda de cascabeles.

El guía de este centro de Muelaquieta, un hombre bueno, según se ve, tendrá, más o menos, sesenta años. Pequeño, membrudo, con una cara ancha que respira grasa y salud y unos ojillos claros de agua mansa, de cuyo fondo emerge una mirada errabunda, lánguida y doliente que se detiene sobre los hombres y las cosas como un largo hostezo. Por esta mirada, que surge de aquella fuente espiritual, cual el vapor de las aguas estancadas en una laguna, los creyentes le aman, creen en él y dicen que lleva en los ojos impresa inefablemente, como un sello de amor, el alma de un justo. Se llama Rafael Rosales. Los buenos vecinos, que le miran con respeto y con mística ternura, dicen, arrobados, que tiene el dulce nombre de aquel médico divino que curó la ceguera del joven Tobías. Tiene fama don Rafael de no cobrar nada por sus curas. Ahora, si las buenas almas le dan algo, él lo acepta, pero no pide ni exige. Tal es la voluntad de Dios y la de los espíritus que la animan. Cultiva su predio como cada hijo de vecino y hacia el fondo de su casa, consagrada como la más santa entre las santas, tiene un pequeño cañaveral, un platanalito y unas cuantas matas de maíz. Algunos cerdos se complacen en hozar sobre los rastrojos y los desperdicios de la santa casa, escogida por la voluntad del buen Dios de todas las cria-

turas. Unas cuantas gallinas se agitan por los alrededores. Estos son los bienes terrenales de don Rafael, que vive con su esposa, una silenciosa criatura de andares apagados, que tiene desarrollada una gran mediumidad. Una ágil y robusta muchachita también trisca ignorante por aquellos campos espirituales, con la dulce inconsciencia de una cabrita sobre una colina bañada por la luz moribunda del crepúsculo. Esta es la familia de don Rafael Rosales, y tal es la casa a donde todos llegan con una esperanza en el espíritu y un secreto anhelo en el corazón. ¡Se cuenta tanto de la enorme potencia sugestiva de don Rafael!...

Yo me quedé en el portal con Santiago Hermida, mientras Conchita Fundora entró en el templo de la fe espírita con todos sus deudos y amigos. Más atrás se deslizó el tremendo Mongo Paneque, que, según algunos, era algo medium, sobre todo cuando lo poseía el espíritu del alcohol. Conchita le dirigió una mirada de desagrado, pero él siguió, con su pantalón negro y un enorme sombrero tejano atascado hasta el pescuezo.

—¡Qué hombre!—murmuró Santiago—. Estoy por creer que una mala influencia lo ha traído hoy a Muelaquieta.

—Verdaderamente, un hombre que usa unos zapatos tan amarillos debe de tener muy mala influencia.

—Y que el hombre está enamorado y quiere llegar a Roma por todo. Hasta se ha metido a espiritista para estar al lado de su adorado tormento.

—¡Mal rayo lo parta!—murmuró Santiago Hermida con un deje de cólera en la mirada.

Liborio Bartolo Morejón que llegaba de improviso, siempre llegaba de improviso Liborio Bartolo, con su sempiterno *cuje* en la mano, al percibir, más que oír, las palabras irritadas de Santiago Hermida, barbotó: —No se moleste, compay Hermía, que es pecao, contimás en lo referente a Mongo, que es hereje, animal y lleva los zapatos con la color del achote que se le echa a la comía.

Santiago Hermida, ya libre de su contrariedad, rió la ocurrencia de Liborio Bartolo. Le preguntó:

—¿Vienes tú también a «coger muertos»?

—En este mundo hay que hacer de to porque pa eso es mundo... Con su licencia, mi compay.

Dicho esto, Liborio Bartolo penetró con su *cuje* inseparable en el centro espiritista de Muelaquieta.

CAPITULO IX

Y como todo tiene su Alfa y su Omega en la tierra del buen Dios de todas las criaturas, comenzó la sesión espírita.

Es el Centro de Muelaquieta, lugar famoso en catorce leguas a la redonda. Allí convergen los más nobles espíritus protectores del hondo espacio, para merced al vehículo humano, que tiene la gracia medianímica, hacerle la caridad a todo hijo de vecino, receptor de las dolencias anímicas y de las mil y una llaga de la carne bautizada.

Don Rafael Rosales, digno maestro y guía de su plantel ultrasensible, comenzó a ordenar el cordón fluídico, porque las sesiones de aquel Centro no eran de las llamadas científicas o «de mesa», sino de «cordón». En el cordón podían caber la ignorancia humilde y la soberbia sabiduría, como también todos los que cultivan la tierra con el sudor de la frente. El trabajo campesino era siempre la marca humana y propicia, grata a la infinita misericordia de Dios y de los buenos espíritus.

En el Centro de Muelaquieta reinaba la democracia de los primeros cristianos, todos los esclavos del terruño criollo podían encontrarse bien en la casa santificada por Aquel, para quien no hay altos ni bajos, grandes ni pequeños, porque el Amor es beneficio y caridad que llega del espacio para todos, como el Sol del nacimiento y de la muerte.

Conchita Fundora, a la invitación suave de don Rafael, que sabía de su mundano atraso espiritual, también integró el cordón. Cordón formado por manos de ambos sexos, manos que, al fin, hermanan la fe y el surco de todos. Y el cordón empieza a girar, describiendo su rotación ritual, mientras de los pechos surge un jadeo acompasado y trémulo. Para que el camino se haga libre y franco, es preciso que el canto se eleve hacia la luz. ¡Elevación! ¡Elevación!... Nada como el canto, hermano de la danza, que desde los tiempos sin memoria ha presidido el alma remota y milenaria de todas las creencias y de todos los ritos.

Bajo la dirección del maestro del Centro de Muelaquieta, Lucinda Morejón inicia la melopea espiritual, que poco a poco va prendiendo en voces de hombres y mujeres, hasta integrar el coro unánime.

Y el canto decía así:

¡Oí lé,
Oí lé!
¡Oí lo
Oí lá!...

Pedí, pedí
con fe paternal.
Pedí en nombre de Dió;
Oye la voz, hermano,
Oye la voz, por caridá!...

Como sin el auxilio del Padre no hay verdadera elevación para las invocaciones a los buenos espíritus, ahora las voces se hacen adecuado habitáculo rítmico, a fin de que por él descienda la gracia de la Potencia Divina que lo llena todo, desde la ignorada vida de la imperceptible criatura del suelo, hasta los mundos inconmensurables que pueblan la inmensidad.

*Perdón, Padre mío,
Perdón y fedilidad,
Perdón, hermano mío
por toa humanidá.*

*¡Olí lé,
Olí lá,
Olí ló,
Olí lá!...*

Ya están elevados los corazones. Pueden llegar los buenos espíritus, intercediendo en el comienzo de los trabajos en pro de la humanidad doliente, que viene a buscar la caridad al Centro de Muelaquieta. El camino está abierto hacia el espacio, donde reside el gran poder de Dios.

Comienzan las santiguaciones y los despojos. Para ello sólo hace falta fe y un ramo de albahaca.

¡Santísimo tres veces!...

Ya están los mediums en trances. Sus voces son el eco fiel de las entidades del espacio. Por eso, a veces, susurran como la hoja rozada por el viento apacible o rugen como el río en creciente o la floresta azotada por la tempestad. No todos los espíritus tienen la misma bondad de flúido. En el espacio hay espíritus de luz y espíritus de sombra, que alientan en el desconcierto de la turbación y el apego material; a éstos hay que ayudarlos en sus caminos de incertidumbre y de atraso. Y aunque a veces desordenan los trabajos del Centro, para alejarlos no hay que olvidar de que la luz también existe para ellos. La luz del buen sendero de la Divina Providencia.

Sobre la doliente carne campesina las santiguaciones se llevan a efecto. Mas he aquí alguien que necesita ser despojado. Es el hermano Olegario Riverón. Padece de un mal alojado en la parte más noble de la cabeza. Un médico incrédulo que cura a la ciega y tosca materia, y que al mismo tiempo fuera higienista, filósofo y sociólogo, pudiera decir que el hermano Olegario es un palúdico, sobre el cual pesa el abandono histórico del mal endémico de La Ciénaga, pero para don Rafael Rosales, maestro de aquel plantel de la caridad, es uno que necesita del auxilio de los buenos espíritus. Es llevado al centro del cordón, porque hay que despojarlo.

Aquí comienza la tarea laboriosa, porque los entes que poseen a Olegario son rebeldes, atrasados y obsesadores. Por eso el cordón, antes tan armonioso y sosegado, parece que entra en el reino de la pesadilla y la locura. Gritos frenéticos y desesperados, como un desgarramiento. Jadeos sordos o crepitantes, frenesí que llega, acaso más allá de la potencia humana. Los espíritus, atrasadísimos en su evolución están haciendo de las suyas. Una mujer cae presa de sacudimientos convulsivos, cual una posesa que se revuelca ululante en el santo suelo. De su cuerpo se desprende sudor y de su boca espuma, en tanto que el círculo se encrespa y ruga como un mar embravecido.

Liborio Bartolo Morejón, que tiene el espíritu de Juan Congo y que es medium experto, que sabe «coger muertos burlones y atrasados», dirige su cabeza hacia un horcón de la casa, mientras dice:

*Yo va matá mi materiá,
Yo va matá mi materiá;
Epíritu son que tiene asesá
a hermano Olegario.*

Aquí interviene don Rafael con su control que apacigua, calma y aleja las malas influencias, mientras el círculo jadeante aúlla el son específico de este momento crítico:

*Traigo un piñón,
Traigo una espada,
Traigo un piñón
pa mediumdiá.*

Mas parece que éste todavía no convence al espíritu atrasado e inarmónico, porque el medium clama desesperado y furioso:

*¡La Judea, La Judea,
La Judea lá mato yo,
con la espada de San Hilarión!...*

Posible es que en este medio cargado ahora de espesos flúidos, surja el recuerdo de los judíos que crucificaron a Cristo.

Al fin, renace la calma, y en tanto se neutralizan las malas influencias, el canto busca su antigua pauta:

*¡San Hilarión baja a la tierra,
San Hilarión mediumnidá,
San Hilarión pa este hermano
derrama luz y caridá!...*

Olegario Riverón, con su cara de palúdico inveterado, ya está libre de todo mal, sus ojos miran hacia un sitio impreciso, y es sacado de allí por sus deudos, con una calma estática que se parece a la calma del sopor de la carne liberada.

¡Gran día este, en el Centro de Muelaquieta! Lástima que Conchita Fundora no acabara de tener la fe que salva, pues así pudiera librarse del espíritu malo de su pretendiente Mongo Paneque.

Era un poco más del atardecer cuando salió la gente del Centro de Muelaquieta. Se había realizado una gran «sesión». La concurrencia había sido numerosísima, tal era la larguísima fila de caballos junto a la cerca de alambre, mientras el enorme gentío, que no cabía en la casa, habíase quedado en la puerta y en el patio. Ahora se iniciaba el desfile de los creyentes. Salían un poco jadeantes, con los miembros flojos y el paso entorpecido, con la pupila deslumbrada y estática donde temblaba un turbio fulgor de fiebre. Pupilas agrandadas como si hubiesen contemplado cosas inauditas en la ciudad del espanto y la maravilla y en cuyo interior se renovase todavía la visión del más allá y el pasmo ultrasensible. Pupilas de gran mirada húmeda o lánguida, donde vibraba la tensión nerviosa del que ha estado a punto de entrar en el reino fantástico y tenebroso de la pesadilla y la locura. El aire del anochecer serenaba un tanto los ojos dilatados y los rostros de expresión vaga y sombría.

Durante mucho tiempo, el hombre de la cantina inmediata estuvo despachando tabacos, ron, dulces y velas. Luego se inició la partida hacia los diversos lugares de donde había surgido aquella muchedumbre de creyentes en el mundo fluídico de los espíritus.

—Hasta el próximo sábado, «compay» Manuel.

—Adiós, «comay» Lola.

—¿Cuándo le tendremos por allá, José Ramón?...

Como la noche era oscura y los caminos malos, pues los últimos aguaceros de junio habían echado a perder aquellos terrenos bajos y cenagosos, todos hicieron uso de las velas y hachones, y era de ver a la distancia el prodigioso efecto de las luces, que iban de aquí para allá, como si entre la noche se estuviese realizando una fantástica ronda de antorchas; tal era el efecto de la llama diversa a través de la vasta campiña. De la tierra húmeda surgía un cálido sopor de fiebre y de modorra que empañaba los sentidos como la niebla al cristal.

JOSE ANTONIO RAMOS

Nació en La Habana, el 4 de abril de 1885. Murió en 1946. Perteneció al cuerpo consular, también fue Director de la Biblioteca Nacional. Su labor literaria giró en torno a novelas, obras teatrales, ensayos y crítica. «Tembladera», una de sus obras, tiene gran significación dentro de nuestra historia teatral. De sus novelas, citamos a «Coubay», y sobre todo a «Caniquí».

Notamos, desperdigado, por la novela de Ramos, cierto giro expresionista; un áspero relieve, puesto sobriamente, en clavada metáfora. Por ello, sus estampas costumbristas se salvan de lo pintorreado y chillón, logrando atraernos con la nitidez de sus relieves.

Aquí, nos limitaremos al comentario de «Caniquí», no sólo por considerarla como la mejor novela de Ramos, sino por contener ella, los puntos esenciales del estilo de este novelista. Centrándose en una de nuestras más antiguas poblaciones, y deslizando el relato por las vicisitudes de la heredada religiosidad española, logra «Caniquí», con intuitiva perspectiva, situaciones donde se entrecruzan imágenes y motivos. Una nueva forma de visión de lo nuestro, talando en lo de mezcla, en lo de horrible equívoco que el hecho de la esclavitud marcó en el vivir cubano, se contrasta, certeramente, con lo recibido por la tradición católica. (Aunque lo anecdótico con que se relatan las mágicas circunstancias del vivir de los negros, parece un tanto superpuesto, y con el sabor innecesario, de esas novelas que, para explicar un sucedido, nos aturden con lo híbrido de una cita antropológica.)

Pero lo más notable en Ramos es su entrever. Su manera de apoyar con un fondo a la exposición de sus escenas. Fondo o segundo plano, que parece ir enredando los sucesos que vemos en la superficie, con complicidad que le viene de lo onírico, y del amasijo del colorido. Así, en un capítulo, los marineros disparan sobre Caniquí, que se evade nadando. La superficie del relato no es más, pues, que eso.

Pero, de inmediato, nos damos cuenta, que no es sólo a Caniquí a quien se le dispara, que un segundo plano ha comenzado, con sus metáforas, a intercambiar... De ahí que, el capítulo termina, hacién-

donos entrever la sabrosa sospecha, de que los marinos también hubieran podido descargar su rencor, contra el abstracto pedazo de un paisaje graciosamente tropical.

Se nota en la novela de José Antonio Ramos, una tendencia a lo vertiginoso, galope un tanto vacío de lo onírico, visto a través de lo filmico. Esto, y la búsqueda de situaciones demasiado abigarradas, relaja su obra hacia cierto melodramatismo. Pero, sin embargo, la sorpresa de su personaje ante las cosas, logra a veces, por las perspectivas que entrecruza, un efecto limpio y gracioso, no exento de sabrosa visualidad.

CANIQUEI

CAPITULO VI

MISERERE, NO

Ved que he sido concebido en pecado. Y en pecado mi materia se mantiene.

Versículo del *Miserere* (Salmo 50)

Filomeno fue advertido de la necesidad de concluir su trabajo sin llamar la atención del amo. Los tarcos se pasarían al último cuarto o se llevarían al patio grande, para convertirlos en leña. Rosario, haciéndose cargo de las cosas pequeñas, prestó su ayuda diligente, para alegría incontenible de Filomeno. La presencia de la linda mulatica agolpaba un torrente de cantos en su garganta, que el impuesto silencio trocaba en muecas, contorsiones y juegos malabares con los trastos ligeros. Rosario, ahogando también su risa, le imponía también cordura con señas elocuentes.

—¡Caniquí negro malo, tú *báa mori coggao!*—repetía él, al pasar junto a ella, en voz muy baja. Era un estribillo de la abuela Ma Irene con que él solía expresar, a su manera, su aceptación des preocupada y máscula del destino.

Mariceli, en tanto, sin abandonar su estudiada calma, no podía contener su impaciencia. Y acabó tomando parte en la limpieza.

Una jaula rota, la armazón de una silla destrozada, una tabla de planchar partida en dos, cojines destripados, innúmeros cabos de escobas y plumeros... ¿Para qué se guardaban tales inmundicias?

Sus órdenes eran casi siempre expeditas, lustrales:

—Al otro lado. Quémelo o bótenlo: ¿para qué sirve eso? Con la remoción de sus escondrijos, arañas y cucarachas surgieron de todas partes. Mariceli se vio forzada a desistir de su labor.

Mas Filomeno, divertido con los gritos represos e incoercibles estremecimientos del miedo de su amita, cazaba aquellas alimañas con sus manos y jugaba con ellas, mostrando la doble hilera nivea de sus dientes en inconvenientes carcajadas.

Temblosa de todos los miedos, Mariceli salió a la saleta. Afortunadamente, en cuanto al escándalo, el padre no había regresado aún. Doña Celia tampoco estaba en la saleta.

Otra vez su doble ego, su implacable conciencia, la acusó de tomar la empresa con mundano entusiasmo. Insomne la noche anterior y prometiéndose penitencias magníficas y éxtasis seráficos en su apetecida soledad del oratorio, de su celda anhelada, cierta vocécita irritada del fondo de su ser, la acusó una y otra vez de tomar la idea un poco en juego, como otros de aquellos sus altares de niña, en el mismo «cuarto de juguetes» en que ahora Caniquí, con su alegría salvaje, la provocaba a risa...

Y era para hacer penitencia para lo que ella necesitaba aquel oasis espiritual en el desierto de su hogar. Porque se le impedía realizar su anhelo de ser monja, de tener su celda blanca y pura en un convento de hermanitas angélicas, rebosantes de ternura, que pudiera ella estrechar contra su corazón libre de impuras penas. Se le tenía encerrada en aquel círculo de hierro, asediada por todas las tentaciones, abandonada por su madre y por su confesor mismo, escarnecida hasta por los esclavos, que impetraban la bendición de Dios para el Amo implacable. Su casa: toda la villa estaba bajo el poder satánico de su padre y de los hombres como él. Y su única esperanza de salvación, iluminada como se sentía por el poder más alto de Dios, estaba en resistir, en vivir para su ideal de pureza y amor divino, en mortificar su miserable cuerpo que sangraba, hedía, sentía estremecimientos y ardores nefandos, dolía con dolores abyectos y embrutecedores y acechaba noche y día en ella toda oportunidad para apartarla del camino de salvación.

De súbito, como un cohete de luces, una idea se abrió en radiosa palma de policromos fulgores, ojos adentro de su alma...

Empuñaba todavía en su diestra el último objeto que la sorpresa misma le mantuviera en sus manos crispadas: era un mango torneado de sacudidor, al que sólo quedaban unas cuantas cañuelas hirsutas e inservibles.

Su mano, obedeciendo un misterioso impulso, agitó en el aire el viejo instrumento de limpieza.

Y éste, de repente, quedó transubstanciado en santa disciplina. La del Reverendo Fray de la Cruz Espí, que ella de niña viera en una urna de cristal.

Un extraño temblor recorrió su cuerpo.
—¡Niña Mariceli! ¡No se siente ahí! ¡Está lleno de polvo!
Tuvo que sentarse, sin embargo. El viejo sillón exhaló un sordo crujido, y dio con ella blandamente en tierra.
Entre Rosario y Filomeno la ayudaron a levantarse.
Y hubo que dar gracias, sonriendo.

Desde ese instante la idea fue como una llaga viva dentro de su cerebro.

Hasta entonces su humildad le había impedido la formulación perspicua del deseo. Porque ella era demasiado insignificante para aspirar a esa altísima prueba, nimbo de inmarcesible gloria sobre la cabeza de tantos mártires y del propio Jesús, exangüe y moribundo sobre su cruz. ¿Quién era ella para alcanzar esa gloria?

Del origen de su inspiración no podía caberle duda, sin embargo. La agradeció con unción infinita y se dispuso a obedecerla sin vacilaciones.

Almorzó con apetito, oyó con gran satisfacción que su padre volvió a salir y llamó en seguida a Filomeno, para que continuara su trabajo. No quiso dormir siesta y fue a traer algunos de sus libros, que decidió estarían mejor en su oratorio. Rosario quedó en el aposento, con su madre, para abanicarla como de costumbre, mientras dormía la siesta, y para librarla de las moscas. Así solía la esclava echar también su siestecita.

Bajo el sopor calenturiento de la hora, sola en el vasto comedor, rodeada de silencio, Mariceli abrió su «Leyenda Dorada».

Y con el corazón saltándole dentro del pecho contempló demoradamente las ingenuas estampas de su edición de Jacques de Voragine, animándolas con la lección enésima de las horribles torturas infligidas a los mártires. Santa Ágata de Catania, su bello cuerpo virginal tostándose al fuego; Santa Justina de Antioquía, degollada con Cipriano, su esposo espiritual; la hermosa Thais, tres años encerrada en su celda; Santa Cecilia de Roma, esposa de Valeriano y virgen sin embargo, abrasada y degollada por el tirano Almaquino...

Y la historia de Santa Catalina, Princesa de Costi, victoriosa en su disputa con los sabios del César, ante quienes demostrara la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, convirtiéndolos a su fe y ayudándolos a bien morir en sus tormentos espantosos, así como a la reina y a una multitud de servidores del rey, todos martirizados, sus miembros desgarrados por férreas ruedas y hervidos en grandes calderas mientras a la reina misma los verdugos arrancaban los pechos...

Y San Sebastián, su cuerpo blanco y suave, casi femenino, dilacerado por las flechas...

Y Santa Cristina del Tirol—la más interesante de todas—que mientras la destrozaban poco a poco sus verdugos, arrancándole los pechos, la lengua y sus partes más secretas, cogió a manos llenas puñados de su propio cuerpo, chorreando sangre, y se los arrojó al rostro a su padre gritándole: «¡Toma, tirano, y come de la carne que engendraste!»

Cerró los ojos y la piadosa estampa, tanto y tanto tiempo ante su vista, se reprodujo en rojo detrás de sus párpados.

Soñó. Estaba ella amarrada a los travesaños del «tumbadero» del ingenio, retorciéndose de dolor y dolor y sangrando, bajo el látigo del contramayoral.

Pero el contramayoral no era otro que su padre, su propio padre, la ancha faz congestionada y feroz, como en la escena de la olvidada mañana de octubre. De pronto el rostro de Filomeno, el esclavo, surgió a su lado...

Trató de gritar y despertó en una contorsión.

Caniquí, en realidad, estaba junto a ella:

—¿Qué fue, niña Mariceli? ¿Taba llorando...?

—No fue nada, no fue nada—barbotó ella. Y como el negro permaneciera arrodillado, expectante, le ordenó: —¡Anda, Filomeno, sigue tu trabajo! ¿Qué me miras así?

El esclavo obedeció y echó a andar lentamente hacia la futura capilla.

La vieja Ma Irene, que Mariceli columbró entonces, junto a la puerta grande del zaguán, desapareció como una sombra.

Desalojada la habitación, el lunes siguiente, segundo día de la Semana Mayor, se empleó en la construcción del altar, traslado de un estante de libros y otros pequeños trabajos que dispuso la joven. A la hora de la siesta, solos también ama y esclavo, Mariceli le exigió toda su atención y expuso confidencialmente al improvisado operario lo que tenía que hacer, el más importante acaso de sus trabajos.

Filomeno pareció no entender al principio.

Hasta que se atrevió a preguntarle para qué la quería, aquella disciplina de tiras de cuero, fijas de algún modo en el cabo torneado que su ama sacara como por arte de magia del armario donde él viera colocar un momento antes sólo libros, y cuya construcción, bien resistente, le recomendaba Mariceli con voz entrecortada, más cerca de él que ninguna mujer blanca lo estuviera en su vida, rogándole no decir una palabra de ello a nadie: ¡absolutamente a nadie!

La suplicante, de espaldas a la saleta, no vio una sombra que cruzó dos veces frente a la puerta de la nueva capilla, y desapareció por el zaguán, como el sábado anterior.

Pero Filomeno cumplió su palabra. Rechazó airado todas las preguntas de la abuela, consiguió sus clavos, sus tachuelas y su bramante fuerte, y con cabal sigilo—mientras simulaba otro trabajo de

carpintería, entre los trastos aún amontonados en la caballeriza—remató su obra y la escondió a buen recaudo. Una insoportable curiosidad, sin embargo, se apoderó de su imaginación. El flagelo no podía ser para otra esclava que Rosario. Y su tosco raciocinio rechazaba la imagen, sin embargo, de su amita castigando a la fiel mulata...

Una y otra vez se había detenido en su tarea, incapaz de coordinar sus movimientos.

Al otro día, también a la hora de la siesta, Mariceli recibió de sus manos el misterioso encargo. Iba resuelto a decirle algo: ¡Que le diesen a él los azotes! El era un hombre y había resistido al amo. Lo había derrengado, salvando así sin saberlo, a la linda mulata. El recuerdo de aquella circunstancia lo unía a ella con un extraño sentimiento, para él nuevo.

La niña Mariceli no le dio tiempo. Recogió el azote y corrió a ocultarlo en la capilla.

—Niña Mariceli... Niña Mariceli...

Al fin salió ella de nuevo, sonriente y feliz.

—Niña Mariceli... Niña Mariceli...

—¿Qué te pasa? ¿Qué quieres?

La idea más sencilla le advino en seguida:

—¡Ah! Espera... No tengo nada conmigo. Pero mañana te lo doy. Dos pesos duros en plata. ¿Te parece bien? ¿No? Pues... ¿cuánto quieres?

—Caniquí no quiere dinero niña.

—¿Entonces?

El negro cayó de rodillas.

—¡Deme a mí lo jasote, niña Mariceli!

—¡Negro! ¿Qué dices?

—Deme a mí lo jasote—repitió el esclavo. Sus medios de expresión le fallaban. ¿Cómo atreverse a hablarle a Rosario?

Mariceli, desconcertada, trató de sonreír...

—Vamos, Filomeno: ¡tú estás loco! Levántate. Levántate...

Oyó un ruido detrás de ella.

Y desprevenida para explicar la situación, se encontró bajo la mirada torva de su madre.

El esclavo se había puesto en pie, de un salto.

Atropelladamente, la joven ensayó una serie de inconexos regaños. Bajó la cabeza, iluminada de repente por una idea, y comenzó a seguir un rastro.

—¡Pasó por ahí! Y salió de la capilla, te digo. Se fue por el zaguán. Pero mira en la capilla. En la esquina, del lado de allá hay una cueva, la boca de una cueva. Ven a verla...

La madre no pareció muy convencida. La familiaridad de su hija con el esclavo, en todo caso, la disgustó profundamente.

Filomeno, en tanto, había tomado el pretexto muy en serio. ¿Ratones? Para algo estaba él aprendiendo también el oficio de albañil. En el hospital había aprendido a tapar cuevas que nunca más abrían los ratones... hasta que hacían otro boquete al lado. En seguida iba a ver a la niña Mariceli cómo él descubría y acababa con todos los «bujeros».

Permaneció un instante sola, en la capilla, dando gracias a Dios por su hábil escapada. Y salió de nuevo a la saleta, donde aún la madre deambulaba, silenciosa.

Casi inmediatamente regresó Caniquí: un cajón de mezcla bajo un brazo y colgando de la mano del otro un saco de herramientas.

Desde la saleta lo oyó la joven martillear y hacer la mezcla dentro de su cajón, con isocrónicos golpes que pronto devinieron en tamborileo rítmico, y el acompañamiento de un canto africano. Al fin se oyeron las palabras:

Camina pólo suelo: niña asustá
Camina pó lo suelo: cueva tapá
Camina pó lo suelo: no sale má
Calabasún, sun sun...

—¡Filomeno! ¡Que estamos en Semana Santa!

—¡Caniquí, negro malo—contestó como un eco la voz del peador—*menque te juya tú báa mori coggao!*

Algo de vidrio se quebró con estrépito.

—¡Filomeno! ¿Qué fue? ¡La urna del Crucificado!

Y a la segunda idea, saltó Mariceli de su asiento.

—No, mi ama—gritó dentro Filomeno—. *Botella que patto pa meté bridrio entro e la cueba!*

Había partido un casco de botella para atascar las cuevas. Por allí no saldrían más los ratones.

Hubo un largo silencio. La madre desapareció tan calladamente como había llegado y Mariceli volvió a su libro.

De súbito la joven vio ante ella otra vez al esclavo, encorvado, ambas manos aferradas a un muslo. Por entre los dedos y el tosco pantalón chorreaba un líquido rojo: ¡Sangre!

Caniquí ensayó una breve explicación. Al echarse boca abajo, para tapiar la cueva, se había incrustado en el muslo un pedazo de vidrio. Pedía permiso para ir a la caballeriza, a buscar telaraña. Y volvería en seguida.

Pero la vista de la sangre privó instantáneamente a Mariceli del dominio de sí misma. Sin oír al herido, con los ojos clavados en el jugo viscoso y terrible que goteaba ya sobre el mármol blanco del piso, comenzó a dar gritos...

Gritando también, como enloquecida, acudió en el acto doña

Celia, Rosario detrás de ella y Ma Irene, que entró por el zaguán seguida de Domingo el caletero y otros esclavos, todos inquiriendo el origen de la alarma y hablando en alta voz, rodearon de repente a los actores de la extraña escena.

Mariceli, profundamente arrepentida de su imprudente alarma, se esforzó en vano por tranquilizar a su madre. Doña Celia parecía como presa de un síncope. Se ahogaba...

De Filomeno se hizo cargo Francisco, el cocinero. Nadie prestó atención a sus irritados reproches. La niña Mariceli se había asustado: eso era todo. Él se había herido con un vidrio mientras trabajaba. Allí en la capilla estaba el casco de la botella: podían verlo. ¿A qué tanto *pabiento* y tanta bulla?

Por algunos minutos fue imposible entenderse. Mariceli pidió un médico. Y entre ella y Rosario llevaron a la madre hasta su cama, sin sentido. Domingo desapareció por el zaguán hacia la calle y Ma Irene renqueó con toda la premura que le permitieron sus años, hasta la cocina, a preparar el consabido cocimiento de tila, con aguardiente de guaco.

Fue bastante difícil, para la misma doña Celia, urdir una explicación medianamente racional del absurdo incidente:

—Oí que alguien se había herido, doctor, y creí que era mi hija. Creí que la urna del Crucificado le había caído encima. Y al verla con las manos sobre el rostro, creí que se había sacado un ojo. ¡Imagine, doctor! Usted perdone que se le haya molestado...

Y sin cambiar tilde ni coma, así llegó la versión del accidente a don Lorenzo de Pablos.

Filomeno, mientras servía la comida, fue más explícito:

—Un *bridrio nel mujlo*. La señorita *asutá pocque* niña Mariceli *empezó dá grito*. Yo no tiene ná. Yo *mimo* saqué *bridrio* y pone telaraña. Ya *tá curao*.

Ambas explicaciones ensamblaban mal. Pero Mariceli sólo pensaba en el implícito descubrimiento de su secreta empresa, todavía sin concluir. Faltábanle paños al altar, cirios, flores, adornos. Y si su padre ordenaba echarlo todo abajo, aparecería su oculto tesoro: ¡no podría llevar a feliz realización su magno empeño!

Doña Celia, con pocas palabras y sin darle la menor importancia al asunto, explicó que se había convertido en capilla el antiguo «cuarto de juguetes de la niña».

Preparada para oír las atrocidades del gran ateo, Mariceli, escuchó su sencilla pregunta sin dar crédito a sus oídos:

—¿Dónde pusieron mi montura andaluza?

Filomeno informó. La había limpiado y colocado en el último

cuarto, sobre un burro de madera. Y la había envuelto con papeles, además, para preservarla del polvo.

Don Lorenzo se dio por satisfecho y pidió la copilla de la lumbre.

—Juan Antonio Luna está en Trinidad—dijo sin dirigirse a nadie. La nueva capilla—la celda de la ilusa novicia—quedaba, pues, tácitamente aprobada.

CAPITULO VII

CAMINO DE PERFECCIÓN

«En la noche dichosa,
en secreto, que nadie me veía,
ni yo miraba cosa,
sin otra luz ni guía,
sino la que en mi corazón ardía...»

Noche oscura del alma.

SAN JUAN DE LA CRUZ

.....

A ella, en cambio, la imposición de dormir se le antojó a la sazón intolerable. La perspectiva de pasar la noche entera así, en vela, en aquella semioscuridad del aposento, encerrada en el silencio de la noche como en un ataúd, la llenó de angustia.

Su fantasía de niña invadió su mente con imágenes aterradoras. ¿Y si la enterraban viva un buen día? Aquellos desmayos suyos eran como una muerte temporal. Ella se sentía morir, en efecto. En vano trataba después de atar los cabos sueltos dentro de su memoria. Es decir: para ella, todo lo que sucedía durante su desmayo no había existido nunca. ¿Y si en una de esas...?

Juan Antonio, por ejemplo. ¿Cómo y cuándo había desaparecido de su lado? ¿Habría venido por la noche a preguntar por ella?

Y ella, dormida como un tronco. Había dormido desde las 7 hasta después de las diez. ¿Qué se hacía del alma mientras la gente dormía? De esas cosas no podía preguntarle a su madre, ni al padre Remigio. Le contestaban con evasivas.

Juan Antonio contestaría sus preguntas. Juan Antonio la amaba: estaba segura de ello. Cuando se casaran, él la informaría de todo, sin aquellos misterios ni aquel empeño en ocultarle siempre algo. Ya su novio y ella se habían besado...

—¡Padre nuestro que estás en los cielos...!—comenzó de repente a rezar en voz baja, para ahuyentar sus pensamientos.

Y rezó. Rezó mucho tiempo, e inútilmente.

Esperó en vano un ruido, algo que alterara aquel silencio aterrador de la noche. Las campanas del convento no podían darle en aquélla de Jueves Santo, el consuelo de otras noches de insomnio. Era un silencio sin atenuaciones, sin medida. Como para siempre.

A medida que se hundía en su pavor, y a despecho de sus fervientes oraciones, la imagen de su primo fue adquiriendo precisión ojos adentro.

Se sintió como arrastrada con velocidad vertiginosa por la insegura cresta de una montaña altísima. A un lado y otro, el abismo. Sus recuerdos más lejanos e insignificantes confundieron por centésima vez, sin nexo alguno. ¿Qué tenía que ver el boca-abajo del ingenio con Caniquí?

—«Deme a mí *lo jasote*, niña Mariceli.»

Caniquí sabía para qué ella guardaba el cilicio. El padrino, don Pedro de Aizcorbe, la abrazaba. Ella era la tía Asunción. Y era mala como ella. Su padre se inclinaba sobre su rostro, con los ojos feroces y la cara roja de ira.

Había que huir por un corredor muy largo y oscuro. Juan Antonio venía a su lado. La abrazaba. La apretujaba contra su pecho y la besaba en la boca. La besaba en la boca. La besaba en la boca...

—¡Padre nuestro que estás en los cielos!

Musitó varias veces la oración hasta alejar la imagen.

Pero la forzada inmovilidad del cuerpo se le hizo intolerable. Un calor de fiebre le abrazaba las entrañas. Por la columna vertebral bajábanle hasta las piernas extrañas sacudidas, involuntarias e incoercibles, como ante los relámpagos de una de aquellas horribles tempestades eléctricas del trópico, tormento de su niñez.

La idea de correr a su oratorio convirtió al fin el oleaje arremolinado de sus pensamientos en un torrente, hacia una sola dirección. Las olas movíanse dentro de ella. Fuera, la proximidad de su madre y de Rosario, el riesgo de despertarlas, lo penoso de una explicación, la falta de luz y el miedo a las sombras eran como rocas contra las que se estrellaba su violenta necesidad de moverse. Así, inmóvil en su lecho, era imposible que continuase...

Detrás de los libros, perfectamente oculto, estaba su flagelo. ¿Y si pudiese, aquella misma noche? Simultánea a la idea, como un rayo cercano, el relámpago estremeció todo su cuerpo y la urgencia del deseo estalló en sus oídos, como una orden:

—«Ahora o nunca. ¡Ve!»

Se escurrió fuera de la cama. Sacó su vela de la palmatoria y deslizóse con ella hacia la esquina del aposento, desde donde la mariposa encendida a la Virgen desleía su mortecina luz en la vasta habitación.

Quemándose las manos para ocultar la llama de su vela, abrió la contrpuerta y la mampara, y cerró la primera tras de sí.

La enorme saleta-comedor era un océano de sombras. Avanzó en línea recta hacia la otra mampara y la abrió. La luz temblaba en sus manos.

Ya estaba en su celda. Un fuerte olor a cal y madera húmeda, madera recién lavada con lejía, comunicó una sensación tranquilizadora a sus nervios. Ya estaba en su celda. Colocó su vela en el altar y comenzó a quitarse la esperma derretida entre sus dedos.

Todavía se sintió insegura, con sólo la mampara separándola de la saleta, y la ventana del patio interior abierta. ¡Su padre, al otro lado! Pero no: su padre no había vuelto. ¿Estaba segura?

Y estremando la precavida lentitud de sus movimientos, para evitar los ruidos, cerró ambas contrpuertas, con sus fallebas.

Recorrió satisfecha, con la vista, toda la habitación. En lo alto de la pared maestra—la divisoria con el zaguán y el patio de los esclavos—echó de ver la ventanilla cruzada de barrotes. ¡Estaba en su celda! Un leve susurro de hojas, de sacudida de plumas y otros murmullos apacibles de la noche, penetraron por la abertura, confirmando su sensación de seguridad. Cantaron los gallos...

Con deleitosa lentitud entonces, aunque sus manos seguían trementes, dificultándole todo movimiento, encendió los cirios del altar, contempló un instante el cuerpo derrengado y dolorido del Mártir del Gólgota, ofreciéndole con su bisbiseo casi inarticulado su sacrificio, y registró bajo el paño del altar, detrás de sus libros, en busca del azote redentor.

Lo asió: ¡al fin! Varias veces rectificó su asimiento, sin embargo, hasta sentirse el torneado mango firme y cómodo en la convulsa diestra. Después lo restalló en el aire, en prueba final de sus fuerzas... ¡Así! Así lo aplicaría sobre cuerpo miserable.

Transida de felicidad, alzó de nuevo los ojos al Redentor. Oro, de rodillas, largo rato. Saltábale el corazón casi dolorosamente dentro del pecho y los oídos le zumbaban. Un sudor copioso manó del fuego de sus entrañas, haciéndole sensible todos los poros de su cuerpo. De vez en vez tuvo que interrumpir su oración para suspirar profundamente.

Atropelladamente levantó de nuevo el paño de su altar y buscó entre los libros. El azote estorbaba en su mano. Pero sin soltarlo, acurrucada en el suelo, quitándose con el dorso de la diestra inútil el sudor que manaba de su frente, cegándola, hojeó en el libro hasta dar con la imagen.

Desde luego que ella no quería ofender a Dios, matándose. No. Ningún mártir había muerto así, de su propia mano. ¡Si ella pudiese confiar a otra las disciplinas! Rosario, tal vez... ¡o su padre!

El joven mártir romano, los ojos en blanco, pedía ante ella la muerte. Las llamas lamían sus vestiduras. Ella se pegaría como nadie lo había hecho, hasta verter la última gota de aquella melaza roja y horrible, que la igualaba a Caniquí, el esclavo. Su Ángel de la Guardia volaría al cielo, a avisarle a la Virgen. Y entraría así, exangüe y redimida, como Cristina virgen y mártir, en la Gloria del Señor. Dulces voces, como las del Miserere, resonaron en sus oídos. Ella vería desde el cielo a su madre. Su padre abandonaría sus herejías, sus brusquedades, y querría mucho a su madre. Vería a verlos juntos, abrazados, como cuando era niña...

Como Juan Antonio la había abrazado a ella. Juan Antonio la había apretado, la apretaba contra su pecho. Y la besaba en la boca. En su boca...

Se estrujó, sollozando, las caderas y los pechos. Se deseó cubierta de heridas, repugnante. Despojóse completamente de la camisa y desnuda, empuñando siempre su azote, cayó de nuevo de rodillas.

Pegó con fuerza hacia atrás una, diez veces, sintiendo en proporción desconsoladoramente impareja el ímpetu creciente de su deseo con la fuerza menguante de su brazo.

Al cabo, anticipándose en un más intenso estremecimiento el gozoso dolor que iban a producir aquellas tiras de cuero sobre sus carnes, se cruzó el primer latigazo hacia atrás, contra la espalda, por encima del hombro...

El azote plegóse, inofensivo, sobre la suelta camisa.

Nada.

Era inútil tratar de flagelarse sobre la ropa: lo echó de ver de una vez. Y con brascas sacudidas de los hombros, y el torpe auxilio de la mano izquierda, la otra casi ajena a sí misma, impaciente, crispada sobre el instrumento de tortura, se bajó la camisa.

Saltaron temblando los pechos...

Por un momento quedó inmóvil, asustada. Pero ya no sintió el horror de siempre, ante su propio cuerpo. Aquel púdico horror suyo, que la obligaba a tomar tantas precauciones para ascarse. Iba justamente a castigar aquella abominable envoltura carnal, cuyo diabólico sentido presentía apenas en los ojos de los hombres, sin darse cuenta cómo ni por qué. ¡Iba a redimirse, a salvar su alma!

Como Santa Cristina del Tirol, su estampa favorita. Sus pechos eran como los de la santa, rotundos y abundosos. Pronto manarían sangre...

Si el Malo había inducido a su primo a insuflarle aquellos ardores que aún le quemaban dentro, cuando al día siguiente la encontraran muerta, bañada en sangre, la disciplina salvadora todavía en sus manos, Dios lo iluminaría en su dolor, para salvar su alma. La estampa del joven mártir cristiano...

Quiso en vano llorar. Contrajéronse sus mandíbulas como en un espasmo y se llevó las manos al pelo, en un violento impulso de arrancárselo.

Rodó por el suelo. Y rebotando sobre sus duras tablas se asestó golpes ciegos en las piernas y en los brazos, abriendo y cerrando los muslos y ovillándose en una contracción convulsa para distenderse de repente, en una temblorosa rigidez. Deseó fuego, lanzas, flechas; y que por cada poro penetrase en su cuerpo la muerte.

Bajo su vientre desnudo, el tosco instrumento de tortura comenzó a desempeñar su destino de modo inesperado. Unos clavos, torpemente hincados en el palo por la mano inhábil del esclavo, enterráronse en su carne. Sintió un rasgón agudo, se volvió instintivamente y se vio un muslo manchado de sangre...

Frenética, se irguió de nuevo, sobre sus rodillas dobladas, y empuñó el flagelo.

Pero el brazo en temblor, rebelde a su voluntad, resistióse a los primeros latigazos, ya insípidos para su anhelo de un mayor dolor. Su herida era entonces su único goce. Asíó el azote por las tiras y ensayó con el cabo. Se golpeó los pechos, las caderas, las ancas. La izquierda libre se aferró sobre el seno pulposo, más para arrancarlo que con el primer impulso instintivo de aliviar el dolor de un golpe.

Otras extrañas visiones siguieron desfilando ante su vista en blanco, mientras como vagas ideas se formaban apenas dentro de su cerebro. Veía su pensamiento. El Malo la tentaba, provocando en ella las mismas sensaciones de que quería huir.

Una sed horrible la mortificaba: sed de un deseo determinado y, sin embargo, ignoto. Sed de comprensión, de estragamiento, de tortura por estrangulación en los brazos hercúleos de algún gigante. Sed de desgarramiento, de algo que penetrase en su cuerpo librándolo de él para siempre, matándola.

Chorreando sudor y jadeante, envuelta en el vaho ácido de su propio cuerpo, flácidos ya sus brazos y la noción cada instante más clara de su impotencia, se tendió por el suelo, vencida.

Tenía que convencer a Rosario. Su intento de flagelarse a solas era un fracaso.

Simultáneamente, sintió más vivo el dolor en su herida del muslo y echó de ver otra vez el libro, abierto sobre las tablas del piso. Todo el ardor de sus entrañas renació de golpe.

Sus dedos buscaron sobre el nudo de las tiras de cuero aquel clavo cuya desgarradura dolíale ahora con intenso deleite. Idea y acción fluyeron paralelas. Su diestra describió una curva sobre las tablas del piso, portando el flagelo, hasta debajo de su vientre.

El cuerpo movióse despaciosamente, en busca del seguro dolor,

hasta la sensación inconfundible de la hincada. Dolía, dolía demasiado quizás...

Se aplastó contra el suelo. Frente a sus ojos, el joven mártir romano elevaba al cielo los suyos, mientras el fuego lamía los pliegues de su toga. Sintió un absurdo deseo de apretar sus labios contra la estampa.

Y lo hizo. Su cuerpo adquirió un raro movimiento ondulatorio, enarcándose ligeramente cuando el dolor de las desgarraduras se hacía demasiado fuerte, y abatiéndose de nuevo en busca de placer, sobre las púas. Poco a poco sus movimientos fueron haciéndose más rápidos, más frenéticos. Prescindió del libro, rectificó varias veces la posición del instrumento de tortura, bajo su vientre, hundió la cabeza entre los brazos extendidos, contra el suelo y apretó los muslos, arrastrándose en varias direcciones con sacudidas de agonía. Las manos trémulas arañaron las tablas. Sus débiles gemidos cesaron de repente, para volver más roncós, como un estertor. Vibró todo su cuerpo en un paroxismo convulsivo, intermitente, cada vez más débil, y al fin quedó inmóvil.

Un ligero ruido la hizo alzar la cabeza.

Era arriba, en el cuadrado de la ventana. Desde su posición la anchura del muro sólo le permitía ver una raya negra: la parte superior del hueco. De un rápido movimiento se puso en pie.

¡La sombra de una cabeza humana!

Con un seguro instinto de defensa agarró del suelo su camisa y corrió hacia el rincón, bajo la ventana.

En el silencio de la noche Mariceli oyó el golpe sordo de un cuerpo cayendo a tierra al otro lado de la pared.

Sintió caer una gota sobre uno de sus pies. Sangre. La camisa, sus manos: todo estaba manchado de sangre...

Huyó hacia la puerta y la abrió. El comedor en sombras la obligó a pensar en los cirios del altar.

¡Su flagelo! Lo recogió del suelo, con su libro de estampas, y lo guardó todo en su sitio. Después apagó todos los cirios y se lanzó a las sombras, las manos aspando el vacío.

En el corredor la sorprendió una claridad inesperada. La luna en menguante iluminaba los arcos medio-puntos del patio.

Volvió de pronto la cabeza, a la izquierda. Con un sordo roce de hierro, la puerta blindada acaba de entreabrirse.

Y en la franja vertical del opaco azul vio incrustada una silueta inconfundible.

Era su pensamiento, desde que el ruido en la ventana de su celda la reintegrara, con la súbita alarma, a sus sentidos.

Estaba segura. No podía ser otro. La idea de gritar, de correr

a su cuarto se heló en su cerebro. Frente a ella, donde debía ver las puertas de su aposento y las del inmediato a la sala, en que dormía Rosario, se le antojó un muro cerrado, sobre el cual la luna, a través de los cristales de colores, urdía fosforescencias de pesadilla...

Miró de nuevo. Y su horror se perdió en las sombras. La franja azul opaco y la negra silueta habían desaparecido.

Los perros, en el patio grande, comenzaron a ladrar furiosamente.

Dio un paso, temblando, y sus piernas obedecieron. Marchó derecho, derecho. Sus manos, de pronto, chocaron contra un objeto duro:

—¡Caniquí! ¡No!—gritó con voz ahogada.

Su cuerpo dio entonces contra algo.

Era la mampara de su cuarto, que había dejado abierta.

CAPITULO VIII

LA INQUIETUD RASTRERA Y PODEROSA

Fausto: Miserables fantasmas. ¡Así es como obráis mil y mil veces con la raza humana: así cambias los días indiferentes en horribles torturas. Dificilmente sacude uno a los espíritus de las tinieblas, lo sé. Pero tu fuerza ¡oh inquietud rastreira y poderosa! no la reconoceré yo.

La Inquietud. Ved con qué rapidez parto lanzándote imprecaciones. ¡Los hombres están ciegos toda su vida.

GOETHE. *Fausto*

(Escenas finales de la segunda parte)

Ya en la esquina de la calle de Media Luna, cayó en cuenta que no llevaba su hierro milagroso contra Elegbará, ni sus cayajabos, ni su oración del Justo Juez, que casi siempre—por si acaso—llevaba encima. Hacía tiempo que los guardaba en su «jolongo», sin cuidarse de ellos. Tal vez por eso se había desgraciado...

Por su lado pasó otro negro:

—«¡Ecobio!» ¡Filomeno!

Al fin, saliendo de sus laboriosos pensamientos, reconoció al interpelante.

—¡Juan Limonta!

Era el criado de un rico amigo de su amo, con quien había hecho

gran amistad meses atrás, durante una breve estancia del amo en Trinidad. Bien vestido, con dinero como siempre, y buen amigo:

—¿Qué *hase* tú en Trinidad, Juan Limonta?

—*Negosio. Vinimo* hoy.

Don Federico de Limonta, dueño de extensas tierras por vuelta de Villaclara, había quedado prendado de la filosofía y de la crematística de don Lorenzo de Pablos. Era hombre también de influencia con el Gobierno de La Habana. Tenía esclavos a centenares y no sólo para sus tierras. Viajaba con frecuencia.

—«*La' amo ta'mbullao* con *negosio* grande *dísele* tu amo. *Tú babel...*»

Tomaron una copa, del fuerte, a su recíproca ventura.

Y quedó abierto el capítulo de las mutuas improvisaciones imaginarias, cada uno dando rienda suelta a su fantasía para lambicar la más mínima palabra válida en un vasto arabesco de interjecciones, monosílabos casi inarticulados, oraciones incidentales disolventes de la principal, carcajadas incongruas, golpes de baile y repiqueteo de manos sobre el mostrador; todo ello intercalado con frecuentes li-haciones.

Juan Limonta entendió bastante, sin embargo, para hacerse cargo de la terrible situación de su amigo. Y mencionó un nombre conocido: el *Taita* José María. ¿Había ido a verlo Filomeno?

La gente blanca tenía horror al pobre viejo, antiguo verdugo de la villa, que allá por vuelta de Casilda y a pesar de sus cien años de edad vivía solo, siempre solo en su bohío de guano, cercado de piña silvestre el pequeño terreno que circundaba su pobrísima vivienda.

Sí. Filomeno había ido a visitarlo pero en otra ocasión: con un pardo achinado, zapatero de oficio. Y el *Taita*, sin los bailoteos ni aspavientos de su abuela, le había echado los caracoles a su amigo, delante de su altar, donde Filomeno recordaba haber visto también un crucifijo. El *cúmbila* había recibido el prudente aviso de huir de «aquella mujer», que iba a perderlo. Y, efectivamente, poco tiempo después supo que «El Chino» había degollado a su amante y huido al monte. No había vuelto a saber de él...

—Tú no *hase ná hatta* que no *bea at Taita*—recomendó Juan Limonta al despedirse.

El regreso de Filomeno, con la buena suerte de haber pasado inadvertida su ausencia, provocó evidente júbilo en Rosario y la abuela.

—Creímos que no volverías, Filomeno—confesó la joven.

La insinuación lo puso en guardia. ¿Cómo sabían ellas tanto? Con nadie había hablado en la casa de su idea de irse al monte. ¿Habría hablado la niña?

Quiso saber:

—¿Por qué iba a *juirme*? ¿Qué pasó?

Rosario hizo en vano cuanto pudo por tranquilizarlo. Lo enfureció que la abuela atribuyese al aguardiente su malhumor.

Y con sus voces destempladas, en el gran silencio de la tarde solemne, mientras el pueblo en masa seguía la procesión del Santo Entierro, provocó algo inusitado en el patio de los negros...

El Amo, en persona, se llegó hasta el zaguán:

—¿Qué son esas voces? ¿Qué sucede?

El esclavo, iracundo, demoró unos segundos en bajar la cabeza.

Don Lorenzo entendió bastante. Y prefirió excusar.

—Te advierto, Caniquí, que la señorita me ha pedido que te mande al ingenio. No sé por qué. Ni quiero saberlo. Esta noche, por lo pronto, no vengas a servir la mesa. Mañana veremos... Me estás haciendo a mí una cara: y quién sabe lo que estás haciendo por ahí. Pero ten mucho cuidado: ¿lo oyes? Nada más te digo. Si oigo otra queja de ti lo vas a perder todo.

Y con el látigo plegado en la diestra, tocó varias veces el hombro del esclavo.

El Sábado de Gloria y en otra escapada se aventuró hasta Casilda. Llegó jadeante al bohío del *Taita*.

Y echó fuera cuanto halló en su memoria, como mejor pudo.

El *Taita* no le disimuló su desconsuelo. El negro que hacía lo que él había hecho, estaba perdido. Así lo expresó a su modo el viejo, las blanquecinas cejas estiradas hacia arriba y el hocico en significativa mueca. Mujer blanca desnuda, hasta en sueños, era la perdición para un esclavo.

Después, siempre con un largo silencio entre el gesto anunciador y la expresión solemne de la palabra, preguntó:

—Tú... ¿no *ha' oío hablá* de «La mano del negro», a la *salía* de Santo *Spirito*...?

Y llevándose de cuando en cuando las manos huesudas a la cabeza tupida de pasas cenicientas—el *Taita* refirió a Filomeno la trágica historia del negro espirituano José Gabriel Trelles, cuyo cadáver había quedado colgado de la horca, a la salida del pueblo, hasta que las tiñosas se lo comieron poco a poco. Los caballos se espantaban y los niños de pecho lloraban todavía, desafortadamente, cada vez que se pasaba por el sitio maldito... Pues José Gabriel, víctima de algún «embó», había visto también a Felipa Castañeda «ejnúa».

Los caracoles confirmaron el presagio. Filomeno sintió como si despertara en el cañaveral, rodeado de fuego.

¿Qué hacer? El no tenía culpa de nada. La niña lo había engañado sin querer. Porque él no había pensado sino en Rosario.

Taita José María dejó pasar otro largo rato en silencio. Y poco a poco fue dejándole saber sus instrucciones.

Debía apoderarse de una prenda interior de la niña Mariceli;

hacer una tira de trapo con ella, una tira de cinco nudos, poniendo un grano de maíz en cada nudo. Esa tira tenía que llevarla atada a la cintura durante siete días. Y cuidarse en todo ese tiempo de cualquier pensamiento o acto pecaminoso.

A los siete días debía volver a ver al *Taita*, llevándole una gallina blanca, una cazuela de barro y cinco clavos. Los clavos tenía que llevarlos también los siete días, pegados a la carne. Podía hacer un cinturón y llevarlo debajo de «lo otro».

Todo le pareció en extremo fácil.

Y emprendió el regreso a carrera tendida, acaso como una compensación a su tortura de una hora, frente al despacioso *Taita*.

CARLOS LOVEIRA

Nació en *El Santo*, provincia de *Las Villas* (1882). Murió el 26 de noviembre de 1928. Autodidacta. Recorrió un ciclo de actividades durante las primeras décadas de la república, que comprendió la inquietud de sus jefaturas sindicalistas, con recorridos anarquistas por Centroamérica y Méjico, hasta el apaciguamiento de su introducción en lo burocrático, con el prolijo nombre de su cargo: jefe de la Oficina Internacional del Trabajo en la Secretaría de Agricultura, Comercio y Trabajo. Poco antes de su muerte, ingresó en la Academia Nacional de Artes y Letras. Varia fue su obra narrativa: «Los Inmorales», «Generales y Doctores», «Los Ciegos», «La última lección», «Juan Criollo».

La tensión, lo lamentablemente cenizoso de la época colonial, parece estallar en Loveira, enfundando los contornos con corcusidos fragmentos. Se fija el borroso pandemio, que las mezclas y ambigüedades del siglo pasado dejan en lo escaso de nuestra circunstancia, por recuerdos como «un enorme jipijapa escarapelado» que le salta de una fotografía, o con palabras como corcusido o inópico, que tienen el lastimoso diálogo de lo que casi ha perdido su sentido. Y es que el recuerdo, toma en el novelista la obsesiva persecución de lo que es sólo un fragmento, de lo escaso y como a punto de romperse.

«Primordial leit motiv de la vida criolla», dice Loveira refiriéndose a la sexualidad. Y este motivo se nos desliza por su novela, pero como sucede con el restregón de los fragmentos, lo hace sólo para acercarnos a la comprobación de un vacío, al amasijo informe de una circunstancia sin apresable contorno. Porque lo febril de la sexualidad, resulta en el novelista un lujo de lo sombrío, sin frescos saltos del instinto, sin júbilos de entusiasmos vitalistas. Es la vehemencia sexual dentro del miedo, dentro de la tensión de una atmósfera que sabemos falsa, salvando al realismo del detalle anecdótico, y haciéndonos perdonar al novelista lo excesivamente procaz de algunos de sus trazos.

El galope de inconsecuencias en el vivir cubano, vocifera y aturde por la novela de Loveira, imposibilitándonos descubrir, el escondido centro intuitivo desde donde él, pese a lo torpe y precipi-

tado de muchas de sus páginas, logró mostrarnos los inquietantes rotos de su paisaje. Pues hay un realismo que es de considerar en Loveira, el realismo de los objetos pobres, escasos, y que como el sabor de sus chalinas de color de cocuyo, puede llegar a integrar un posible rostro de nuestro contorno.

JUAN CRIOLLO

CAPITULO XIII

Juan tiene doce años.

Doña Juanita, aunque siempre cuidadosa de mantener una prudente distancia moral entre sus nietos y el huérfano, ya le concede cierta brusca forma de afecto. Don Roberto le tiene franco, piadoso cariño, por más que, en beneficio de la disciplina y la tranquilidad sociales, se muestre huraño e imponente. Adolfo y Domingo le amparan a corazón abierto. Corina se ha convertido en una hermana mayor, solícita y protectora, que obtiene para su protegido, toda suerte de bondades, regalos de ropas adaptables de Adolfo, obsequios económicos del mismo y Robertico, padrinzagos de Domingo, tolerancias de Doña Juanita, comprensión y trato humano de todos los demás.

Cabalmente el día de su cumpleaños, Juan, por primera vez se ha visto un buen rato en el espejo de la sala. La imagen devuelta por el gran espejo, es la imagen personal más lejana de que ha de acordarse él cuando sea hombre. Tiene un trajecito de casimir, taumatúrgicamente hecho de un terno usado de Adolfo, camisa con cuello, zapatos oscuros, uñas y oídos de muchacho con madre, y una media pluma esmeradamente recortada y peinada. Y luce bien. Es un muchacho bastante alto para su edad. Delgado y pálido, pero fuerte, nervudo, derecho. Tiene gruesas facciones de criollo plebeyo, pero por la proporción de los rasgos y el dominador influjo de unos grandes ojos grises, tristonos, expresivos—ojos preparados para ser poderosos instrumentos de fascinación en el mundo femenino—su rostro, si bien no es una careta de alambre, ni un primer premio de belleza infantil, en cambio promete convertirse en un noble y atrayente conjunto fisonómico, pleno de personalidad, con sello propio.

Aún trabaja, mientras los otros muchachos de la casa van al colegio. Es más, la desaparición de Cheché—oportuna economía de un

suelo y una boca en el desequilibrado presupuesto de la quinta—ha sido motivo de un aumento, en cantidad y formalidad, en las ocupaciones del muchacho. Ahora, no sólo lustra un ejército de zapatos, limpia de hojas secas los senderos del jardín y hace mandados a la calle, con los consabidos zigzags a casa de las amigas baratas sumisas y sin complicaciones, de los hombres de la quinta. También seca la loza, los cubiertos y cristales, usados en cada comida, barre el patio, el traspatio y sus anexos; de rodillas en el suelo, con jabón, cepillo y una esponja, da brillo a las losetas de un cuarto, la sala o el comedor. Pero le queda tiempo para aficionarse, cada día más a la lectura, y para aprender en cuanto le es propicio. Aprende separatismo, con los libros, folletos y recortes de periódicos, amarillentos, cuarteados, en sucios dobleces, que don Roberto le presta. Descubre, cada vez más asombrado, la maravilla de lo infinitamente pequeño, en algunos cultivos experimentales, que Domingo a cada rato le muestra, bajo el ocular de su microscopio. Estudia fisiología sexual, subrepticamente, en cierto volumen con fascinadoras láminas, que ha descubierto en uno de los estantes del propio Domingo. Practica la aritmética, aprendida con el sórdido don Adrián, en las cuentas de la despensa y la lavandera, de doña Juanita. Penetra en las interioridades de alcobas y jardines, hurtándole a Adolfo, y leyendo a hurtadillas, *Gustavo el calaverita*, o *La dama de los tres corsets*. Explora juveniles oscuridades femeninas, mientras sujeta una escalerilla casera, bajo las faldas en campana de su protectora Corina, que limpia con agua y jabón los canelones de la lámpara de la sala. Le queda tiempo—¡claro!—para jugar con los muchachos en el jardín o en la azotea, a los trompos, la pelota y los papalotes, cuando aquéllos regresan del colegio. O para, cuando los muchachos tienen clases, y las hembras no, jugar solo con Nena y Cuca, en el cuarto de las monturas, o en las solitarias habitaciones altas, a las muñecas, los «cocinaditos» y otros juegos, acaso demasiado juegos, para la edad de Nena y de él.

Y sin acaso.

Nena tiene once años. Su mirada es más fija, intensa y brillante. Su escote es más alto, más lleno, con muy nuevos, pero pujantes brotes iniciales. Las dos trenzas en que divide su pelo, negro, lustroso y abundante, ahora le llegan a la cintura. Sus caderas van hacia un rápido desarrollo de púber. Ya le han estirado el vestidito hasta cuatro dedos más abajo de las rodillas, sobre las redondas piernas con medias de mujer, bien apretaditas y castamente blancas.

—¿Vamos arriba, a ver las figuras?—le pregunta Nena a Juan, cuando éste acaba de secar la loza del almuerzo, y casualmente nadie hay cerca.

—Vamos, pero tú por la escalera del comedor, y yo por la del traspatio.

Es a mediados de septiembre. Han comenzado las clases en los colegios de varones, y no han comenzado en los de las niñas. Los cuartos altos están desiertos. De abajo viene el ruido de las cazuelas que lava el chino, de los gorriones que se persiguen bajo el cálido hojericó del jardín, de los caballos que incesantemente patean, mortificados por el «mosquero» canicular. Corina y Casusa, están en sendas mecedoras, frente al engaño de fresco que entra por las puertas del comedor, con los bastidores del bordado sobre las piernas. Laura se amodorra en otra mecedora cercana. Doña Juanita, con el canastillo del zurcido en las piernas, repasa las bolitas de medias y calcetines, torpemente. Cabecea su respetable hermana, en una vieja poltrona criolla, de caoba y cuero no curtido. Dormitan los ex esclavos, en sus rincones del fondo de la casona. Domingo, en su gabinete, manipula tubos de cristal, algodones, reverberos. Los demás hombres pasan, quizás en dónde, las horas pesadas y soporíferas, del mediodía septembrino.

Nena llega seguida de Cuca, sofocada, encendida por el bochorno de la hora y el ascenso de la escalera. Ya Juan ha llegado, y extraído de los estantes de libros una enorme encuadernación de *La Ilustración Española y Americana*, y con éste en las manos, se dirige a un sofá, breve y céntrico, del nominal bufete de Adolfo.

—¡Ay, hijo! ¡Qué calor!—exclama Nena, dirigiéndose a Juan—
¡Uf! Mira cómo traigo el corazón.

Y tomando la diestra del muchacho, se la pone sobre el pecho.

—¡Vamos!—le dice Cuca—. ¡Tú te quieres hacer más mujer!
¡Pues, yo no tengo na!

En seguida se sientan en el sofá. Juan abre el volumen, extendiéndolo sobre las seis piernas, muy juntas. Las de él en el medio. No obstante el inmenso calor, Nena se estrecha con Juan, hunde la huesuda cadera de él en las masas, duras y redondas de la cadera de ella, e introduce su mano de aquel lado, entre el librote que el muchacho sostiene por el centro y las piernas de él. Y por centésima vez vuelven los tres a ver y leer las ilustradas páginas de los «magazinescos» relatos de viaje, aventuras y descubrimientos, de *La Ilustración*.

Puerilmente interesan a Cuca, las explicaciones de las costumbres de los salvajes, de los viajes Amazonas arriba, de una helada y desolada expedición de trineos, de algún tartarinesco ascenso alpinista, de alguna rooselvetiana cacería de fieras. Sonsacan la cálida curiosidad de Nena, los comentarios que hace el huérfano de ciertas láminas y pasajes, que ya él casi se sabe de memoria: lo que descubre la escasez de ropa de las hotentotes* las raras costumbres matrimoniales de los zulúes, la suerte que corren las blondas princesitas inglesas raptadas en Turquía; las rarísimas ocupaciones, domésticas y profesionales, de las pálidas *gheishas* de Tokio. Hasta

que Cuca se aburre, y se va en busca de marimachescas actividades: a que se despabile la negrita de los altos, adormilada por algún rincón, y colabore en cualquier estrepitoso juego de saltos y carreras; a simular una cacería, en plena azotea y pleno sol, con las redes, cananas, escopetas y demás bélicos avíos del padre; a gritar, hacia abajo, desde la baranda que cae al patio:

—¡Goyo! ¡Mira a ver qué humasera es esa, que sale del último cuarto!

—¡Mercedes! ¡Si no quitas esos gorriones del sol, se los lleva la pelona!

Entretanto Nena, con gozosa y contenida sonrisa, le muestra a Juan las colgantes bolsas pectorales de una salvaje casi en cueros, o se abochorna y se estremece alborozada, al ver un anuncio, con tipo grueso, de cierto específico llamado «Papayina», o después de una constante inquietud de la mano que tiene entre el libraco y las piernas de Juan, al fin las deja quietas, caídas, descuidadas, en el sitio deseado.

El ex muchacho callejero se presta y coopera a tales ingenuidades, como todos los niños de su edad: por incentivo de lo malo, más que por reales deseos fisiológicos. Sus intenciones, o mejor su gusto, en estas cosas, es un gusto parecido al del primer cigarro, la primera copa, la primera noviecita de colegio. Pero, como al propio tiempo se acerca al borde de la pubertad, ahora, por primera vez se le despierta y se le yergue la altiva dignidad de hombre, con las provocaciones de la masuda chiquilla; por lo que quitándose de encima el libro, bruscamente, y bruscamente lanzándolo a un lado del sofá, protesta lleno de audacia:

—¡Oye! ¡Mira esto! ¡No sigas!

—¿Qué miro?—contesta ella, poniéndose de pie, sin pasar muy rápidamente la vista, de donde la tiene puesta, a los chispeantes ojos de él, y enseriada, soberbia, preparándose para lo que pueda ocurrir—¿Qué te traes?

—Tú bien lo sabes. Mira.

—¡Juan! ¡Te digo que qué te traes! ¿O quieres que allá abajo te lo pregunten?

—¿Qué me van a preguntar?—se replega él un momento, en tanteo de las intenciones de ella—¿Yo qué te he hecho? Si lo que estaba era jugando contigo. ¡Boba!

—Pues, no quiero más juegos. Eres muy fresco. Muy descarado. ¡Muy sucio!

—Pero ¿por qué?—insiste él en defenderse a tiempo, rápidamente.

—Porque debes verte bien, y acordarte de que no somos iguales.

¡So parejero! ¡Atrevido!

Y le «retuerce» los ojos, a la vez que con golpe de criada de la época le vuelve la espalda, para salir camino de la escalera del co-

medor. Sale amenazadora o despreciativa, marcando un zafio con-
toneo de las caderas, realzadas por la ancha banda del vestidito,
y haciendo trepidar fuertemente las masas de las pantorrillas, ce-
ñidas por sus medias de mujer, castamente blancas.

Esta vez dejan pasar dos días sin hablarse, sin verse casi. Ella,
enfurruñada; él muy serio. En verdad, les anda por dentro una
gran procesión de miedo y arrepentimiento. Ella ha comprobado
algo de lo que esperaba en sus exploraciones al descuido, con el
único muchacho disponible; pero la prueba la ha puesto muy ner-
viosa, asustadísima, no obstante la garantía de impunidad implícita
en la obligada discreción del propio muchacho. Este sueña des-
pierto con los más terribles castigos, si se descubre lo que, en
verdad, ha habido en aquellos ingenuos hojeos de *La Ilustración*.
Primero, las torcianaras manos de doña Juanita, la vieja vestidora de
santos, que le pone a temblar las carnes cada vez que le llama con
hosco ademán de superiora enfurecida. Luego, una gran mano de
fusta, o de correas con hebillas, en el espantoso cuarto de los arreos.
Acaso el padre de Nena se haga cargo de él, del bandido callejero,
para darle trompadas de hombre; para echarle a rodar por la esca-
lera, a puntapiés, como a un perro; para exigir que le planten en
la puerta de la calle, con el baúl al lado, o quizás para meterle en
un coche y llevárselo, fuertemente sujeto por las muñecas, a la Ce-
laduría del Cerro. ¡Oh! Con seguridad que si salía bien de aquella
no se metía en otra:

—Por mi madre lo juro.

Pueriles fantasías e inocentes juramentos. La vida puede más.
A medida que se diluyen las posibilidades del descubrimiento y el
castigo, Nena siente renacer sus impulsos de curiosidad, avivada por
el último experimento satisfactorio. Y Juan, a su vez, más sonsa-
cado, comienza a entrever menos peligros, y a ver con renovada
complacencia los brillantes ojazos de Nena, sus labios, carnosos y hú-
medos, las dos medias naranjas, que le levantan los altos encajes
del vestido, y las rotundas piernas, con atishos de maciza carne mo-
rena, cuando la robusta muchacha corre, delante de él, escaleras
arriba.

Porque vuelven a correr juntos, solos o con Cuca. Y en esos
juegos de carreras hay caídas en grupo, encontronazos en las puertas,
apretaduras en los lugares estrechos; todo tan llano, natural e in-
fantil, como cabe en una niña educada por las monjas y que va a misa
cada domingo. Como lo suponen las angelicales almas de las mu-
jeres de la casa.

Vienen los «cocinaditos» en el jardín, ante los cansados ojos del
viejo jardinero Donato. Llegan los juegos de muñecas, con desvia-
ciones al riesgoso juego de los maridos, en el cuarto de las reliquias
familiares. Juan y Nena se las arreglan siempre admirablemente,

para que Cuca sea la encargada de ir a los «mandados», a lejanos
sitios de la casona en siesta, huérfana de varones bulliciosos, apla-
nada bajo una lluvia de sol meridiano.

Suele participar de estos juegos Candelaria, la negrita del piso
alto. Y cuando ésta se resiste a acompañar a Cuca a las «compras»,
a servir de «cocinera» de los «maridos»; a ser criada en los juegos,
como en todas partes, no hay más remedio que apelar a los «escon-
didos», con sus ocultos roces y apreturas.

Pero un día juegan a los maridos. Está abierta la puerta que
comunica el cuarto de las antiguallas con el de Adolfo y Juan. La
«casita» tiene, así, sala y cuarto. Estos están semicerrados y semios-
curos. El «matrimonio» duerme sobre una colcha extendida debajo
de la cama del abogado. Cuca ha ido a la «bodega», que es la cocina.
Candelaria anda por el «mercado», que es el jardín. Cuando re-
gresen con los «mandados» (hojas, semillas, puñaditos de víveres)
no deben entrar en el «cuarto», para no despertar a los «señores».
El plan es endemoniado. La imaginación de los obsesos se ha ido
más allá de todo precedente; de todo límite de prudencia. Cande-
laria tiene la doble malicia de su raza y de su oficio, además de
que ya el pecho y las caderas le han adquirido desarrollo de cen-
troafricana en plena sazón. Regresa con los «mandados» antes que
Cuca. Se acerca al «cuarto» en puntillas, contiene la respiración
y pone los oídos, ávidamente, en un afanoso forcejear, que sale de
tras el ruedo de la cama:

—¡Mentira!—protesta Nena, con voz débil y más bien incitante
negativa de quien quiere y no quiere ser aleccionado—Los maridos
no hacen eso.

Y después de esta frase elocuente y concreta, Candelaria sólo
pesca otras, breves y aisladas, entre el secreto farfullar de los otros.

—¡Oh, no! ¡A los muchachos los traen de París! ¡A ti te tra-
jeron, verdad?... ¡Claro!... ¡Quita!... ¡Si es para engañarte!... ¡Que
sí!... ¡Que no! ¡Me voy! ¡No juego más!

Y siempre debatiéndose con el encendido muchacho, sale Nena
retrocediendo:

—¡Suéltame! ¡No quiero más juego!

Hasta que, al ponerse de pie, despeinada, sudorosa, con el ves-
tido estrujado, ve los ojos y los dientes de Candelaria blanquear,
rientes, en la penumbra del cuarto. La negrita, entre asombrada
y advertidora exclama:

—¿Qué se traían utede do, abajo e la cama?

—Nada—responde rápida Nena, mientras se alisa el pelo y el
vestido—. En el juego. Y los varones, que siempre se ponen muy
pesados.

—Y tú que te dejaba... —le responde atrevida Candelaria, persua-

dida de que en este momento pisa un seguro terreno de rebeldía de criada.

—¿Me dejaba qué?

—Sí. ¿Qué?—agrega Juan, con los puños en alto y el cuerpo en pose de guapo.

—¡Eh! ¿Utede se creen que le voy a cogé mico? Pue, miren: no me jeringuen mucho, porque voy y lo desembucho to.

—Pero, si no estábamos haciendo nada—dice Nena.

—Nada. Jugando—ratifica Juan.

—Jugando con candela—les contesta impávida la negra—. Estaban manosiándose...

Nena hace una O enorme con los labios:

—¡Oh!

Y pasa al próximo cuarto, en retirada.

Juan deja caer los puños, y ruega, vencido:

—Oye, Cande. No te ponga con eso. Que nog van a regañal a toos.

—¡Ah, bueno! ¡Ah, bueno! Ese e otro cantá. Pero ya lo saben. Mucho ojo conmigo.

En esto, llega Cuca con sus «mandados». Quiere saber lo que ocurre. Por más que todos se afanan en negar que haya pasado algo, ella insiste gritona; máxime porque Nena, sin explicar los motivos, pero muy seria, muy agitada, muy encendida, se niega a seguir jugando, y Juan, con el índice cruzado sobre los labios y los ojos de Dolorosa, ruega su silencio a Candelaria. Es tal el barullo que a la larga forman, que doña Juanita lanza desde su cuarto un prolongado y mayoralesco silbido de silencio.

Como no se callan más que un momento, doña Juanita atraviesa el claustral patio de la quinta; alzándose la sayota, plegada y larguísima, con sus largos dedos gavilanescos, a la vez que con el rostro—que nunca ríe—de mal tiempo, y la voz de prior encabronado, regaña y amenaza:

—¡Vamos! ¡A ver! ¡Nena! ¡Cuca! ¡Se acabó el juego! ¡Caray! Que no dejan ustedes que uno descabece la digestión ni un momento.

Y al tropezarse con los muchachos, que ya salen al encuentro del ciclón:

—¡Eso es! Todos juntos. Blancos y negros. Arroz con frijoles. Como si no estuviera cansada de decir que no quiero más ajiaco de esa clase, ni más juegos de hembras y varones juntos.

Y espanta a Candelaria. Que vaya a ver si tiene algo que hacer por allá arriba. Después, sobre Juan. Con intenciones de morder, entre el índice y el pulgar, doblados, un brazo del muchacho:

—¡No me huyas! Mucho miedo y muy poca vergüenza. ¿Ya limpiaste el jardín? ¿Desde cuándo te dije que te lavarás esa cabeza hedionda a sudor?

Juan, de todos modos, se escurre, andando de medio lado, como

el cangrejo, y la cabeza caída sobre el pecho. Se va pensando que la que hiede a carretón de basura, es la «salá vieja», que cada vez le mira con mayor odio y le reprende con más cólera.

Mientras tanto, a la vez que Candelaria y Juan van hacia el fondo de la casa, doña Juanita regresa a su cuarto, pastoreando a las nietas: Nena, al comedor, a ayudar a Corina y Cucusa, que secan hilas para el Asilo. La marimacho de Cuca, a repasar el Fleury, o a coger una aguja.

Laura no se ha presentado en escena, porque ampliamente sentada en una mecedora del comedor, está ansiosa de saber si al fin resucita, o no, una duquesa de Montepín.

Para la gente del traspatio, el incidente ha sido una bulla más:

—¿Qué pelotera es esa?—ha interrogado Goyo, flemático.

Y Mercedes ha respondido, con significativo laconismo:

—¿Qué va a ser? Doña Juanita. Cualquiera bobería.

Candelaria guarda su secreto, con el cuidado y la fruición con que se guarda un arma bien apreciada y lista ya para toda necesidad.

El día siguiente es domingo. Van a misa de nueve, Laura, Corina, Cucusa y Candelaria. A misa de once, Doña Juanita, sus dos nietas y Juan. En el ancho asiento posterior caben la señora y las niñas. Juan queda solo en el asientito delantero, con las piernas pegadas a las de Nena. Por más que insistente se las roza, atribuyéndose a las sacudidas del coche; por más que sus ojos buscan sin cesar los de ella, ella se hace la insensible, la desentendida. Así es inútil cuanto hace para descubrir los pensamientos de la muchacha. Ni una mirada de ésta cruza la seminoche del templo, lleno de fieles y de luces, saturado de incienso y de exaltadores cánticos, para venir a calmar al nervioso muchacho, que desde un tosco banco popular la mira ávidamente. A la vuelta, ella con una hábil maniobra le planta frente a Cuca. Por la tarde, en la casona plena de muchachos en dominical asueto; en la tertulia del jardín, que tiene por centro una sorbetera con crema de anón; entre los criados, que trajinan presurosos, para endomingarse lo más temprano posible, tampoco puede Juan cruzar con Nena unas breves frases que le tranquilicen y, si tanto es posible, le den la esperanza de otras gozosas escondidas, de las cuales, a pesar de todos los pesares, salga él tan regustado como de la última.

Porque en Juan aparecen ya, ciertos vagos y tímidos síntomas precursores del amor. Pero él ha sabido mucho y muy temprano de la vida, para que tan fuerte sentimiento brote en su ser, sin francos impulsos de deseo. Un deseo más o menos cerebral, más o menos preciso en sus manifestaciones y objetivos; pero que desde ahora le absorbe, le perturba, le impele obsesionante hacia nuevos, deleitosos y sensacionales prolegómenos amorosos.

En la tardecita, que es soleada y alegre, las niñas van con su madre, Corina y Cucusa, a pasear en carruaje por el Prado y el Parque de la India.

En la mañana del lunes, trajinan desde muy temprano los habitantes del piso alto; pero no descienden Nena y Cuca, hasta el momento de tomar el coche, que ya las aguarda frente a la quinta, para llevarlas al colegio con la sola compañía de Candelaria, los bastidores del bordado y las ediciones bilbainas de «El Fleury», la «Historia Sagrada» y la «Historia de España».

Después pasan los días, las semanas, un mes y otro mes, sin que Juan deje de sentir crecientemente, la más fervorosa, constante, servil inclinación hacia Nena. La sigue, ahora, a todas partes, con los ojos, o con pasos de instintiva persecución celosa, disimulados por cien valederos pretextos. Se asocia a todos los juegos de que ella participa, previendo sus intenciones y adivinando sus deseos; afanándose en ayudarla, en complacerla, en inútilmente, propiciar intencionados apartes de ambos.

Nena persiste en su actitud, esquiva y desentendida, del primer día de arrepentimiento. Ya no tiene ningún secreto móvil inmediato. No lleva ahora, dentro de sí, sentimiento alguno que la impulse a fijarse en el vencido muchacho, ni a hablarle, ni a estar a su lado. Más bien la dominan e impulsan al más pétreo desdén, el temor y el disgusto, recónditos, por lo lejos, a que llegara con el «recogido», en alocadas y temerarias exploraciones sexuales.

CAPITULO XIX

.....

—Todo esto te vendrá de perillas, en el campo—le dice, mientras le ayuda a reacomodar las cosas en el baúl, y le alienta con promesas, en este momento sincerísimas—. Yo creo que no vas a estar allá, nada más que hasta después de la zafra. Después, yo mismo te iré a buscar. Para... para no quedarme solo en el cuarto. Eh?

En la tardecita, viene un carro, a llevarse el baúl de Juan. Por la noche, los muchachos se muestran sociables y afectuosos con el huérfano. Los demás, sólo hablan del viaje, de pasada, fugazmente; como si existiese un tácito acuerdo de restarle importancia. ¡Total! ¡Cinco leguas de La Habana! tanto que nadie piensa en madrugar para despedir a los viajeros. La partida debe ser temprano, para aprovechar el tren de la mañana, y que el sol a plomo no les achicharre durante la tirada, a caballo, desde el paradero de Minas a la

finca. A las diez, descontando a los naturalmente desvelados—el médico, don Roberto, el huérfano y Nena—todos duermen en el espacioso y aristocrático caserón de los esposos Ruiz y Cárdenas. ¡Total! ¡Cinco leguas de La Habana! y el que ha de quedarse allá es el huérfano.

El huérfano no se duerme hasta que oye roncar a Adolfo, y puede sacarse de un bolsillito del chaleco dos o tres pegajosos billetes del Banco Español de la Isla de Cuba. Sin embargo, está ya de pie, con don Roberto, cuando comienza a aclarar. Con ellos sólo se han levantado los tres negros y el chino de la quinta. El chino, a preparar el clásico desayuno de café con leche y pan; Ruperto, a enganchar el coche; Goyo, a servir; Donato, a regar las plantas. Todo este trajín se hace a la luz de las lámparas; pero cuando don Roberto y su acompañante cruzan el jardín frontero, seguidos de Goyo, portador del hinchado maletón del primero, ya la mañana de Goyo, portador del hinchado maletón del primero, ya la mañana de Goyo, con un cielo que rápidamente se limpia de celajes y se apunta clara, con un rutilante azul nacarado. La aristocrática barriada está solitaria, dormida. Y los viajeros, al salir, sólo ven al negro jardinero, que suspende la brillante ducha de su regadera, para desentenderse y saludar, con el sombrero de yarey en la mano, y a Ruperto, ya entribunado en su pescante, el cuerpo erguido, las riendas en las manos, y las manos hieráticamente juntas sobre el pecho.

—A ver si arreas—le dice don Roberto al viejo cochero. Y cuando Goyo deposita la maleta en el pescante, debajo de las piernas de su congénere, y ha despedido con un golpe de cabeza al amo, y con un apretón de mano, al compañerito que parte, arranca el carruaje, rebotando sobre el mal empedrado callejón, afluyente de la Calzada, Juan, sentado en los cojines del vehículo, al lado del serrote don Roberto, disimula una vaga y fugaz tristeza, que en su alma de desorbitado de la vida, produce el instante de la separación del que ha sido su hogar durante unos cuantos años. Disimula el temblor de sus labios y el incontenible asomo de sus lágrimas de despedida, al agarrarse, excesivamente, como un mono, a los cojines laterales, para evitar que le lancen de su sitio los saltos y tirones que dan al vehículo, los potentes caballos, persignados por Ruberto con dos largos y restallantes latigazos.

Don Roberto, no cambia de actitud. No desarruga el ceño, ni despega los labios. El carruaje baja, célere y saltarín, por la Calzada. En la Calzada ya la ciudad comienza a desperezarse. El carruaje se cruza con varios coches de alquiler, que suben Cerro arriba, saltando ruidosos, detrás de los caballejos, estimulados a trallazos. Y se cruza con los tranvías de escuálidos mulos; con verdes montañas de maloja; con lecheros patiabiertos sobre los serones repletos de botijas. Comienzan a abrirse los establecimientos; a sonar campanas, silbatos, pregones y martillos; a poblarse las aceras, a

medida que el carruaje desciende por Reina, acercándose a la plaza del Vapor. En las cercanías de la plaza, el coche va lento, no obstante los esfuerzos de un guardia que lleva de un lado a otro los colorines de su uniforme, sus braceos de autómatas y sus blasfemias catalanas, para lograr que avance, sin mayor interrupción, el señorial coche de pareja.

Vencidos los obstáculos del Mercado, pronto los caballos bracean potentes y airosos, ganando, Dragones abajo, las estrechas calles de La Habana Vieja. Don Roberto, al fin, destapa su mutismo. ¡Maldito gobierno colonial! ¡Malditos gallegos policías! ¿A qué perdían el tren por la injustificada demora en la Plaza? pero Juan recoge las indirectas alusiones del «viejo», lacónicamente, con monosílabos. Hay en él mudez y seriedad, sistemáticas, de castigado y cierta vaga emoción, cierta tristeza recóndita e inconsciente. Va en el carruaje con la actitud del viajero que recorre las calles de una ciudad desconocida, solo y ensimismado. La ciudad le da un raro y fuerte sentido de las cosas; como si esta excepcional mañana de su vida tuviese que imprimir en su tierno cerebro un profundo e impercedero recuerdo. Sobre todo, el espectáculo de la bahía, ahora en pleno trajín, y cuyas aguas va a incidir, por milésima vez, el *ferry* de Regla: el *ferry* que ha de llevarles, a Don Roberto y a él, a la Estación de donde parte el tren que pasa por Minas. La bahía tiene ya tropical claridad de pleno día. El breve crepúsculo ha durado menos que el viaje en coche, desde el Cerro al Muelle de Luz, y el sol, rápidamente libertado de los celajes que le sujetaban, brilla, rotundo, alegre y cegador, sobre los altos y artillados murallones de La Cabaña. El soberbio cuadro natural que un sol de vida inunda de luz, acaba de conmover profundamente el alma del abandonado muchacho. Mástiles embanderados; falúas que rasgan el brillante espejo del mar, entre rápidos aleteos de remos; un humeante vaporcillo, con pesada cauda de lanchones; velitas, blancas y combadas, esparcidas por la anchura del Golfo, más allá del Morro, y acá, enfrente, sobre los chorros de vapor y las nubes de humo de la industriosa Regla, el verde, claro y límpido, de los campos exornados de palmeras. Trepida la hélice. El *ferry* comienza a separarse del muelle, lento y silencioso. Juan, de pie junto a la barandilla de la tortuguesa embarcación; entre el nuevamente enseriado y hermético don Roberto y la estallante maleta, rugosa y cuarteada, alza los ojos del espacio que con creciente rapidez ábrese entre el *ferry* y los tablones del muelle; entre él y La Habana. Los alza, para lanzar la mirada, con niebla de lágrimas, sobre los edificios que ya rápidos se apartan de él; hacia un remoto rincón de la ciudad: en un nuevo, fugaz, pero intenso recuerdo a la que se queda allá atrás, bajo el lejano y desconocido montoncito de tierra.

CAPITULO XXIV

Llegó la zafra, y entonces fue otra la vida de Juan. Dejaba el catre mucho antes que todos los demás habitantes de las dos casonas: a las tres de la madrugada. A veces, a las dos; porque era Rómulo quien lo despertaba a voces desde su catre y, por si acaso no fuera a quedarse dormido después sin llamar al muchacho, en cuanto abría los ojos pasada la media noche, el mulato gritaba:

—¡Juan! ¡Juan! ¡Arriba! Que está aclarando.

Tenía Juan que levantarse a tal hora, porque ya andaba en funciones de pesador de caña, en la nueva *Fairbank* del batey. Soñoliento y encorvado bajo el pantalón y la camisita de dril crudo, por el frío vientecito que llegaba de la próxima costa en la invernada madrugada, el muchachito cruzaba el batey para reunirse a los carreteros que, debajo del propinco grupo de mameyes hacían café, unos, mientras otros enyugaban y unos pocos llegaban desperdigados, anunciándose con el traquetear de sus carretas, estallantes de caña, en los fangosos carriles de las guardarrayas. Salvaba Juan el pedazo de llano que separaba la casa de *Los Mameyes*, a la claridad sutilísima, incierta, del cielo tropicalmente cubierto de estrellas y luceros, o cuando había luna, con el regalo de su luz, fría y plateada, o cuando, por ser algo tarde, un claror carminoso surgía por el rumbo de Matanzas, recortando el ondulado perfil de la sierra. Le orientaba el resplandor de fragua que echaba sobre el informe bulto de *Los Mameyes*, los candiles de petróleo que alumbraban la faena de los carreteros. Allí tomaba Juan su desayuno de café puro y galletas de barco, insípidas y duras para irse después a la romana, con la primera «cargada». Casi siempre iba arrebujaado en una vieja chaqueta o en algún agujereado chaquetón que le prestaba el negro carretero, compadecido del friolento habanerito blanco. Muchas veces, mientras daba tumbos en la carreta, llevaba su mente, con impreciso rencor de anarquista intuitivo, a la quinta del Cerro, en donde a tal hora dormían, abrigaditos, los que despiadadamente le expulsaron de la ciudad, obligándole a vivir la vida fuerte y cruda del campo. Alumbrándose con el candil de cada carretero, pesaba cada carreta llena de caña. Necesitaba tener mucho cuidado, para que sólo entrasen en la plataforma de la pesa las altísimas ruedas de la carreta y las ocho patas de la punta de pie; porque en cuanto se le pegaban los párpados un solo momento, le metían en la plataforma las patas de los bueyes de guía, o las de un par de carreteros. Lo mismo después, cuando acababa de vaciar la carretera en la jaula del ferrocarril, enchuchada enfrente, debía pesar la tara. De lo contrario podía venirle encima una tanda de improperios y pescozones, suministrados por Rómulo, tan atento a evitar que nadie

robase la menor cosa, como a robarse él todo lo posible. Al salir el sol, ya estaba allí cuidando de que Juan se equivocase en cada resta, en favor de la «casa», y en cuentas claras Don Fidel, con quien después entendíase el mestizo. Como a las seis pasaba el tren de los «vacíos», que dejaba allí una o dos jaulas más. Y a las ocho ya estaba Juan de vuelta en la casa, después de pesar todas «sus» carretas de la mañana. A esa hora tomaba un tazón de leche con café, a veces acompañado con dos trozos de boniato, o de harina de maíz, fría, restante del día anterior. E inmediatamente comenzaba a poner en limpio sus cuentas de pesador de caña. Esta operación duraba un par de horas; dos horas en que sólo trajinaban en la casa Petra y Caridad. Los varones de ambas casas, con motivo de la zafra, tenían todos ocupación fuera de ellas: Rómulo y Don Fidel, de la romana se iban a recorrer los «cortes», Antonio andaba en sus funciones de mandadero. José ayudaba a llevar bueyes a tomar agua, al paso del arroyo, con los hijos de Don Fidel, también convertidos en narigoneros oficiosos, en cortadores de cogollo, en ordeñadores, en mandaderos de batey. Y fue en estas dos horas diarias, mientras Caridad trasteaba en la cocina, Juan llenaba de números sus churrosas libretas y Petra barría y desempolvaba, haciendo trepidar sus formas vírgenes y opulentas ante la deseosa mirada del muchacho, que surgió un idilio entre aquellos dos jóvenes «extraños», colijados debajo del mismo techo. Surgió el idilio, lento, tímido, sin palabras. Fue, primero, un mirarse fija, profunda, silenciosamente, cada vez que se hallaban allí, en la «sala», solos, bien lejos de Caridad, y cada vez que tropezábanse, sin testigos, en los rincones del fondo de la casa, en la lejana e invisible cocina, bajo las bóvedas umbrías, solitarias y encubridoras, de la aldea arboleda. Vino después la audacia de hablar y hablar, incesantemente, «ingenuamente», forzando los escasos temas de su campesina atmósfera, mientras cada cual realizaba su matutina tarea en la «sala». Llegaron, asimismo, lógica, naturalmente, los increíbles arrestos de darse golosinas, florecillas, apretones de manos, entre ir y venir de la gente de la casa; a hurtadillas de los despiertos ojos de Antonio y José, y de los celosos y desconfiados de Rómulo. Y aunque sobre el idilio cerníase, amenazadora, la sombra del «bocabajo», por partida doble, acaso una desastrosa tragedia de celos, absurdos y bestiales, las poderosas fuerzas de la vida fueron empujando, progresivamente, por los fuertes caminos de la pasión a los dos jóvenes. El constante mirarse, mutuo y estático, del espigado «blanquito» de los ojazos tristes y expresivos, y de la carnuda mestiza de los grandes ojos voluptuosos; los roces, retozos y apretones de juveniles carnes, en los sitios más apartados y recónditos de la casa y el batey; toda la creciente atracción erótica de aquel convivir íntimo, de perenne contacto, pronto llevaron las cosas a las más ciegas audacias de enamo-

rados. Menudearon las «inocentes» citas, «para tumbar frutas» en la arboleda, «para partir leña frente a la cocina». En ciertos días de alta presión amorosa, la misma Petra atrevíase a juntar sus rotundas piernas con las nervudas de Juan, por debajo de la propia mesa de comer, que dominaba la mirada torva, estúpida, de Rómulo. Pero era el muchacho, perturbado por los sexuales fraudes solitarios—cuyas descargas iban entonces acompañadas por imágenes de la mulatica—quien más se lanzaba, incontenible, a todos los intentos de ver y palpar las carnes enamoradas; ávido como estaba de mujer, de adentrarse frenéticamente por los verdaderos caminos del placer amoroso. Así, cuando después del almuerzo extendíase en el catre a echar la siesta que le permitían, por los madrugones, hacía acercarse a imperiosos gestos de hombre amado, a la deseada muchacha, para hacerle objeto de tirones hacia el catre, con los peligrosísimos cuchicheos y forcejeos naturales del caso. O cuando reuníanse por las tardecitas, en los matorrales plenos de nidales de gallina o en la arboleda y despoblada arboleda, antes de irse él a pesar las «carombrosas» del anochecer, le lanzaba los brazos al talle en un afanoso esfuerzo por atraerla hacia sí, para besarla, estrujarla, derribarla en la yerba. Entonces, en el cuarto, como en los matorrales o la arboleda, la escena se deshacía, al escapar ella sofocada, asustadísima, y perseguirla él arrojada, locamente, a veces hasta el límite de lo temerario. Tan temerario como cuando él, al mediodía, o de noche, acercábase en puntillas, sorteando el cruce de los otros moradores de la casa, para ir a avizorar, al través de las rendijas de las puertas, a la mulatica desnuda, en un casero baño de batea, o en los preparativos para acostarse. Era en las primeras horas de la noche, cuando regresaba de pesar la «caña de la tarde», las que únicamente dejaba de estar en la casa, cerca de Petra, persiguiéndola con la vista, acchéndole los pasos, viviendo junto a ella, minuto a minuto. Porque a tal hora era cuando Rómulo solía propasarse en sus «ingenuos» manoseos con la sabrosa muchachona («cariñosos» apretones, solícitos «peinados», «paternales» nalgadas) soliviantando inconteniblemente al muchacho, listísimo y enamorado. O porque era entonces que Juan podía reunirse y alejarse con Papín, los dos solos, a contarse en voz baja sus líos, secretos, exploraciones y descubrimientos de hombrecitos.

Pero entre los secretos que Juan hacía secretos de dos, no se hallaban los relacionados con los amorosos escarceos de Petra y él. En esto demostraba el mismo espíritu de absoluto hermetismo de que diera pruebas en lo de las cartas y papeles de Nena, hasta aquella hora de lealtad que tuviera con Pepín, frente a la conmovedora grandeza del mar. En lo de Petra, el riesgo era lo bastante grande e inminente para reforzar el carácter reservado del huérfano con llaves a prueba de todos los impulsos comunicativos de las amistades pri-

merizas. Y cuenta que había sobrados motivos para que se desbocase la más modesta vanidad tenoril de muchacho con enamorada. Su mulatica era, reconocidamente, la más linda y la más en punto de caramelo de *Los Mameyes* y todos sus territorios adyacentes. ¡La «ma» buna! Como decían, llenándose la boca con tan expresiva exclamación, todos los varones de doce años en adelante que recorrían los campos, desde la línea de los Unidos hasta el mar; desde la sierra hasta el Cojímar. Y, además: ella no era únicamente la «noviecita» ingenua, que le miraba y le miraba, con ojos de santa en éxtasis, ni la mulata en sazón, pujante, atraída a eróticos agarrones y retozos por la proximidad de la carne de hombre, joven y de selección, sino la jovencuela verdadera y profundamente enamorada, que daba pruebas de ello al exponerse a todos los terribles peligros por él desafiados, y al prometerle, con honda y visible sinceridad, en sus pocos momentos de pura, y serena, y dulcísima emoción amorosa, todas las determinaciones necesarias para burlar tales peligros y aun para deshacerse de ellos definitivamente. Porque ellos tenían algunos instantes de soledad y serenidad, siquiera fuese de tarde en tarde, y hasta el día inevitable, en que con estrépito de hecatombe se les descubriese la novela. Unas veces, mientras Rómulo dormía la siesta y Antonio y José andaban por el arroyo o por las casas del otro lado del mismo. Petra y Juan, por distintos rumbos o con distintos pretextos, salían de la casa y coincidían en el extremo opuesto de la arboleda. Otras veces, Petra, con la disculpa de ir a buscar unas cañas o a recoger la ropa tendida en el patio, o a juntar algunas florecitas silvestres, salía, al anochecer, al encuentro de Juan, cuando el muchacho regresaba de pesar la caña de la tarde. En ocasiones su audacia llegaba a tanto, que Juan, a poco de comer, decía:

—Voy un rato a casa de Don Fidel.

Para quedarse en el camino, oculto entre las maniguas de las ruinas del ingenio, y allí esperar a Petra, que un instante después también exclamaba:

—Voy a casa de Doña Cándida.

Y en cuanto desvaneciase entre las sombras del batey, desviábase atrevida, pero asustadísima, hacia el «hueco» de matorrales en que no menos audaz, pero tembloroso, la esperaba él, para estar con ella un momento a solas.

Así, una tarde, bajo el ramaje de los frutales y de espaldas a un sol grande, esférico, que incendiaba el horizonte por el rumbo de La Habana; otras tardes, bajo el cielo en fin de crepúsculo, empalidecido, con tonos de nácar y todas las gradaciones del rosa; o en un instante de noche, bajo la bóveda celeste tachonada de estrellas, y sobre un retazo de terreno enyerbado, entre sombrías maniguas, hablaban, ocultos y solos, los dos enamorados. Hablaban seriamente, o reían jubilosos y felices; contándose mil naderías y pequeñeces,

casi siempre sobre el mismo monótono, eterno, pero sublime *lei motiv* del amor, y también casi siempre acabando en los planes más atrevidos para seguir deslizándose por el plano inclinado de la pasión, y en las ideas más arraigadas y de más tremendas consecuencias, para cualquier día predestinado y acaso próximo, en que el freno ajeno, o la propia, creciente atracción sexual se les hiciese irresistible. Hablaban, sin advertir que se les iba el tiempo; que a veces alzaban demasiado la voz; que, por momentos, ella, al reír una gracia que él le dedicaba, echaba atrás la cabeza, en feliz abandono y con peligrosísimo gorjeo de su voz plena de emoción. Hasta que la mujer, siempre mujer, se percataba de la tardanza, de la inminencia del peligro en prolongar la cita, y deshacía el idílico grupo, emprendiendo el cauteloso regreso a la casa. En el regreso, siempre que era posible, él la acompañaba aún varios minutos, andando quedito y silencioso al lado de «su» negra, como cariñosamente la llamaba, en tanto ella le miraba con toda la fuerza apasionada y penetrante de sus ojos de mestiza enamorada. Quedaba él, después, quieto, alelado, viéndola alejarse. Por la emoción de la despedida, se alejaba ella con fuertes alzamientos en aquel su túrgido escote, que tenía una progresiva y tentadora blancura hacia el hondo camino del seno, y por el andar innatamente garboso y atrayente de cubana, con los núbiles pechos y las redondas caderas, trepidantes bajo las telitas del rústico indumento, finas, escasas y transparentes.

Mientras tanto, nada sabían de la vida de Juan en la quinta del Cerro, y de la quinta del Cerro muy poco sabía Juan. Íbase cumpliendo, así, claramente, el propósito de Don Roberto y Domingo, al lanzar al pobre muchacho al campo, desprendiéndole de aquella familiar residencia en que tanto tiempo viviera al lado de todos. Lo mismo podía ir a parar con su peligroso amorío, a la cárcel, al cementerio o al bandidaje, que perder un brazo al caerse de un árbol o aniquilarse por la anemia de los vicios sin freno, o partirse en dos bajo la rueda de una carreta, sin la menor preocupación para los que meses antes le tenían casi como familiar; al menos como uno de tantos animales domésticos, perro o criado, que llegan a despertar cariño e interés, siquiera sea por la fuerza de una larga convivencia debajo del mismo techo.

El propio Don Roberto, después de darle aquella lección de misericorde ser superior que le diera con Rosa, apenas si había mencionado brevemente al huérfano, al escribirle a Rómulo sobre asuntos de la quinta y de la finca, en cartas que el mismo huérfano tenía que leerle, junto con los diarios habaneros que solían acompañarlas, al mestizo encargado. En esas cartas se hablaba casi siempre de arrosas de caña, de jornales, de yuntas de bueyes, y de lo imprescindible que era el exprimir bien todo aquello, para apuntalar las infinitas amenazas de ruina que perennemente surgían en

la quinta, y a las cuales no podían ofrecer mayor resistencia los tres doctores de la casa. A últimas fechas la señorial residencia había sufrido un tremendo descalabro, se le había hecho un terrible hueco en el presupuesto económico: Doña Candita al fin tomó su último vaso de leche; al fin se dobló para el último sueño en su amplio butacón de cuero, y fue preciso sepultarla con todo el chillón aparato religioso y profano que exigía la aristocrática barriada del Cerro y los cremísticos apellidos Ruiz y Fontanills.

Un día, la carta de Don Roberto trajo la noticia de que «Don» Robertico iba a llegar a *Los Mameyes*, en la mañana siguiente, con sus arreos de caza, sus perros y el lógico propósito de correr la pólvora por maniguas y cañaverales, tras las pocas codornices y las poquísimas becacas que ya por entonces quedaban en aquellos «civilizados» contornos. Venía el hijo de Don Roberto a sacar provecho de una tregua impuesta en las labores de la zafra, de todos aquellos campos, por una grave interrupción en la maquinaria del central; tregua que permitiría la compañía de Juan y los otros muchachos al gran cazador.

Llegó a la vera de Antonio, y entre todo un tartarinesco tren de redes, cartuchos, armas blancas y de fuego, seguido por tres perros, que con sólo haber trotado desde el ferrocarril al batey llegaron a éste jadeantes, agotados, con tres palmos de lengua afuera. Le instalaron como a Don Roberto, en la sala. No puso, como el inmortal tarasconés, espeluznantes letreros a su aparatoso despliegue de armas, municiones y artefactos de muerte; pero sí tuvo cuidado de colgarse a la cintura, desde los primeros momentos, cincuenta tiros de revólver, el revólver y un largo machete de cruz, y de recostar contra el taburete del pie del catre, un flamante rifle venadero.

Como si en sus planes cinegéticos también entrase la ilusión de cazar alguna criollita, que desquitárale un tanto de la monotonía conyugal y del oscuro fiambre de que disfrutaba en comandita con su hermano, allá en La Habana, Robertico se salió de quicio cuando vio a Petra. Tanto que, en seguida, con desaprensión de erotómano que le habla a un muchacho que no es su hijo, le dijo a Juan:

—¡Muchacho! ¡Qué chiquita! Eso está como un zapote maduro, que por donde quiera que lo aprietan suelta almíbar.

Al enamorado, poca gracia le hizo la frase, y menos lo que alentaba y podía venir detrás de ella. Robertico no lo advirtió, ni de haberlo advertido, mucho le hubiera importado. En aquella casa, donde todos eran a excederse en atenciones con él, poco podía entorpecerle o perturbarle lo que Juan, el pesador de caña, pensara o hiciera.

En el almuerzo, Robertico se desquitó del hambre de pollo que ya iba siendo endémica en la rica mansión del Cerro. Se hartó asimismo de mirar a Petra, para atraer su atención hacia tan signifi-

cativa insistencia, y para calcular, golosamente, lo que ocultaban las ropas estrechas, desgastadas, lavadísimas. Apenas terminó, quiso echarse encima todo su abrumador tren de cazador, y salir con Juan a corretear palomas. No fue corto el discurso de que hubo menester Rómulo para disuadir al hombre, explicándole algo muy importante, seguramente olvidado en sus manoseados textos de caza: aún en «invierno», a tal hora el sol de los trópicos raja las piedras, y si no se les tira a las auras...

Fueron en la tarde, seguidos de los perros, a velar el paso de las aves, de llanos y cañales, a la sierra. Ya a tal hora el nuevo hombre de *Los Mameyes* iba doblemente indignado con el intruso habanero. Doblemente, porque no sólo vislumbraba una nueva e insufrible rivalidad en sus amores, sino porque habiéndole tomado el otro, autorariamente, como compañero de sus boberías cinegéticas, malográranse las esperanzas que él, Juan, había puesto en aquellos días de asueto proporcionados por una bienhadada rotura en el ingenio. ¡Adiós soñado dormir la madrugada, proyectadas escapatorias con Pepín, juegos de *base ball* en el batey, baños de cuatro horas en la prestigiosa «poza de los varones», rumbas a bongó y marugas en los cercanos bohíos! ¡Adiós, supremamente, sortilegio de las citas robadas, inquietas, deliciosas, con la enamorada fascinadora, atrayentísima!

En cuanto llegaron a la linde de un próximo cañaveral, frente al primer monte de la vecina sierra, Robertico empezó a hablar de Petra. Estaban de pie, recatados en la extensa sombra que las cañas altísimas hacían con el sol ya muy bajo. El cazador apoyado en la cargada escopeta; Juan con los perros sujetos por los collares.

—Pero, ¡qué buena está esa mulata!

Y como Juan nada dijera:

—Eh?—insistió el otro, sonriente, campechano—. ¡Muy sabrosa!

Juan, ya campesino, terco, a pesar de tener conciencia de lo imprudente que estaba con su seriedad y sus pocas ganas de hablar, nada dijo. Fue Robertico quien tuvo que volver a perturbar el silencio del campo; pero entonces con dos fognazos de la escopeta a otras tantas palomas, que internáronse en el monte, sólo heridas por el susto.

—Estamos muy pegados a la caña, para poder coger puntería. Cuando viene uno a ver la caza, ya está encima.

De esto sí quiso hablar Juan, y hasta discutir con el señor cazador, opinando que tampoco era bueno separarse mucho de las cañas, porque se hacía uno muy visible de las palomas. Y también quiso hablar mucho, acaso más de la cuenta, cuando el recién llegado se sintió inclinado a lanzar su curiosidad imaginativa, en cuestión de faldas más o menos sucias, en torno del batey:

—¿Y qué otra carne buena hay por ahí, por el vecindario?

—¡Uh! Hay otras. ¡Ya lo creo! Mire. Allí, en casa de Madan, donde bailan la rumba, hay dos negritas, que esas sí están sabrosas.

—Pero, ¿muy prietas?

—No. Un poco colorás. Pero tiernecitas. ¡Y masúas!

—No. Negras, no.

—No. Si no son mucho más prietas que la que ustedes tienen allá, en la Bana. Además, en la casa que está frente al catalán, hay dos guajiras buenas de verdá, verdá. Una es novia de un civil del puesto de Jaruco; pero ella y la hermana son dos mosquitas muertas, que con la toná del baile y lo juegos de prendas, cumbanchean y se arriestregan con too el mundo. Pero...

—¡Siii!—le interrumpió Robertico, llevándose el índice a los labios, y en seguida la culata del escopetón al hombro.

Otros dos disparos inútiles, y reanudó Juan la conversación. Sobre todo, quedaba Rosa; que esa sí era blanca, bien blanca; buena hembra, y sin padres. Sólo que...

—Dicen que Don Roberto es su piezo.

—¿El viejo? ¿Papá? ¡Vamos!—dijo como si la noticia fuese lo más natural del mundo—. Milagro que tan fiero como es no le fajó a la mulata.

—Porque está Rómulo por medio.

—¡Ah! ¿Y tú crees que Rómulo?...

—Yo... no sé. Pero, como, además ella es señorita, y su cuñá...

Nueva interrupción, y nuevos disparos de los cañones de la escopeta. Esta vez una nubecilla de plumas se deshace en lenta lluvia sobre el verdor de una guásima, y los perros no han corrido inútilmente. El más grande trae una palomita, con una brutal herida en el pecho, y se la entrega al cazador. Por la herida se le ven las entrañas, destrozadas, palpitantes, al pobre animalito. A Juan se le oprime el pecho de lástima, y, como al principio, vuelve a quedarse monosilábico, con un nuevo motivo de antipatía, casi de odio, hacia el intruso.

El intruso quiere seguir explorando el ambiente, en cuanto a «hembras»; pero la tendencia al mutismo de Juan, le impulsa a atronar los campos con nuevas salvas de escopeta, y luego volver a la casa, seguido a mayor distancia por el huérfano, que por los perros. Robertico lleva todavía un rato cargada la escopeta. Juan carga la palomita muerta; la mirada torva y rencorosa en el padre de Nena; la intención en el deseo de que, al descargar la escopeta, se le dispare y le eche fuera las entrañas, como las de la avecilla que, aún tibia, llevaba él, el celoso, acostada en la palma de la mano, piadosamente.

A la llegada a la casa, cuando le preguntaron por el fruto del tiroteo que desde allí se había oído todo el atardecer, el cazador culpó a la proximidad en que se hallaba el cañaveral del monte,

y a las palomas, empeñadas en no retirarse a dormir, en bandadas. Después, el cazador volvió a comer ave, pero de corral. Comió pollo. Y volvió a mirar y remirar a Petra, con una vehemencia sensual que ya a Juan se le iba haciendo insufrible.

Muchos días seguidos tornaron a ir de caza Robertico y Juan. Algunas veces agregóse otro de los muchachos de la casa. Sólo cuando esto ocurrió pudo Roberto dejar de poner sobre el tapete la conversación sobre mujeres; aunque sin mayor provecho, no obstante el derroche de alentador descaro que empleaba con Juan. En el muchacho iba creciendo la rivalidad amorosa, a medida que aumentaba en el hombre el deseo de terminar el aislamiento en que se hallaba su mal acostumbrada virilidad. Mientras uno iba perdiendo la ilusión de poder pescar algo en los inópicos rancheríos, sentía más fuerte el imán de la sabrosa mulatica, el otro sentía crecer el natural impulso de romper violentamente, con el que intentaba robarle sus más puras, naturales y justificadas ilusiones amorosas. Cualquiera día tiraba de la manta, descubriendo tales intenciones de un modo brusco, y a presencia del propio Rómulo. ¡A ver si se entraban a tiros o a machetazos! Juan, cada vez que veía a Robertico con la escopeta, deseaba, hora a hora con mayor vehemencia, que se le descargase involuntariamente, haciéndole volver a La Habana con una perdigonada en las costillas. Como ya, muchas veces, yendo con Rómulo en el pértigo de una carreta desbordante de caña, había Juan deseado, ansiosamente, que el mulato cayese, tendido en cruz, bajo una de las enormes ruedas.

Cierta tarde, entre tiro y tiro, Robertico, insistiendo sobre su mismo, invariable tema, con los labios secos, los ojos encendidos en lujuria y en todo el rostro una gran expresión de cinismo, interrogó:

—Pero, tú, Juan, ¿nunca la has visto en cueros?

Rápido contestó Juan que no. Rápido y seco. Pero el «amo» insistió. ¡Vamos! A otro perro con ese hueso. Lo que le ocurría al muchacho era que le daba vergüenza decirlo. Pero ¿por qué? ¡Bah! ¿Eh? ¿A dónde se bañaban las mujeres allí?

Como Robertico, por no cohibir más al muchacho, le hablaba de soslayo, no pudo ver que éste había vuelto los ojos hacia la escopeta, echada en tierra, junto a ambos, e inmediatamente hacia la guardarraya, ancha, solitaria e interminable, que se perdía rumbo a Matanzas, y que tenía en la mirada una expresión turbia, espantosa.

E insistió en la pregunta. ¿Las mujeres se bañaban en el arroyo?

Cejó el muchacho. Sí. Las mujeres se bañaban en «su» poza. Pero sólo cuando había bastante agua, y no estaba revuelta. Las que más lo hacían eran las negritas Madan. A esto replicó Robertico, que ¡Buena! Cuando faltaba el pan, se comía casabe. Después de todo, las mujeres de color eran más fáciles; traían menos líos.

—Por eso estamos tan acostumbrados... ¿A qué hora van?

—Antes del almuerzo.

—¿Todos los días-

—Sí.

Hasta que el creciente, agresivo hermetismo del muchacho, y la composición de lugar que mentalmente se hace Robertico para ir a avizorar a las mujeres el mismísimo día siguiente, al través de los maniguales ribereños, cortan el diálogo y la cacería por aquella vez.

La otra vez fue la próxima mañana. Una mañana clara, soleada, sin un átomo de brisa, pesadamente calurosa. Juan había citado a Petra para la arboleda, so pretexto de una búsqueda de huevos, a fin de advertirle que no fuese al arroyo aquel día. Claro que ya ellos varias veces habían hablado, cálida y rencorosamente, de aquel entrometido que venía a complicar, aún más, las perturbaciones en que desenvolvíanse las relaciones de ambos, cerniendo sobre ellas nuevas nubes de amenaza y tragedia. Petra no pudo ir a la cita, porque andaban ociosos por la casa, José y el propio, tímido Rómulo. Robertico se había marchado muy temprano, con la escopeta, por primera vez solo, y rumbo al arroyo, las mentadas jóvenes negras de la casa del ex esclavo Madan, seguidas por dos negritas flacas, pasirrojas, casi en cueros. Una de las jóvenes, al pasar cerca de la casa, le gritó a las mujeres de ésta:

—¡Caridad! ¡Petra! ¿Utede no van hoy?

—Sí. Ahorítica.

Y detrás de las otras mujeres salieron al batey Petra y Caridad, con sendos bultitos debajo de un brazo.

Tardó algo Juan en deshacerse de Rómulo, que le hizo escribir una carta para Don Roberto. Se adentró rápido por las ruinas y maniguales aledaños, dirigiéndose cada vez con mayor cuidado, con menos ruido y toda clase de precauciones, hacia el recodo de monte, alto y tupido, que servíale de oculta atalaya, sobre la «poza de las mujeres». Tan pronto como se internó en los matorrales y comenzó a trepar por los pedruscos, pudo observar un rastro algo inseguro, pero indudable, de zapatos con tacones, y algunos gajos recién partidos. Si era campesino bastante para sorprender rastros, y hacer deducciones sobre ellos, también lo era para llevar cuchillo a la cintura. Hizos unos tajos, a derecha e izquierda, desgajando arbustos, sutilmente, y se desvió del rumbo seguido por el rastro, que era, sin duda, el rumbo tomado por Robertico, para observar ocultamente el baño de las mujeres. No anduvo mucho más, sin salir de súbito a un clarito del monte, y hallarse improvisadamente delante del boticario, que estaba echado boca abajo en la yerba, la escopeta paralela al cuerpo, y la cabeza en alto, con los ojos fijos en el grupo

de bañistas. Al oír los últimos pasos de Juan, el acechador se volvió, contrariado, pero con cínica, desarmadora, sonrisa:

—¿Qué hubo? ¿Ya ves como tú también vienes a rescabuchear?

—Sí—dijo Juan en seco, acercándose a su nervioso interlocutor, y quedándose de pie a su lado.

Desde allí se divisaba, completa e impunemente, la «poza de las mujeres». En un recodo del remanso; debajo de un tupido dosel de cañabravas, hallábase el multicolor grupo de niñas y mujeres, en cueros las primeras, con el fino y empapado camión ceñido al cuerpo, las mayores. En aquel momento no se veía a Petra, oculta por el tronquerío de las cañas; pero en cambio la vista era completa sobre Rosa, que estaba de espaldas, con la negra cabellera suelta, la mojada tela de la camisa ceñidita a las caderas y las rotundas piernas hundidas en el agua, sólo hasta las rodillas. El hombre apenas respiraba. Todo su ser estaba concentrado en los ojos, que voraces seguían todos los movimientos de la joven blanca, semidesnuda y afanada en un minucioso, prolongado aseo de todo su cuerpo. El muchachón estaba al lado del hombre, inmovil, indeciso en sus pensamientos, a la vez medroso, abochornado e indignado. Miraba, sin ver, lo que hacían y mostraban las niñas y las mujeres, confiadamente entregadas a su baño de égloga. Toda su alma estaba puesta en el ardiente deseo de que su novia no se moviese del macizo de bambúes, protector de aquellas purísimas formas, aún vírgenes de miradas de hombre. Y eso que Robertico, ávido de que no se perdiese un paso, un esguince, la más breve pose erótica de cualquiera de las bañistas, estremecido de lujuria, en pleno goce de aquel insólito y por siempre recordable momento sensual, no cesaba de decir, secretamente, afanoso:

—¡Ahora! ¡Mira! ¡Fíjate en la negrita! ¡Y cómo está Rosa!

Y luego, con los ojos hambrientamente clavados en los troncos de las cañas:

—¡Quieto, muchacho! ¡Espérate! Que creo que ahora viene la mulata.

Juan quedó sin respiración. Pero, no. Petra, como si presintiese el peligro de la espriación, de la sorpresa, no salía de su escondite. Entonces Robertico, mirando a Juan con aquella expresión de agresivo cinismo, de lujuria incontenible, exigente de rápido, bestial desahogo, con que ya le mirara en tardes anteriores, le dijo de repente:

—¿Tú no sabes hacer una cosa que hace la caña?

—¿Cómo? ¿Qué dice usted?

—Sí. Mira. La caña... hace güin. ¿No? Hace... ¿qué te diré?... sombra. Y hace paja.

—¿Eh?—volvió a interrogar Juan, casi sin aliento ya—. ¿Qué dice usted?

—Lo que has oído. ¿Quiéres? Para aprovechar eso.
E hizo ademán de señalar para el perturbador grupo de las hembras desnudas y semi desnudas.

Pero nada más que el ademán hizo; porque Juan cortó en seco, agresivo, brutalizado, ya con la intención puesta en el cuchillo que llevaba a la cintura:

—Busque a su hija Nena, si la necesita—le replicó bien claro, sin dejar sitio a la menor duda, sin el menor temblor en la voz.

Pero...

—¿Qué dices, perro?—rugió Robertico, a la vez que se incorporaba con dificultad; porque instintivamente quería hacerlo ya con la escopeta en la mano y el índice en el gatillo.

Juan, después de vacilar un instante, echó a correr, en zig-zag, estrepitosamente, partiendo bejucos y ramajes, desgarrándose con ellos las ropas y la piel, en un descenso loco, desesperado, en pleno pánico, del pedregoso monte.

Había sonado un disparo, seguido de los gritos de sorpresa y espanto de las mujeres. Sonó otro foganazo que acabó de ponerlas en escandalosa fuga, vistiéndose aturdidas, con piezas mojadas y secas al mismo tiempo.

Un segundo después de su acto primo, Robertico estaba arrepentidísimo. Corrió en la dirección seguida por el fugitivo, anhelando con todo su ser no encontrarle en tierra; no hallar rastro de sangre; no tener que orientarse por los lamentos del jovenzuelo, cribado a perdigones y retorciéndose en la maleza, con las manos apretadas sobre una bárbara herida. Cuando vio que no le encontraba, y comenzó a creer que saliera ileso, tuvo verdaderas ansias de poderle encontrar antes de su regreso a la casa, o antes de que se determinase a huir de la finca. ¡Horror! Una causa por homicidio frustrado. Peligrosísimas explicaciones con Rómulo. Sobre todo, el lío en la quinta. ¡Su mujer!

Corriendo llegó a las ruinas. Situóse en un sitio desde donde dominaba el batey con la vista, y todas las entradas de la casa. Estaba dispuesto a cortar el camino al muchacho, y proponerle el pacto de callar ambos el lance, perdonándose y defendiéndose de Rómulo mutuamente. Después acabaría de conquistarle a fuerza de obsequios. Hasta un paseo a La Habana, ¡qué caramba!

Eso pensaba, jadeante, nerviosísimo, recatado tras un arbusto, cuando vio a Juan a dos metros de distancia, también oculto, espantado, sudoroso, avizorando el batey y todos sus trillos afluentes.

Le llamó el otro, conteniéndole en el primer impulso de emprender nueva y delirante carrera por las maniguas cercanas:

—¡Psch! ¡No corras! ¡Nada te hago! ¡Palabra! ¡Palabra! Al contrario. Oye. ¿Te hice daño?

Se contuvo Juan. Dijo que sólo había sufrido en la piel y la ropa:

unos arañazos. Robertico, acercándose, le ratificó su palabra de honor de no engañarle, y en seguida expuso sus conciliadoras intenciones. De aquéllo, primeramente, no había que decir una palabra. A nadie. Él había sido, lo reconocía, un cínico, un animal; pero no era preciso hablar más del asunto. Además, también Juan le había contestado fuerte. Estaban en paz. Y lo dicho: nada, ni a nadie. Entonces, ni nunca. ¿No era eso?

—Así.

—Pues, andando. Tú por un lado, y yo por otro. Para explicar lo de los tiros, el sofocón y la ripiera de ropas, diremos que estábamos cazando, y hemos venido por haber oído la gritería de las mujeres al meterle dos tiros a un venado. Corriéndole detrás con los perros, te arañaste y rompiste la ropa. ¿Eh?

—Sí. Meno lo del venao, porque metemo la pata. Nadien ha visto venaos por aquí nunca. Y ese mulato es mu fiero. No crea que se va a tragar la pírdora así, tan fácilmente. ¡Si se ha olío lo de la posa!...

CAPITULO XXX

Llegó la gran hora de la boda. Es decir, para Juan por lo que le esperaba después de los sonrojos y turbaciones de la ceremonia. Y nada más. Él no iba a dar el gran salto del matrimonio con noción o sentimiento alguno de responsabilidades morales, sociales ni de ninguna otra índole. ¡Lo que le entregaban aquella noche! He ahí lo grande.

Como a las ocho de la noche, solo, con su primer terno de paño hecho a la medida, emprendió el camino de la que, desde aquella hora, iba a ser su casa. El isleño, con los demás invitados del tren de raspa, y otros amigos y conocidos, le esperaban allá.

Noche sin luna, pero clara, diáfana, multimillonaria de estrellas. Allá, adelante del camino, también titilaban algunas estrellitas: las luces de Peto y sus alrededores. A un lado, una constelación de estas luces indicaban el sitio de la sonada fiesta social. Juan avanzaba lento, con el sombrero en la mano y el simétrico peinado al aire fresco y oloroso de los campos. Rasgó el espacio un volador lejano, que luego se deshizo en una lluvia de fugaces bengalas. Llegaron hasta Juan las notas de la banda, entre las cuales sobresalían los estridores del clarinete de Don Basilio. Ascendió el reguero de chispas de un segundo volador. Y en seguida otro. Detonaron casi a la vez. Hubo un lejano redoble de ecos, seguido del frenético ladrar de los perros de cien milpas y ranchos. El que ladraba más

cerca continuó por mucho rato aún. Ladrábale a Juan, a medida que éste se iba acercando a una puertecilla iluminada. Como si allí le esperasen, uniéronse al novio tres mestizos endomingados: un hombre y dos mujeres. El hombre echó adelante, al lado de Juan, y las mujeres les siguieron, con sus trotecitos de béstezuelas de trabajo. Solamente los dos varones hablaban, o más bien Juan era quien le extraía al otro algunas respuestas, a monosílabos; como con sacacorchos; mientras el grupo se acercaba rápido a la constelación de fiesteras lucecillas, cada vez más grandes y en mayor número.

Apenas entra Juan en la extraordinaria claridad de la casa, dos de sus compañeros de la finca, no yucatecos, gritan jubilosos:

—¡Juan! ¡Juan! ¡Ahí está el novio!

Y corren a recibirle, mientras los músicos, que ya han besado algunas botellas de «habanero»—como los que gritaron al ver a Juan—rompen a tocar una polka. Detonan, uno tras otro, los últimos tres voladores de la media docena encargada por el padrino, a Mérida. En seguida le presentan el padrino, a Juan: un francés gordo, canoso, bigotudo y con espejuelos, dueño del más grande almacén mixto de Peto, y a quien todo el mundo llamaba *El Musiú*.

Eje, con Marta, de la fiesta; centro de todas las miradas, alusiones, comentarios y maliciosas indirectas del caso, ya el novio desde aquel momento no ve, ni retiene en la memoria, más que breves y confusas visiones de seres y cosas. Turbadísimo se enfrenta con la novia, para saludarla. Está en una esquina, entre primas y amiguitas, que forman una sola mancha en blanco hipiles de lujo, con franjas multifloras, de estambre bordado al canevé; realzado el vistoso traje regional por los reflejos de los grandes rosarios dorados y el chispear de las lentejuelas que espolvorean los típicos zapatos, de punta levantada. Marta está cambiada, para Juan. Las medias de basto algodón, flojas, el corto y barato velillo nupcial, las tres ramitas de un deplorable azahar de pasta, el blanco trajecito, estrecho y chapucero, sobre un corset que es coraza de inquisitorial suplicio, las mejillas abochornadas por la conciencia del ridículo y por la pintura extraída de un rojo papel de alfileres; todo aquello tan postizo, tan exótico, tan lamentablemente ingenuo, no da el conjunto puro, sencillo, humano, atrayente, que ha levantado y acrecido los deseos de él. Él la tiene en su imaginación como ella es; como necesita que esté cuanto antes mejor: con el trigueño rostro limpio, alegre y natural; el hipil y el fustancillo, sueltos y transparentes, y las piernas bien torneadas, redonditas, en su piel de un suave, único, delicioso color de carne morena y verdadera. Hay filas de asientos, de diversos colores y hechuras, como en un velorio; como en todo hogareño acontecimiento entre pobres. Las mujeres, no rompen su tertulia aparte. Los hombres forman grupos en aquellas mismas sillas, o fuera de los tres ranchos unidos, que forman el hogar

de Don Basilio. Los hombres que están fuera, fuman, beben y piden música. Son los no yucatecos del tren de raspa, que allí gozan del fresco, desterrado de los ranchos por el calor de las respiraciones y de la profusión de luces. Circulan afanosas, atendiéndolo todo, la madre y la hermana de Marta, y José, el marido de ésta. Vuelve a tocar la banda, reunida en el raquíto jardincito de la entrada. Alguien enciende las velas del altar, y se ve entonces el gran adorno de ramajes y cadenetas de papel de colores, que realza el rancho central. Los ramajes y papeles, van, con cierta intuición artística, a formar una gran gruta de fuertes policromías al altar. El altar está hecho con una mesilla, cuyas patas de pino sin cepillar asoman por debajo del «pañó», y un cajoncito forrado con papel de color que forma la única grada. Entre doce largas velas nuevecitas, parece que suda un santo de palo, jerga y encajes, para Juan desconocido. La jerga es carmelita. El santo tiene una aureola de hojalata, clavada en el cogote y en los brazos colgados en columpio, un Niño Jesús, boludo y asustado. Entran nuevos convidados. Surge un acordeón por el patio, polarizado así de la banda que domina el frente. Llega el cura. El cura le da unos consejos, de religioso sermón a este novio tan aturdido y nervioso. El novio, además, advierte que el cura de Peto, como todos los curas que conoce, es español, y le oye con disgusto, con el juicio en una imprecisa combinación de separatista y descreído. ¡Vaya! ¡Este cura rojizo, con el botijudo abdomen repleto del chocolate con hojaldré que acaba de engullir, y que le sale, en regüeldos, a la carnosa, helafuda boca de glotón de todas las glotonerías! Sinvergüenza que le ha cogido treinta tostones por casarle sin necesidad de papeles, prontamente! El cura no pierde más tiempo. Se arremolina la gente, ansiosa y sudorosa, frente al altar; en torno de la pareja de jóvenes, tremantes, ciegos y sordos por la vergüenza del espectáculo de que son protagonistas; en torno también de los marselleses bigotes de *El Musiú*, de una parsimoniosa señora con las sedas estallantes por las gorduras, que malamente ciñen, y de la mancha negra y casi redonda del cura de Peto. Después: letanía de frases masculadas por el cura; no sabiase qué nigromancias con las manos y un anillo, y otra vez la gente se reparte bromista, charladora, por todas partes. Le dice a Juan, alguien, que tome el brazo de Marta, y que se vayan a sentar un rato en medio de una hilera de asientos. ¡Ya! Después de aquel breve instante, de diálogos, lecturas y cubiletos, inentendidos, maquinales, todo era permitido, natural, fácil. Tanto que el propio Don Basilio, con los ojitos más achicados aún, por el «habanero», se acercó a Juan y Marta, para decirles, en secreto temblón y silbante:

—Váyanse por ahí, por el camino, a coger fresco solos; hasta que se vaya la gente.

De pasada por el frente al ranchito que les tenían destinado, a Marta y él, vio la gran hamaca «camera», de hilera rosada, con cintas del mismo color, como la de Adolfo y Carmen allá en la otra finca, y le dijo muy bajito a «su» mujer:

—Mira.

E inmediatamente la enlazó con un brazo por la cintura; la atrajo hacia sí y se perdió—incrustado en ella y con la cabeza baja y torcida, en demanda del primero del soñado millón de besos—en la oscura soledad del camino.

Allá en los ranchos, quedaba el vivo ritmo de un zapateado y un remolino de gente que bailaba, repicando fuertemente en el piso con la taconería de madera de sus insólitas sandalias de lujo; con los agudos taconcitos de los corvos y lentejuelados cortejados de las mestizas que saltaban anhelantes, con los brazos flojos, caídos a lo largo del cuerpo.

Allí, en el camino, estaba la felicidad, la verdadera, la humana, la pura, la que ignora lo trascendente; como la que quedaba allá en los ranchos, entre el golpear de tacones y timbales, los alaridos del clarinete de Don Basilio y las rondas de mistela y «habanero».

ENRIQUE SERPA

Nació en La Habana, en 1899. Formó parte del «Grupo Minorista». Ha viajado por diversos países. Su labor periodística ha sido intensa, ganando con ella varios premios.

En su obra narrativa podemos citar «Noche de fiesta» (cuentos) y «Contrabando», con la cual obtuvo el Premio de Novela.

En «Contrabando», la mejor novela de Serpa, el personaje narrador aparece con «hambre de heroísmo imaginativo», exponiendo con abillantadas palabras, un caso psicológico que, no rebasa la superficialidad de una sensibilidad finisecular. También tenemos estibadores de expresión dura y «el alma como un caracol», enramados en sucedidos por el escenario de nuestros puertos, que para ello se embadurnan de una atmósfera terrorífica. Además de esto, cierta zona de nuestra crítica ha querido ver en el novelista, una tremenda síntesis de monólogo a lo Joyce con circunstancia cubana, pero por más esfuerzos que hemos hecho por encontrar ese centro, no lo hemos podido hallar. A lo más, hemos rozado con ciertos asomos de monólogos, que por lo escaso de su tensión, bien pueden ser vistos como el pintorreo, un tanto ingenuo, de páginas de descripción subjetivista.

Pero la solidificación de un paisaje que se inmoviliza en comparaciones marinas, da a veces un frío brillo al relato de Serpa, donde los colores, después de ingenuas decapitaciones, se tuercen en figuras, con sabor mineral de cosa petrificada: «El alba asomaba por una ancha grieta del horizonte, cenicienta y algodonosa como un borrego mojado». Y también aparece en él, el escalofrío de las cosas desvencijadas, a través de la cristalería de unos reflejos.

En la novela de Enrique Serpa, las comparaciones ensayan metamorfosis, volteretas de analogías, rompiéndose los contornos de lanchas como insectos, sobre un mar que runrunea, al ser cubierto por el gotero del Morro; y haciéndose imágenes los contrastes, al emerger de «una ristra de ajos—deformación monstruosa de una guirnalda de azahares».

C O N T R A B A N D O

CAPITULO XV

La costa se decoraba de trecho en trecho con sórdidos caseríos, chozas aisladas, de negruzco techo de guano, y angostas corrientes de agua dulce, que abrían su boca en el mar. Choza de guano y rústicas tablas de palma. Sucias y feas chozas alzándose en la soledad verde como ramificaciones de un tumor canceroso. Bohíos. Bohíos. Simulaban gigantescos macaos, de oscura caparazón, abandonados en la soleada quietud por un dios inmisericorde. Y cada bohío era acaso la arrugada y prieta simiente de una ciudad futura, con calles empedradas y rectas, tiradas a cordel; con sólidos edificios de cemento; con moderno confort, y vicios, higiene y alegrías. Pero en tanto llegaba la hora de crecer y multiplicarse, era una pocilga inmundada. Un chiquero que albergaba hombres y mujeres y niños macilentos, desnutridos, con la piel de arena y el espíritu petrificado.

Atrás había quedado Bacuranao, lechería mayor de La Habana. Y mucho antes Cojímar, un pueblecito en que predominaban alegremente el blanco, el amarillo y el azul. Le hacían guardia, cabe los arrecifes, dos armazones arruinadas, como los esqueletos de monstruos prehistóricos. Y levantaba al cielo, pretencioso y precario signo de progreso, la ondulante humareda de una chimenea.

—To eso, tú ves, to eso—Onofre movió el brazo horizontalmente a lo largo del litoral—, pu'és de un solo hombre. ¡Dime tú si será rico! Y duro y seco como él solo. Si exprimes un ancla, te da más jugo. No quíe que ningún pobre fabrique en sus terrenos y si te encuentra ahí, aunque sea paseando, te saca con la rural. No sé que más le da, si ¡total! no aprovecha pa na el terreno. Dicen que tiene un palacio en el Prado y otro en el Vedao y una casa más grande que el ferry allá por la Coronela. Así sí, pienso yo, la vida vale la pena ¿no?

—¡Y bien!—asintió golosamente Pablo Alonso. Y, encendiendo en sus pupilas un brillo lúbrico, relamiéndose los labios, se extasió—: ¡Calcúlate cómo tendrá las mujeres! Y no cualquier cosa, sino hembras de verdá, d'esas que parten el tallo.

—Y total, p'adorno. A mí m'han dicho que no hacen na con las mujeres. Como tienen to's las que quieren, pues acaban por aburrirse y ni las miran. Se vuelven impotentes. Yo así no quiero el dinero, pa que te voy a engañar—dijo Manolo Puig.

Y como si tuviese fe en que la pobreza le garantizaba un vigor

sexual que, de ser rico, habría de extinguirse, mostró un rostro radiante y excitado, como un garañón en primavera.

—Pero—indagó, profundamente intrigado, Jorge Sombart—. ¿Pa qué necesita tres casas? Porque no va a vivir en las tres, me imagino. Onofre, apoyándose en un tono de seguridad, sentenció:

—Pues sí que las vive, pa que te enteres. Los ricos son así. Ese dicen que compra filete pa los perros.

El grumete, silbando entre dientes, levantó un rostro risueñamente malicioso:

—¡Botó la pelota! ¡Filete pa los perros...! ¡Ni que el bicho supiera diferenciar! Le darán piltrafa o bofe, y está bueno. ¿Tú te crees que yo no he tenido perros?

—No, señor, — Onofre, benévolo, condescendió a ilustrar al grumete—: na de piltrafas ni bofe. Dicen que les dan filete. Son perros muy caros, de una raza fina, y si no les dan una carne limpia y blanda, como el filete, se enferman y se mueren.

El grumete se quedó un instante engolfado en sus pensamientos íntimos, aquilatando probablemente las razones aportadas por Onofre. Y, al cabo, mezclando en su ingenuidad el pasmo y la envidia, anheló:

—¡Contra, quién fuera perro! ¡Yo nunca he comió filete!

Antonio Alcorta intervino:

—Yo no dudo na d'eso. ¿Tú no has ido al Vedao? Fíjate cómo son las cosas, ¡me caso en diez!, si algunas se llevan una manzana. ¡Desperdician más terreno! Te vas por ahí y el garaje de las casas es mejor que el cuarto donde uno vive. Así que te da rabia. ¿Qué falta hace to ese lujo pa guardar una máquina que no siente ni padece

—Bueno—pronosticó duramente Pepe el Catalán—, algún día to eso se acabará. Y tiene que ser. Porque la verdá es que el mundo está como un barco mal estivo. To la carga cae pa una parte. Los ricos a un lao, gozando las cosas buenas, la buena ropa, la buena comida, las buenas casas; y los pobres al otro lao, con su hambre y sus piojos. Un barco mal estivo, ¿no? Pero se arronza, se arronza, y cualquier día se va a pique o la carga se distribuye mejor. Hay hombres que se pasan los días sin comer y otros lo tienen to sin trabajar. No es justo.

—Pues desde que el mundo es mundo, es así—murmuró el viejo Martín.

Una sombra de rabia le opacó el rostro a Pepe el Catalán:

—Pues habrá que cambiarlo. Y si no, a pique. Pa'l agua to'l mundo.

—Bueno, ya me sé el disco—sonrió, irónicamente, Onofre—. Los comunistas lo van a cambiar.

—Los comunistas o el diablo o quien quiera que sea. ¡lo mismo

me da! No es cuestión de Juan ni de Pedro, sino de la injusticia y los abusos que estamos sufriendo. Injusticia por todas partes. Esa es la pólvora, y un día se le da fuego. ¿Y por qué no los comunistas? Después de tó, pudiéramos probar con ellos, ¡pa lo que tenemos que perder! De cualquier modo, por muy mal que saliéramos, no íbamos a estar peor.

—Y un jamón... Podemos salir de guatemala pa entrar en guatepeor. ¡Si esos comunistas tienen cosas pa que no los olvides. Mira lo que querían hacer con el movimiento. Que declararíamos la huelga y nos quedaríamos en los viveros. ¿Cuándo se ha visto eso? Los viveros, después de to, no son de uno. Está bien ir a la huelga, pero no cogernos los viveros ¡qué caray!

—¿Sí...? ¿Pues sabes lo que te digo? Pues que tenían razón. Claro que yo sabía que no le iban a hacer caso, pero eso no quita pa que tengan la razón. Vamos a la huelga y se amarran los viveros. ¿Y qué? Pues que vienen los rompe-huelgas y los sacan, y pa que no los saquen hay que romperles la cabeza. ¿No sería mejor hacer lo que ellos dicen? Te quedas en el vivero, y a ver lo que pasa.

Una expresión de burla asomó al rostro de Onofre:

—¿Lo que pasa...? Pues te lo voy a decir: que viene la policía y te rompe la cabeza, y el que va al hospital no es el rompe-huelga, sino tú.

—¿Y de la otra manera? Te la rompen igual... ¿Cuándo tú has visto que la policía ayude a los huelguistas, lo mismo si son rojos que amarillos o morados? Lo que pasa es que estamos muy atrasados todavía. Y así como vamos, será igual que en las otras huelgas, que al fin y al cabo no sacaremos na, como no sea hambre mientras estén los viveros amarraos. Esa es la verdá.

A babor de «La Buena Ventura» se levó una mancha de peces voladores, puestos en fuga, probablemente, por voracidad de un peto. Brillaron al sol, cual mojados trozos de vidrio, y, describiendo una parábola, volvieron a caer, con un rumor sordo, en el agua. A la distancia, el remolcador de Obras Públicas atoaaba la chalana de la basura, que, a su vez, arrastraba una línea de puntos suspensivos. Eran cachuchas tripuladas por los infelices que recogen latas y botellas vacías, viejos mangos de escoba, trapos nauseabundos y, de cuando en cuando, infecciones mortales, entre los detritus que la ciudad envía cotidianamente al mar. Convertidos por la miseria implacable en tiñosas humanas, iban a disputarles a los tiburones las viles inmundicias del vertedero. Y, sin escrúpulos de higiene, ni olfatorios, ni gustativos—porque el hambre es el más eficaz disolvente de escrúpulos—recogían, para devorarlos, quesos en mal estado, aventadas latas de conserva, frutos agusanados, viandas averiadas y otros productos decomisados y mandados a destruir por los inspectores de bromatología.

«Y aquellos hombres estaban en un estrato social más bajo aún que los pescadores, que los mismos pescadores de La Punta, que eran, entre los pescadores, el límite inferior. Y los pescadores, cuando hablaban de ellos, alzaban ligeramente el mentón y arrugaban la nariz en un gesto despectivo, para llamarlos *basureros*. Y basurero es el lugar donde se echa la basura. Una basura humana. Y una vez yo había ido tras el remolcador de la basura, para pescar tiburones. ¡Las ganas que tenían de pescar tiburones aquellos muchachos que me acompañaban! Y que no eran dos basuras, ni dos basureros sino dos muchachos ricos. Y habían abierto la compuerta de la chalana y la basura fue resbalando y extendiéndose lentamente en el mar. ¡Qué cantidad de moscas! Una compacta nube de moscas, zumbando, como un ventilador. ¿Y cómo podrán volver las moscas a tierra? No tienen fuerza para tanto, y, si llegan a cansarse, se ahogan. Y había un olor repugnante, que se metía por la nariz hasta el alma. Un fétido hálito de necrocomio, olor a muerto en putrefacción, que es el olor más terrible. Y los dos muchachos estaban pálidos de mareo y asco. «No puedo resistirlo». «Me siento enfermo». ¡Cómo revolvió el estómago aquel olor! Y los *basureros* habían empezado a recoger latas vacías y botellas vacías y mangos de escobas y asquerosos trapos. Y uno de súbito había gritado: «Piñas». Piñas. Piñas. Piñas. ¡Y qué sabor dulce y fresco pone en la boca la palabra piña! Y todos los *basureros* habían bogado hacia donde él estaba, y habían empezado a sacar piñas de entre la basura. Y las piñas, apolimadas, mostraban unos manchones negros, porque habían sido golpeadas y estaban casi podridas. Y los *basureros* empuñaron sus pesados cuchillos, anchos y pesados cuchillos que les servían para todo. Trrrr. Trrrr. Trrrr. Tres golpes rápidos de cuchillo para mondar las piñas, llenas de puntos oscuros, que se llaman ojos. Y les quedaba en las manos una pulpa amarillenta, no la carne blanca y fresca y pura de la piña. Y los muchachos estaban lívidos enfermos. «¡Pero cómo pueden comer eso!» Y uno, con el estómago destrozado, comenzó a vomitar. «¡Oiga, pero no debieran comer eso!» Y uno de los *basureros* se rió: «Lo que no mata, engorda». Y hundió la boca golosa y ávida en la pulpa amarillenta, casi podrida, de la piña.»

La Habana iba desapareciendo lentamente, cual si la tierra fuese engullendo poco a poco sus edificios. Runroneó sobre nuestras cabezas un motor aéreo abejorro enfurecido. Y todos los ojos se posaron, unánimes, en el ingrátido insecto de aluminio. Una bandada de patos manchó el cielo, cual una simétrica sucesión de borrones. Con el cuello alargado y las patas recogidas, simulaban una escuadrilla de aviones diminutos en formación de combate. Venían de las tierras norteñas, ansiosos del cálido clima cubano, para encontrar, al cabo, la frialdad de la muerte artera, emboscada en las es-

copetas de caza. Una lenta caguama, tras de ocultar la cabeza en el carapacho, se zambulló torpemente.

Frente a Tarará, un remolcador gris y negro cargaba arena. El oscuro brazo de la draga giraba lentamente; luego se detenía, y sus férreas fauces, amenazadoramente abiertas, se sumergían en el mar. Poco después emergía la draga, cerrada ahora; se balanceaba un momento, como si vacilase en tomar una decisión, y acababa por abrirse encima de una chalana, para escupir su enorme buche de arena. Un hombre, enfundado, en un *over-all* azul, levantó los brazos y agitó las manos desde el remolcador, en un saludo cordial.

El sol reverberaba en un mar de estaño derretido. Y, escociéndolos en su refracción, obligaba a cerrar los ojos de cuando en cuando. Caían los párpados pesadamente. Era cual si corriesen una cortinilla interior, de un tono tierno en que se mezclaban el gris y un rosa muy pálido. Y de inmediato se notaba una deleitosa sensación de alivio. El calor, vibrante y aplanador, pegaba la ropa a los cuerpos empapados de sudor. El torso desnudo de Manolo Puig, musculoso, tostado y húmedo, parecía de cobre renegrido y lustroso. Mostraba en el pecho una espesa cruz de vellos ensortijados, sobre la cual brillaban gotas minúsculas. La mirada alcanzaba ahora, al trasponer la estrecha línea de la playa, sucesivos cayos de manigua, entre los cuales pastaban apacibles reses bermejías. Después, algunas palmas solitarias, que, de rato en rato, agitaban melancólicamente sus pencas, en un ademán de despedida. Y, más lejos, unas lomas de líneas suaves y puras, como senos de muchachas.

«La Buena Ventura» se iba deslizándose plácidamente. Ante su proa se abría el agua como la gelatina bajo un cuchillo. El resplandor solar quemaba a flor de piel como una débil flama de alcohol. Amparado en el derrame de la vela mayor, donde triunfaba un poco de sombra, el viejo Martín, con los labios apretados y atezados los dedos, ajustaba los cabos, bajo la mirada acuciosa del grumete. De la cámara de popa, surgía quejumbrosamente la voz de Manuel Fileiro, que desleía su morriña en un cantar gallego:

*«Lonxe da terraña,
lonxe de meu lar.
¡Qué morriña teño!
¡Qué angustias me dan!»*

Scot, el nuevo tripulante, charlaba con Jorge Sombart. Su voz, bronca y acanallada, horadaba pesadamente la atmósfera calurosa:

—...yo me daba cuenta naturalmente, que era un tiburón matrero y enviciao en carne de gente. N'había más que ver cómo se acercaba. Pero el condenao muchacho no quiso hacer caso de lo que yo le decía y se alejó más de cuarenta brazas de la playa. Una de las

mujeres s'había reído de mi miedo y ¡claro! ya aquél era un hombre perdido. ¡Si te juro que más jalan dos tetas que una carreta! Conque de pronto oímos un grito, como si estuvieran degollando a una y vimos que al muchacho parecía que l'había dao un ataque. Levantaba los brazos y gritaba, y otro de los que estaban bañándose dijo que tenía un calambre y se tiró al agua, p'ayudarlo. Yo vi entonces la aleta de un tiburón cortar el agua y me quedé frío. El otro que se bañaba pudo acercarse al muchacho y lo cogió por un brazo y lo trajo pa la orilla. Cuando lo sacamos el pobre era un cadáver. Desde aquí desde la ingle, hasta la rodilla, tenía el hueso limpio. El tiburón l'había arrancao to la carne de una dentellá.

La rueda del timón chirrió levemente. Sombart medio volvió el rostro hacia Scot:

—Pues en Batabanó—afirmó—, son inofensivos. Cuando un cazón se enreda en el tramallo, la gente se mete en el agua y lo azora. Y allá nunca oí decir que un tiburón hubiese atacaó a un hombre. Yo creo que de verdá se vuelven peligrosos cuando prueban la carne humana. Les debe pasar lo mismo que a los tigres, según dicen. Y quien sabe haiga algo de verdá en eso. Yo m'he fijao que siempre vuelven al lugar donde han mordido a un hombre.

—Quién sabe sea así; pero yo te digo que son malos bichos y que yo no quisiera encontrarme en el agua con un *cabeza de batea*.

—¡Ah, no!—sonrió Sombart—. Yo tampoco ¡qué diablo! por si acaso...

La brisa había refrescado bastante. El sol, en el cenit, nos dardeaba inclemente con rayos verticales. Y el mar, bruscamente arbolado, hacía restallar sus olas contra el casco del vivero. Navegábamos frente a Guanabo. Un cutter aparejado de balandro penetró en el canal, abalizado con postes pintados de albayalde. Un adolescente, sin más ropa que una trusa, llevaba el gobernalle. Y otro maniobraba junto al mástil, para arriar la escandalosa y el petifoque. En la playa habían anclado, como en un océano inmóvil y blanquecino, alegres bungalows, a la derecha, y oscuros bohíos siboneyes, de forma cónica, a la izquierda. Entre unos y otros se desenvolvía, como un río turbio, la carretera de Campo Florido. Del mar regresaba una flotilla de botes, tripulados por pescadores de agujas. Eran los desafortunados que, después de ocho horas de fatigosa labor, retornaban cansados y aburridos, sin haber sentido la picada de un pez. Los que habían tenido la suerte de atrapar un *castero*—aguja de diez o doce arrobas—, hacía ya largo rato que descansaban en tierra, con el pan seguro para una semana.

De repente, una orden de Cornúa, transmitida a gritos por el grumete, congregó en la popa toda la dotación, excepto el chino cocinero, con el cual no se contaba, y Manuel Fileiro, que fungía de serviola.

—Bueno, muchachos—explicó Cornúa—, yo no sé si ustedes habrán sospechado ya de qué se trata. Me figuro que sí, porque ninguno de ustedes está en el mundo de bobo. Así que podemos ir al grano y acabar pronto. La cherna ustedes saben como anda; y yo sé como andan ustedes. Pero esto, si Dios quiere, va a cambiar. Vamos a meter un contrabando de alcohol en los Estados Unidos, y, lo mismo que en la cherna, ca uno va ganando una parte en proporción; pero piensen que ahora no va a ser cherna, a dos centavos libra... Yo creo que es lo mejor que se pué hacer; pero ustedes saben que a mí no me gusta engañar a nadie, ni yo quiero más responsabilidad de la cuenta. Ca uno debe saber a dónde va y lo que se juega, pa que decida con su propia cabeza. Ustedes saben que si nos cogen vamos a presidio, porque el contrabando de alcohol es un delito en los Estados Unidos. Pero yo he metido otros muchos, como ustedes saben, y nunca m'ha pasao ná. Es como una cuestión de suerte. Pero algunos de ustedes tienen hijos, y yo sé que eso aguanta muchas veces. Alguno puede tener miedo, y hay quien prefiere más la sardina en la mano que el peto en el agua. Miren los pescadores de La Punta y los *basureros*: se conforman con ganar treinta o cuarenta centavos y no tener que ir a La Sonda. Si alguno no quiere comprometerse, que no tenga pena y que lo diga, que nadie se lo va a echar en cara. Lo dice y sanseacabó; se pué quedar en Boca de Jaruco y de allí irse pa la Habana. Así que digan.

Los tripulantes se miraron unos a otros, con ojos sombríos, desesperados, y contraída la faz por la tensión nerviosa. Hubo un instante de silencio dramático, que pareció prolongarse indefinidamente. Después los músculos faciales se fueron relajando, las miradas se dulcificaron. Y, finalmente, Pablo Alonso se hizo verbo de todos:

—Yo creo, Cornúa, que n'había necesidad de hablar. Siempre hemos puesto la confianza en ti y te hemos seguío. ¿Por qué íbamos a vacilar ahora? Yo no creo que aquí haiga ningún gallina que se asuste de un peligro. Lo peor que pué pasar es que nos cojan. ¿Y qué? El presidio s'ha hecho pa los hombres. Además, tenemos los muchachos en cueros y pasando hambre; eso tú lo sabes tan bien como nosotros. La cherna no da ni pa comer. ¡No digo yo llevar un contrabando, aunque fuese al infierno iríamos a buscar dinero! ¿Qué remedio nos queda? No somos nosotros, sino la vida que nos empuja. Donde tú vayas iremos contigo, y que pase lo que pase... ¿Está bien, compañeros...?

Varias voces, impacientes y nerviosas, sonaron simultáneamente, en contestaciones afirmativas:

—¡Sí, sí!

—¡Sí!

—¡Tiene razón!

—¡Claro!

Únicamente Antonio Alcorta pareció dudar. Demudado de angustia, tartamudeó:

—Pe...ro...yooo...yo...

Pablo Alonso se volvió hacia él, rápido y tempestuoso:

—¿Qué te pasa? ¿Te duele algo?

Y esperó la respuesta con el rostro desfigurado y los ojos llameantes. Cornúa, haciéndole una seña, lo apaciguó. Y, sosegadamente, con acento de paz, vagamente protector, interpeló a Alcorta:

—¿Qué ibas a decir, Antonio? Di lo que se te ocurra, sin pena ninguna. Ca uno pué pensar como quiera y hay que oírlo.

Sus palabras eran sencillas y familiares; su tono, sosegado, casi para hablarle a un niño. Y, no obstante, Cornúa parecía lejano, inabordable y acerado, con un verdadero espíritu de jefe. Ocurría con el prestigio de su autoridad como con el retumbante fragor del océano escuchado desde un bosque. El agua permanece invisible, los árboles no dejan verla. Y, sin embargo, se siente plenamente, íntegramente, la presencia del mar.

Y Antonio Alcorta, como la jutía fascinada por el majá, sucumbió a la oscura fuerza que emanaba de Cornúa:

—Ná, si no era ná—masculló, confuso y abochornado. Y después, como quien adopta una decisión desesperada: —Tú me conoces, Cornúa. Yo no creo que tú creyeras que yo me iba a rajar, ¿verdá?

Su voz trémula denunciaba el tremendo esfuerzo que estaba realizando para ocultar el miedo que sentía. Cornúa, sin embargo, aparentó no advertirlo. Y, dando por liquidado el incidente, se dirigió a todos:

—Bien, muchachos, no hay más que hablar entonces—dijo.

Y, a continuación, dictó las órdenes oportunas para fachear la goleta a la altura de Boca de Jaruco.

CAPITULO XVI

Braceada por barlovento la vela del trinquete, acuartelada la botavara y con el timón en orza, «La Buena Ventura» quedó casi inmóvil, balanceándose lánguidamente, frente a Boca de Jaruco. Cornúa mandó a Pepe el Catalán que, con el viejo Martín, lo aguardase en el bote. Luego llamó a Jorge Sombart, para dictarle unas órdenes. Y, por último, después de comprobar que todo quedaba en regla, me indicó que lo acompañase:

—Vamos a tierra usted y yo. ¿Lleva la carta de don Lesmes?

—Sí, aquí está; tómalala y entiéndete tú con el hombre.

El bote, destacado por estribor, parecía, subiendo y bajando al ritmo del oleaje, jugar al cachumbambé. Cornúa y yo descendimos, después del viejo Martín y Pepe el Catalán, que habían empuñado ya los remos. Yo ocupé el banco popel. Cornúa se sentó en la proa. Y, mientras adujaba la veta de amarre, ordenó bogar. El bote vigorosamente impulsado, trepó una ola que intentaba aplastarlo contra «La Buena Ventura». Durante un segundo se engalló en la cresta de la concha líquida, como el Tenorio sobre una anécdota. Luego resbaló ágilmente hacia la costa, mientras la ola rompía, con un chasquido de nalgada, contra el anca del vivero.

Emproamos una restinga en que Cornúa, eludiendo el sondaje y largas maniobras, no había querido arriesgar la goleta. El tono verdinegro del agua acusaba un fondo de arrecifes, que pudiera hacer peligrosa la navegación. Simulaba el cielo una cacerola calentada al blanco. Y la luz, neta y dura como el níquel, era tan clara que se tragaba a las cosas.

Dirigiéndose a Pepe el Catalán, Cornúa indagó:

—¿Tú sabes si por fin van a la huelga?

Pepe movió afirmativamente la cabeza:

—Pues ya lo creo que van. Así se acordó anoche. Y que piensan, por lo que yo me imagino, marchar a toda mecha. Anoche mismo quedó nombrado un Comité de Huelga y otro de Auxilio. Y fueron también a la reunión los delegados del Sindicato de Braceros de Bahía y el Gremio de Carpinteros de Ribera y del Gremio de Calafates. Toda, como se sabe gente de empuje y que dijeron que estaban dispuestos a apoyar el movimiento. Así que yo creo que la función estará animada. ¡Calcúlese!, si esa gente mete el hombro, se quedará muerta la bahía, sin que haya modo de descargar un barco.

—¿Cuándo la declaran, entonces?

—Se acordó que esta tarde a las seis. A no ser que antes los patronos se pongan de acuerdo p'acceder al pliego de reivindicaciones. Yo no sé, pero no veo la cosa muy clara, con los ánimos como están de excitados. Parece que los armadores se fueron a quejar a Gobernación y el secretario les dijo que iba a ayudarlos. En la junta había anoche unos individuos que se dijo que eran de la Secreta y hubo que aguantar a la gente, porque querían darle una mano de palos.

Cornúa insinuó una sonrisa petulante, cual si con ella quisiese premiar su propia perspicacia:

—Yo me l'olía; por eso estaba tan apurao. Si no andamos ligeros n'hubiéramos podido salir.

—Y que yo me figuro que la cosa va pa largo y no tiene nada de particular que corra la sangre. Los armadores no quieren dar marcha atrás y la gente está que echa humo. Pero así y todo no

han querido aceptar la ayuda de la Confederación, porque dicen que son comunistas. Que es donde yo los veo mal. Después de todo, tan obreros somos los unos como los otros y en estos casos lo bueno es fomar un frente. ¿Pa qué dividirnos en bandos? Además, que ellos, realmente, tienen más práctica pa dirigir el movimiento. Pero entre nosotros hay muchos anarcosindicalistas, que son los que están dominando y que en resumidas cuentas no pueden hacer nada. Mucha labia y mucho cuento, pero a la hora de los mameyes, ¡leche! Yo ya lo he dicho: solos, no tenemos fuerza para ganar. Y si no, al tiempo.

El viejo Martín farfulló:

—Huelgas y más huelgas... No saben más que pensar en huelgas. —Pues no sé qué van a hacer—le replicó Pepe el Catalán—, si están muriéndose de hambre. ¿No está viendo cómo andan? Protestando y todo, están muriéndose de hambre; ¡conque si no protestan! Pero para usted eso no tiene importancia. ¿Qué carajo quiere que hagan?

—¡Jum!, ahora los muchachos no quieren más que huelgas. Si pescan poco, huelga; si trabajan mucho, huelga; ¡hasta cuando no puedan dormirse a una mujer van a querer la huelga!

Pepe, después de limpiarse el sudor del rostro con el dorso de la mano, lanzó una mirada de enfado al viejo Martín:

—No hable de lo que no sabe; usted no entiende de eso, viejo. Martín se revolvió como una culebra taconeada:

—¡Qué va! Yo no entiendo de eso. Tú, sí, ¿no? Tú entiendes mucho. Con tanto como sabes yo no sé como entoavía tás pescando cherna. Lo que tú eres... lo que tú eres... —Se detuvo un instante, buscando en su memoria una palabra a propósito para herir un poco, no muy profundamente, a Pepe. —¡Un fantoche! Eso mismito, un fantoche. ¡Como si ya no te conociéramos! A to's horas con la misma matraquilla. Que si el mundo está mal; que si la huelga; que si el comunismo. ¡Carajo con el sabichoso! Y, a lo mejor no sabes ná de ná, ni tan siquiera lo que es eso del comunismo. —Ni falta que me hace saberlo, para que lo sepa. Lo que sé es que estamos muriéndonos de hambre. Con los comunistas quién sabe se pueda comer y vivir como gente, ¿se entera? Y después de todo, no hay comunismo, ni anarquismo, ni nada de eso, sino hombres que comen y hombres que no comen; y los que no comen son la mayoría.

El viejo Martín, encaracolado en su terquedad habitual, no entendía de sutilezas dialécticas. Cuanto había en él de limitación mental se hacía aguadas espinas para oponerse a los argumentos de Pepe. Con voz ligeramente irritada, replicó:

—Pues con la huelga vas a tener mucho... Yo lo que digo es que en mi tiempo no había tantas marañas y estábamos mucho mejor.

¿Por qué no esperan a ver si las cosas mejoran? Los pobres navieros no están tan bien que se diga. El periódico lo decía la otra tarde, que en to's partes la cosa está mala. Pero to' qui'en conseguirlo de seguía, a la brava, y lo que hacen es enredar más la pita pa podrirse de miseria. Mira a ver los de la Compañía. Se estuvieron más de un mes paraos; daba grima ver los viveros comíos por la broma y to's llenos de escaramujos, en lo mejor de la temporá. Y ellos, pues como si ná. Ahora yo quiero que me digan, ¿quién perdió más? ¿Los armadores? ¡Mierda! ¡Los pescadores, que no tenían dónde caerse muertos...! Pero ya yo sé. La culpa la tienen tres o cuatro que viven de los que van a pescar. Se pasan la vida discursando, pero ninguno sale a la cherna; y, al remate, le sacan unos pesos a los bobos.

Pepe, desfigurado de ira, protestó:

—¡No hable así! Por eso estamos como estamos. Todo queremos componerlo con puyas y con chismes. Esos hombres lo dan todo por nosotros, y, en cambio, ¿qué le damos?

—¡Sí, sí!—se burló el viejo Martín—. ¡Dan mucho...! De tanto que dan, andan con los fondillos remendaos. — De súbito se enfureció: ¡Pues sabes lo que te digo, que no son más que unos extranjeros perniciosos! Eso es lo que son. Si yo fuera el Gobierno, los metía a toíticos en un barco y los mandaba pa España. ¡A ver si entonces seguían con sus huelguitas y su comunismo!

—¡Je, ya salió aquello! ¿Cómo había de faltar? ¿Qué tiene que ver que sean extranjeros o cubanos? No hay más que obreros; unos que reclaman sus derechos, y otros que son como los carneros. Hay de todo, cubanos y españoles, y chinos y polacos. Y esos hombres dan más de lo que usted se supone, aunque anden con los fondillos rotos. Por lo menos, quieren hacernos mejor esta puerca vida, y usted debía agradecerse.

El viejo Martín se retorció de cólera, como si, al proponerle una cosa absurda, lo tomaran por idiota:

—¿Yo...? ¿Qué tengo yo que agradecer? ¡Si están lo mismito que yo: con el culo al aire!

Pepe hizo un esfuerzo para explicarse con serenidad:

—Pero no es eso, viejo; no es que vayan a dar dinero. Pero le dan más que dinero. Y si no, vea lo de Alberto Cabada. ¿Por qué lo asesinaron? ¿Por qué la policía no quiso encontrar a los asesinos? ¡Y eso que todo el mundo sabía quiénes eran!

—¡Hombre, si lo mataron, fue porque hizo algo! A nadie lo matan por gusto.

—Sí, ¿no? ¿Quién no sabe lo que hizo? Nada más que dirigir la última huelga de los viveristas. A Prieto lo expulsaron pa España y a él lo asesinaron. Era un hombre bueno y trabajador, y lo ma-

taron como un perro. Un tiro en la cabeza ¡y fuera! ¡Ni los periódicos lo dijeron!

—Pues algo haría pa que lo mataran.

Pepe, exasperado, reiteró:

—¡Pero no le digo: nada más que dirigir la huelga!

Y el viejo Martín, haciendo válida la frase con que sus camaradas solían enjuiciarlo: «Bueno, pero resabioso como un mulo», razonó:

—Bueno, ¿pa qué se metió en eso? S'hubiese estao pescando cherna no l'hubiesen matao. Aquí me tienes a mí, con sesenta años en las costillas, y nadie m'ha querío matar nunca.

Pepe pareció declararse incapaz de convencer al viejo Martín. Meneó la cabeza, lamentando tanta incomprensión, y continuó remando en silencio.

El bote penetró en una adormilada bahía, translúcida y verdosa como un acuarium. Volaron sobre nosotros, en círculos concéntricos, unos guinchos estridentes. Y, ante la nariz del bote, rozándolo casi, una cortúa remontó pesadamente el vuelo. La bahía se alargaba, por la izquierda, en un río no muy ancho, abierto entre espesas masas de vegetación. Cortó el aire un bando de palomas rabiches; después una garza de algodonosa blancura, en demanda del río. En una choza sin paredes, montada en pilotes sobre el agua, blanqueaba al sol una atarraya. El viejo Martín dejó de remar, para que la embarcación, impulsada por estribor, derivase hacia tierra. Cuando estuvo orientada, Pepe el Catalán dio reposo a sus brazos, que chorreaban sudor:

—¡Qué calor! ¡Como ensayarse pa las calderas del infierno! Dan ganas de tirarse encuero al mar.

El bote fue paulatinamente aminorando la marcha. Su roda tocó un fondo blando y, finalmente, encalló frente a un poco de arena gruesa y amarilla, calcinada por el sol. Sobre la arena se veían pedregos de madera porosa, caracoles, conchas destrozadas, rocas madreporicas y algas, de un color verde-oscuro, acarreadas hasta allí por la resaca. El viejo Martín se puso a quitar los remos de los escálamos, en tanto que Pepe el Catalán, metido en el agua, empujaba el bote para aconcharlo en la orilla. Al cabo. Cornúa y yo pudimos desembarcar sin mojarnos los pies. El suelo estaba acribillado de redondas cuevas de sigua, junto a las cuales hormigueaban caracoles de sigua, habitados por pequeños macaos. Y en el límite del espacio arenoso, viviendo por milagro entre las piedras, se extendía el incienso de costa, con sus diminutas piñas de hojas, como flores talladas en jade. Más allá se elevaba un sendero de marga ocre, pespunteado de malva, rabo de gato, escoba amarga, con sus compactas constelaciones de estrellas microscópicas; alacrancillos, que remedaban labores en punto de canevá, y los minúsculos huevos

fritos del romerillo en flor. Una iguana, con el rabo ensortijado, corrió ante nosotros. Se oyó el zureo, grave y melancólico, de una tojosa.

Escalamos por aquel sendero el litoral en declive, tras un hombre que portaba dos remos al hombro. Y, de repente, me aplanó la inesperada desolación de un caserío en mortal abandono, mordido por la pobreza y la roña. Su aspecto era ingrato y patético, deprimente como un atlas dermatológico. Lo integraban treinta o cuarenta casuchas, hechas con tablas de cinta sin pintar, que, bajo la cobija de palma cana, exhibían una pátina de mugre. Había una techada con tejas ennegrecidas. La adornaba una bandera de bordes deshinchados y un letrero en negro, pintado burdamente sobre un cuadro de madera, la filiaba como escuela pública. Dentro, diez o doce niños anémicos, tristes y mal vestidos, nos observaban con ojos turbados, tímidos y recelosos. A lo lejos, en una hondonada, se distinguía la materialización de un pésimo dibujo escolar: un bohío velado por dos palmas, con un jamelgo en el portal y una pipa de agua en la rastra.

Dentro de un cercado de alambres de púas, esquivando el rigor solar bajo la sombra de una guásima, jadeaban cuatro vaquitas criollas, escasas de carne y de grasa, con el pelaje marchito y las ubres pequeñas y exhaustas.

Nuestra llegada había encendido la curiosidad de los habitantes de Boca de Jaruco, que solían vivir largos meses sin ver un rostro foráneo. A los portales se asomaban mujerucas desaliñadas y miserables, estupefactas ante los visitantes inesperados. Algunas estereotipaban en sus labios exangües una sonrisa mansa y dulce, empapada en dramática resignación. Otras, las más jóvenes, contraían la boca en un rictus de voluntariosa obstinación, pugnando entre el deseo de mirarnos y su timidez, que las incitaba a ocultarse. Pero las hermanaba a todas el agua de angustia que temblaba en sus ojos, el color terroso, enfermizo, de su piel, y un aire de derrota, como el de un boxeador golpeado en el plexo. Los chicos que aún no alcanzaban la edad escolar se agarraban a las faldas maternas, para contemplarnos con visible azoramiento. Y los hombres no eran muy distintos a las mujeres. Recogidos a la sombra de los colgadizos, con los hombros caídos y la mirada difusa, se les adivinaba flojos de cuerpo y espíritu, pasivos y pacientes. Hasta en la forma de sentarse ponían un sello de indecible resignación y debilidad. Apoyaban el taburete contra la pared, para buscarle al cuerpo una línea curva, menos poderosa que la línea recta del hombre de pie, y menos agresiva que las líneas en ángulo de un hombre correctamente sentado. Todo en ellos denunciaba una infinita laxitud interior, bebida acaso en las entrañas del campo. Acostumbrados a tratar un suelo fértil, que se entrega con demasiada facilidad, desconocían la vida

que requiere voluntad tensa y acerada energía a todas horas. La tierra, abierta por el arado, destripada por la grada y disciplinada por el surcador, les ofrecía, desde la aurora hasta la noche, una lección de humildad, ya que, bajo las heridas y los golpes, rompía en cosechas óptimas. Y así los educaba—deprimente, enervadora—, en la desmoralización de una vida resignada. No era la suya, no, la vida de los marinos. Porque el mar hace a los hombres reconcentrados y duros, íntegros y simples. Su versatilidad, en la que muchas veces la muerte vigila, los torna cautos; su violencia los fortalece. Y cotidianamente alecciona, poniéndolo a prueba con incansable constancia, su espíritu de resistencia. Los hombres son en el mar fatalistas y estoicos, pero en la tierra, sin dejar de ser fatalistas, se hacen resignados, como si los hubiese reblandecido un remoto complejo de inferioridad.

Un viejo endeble, descalzo y en camiseta, enredó a nuestros pasos miradas soñolientas. Parecía, seco y cetrino, recortado en el cuero de un taburete. A sus plantas fraternizaban, revolcándose juntos en la tierra, un cerdo flaco y un chiquillo desnudo. El espectáculo hería con tan mala impresión, que, disgustado, pensé en voz alta:

—Viven como animales. El cochino y el muchacho revueltos. ¡Yo no sé cómo no se mueren!

Cornúa puso en el cuadro una mirada imperturbable. Pepe el Catalán, en cambio, asumió una actitud resentida, ligeramente caldeada de agresividad:

—Viven como pobres, aunque pa muchos no hay diferencias. Animales o pobres, ¡qué más da!

Había en sus palabras una extraña palpación de cólera contenida. Una cólera dura y enfrenada, como un caballo medio salvaje con un fuerte bocado de acero. Y tuve la intención, sorprendido ante su aspereza, de responderle también ásperamente. Pepe avanzaba con los hombros arqueados y la cabeza baja, como el boxeador que, en el clinche, pega con las dos manos. Y una sombra se ahondaba, cual un anuncio de tormenta, en su entrecejo. No había duda posible: estaba furioso y no se tomaba el trabajo de ocultarlo. Pero no acertaba yo a comprender el motivo de su cólera. Porque, en definitiva, mis palabras habían sido dictadas por un sentimiento de piedad, al observar que aquella gente olvidaba las más elementales normas de higiene. Y Pepe tenía que comprenderlo así. No, seguramente que su encono no era contra mí. No podía ser contra mí. Y concluí por suponer que el calor, irritándolo y excitándolo, lo perturbaba:

—El calor te saca de quicio, Pepe—sonreí.

Irguió vivamente la cabeza:

—¡Lo que me saca de quicio...! — Se detuvo, estrangulado de

ira. Y luego: —¡Este mundo es un tarro y una inmundicia! ¡Ojalá que se lo tragara el mar!

Cornúa miró curiosamente a Pepe:

—¡Jum...! ¿Qué diablo te pasa? ¿Pa qué quemarse la sangre si con eso no remedias ná?

Y el viejo Martín, con un tono entre burlón y profético:

—Está medio loco, ¿no lo ves?

Pepe, sin responderle, continuó caminado, con la frente baja, en la actitud de un toro dispuesto a embestir.

Nos detuvimos en la bodega. Era un tugurio sórdido, como los otros, no obstante su piso de tablas y sus dos puertas, que permanecían abiertas de par en par. En los anaqueles, contruídos con cajas de leche, se alineaban latas de frutas en conserva, algunas barras de crema de guayaba y botellas de diferentes clases, vacías casi todas. Del techo pendían cabos de jarcia con nudos corredizos. Y en la pared, junto a un muestrario de oxidados anzuelos, detonaba un cartel industrial, rojo y amarillo, que representaba un tren empenachado de humo. Un perro se levantó indolentemente, nos olfateó con cuidado y acabó por enseñarnos los colmillos en un gruñido amenazador. Pero fue suficiente que oyese una voz imperativa: «¡Quieto, León!», para que, dando una vuelta sobre sí mismo, se echase nuevamente en el umbral. Un mozo español, sólido y embobado, se dispuso a servirnos. Le compramos cigarros y cerveza. Y, a continuación, le preguntamos si conocía al representante de don Lesmes:

—¿Quién, Nino Castro?... ¡Cómo no voy a conocerlo! Vive aquí, a la vuelta.

Y, saltando el mostrador, nos guió hacia un edificio, más bien una gran nave de madera, que se alzaba junto al río.

Allí nos recibió, en mangas de camisa, un hombre delgado y nervioso. En su cara, estrecha y huesosa, resplandecían dos ojos curiosamente inquietos y brillantes, como los de un hurón. Cuando, después de saber que era Nino Castro, nos hubimos identificado, nos invitó a pasar:

—Todo está bien—nos explicó, al recibir la carta-orden de don Lesmes—. El cargamento está completo. Así que cuando quieran pueden empezar la carga. ¿Y la goleta?

—No quise entrarla; por el calado—le dijo Cornúa.

Castro sonrió:

—¡Oh, no hay cuidado! Yo mandaré dos lanchas que tenemos aquí, pa que la remolquen hasta el embarcadero. Y después, cuando esté cargada, haremos lo mismo; la remolcaremos hasta fuera de la bahía.

Cornúa pareció dudar:

—¿Y el calado?

—Es suficiente, ¿no le digo? Por el río se puede navegar hasta bastante adentro, mucho más que aquí.—Se envaneció de súbito, como si la profundidad del río y la de la bahía fuesen obras suyas: —¡O qué se figura usted! Hasta aquí metíamos los viveros de Alvarez. No creo que el de usted sea un trasatlántico, ¿no?

Dejó que Cornúa ultimase con Castro el embarque del cargamento. Y, haciéndole un signo al viejo Martín, para que me acompañase, fui a curiosear por el pueblo.

La primera impresión de tristeza se acentuaba con la identidad del conocimiento. Los bohíos, observados de cerca, resultaban más miserables todavía, con sus horcones de troncos sin labrar, su piso de tierra apisonada y su cobija de guano, que brindaba amparo seguro a todas clases de sabandijas, desde arañas y cucarachas hasta chinches, lagartijas, chicharras y alacranes. En los colgadizos picoteaban gallinas y patos, sesteaban los perros y jugaban los niños. Y del interior salían gruñidos de cerdos.

—¡Qué triste es esto, Martín!

El viejo Martín encogió los hombros en una expresión de impávido fatalismo, heredado de cien generaciones de hombres oprimidos y desangrados por otros hombres:

—Sí, señor; es la miseria. Pero no es más triste que cualquier solar de La Habana. Donde vive mi gente está por el estilo de esto. Donde quiera los pobres son iguales; no vaya a creer que en La Habana están mejor. Pero, ¿qué se le va a hacer?

Un hombre de tez arcillosa, barbudo y agotado por el paludismo y los parásitos intestinales, daba de beber en un cubo a un caballo alazán, cuyo costillaje copiaba una marimba. Un chiquillo, con el vientre aglobado y embadurnado de tierra, lo acompañaba. Sostenía con las dos manecitas el cabestro de la bestia. Y la idea de que estaba rindiendo una hazaña iluminaba su carita de hambre como un sol interno. Una mujer, prematuramente avejentada por la miseria, se destrozaba los puños en una batea desbordante de ropa. Cesó de lavar un instante para envolvernos en su asombro. Un aire de constante pasmo demoraba en su rostro una expresión infantil, que contrastaba con su vientre deformado por la próxima maternidad. Pareció que iba a lanzar una exclamación. Pero quedó silenciosa. Luego tornó a su labor con renovado brío. Cerca de la casa había un montón de basura pudriéndose al sol bajo un enjambre de moscas. Y, colgado de una tendedera, un colchón mugriento mostraba sus intestinos de miraguano. Todo aquello era una cruda estampa de la pobreza—de una pobreza agobiante cual un pecado sin redención—, que encogía el ánimo.

CARLOS MONTENEGRO

Nació en Galicia, España, en 1900. De niño llega a Cuba. Por 1914 lo vemos como grumete en un barco de carga. Cinco años dura en su vida de marino. Después, dedicado a la literatura, publica su primer libro, «El renuevo y otros cuentos», en 1929. En 1944, obtiene el premio «Hernández Catá». Como periodista, estuvo de corresponsal en el frente de batalla durante la guerra civil española.

Ha publicado la novela «Hombres sin mujer».

Hábil sorpresa de los entrecruzamientos, donde la máquina del sinfín, o la muerte, se estrechan en lo expresionista de los capítulos con fuerte desgarrón, caracteriza a la novela de Montenegro. Siendo lo abovedado centro visual del relato, bajo el cual las figuras, dibujadas en líneas grandes, se plantan con amplio y sobrio gesto. Hay escaso colorido, pero fuerte expresión, en el contraste que nos muestra entre una circunstancia equívoca, y lo duramente espectral de un como relieve, que en ninguna de sus partes parece poder perder sus contornos.

El efecto del aislamiento, de la total separación, referida a través de las experiencias de los presos, se marca en la novela, como la aparición de una nueva e infernal máquina de relaciones, donde los contactos de la libre existencia anterior, se deslien en el calculado relieve de bóvedas y galerías, y en el retorcimiento de lo frío. Pero es de insistir, que este expresionismo se tiende sin ningún aturdimiento metafórico, en sobrio y sencillo dibujo, donde miradas, y sentimientos, van surgiendo de un cuadrículado que engendra una estructura implacable. Y así, la relación del hombre con la máquina, en el capítulo sobre el taller, traza un hilado, donde gestos e imágenes, se ven envueltos por el despliegue frío de lo inanimado. Logrando esto Montenegro, con acertado tono escueto, sin que ningún aspaviento retórico logre desfigurar, el áspero y rencoroso revés de esa unión.

HOMBRES SIN MUJER

CAPITULO II

EN LA GALERA

El gallego Prendes, penado-presidente de la galera Primera Central, se paseaba malhumorado a lo largo de la doble fila de presos que en perfecta formación esperaban que el oficial de guardia los contase.

Bajo, rechoncho y fornido como un torete, caminaba a grandes pasos, con las manos cruzadas en la espalda, como un grotesco Napoleón, a la vez que dirigía miradas reconcentradas a los hombres alineados a lo largo de la galera.

Tan absoluto era el silencio, que si dos cucarachas se hubieran peleado en uno de los cajones donde los presos guardaban sus cachivaches, el ruido de la lucha se habría sentido... Pero ni las cucarachas se movían; ya lo harían después, cuando escuchasen el toque de silencio y los presos se durmieran. Ahora estaba el gallego Prendes malhumorado, a la escucha de cualquier infracción, y no se sabía lo que podría salir de su disgusto: a lo mejor un baldeo general con agua caliente que las achicharrase a todas, menos a la pareja elegida para la reproducción de la especie.

El presidente se detuvo en sus paseos, plantándose, con los brazos en jarras, delante de uno de los reclusos:

—¿Y tú? ¿Quién te trasladó para aquí?... ¡Oye! ¿Por qué no contestas?—insistió, alzando la voz al ver que el interrogado seguía sin responder, en la posición reglamentaria de atención: brazos cruzados sobre el pecho y la mirada baja—; ¿quién ordenó su traslado?

—El brigada del Orden Interior—respondió por fin el preso.

—¡Toma! ¿Pero tú no estabas en la Aldecoa? ¿No te habían trasladado a ella por afeminado?

—Esa fue una combinación que me hicieron; el brigada se enteró después de que era un muchacho serio y me sacó de allí.

—¡Ja, ja!... ¿Serio?... ¿No es a ti a quien le dicen por ahí La Duquesa?

—El mismo.

—¿Y eres serio?

—Así parece.

—Pues entonces mis berocos son claveles.

Una escala de risas corrió por las filas.

—¡Vamos, a callarse, que esta noche duerme alguien en las celdas! ¿Y quién te recomendó con el brigada? Seguro que algún socio

tuyo de influencia, ¿no?... Eso es lo que tiene todo echado a perder aquí... ¿Quién fue?

—Brai...! —y el muchacho, entre orgulloso y desafiante, le clavó la vista al presidente al pronunciar el nombre de su padrino.

—¡Ah!... ¿Brai? —el gallego se quedó un momento sin saber qué decir, pero reaccionó, sintiéndose espiado por el resto de la galera... —¿Y qué me dices a mí con eso de Brai?... Yo sí que no creo en guapetones, ¿lo oyes?... Para guapo, yo, que tengo las tiras en el brazo; aquí, lo otro, se deja en el rastrillo al ingresar, colgado de un perchero, para tratar de recogerlo a la salida...

—Eso dígaselo a él—replicó irónico La Duquesa.

—¿Qué te figuras, sarnoso? Mañana mismo tan pronto abran las galeras se lo digo.

La Duquesa acentuó la ironía:

—Si quiere se lo puede decir ahora mismo, también a él lo trasladaron para aquí.

—¿Cómo?

La penumbra no fue suficiente para ocultar la palidez del gallego. Retrocedió un poco hacia la reja, al lado de la cual formaban los ocho cabos que lo auxiliaban en el cuidado de la galera, y paseó la mirada inquieta por encima de los hombres, que ahora alzaban los rostros, burlones...

En segunda fila, sobresaliendo de los demás, estaba Brai. ¿Cómo no lo había notado antes? El gallego le buscó la mirada, pero Brai simulaba una indiferencia absoluta, como si lo ocurrido le hubiera pasado inadvertido o no le interesase. En aquel momento lanzaba una bocanada de humo hacia el techo cerrado un poco el ojo izquierdo; después miró, como por accidente, al encargado del orden, que trató de presentarle una expresión servicial.

—¿Qué hubo, Brai? ¿Tú por aquí?

—Aquí, mi tierra... Qué, ¿le disgusta?

—¡Compañero!... Usted, mejor que nadie, sabe que soy amigo de los hombres.

—Por eso mismo pedí venir para la Primera, esa otra gente se da demasiada lija.

—Sí, hombre, sí; se la cogen con papel de china... Bueno, barín, ya hablaremos; figúrate, estoy enredado con ciento treinta y dos.

Hizo un saludo con la mano y sintiendo que continuaban los murmullos, en las filas, gritó:

—¡A callarse!... ¿Qué es lo que pasa?... ¡He dicho, carajo, que aquí no hay guapos y que alguien va a dormir esta noche en las celdas con el Trágico!

Tornó la disciplina, que se había relajado; cesaron los rumores de conversaciones que aquí y allá se dejaban oír, y las filas volvieron a recobrar su perfección casi militar. Brai lanzó una nueva boca-

nada de humo y se sonrió ligeramente. En aquel momento el recluso con galones de cabo, que hacía la guardia en la entrada de la galera, dio una voz de mando:

—¡Cubran!

La puerta enrejada se abrió y penetró el oficial, como un bólido; contó los presos a grandes pasos, sin mirarlos, por las baldosas del piso que ocupaban, y retrocedió rápidamente; al llegar a la reja se detuvo un instante para hacer la anotación en la tablilla que llevaba y preguntó, ratificando, mientras escribía:

—¿Cuántos?

—Ciento treinta y dos—respondió el gallego Prendes.

—Bien... ¡Están ustedes de *guasabeo*: ciento treinta y dos! *De fiéndanse*, que ya les cogemos el lomo.

La galera, estrecha y abovedada, se asemejaba a un túnel; al fondo de ella una ventana abierta al patio principal de la prisión completaba el símil. Tenía capacidad para ciento treinta y dos penados si a la hora de dormir, las camas, de medio metro de anchura, se pegaban completamente unas a otras, fingiendo, a ambos lados, dos largas tarimas; y al centro se armaba una tercera fila con las camas colocadas a lo largo, es decir, unidas unas a otras por los extremos, de modo que todo contacto dudoso fuera imposible.

Esta tercera hilera era la más cómoda y estaba destinada, en primer lugar, a los *mandantes*; en segundo, a los reclusos cuya fama de inmorales era notoria y no tenían con qué comprarse un puesto en las filas laterales, y, en fin, a los novatos jóvenes, recién ingresados.

La disposición de las camas había penetrado como un problema insoluble en el cerebro del gallego Prendes.

Hasta aquel momento todo le había resultado relativamente fácil; él era el presidente, el de las tiras, y boca-abajo todo el mundo; pero, ¿y ahora? ¿qué se hacía él con La Duquesa?, ¿dónde lo ponía a dormir? Si no hubiera ocurrido el incidente de la fila, el asunto no tendría importancia; pero había ocurrido y la culpa la tenía él mismo, por querer contar a la gente como el oficial, sin mirarle la cara, en burujón, en bulto, como si fueran ganado propio. Por poco que hubiera levantado la cabeza, se habría encontrado con Brai, y la situación no sería la misma. Pero, metió la pata. Allí en fila había ciento treinta y un presos que seguramente pensaban en lo mismo: en dónde pondría a dormir a La Duquesa. Lo pensaban mientras esperaban el toque de corneta que diese la conformidad del recuento y ordenase romper filas...

Y el presidente de la Primera Central se pasó una mano por la cabeza pelada al rape, como si quisiera borrar todo lo que tenía en ella, igual que se borra una pizarra; pero, las mismas ideas le quedaron bailando dentro, atravesadas, de vez en cuando, por la imagen de Brai, con los ojos de mirada inquisitiva, la frente ancha y la

cabeza bien plantada sobre los hombros. Demasiado sabía él hasta qué punto era temible aquel hombre, que aun en la galera de los incorregibles era el toro que más meaba.

Miró para los hombres en fila que ahora apenas se distinguían en la penumbra del crepúsculo; el recuento en las galeras se demoraba demasiado y la gente comenzaba a dar señales de impaciencia. ¿Hasta cuándo? Llevaban más de tres cuartos de hora de pic. Seguramente que el oficial estaba confundido y no había para cuándo acabar. Aquí y allá el murmullo de los comentarios iba creciendo, incitado por la espera y protegido por la oscuridad.

—¿Se habrá fugado alguien?

—¡Qué fugado ni qué niño muerto! Ese debe ser alguno que está metido en el hoyo... ¿No te acuerdas de lo que le pasó a La Macorina? Después del *negocio* se quedó dormido en la «Posada Sangrienta» y...

—¿La Posada qué?...

—«La Posada Sangrienta». Compadre, se me va usted a guillar, ahora, diciéndome que no sabe lo que es?

—¡Por mi madre que no! Yo no me ocupo de esas porquerías: de mi galera al taller, del taller a mi galera...

—¿De la galera al taller y del taller a la galera? —intervino otro—, ¿por qué no dice mejor: «de la galera a mi aprendiz y de mi aprendiz a la galera»?

—No puedo decir eso, porque de lo único que me ocupo yo es de tu reverenda madre. Cuando se rompa la fila, me vas a repetir eso.

—¡Y te lo repito! ¿Qué te figuras tú?

—¡Cómo!

El ofendido ya iba a agredir cuando una presión disimulada lo detuvo:

—Deja eso...

—No te metas tú, que este es un asunto de hombres... ¡A éste le parto yo la jeta!

—No le hagas caso. Lo que tiene *guararey*... Me ha estado fajando para que me vaya con él... Si te metes en una bronca, de seguro que me mandan para la Aldecoa, tú lo sabes bien. Eso es lo que él anda buscando: separarnos.

—¿De modo que fajando? ¡Tú también vas a coger una cueriza! Ese chisme lo aclaro yo...

—¡Déjate de muchas aclaraciones, que para la leche que da la vaca!...

—¿Te parece poco lo que te doy? ¿Es que te me quieres correr? La voz baja había encontrado un tono medio entre la amenaza y la súplica, que acaso sólo se halle en las pasiones torcidas, acaso sólo en el presidio...

—Cállate, que ahí viene el gallego.

El gallego Prendes avanzaba en la oscuridad, lenta y silenciosamente, como un felino, tratando de localizar a los infractores del reglamento. A medida que adelantaba, las conversaciones se iban apagando, para después comenzar, más débiles, a sus espaldas. Los más atrevidos de los que formaban la segunda fila, habiéndose sentado para descansar, se ponían en pie... ¿Qué pasaría con el recuento?... Alguien estaba equivocado...

—¡A ver, cubran! —gritó el gallego Prendes—. ¡Cubran bien las losas!... A lo mejor somos nosotros los que andamos mal.

Había llegado al fondo de la galera y se volvió hacia atrás, tocando, uno a uno, a los presos que formaban la fila delantera, a la vez que repetía:

—Cubran. ¡Cubre!... Compongan. ¡Cubran!

Alguien dijo, a media voz:

—Este se figura que somos toros; después, cuando uno va a *cubrir* de verdad, le dan un componte.

El gallego se paró en seco.

—¿Quién, leches habló ahí—investigó un momento en la oscuridad, y dando por salvado su prestigio, viendo que nadie respondía continuó arreglando la alineación—. Cubre, cubre, cubre... ¿No oyes, tú? ¡Cubre bien!... ¡Siempre se traen una pegazón!

Cuando llegó a la cabeza de las filas inició el recuento, caminando a paso lento:

—Dos, cuatro, seis, ocho... ocho... «Este Brai...»

Decididamente aquel asunto de La Duquesa se le había metido como una cuña en el cerebro...

—Diez, doce... «Brai seguramente que va a querer dormir al lado del otro». ¿Catorce?... ¿Doce?... Sí, doce, catorce, dieciséis...

Al final de la alineación había contado ciento veintiocho. Dio una patada en el suelo y volvió hacia atrás para comenzar de nuevo. La llegada del oficial le interrumpió. Este preguntó, sin penetrar en la galera:

—¿Cuántos?... ¿Ciento treinta y dos?

—Déjeme ratificar. Tengo ciento treinta y dos en la tablilla. ¡Cubran!

—¿A qué espera? Vamos a tener que relevarlos a todos ustedes; tienen el recuento convertido en una mierda!

El gallego, que había contado rápidamente, gritó desde el fondo de la bóveda:

—¡Ciento treinta y dos!

—¡Pues me sobra uno, rayos!... A no ser que haya parido alguno de ustedes.

—Si sobra uno, bien me podrían soltar a mí—dijo Brai.

El oficial, que ya iba a continuar la rectificación, se detuvo:

—¡Eh! ¿Quién ha hablado ahí?

—Yo, Brai.

—¿Qué hubo, Brai? ¿Estás en la Primera?... A lo mejor no te han dado de baja en la otra.

—De mí no se olvidan tan fácilmente.

—¡Y bien! —respondió el oficial—. Pero, deja ver.

En aquel momento se encendieron las luces—unos foquitos insignificantes, colocados de trecho en trecho en lo alto de la bóveda—. El gallego Prendes se disponía de nuevo a contar, cuando se escuchó la corneta dando la conformidad del recuento. Como todas las noches, las filas se rompieron con estruendo, mientras los gritos se cruzaban de extremo a extremo en la galera...

—¡Oye, Pica-pica, todos creíamos que habías sido tú la parturienta!

—No, el parturiento fue tu padre: tu madre lo preñó a fuerza de tarros.

—Asqueroso, mi madre ha tenido menos maridos que tú. En una noche sólo once te pasaron vareta.

—No, hombre, no; todos los que estamos aquí somos machos—intervino un tercero—; los pájaros están enjaulados en la Aldecoa.

—¡Ja, ja, ja!... Eso te crees tú: no son todos los que son, ni... Bueno, me equivoqué si tú quieres, pero yo te repito lo mismo...

¿Acaso Pica-pica no lo es y al mismo tiempo deja de serlo? —Pica-pica *vive lejos*—respondió éste, haciendo un ademán obsceno—. Ponte para que veas.

—Esa es empujada. ¿Tú no eres pinareño?

—¿Y qué?

—Que cuando Maceo hizo la invasión les dejó un machete a cada uno de ustedes, y como no sabían usarlo, por falta de corazón, siempre lo tenían envainado en el trasero.

—¿De seguro que tú eres de Oriente?

—Del mismísimo Indómito, ¿qué pasa?

—Que aquella tierra es demasiado caliente y el mucho fuego desfonda las cacerolas.

—Peores son ustedes, que se dejan templar en frío.

De todos los ángulos de las galeras partían gritos semejantes. Los que permanecían callados eran los menos... Algunas parejas se paseaban de arriba a abajo, desde la reja de entrada hasta la ventana del fondo; hablaban en voz baja, serias, a veces mirándose, a veces mirando a los otros. Algunos no proferían palabra, hundidos en un silencio hostil. Aquí y allá, se veían los solitarios, sentados en los bancos, bajo el cajón donde guardaban sus pertenencias, con el petate de la ropa sobre las rodillas, en espera de que llegase la hora de tender las camas o, mejor, la hora del silencio, aunque ya, por hábito, habían creado sus defensas para no oírse sino a ellos mismos.

El aire se viciaba por el humo de los cigarrillos, los vapores que salían de los servicios, constantemente ocupados, y por los regüeldos de los desaprensivos que provocaban alusiones a inmoralidades supuestas:

—Oye, ¡estás desfondado!

—¡Uf! ¡Cómo te lo han dejado!

—Caballerías, ¿no saben que Chichiriche está con el periodo?

—No sean sinvergüenzas. Dejen al pobre hombre, que está loco con sus almorranas...

—¡Miren! Ahí viene Brai...

Los gritos se aplacaron, las cabezas se volvieron. Brai, alto, corpulento, con el andar pausado y el aire indiferente, se dirigía a los servicios. Los que estaban en turno le abrieron paso y él se detuvo delante de la mampara, que no llegaba más arriba de su cintura, tras la cual había un hombre, sentado, con la cabeza casi metida entre las rodillas. Alguien, tratando de halagar al recién llegado, dijo:

—Lleva así más de una hora. Va a haber que regalarle un inodoro chiquito, para él solo; parece que ha comido sogas.

Brai dirigió al oficioso una mirada de soslayo:

—Lo único que falta—dijo—es que hasta en eso le lleven a uno la cuenta. Si tenían tanta prisa, ¿por qué me dejaste pasar primero?

Fue entonces que el que estaba sentado levantó la cabeza. La mampara sólo dejó ver el rostro que se destacaba rotundo en el blanco amarillento de la pared, dando la sensación de que se trataba de una cabeza cortada a cercén. Si realmente aquel hombre hubiera sido un degollado, no habría podido expresar más angustioso sufrimiento en sus facciones. Sus ojos, su boca, se alzaban como solicitando una ayuda que de antemano suponía imposible, mientras gruesas gotas de sudor le caían de la frente. El propio Brai, mordido por veinte años de prisión, se sintió impresionado.

—¿Qué le ocurre, compañero, se siente mal?

El hombre respondió con un movimiento de cabeza. Después, haciendo un esfuerzo como para tragar saliva, dijo débilmente:

—Parece que me ñámpio.

—¿No te ha visto el médico?

—¿Médico? ¿Es que acaso alguien ve aquí al médico? Un interno que dicen que está en el principio de la carrera me mandó un purgante... No lo he tomado, y a pesar de eso me voy por el curso; parece que es la disentería.

Hizo un gesto de dolor, llevándose las manos al vientre, a la vez que rugía, mordiéndose, un ¡ay! sostenido.

La gente comenzaba a arremolinarse cuando el gallego Prendes se acercó al grupo. Tras haberlo pensado intensamente se había

decidido a plantearle el asunto al propio Brai. Comprendía que después de lo sucedido, si lo dejaba dormir al lado del muchacho, alguien iría con el chisme al brigada del Interior y todos saldrían perdiendo... Mejor sería dejar pasar unos días...

—Brai...

—¿Qué pasa, gallego?

—Oye, tengo que hablar contigo.

Lo cogió familiarmente por el brazo y separándolo unos pasos del grupo, comenzó en voz baja a espetarle el discurso que había preparado; pero, a las primeras palabras, Brai lo detuvo:

—Deja eso ahora. Coge la cadena del cerrojo y llama.

—¿Qué sucede?

—Ahí hay uno que se va en sangre. Llama... De lo otro ni te ocupes, que a mí no me hace falta que nadie me cuide.

—Pero...

La mirada de Brai se clavó reconcentrada en los ojos del gallego, interrumpiéndole la réplica.

—¿Qué pasa? ¿No te he dicho que toques la cadena, que ahí hay un hombre que se está virando?... ¿O es que te figuras de verdad que yo también dejé la hombría colgada en el rastrillo?

El gallego Prendes, miró a su alrededor. Aunque nadie parecía observarlos, sabía que toda la galera estaba pendiente de ellos; un extraño silencio se había hecho. Si cedía, era hombre perdido, pero, ¿cómo oponerse a Brai? ¡Si hasta comía gente!...

Se vio cruzando golpes con él; si aquello llegaba sabía que nadie iba a intervenir, como nadie intervino en la pelea de Brai con El Isleño, hasta que éste cayó desmayado y Brai comenzó a comérselo: primero una oreja, después la otra... ¡Si hasta comía gente!

El gallego Prendes miró para Brai, al que ya se le iban enrojeciendo los ojos, y desde aquel instante tuvo la impresión de que la galera estaba vacía, de que su derrota no tendría testigos y de que se sentiría más desamparado aún si aquel loco llegaba a enfurecerse.

Sin detenerse más, temiendo que ya fuera tarde para contentar a aquel comedor de cristianos, se fue apresurado hacia la puerta, cogió las cadenas que sujetaban los cepos y las agitó contra los barrotes violentamente, como si el auxilio pedido fuera para él mismo. Aún las agitaba cuando se oyó el toque de corneta que ordenaba el tendido de camas.

El estruendo de éstas contra el suelo, la estridencia de las cadenas y los acordes de la corneta, se mezclaron en un diabólico concierto corcado de gritos, a cuyo son toda aquella gente pareció lanzarse a un baile salvaje. Cada uno abría su cama de tijera.

Un buen oído hubiera descubierto, entre la batahola, el rugir de Chichiriche, vaciándose.

CAPITULO XVIII

EN EL TALLER

Para la imaginación no existen las leyes del espacio y del tiempo. Sería difícil calcular cuántos años vive el pensamiento de un hombre mientras se adapta a una prisión. Pasan apenas unas semanas, pero, durante ellas, una persona joven puede tornarse vieja, ajarse un rostro terso y una cabeza negra, encanecer...

Sería difícil precisar qué tiempo vivió el pensamiento de Andrés desde que Pascasio ingresó en las celdas, hasta aquel momento en que, por gestiones de Manuel Chiquito, él se encontraba delante del tablero del enrejillado, en el taller de carpintería... Habían pasado escasamente unas horas, y si el rostro de Andrés, de adolescente, no parecía más duro, se debía a las manchas violáceas que, pronunciando sus ojeras, hacían pensar en una mujer fatigada por el amor.

Si no se corre el peligro del despido, cualquier trabajo mecánico que se haga, viene a ser algo así como un pretexto para pensar y hacer rejilla—después que uno ha terminado el tendido inicial, semejante al rayado de los meridianos y paralelos de una carta marina—, no es un pretexto para pensar, sino la obligación de hacerlo. Toda la labor se reduce a pasar, de cuadrado a cuadrado diagonalmente, la punta de la rejilla doblada hacia arriba, en forma de escarpín turco, y a tirar de ella, llevando el brazo a lo alto, como hacen los marineros al coser sus ropas, ya que éstos, invariablemente, ensartan sus agujas con hebras de hilo demasiado largas.

Después de hacer el tendido y de saber que estando la rejilla bien encerada, se puede coger hasta tres cuadros antes de tirar de la hebra, sólo falta tomarle tiempo, el ritmo, para entonces entregarse a pensar libremente, como si se estuviera echado en un banco de la galera, con las manos cruzadas en la nuca.

También ocurre a veces que sin enterarse, el operario deja de trabajar, arrastrado por pensamientos que le han pedido quietud a las manos o, acaso alguna crispación violenta. Entonces no se sabe qué tiempo se ha estado detenido; tal vez un solo minuto, tal vez tanto rato que ya está a punto de tocar el timbre del taller anunciando la hora del cierre.

Los presos que han cumplido muchos años y fabricado millares de tableros de rejilla, para vestir sillas que nunca utilizarán, han simplificado su vida, y en vez de pensar trabajando, dormitan mientras trabajan. Esos presos, a la larga, adquieren un aspecto físico característico: la barba se les pierde, el labio inferior se les convierte en un belfo caído y húmedo, y se cargan de espaldas. Los

que no han aprendido a tirar de la rejilla con ambas manos, terminan por tener un brazo más largo y más fuerte que el otro. Pero Andrés apenas llevaba un día en el enrejillado, aunque a él le pareciera la vida entera. No presintió, cuando tuvo la impresión, al bajar de la azotea después de trasladar el cuerpo de Chichiriche, que allí iba a sufrir tanto y tan pronto, a pesar de haber sospechado que entraba en el infierno; que lo iba a arrastrar la vorágine, y no valiéndose de los otros, sino de él mismo, de sus propias taras que no se conocía, que no se hubiera conocido probablemente nunca, resueltas en amores tímidos con las muchachas de la calle, si la justicia no lo hubiera apresado para regenerarlo.

Allí estaba con la visión neutra del tendido cuadrado de la rejilla, conmovido por sentimientos disímiles. No podía creer lo que había ocurrido. Hacía dos días que aunque atropellado, se sentía dueño de su destino; le irritaba pensar que su resistencia física era tan débil, pero, de la misma derrota de su cuerpo sacaba fuerzas para desestimar el peligro que suponía el acecho del cínico en cuyo poder estaba, atado de pies y manos. Antes de que Brai le hablara ya había tomado su resolución; la tenía dentro de sí desde lo ocurrido en el juicio, aun desde antes, desde que precisó que los sentimientos de su amigo entregaban a éste, en vez de defenderlo, a las fuerzas ciegas del presidio. Además, él sentía, como un imperativo de su naturaleza, la inclinación al sacrificio; su fuerza era precisamente la que caracteriza a los débiles, a los enfermos del ánimo, que los asemeja a los místicos, esos otros desviados sexuales. La necesidad que sentía vivía dentro de él, de echarse la carga encima, tomó cuerpo y se orientó cuando, después de saber lo que le había ocurrido a su compañero, entregóse a cavilar: estaba dispuesto a todo, pero, ¿qué podía contra las fuerzas del presidio? ¿Qué hacer para librar a Pascasio de las garras de aquel cancerbero que él se imaginaba un ser terrible, capaz de todos los crímenes?

Aun no había encontrado el camino justo cuando vio asomado a sus ojos el rostro cínico de su perseguidor... Este ¿no lo podía todo? ¿No lo veía siempre alrededor suyo, moviendo todos los hilos?... Andrés no pensó en lo que pudiera ocurrir después; aunque fuera la muerte le importaba poco; Pascasio se había sacrificado por él, por culpa suya lo habían destrozado en las celdas acaso estaría muriéndose en ellas mientras él permanecía sin hacer nada, cuando, con sólo vencer su repugnancia, podía devolverle lo perdido. Se daba cuenta de que entre él y Pascasio se levantaría una barrera, pero, dejaba al tiempo la aclaración de la verdad. Era en eso donde sentía a su compañero dueño de una fuerza capaz de comprender su sacrificio...

A la mañana siguiente, Brai le descubrió un nuevo abismo; aquel hombre le hablaba honradamente y sabía lo que decía. No hubiera

podido un farsante cualquiera expresarse en el tono y las palabras con que aquél lo hizo cuando estaban en el tanque, donde lo dejó sin una esperanza a que aferrarse. Por sobre todos los raptos de rebeldía que lo conmovieron, se le imponía la realidad y su necesidad de sacrificarse. ¿Y ahora?... Estaba en el taller después de haberse visto frente al rostro odioso y radiante de Manuel Chiquito que, sabiéndose dueño de la situación, se había mostrado exigente hasta hacerlo caer en la desesperación.

Las manos de Andrés, ya casi hábiles en la labor que hacían, se detuvieron nerviosas al pensar en lo que le esperaba, en lo que tenía cerca, a punto de realizarse... Su entrada en el taller era el primer paso para que los designios de su perseguidor fueran una realidad. Le había hablado con cínica franqueza: «Te tienes que ver conmigo primero, antes de que suelten a ese. Yo no estoy cogido con lazo. Después, ¿cómo me junto yo contigo?... ¡Y digo! ¡Con lo juyuyo que tú eres!... Más tarde sí; eso y todo lo que tú quieras, más de lo que tú quieras... ¡Todo!... Pero, primero lo mío»...

Con excepción de Costal, el encargado del taller de carpintería, nadie sabía nada. Cuando salieran los penados para ir a almorzar, Andrés, se quedaría dentro, escondido detrás de los rollos de la rejilla, donde lo iría a buscar el Chiquito, ya escondido previamente en otro lugar cualquiera de la carpintería. Costal era el que tenía que darle la conformidad al escolta de la puerta, antes de cerrar el taller. Después se quedarían solos dos horas, hasta que volvieran a abrir para la sesión de la tarde.

Andrés había escuchado todas esas explicaciones con una palidez mortal en el semblante. El hombre que le hablaba agitaba todas sus repulsiones, y, sin embargo, sentía en lo más hondo de su ser una inquietud extraña que le hacía arder la sangre en las venas.

Se cogía asco a sí mismo. Se horrorizaba de encontrarse tan crapuloso, de descubrir en él, abismos que nunca sospechara. Manuel Chiquito era su enemigo, el hombre que más cruelmente lo había engañado, y su cinismo le inspiraba una repulsión máxima; sin embargo, olvidado de Pascasio, de sus propósitos de sacrificio, de todo, oía de su boca los detalles precisos, no con el terror de la víctima, sino con los temblores del alucinado. La tarde anterior se resistía débilmente cuando lo quería llevar a la cuadra, y hubiera ido sin la interrupción de La Morita y sin haber oído, al instante, que Pascasio había sido asesinado. Cuando se enteró de que el «muerto» era el Trágico, tornó a aferrarse a sus esperanzas de felicidad. Acaso no sería necesario que él se sacrificase...

Todo el resto del día se lo pasó rehuyendo a Manuel Chiquito excitado por la esperanza; confiaba en que lo que acababa de suceder, variase el curso de los acontecimientos. Ignoraba que en el

presidio todo marcha a un ritmo isócrono, sean cuales sean las circunstancias que lo agiten superficialmente. A la mañana siguiente, oyó decir:

—Candela ha cogido el puesto de sargento de las celdas. Lo ha cogido, igual que lo cogió el Trágico, por miedo ahora no se le puede arrendar la ganancia al moreno ranchero.

Se quedó espantado. Desde aquel momento no hizo más que buscar a Manuel Chiquito que en seguida le gestionó el ingreso en el taller. Habían quedado en que Costal le avisaría si tenía que esconderse ese mismo día, o esperar; y el encargado del taller ya había pasado varias veces por su lado, acelerándole los latidos del corazón, pero ninguna de ellas se detuvo.

¡Estaba a punto de consumarse todo! No comprendía ahora, que Manuel Chiquito hubiera podido emocionarlo. Sólo quería ganar tiempo. Temía el aviso, pero no quería esperar un día más en aquella incertidumbre desesperada...

Trabajaba al pie de un amplio ventanal enrejado; aunque no podía ver hacia afuera, se imaginaba la vida libre al otro lado de los muros; la vida que, en los seis meses que llevaba encarcelado, ya se le hacía como algo mítico, inalcanzable. La primera labor del presidio es sembrar en la mente del recluso la idea de que entre él y el mundo exterior no hay nexo alguno; de que ya para siempre será un presidiario aunque recobre la libertad. Es decir, el presidio, en vez de regenerar, o, mejor dicho, en vez de generar fuerzas, las destruye. Andrés precisaba cómo cada día se tornaba otro, cómo las fuerzas turbias de la prisión lo modelaban a semejanza de sus demás compañeros por los cuales, sin embargo, era cada vez mayor su repugnancia. Ya no era un extraño entre ellos, pues en el fondo sufría iguales necesidades y estaba sometido al mismo ostracismo. Además, ya tenía su parte de fuego en aquel infierno donde todos ardían.

Miró para los que lo rodeaban tejiendo la rejilla, semejantes a monstruosas arañas en plena tarea. Casi todos estaban físicamente degenerados, lucían como momias, con los rostros inmóviles e inexpressivos y la mirada estrábica a fuerza de fijarla en el trabajo que hacían las manos. Se le fingieron espíritus maléficos creando destinos anormales con su dedos infatigables, cuyas falanges estaban separadas por nudos negros. Creaba cada uno su destino; acaso, todos, en conjunto, no hacían sino fabricar el de él, que los miraba fascinado, penetrando por un sentimiento de angustia indescriptible.

Separó la mirada con horror; a la entrada de la galería donde trabajaba se veía girar raudamente un aparato mecánico que de vez en cuando dejaba escapar un silbido estridente, que ya le obligara a levantar la cabeza en más de una ocasión. Oyó que alguien decía cerca de él:

—Esa madera está llena de nudos; ya verán que el sinfín hace hoy una de las suyas.

Miró para el que había hablado, pero no le pudo ver nada en el rostro; ya estaba convertido en momia. A lo mejor se había equivocado y el que habló era aquel otro que estaba un poco más alejado y que ahora lo miraba adormeciendo los ojos.

Los sucesos del día anterior habían producido tal conmoción entre los presos, que no se ocuparon de molestarlo a él; pero, se daba cuenta de que aquello sería transitorio; sabía, o mejor, sentía, que mientras no llegara el final, su propio final, sería tema para aquellos hombres, cuya vida, en vez de deslizarse, parecía estancada como agua muerta. Precisaba que no tenía más estímulo para seguir viviendo que la agresión a las vidas ajenas, sobre las que echaban todo lo que, a fuerza de ser muertos, sobraba en las suyas. Pero al final ya estaba allí; por poco que conociera el presidio, y aún la vida en general, sabía lo que le esperaba después que fuera pasto de la bestia que lo perseguía. Rebelde aún, en lo oculto de su espíritu, contra todo lo que lo obligaba a entregarse como una prostituta, se aferraba a una sombra de esperanza, aguardando que un azar cualquier lo salvase del cieno donde ya estaba a punto de revolcarse.

Andrés se disponía a reanudar su trabajo, cuando vio acercarse de nuevo a Costal, que le sostuvo intensamente la mirada hasta hacerlo palidecer. Tuvo la certidumbre de que venía a avisarle y lo asaltó un deseo incontenible de protestar, de gritarles a todos su tragedia... Instintivamente miró para los hombres que lo rodeaban y no vio más que las caras impasibles de los tejedores, con los ojos fijos en el cuadrículado del tendido, y los dedos inquietos como pequeños seres monstruosos de vida propia que fabricasen destinos trágicos. Con el terror en el semblante y el grito helado en la garganta, tornó a fijarse en Costal, que le hizo un signo afirmativo con la cabeza en el mismo instante que, precedido de un silbido estridente, se oyó a la entrada de la galería un chasquido seco, y después un grito espantoso.

Costal se volvió bruscamente lanzando un juramento, mientras todos los presentes se movilizaban como si de súbito hubieran recobrado la vida. Andrés se quedó tal como si el grito hubiera sido lanzado por él, y siguió con la vista a Costal que corrió acompañado de los demás. El desconocido que pocos momentos antes había hecho la predicción reclamaba que se reconociera su acierto:

—¡Lo dije! ¡Lo anuncié!... ¡Usted, usted me oyó! ¡Usted mismo! ¿No lo dije?

—Pero, ¿qué ha pasado? —preguntó Andrés agitado por sus nervios.

—¡Y no lo ve!... ¡Otro que se ha llevado el sinfín! ¡Para su

madre! Ahora que lo empaqueten y lo manden para donde vino!... ¡Otro!... ¿No estará preparado para que asesine presos?...

El grupo de hombres que se había arremolinado a la entrada de la galería se alejó llevando en medio de él un alarido continuado. Andrés se había quedado sólo, y ya se disponía a seguir a los demás cuando vio aparecer a Manuel Chiquito, que fue hacia él.

—Oye, ¡nos chivamos con esta mierda que acaba de pasar!... Seguramente Costal no querrá hoy. No importa, mañana lo haremos con más gusto... ¡Mal rayo los parta!

Miró para todas partes, y comprobando que estaban solos, abrazó a Andrés, besándolo repetidamente en la boca. Tras un último beso se separó diciendo:

—Bueno, más vale no meter la pata. Déjame ir...

Andrés se apoyó en el tablero. Mientras era besado, había cerrado los ojos, recordando a Pascasio. Gritó al que se marchaba:

—¡No olvide lo que le pedí!

Manuel Chiquito se detuvo haciendo un saludo con la mano, después poniéndosela en la boca, a modo de bocina, contestó:

—¡Todo lo que tú quieras!

Al volverse tropezó con un preso que llegaba y que se le quedó mirando para después fijarse en Andrés, mientras murmuraba:

—¡Cómo ha empezado esta gente! ¡Aprovechan todos los lances! Se acercó al muchacho que aún estaba turbado y añadió:

—Ya vi cuando le diste su agüita, ¡y yo, muerto de sed!... ¿Qué pasa? ¿No contestas?... ¿Será que el tipo ese te comió la lengua con su lujuria?

Andrés lo miraba sin escucharlo; todos sus pensamientos estaban fijos en la respuesta que le acababa de dar Manuel Chiquito.

—¡Ah!—dijo el otro, notándole la mirada perdida—. ¿No oyes que te estoy hablando?... ¿Acaso eres de los que les gusta que los braveen?

Andrés, comprendiendo de pronto lo que quería aquel hombre, cogió de encima del tablero una pequeña hoja de acero que usaba para cortar la rejilla y se puso en actitud defensiva.

—¿Qué te ocurre?—preguntó el otro cediendo—. ¡No, hombre, no; más vale dejarlo al tiempo; ya te pondrás, como los otros, a lata de leche!... Lo que te pasa ahora es que estás en el grito.

Se marchaba, pero como sentía perder aquella ocasión, regresó, insistiendo:

—Sin embargo, nosotros podríamos gozar ahora sin que nadie se enterase. Eres un bobo si... ¡Mal rayo me parta!—exclamó al notar que llegaban los que habían salido acompañando al herido.

—¡Resbaloso! ¿Tú solo aquí con el ingreso?—dijo burlonamente uno del grupo.

Pero la tragedia todavía pesaba sobre ellos y siguieron hablando del accidente.

—¡Qué racha!... Siempre pasa lo mismo: en el tiempo que llevo aquí todavía no he visto que dejen irse un muerto solo; siempre lo acompañan tres o cuatro...

—Así es—confirmó otro.

—Igual pasa con los tuberculosos. El día que a uno se le ocurre tirarse de cabeza a los fosos, hay que trancar el sanatorio o se queda vacío.

—Se contagian y les entran deseos de pasar la raya y sumar.

—¿Sumar qué cosa?

—¡Toma! Lo que se gana y lo que se pierde viviendo. Todo el que tire esa raya en el presidio sabe que no es negocio seguir en la lucha.

—Pues dile a Manuel Chiquito que haga la rayá para ver si le mete la cabeza al sinfin.

—¿A qué viene eso ahora?

—¡Ah, me lo reservo! Quiero hacer méritos—dijo el que habían llamado Resbaloso, echándole a Andrés una furtiva mirada.

Este seguía ensombrecido la conversación de sus compañeros, pero no se fijó en la alusión. Se estaba viendo dormido para siempre, metido en una de aquellas cajas inquietantes que bajaban estrobadas por el garfio del patio de Aislados, donde por vez primera viera a Pascasio... Pero, ¿tendría valor?... No era por él, que, como decía La Morita no contaba; era por lo que dejaba atrás, por su amigo que ni siquiera se enteraría, y lo continuaría pensando vivo cuando ya estuviera lejos del presidio, metido debajo de la tierra, comido por los gusanos. Aquella idea lo horrorizó. Se le hizo que seguiría viviendo después de muerto; viéndose con los ojos de Pascasio el rostro chupado por la muerte y el cuerpo pululante de bichos... ¡No! Nunca tendría el valor necesario, aunque mil veces pasase la raya y se hartase de saber que «no era negocio seguir la lucha»...

Sin embargo, ¿no le acababan de ofrecer que Pascasio saldría de la celda?... Miró para la máquina que se alzaba delante de él como si ella pudiera ser la solución... ¿Qué hacer sintiéndose la moral destrozada, en aquel medio que iba contra todas las leyes de la naturaleza, víctima de la indefensión que era el único producto de su vivir parasitario?...

De súbito lo asaltó otra duda: ¿y si Pascasio se desviaba hacia La Morita? En aquel andrógino era despreciable la grosera simulación femenina, pero, tenía algo inapresable, un raro don que lo diferenciaba de los demás. Y era aquel don el que hacía temer a Andrés, y que los celos del primer momento se manifestaban ahora en toda su violencia. No, cada cual tenía que cumplir su destino.

El y Pascasio se habían encontrado y tenían que rodar juntos hasta el fondo del pantano. Sus celos, azuzados por la tara de su orga- nismo, lo hacían ahora abrazarse a aquel pretexto para mantener el derecho a defender lo que consideraba suyo... Aquella esperanza le iba a durar muy poco. Acababa de ponerse a trabajar con el fin de organizar sus pensamientos desbordados, cuando el carpintero que le había hablado al marcharse Manuel Chiquito, entró de nuevo en el taller, diciendo:

—¡La última letra, caballeros!... Matienzo se acaba de sacar a La Morita...

—Y eso ¿qué quiere decir?—preguntó uno de la rejilla.

—¡Ustedes nunca saben nada! Parece que con los embugarra- mientos se van de presidio... Pues La Morita se rifó ayer a cuatro latas de leche el número y se la sacó Matienzo. La cosa está tan mala que hasta *ellas* tienen que recurrir a esas martingalas, para poder ir tirando... Ahora tendrá dinero para un par de meses.

Andrés sintió vergüenza de sus celos; pensó en el asco que le daría a Pascasio saber aquello.

LINO NOVAS CALVO

Nació en Granas de Sor, aldea de Galicia, en 1905. De niño emigró a Cuba. Es periodista y profesor de la Escuela Normal de La Habana. En la «Revista de Occidente» publicó cuentos y notas críticas. Ha sido traductor de Faulkner y Huxley. Lino Novas Calvo puede ser considerado como uno de nuestros mejores cuentistas, habiéndolo alcanzado los premios «Hernández Catá» y «Nacional de Cuentos».

Tiene este autor publicadas, una serie de novelas cortas: «Un experimento en el barrio chino», «No sé quién soy», «En los trapatios». Obras éstas, que más bien podemos considerar como cuentos largos, no sólo por el breve dibujo de su extensión, sino por el rápido deslizamiento del autor, al alargar o detener sus personajes, con el tatuaje de un recortado manchón. Siendo su biografía «El Negrero», la que, pese a su contenido histórico, lo sitúa dentro de la calidad de lo novelesco. En «El Negrero», pues, encontramos el espléndido aire del que nos habla, contándonos el relato. Y pasan, con la voluptuosidad de una sucesión continua de metáforas, negreros y consignatarios, entre «granjas de belleza», entre cuarteronas «desnudas, untadas de aceite», mezclando así, lo entrevisto de nuestro paisaje con la anécdota de un exótico paraíso.

Pero con Lino Novas Calvo, en su calidad de novelista, padecemos la sensación de que quiebra las figuras, mirándolas de lejos. Pues, las sombras pierden su realidad de reflejo, de contraste, adquiriendo por ello, lo frío de algo inconexo, y alargándonos el relato por atajos un tanto artificiales. Esto podemos atribuirlo a su trezado, en fílmica fijación de rostros y gestos, que si bien alcanza su mejor calidad en el cuento corto, nos aturde, sin embargo, en la novela, al llevarnos al contraste entre lo tenso del motivo y la lenta fijación del escribir, hasta sentir la irrealidad de un movimiento, que suena como superpuesto.

EL NEGRERO

Aquella misma noche salió Pedro en un barco mercante para el Brasil. Dijo al capitán que le perseguían por no haber podido pagar la fonda y que trabajaría de balde.

El *Rei de Portugal* llevaba destino a Recife. Era uno de los barcos complementarios de la trata. Iba con ron, pólvora, armas y otros artículos para la compra de negros y volvía con azúcar, café, goma, marfil, palo del Brasil y dinero. Iba y volvía excesivamente cargado y escaso de tripulación. Los marineros sólo dormían cinco horas. El capitán era hombre de rebenque, a quien sólo dominaba su mujer, que viajaba con él. El contramaestre, un hombre blando, decía que la mujer (gorda, peluda y chiquita) era la que hacía fiero al capitán. Ella le dominaba y le gustaba que su hombre brutalizase a los demás. Pedro volvió a la brega. El encuentro con María Cruz le había dejado atontado. Se había sentido atraído, retenido, envuelto; la había visto velada, la vio luego desnuda y al fin velada otra vez. Era una mujer extraña. Pedro preguntó discretamente a la marinería si la conocían y no descubrió nada. Parece que la fama le venía de su padre, negrero y pirata, y sus viajes con él tenían distintas versiones. Los del *Rei de Portugal* decían que la de María era una familia de criminales y vengativos. El capitán decía que el ser negrero era tan negro como el ser negro, pero él mismo había sido negrero.

Pedro entró en Recife pensando en hacerse negrero. Este pensamiento pareció dárselo el bautismo de la línea ecuatorial que le hicieron pasar los demás marineros. Al llegar al Ecuador aparecieron por proa unos fantasmas y llegaron hasta el capitán.

—¿Cómo se llama este barco?—preguntaron.

El capitán les presentó a Pedro, todavía teñido de espuma septentrional, que no podría pasar al sur sin permiso del rey de la línea. Los fantasmas, Neptuno y su corte, desaparecieron para volver de noche a bautizar al catecúmeno. Apareció seguido de su mujer. Después venía el sacerdote, el rasurador y el gran jabonero con brocha y lata de alquitrán. Después venía un policía de negros, que buscaron por todo el barco, sacando a cubierta a todo el mundo para que presenciaran el gran bautizo. Dos policías ataron a Pedro los pies, le pasaron un cabo por la cintura y le subieron a la borda. Cuando al preguntarle Neptuno si hacía votos de bautismo contestó «sí», la policía negra tiró de un cabo y la pasada por la cala que le había hecho sufrir Rice se repitió. Aquél, le dijeron, era el bautismo de la línea ecuatorial.

El barco fondeó al sur de la península, donde se alineaban infinidad de barcos de cabotaje, jangadas y negreros. Recife era el

primer puerto negrero del Brasil.¹ Como todos los puertos negreros, hedía.

—Hiede porque la trata se está corrompiendo—dijo el capitán.

Los negreros mostraban sus cañones montados en colizas y se oían sonar los calderos. De las aguas remansadas de los ríos se levantaba un vapor luminoso, sofocante para las gentes del Norte. Los marineros ingleses, enlazados a las bordas, chorreaban sudor. Grupos de hombres renegridos bañaban los negreros con mangueras. Descargados los esclavos, se le borraba así al barco la memoria del viaje. A proa y a popa había hombres pendientes de andamios pintando. Otros distendían la jarcia o cosían los toldos. Los marineros llamaban a aquello la confesión del negrero; luego podía volver a pecar.

De noche entró un negrero cargado y ancló al lado del *Rei de Portugal*. Pedro seguía a bordo y ayudaba a la descarga. Con la amanecida vio sobre cubierta un ejército de negros totalmente desnudos; los marineros, bañándolos con mangueras. A proa estaban los muleques, en el centro de las piezas, y a popa las mujeres. Antes del baño les habían afeitado todos los pelos de la cabeza y del cuerpo. Por las veredas formadas por los grupos (atados de dos en dos por los brazos y con grillos en los pies) se movían los marineros chorreando agua sobre ellos. Los negros gritaban, hablaban, aullaban. En el centro, entre los palos, se sucedían los guardianes con el látigo en la mano, que restallaban al son de roncadas voces. Entonces vino el sol a secarlos con sus toallas de luz y a ennegrecerlos más. Los guardianes volvieron a restallar el látigo y los negros comenzaron a moverse con ritmo en derredor. Un mulato encarado en una tarima junto al guardián del centro marcaba la marcha en un tambor.

En Recife Pedro se encontró con un joven aventurero brasileño que había huído de su casa y volvía tras varios años. Al volver descubrió que su familia había muerto, salvo una hermana que tenía una hacienda cuarenta millas tierra adentro. El joven se llamaba Paulo Pedro y conocía la vida de la Lengüeta y la trata. En la Lengüeta se ocultaban los maleantes del interior del país, así como los de la costa se refugiaban en la Sertao. Por aquí pasaban de noche las armazones de negros hacia los depósitos de las afueras o al interior. El blanco del Brasil, indolente y rebajado, dejaba en esta plaza y sus alrededores un poso de gentes perdidas que formaban una extraña mezcolanza. Aquí se incubaban libertades, y entre los borrachos de las tabernas y los lupanares había varios curas de paisano. Ahora comenzaba a zumbar una interrogación.

El comerciante Domingo José Martín se filtraba entre las gentes ociosas y les tomaba el pulso. En la fonda donde se alojaron Pedro

¹ Véase Rev. R. Walsh: *Notices of Brasil*. London, 1830.

y Pedrao tenía Martins una tertulia. En torno a él había negros mahometanos con turbante y muchos hombres del puerto. Martins fumaba un veguero y guiñaba un ojo al patrón, que se movía con un delantal de cuero por el local. Martins era un grano sano entre aquellos elementos, pero conocía el valor de ellos. Pedrao pensaba unirse a él cuando estallase la revolución que preparaba. La noche siguiente se presentó a Martins en el mismo lugar. Pedro ayudó a formar el triángulo en un rincón de la fonda, pero permaneció callado. La idea de alistarse en una aventura apelaba a algo que había en él, pero aquello parecía muy remoto. Pedrao ensalzaba a Pedro, y entre las marinerías se decía que era hijo de un pirata español que merodeaba por las Antillas.

Pedro hizo amistad con un yanqui en una taberna. Era un marinero que había abandonado el mar y se dedicaba a escrutar y hablar mal de las gentes. Decía que el mundo estaba *made out of rascals*. Los tres iban a ver los desembarques y escuchar el tambor que marcaba las marchas a bordo. Pedro asomaba a veces a un ventano de su cuarto, en la noche, y veía pasar las negradas descalzas en silencio. El restallar del látigo las anunciaba a lo lejos. Al frente, a la espalda y a los lados marchaban los guardianes, también negros o mulatos, vestidos de claro y sombrero alón de paja. De vez en cuando emitían un grito largo. Luego seguía un silencio barajado por mil pies descalzos y se veía un mar de olas negras teñidas de dientes y ojos blancos. Pedro siguió estas procesiones varias veces.

En las posadas y lupanares se tocaba música negra. Si en Pedro no hubiera una imaginación pirática que le arrastraba siempre fuera de sí, con lo que en él había de andaluz hubiera terminado por rendirse al ambiente. Pedrao le dio ocasión para salir de él. Andando por la ciudad, se encontró a un inglés que vivía en una hacienda cercana y que Pedrao conocía, y se le ocurrió una cosa. El inglés le dijo a Pedrao que su hermana había venido a una feria de negros que se celebraba aquellos días, y Pedrao propuso a Pedro ir una noche a saquear su casa.

La feria se abría al rayar el sol. Pedro, Pedrao y el inglés se pusieron en camino hacia ella; Pedrao con la barba crecida para que nadie le conociese. La feria se celebraba en un raso abierto, rodeado de barracones y dividido por empalizadas. Cada barracón tenía uno o varios corrales. Al llegar la hora sonaron los cuernos y los gitanos (gitanos portugueses, que eran los revendedores), restallaron los látigos y de cada boca de barracón manó una corriente de negros rapados, desnudos y untados de aceite. Al llegar un comprador los cibanos sonaban el látigo y hacían trotar a los negros. Espiaban en sus ojos cuáles le llamaban la atención y los hacían parar frente al comprador. Sobre una plataforma de tablas se paraba otro gitano con una bocina y pregonaba las excelencias de los

negros que se acercaban al comprador. Algunas negras iban preñadas y valían más. Los compradores llegaban por distintos caminos y en una esquina de la feria donde convergían todos los caminos estaba la forja del calimbador. Pedro admiró al cigano con sus botas de charol flojas, espuelas de plata, chaqueta azul y alón sombrero de paja con ancha cinta roja. Aquel hombre tocaba vivamente a la imaginación, rompía la chatez de la feria. Pedro le veía capitaneando un barco pirata, tocando una guitarra o acaudillando una horda de vagabundos. Los gitanos miraban con recelo al inglés, aquel dandy que no iba más que a mirar. El inglés no compraba nunca negros, pero era entendido en ellos. Conocía sus castas, fortaleza y procedencia sólo con mirarlos.

—Los negros que entraban entonces en el Brasil—dijo a los otros—iban del Bajo Congo, Dahomey, Lagos, Bony y el Viejo Calabar. Los mendigos y los fulahs habían introducido la religión mahometana en el país. El mismo inglés había estado en Africa y conocía toda la organización de la costa.

Los compradores eran hacendados, con piedras de Geraes y grandes vegueros en la boca, o damas de igual rango. Junto a Pedro y sus compañeros pasó una gran dama con una larga capa roja, sombrero de fieltro sobre un turbante blanco y zapatos bordados. Era la hermana de Pedrao. Al andar recogía la capa y mostraba la puntilla del refajo. Caminando era como un barco con galeno sobre un mar tranquilo. Aquel porte parecía pesar más que sus años. Había venido a la feria a caballo escoltada por una guardia de negros y mulatos. Se llamaba Modesta y manejaba su hacienda como una amazona. Al acercarse a ella el primer esclavo, brindado por un gitano, Modesta se desprendió de su altivez y comenzó a examinarlo minuciosamente, tentando sus músculos, llevando a la lengua el dedo impregnado de su sudor (pues en el sabor del sudor se conocía la salud del negro) y llegando hasta lo más secreto. Aquello lo hacía todo comprador. El cagno sonaba el látigo y hacía bailar, hablar, cantar, correr y reír a los cautivos. Al fin de escoger mucho, Modesta se quedó con un hermoso muleque mandingo.

Los compradores sacaban sus piezas de los rebaños, guiados por contramayorales negros látigo en mano. Entre los compradores había frailes, curas y oficiales de uniforme. Al llegar ante el calimbador se detenían. Este estaba con un babero de cuero ante un fuego en rescoldo. Al lado, pendiente de una tabla clavada verticalmente en la tierra, tenía un alfabeto de hierro. Al llegar un negro cogía la letra que pedía el comprador con unas pinzas largas y la ponía a calentar. Mientras tanto frotaba con sebo la tetilla izquierda del negro, cubría el lugar con un papel aceitado y le aplicaba suavemente el hierro rojo. La operación, decían, no era dolorosa. *Quei-*

mado pelo ferro quente, el esclavo marchaba ante el contramayoral. Otro ocupaba su lugar. Los que quedaban despedían a gritos a los que se iban, sus carabelas (compañeros de viaje de Africa a América). El inglés dijo a Pedro que los portugueses eran amantes de los negros, que el palmatorio era el castigo sumo y que el esclavo que daba diez hijos era libre. A Pedro no le importaba aquello. Se había quedado mirando a la hermana de Pedrao, que marchaba a caballo al frente de su cortejo.

Pedro y Pedrao llevaban aquella intención en sus cabezas y aceptaron la invitación del caballero inglés de ir a pasar dos días a su hacienda. Este vivía en una hermosa quinta, a veinte millas de Recife, con una serie de casas menores pintadas de azul en derredor. Estaba en un bosque junto a un arroyo. La casa del Brumel se levantaba sobre una plataforma de albañilería, en forma de castillo, y era toda de caoba. Desde su terraza vigilaba a la gente que vivía en las casas pequeñas.

En la mesa les sirvió un grupo de jóvenes raras. El inglés las llamaba por nombres africanos y todas parecían gemelas y menos de veinte años, mulatas, de ojos azules y pelo color canela. Sus cuerpos, altos y flexibles, se movían con un cimbreo musical, y el inglés fruncía el labio inferior.

Al otro día comprendió Pedro (Pedrao lo sabía ya) de qué se trataba.¹ De las casas en derredor salieron otras personas similares a las sirvientas, jóvenes de pelo rizado y ojos zarcos, y jóvenes masculinos semejantes. Las jóvenes iban envueltas en túnicas holgadas. Detrás de ellas asomaron otras de color más oscuro, desnudas. En el césped donde aparecieron aguardaba un cuarteto de músicos y las jóvenes comenzaron a bailar una extraña danza, que comenzó con bolero y terminó en rumba. El cuarteto era de negras. El inglés mandó retirar a todo el mundo y se volvió a sus huéspedes con risita burlona:

—¿Bonito, eh?—dijo—. Esto no lo habrán visto ustedes en ninguna parte. Esto lo he descubierto yo, y con ello he añadido una virtud más a las cristianas.

En Recife había oído Pedro hablar del criadero de mister Reeves, pero no había pensado que fuese éste. Reeves era un vagabundo que había caído un día en el Brasil y descubierto que sus hijos con buenos ejemplares africanos salían de una extraordinaria belleza y que los ricos brasileños se los disputaban. Desde entonces dio en tener cuantos hijos pudo con negras (especialmente de los grupos mahometanos) y en vender los hijos hasta que pudo fundar aquel establecimiento como criadero. Cuando lo hubo logrado dio en hacer experimentos de cruces, y sacaba especies rarísimas, de las

¹ Véase JOHNSTON: *The Negro in the New World*, capítulo V.

que salían mujeres que le pagaban a peso de oro. En su establecimiento tenía escuelas y preparaba la prole para distintos oficios. Criaba caleseros, doncellas, huríes, apolos, bailarinas, y todo lo que le pedían. Las grandes damas del Brasil iban allí a buscar favoritos. La gente decía, en burla, que también criaba monjas. Le llamaban el Patriarca.

Pedro había mirado fijamente a una de aquellas mulatas y el inglés lo advirtió. Este dijo que aquélla era una de las vírgenes de encargo. A la hora de irse los huéspedes el inglés hizo que su guardia (seis venus mulatas) sacaran los mastines a pasear ante ellos. Luego desfiló otra guardia de hombres armados.

—Espero verlos por aquí otra vez—dijo el inglés.

Pedro y Pedrao decidieron ir a asaltar la casa de Modesta, la hermana del último. Pero les salió mal. La casa de Modesta estaba cercada de alambres y fusiles. Los dos quisieron saltar la cerca, y Pedrao quedó colgado de los alambres con una bala en la cabeza. Los perros los habían sentido y dado la señal. Pedro huyó. Pero los contramayorales de la hacienda se echaron al monte con los perros de los cimarrones. Pedro se defendió a cuchillo, mató un perro y trepó a un árbol, que salpicó de sangre.

Aquella aventura llevó a Pedro a una experiencia más grave que las dentelladas de los perros. Huyendo de éstos, se refugió en la cabaña de una india, cerca de la casa del inglés. La india creyó que Pedro era del criadero de Mr. Reeves y corrió a delatarlo.

El temple que el malagueño iba adquiriendo en su fricción con la vida lo vino a comprobar él mismo en La Habana. La *Jacinta* fondeó en el muelle de Luz con alguna carga de pretexto como procedente de Puerto Rico y una vez en tierra los naufragos se dispersaron. El segundo y el piloto tenían amistades en la capital. Los marineros, incluso Noodt, fueron a buscar plaza y comida en los negreros fondeados. Pedro tomó la alameda de Paula y caminó al azar, pensando. La idea de enrolarse en otro negrero no le gustaba. Morales le ofreció plaza en el suyo para la siguiente estación, pero él calló. «Ya veré», dijo. Por la calle de los Oficios tropicaban borrachos, y de las tabernas salían distintos cantos regionales. Pedro llevaba en el bolsillo tres pesos que le había dado Morales y se recostó a un mostrador, borracho antes de estarlo. Aquel estado de fiebre mansa que lo había envuelto en Africa, de la cual salía con arrebatos, parecía dominarlo desde entonces. Así lo vio su tío Fernando en aquella taberna después de la aventura.

Fernando vio en Pedro un hombre extraño. El joven le saludó como si lo viera a diario y siguió tomando. Por primera vez tomaba.

Fernando vio que no era ya el hombre con quien pudiera intimarse, sino un cimarrón de la sociedad. Fernando escribió a su hermana, refiriéndole el encuentro y diciendo: «Da miedo hablar con él; tiene la mirada de un animal salvaje y el acento de un desalmado». Fernando estaba entonces sediento de afectos familiares, y se encontró con que en Pedro no los había. Seguía de capitán de un barco mercante; pero—dijo—pensaba volver al cabotaje del Mediterráneo. Se había casado en Cuba con poca fortuna. Pedro no supo más ni quiso averiguarlo. Fernando llevó a Pedro a la casa donde solía parar, la casa de un hodeguero, y le preguntó qué camino pensaba seguir. Pedro dijo secamente: «Negrero». La forma en que lo dijo no dejó a Fernando fuerzas para intentar siquiera disuadirlo. Por otro lado, el oficio era por entonces lucrativo. Y, puesto que no podría disuadirlo, trató de ayudarlo.

Fernando conocía en Regla al señor Carlo, un detallista de viveres que tenía negocios en la trata, y llevó a Pedro a su casa. Carlo era un italiano azucarero y aplatanado en Cuba. Su casa tenía al fondo un vasto zaguán, adonde iban a tomar los marineros, y daba posada en el piso superior. La casa era al mismo tiempo un lugar de cita para las gentes de la trata y una oficina de información de cuanto se relacionase con el negocio. Carlo recibía periódicos de Inglaterra, Francia y Estados Unidos, y todo lo que afectase a la trata (movimiento de abolición, medios represivos, situación de las factorías, quiénes las regían, escasez o sobra de brazos en las distintas regiones de América, accidentes de viaje, naufragios...) lo iba registrando en libros diarios. Las noticias las adquiría por marineros y por cartas de sus corresponsales similares en distintos países. Al mismo tiempo mediaba entre marineros y capitanes, entre capitanes y armadores, entre armadores y corredores. El mismo era corredor, y en los barracones de Regla tenía siempre algún esclavo a la venta.

Pedro fue a ver estos barracones, los más vastos y numerosos de la isla, a un kilómetro de la villa. Además de la feria periódica, se abría el mercado cada vez que llegaba una armazón o bajaba del interior algún ingenio en liquidación. La feria que se abría ahora era debido a la llegada a salvamento de varios negreros bien cargados. La trata, suprimida por la ley al norte del Ecuador, se movía con fiebre. El puerto estaba lleno de negreros que iban y venían. Los barracones, en número de treinta o cuarenta, estaban atiborrados de cuerpos. Se desplegaban irregularmente en torno a una vasta planicie central, el campo de feria, sin ninguna división. Cada dueño, auxiliado por contramayorales negros, sacaba al campo su rebaño y le hacía correr, brincar y cantar al son del látigo. Del interior de la isla llegaban guajiros en monturas plateadas, estrellas por espuelas,

guayabera impecable, polainas charoladas y panamá alón en la cabeza. Se apeaban del caballo y avanzaban a paso largo, pero pausado, al centro de la feria con la fusta en la mano. Pasaban entre los grupos, ojeándolos de pasada, con aire de *connaisseur*, y volvían a situarse a un espacio abierto a cierta distancia de los grupos. Los vendedores hacían sonar el látigo y los cautivos se destacaban solicitados por el ojo del comprador probable, parándose ante él. Este examinaba la pieza. Le mandaba moverse, saltar jugar los miembros. Le palpaba las pantorrillas, le miraba la dentadura, abriéndole las bembas como a los caballos, le metía la mano por entre las piernas y, como doña Modesta en Recife, le probaba el sudor. El comprador necesitaba de intérprete para examinar a la pieza, y para esto servía la cáscara de vaca, que manejaba un contramayoral (guardián, contramaestre, domador, o como diablos se llame). Fuera de los barracones ordinarios había otros más seguros y custodiados, donde guardaban a los cimarrones, los hombres de la cima, y se oían sus quejas. Fernando pasaba con Pedro ante las puertas y miraba a los ojos del sobrino y no encontraba nada en ellos.

Fernando quiso tocar todas las fibras del sobrino a ver en cuál, si en alguna, se encontraba él (porque, para el tío, Pedro había dejado de ser él para ser un alma maldita: se había cambiado la sangre por acero líquido y los ojos por pedernales). Le habló de Clara. Fernando la había visto dos veces desde la fuga de Pedro. Unos marineros habían llevado a Málaga la noticia de su escala en Lisboa. Cuando el padraastro oyó que el joven había ambulado por el Mediterráneo, estado en Terranova y embarcado de negrero, dio un puñetazo en la mesa de alegría.

—Aquél—dijo—sería un verdadero hombre; no importa lo que antes hubiese hecho.

Clara estaba algo enferma y había envejecido mucho. Rosa era una criatura como un ángel, triste, reservada, tímida y abatida. Fernando había tratado de animarla.

Al terminar el discurso y durante él, Fernando escudriñó el rostro de Pedro. Pedro se contrajo como para ahogar algo que no había muerto en su alma, pero nada reflejó.

—¡No me hable de la familia!—dijo secamente.

—¡Cómo has degenerado!—le dijo el tío.

Pedro hablaba poco y sus palabras tenían sentido directo para el que las oía. La crueldad con que presenciaba la venta de los esclavos y oía los lamentos de los cimarrones dio miedo a Fernando. A la puesta del sol sacaron cuatro cimarrones al tumbadero, próximo a los barracones, y les obligaron a echarse en tierra. Uno de ellos era una mujer preñada. Para no hacer daño a lo que tenía

dentro, los encargados de ejecutar el castigo habían excavado un hoyo en el suelo en el cual encajaba el vientre. Los ejecutores eran dos negrazos achantis, de ojos reventones. Los cuatro cimarrones quedaron desnudos boca abajo, los ejecutores levantaron el látigo y una especie de *timekeeper* o director de orquesta mulato marcó con el brazo las veces que el cuero cayó sobre las espaldas. El lamento de los cimarrones («Ta bueno, mi amo; ta bueno, niño; ta bueno, mi amo; ta bueno») seguía como un rezongo de los latigazos, cada vez más débiles, hacia la noche.

Al oscurecer, las bocas de los barracones despedían un fuego fatuo y los gritos de los domadores seguían aún más huecos. Fernando y Pedro descendieron al muelle por una calle empinada en silencio. Fernando miraba a los lados con recelo. La villa tenía mala fama. En sus madrigueras de tablas se ocultaban ladrones, rameras, salteadores, tahures, vagos, cimarrones, asesinos, chulos, vagabundos, negros, piratas, decía la fama. Pedro iba indiferente.

Ya del otro lado de la bahía, en La Habana, todavía se oían los gritos. Pedro siguió con Fernando algunas horas, tomando por las tabernas, y luego le acompañó al barco, que salía al día siguiente. Fernando no se atrevió a darle más consejos. Le dio una carta de presentación para el teniente Marchena, un pariente que mandaba en Matanzas el pelotón de la costa, y otra para un amigo hacendado que vivía en La Habana, llamado Cosme Martinón.

—Puede que te sirvan de algo—le dijo.

Luego le dio algunos pesos, le vio alejarse en la lancha proa al muelle de Caballería y se retiró a su cámara.

Pedro se pasó dos semanas en La Habana con la cabeza envuelta en niebla. No sabía qué hacer. Las experiencias del mar y de la costa estaban demasiado recientes y eran demasiado graves para volver a ellas. Su cerebro jugaba con las ideas sin saber con cuál quedarse. Abría y cerraba las cartas de presentación, se hacía un propósito y se arrepentía. Vivía en una posada de la calle de San Ignacio, próxima a la Plaza Vieja. De día trompicaba por la ciudad, miraba a los balcones, iba al campo de la Punta y regresaba con las manos en los bolsillos y la mirada en el vacío. En la Punta vió ejecutar a dos negros que habían asesinado a sus amos. Algunas veces entró por la calle Habana, subió por los Cuarteles y pasó ante la iglesia del Ángel, mirando hacia dentro. En estos días de vacilación, solo consigo, con la tragedia de la mulata detrás de los párpados y los recuerdos de la familia traídos por Fernando, Pedro debió de pensar en salir del mar y buscar en tierra alguna topera pacífica. Sus anteriores correrías debió de mirarlas como un viaje a la deriva llevado por un temporal.

Pedro se presentó en casa de don Cosme Martinón con la carta de Fernando. El hacendado vivía en una «villa» en Guanabacoa. Para llegar allá Pedro cruzó Regla, los barracones y siguió por un camino de herradura durante una hora. Don Cosme le recibió en una sala echado en un sillón de mimbre, con una ancha leontina sobre la botarga. Vestía guayabera, llevaba panamá y tiraba de un veguero cuyo humo le tenía amarillo el mostacho.

—Vengo a que me dé usted trabajo en su hacienda—dijo Pedro—; yo sé contabilidad y quiero retirarme del mar.

Don Cosme era un admirador de la gente de mar, y atribuyó la insolencia y brusquedad de Pedro al oficio.

—Pues no faltaba más, a un sobrino de mi amigo el capitán Fernando—dijo el hacendado—. Queda usted colocado. Casualmente yo mismo tengo que ir a echar a andar el ingenio. Partiremos mañana.

La zafra comenzaba dentro de quince días. Pedro montó en un alazán y siguió a don Cosme campo adentro por un camino de herradura. A poco se encontraron en el mismo camino una caravana de esclavos destinados a varios ingenios de Matanzas. Los negros marchaban con un paso musical al son de un tambor lento que ya no se oía, pero que ellos llevaban en la sangre. La sangre de los negros había aprendido el ritmo de los cueros, transmitiéndolo a los nervios y a los pies, y ese ritmo reinaba de muerte en ellos. Los caballos se habían contagiado por aquel ritmo y marchaban igual. La caravana avanzaba sobre la tierra colorada, que manchaba de su sangre los pies de los negros, pasando bohíos y palmares al través de pequeñas vegas con sus casas de tabaco cerradas. De cuando en vez don Cosme hacía preguntas a Pedro entre las notas de los látigos y los gritos de los domadores. Al anoecer entraron en Matanzas.

El ingenio *Julietta* estaba situado cerca de Loma Cantel, Camarioca, a 25 kilómetros de Matanzas. Pedro aprovechó la etapa en esta ciudad para visitar a aquel pariente Marchena, a quien no conocía. Le encontró instalado en una casa nueva, en un extremo de la ciudad, con su madre y una hermana menor. Marchena recibió a Pedro con gran hipocresía, pues pertenecía a aquella rama puntillosa de la familia. Pero aquí, en el destierro, se disolvían mágicamente los dogmas. Aquí se venía como a una sala de juego, donde el príncipe podía chocar la copa con el tahir. Marchena era joven y tenía una gran ambición de hacer dinero, y esto sólo sería posible relacionándose con bandidos y aventureros como, por referencias, lo era ya Pedro. La hermana del teniente, Magda, era una criatura de miraguano, acento picante de andaluz y movimientos de gata. Tenía unos ojos amorosos y un pelo crespito y denso como un ma-

nigual en el que sus ojos tendían emboscadas. Pedro dijo a los Marchena que pensaba dejar el mar, y esto no les gustó.

—No seas tonto—le dijo el teniente—; la trata es una mina, y tú tienes ya los conocimientos y el valor.

Al fin le despidió con palabras envolventes de afecto.

—Ésta es tu casa y éste tu amigo—le dijo.

Continuando el viaje al *Julieta*, don Cosme preguntó a Pedro si sabía lo que era un ingenio.

—La tierra es toda igual—dijo Pedro.

El amo creyó que el joven iba dormido sobre la silla.

—¡Ánimo, arriba!—gritó el hacendado.

Y en su voz había la de mando a los negros.¹

El *Julieta* era un ingenio y plantación recogido en la manigua, amurallado por la misma. Pedro siguió al amo a lo largo de su camino real, de tierra blanda. El guardiero, un matungo con los ojos adormilados de años, les abrió la cancela y siguió a Pedro con la vista. Don Cosme se desmontó de su alazán rodeado de la gente del batey y se quedó aguardando. El batey lo formaban la casa de vivienda, el trapiche, la casa de calderas, la casa de purga, la casa de administración y la tienda. En el centro se abría una gran plaza. A espaldas del batey estaban los barracones, la enfermería y los bohíos de los carreteros y demás empleados. Al llegar allí, a la puesta del sol, el ingenio dormía. Don Cosme dio unos pasos, impaciente. El mayoral apareció, montado, a galope, y se acercó a él con un saludo servil. Era un guanche corpulento y de porte militar, con un largo machete pendiente del cinto. Don Cosme no había anunciado su llegada y la negrada no estaba preparada para recibirle. Lo estuvo en diez minutos. El mayoral volvió a montar y partió a galope. El amo esperó. La dotación apareció en fila a filo de la casa de administración, al son del látigo del contramayoral, un negrazo enorme, esquinado de blusa y calzón corto. Las mujeres venían detrás, esquinadas en holgadas batas de listado. A la voz del contramayoral los esclavos desfilaron uno a uno ante el amo, arrodillándose y pidiéndole la bendición.

—¡Hala, arriba!—ordenaba don Cosme.

Los negros iban pasando y formando rebaño aparte. Una vez benditos todos, el contramayoral chasqueó el látigo y la negrada partió en retirada.

—Arreen ligeros! ¡Que no les vea las patas!—tronó el contramayoral.

Antes de remitirlo a su trabajo, don Cosme llevó a Pedro a su casa, privilegio que pocos tenían, debido a su amistad con Fernando.

¹ Para la esclavitud en Cuba, véase ORTIZ: *Los Negros Esclavos*. Bibliografía.

Esta casa era un chalet rojo, emboscado en arbustos, sobre los cuales asomaba como una brasa irregular. Estaba en una plataforma natural, dominando el batey. Dentro estaba el ama, una mujer gorda y blanda con cara de santa; el niño y la niña, de dieciocho y dieciséis años, hijos mimados y crueles. El niño miró a Pedro con odio; la niña, no. Pedro era, seguramente, un rufián que tenía tras sí hechos que humillaban, pues eran los hechos heroicos. Don Cosme lo sentó a la mesa, servida por cuarteronas, y le mandó que contara sus aventuras. Pero Pedro era un mal narrador de aventuras.

—¡No parece usted andaluz!—le dijo el ama.

El puesto de Pedro estaba en la administración, a las órdenes del mayordomo, y su alcoba al fondo de la misma, en una perrera de tablas junto al tinglado de las herramientas. Al través de la ventana veía la torre del ingenio y un trozo de la casa del amo. Pedro no se ocupó más de la casa, y el amo no le dio más órdenes. A veces veía salir una volanta y dentro alguna figura de fiesta que se dirigía por la guardarraya a un sitio vecino. El niño pasaba a veces ante la puerta montando un potro brioso, con el reluciente machete pendiente del arzón. El trapiche comenzó a roer, y las carretas a rechinar, y los carreteros a cantar a los bueyes, *Perlafina* y *Grano-dioro*. A la oración, tocada en la campana del ingenio, el mayoral reunía en el campo del batey, bajo los ojos del amo, a toda la dotación, que rezongaba como un enjambre las palabras del rezo. Los bozales emitían unos sonidos tardíos que no llegaban a acomodarse en palabras. En días de tabla los ladinos iban a pescar cangrejos y cultivar sus conucos, concesión del amo; pero al comenzar la zafra no había días de tabla. Los negros trabajaban dieciocho horas, repartidas entre el día, el cuarto de prima y el cuarto de madrugada. Había sonado la hora de la fajina. Pedro quedó encerrado en una cáscara de nuez, solo con una pila de libros grasientos. Al terminar el trabajo del día se iba al cuarto de calderas, donde los negros, desnudos, metían leña al horno, a ver girar el trapiche movido por bueyes lentos, o se echaba al campo, a ver tumbar caña. La agitación de la molienda era lo único que espantaba la monotonía y el aburrimiento. Salvo el cuarto de calderas, con su semejanza al infierno, lo más estimulante era ver tumbar la caña. Aquí el contramayoral disponía los cortadores, colocando mujeres fuertes al lado de hombres débiles, a fin de tocar su amor propio, y los machetes cazaban por el aire las cañas, partiéndolas en trozos, al son de un canto de trabajo. En noches de luna se veía el cañaveral amarillo y ondulante tendido hasta el cielo.

Pedro encontró un amigo en el sereno, un canario amante de las armas. Este sereno daba a veces alarmas falsas por el gusto de disparar la pistola, y toda la gente se echaba fuera a perseguir a algún

bandido imaginario. Luego terminaba por creer él mismo que había sentido ladrones, arrastrándose en torno a la tienda, y que habían huído. Cuando supo que Pedro había navegado dio en ir a la oficina a hablar con él.

—No me lo explico—le decía—; ésta no es vida para un hombre como tú.

Pedro sentía ya lo mismo. A los dos meses se volvió a despertar en él el alma de pirata que llevaba dentro, y daba vueltas a una nueva idea. Para madurarla, un domingo pidió permiso para ir a Matanzas y se entrevistó con Marchena. Quería saber si éste le ayudaría en la empresa. Pedro le preguntó si conocía a algún corredor que se encargara de una armazón robada, y el teniente le presentó con mucha confianza a un sitiero que tenía su sitio próximo a Camarioca y que se hallaba entonces en Matanzas. Pedro sabía que por Camarioca desembarcaban armazones que luego marchaban tierra adentro custodiadas sólo por unos cuantos guajiros. A Marchena y al sitiero les dijo que se trataba de una cuadrilla ya formada de la cual él era el jefe. Marchena miró a aquel primo degenerado con gran admiración. De vuelta, Pedro acompañó al sitiero hasta su sitio, establecido en un lugar próximo al camino seguido generalmente por las caravanas, y exploró el terreno. El sitiero se encargaría de dar curso a los esclavos que se le entregaran con ayuda del teniente. Este respondería a Pedro de su importe, menos el tanto por ciento que cobrarían él y el sitiero. Pedro avisaría a éste oportunamente.

Con este plan volvió Pedro al batey al amanecer. Pero en el batey nada había aún preparado. Sólo sabía que el sereno seguiría sus órdenes incondicionalmente.

Los negros que huían, huían durante la zafra, cuando el trabajo era duro, y menudeaban los bocabajos llevando cuenta; pero como los negros no sabían contar, aquélla aumentaba a voluntad del mayoral, aquel hombre extraño mitad león y mitad gato, que era el rey de los campos. Todas las noches cundían por sobre el techo de la administración los lamentos que venían del tumbadero. De esto había nacido la idea de Pedro. La mayoría de los esclavos que componían la dotación era procedente de las costas del Oro y de los Esclavos, gentes vigorosas, pero rebeldes. El año anterior, dijo a Pedro el sereno, habían huído a la manigua doce cimarrones, seis de los cuales habían vuelto a someterse, a razón de quinientos zurriagazos a cada uno, y seis habían muerto adentellados por los perros. Estos animales, de raza muy parecida a la del mayoral, infundían pánico a las negradas sólo con mirarlas, y todos los años al comenzar la zafra los hacían visibles una vez a la dotación. La negrada se le presentó a Pedro como una carga propicia, compri-

mida más por el nuevo mayoral, que trataba de hacerse méritos cargando la mano.

El proyecto, consultado con el sereno, era sublevar una docena de negros de los más fuertes y rebeldes y formar con ellos una cuadrilla para saltar las cargazones y venderlas por medio de corredores cómplices. Un proyecto así hallaba entonces buena acogida en cualquier parte. El sereno se encargaría de coger armas de la armería del batey y, una vez echados al monte, cazarían para comer, o asaltarían a algún sitiero. El sereno conocía al dedillo toda la región y era diestro en la estrategia de tierra. Además, tenía la confianza de uno de los cimarrones del año anterior, llamado Marcos Mina, que podía ganar la voluntad de los demás. El plazo de partida lo fijaron Pedro y el sereno para dos meses después, a mediados de la zafra. Sólo quedaba ir mirando lentamente. Pedro aplicó la oreja al ingenio.

Para no ahogarse, Pedro necesitaba gerundios: todos los días, al sonar la campana rajada del Ave María, salía al raso a ver llegar la negrada. Enfrente, en la escalinata de la casa del amo, veía al ama y la niña abanicándose en un sillón. En este campo aguardaban el niño y el amo a caballo, y junto a ellos, de pie, aguardaba el mayoral. Los negros y las negras, muleconas y mulecones, aparecían en sus esquifaciones de listado, abarcas de cuero ajustadas por ariques de yagua entonando una nota de trote, y el contramayoral detrás con el foete. Los barracones estaban todos hacia occidente, y los negros parecían venir a buscar la luz, lo blanco del amanecer. El batey estaba en un llano (luego se canalizó un arroyo y el trapiche trabajó a agua) y entre él y los barracones se tendía un tendón de tierra, a modo de terraplén. Lo primero que se veían de aquel lado al amanecer eran las cabezas rapadas de los negros por encima del terraplén, como huestes de asalto. Escenas así enloquecían a Pedro. El mayordomo decía al amo que el joven era muy listo, que trabajaba, pero que parecía faltarle lastre. Aquellas cabezas rapadas surgiendo como soles negros del horizonte occidental era un gran espectáculo. El amo se apeaba entonces del caballo y avanzaba al encuentro de la dotación hasta unos pasos del jefe de campo a un lado y el mayoral al otro. Estos hacían hablar sus látigos y los negros se detenían para arrodillarse. De allí pasaban a recoger las herramientas, que el sereno custodiaba, junto al almacén, y partían para el corte o a relevar a los del cuarto de madrugada, que venían entonces a rezar también el Ave María.

Pedro trabajaba como un negro. Se levantaba con el día y se acostaba, en un catre, con los del cuarto de prima. Desde la oficina veía pasar al niño, al través de la ventana sin ventana, a caballo, con el machete y la pistola de aquel lado. Lo veía sólo de la cin-

tura a la montura. Sabía que este niño era un mala sangre, que azuzaba al mayoral para que cargase la mano, que se fornicaba todas las esclavas mulatas y que le tenía inquina a él. Pero el hombre más interesante era el mayoral. La mayorala era una reyoa o blanqueada, y el mismo mayoral la creía blanca. La había encontrado en La Habana, en casa de una viuda, y ésta se la vendió por blanca huérfana. El guanche vio sus ojos claros, y su pelo liso, y su cintura matona y la llevó consigo. Parece que la mayorala había tenido algo que ver con un hijo de la viuda, muerto en España peleando al lado del cura Merino. Que hubiera muerto contra Napoleón le pareció bien a Pedro, no que hubiera vivido. El sereno era quien lo contaba. La mayorala tenía así resabios muláticos y se le antojaban cangrejitos de río y tomeguines del pinar y patos silvestres y otras cosas. El mayoral sacaba negros del corte y los ponía a su servicio, y luego los reventaba para levantar tarea. La casa del mayoral era hermana bastarda de la del amo. El mayoral era el general supremo de las fuerzas de acción y el amo poco más que un pobre rey en su corte, con reina, lacayos, concubinas y príncipes anémicos. El mismo jefe de campo, embajador técnico del rey, temblaba ante el mayoral.

Cuando el mayoral montaba a caballo todo el ingenio se estrechecía, pero cuando volvía frente al amo venía mansito y falso como un gato. Le daba cuenta de las cosas en palabras atérciopeladas, bajo las cuales había hojas de sangre, que parecían lamer las botas del amo por vueltas.

En el corte, el mayoral permanecía a distancia, y el contramayoral, negro, era el que se acercaba a la negrada. El contramayoral iba detrás de las cuadrillas, con el látigo siempre cerca de las ancas de las mujeres. Las mujeres habían aprendido a rivalizar con los hombres, levantando más que ellos en la tumba. Los hombres no querían dejarse avergonzar y echaban para adelante. Mandaban el machete al pie de la caña, la tiraban por el aire y en el aire la partían. Los cortes de los machetes en el aire, contra el cielo, parecían partir el cielo. Detrás venían las muleconas y mulecones agavillando, y el cañaveral se iba rindiendo así a los pies del mayoral, que permanecía a caballo, con su sombrero de pelo, ceñidor encarnado, manatí con cabos y anillos de plata y pañuelo al descuido.

El sereno preparó a Pedro el terreno para conquistar a los doce negros. El trabajo fue fácil. A media zafra sólo el terror podía someterlos a la disciplina. Pedro se daba escapadas a los barracones y hablaba con el matungo o guardiero, que era el más viejo de la dotación. Éste le contaba de capianguos, y meri-meri, y el fon-fon del contramayoral.

—Pobres clavos, niño; pobres clavos—decía el guardiero.

Pedro se había ganado la confianza del viejo y de los doce jóvenes que irían con él. Marcos Mina le prometió sacar a los otros once cuando Pedro diese la orden. Esto se convino para un día de tabla, que dividía la zafra en dos mitades.

Durante la zafra se daba un día entero de descanso a los negros y se les permitía bailar y tocar tambor. Antes de llegar este día Pedro llevó a Mina a un lugar de la manigua y convinieron reunirse allí después de la fiesta. El hecho de elegir este día era debido a que en él se aflojaba la vigilancia y los negros estaban mejor predispuestos a la rebeldía tras unas cuantas danzas. Pedro y el sereno aguardarían emboscados con armas y algunas provisiones, y luego partirían todos juntos, guiados por el sereno, hacia la manigua.

Y aquel día, de noche. Antes del amanecer Pedro estaba en pie y dio en recorrer el batey. Pasó al cuarto de calderas, donde trabajaban negros macuencos, metiendo cogollo en las fornallas. Desde arriba les gritaban: ¡Templadito! ¡Apriétale! ¡Mete para adentro! ¡Que se duerme! Los metedores estaban desnudos a una luz de grasa, más negros en la sombra, salpicados de guarapo. Allí supo que un negro se había tirado aquella noche a un tacho y que el azúcar hirviendo se había comido hasta sus huesos. Al Ave María, la dotación apareció en la plaza, y los doce señalados miraron a Pedro y al sereno con amor en los ojos. El contramayoral traía a los castigados con mazas y cadenas, y los macuencos se movían con lentitud. Entonces el mayoral dio orden de retirarse de parte del amo y les dio permiso para bailar tambor.

El amo, la ama, los niños, el mayoral, la mayorala y otra gente del batey fueron a ver comenzar la danza, pero se retiraron pronto. Las danzas de los negros podían verse al principio, pero luego se hacían ofensivas a la moral y la nariz. Pedro fue también a ver. Aquel momento aprovechó el sereno para sacar armas y víveres a la manigua. La consigna era que los doce saldrían a la manigua al terminar la fiesta.

Ésta se inició en un raso junto a los barracones, junto a una pequeña hoguera. La negrada se reunió en derredor. El sereno había mandado secretamente un barrilete de ron para tomar cuando los jefes se hubiesen ido. Los negros quedarían entonces sólo al cuidado del contramayoral y los guardianes, todos negros. La fiesta comenzó por cantos y batir de palmas. A un lado de la hoguera un negro calentaba un tantán, y al otro calentaba un bongó. Al llegar los amos el bongó comenzó a retumbar y una pareja salió al corro. Un matungo hacía de bastonero. La pareja dio en perseguirse en síncope, tratando de abrazarse con los cuerpos, pero las notas del bongó venían siempre a estorbar el entronque. La niña abría mucho

los ojos y miraba a Pedro con disimulo. El ama sonreía por el colmillo y el amo reía a carcajadas. Todo el afán de los danzantes estaba en enlazar alguna parte de su cuerpo menos los brazos. Para esto disparaban los muslos, se jugaban las cinturas, se encañonaban los bustos, arremolinaban las nalgas. Todo como en efígie, en intención. Las percusiones del cuero saltaban entre ellos, haciéndoles retroceder y avanzar sin permitirles jamás lograr su objeto. Al comenzar, los movimientos eran moderados y las percusiones lentas; pero luego los bailarines se emborrachaban de música y perdían el control. En este punto los amos se retiraron y Pedro tomó el camino de su habitación. Luego pasó al cuarto de herramientas y reapareció detrás de un barracón, desde donde presenciaba la fiesta. El caudillo Marcos Mina estaba a un lado mirando. Él no debía tomar parte en la danza ni tomar, a fin de no perder la serenidad. En esto apareció el guardiero con el barrilete de ron, diciendo que el amo lo mandaba. El guardiero actuaba mandado por Pedro para borrar sospechas en el contramayoral.

—Ya soy viejo, que me maten no me importa—decía el guardiero. El mismo contramayoral comenzó a beber.

Entonces comenzó la verdadera danza. El tan-tán, rabioso por el contacto con el fuego, comenzó a retumbar, dominando al bongó. Los negros comenzaron a danzar en torno a la hoguera, deteniéndose ante el guardiero, que les mojaba las bembas. Los tambores emitían ya un aullido largo y cavernario, y todos (hombres, mujeres, muleconas y mulecones) se habían incorporado a la danza. Sólo Mina permanecía erguido, pero sus ojos se iban enconando por la música, y las cosas iban cobrando en derredor de la manigua el color de la hoguera. Pedro tuvo la sensación de que allí ocurría algo anormal. Mina terminó por unirse al baile. Los tambores iban cobrando un eco bélico y los negros, incluso el contramayoral, iban como torbellinos sobre las percusiones. Pero los doce conjurados se veían cabalgando más alto en las notas. La rebeldía conjurada que tenían en sí comenzaba a hablarles dentro, y el tan-tán respondía cada vez más violentamente a aquel flúido magnético que embargaba a la negrada. Pedro sintió ya el resultado y corrió hacia el lugar donde aguardaba el sereno. No sería posible ya destacar a los conjurados de los demás. La música los había fundido y el ron los había dado un temple guerrero. Pedro no pudo llegar a donde estaba el sereno. Los conjurados eran ya cimarrones por dentro, y se echaron a la manigua aullando y arrastrando a los demás tras sí. El recuerdo de la conjuración había ahondado en ellos y los llevó instintivamente en la dirección convenida. Pero ya en guerra contra los blancos. Pedro apenas tuvo tiempo de guardarse en un matorral. Su única preocupación fue huir también, alejarse del ingenio. La

conjuración se descubriría por el guardiero. Los negros avanzaron por la manigua, los tambores detrás, y barrieron al sereno, apoderándose de las armas y los víveres. Pedro oyó débilmente los gritos del sereno, y siguió corriendo también en dirección opuesta, orientándose por el monte hacia Matanzas. Lo último que oyó fueron los aullidos de los perros echados a la manigua.

Pedro pensó siempre en aquella intentona como la más ridícula de su vida; pero le enseñó una gran lección: le enseñó a comprender que había fuerzas secretas y traidoras capaces de transformar y desviar las acciones. En Matanzas, Marchena lo acogió lleno de arañazos y le facilitó un potro para llegar pronto a La Habana. Una vez allí sería difícil de encontrar entre las marinerías dispersas por las posadas y tabernas. El señor Carlo le dio unos cuantos pesos para que aguardara la salida de algún negrero, y lo recomendó a casa de don Justo, un posadero de la calle Oficios.

La posada de don Justo tenía al fondo un recinto ancho, piso de lajas con banquetas y mesas en derredor. Allí iban muchos marineros a tomar y cantar. Pero en el puerto se comentaba entonces el Tratado de abolición con Inglaterra.

Era a fines de 1818. El 20 de mayo de aquel año¹ la trata había quedado suprimida para España al norte del Ecuador, y el 30 de octubre de 1820 cesaría también al sur.

—¿Abolición?—dijo un piloto negrero—. Abolición. ¡Mentira! Seguiremos acarreado negros hasta que no quepa uno más en la isla. Los meteremos por todos los costados y los pagarán bien y todos ganaremos. ¡Ja, ja!—dijo el piloto.

El piloto que hablaba lo era de un negrero listo a hacerse a la vela, y el capitán solía ir también por allí.

Don Justo presentó a Pedro al piloto como el timonel del *Veloz*.

—Eh, tú, ¿qué dice usted a eso?—preguntó el piloto.

Pedro estaba de acuerdo.

—Ganaremos más y se irán al... las señoritas de la trata, esas mariposas del mar, y los que quedemos sabremos quedar, ¿eh, compañero?—dijo el piloto, empujando el codo.

La trastienda de la casa de don Justo era una caja de resonancias de todas las cosas de La Habana y aun algunas fuera de ella. Allí llegaron a Pedro los ecos del caso del ingenio *Julieta*. El sereno había sido muerto por los negros, y los negros cazados luego en la manigua a tiros y con perros. Algunos habían vuelto voluntariamente. Se buscaba a Pedro, pero se tenía la impresión de que los negros lo habían matado. En la posada de don Justo, Pedro dio el nombre de Paulo Teixeira, y hablaba con acento portugués.

En la trastienda, los marineros quejosos de algún barco aguar-

¹ Contados los meses de prórroga para el regreso de los negreros habilitados.

daban ocasión de denunciar las atrocidades del capitán y otros oficiales para que nadie se enrolara en él. Los patriotas pegaban a la pared décimas contra la metrópoli o el capitán general y anunciaban hecatombes. Las mujeres que entraban allí escribían en las mesas las señas de sus accesorias. Se anunciaba la venida de algún decimero o guitarrista del interior, algún garganta de oro de Italia, la venta de algún esclavo, una lidia de gallos en Guanabacoa y se entablaban polémicas sobre religión y gramática. Todo lo que pasaba, pero que se chismeaba, iba allí a hacerse letras y palabras con vino, y los marineros iban a leerlo. A veces se veían desafíos y retos a cuchillo sobre un adverbio o una declinación. De allí partían los marineros los domingos para las jiras de Marianao y Puentes Grandes, con sus glorietas de baile, billares y vallas. Pero ahora las letras más grandes anunciaban cuidado contra el carnaval de los negros, que se celebraría dentro de unos días, día de Reyes. Se decía que los ñáñigos eran muy fuertes y que tenían varios iniciados para aquel día. Pedro no pensó en buscar barco por lo pronto. Tenía aún lacerado el cuerpo y la cabeza llena de niebla. La gente que entraba en la trastienda lo veía al fondo, inclinado sobre un vaso de vino, pan y jamón, que no parecía tomar nunca. Luego se levantaba con las manos en los bolsillos y echaba a andar por las calles, mirando a los balcones y parándose ante las iglesias, y saliendo a veces a extramuros, hasta la Quinta de los Molinos, la casa de campo del capitán general. No parecía buscar ni querer nada, y no miraba a las gentes.

El día del carnaval de los negros cayó accidentalmente en la plaza de las Ursulinas y caminó al azar Ejido abajo. Por allí venían grupos de negros con banderas españolas inscritas con el nombre de la nación del grupo (macúas, carabalís, lucumís, minas, ajudas, koromantis...), cantando y tocando tambores. A cada grupo lo precedía un rey y una reina negros. Estos eran los negros de nación. El vestido consistía en un taparrabos y un aro en la cintura, del que pendían cuerdas blancas. Iban danzando, virando rápidamente hacia atrás y hacia adelante, y armados con espadas de madera. Las gentes blancas asomaban a los balcones y algunas los seguían hacia la casa del capitán general. Allí entraban en el patio y cada *tango* ejecutaba una danza loca guerrera y amorosa. Pedro los siguió como llevado por el tambor. Al balcón de la casa asomó entonces la figura achacosa de don Juan Manuel de Cajigal y tiró monedas y tabaco a los tangos. Éstos interrumpieron el baile y gritaron:

—¡Viva Fernando VII! ¡Viva España!

Pedro cogió otra vez la calle y preguntó a un hombre:

—¿Dónde están los ñáñigos?

—Por ahí andan—dijo el hombre.

Los ñáñigos eran asociados ladinos. Tenían sociedades secretas y mágicas y se curaban los embrujamientos con corazones de niños. El hombre siguió a Pedro. Era un mendigo que tocaba un caramillo por las puertas. Aquel día los ñáñigos sacaban a la calle sus iniciados novicios. Éstos tenían que cometerse antes a varias pruebas. Los maestros y venerables de la asociación les imponían el secreto y el valor, y les enseñaban un idioma esotérico, especie de latín negro. Los metían en cámaras oscuras, donde había esqueletos que se les apagaban y encendían los ojos y les daban golpes hasta hacerlos caer. Cuando se recobraban comenzaban unas danzas guerreras en torno a una fogata, frente a un altar donde había gallos muertos. Luego se tatuaban el cuerpo con hierros candentes y pinturas hechas por ellos, y se metían en sacos pintados con yeso en forma de esqueletos. Los maestros daban a los novicios sangre de gallo sagrado y los mandaban a la calle a probar el hierro. El hierro era un cuchillo. Los ñáñigos salían con el cuchillo emboscado en el saco y tenían el deber de probarlo en el primer blanco que encontraran.

Pedro y el pobre se habían parado en la calle Oficios y sintieron de lejos que las puertas y ventanas de las casas se cerraban de golpe, con un son de matraca, como si viniera un ciclón. Los dos se refugiaron en una saquería, donde había otros dos hombres magros, y miraron pasar los ñáñigos al través del mechinal. Luego siguieron. En la Plaza Vieja el mendigo preguntó a Pedro al separarse:

—¿No va usted mañana a la valla?

CARLOS ENRIQUEZ

Nació en Zulueta, provincia de Las Villas, en 1907. Murió en 1957. Pintor. Hizo estudios en los Estados Unidos. Publicó cuentos en diversas revistas. Como novelista publicó «Tilín García», dejando inéditas otras novelas.

El aire que suena en los oídos de los caballos «como una inmensa caracola». El aire que puede aturdirnos, soplarnos una desorbitada lección, colando, en como fragmento de paisaje, la espiral de una fuerza alucinante, Carlos Enriquez lo ha agrupado, arracimándolo con otros pequeños soplos del contorno. Y es, que sospechando la posibilidad de su levitación, ha desatado conjuros, alrededor de trazos que se nos escapan. De ahí que, pese a la ingenuidad de sus efectos, nos coloque en el colorido, un buen mosaico de los hechizos rotos que puedan hacer un paisaje. Lo fotográfico, ese centro de lo deshilachado y disperso, que constituye una de las irradiaciones desde donde poder agarrar, lo pobretón y escaso de la expresión criolla, asoma ya por Carlos Enriquez, con un colorido que no deja de hacérsenos simpático. Y tenemos al ganadero Esteban, plantado en lo destartado de bohíos y corrales, dando «la sensación de estar parado en el verdadero fondo de su retrato», con un expresionismo en el color, que aunque no acaba de desleir del todo las huellas, demasiado evidentes, de un surrealismo deslizado en chillona superficialidad, nos penetra, sin embargo, con la imantación de una de esas piezas que no hemos logrado integrar.

Pero el afán por lo vital, excesivo en el novelista, al no partir desde un centro poéticamente vivido, toma la endeblez de lo buscado en demasía, con airecillo molesto de esnobismo: «Tilín García, en cuya sangre relinchaban cien potros cerreros». Tampoco lo sexual en el novelista, tiene el desgarrón de Loveira, haciéndonos confesar, ante el chafarrinón retórico en que se diluye su instintivismo, que el aire de bestias en celo y de terribles pasiones que nos muestra, tiene un evidente trazo de cosa ornamental.

Lo afiebrado y lo mórbido, he ahí las notas predominantes en la novela de Carlos Enriquez; pero carecen éstas, sin embargo, de centro reminiscente, de imagen estructurada en lo vivido.

TILIN GARCIA

CAPITULO IV

Antes de caer la noche atravesaban el Tibisí por un vado en los potreros de «La Güira». Las palmas proyectándose hacia el cielo y hacia lo hondo del río, incrustaban sus raíces en los barrancos entre la maraña selvática que seguía el cauce. Era una culebra verde que se alejaba, rastreando unas veces, de puntillas otras, empujándose sobre el llano hasta recortarse en un cielo nublado donde se mecían las auras.

Habían dejado atrás los cañaverales frenéticos de zafra. Se adentraban en las estribaciones de la sierra bordeando una ceja de monte, donde el jiquí y el cagüeyrán abundaban y la paz de los bohíos decía del abandono de sus dueños: carreteros todos del «Jaronú». Los campos verdeaban, convirtiendo en fértiles aquellos pedregales inhospitalarios a fuerza de rudas labores. Era una tierra que como madre parida se hace abundante saciando clamores, hambres y destinos a fuerza de amor. Tenía tetas en Camarioca y en Managua, pero aquí, al borde de la sabana donde los pastos son pobres y el suelo estéril, se multiplicaba en beatitud campesina mientras allá en lo hondo de sus entrañas acumulaba riquezas fabulosas en hierro y cromo. Ese subsuelo no era guajiro, hacía tiempo que había aprendido el inglés y lo abandonaba por el puerto de Nuevitas. La tierra, la madre, quedaba allí, agujereada, con las heridas abiertas como sepulturas. La noche prometía agua. Las nubes bajitas pasaban rápidas arrastradas por remolinos, y la tierra, ya antes de llover, olía a aguacero de primavera. Ráfagas de viento hacían crujir el monte e intensificaban los resplandores de los fuegos en los cañaverales distantes. Los caballos con las orejas tiesas olfateaban el aire, y las bandas de pájaros cruzaban hacia sus dormitorios.

—Saque la capa que se nos viene encima el aguacero—dijo Tilín, volviéndose en la montura hacia Esteban que distraído contemplaba el río.

—Sí, y que nos va copar ahoritica. ¡Mire usted, había pensao bañarme!

—¿Bañarse? Que de repente nos vamos a ensopar si no arreamos bravo, pues ahí na más tenemos el Sitio de Mariblanca.

Apenas había dicho Tilín estas palabras, cuando empezó el chubasco, furioso y frío con la ventolera de los nortes. Al principio levantó un remolino de polvo que pronto se hizo un fangal, después anegó el camino haciéndolo una cinta de plata perdida en la oscuridad de la noche que se venía encima, rápida, sin preludios ni avisos

de poniente. Llovía abundante como en los descampados; los caballos relincharon, mientras sus crines relampagueaban en el viento empapados. Se oían las cañadas de agua precipitarse en el barranco del río y el acompasado chapaletar de los caballos. Arriba, el viento desgajaba el follaje trayendo rumores lejanos de truenos. Tilín con la cabeza gacha abría la marcha guiado por el instinto del animal que montaba, pues el camino oscurecido ya, desaparecía dentro de la manigua. Soltó las riendas gritándole a Esteban:

—¡Sígame! ¡No hay novedad!—emprendiendo una carrera a tientas donde sólo se sentía el fango rebotar bajo los cascos.

Esteban distinguía la silueta de Tilín confusamente a través de la lluvia pulverizada. Galopaban como fantasmas oscuros con el tino del que discurirera en el caos, hasta que Tilín conocedor de Lucero, notó cómo el animal se preparaba para saltar sobre algo invisible.

—¡Aguante, amigo! ahí debe haber una cerca—gritó frenando hasta que el caballo de Esteban se le vino encima contra las ancas del suyo—. ¿Qué quiere, escoñarse? ¡Ese no pué brincar el alambre!

—¿Cómo rayos ve aquí?

—¡No veo na! pero el impulso que cogía éste, era por brincar—contestó Tilín, dándole unas palmadas mojadas a Lucero—así que ¡cuidao, eh!, pues ahí entre la manigua debe andar el alambre de alguna cerca.

Caminaron unos pasos y encontraron un portillo. Se apearon y después de abrir, entraron en lo que debía ser una finca, diciendo Tilín:

—Horitica estamos bajo la cobija, cuestión de un momento na más. Suerte de que haiga alguien ahí dentro, aunque a la verdad, ¡vaya! que no me tiene mucho quedarme en este paraje de noche.

—Pues, por mí no lo haga, yo estoy apreparao pa seguir, ¿sabe?—contestó Esteban con la sensación de que hablaba con la oscuridad y sintiéndose calado hasta los huesos. Montó de nuevo gritando:

—¡Vamos! pa lante compay.

Al poco rato de andar vieron la luz del bohío. Con tiento, fueron a situarse bajo un cobertizo de guano al fondo del batey. Allí desalijaron los caballos dirigiéndose después a la casa.

Cerca del bohío había plantada una mata de maracas donde chorreaban agua varios pollos, era lo único que podía distinguirse bajo aquel aguacero, que ahora, a la contra luz que salía por la puerta entreabierta, parecía torrencial. Ni perros ni puercos rondaban aquella soledad anegada, así que, Tilín y Esteban entraron en la casa donde se guarecían las dos mujeres que habían pasado por la vida de don Niceto.

De pie ante ellos, una muchacha joven y morena llenaba el cuarto con el resplandor de su carne, reventona dentro de una sayuela almidonada; erguía los senos macizos y madrigaleros ensanchando el perfil de sus caderas como la palma del corajo. Algo sorprendida de ver a Tilín ante ella se volvió para decirle a la madre:

—¡Mamá, si es don Tilín García!

Con el gesto que hizo, notó Tilín cómo maduraban sus nalgas cimbreñas y airosas, también notó cierta alegría en el tono con que lo había dicho. En la semi-oscuridad de la lámpara de aceite y bajo el techo renegrido, sentada en un taburete, la Mariblanca de la Caridad fumaba tabaco. Hierática, al lado de un altar encendido, donde relucían collares, no se había movido; a los guiños que producía el pabito de aceite parecía que la mulata recitaba una oración. Volviéndose hacia los recién llegados saludó:

—¡Vaya, vaya! conque e usted ¿eh? ¿... ese otro quién es?

—Este es Esteban, compadre mío de en vuelta de la sabana.

—¿No e gallero que dicen, eh? Enkike veddá.

—No, anda por aquí viendo ganao, quiere comprar un lote, ¿sabe?

—Bueno, bueno, ¡niña atiende a la gente!

La Sorabella ya se había adelantado a las órdenes de la madre y en un constante ir y venir, llenaba el cuarto de sombras fantásticas al pasar frente a la candileja. Con su carne de raspadura sonreía a Tilín y a Esteban mientras acordaban preparar algo para comer, ambos la seguían con la vista en su trajín y sólo cuando se hundió en el hueco de la cocina realizaron entonces que la vieja los observaba con ojos de fetiche. Algo siniestro se difundía por aquel tugurio, rodeado tan sólo por la soledad, la noche y la lluvia. En el silencio húmedo, sólo los grillos, como estrellas sonoras y un chorro de agua que caía en un barril, llenaban la tranquilidad sordida y pastosa de aquel rancho semioscuro y montuno. Esteban, deseando quebrar la tensión de vacío que sentía, le preguntó a la Mariblanca:

—¿Dígame, y usted está con sus rezos, no?

—Ná, hijo, quel Echú anda suedto.

—¿Y eso qué es, un caballo?

—¡No señor! e el espíritu malo, etá que no más que da vuelta y vuelta.

Esteban a quien la sordidez del lugar producía cierta aprensión se volvió a Tilín para decirle:

—¿Oye usted compay? dice que el espíritu malo...

—Estoy por sentirlo ahoritica, pero no se arrugue, que ¡aonde hay hombres no hay fantasmas!—dijo, mientras se palpaba la automática.

La Sorabella interrumpió el diálogo con dos tazas de café que

les traía, haciendo renacer la calma en Esteban, aunque a través de las yaguas se oía silbar el aire con un son siniestro.

—No le haga de caso a la Mama, pué hace dos o tres días anda con un embó que está preparando pero creo que se le ha virao —comentó la Sorabella con una sonrisa donde brillaban los dientes como granos en una mazorca de maíz.

—El agua va a durar. ¿Crees que nos podemos acotejar aquí en esto? pues tú y tu mama duermen en el cuarto ¿no?—preguntó Tilín.

—Pué quedarse don Tilín ¡cómo no! aunque no van estar acomodados como deben, pué a la verdá que nosotras...—decía la Sorabella esbozando el rubor propio de los guajiros pobres.

—¡Ta bien! tenemos hamacas, aunque por ti, Canela, sabes que dormiría sobre un cachito de tu sonrisa.

—¡Ay Jesús! don Tilín, qué cosas tiene...—contestó ella remilgosa con los ojos ardientes, remedando gestos de yegua rijosa en su mocedad guatibera.

Poco después comían un poco de aporreado de tasajo y arroz, que volvió el ánimo a los jinetes mojados y cansados. Esteban le dio a entender a Tilín que él no sería obstáculo si quería realizar la plenitud de sus deseos.

—Usted sabe compay—decía—que aquí yo na má que lo acompaño, usted conoce el ganao hace tiempo y paice que le gusta a ella. ¡Eso debe ser candela! ¡Candela brava, compay! ¡no hay má que verle como tiene los pernils...!

—La he visto nacer, don Esteban, lo que no me entra en el güiro es ¿cómo que de un padre como don Niceto y de esta puta de cañaverá salga una cosa fina verdá, como esta?

—La verdá que es difícil de percatar, pues camina como potrica de raza.

—Eso le viene a probar quel cruce mejora el retoño. Aunque quería decirle antes, que esta noche más vale tener el ojo alerta. ¡Aquí, se la arrancan a cualquiera y siento que no andamos solos ¿sabe? Hay alguien que no ha salío entodavía...

—¿Ha notao algo?

—Sí, y por aquí andan unos cuantos cimarrones que quisieran verme enterrao. Yo no creo en la brujería, pero así mismito le digo que no tome na donde la Mariblanca haiga metío la mano ¡ni café!

Estaban solos en aquel comedor con la Mariblanca, que no había cambiado su actitud contemplativa frente al altar. La lluvia continuaba produciendo un murmullo de palomas sobre la cobija mientras el chorro de agua seguía cayendo en el barril; el viento, que hacía crujir los palos y el guano, se colaba por entre las rendijas soplando la candileja; sin embargo, al faltar la voz humana, aquellos ruidos

constituían el silencio, el silencio montuno esparcido sobre la tierra como neblina, el silencio que está alejado de todas las cosas menos de la conciencia.

Fumaban tranquilamente, aunque Tilín estaba en expectación de algo, no sabía de qué, pero la lobreguez del bohío se le había filtrado en el interior. Se inclinaba hacia la piedad de sangre y hacia la castidad, no le hubiera gustado «tenerle que chapear la cabeza a naide» aquella noche, ni tampoco lo aguijoneaba la blandura y el calor de un cuerpo como el de la Sorabella; pensaba, que en noches como éstas «más valía ser macho vigilante que macho ayuntado a la hembra». La voz de la tierra, que llaman instinto, lo prevenía de nuevo.

Al fin, reapareció la Sorabella despertando el cuarto con el alboroto cachondo de su escote que dejaba adivinar la pubertad brutal de sus senos y de sus axilas oscuras olorosas a sexo. Inclínándose en la mesa frente a donde estaban sentados, con un nido de deseos y perversidades en los ojos dijo:

—Mandé a Enrique de la Flor, mi hermanito, a que trajera las hamacas de ustedes, las pondremos aquí en el comedor. Me alegro que se queden, pues las noches así como éstas tengo mico; hay veces que no pueo ni pegar los ojos, pues a la mama se le hace tarde por ahí, por el monte...

—¡Mira, si por mí fuera no quedabas sola nunca, pues tan arri-madito a ti iba a posar que no necesitaríamos má que dos ojos pa dormir!

—Don Tilín usted me hace favor...

—Y si supieras lo que siento... ¡ay!

—De seguro piensa en alguna novia del Camagüey, ¿no?

—¡Qué novia, ni novia! pregúntale a don Esteban. Si el cariño es así no má: te veo y me gustas, me miras y sabes que aquí hay un hombre, ¿pa qué perder el tiempo con esos amoriqueos que no aciertan nunca? ¡Pues, si ya pueo irte queriendo con el cuerpo hasta que el corazón sea na má que tuyo! Cuando se espera mucho, ya no es como en principio, como cuando los ojos se queman de tanto entendimiento—susurraba Tilín casi al oído de la Sorabella— ¡Pruébame el querer no má y verás que te pones mansita como un crío de mano!...

—¡Amor! ¡cariño! ná dura niña, ná. Lo que se come hoy sabroso, mañana hiede a miedda en e plataná—terció la Mariblanca con voz profética—. Tóo, toítico se apaga, e lamor, e cariño; taitico se lo come e leogoímo. Cuando uno e joven se cabe en toas las camas. ¿Viejo? ¡pa e údtimo cuarto! Como dice e dicho: «que má puen do teta que do carreta», é la mimitica veddá. ¿Qué pueo yo

con etto?—y desabrochándose el batilongo se sacó unos pechos des-hinchados, antiguos y tristes que colgaron como las pencas secas de las palmas.

El desencanto de la carne flácida se esparció por el ambiente con la crueldad de lo irremediable; quizás el temblor juvenil de la Sorabella ponderó sobre lo inexorable, pues inclinándose algo más el torso, casi dejó al descubierto la lubricidad redonda e hinchada de sus tetas. Tilín, para resarcirse del espectáculo anterior, hundió los ojos en la juventud que se le propiciaba con un estremecimiento. El vértigo de los secretos entrevistados le recorrió el cuerpo como un escalofrío.

La vieja santera le recomendó a la Sorabella que se acostara pues ya ella tenía sueño. Salieron, llevándose una luz que se alejó con siluetas grotescas hasta perderse en el interior de un cuarto donde no se sabía si habitaba el pecado o la miseria campesina.

—Esperaremos a mañana—murmuró Tilín, contemplando todavía el hueco que se había tragado su deseo frustrado—. Ahí deben dormir todos apurruñados, pues son: ellas dos y dos barrigones más.

—No creo que la vieja sea tan cabra como dicen—interrumpió Esteban.

—Quizá no, y quizá todo lo ha hecho por esa «repyúa» como dice su padre.

Se quitaron los hierros, examinando Tilín su pistola para cerciorarse que llevaba la muerte allí, empaquetada al capricho de su dedo. Después amarraron las hamacas, diciéndole Tilín a Esteban, casi en secreto:

—Apague la luz, pero no se acueste. Vamos a acostarnos allí en el suelo—señalando un rincón—aquí en esto—agarrando la hamaca—vamos a meter un taurete; he visto un movimiento raro, ¿sabe? ¡A mí naide me enfria desprevenido! Estoy de cierto que hay alguien encondío, pues cuando llegamos oí caminar un hombre con espuelas, si fuera amigo no tenía por qué juir.

Apagaron, e hicieron como Tilín había dicho. Siguió un silencio en donde se oían las respiraciones, uno de esos silencios fabricados a tientas en donde un pequeño ruido adquiere caracteres de estruendo; mas, cuando tenían las cabezas pegadas al suelo y se hubiera podido oír una pisada a un cordel de distancia, pues tanto Tilín como Esteban tenían desarrollada esa cualidad. Nada ocurrió hasta el filo de la media noche en que el oído adiestrado de Tilín, reconoció el paso de un caballo distante que se alejaba al galope, poco después, oyó el ruido sordo producido por una cuadrilla de bueyes que también se alejaba. Entonces le dijo a Esteban muy bajito:

—¡Están pasando ganao! Paice lo tenían encondío y se lo llevan antes que lo veamos aquí de madrugada.

—¿Ganao robao?—preguntó Esteban como un susurro.

—¡Claro!, y ya podemos acostarnos en la hamaca, pues el peligro se fue con el ganao ¿sabe?

Hacia rato había escampado y las estrellas salían como por letrás de una cortina. Durmieron el sueño del que ha caminado catorce leguas a caballo; mientras tanto, en las arenas que pisan los dormidos, la Sorabella había encontrado las huellas de Tilín García.

Cuando se levantaron de madrugada, la neblina rastrea por los sembrados; trascendía el olor de los campos mañaneros después de las lluvias y todo parecía haber vuelto a la rutina sitiera con el trasiago de los animales, de la leña, el humo y el café.

La Mariblanca de la Caridá, espabilada y casi alegre los llamó para que tomaran café. Se mostró habladora, en contraste con la noche anterior, pero tenía el aspecto de guajira con catarro, tan desagradable de mirar cuando se llevan los ojos poblados de amaneceres de colores y se vive con la esperanza de una égloga en cuyos versos ría y cante la Sorabella. Tilín la buscaba con los ojos por todas partes y estaba a punto de preguntarle a la vieja, cuando ésta, con cierto aire de despecho le dijo:

—La niña viene horitica, tá ordeñando una vaca cedca de la cañá. ¿Uté sabe? ella me ayúa mucho, ¡la pobre! pero afigúrese ¿qué le voy hacé? Niceto me tiene aquí de látima, pero no da na. ¿Qué no daba yo po sacadla dete monte? Aquí no se ve a naide. ¡Ay don Tilín, uté no sabe lo que é la miseria! Y ella tan linda ¿veddá? pué si no me adcanzan los ojos pa cuidadla y no quiero que se la lleve un deto bruto... merece adgo mejó...

—Sí, yo creo que va tenerla que cuidar mucho...

—Mire don Tilín, dipensando la manera de señalá, pero si un hombre como uté...

—¿Qué dice...?

—Ná que si un hombre como uté quisiera ayudadla, yo no me entremeto... son eto relambío daquí que no quiero yo ¡va!...

—Veremos...—murmuró Tilín García que todavía llevaba la visión de los senos de la Sorabella hinchados como güiras.

—A la verdá—se lamentó Esteban—que una hembra como ella se gaste la vida aquí pegá a la batea, al arao y al parío; es una lástima créame, dispué de los paritorios se convierten en vacas flacas, y así y todo, tienen que dar leche...

—¿Leche, dice?... ¡leche! ¡leche!—gritó la Mariblanca—eso e too, leche. En el campo la mujere no son má que animale de leche; ¡la vaca! leche; ¡la mujere! leche; ¡la pueca! leche; ¡la yegua! leche ¡toos mamando, toiticos! como tednero. ¿Y lo sombre? ahí tirao, eperando na má que se acabe la leche pa revodcadla a uno y preñadla. Toiticos iguales, lo sombre, lo toro, lo verraco, lo cadnero;

po eso etamos así, arrugao, viejo, chivao; ¿ya no sidbe uno pa ná? entonces bucca otra, hata que le duelan la teta de leche... ¡leche!

Cuando la Mariblanca se calló, Tilín y Esteban se miraron, pues la vieja se había quedado en actitud de visionaria, con los brazos extendidos y en estado de exaltación como si se hubiera percatado de la furia reproductiva del primer día de la creación, o como si le fuera a bajar el santo. Afortunadamente, llegó la Sorabella y le gritó:

—¡Estese quieta mama! ¡déjese de dengue ahora! que no estamos pa fiesta.

La vieja reaccionó quedándose tranquila, entonces la hija se volvió a Tilín y a Esteban con una sonrisa, saludándolos. Estaba aún húmeda de rocíos y alegre de saberse bella pues acababa de contemplarse en el espejo del río, tranquilo y fresco a esa hora. Robusta de primaveras, con la cintura como una caña, a veces parecía una mujer y a veces una niña. Tilín se la bebía con los ojos mientras ella depositaba un cacharro con leche sobre el fogón, sacando después dos jarros que repartió entre la gallardía de Tilín que llegaba a la cobija y el donaire de Esteban, que más pueblerino, hacía gestos casi elegantes.

Bebieron la leche espumosa y tibia, alegremente, sin acordarse ni una palabra del fantasma lechero de la Mariblanca.

—¡Vaya, vaya! qué diría la gente de por allá si lo vieran tomando tanta leche ¿eh don Esteban? creerían de seguro que anda de calenturas—decía Tilín riéndose, al ver que su amigo se tomaba el segundo jarro.

—Difículto que no comprendan, si ven a la lechera aquí arrimá ¿eh?

—Pero en el pueblo siempre toman leche...—tímida comentó la Sorabella.

—¡En el pueblo se derrienga uno!—contestó Tilín—en el campo hay que tomar café; hay que tomar cosas amargas y fumar tabacos fuertes pa que el espíritu se ponga recio, pues ya estamos blanditos de mirarte ¿sabes?—y mientras decía esto, le pasaba la mano por el pelo que desgreñaba la mañana pues lo llevaba suelto. Era largo y cetrino, apenas ondulado y oloroso a madrugada, era su orgullo de mulata adelantada.

—Don Tilín por Dios ¿qué dirá acá su amigo Esteban?...—se quejaba ella gustosa ensayando una salida.

Tilín la siguió con la vista, contemplando el paso ondulado de su cuerpo lleno de ritmo y pródigo en bienaventuranzas cerriles. Cuando la vio partir en dirección al río, columbró que los dones de la tierra se gozan en todo su sabor mientras más cerca de ella se esté.

Rápidos, ensillaron los caballos y se prepararon a salir. Antes de despedirse de la Mariblanca, ya Tilín tenía un plan formado con respecto a la hija. Después de consultarlo con Esteban, éste le dijo:

—Lleva buen rumbo don Tilín que eso no está sobao entodavía, pero si se dilata se pué enfangar.

—Le voy a entregar unas monedas a la vieja pa que le compre bonitos arreos, pues en tantico se entra aquí se nota que andan muy apretaos.

—Pero, ¿no les va dejar por aquí no?

—No, es mejor que se vayan pal «Esmeralda» ¿no le parece, compay?

Al despedirse de la Mariblanca de la Caridá, cuya cara reflejaba cierto desencanto al verlos partir, Tilín le entregó un puñao de monedas de oro. Era su costumbre siempre andar con esta clase de dinero en el campo, sabía que no había un guajiro que se resistiera al color amarillo de ese metal.

—¡Mire vieja, quiero que me cuide mucho a la Sorabella, esto es pa que se vayan en seguida pal «Esmeralda» y le compre ropa! ¿sabe?

—Don Tilín ya me parecía imposible que se fuera sin acoddarse de nosotros—decía la vieja con los ojos llorosos—la niña anda pore río... que dió se lo pague mi hijo y mucha salú.

—Dentro de dos o tres días pasaré por allá, así que no se quede dormía por el camino, ¿entiende?—gritaba Tilín montando en Lucero.

Jinetes tempraneros, espolearon los caballos por un trillo de fango que conducía al río, caliente aún por las pisadas de la Sorabella que sin zapatos dejaba una huella menuda y honda en el camino.

—¡Me lo dice el corazón...!—murmuraba Tilín.

—¿El qué?

—Na que a dío al río a bañarse. ¡A escape camará!

—¡Yo me quedo en el atajo aquél!—gritó Esteban cambiando de dirección—allí lo espero, ¡no se detenga, siga!

Recorrió Tilín la orilla ávidamente, esperando la revelación magnífica. Para él, las cosas tenían que suceder porque así las pensaba, y con el destino o contra el destino, era él, el que le salía al encuentro a la vida; su audacia jamás había sido achicada, por lo tanto, tenía una confianza en sí mismo que la idea del fracaso no le había pasado nunca por la mente. El ímpetu de vivir unos instantes abrazado al cuerpo tibio y ámbar de la Sorabella corría desenfrenado por su sangre, y cuando en una poceta vio la desnudez luminosa de la mujer, pudo oír el galope de su corazón, mientras un temblor de deseo recorría su cuerpo.

Así desnuda, parecía frágil entre la luz transparente de la ma-

ñana y el cristal del agua. Sus muslos pálidos y suaves tenían un desenlace luminoso al quebrarse en el río; sus pechos erectos temblaban como campánulas de luz acariciadas por manos invisibles, firmes y redondos, húmedos y relumbrones se prodigaban por los pezones oscuros de virgen selvática; las ancas se ensanchaban propicias al goce bárbaro y salvaje que latía feroz en la sangre de Tilín García.

Rápido, se quitó la ropa y con la risa atrevida del valido de la naturaleza se lanzó al agua de un salto, para erguirse macizo y desgredado frente a ella, que lo miró expectante y complacida.

—Soy tuya—murmuró sintiéndose atraída por el magnetismo del macho audaz y vigoroso.

Después, acostada bocarriba en la yerba, miraba hacia el cielo inmensamente azul; a su lado Tilín, y allá a lo lejos, el violeta de la Sierra dominando la llanura. «Un mundo entero para los dos», pensó, y levantándose del suelo y sacudiendo su pelo, comprendió que no le habían roto un sueño, sino que le habían sembrado una ilusión. Riendo, sin dolor y llena de auroras, cerró los muslos de cristal y corrió hasta desvanecerse en la manigua.

Tilín sonrió, la había poseído con el amor primitivo y fecundo de las razas que se ayuntaron la primera noche del mundo. Sus fueros bárbaros sólo habían sido igualados por la entrega salvaje y desgarrada de la loba en celo que bramaba en las entrañas de la Sorabella.

—¡Bestial, compadre! ¡Bestial!—comentó Tilín al reunirse con Esteban.

—¿Bestial, eh?

—Sí, bestial, con la fuerza de un ciclón—repitió Tilín.

—Pues yo también me bañé compay, ¿qué le parece?—y quedó pensando que había algo de majá en Tilín, por la forma que bañeaba a las mujeres. ¿Sería acaso que ellas sentían sus impulsos salvajes de garañón y por instinto lo aceptaban como lo inevitable? Quizá así fuera, pues ya la decadencia masculina daba lugar a corrillos de vírgenes desamparadas.

Continuaron largo rato caminado en silencio y fumando, hasta que Esteban le preguntó a Tilín.

—¿Y si la gallina le dice que no, qué hace?

—Fui a buscarla, porque ya se me había entregao con los ojos. Y cuando yo voy, voy decidió ¡entonces no se me pué decir que no! ¿sabe?

—¿Seguridá, eh?

—No sé, pero las mujeres saben que un macho verdá no se traquina de coqueteo, ese juego es pa otra clase de hombre.

ENRIQUE LABRADOR RUIZ

Nació en Sagua la Grande, provincia de Las Villas, el 11 de mayo de 1902. Aparece en La Habana (1923) por la redacción de «El Sol». Después, lo vemos en lo vario de su vocación literaria: novelas, cuentos, crítica literaria. Es premio «Hernández Catá», de novelas (Dirección de Cultura), y «Juan Gualberto Gómez». Entre sus novelas se cuentan «Cresival», «Anteo», «Carne de quimera» (novelinas neblinosas), «La sangre hambrienta».

Labrador vuelve al revés, el trazo que Loveira dibujó de prisa, llevándonos con refunfuño de historiales nostálgicos y sin sentido, a esa vitrina de lo desconchado, donde nuestra palabra—o mejor lo decimos como él: donde nuestra «mojama de palabra»—queda apesada, escamando un rostro que tiene la frialdad, inquietante, de petrificar el decir que nos acudió un día, el decir que pudo hacer nuestro paisaje. De ahí que, pueda identificarlo en Egipto, al paréntesis que muestra las metamorfosis del nombre de un central azucarero; o que el colorido, y las sensaciones, pueden irsele transformando en lo de un grabado, hasta podernos plantar al empolvado Florín, «con su olor a esencia de zunzún», como un objeto que nos resbala por la mirada.

También vuelve con Labrador Ruiz, ese rostro de nuestro dislate, que es la vida femenil en el vivir de nuestros pueblos, a través de las pautas de la llegada del tren. Pero esto nos llega, con aquellos crudos envoltorios de la realidad con que ya, en el comienzo de la república, Esteban Borrero Echeverría, había retorcido las circunstancias como ambiguas sales, o había deshecho a los personajes con peregrinos y desconcertantes valerianatos del espíritu. Y así Estefanía, la de la pobre anécdota de muchacha enamorada, cruza por los potes de una botica, convirtiéndolos en cestillas de innombrables ceremoniales. Junto a este enredijo de fragmentos y de rotos, sucede en la mirada, la sensación de que van siendo recogidos por lo onírico, las policromas y pacíficas estampas de muchos de sus personajes. Se abre así la sobre-realidad, en ese resbalar sobre frotados espejos, donde sucede el chocar de unas cáscaras de mamoncillos con un fonógrafo; o donde el pandemonio de lo sexual, se anuncia

en el relato de un trasval—que ya no es de la Unión Sudafricana, sino de nuestros campos—, y en las alas de ángel con que una prosituta catalana puede vestirse.

El batiborrillo de lo onírico se patentiza también en pobres detalles que, desde su cenizoso relieve, adquieren gravitación de cosa sofocante, centrándonos la atención en torno a ellos, como la anécdota, alucinante en Labrador Ruiz, del ruido de los flecos de una lámpara de canelones—que ya en Ramón Meza, iza el esplendor de su posible historia, sobre una tela sembrada en el reflejo—. Por eso, nuestro novelista fija las cuchipandas de correvediles en lo de las boticas de pueblo, pues por allí andará lo increíble de «venenitos de ala de garza», pudiendo así, gravitar hacia lo nuestro, lo descubierto por Gómez de la Serna en el inventario de lo frío, como aquella «esponja de muestra de las droguerías, la que no se vende, la que es como isla de visiones objetivas en la vecindad de botellas y puntas de jamón».

La aparición de un escritor como Enrique Labrador Ruiz, por el fervor de su búsqueda, y la voracidad en el expresar la gran flora estúpida de nuestro áspero anecdotario, marca un júbilo entre nosotros, al poder señalarlos la digna zona que su fidelidad, ha conquistado para nuestra expresión narrativa.

LA SANGRE HAMBRIENTA

CAPITULO II

Escipión Hipólito Vergara había nacido en Yaguaramas, según supe. Fue toda su vida, por Aguada de Pasajeros, por Cartagena, por Covadonga, matarife o cosa así. Acabó sus días en su pueblo de origen, sin que nadie supiera su secreto, tartajeando apenas pocas palabras, con una deformación monstruosa en la cabeza, hendida al medio, lo que le daba un aire bastante extraño. En su catre fúnebre algunos le atisbaron un aspecto definitivo de cinocéfalo. Por lo demás, triste de ojos y sumiso, ¿cómo iba a hacer fortuna? Paso adelante.

Tuvo una época en que ejerció de vendedor de aves y huevos; en su pueblo de origen; poco tiempo. ¿Debemos creer que le repugnaba la matanza? Si uno se atiene a su conducta; si uno se ciñe a ciertos modos de su sensibilidad..., pues es una duda. Esci-

pión Hipólito sentía una ternura sin sentido por todos sus semejantes y en más de una ocasión el insostenible deseo de condolerse del prójimo lo hacían parecer un niño. Mas eso no quiere decir que despreciara su oficio, el cual no guarda estrictamente ninguna relación con los malos sentimientos. Es un oficio como otro cualquiera. Y al iniciarse en él por azar de la necesidad y de la vecindad del matadero se le vio en seguida una predisposición especial: enteraba la pica sin que le temblara la muñeca. «Buena mano»—comentaban los trajinadores en desperdicios—, y esa firmeza en dar la puntilla fue su mejor reputación. Hasta que tomó el camino.

El tiempo que pasó por nuestro pueblo le cambió en redondo el rumbo de su vida. Ya el matarife mayor de Aguada no le diría jamás: «Coge tu chagra; ¡vamos!, afila tus cuchillos.» Y él, parsimoniosamente, con su chagra y su cuchillo en juego: «Mande lo que guste, Juan. Mande». Ni el de Cartagena, ni el de Covadonga... Venía a la ventura, a pasar unos meses y sabido que no por falta de brío y denuedo fue que se echó a la calle sino más bien por un impulso de ver más, el haber dejado su oficio no mermaba en nada su calidad de obrero cumplido. «Aunque... demasiado hobo—decían algunos en el pueblo—para estarse a lo que está». Y puede que sea así, visto al modo del pueblo. Pues en verdad ¿no invade otros fueros ajenos al parecer completamente a los suyos el pasarse las horas conversando con los chiquillos, compadeciéndose de los animales abandonados, echando migajas a los pajaritos? ¿Qué digo? Unos perros hueseros le seguían y como andaba descalzo las más de las veces, alguien aseguró que esos perros en ocasiones le lamían los pies. Los del matadero no aceptaban eso; los de la plaza tampoco; pero el resto de la gente. Un hombre que anda así, que se deja babosear por perros, y lleva cuchillo en la cintura ¿no tiene algo de raro y comprometido? «Un inocente»—decían las viejas que rezaban por todos en la iglesia del pueblo y olian mal.

«Mejor es que se calce»—pensó una vez el matarife de Cartagena—y así se lo dijo en serio. Pero él alegó que su plata no le alcanzaba a mucho, que mejor andaba como quería, y que si no estaba conforme, en todo caso... «Mande, mande usted, Venancio.»

—Pero hombre, si nadie está disgustado contigo; cómprate unas vaquetas; no jeringues.

Si pensó hacerlo no lo hizo. Y un día, a la buena de Dios, sin pensarlo mucho, se lanzó de nuevo al camino, descalzo, seguido de sus perros hueseros y cayó por nuestro pueblo, donde tuvo aquel conocimiento. Le seguían éstos parsimoniosamente, y juntando aquí y allá restos de comida, los tres la pasaban como podían, hasta que se enteró que a virtud de una política constructiva que se estaba desarrollando en todo el país por la consolidación definitiva de los

principios inmanentes de la patria, permitía..., si ésta es la palabra... Bueno, lo que se permitía saltaba a la vista. Iba a vender billetes; iba a vender chivichana.

El hecho que descubriera la chivichana fue un hecho definitivo en su vida, sobre todo por la moral de los resultados. Mantilla, el tipo que la tenía, le daba a ganar buenos reales, es cierto, pero él, en cambio le daba a sus clientes puñados de pesos, más que con los billetes que no salen nunca. Y si estos clientes andaban en apuros, en apretazones, no se nos negará cuánto bien les hacía un premio de la chivichana, si se presentaba, naturalmente. Y ese era su deseo, que se presentase el premio y las gentes saliesen de apuros. ¿Sus reales? Bueno, sus reales eran para comprar pan y guayaba, hacer el pancontimba, comerlo tranquilamente y llevar los bolsillos llenos de chucherías para los niños. No le gustaba que le llamasen vejigos o fiñes, barrigones o mocosos, sino niños; así les nombra él siempre mirando con arrobo sus caras de diablillos o angelotes, limpias o sucias, y sintiendo singular preocupación por todas las cosas que emiten.

«¿Quién vive en esa ventana?»—oía decir a cualquiera de ellos majadereándole a la mamá. Y él se apresuraba a inventarle una fábula y a prometerles una visita a la persona que habita tras aquella ventana, mientras sus perros daban vueltas en torno. «Ya verás qué bonita es la reina que vive en esa ventana; ya verás». O bien la historia del duende azul, o bien otras historias.

—¿Pa qué tú anda siempre con perros?—le inquirió una vez uno muy despierto y azogado—. Dame un pirulí.

Y él explicaba que papadiós se los ha puesto a su vera a fin de que los cuide, porque los perros son, después de los niños, las cosas más buenas del mundo. «Me da un gusto comprarles carne de la buena—finalizaba—; ahora que puedo.»

Claro que podía ahora que andaba vendiendo la chivichana. Porque hay un negocio de chivichana como hay otros tantos negocios de juego, ahora que se preparan las elecciones y se reconstruye la patria y Escipión Hipólito más que por allegar fondos, más que por toda otra cosa, se complace en mejorar la suerte de todos... ¡oh!, ¡oh!, ¡oh!, se complace en...

—Un numerito, don Paco... Que se va a sacar usted los veinticinco pesos..., ¿no quiere? ¿O quiere unos billeticos? ¿Le corto dos pedazos?

Y se escondía de los guardias, él sólo en el pueblo porque era respetuoso, y se metía por los vericuetos con su generosa donación indiscriminada: «El numerito de la buena dicha, ¿quién quiere? Lo traigo pa usted...» Don Paco Tabares tomaba su número en si-

lencio, metía su pedazo en su bolsillo y chupaba su tabaco con solemnidad.

El viejo Matías Alfonso se había sacado; uno que era dulcero y llamaban Margarito, también. ¡Y lo bien que les vino a los dos, con tantos hijos y apuros como tienen los dos! Unas muchachas de Pueblo Nuevo, varias veces. Y el cura... ¿Pero juega el cura? Sí; sólo que no se debe decir que el cura compra chivichana a escondidas, porque si no se le acaba la venta al vendedor, por indiscreto y mal cristiano. Pero se sabía que ese padre barbón y rechoncho, sucio..., un poco sucio casi siempre, más de una vez había «cobrado». Sólo que era, decía, un regalo del cielo para repartir limosnas... ¡Qué risa! ¿Repartir limosnas el cura..., el cura que no bautiza a un niño moribundo si no le ponen los tres pesos del bautismo delante...? «Siquiera uno pudiera romperle después el bautismo, y la crisma, y darle los santos óleos...»—decían algunos.

La chusma de la plaza, los vecinos de la Trocha, todos decían: «¡Qué buena suerte tiene este pelúo! ¿De dónde habrá salido con esos perros de la buena suerte?» Y Mantilla, que llevaba la cuenta de sus premios, que tenía un padrón delante por ver los premios que daba: «¡Los fóforos, Cachita! ¡Cómo reparte premios el San Lázaro éste! Le darán jabas de propinas... Y el muy desgraciao no se compra ni zapatos.»

Mas no; no es eso. No es por las propinas tan sólo. Es porque se le ve tan resueltamente puro y desinteresado que uno quisiera verle bollante, bien bollante, y no con esos pies descalzos, con esa miseria a cuestras, con esa barba nunca bien afeitada aunque esté acabada de afeitar. «¿Qué hace con la plata?—se preguntaba Mantilla y se preguntaban los otros—. ¿Guardará su plata? ¿Dónde?»

Su plata la distribuye en esas cosas baladíes que ya se saben. Esa plata suya no prospera..., y luego: ¡él tiene tantos compromisos con los chiquillos, con los perros, con las amistades que ha creado! Que cigarros, que la latica de sardinas, que algún otro regalo de dulces y caramelos, que la chivichana fiada y hay que liquidar al día, y porque Mantilla, ¡no faltaba más!, no come de eso..., y hay que entregar el completo o mañana no hay chivichana. «Marianita, ¿no me va a pagar lo que me debe?» Y si le dicen sí o no, si le aplazan el pago o se lo postergan para la eternidad; «Es lo mismo; y por eso no deje de jugar... A ver qué número le gusta...»

Tal indiferencia por el dinero hablaba mucho de su concepto de la vida aunque a algunos le pareciese mal. Lo imprescindible para él es que nadie—¡le zumba la tarabilla!—ande mirando con ojos de envidia aquello de que carece. Manantial de este jaez a veces le borbota desmedidamente y hace que con su maravilloso don caritativo se ponga a compadecerse de todos los que se encuentra en

la calle, de los bizcos y las feas, de los de incierto andar o de aire torcido, de los viejos y de los menos jóvenes y ya con rostros tristes, enconados, lacrimosos o perplejos y que él cree van a morir bien pronto, cuando al cabo posiblemente no lleven más que esos habituales flatillos de monja que aqueja a media humanidad cotidiana. Y ante todo ¿por qué no se mira al espejo y empieza a compadecerse de sus miserias, que ya es tiempo que las cuide y remedie?

Se le debía envidiar ese corazón tan tierno, esa no mojigata piedad de ilimitados horizontes, ese llorar para adentro que le conducen, cuando le cuentan, o él se imagina por cualquier real o dudoso detalle, padecimientos en la carne o curvaturas en la conciencia de uno, de uno entre otros de los que pasan por su lado, a exclamar a tiempo que rompe la máscara de su hermetismo: «Pobrecito, ése... Me da una pena pensar...» Y se embellecía de esta tristeza sutil bailando en el molde de su tosquedad.

¿Pero es tan bueno él como para estas cosas..., ¡qué digo!, para estas cosas solamente..., los belingones en una mano, las flores en la otra? Basta. Estos son los pensamientos de los otros; de los que no ven en él que él es nada más; de los que ponen mucho trasfondo despistado sobre puros ensanches de inocencia. Debe decirse a esta altura que al bueno de Escipión Hipólito desde su primera edad le faltó energía o le sobró desdén como para hacerse llamar por todas sus letras, o si le querían reducir el nombre, si se lo querían chiquear, que no quedase en lo que quedó. Pues su primer nombre se hizo, sin la sílaba delantera, un apodo; Hipólito se tornó en una esquelética Y griega para la hora de firmar; Vergara, con su mala letra devino un churro; la v chiquita se volvió grande; una parásitaria z pasó a convivir en la familia; la r de atrás... ¿Pero él qué tenía que ver con la manera de escribir, de un modo u otro, una cosa tan insignificante como era su nombre?

Para completar su perfil basta dejar aquí este diálogo familiar que ya se oyó en su infancia:

—¿Qué tiene Cipión en la cara, mamá? ¿Qué tiene?

—Hijo, es que de chiquito le dio el quedafeo.

—¿Qué jeso, mamá?

—El quedafeo es un mal que pone así a la gente, como bobo.

Niño: haz el favol de atendel que te vas a quedal...

—¿Como bobo? ¿Cipión es bobo, mamá? ¿Bobo sin baba?

Y cambiando de tono, la madre:

—Anda, Valerio, vete pa la escuela. ¡Vete ya!

El trasval no es la tierra ésa que dicen las geografías; ese estado guerrero medio fabuloso que queda por ahí, tal vez en la Unión

Sudafricana, tal vez dónde..., sino con minúscula y mejor, con bastardilla. Decididamente otra cosa por nuestro pueblo y su zona.

Hasta él llegó un día, con su candor, sus billetes y su chivichana, Cipión. «Traigo la buena suerte..., la buena suerte». Y seguido de sus perros hueseros lo paseó de un lado a otro muchas veces, un par de cuadras a lo sumo, la primera toda fabricada, la segunda con claros donde unas gallinas picoteaban en los matojos y unos platanillos daban extrañas flores. Las mujeres que le habiaban mirándole como uno más al principio; luego, curiosamente; a la postre... «¡Qué salao eres—abordándole—; entra y no te pares!»

La clientela, los cantos, cervezas y rones dobles le dan una crepitación, una espuma de soberbia y poderío que el pobre no ha visto antes. No hay niños, no se ven niños por allí, sin embargo de imperar alegría, cierta alegría, por el trasval, Cipión, con su chivichana en la mano, se asoma a muchas puertas entornadas, a muchos postigos donde sumarias cortinas en flecos o agujereadas como jimes ocultan un tanto cierto mundo ambiguo. «Traigo la suerte, la buena suerte». Le compraban de vez en cuando, entre burlas y reticencias, o bien entre incitaciones y desparpajos le decían: «¡Vamos, viejo, gasta tu plata! Mira: la china quiere que le des algo de lo que enguacas. La china o yo, ¡anda! No sea cicatero. El dinero es redondo pa que ruede...»

Cipión, con sus pies descalzos, con sus perros hueseros detrás, sonreía, cortaba sus billetes con su tijera, mostraba su chivichana mirando de soslayo, íbase riendo hasta otra puerta. «El número bonito, ¿quién lo quiere?» Y vuelta a decirle cosas y vuelta él a sonreír y vuelta a irse a otra parte sin hacer caso. Los del café y los guayabitos y el dueño de las accesorias, caballero bigotudo y camisetudo, español él, le bromeaban: «Cipión ¿hasta cuándo, hombre? ¿Te da miedo, o qué? ¡Vamos! Te regalo la entrada.»

Y Cipión, sin engrincharse, volvía la espalda, no pensando ni poco ni mucho en lo que le decían, pensando en cómo había trabajado en los ingenios, en cómo invadían el pueblo y en aquello de la daza de los millones que jamás llegaba a entender. Pero la chivichana era diaria y de eso sí estaba seguro, tanto como de que Mantilla se iba a comprar una casa en Cienfuegos. «La buena suerte, la buena suerte...» Y su voz era siempre igual, monótona, un poco aterida de tristeza, y su sonrisa, un poco idiota, siempre pareja y sus pensamientos, immaculados.

Es decir, siempre igual y siempre pareja hasta llegar a cierto punto; es decir, hasta llegar al punto de la catalana, una rubiaza imponente, teñida, desteñida, que sostenía casa aparte con juegos de cuartos y criadas, y todo tan bien dispuesto que hasta parecía una casa honorable si no hubiera sido por un tal Manolito Cor-

billón, tipo curtido y previsor que le gritaba a toda hora con trémolo alterado: «Catalana, quiero ver lo que haces, ¿sabes? No te me duermas. ¡Más viveza! Apura a esas desgrasiás... ¿Me oyes?» Al cual surtido de rondales ella respondía entre dientes: «¿Será posible?», pero afectando una actitud solícita, hechizada, de bestia de carga que se resigna: «Manolito, ten paciencia: estas narrias andarán». Y toda la casa, en movimiento.

Las pupilas conocían bien aquella voz imperiosa y cómo la catalana se quejaba a menudo de dolor en el cuello. Una decía:

—Ponte un parche copal en la rabadilla; otro en el pie izquierdo; se te quitará eso, catalana.

Otra agregaba, comiendo mamoncillos y tirando las cáscaras con indolencia para un rincón donde había un fonógrafo:

—Más vale que te veas con el médico. La guajira no sabe lo que tú tienes, ¿cómo te va a recetar? Estos montunos siempre con sus unguentos y sus oraciones. ¡Son divinos!

Y el que gritaba a menudo y lo oía todo, con sorna y malevolencia:

—Esta paloma torcaza mira pa onde no debe; por eso se le traba el pescuezo... Oye, tú: no tires más basura al suelo. Candita: no seas tralla, te lo quería decir, y deja quieto el garnate; no quiero que te estés jalando to el santo día. ¿Quién paga la comía aquí? Esta catalana no sabe llevar cuenta... Empeñas toas; ¿hasta cuándo? Y usté déjese de curanderismo, que está perseguido.

La catalana intervenía desganadamente y sus blancos hombros desnudos llevaban la virtud de apaciguar la escena, como hace un ángel con sus alas. Un ángel... Así la veía Cipión; por lo menos, creía él, aunque don Toncho, el sirviente del café, dijese otra cosa.

—Un numerito, señora. ¿Quiére la suerte hoy?—Y le sonreía como sabía hacer, aunque tal vez con su pensamiento no tan implacable ya—. ¡Ande, pruebe! No se va a arruinar..

—No; hoy no—decía ella mirando para su cuarto—. La hora no es buena ¿no te das cuenta? ¡Abrenuncio!

Quería ocultar sus pequeños dispendios; quería que no la viera quien lo miraba todo; quería estar segura... Cipión le rogó:

—Uno sólo. A lo mejor sale...

—Te he dicho...

Y él, con decisión magnífica:

—¿Qué pasa? ¡A ver, yo le regalo, señora, el numerito que le guste! El que quiera, ¡vaya! No faltaba más.

Monserraté Piñol tomó un numerito, se lo puso en el seno y le guiñó un ojo. «¡Vete!» Con el otro ojo él creyó que le decía, «¡vuelve!», porque, quién sabe lo que estaba pensando o cuáles eran sus planes con aquél que la llamaba *señora*.

La voz alterada parecía estar gruñendo como de costumbre, y ella

respondió entonces a esa voz que oía en su cerebro, riendo, riendo..., tanto por desenojar al ausente ofuscado como para ejercitarse en su arma de lucha. Reír era su fuerte; los dientes suyos daban batallas definitivas y bien se sabía por el pueblo. «¡Qué dentadura!»—se confiaban los menos crédulos—. «Con unos dientes así...» Y se recordaban cuántas presas no había hecho, entre el paladeo de cigarritos y roncitos, con los dados en la mano para jugar la convidada. Sólo que nadie, que se tenga memoria, había ganado hasta el final esa porfía. Nadie, ni siquiera el concejal Mamerto Lomo, hombre rumboso si los hay, hombre peligroso en el amor pero al cual, después de decirle algunas guachinangadas—«eres un condenao; eres un bandido; te quiero...»—lo dejaron mirándose su guayabera cruda como si fuera de otro. Un chasco más en la política de acercamiento con la madre patria provocado por los desdenes de esta dama.

Del café venían las copas y el viejo que las traía no quitaba ojo en torno. Si alguna niña se sentía indispuesta aconsejaba con gracia: «Niña, al catarro con el jarro. ¡Vamos, échate uno!» Con respecto a la dueña, pocas y buenas; no era gente para llevarse mucho tiempo; tenía un genio..., tenía un marido...

Don Toncho, sabiendo que descendía de barcelonesa gente solía decir en secreto, mirándola de soslayo: «No engaña... ¡Y qué razón tenía mi abuelo! Pa teta y pezuña, Cataluña»—como queriendo advertir, además de la posesión del succulento seno, que no le daba el naípe por ventoleras. Era calculadora; era metalizada la catalana.

Pero Cipión empezaba a mirarla como si fuera un ángel. Dondequiera que volvía su triste mirar ahora estaba ella y le confortaba y también le carcomía en la conciencia. ¿En la conciencia? ¡Claro!, pues el trasval es el trasval, eso no se discute, y estar allí, eso se sabe, ¡pincha!, no cabe duda. Aunque al cabo del día cuando se está desrriñonado de andar de aquí para allá, buscando el tanto..., es agradable poder recrear la vista, echar una mirada... y verla aparecer a ella ante muchas rosas.

Uno del pueblo que se dedicaba con buen éxito aparente a ciertas actividades de éstas, pero de tapadillo, porque trabajaba en una casa de cambio, le había dicho: «¡Véle al brío! Eso está por ti. No te achiques». Y fuese por broma o fuese por malévolo instinto, otros le decían igual prometiéndose un buen suceso inesperado.

¿Qué es lo que era de verdad? ¿Aquella mujer tenía ese capricho singular? Puesto que tenía que ser un capricho único, ya que ella, si lo sabrían todos, no se entregaba a nadie, por lo menos desde hacía mucho tiempo. Su función rectora la ponía en alto y guarda y nunca hubo por allí atrevidos ojos que le prometiesen algo, algo que no debía prometérselo a ella según un juicio elemental, que ella no los humillase en su calidad de dueña. «Jamás la cata-

lana se acuesta...—era sentencia corrida—desde que está con Manolito». Sólo que ahora, según parecía, las cosas tomaban otro cauce: las cosas cogían un camino que, por lo menos desde hacía mucho tiempo, ella no transitaba. Algunos ojos muy alertas se dieron cuenta, pues no hacía ella más que saber que por allí llegaba Cipión y venga a festejarle con la mirada, y que dónde te metes, y que si andas enamorado de fresco, y que si los perros sólo son los que te entretienen... «Cipión, ¡por Dios! ¿los perros nada más?»

El que se dedicaba a estas actividades vergonzantemente, le advirtió de nuevo: «Te está cuqueando, ¡fíjate! Y eso no conviene. Haz por el gallo; da la cara... ¿O es que tú no muerdes, igual que tus perros?» Y se echó a reír porque le salió bien el chiste, según su juicio. Se echó a reír con todo el cuerpo y parte de su alma, ésa que no estaba dedicada precisamente a los menesteres de la casa de cambio, pero al rato se paró en seco porque Cipión le miraba con dureza. Iba a decirle: «Despierta, hijo», pero no se atrevió; aquellos ojos le atemorizaban un poco. Bien claro estaban diciéndoles—dedujo él—que no quería chiste con la catalana. «Bueno, con su pan se lo coma». Luego pensó: «Y aun cuando... ¿Pero es que puede permitirse eso? ¿Que lo sonsaquen a uno, así como así... y no comparecer? Ni que fuera distinto». Luego, encendiendo su cigarro: «No cabe duda; Dios da barbas al que no tiene...» Y parando el oído para reconocer una voz, una voz entre las otras, que repicaba desde su ventana impacientemente:

*Son las doce de la noche
mi marío no ha venío
¿quién será la muy ladrona
que lo tiene entretenío?*

reflexionó: «Hoy tengo que llevarle una empanada de queso a Guadalupe, ¡la pobre!, que está antojá. ¡Qué pejiquera!»

Cecilio Ambú, quien había sido engrasador de máquinas, luego levantador de pesos, más tarde entendido en electricidad y comerciante en frutos menores y por extensas tierras del Caribe perturbador de oficio, sabía estirar el almidón de los fastidiosos mediodías con su gracia de cuentacuentos. Estaba relatando a los amigos del café cómo había hecho un contrabando de ametralladoras en Centroamérica usando una piara de puercos:

—Cada puerco llevaba amarrado su bulto a su barriga. Bonitos lechones, gorditos; la noche como boca de lobo. Los empujábamos hacia un claro de monte...

—¡Mira que los blanco inventan!—apostilló un negrito simpático que traía el hielo al café, desde el pueblo, y con el hielo algunos recados discretos para algunas personas..., de parte de gente que no quería comprometerse. Y a seguidas: —¿Y qué pasó después?

—Después, ¡riete bandido!, después pasó lo que tú sabes.—Y volviéndose al que tenía a su derecha, un dueño de imprenta que publicaba una hoja los sábados donde atacaba a las autoridades por que la prostitución ya era, en verdad, un escándalo en el pueblo: ¿Ha visto usted qué muchachos más frescos los de ahora? Ni siquiera le respetan a uno, que puede ser su padre.

Pichardo pidió anís con toda dignidad, asintió al dicho del enojado y lanzó una mirada al dueño de las accesorias, por el cual estaba esperando para marcharse..., ya que era tarde..., ya que tenía que hacer..., ya que lo reclamaban en la imprenta. A algo muy esencial obedecía su presencia allí.

—¿Qué hubo de eso, Carballeira?—dijo con tono jovial cuando lo vio acercarse a él, en camiseta y con un sobre en la mano. Y como ya cogía el sobre y se lo pasaba al bolsillo interior de su americana, Pichardo se permitió emitir entonces con un tono de malicia y autoridad, mirando para el negrito, mirando para Carballeira, la carcajada en la boca: —Su padre, no; pero sí su padrastro..., ¿verdad, mi socio? Y sin esperar la respuesta y sin despedirse: —Sigue el cuento, Cecilio; el sábado que viene vuelvo a oírte... A esta misma hora... ¿Verdad, amigo Carballeira?

En este punto fue que vieron a Cipión entrar por el patio con su chivichana y sus billetes, dar vueltas entre una nube de moscas —otra cosa que Pichardo iba a denunciar bien pronto si los acontecimientos... no cambiaban—. (Este recuerdo lo tenía Cecilio bien presente y hasta se acordaba del comentario que hizo, en el sentido de que el tigre come por lo rápido que es..., y que aquel tipo, a la verdad con esos perros no tenía aspecto de tigre, por lo cual le iba a ser muy difícil poder llevar a su boca un bocado tan succulento y apetecido como el que, al parecer, algunos optimistas le vaticinaban.)

Triste andaba el pobre chopicundio y don Toncho arguyó que eso que se le salía por los ojos podría ser pasión de ánimo, dolor de muelas o mortificación de vientre, pero sin articular en ningún momento la palabra melancolía, entre otras cosas porque la ignoraba. «¿Qué te pasa? ¿Qué te pasa?»—le decían algunos; y él, mirando para sus perros con desconsuelo: «¡Nada! ¿Qué me va a pasar?»—pero muy seguro que le estaban descubriendo una entraña secreta abultada por misteriosos ácidos corrosivos.

—¡Oye, venacá!—le dijo, al entrar, Mahoma, un agente del orden, retirado, y que se creía suficiente para aconsejar a todos—. Curri-

canéala hasta que te convenga. Y luego, con su autoridad maciza de viejo camaján: —Continás como anda... Curricanéala y dimpués, ¡cobras! Al seguro. ¿Pero qué estás mirando pal cielo, grandísimo seboruco?

Cipión dijo:

—Las estrellas, Mahoma. Las lamparitas que se van a encender... ¿No te gustaría a ti ver la mano que les prende la lumbre?

No pudo seguir dando consejos Mahoma; no presentía a esa hora que las estrellas salieren, no presentía salida semejante, y pasó al servicio por su piedra en la orina. Aquel muchacho le aburría como un gallo maula.

Cipión, como de costumbre, ofrecía sus billetes y sus numeritos, dio otras vueltas perezosas, cercó a los tertulianos y luego se fue a donde quería estar, los perros tras él. No pensaba más que en eso; no le importaba nada que no fuese eso. Por el camino, mirando al suelo, contó mentalmente su reales y se dijo que tal vez a ella le gustaría tener un pomo de esencia, o un pañuelito de seda, o unas medias caladas..., y que, puesto que le era grato, debía regalárselo en la primera oportunidad. Habría que averiguar la fecha de su santo, o cualquier otra y hacer un matulito. Ya vería.

Cautelosamente se acercó a la casa, hizo girar un torniquete que cerraba la baranda, se deslizó contra la puerta, pasó adelante y dando las buenas tardes a la parva concurrencia que encontró en la sala, hizo como que miraba para el rincón donde el fonógrafo, con ese insistente fervor de lo mecánico, extendía una entretenida lisonja de amor. Con desgano le respondieron sin mirarlo apenas, y otros quedaron callados mirándole impertinente. «¿Qué venía a hacer a estas horas este bicho?» Pues eran las horas de la intimidad como quien dice, la hora de estar en familia y hacer proyectos, una hora vedada para quien no fuese muy allegado o bien del grupo de los príncipes censores (tres o cuatro) que despreciaban a toda la fea furrumalla del contorno y que se reservaban para sí tales momentos de expansión sentimental al socaire de una ligereza de prendas íntimas como pocas veces se podía ver.

—Tú dirás—dijo uno de bigote arrogante y mosqueteril—. Porque aquí nadie piensa...—Y reflexionando: —Pero hombre, ¡mira! Mercedes ¿tú no querías café acabaos ecolar? ¡Trae el vaso! Este pue ir.

Mercedes no se movió de su asiento, lánguida y querendona; el que habló primero se puso a limpiarse las uñas con una limita de acero y Cipión, después de esperar un rato, notó que del cuarto de la catalana brotaban luces chisporroteantes, pensando en seguida que no debe encenderse velas de día porque eso anuncia muerto.

Y se mesa esa barbita que le ha ido creciendo a la buena de

Dios, que se ha dejado sin querer, y de la cual se burlan muchos y a otros les hace compararle con un santo. ¿Con un santo? «Lo que son las cosas—se dice—; nada de santo». Y comprueba como ahora tiene un poco de vergüenza cuando acaricia a los niños, y aun cuando se compadece de los que cruzan por su lado, ya no se siente como era antes. Los hechizos que han entrado a su cuerpo por todos sus sentidos; ese filtro maligno... «Mejor—pensó—darle la vuelta al disco...» Uno lo hacía, en efecto, diciendo: —«Pero ya esta parte está rallá. ¿Qué pongo?»

Se sorprendió de aquella coincidencia. No era nada, pero se sorprendió. De esta sorpresa le vino a sacar la presencia de la catalana en deshabillé, con el pelo suelto, teñido, desteñido, y toda la jugosa pulpa de su carne blanca derramada como de un cuerno de la abundancia. Mirifica visión que lo venía a sumir en éxtasis sin igual, y le paralizaba el habla a cambio de darle un mar de sudores fríos.

—¿Qué te pasa, Cipión?—dijo ella. ¿Qué viento te echó por aquí a estas horas? Tan temprano...

Él se la quedó mirando y sólo acertó a preguntarle:

—¿Por qué tiene velas encendías de día?

Se rió a borbotones. La verdad que tenía su promesa hecha a la virgen. Quería algo y lo disimulaba.

—¡Psh! ¿Qué tiene que ver?

—Anuncia muerto, ¿no lo sabe, señora?

Sin pestañear, pero cogiendo para otro lado, porque el giro de esa conversación le era desagradable, ella dejó caer entre risas una pregunta maliciosa:

—Cipión, y a ti te gustan las flacas, ¿verdad?, como a los chinos. Porque te veo siempre dándole vueltas a ésa... ¡Ingrato!—Y de sopetón: —Me acabo de lavar; ¡huéleme!

Señalaba para cualquier parte pero tenía su pensamiento fijo en una sola cosa. Huir del pueblo, irse a Cienfuegos a juntarse con quien deseaba, tomar una casa grande, poner sus asuntos por lo alto... «¡Oh, estoy harta ya de broncas».

—No; no me gustan las flacas... Me gusta...

El resto quedó sellado en su boca; no lo dijo. Entonces la catalana volvió a su altar, arregló las flores y las velas; anduvo moviendo su refajo de seda fría y la palabra «ingrato» le perforaba a él el corazón; la tenía incrustada en su corazón. Estaba bonita... ¿Podría negarse que estaba bonita..., bonita, pensando lo que iba a hacer, o lo que él creía que haría?

Cuando dijo «me gusta» Cipión se había propuesto, no diré que cubrir de besos aquellas mejillas pero sí, por lo menos, terminar su frase con una mirada única, perforante, que dejase bien a las

claras cuál era el objeto total de su gusto. Ahora la persona aludida aparentemente por Monserrate Piñol, esa chiquita que se pasaba la vida en su sillón, sin ir jamás por el pueblo porque todas sus calles juntas—fangachera pura—no tenían ni el más leve interés para una capitalina como ella, respondió zafiamente, denotando además que le importa poco todo aquello:

—Por mí...— Y a sovoz—. Flaca... Pero tengo unos bolberis... y un caballete que mata.

¿Fue el viento lo que entró por la puerta de la calle entreabierta moviendo los flecos de una lámpara de canelones que adornaba el centro de la estancia y que nunca se encendía? Resonó en sus oídos esos tintines alegres, en tanto ella volvía con un frasco de agua de la florida en la mano y arrastrando sus chancletas de palo:

—Cacharro—dijo—. ¿Habré de darle al santo con el cacharro?

La chiquita del sillón musitó con sorna:

—Algo pasa cuando estos belenes hay.

Y él:

—¿No quiere hoy un numerito, señora?

Y la boca se le hacía agua y el corazón le latía fuerte y algo seductor y repugnante se le ponía en pie a su frente para desafiarle en todo terreno. Apenas oyó que ella dijo: «No estoy pa números, sabes tú?» o creyó oír otra cosa, o nada, puesto que lo que se venía fraguando entre equívocos y chocarrerías a veces se llenaba de coincidencias. Mordaz y descontenta ella suspiró:

—Quiero una cosa... —Y soñadora y rara: —¡Qué cosa, Dios mío! Si supieras, Cipión...

Y él, sufridor y contento, los ojos bajos, poniéndose pálido y ruborizándose al mismo tiempo porque recordaba que la había visto desnuda frente a la cómoda: ¡caramba!

Tan inusitada exclamación le hizo balbucear a ella, para ella no más:

—Si uno pudiera de una vez hacer lo que se le antoja.

Lelo, él la miró de un modo particular. «¿Qué inconveniente había para hacer, llegado el caso, lo que uno quisiera?»—razonó a su manera y...

—Dígame, señora, ¿por qué no lo hace? ¡Ande!

—Te imaginas tú... Se dice pronto, pero... ¡tú no sabes!

Él suspiró hondo. Los perros le estaban esperando afuera, impacientes. El viento soplaba sobre las velas.

—Parece que va a llover—deploró asustado—como si tuviera que interrumpir con ello la venta de los billetes y las chivichanas.

Viva ráfaga penetró ahora por toda la casa. Se sintió como una ráfaga aciclonada, por lo menos, pero con pantalón de franela y americana azul. Los puntiagudos zapatos de dos tonos estaban muy

limpios; su leopoldina de oro daba saltitos a la altura del ombligo. ¿Qué traía en la mano?

—¡Cómo se entera uno!—tartajeó en medio de un jadeo fatigoso. Y encarándose con la persona que le importaba: —hija de la santísima... Hija de la gran... requeteputísima. Conque ésas tenemos ¿eh? ¡Pero no te lo decía yo que te agarraba! ¡A mí mismo! Miren que el agachao de Mantilla hacerme eso... No solamente le voy a quitar la jugada, sino que le voy a romper la crisma por traicionero. ¿Pero qué me están mirando?

Y acariciaba su manatí en tanto Cipión ni decía ni hacía nada, tampoco temblar. Pero Manolito bien que lo advirtió y dijo:

—Y éste ¿qué pinta aquí? ¿Es tu arrenquín? ¡A ver si te largas, mentecato!

Cipión le estaba mirando el escote a la dama de sus sueños en ese momento. ¡Qué escote! Ese refajo de seda fría, de tan bajo escote, le picaba algo secreto de su carnalidad. Y era un error mandarlo que se largase en estas circunstancias.

—¡Ajila!—vociferó el colérico—. ¿A qué esperas, sanaco? ¿O es que quieres también probar el tronco cuadrado? ¿Tú ración de rabo? ¿Tu ración doble?

Sin darse respiro como trazo del suelo ponía a la mujer y la llamaba piojosa y tal y cual. Ella se defendía como podía, tapándose la cara y Cipión, mirando para las vigas del techo pensó que si él intentara, tal vez...

—Yo creo—articuló despacio—. Yo creo...

—¿Qué es lo que crees tú, imbécil?—rugió airado el otro. ¿A ti quién te mete en esto?—Y mirándolo como si le usurpara algo:

—¡Dime!

—Que no hace falta...

La verdad, se había puesto de todos colores para decir esto que de pronto le pareció maravilloso: —Que no hace falta...

—¿Que no hace falta, qué?

—Insultar de ese modo...—agregó aún más despacio—. Al fin y al cabo, si ella tiene su idea... ¿Por qué usted no deja que ella haga lo que quiere?

Atrevimiento único; era demasiado. Sorprendido por este insólito razonamiento Manolito acarició extrañamente su manatí, se arregló la corbata, se subió los pantalones hasta una altura imposible y en menos que vuela un mosquito descargó una hofetada rotunda sobre el rostro del fresco, brutales vergajazos sobre la indefensa mujer, patadas por todos lados.

—¿Ah, es cosa tuya? ¡Vas a ver!

En medio de su furia no perdió el tino. Corrió a la puerta que

daba a la sala para cerrarla y al ir a dar vueltas a la llave la voz de la mujer lo dejó un poco en el aire.

—¡Virgen santa, ampárame! ¡Ampárame!—gritaba ella elevando los ojos hasta su altar—. ¡Qué abuso!

Pero fue un momento nada más y cerró la puerta y le siguió pegando hasta dejarla tendida y con tanta bulla y barullo que el pobre Cipión, literalmente paralizado de terror, no sabía qué hacer. Se debatía entre sus pensamientos de justicia y sus deseos de salvar el pellejo. Cipión reflexionaba que la pobre aquélla, la gran dama de su corazón, iba a recibir la muerte de manos de ese bárbaro y la idea del crimen le puso a temblar. Así pasa a veces... Porque él veía seguro que la mataba, que la mataría de todos modos, que iba a quedar tristísimo y no pudiendo más gritó como un desesperado, a voz en cuello:

—¡Auxilio! ¡Auxilio!

Volvióse el energúmeno a pegarle a él y él a huirle gritando, derretido de miedo, a pocos metros de la puerta sin poder abrirla, tapiado, acorralado, con la cabeza llena de zumbidos y los ojos de luces brilladoras. ¿Qué hacer? ¿Qué hacer? Pues según le hurtaba el cuerpo a su agresor íbase enfureciendo éste más. De improviso dióle feroz empujón a la puerta y ésta se hizo salida; podría franquearle el paso... ¿Pero iba a dejar a merced de aquella bestia el ser que adoraba? ¿Iba a permitir que la rematase? En medio de todo eso calculó que si se le prendía por la espalda...

Oía cómo sus perros ladraban furiosamente allá fuera y vio cómo empezaba a acercarse la gente de la sala, pese a estar acostumbrados a estos zafarranchos domésticos. Acudían con aire indiferente, no muy dispuestos a intervenir en lo que al cabo les importaba un comino y máxime cuando se trataba de aquél a quien temían por diversas razones.

Cuando dijeron dos o tres veces «está bueno ya; está bueno ya», calculó Cipión que debía desaparecer seguro de que el orden... Pensó que sobraba allí y que lo mejor sería escurrirse. Pero en esto le asaltó un pensamiento atroz; no tuvo otro pensamiento que escupir la cara a esa fiera demente. Iba a hacerlo, mas como si lo adivinara, Manolito le largó al punto un fustazo que le ensangrentó el rostro. Retrocedió Cipión humillado, miserable, como si no hubiera nacido de mujer, como si no fuera quien era, pero dispuesto a huir ahora más que nunca; a huir para toda la vida, tan castrado y tan cobarde... Sólo que en el esguince de la salida hizo con sus manos, sin inmutarse, un gesto enérgico y definitivo y el silencio bajó para todo.

Esta cólera seca le puso alas en los pies descalzos.

A Cecilio Ambú, que lo vio correr por el patio como alma que

lleva el diablo, no se le ocurrió sino comentar para los contertulios, con su cara entre irónica y adusta:

—¡Cóoqui! Quiso meter el burro a la sombra, como dicen por allá, y no pudo. ¡Qué desmaña! Por supuestamente...

Y a Carballeira que acudía con la falda de la camisa por fuera, arreglándose el cinto de guardia rural de su preferencia:

—Ahora sí que el profesor se va a poner las botas. ¡O esto se acaba!

En el pueblo esto ha producido un revuelo espantoso. Al primer cribaje ¿debe decirse que las autoridades recibieron un fuego granado, muy vivo, por consentidoras y amparadoras? Y, ¡oh, si debe decirse, Pichardo editorializó amargamente el inmediato sábado sobre el cáncer que roía la sociedad actual, con tantos centros de prostitución tolerados a ciencia y paciencia de superiores e inferiores; y aunque el dueño de las accesorias fuera a verlo de ocultos por dos veces para que suspendiera la campaña, él, con mucha dignidad, le respondió:

—¿Acaso no tengo, amigo mío, hijos que puedan perderse por esos caminos que voraces beneficiados se empeñan en mantener muy transitables? ¿Sabe usted, Carballeira, que mi sobrino Alejo está enfermo..., y que yo, un trabajador de sol a sol, tengo que sufragarle las medicinas (¡el pulpo farmacéutico tiene unos tentáculos!) y todas las porquerías que se venden como tal...?

Creyó Carballeira que se iría por ese atajo. Díjole:

—Más vale caer en la sepultura que en manos de farmacéutico; lo sé. Estos condenaos, con un pozo en el patio, se hacen ricos en horas. ¡A éstos son los que hay que atacar! Una campaña para la revisión de precios... Una campaña para abaratar los patentes... Alejito, dice usted ¿anda mal...?

—Y mi hijo, ¡el pobre!, muy enfermo. ¿Y qué cree usted que tiene? ¡Ah, no se haga el nuevo! No se sorprenda con lo que le voy a decir; tienen los dos la misma cosa. Y en ese mal que padecen, mal incurable, usted... no me lo niegue..., lleva buena culpa.

Bajando los ojos lanzó una palabra erizadas de íes, verdaderamente impresionante porque Carballeira puso los ojos torcidos e intentó dar una solución, al parecer correcta, sin que Pichardo admitiese conjeturas en lo que él consideraba, naturalmente, un hecho consumado:

—Bueno, no exagere, Pichardo. La sífilis se cura.

—¿Qué dice usted, so ignorante? Se remendará uno, se pondrá un parche, ¡pero curarse! ¡Ah, el sífilítico está tarado para siem-

pre, él y su descendencia, él y todos los suyos! La sífilis es contagiosa, peor que la lepra, peor que la tuberculosis...

—Pero se remedia, hombre, se remedia. Comprenda la situación.

—¡Qué consuelo de villanos! Es intolerable oír semejante otomía: ¡Se remedia! Ni que uno fuera un trapo roto, un traste inútil...

Un estertor de lucha de este cariz terminó del modo más sorprendente: un curioso y resentido entendimiento, pero entendimiento al fin... «tanto más cuanto que si bien es cierto que era de lamentar ese desmán, a buena cuanto la sociedad actual, por otras vías, debía imponerse los frenos morales...», y así sucesivamente hasta completar la parrafada de despedida, ese término de alianza o cuando menos de suspensión de hostilidades, por ahora, por ahora.

¡Y qué atroz recuerdo fue para todos, en años, esta muerte de un amigo, de un compañero de la infancia que había cogido por el trecho malo, por el fangal! Algunos pensaban: «Por algo se dice: no dejes camino por vereda; por algo...» La tramoya del drama servía para poner ejemplos: «Así acaban los malacabezas, siempre», «Quien mal anda, mal acaba...», etcétera, etc., &. Esta monotonía aclimatada no siempre sirvió para seguir elevando el pensamiento; más bien hubo algunos que se refocilaban con la presunción de nuevos desastres de ese tipo, o de una forma más cruel aún si se piensa que sería a la inversa, dejando ya clarear por rendijas perspicaces la sombra de cadáveres femeninos. Porque se actualizan, se actualizan cosas.

El entrisale algunas noches en casa de las Terolas, cierto, es entrisale; van los jóvenes por esas lindas chicas conocidas las tres por un apodo colectivo muy gracioso y no es malo que vayan por ellas, ya que cultivan lo mejor del pueblo, lo malo es que hubiese en ese trato y cultivo tanta permuta y quitipón, tanto golpe en la canilla.

«¿Cuánto le duran los novios?»—inquieren los maliciosos, y esto sólo era una parte de la comidilla. La otra parte: «¿Qué clase de novios son esos?»

De esta singular relación se hacían lenguas algunos tertulianos de la botica «La Purísima» y más, mucho más, los tertulianos de la rebotica donde el practicante Marquito Muquiz ejercía el magisterio de lo noticia soufflé; es decir, de la noticia inflada de aire más o menos puro, aventada, condimentada; no la noticia a secas y sin su salsa. El establecimiento farmacéutico, como decían ellos con su poquito de sarcasmo, había repudiado, en cambio, todos los santos del santoral, la mojigatería de la ciudad y sólo se rotulaba a secas, porque para eso es un negocio: Farmacia del Dr. Morel. Funciona la rebotica goteando sus ojos confitados, buñuelos de

acíbar, venenitos de ala de garza, toda la variedad de una murmuración que no se cuida:

—El día menos pensado se va a dar allí una... que ni de cuando la mona no carga al hijo.

En su silla, casi gestatoria, Pablo miraba el inmenso vendaje que cubría su pierna derecha: elefantiasis. Miraba su pierna, pensaba en su trabajo mal retribuido en el almacén del ferrocarril, en lo poco que le caía en cuanto a poner inyecciones y otras cosas de su giro remediero, en cosas más mínimas aún:

—¡Qué tres muchachas ésas!—articuló como volviendo de un sueño—. ¡Son tremendas!

—La mayor tiene de novio al hijo de... Punto y aparte.

—De marinovio—atajó Pablo—. No te equivoques, Casimbas; no te confundas.

Nadie se llamaba Casimbas, pero era su apelativo de circunstancias, para salir al paso a las circunstancias.

Llegó un veterano pidiendo un reconstituyente que le habían indicado. Marquito Muquiz confesó no tenerlo, ¡era una lástima!, y Pablo:

—Cuidado, viejo, que eso puede traerle una infección intestinal de padre y muy señor mío. Ese remedio lo usó Martí cuando la inmigración en Cayo Hueso... Si encuentra un frasco, ¡húyale!. La fábrica se quemó hace 20 años en Filadelfia, figúrese usted. ¿Por qué no lleva de esas cucharaditas que prepara Marquito? Abren el apetito, dan buenos colores, quitan la anemia y el paludismo.

Se tocó el jamón inflado, hizo una mueca dolorosa y:

—Dásela, Marquito, y cóbrale barato, que el compadre, a pesar de ser un patriota, anda medio bruja.

Y volviéndose a él:

—No llega al peso don Víctor.

Acantonados todo el tiempo en esos rebullicios de los asuntos ajenos ¿qué podía ocultarse a lo irrefutable de sus conjeturas?

Como había quedado flotando en el aire de allí se tomó la supradicha palabra marinovio y fue enjuiciada, abierta idealmente de por medio hasta tirársele de su tripa cenicienta como de una hilacha colosal. ¿Qué ocultaba ella? Tuvo alternativas: lució a veces como el talismán de la buena suerte y su masoquista acento a ciruela podrida la tornaba melcocha de una resina operosa. No creo que fuera abatida en su invicta limpidez pero podía decirse que al cabo de los juicios navegó hacia una isla de mimbre, triste, melancólica, voluble, perseguida, soplada para atrás, soplada para adelante según el régimen de los vientos trompavulares. Quien mejor le daba impulso, el patigordo Pablo; quien mejor le daba encanto, un tal Holofernes Clavijo. ¿Había llegado de Oriente con este sentido de la

matización verbal tan desarrollado? No hubo banquete, mitin o despedida de duelo que él no asaltara y es fama que tuvo un bombín predestinado, y que en una huelga de ingenio se lo puso para hablar «en nombre de los hermanos», los cuales hermanos jamás usaron otra prenda para tocarse que sus viejos panceburros. (Todos fueron presos, y él con su bombín en la mano, por no abdicar.)

—Ese es su vivió—se decía por ahí—. Nos abastece de metralla arengona para abastecer su despensa.

—¡Pobre hombre! Yo lo mandaré a los baños de La Bija, no por el hígado, que no tiene, sino por lo barato que está la vianda allí.

Holofernes, por fin, debe decirse que tanto ennoblecía la palabra marinovio que la echaba a perder. Inherente a ella hacía lucir un estado de compenetración espiritual, un engarse de materias lúcidas, la esencia de cierta felicidad indivisa..., tal batiborrillo de crismas y plasmas como salidos de un bombín milagroso. Pero de nada sirvió que vacuas o patricias elocuciones quisieran quitarle ese aire comprometido que una crítica nada parpebral le confiara sin remisión.

—Marinovio ¿pa qué lo está averiguando tanto?, no sé qué cosa será el Jobabo pa allá. Aquí en to el contorno desde Ciego Montero hasta el abra e Castellón, es el marío que lleva relaciones, el que se acuesta y se levanta... y no con Dios, Holofernes.

Por quitarse de encima el caballito del diablo de la sorna:

—¿Qué le parece lo del trasval? Dicen que está loco el que mató, ¿no?

—¿Quién, Holofernes?

—El matador, ¡qué sé yo!

—Loco... Loco es el que se machuca sus partes con un martillo, el que come candela. ¿Cuándo tú has visto loco que espanta la mula y no lo encuentran? Esos cabroncitos...

Se hizo un silencio áspero. A tarantanes se salió de él para caer en la discusión de un juego de pelota celebrado en Lajas. Se trataba de la eterna lucha de pueblo a pueblo porque no podía olvidarse ciertas dependencias que el primero tuviera respecto del segundo. Ahora no era así, pero la encogida pesadumbre, hallando vía pareja, se abultó.

—Es hohería... Esos lajeros son unos caracateyes. ¿Cómo no vamos a ganar?

—Mira: si tú llevas a Lajas un elefante inmenso, por grande que sea, los nietos le salen chihuahuas.

—¡Sietemesinos!

—¡Revejíos!

Y Gámbara, tan solitario como de costumbre, quien iba por su poco de poción Jacoud:

—Veo que los amigos le piden la cabeza a esos lajeros. Y el que habló despectivamente:

—La cabeza... y el cuerpo. No dan más.

Holofernes no tenía por qué inmiscuirse pero tirado de su hábito:

—Y juegan una buena pelota, no crean ustedes. ¡Cuánta inquina entre hermanos!

Pablo se preparaba a decirle algo.

—No se meta, Tonina; no congeniamos—le atajó el oriental.

Pablo, que nunca había sido llamado así en público pero que sí sabía que cuando no estaba presente, anda Tonina para arriba, anda Tonina para abajo..., tomó el disfraz.

—Aguante, paisa... Nada de monina ni de camonina. Conmigo pocas y buenas.—Y luego de la consiguiente mirada airada: —Te voy a poner tu trangallo en el pescuezo pa que no comas yerba ajena.

—El que come yerba es usted, mi socio... ¡y ya no más!

Pablo, tocándose el vendaje de su pierna; moviendo con dificultad su cuerpo que parecía, según algunos, un buen saco de naranjas (así tenía de bolas y burujones) creyó dar fin a aquello sonriendo y tosiendo ruidosamente:

—Dale su coñaquito disfrazado al compadre Gámbara, chico—y miró a Marquito como si éste tuviera la culpa de todo el enredo.

Gámbara tomó su frasco de poción Jacoud, alzó una ceja, pensó dirigirse a los billares de la Colonia, luego a los portales del café «El Recreo». Entretanto había mirado, maquinalmente, la marquilla del pomo con una línea de imprenta azul y bonita. Decía: «Evítese las imitaciones». Él pensó: «Sería bueno agregarle: porque ya esto es una imitación». Y echó a andar sin rumbo, notando, eso sí, cómo una pierna empezaba a fallarle.

¿A dónde ir? Ya no volvería Cipión a su antiguo oficio después de lo que sus ojos vieran. Piensa tirar para otra parte. Odia su cara, ese rostro por el cual—deduce—un semejante recibió grave daño. Y oye en sueños volar las palabras del amante enfurecido a punto que golpea a su mujer: «Perra ¿yo no te lo decía? Mire que ocuparse de ese perro». Como un perro también había quedado él en un rincón, paralizado de terror, sin saber qué hacer hasta que sus pies lo arrastraron vertiginosamente y sin saber cómo.

A pie andaba por los caminos, desorientado, mirando crecer la yerba, oyendo chirriar el sol, saltar el querequeté, correr las azogadas lagartijas. Por la noche se tiende donde encuentra, en una zanja seca, debajo de las alcantarillas donde florece una epigrafía insolente: «Aquí pasó un timbalú...» «La madre del que no se baje los pantalones», otras desvergüenzas por el estilo; todavía atemorido

zado; todavía sin saber por qué. Bordea los pueblos, no quiere ver niños, tal si un fermento de impureza bullera en su sangre y ese oprobio vivo que lleva en los ojos les manchara. Se deja arrastrar por ruinosos pensamientos y algo que le encocora y amilana le hace aparecer como el peor de los mendigos.

—Me da algo, ¡por el amor de Dios!

Las respuestas han tenido tonos distintos. En últimas le han dicho, porque su barba mete miedo a algunos:

—¡Véndalo! ¡Qué bicho!

Y otros, sagaces en la malicia:

—Este bebe algo...

Y los más benignos:

—Parece un finao.

Reproches que se le hacían sin ninguna base fueron cobrando de pronto sentido para él. «Me lo figuraba—parece conjeturar—; me lo figuraba». Y como si le acabaran de descubrir un secreto tremendo, parándose ante los que se reían en sus barbas de su cara de idiota, repetía: «¿O es que es de verdad?»

Aunque nadie supo jamás quién le clavó las tijeras en los pulmones al tal Manolito Corbillón para llenarle de sangre la boca y con ello quitarle la vida, él barrunta vagamente que algo tuvo que ver con eso y que el haber perdido sus tijeras junto con sus billetes y su chivichana parecía mucha coincidencia. ¡Mucha! Pero a pesar de todo pudo el desdichado vagar a sus anchas; nadie lo perseguía; tampoco nadie lo acusaba concretamente, y estando la mujer presa y un morito al que llamaban Jambelí bajo fianza...

«Pobre catalana»—pensaba él. «¿Por qué la habrán llevao presa?» Y de Jambelí, del que sólo recordaba su grito, «Compro lo bueno y lo malo...», no tenía misericordia y allá se las hubiera con sus platillos falsos de pesar metales y sus jueces y sus guardias.

Aquí es preciso anotar que ahora se le veía con dos melancólicos perrazos de mal pelaje; el uno ceniciento; el otro negro, enlodado y aborascado. Tal vez hubieran sido perros de camino, perros perdidos, de esos que andan sin amo ni compañía (perros viudos que dicen los guajiros) arriscados perros del demonio, peliadores a veces, gruñentes, mal encarados, con hábitos de sangre y no de mansos huesos, removidos de deseos ardorosos por soles de lujuria, tigres de pronto, lobos.

Grafila, una negrita que peleaba mucho con su novio porque éste se pasaba la vida llenando troneras en el billar de la bodega del ingenio, sentenció al verlo pasar por la última casa a la orilla del camino según se va para Palmira, que era la suya: «¡Dios mío! Ya quisiera yo que una noche de éstas le saliera a Mayito esta fantasma. ¡Yuy! Se acababa el billá... ¡Yuy! Se acababa la guana-

jería de estar perdiendo el tiempo jugando al billá. Pero Mayito es tan dichoso que no le salen ni vivo ni muelto, ¡tan dichoso...!»

En noches de luna también se le vio detenerse con sus acompañantes, los cuales, fieros y todo, de vez en cuando le violinean las canillas con sus flacos espinazos y su hambre de sexo. ¿Qué pensaba entonces? La luna parece que dulcificaba su rencor de vivir, su mundo caído; parece que lo transfiguraba aunque aparentemente seguía con su fea catadura de perdido. Viéndolo así a estas horas por apartados caminos fragorosos un viejo, Nicolás, acotó:

—No se haga ilusiones, ¿quién reforma a nadie? Aquí en el campo...

Y otro, con pulida distracción, o mejor, con indiferencia:

—¿Y pa qué reformarlo? Tal vez sea un guillao o uno que está cumpliendo lo suyo. A lo mejor fue una hembra. Mire, compadre: una amiga mía me dijo hace años: «Pedro Nolasco, tú irás lejos». Era cartomántica. Luego me encontré que tuve que volver a pie pa casa. Me había sacao el portamonea...

Y así siguió su ardorosa peregrinación, pidiendo en algunos lados algo que comer, comiendo caña, tomando buches de café de borras, no comiendo, ausente, misterioso, hasta que trillos y guardarrayas lo llevaron a donde quería. Porque él quería llegar a alguna parte para alguna cosa.

Ha vuelto Cipión—contaban poco después por las esquinas oscuras—. Trae una cara de loco... ¡y unos perros!

Lo habían visto los de su pueblo, ya, después de tanto tiempo; lo reconocían en seguida: era el mismo, infinitamente deteriorado pero el mismo; sin más mudanza que ésa que hace la miseria que es como si le cogieran el cuerpo y el alma a uno para lloverles encima un aguacero de inmundicias. A sus anchas anduvo unos días, dando vueltas por todas partes sin que se fijaran en él más que para censurarlo. «Mire que volver a Yaguarama así. ¿Desde cuándo falta?» «Este salió hace tiempo... Fue matarife por ahí». «Matarife... y algo más. Una vez me dijeron...» Decían cosas atroces de su conducta, de su horrendo aspecto, de su turbio pasado, de su necio vivir, de su enfurruñado carácter, de su desdén por todos; de sus pecados, de su perdición.

—¡Qué malas pulgas tiene! Parece que lo han picao avispas venenosas.

—No creo en mal genio—dijo Feijó, un maestro de escuela circunspecto—; lo que hay son malos modales.—Y volviéndose a su auditorio, que lo tenía en «La Viña»: —«Esos modales...—decía siempre mi madre—sin por qué ni para qué...» Cosa de educación; buenos modales. ¡Con qué y para qué! Hay que llevar la enseñanza...

Y sorbía con aplomo su vaso de vino como si allí faltase la enseñanza y la sana hostia de la educación.

Jamás se le había ocurrido esto que iba a hacer ahora. Había vuelto a su pueblo como un machete vuelve a su vaina, para estar quieto, metido en un rincón cualquiera, sin más cuidado que matar el tiempo entre los suyos. Y de pronto todo se vuelve en contra y venga a fastidiarlo y echarle puyas y sacarle cuentas y tomarle juicio. ¿Tanto por qué? ¿No era él igual que los demás? Parece que esto creía, pero parece que esto no era lo que creían los otros. Era como si lo acorralaran; era como si... Hasta que se metió de cabeza en «El Indio» a pedir, con lo que había pedido, un aguardiente de a cuartillo, porque...

A la verdad era la primera copa de su vida pero Evasio Escasena, embustero de marca conocido por Quindey atestigua que en los largos años de su conocimiento le vio beber siempre de lo fuerte, que sabe como esos tragos le han llevado a hacer mil locuras, y que en últimas oyó decir que un ángel se le había aparecido a suplicarle dejase la mano quieta pero que (esto le constaba) no paró ni por coña... «¿Por qué tendré yo que dejar de beber, si no hago mal a nadie? Que se quiten del trago los escandalosos y peliadores; los que se vomitan o corrompen en la calle. Con nadie me meto...» Y así por el estilo, decía Quindey, debió razonar Cipión su gusto por el mofuco y el buen jugo de pera... (cuando se podía para el Peralta) ya que el hecho de su apacibilidad, qué duda sabe, era lo que él creía y no lo que demostraba.

El aguardiente de a cuartillo fue alzando su torre de humo en la murmuración menos silenciosa. Y siguieron diciendo, y fabricando conjeturas, y apretando la boca, y poniendo los ojos torcidos cuando él se hacía presente. ¿Pero qué tanta cosa con esto de Cipión que se pasaba el tiempo trepado en una barranca, que no viene al pueblo sino a pedir los sábados, que nadie sabe de qué come, ni si come siquiera? «Déjenlo quieto—decían algunos—; cada loco con su tema»; otros: «¿qué más que haga lo que quiere si a nadie molesta?»; y el de más allá: «la vida no hay quien la entienda»; pero éstos eran los menos en el pueblo y los más, siempre parece que hacen el ambiente y definen la opinión.

Bueno, esto de que no molesta a nadie no es absolutamente cierto. Tal vez él no molestase, pero esos perros suyos bastante que enconan su paso. ¿No han intentado ya hasta atacar a los transeúntes porque se les quedan mirando? ¿Qué clase de animales son esos? «Compréndelo, Escipión Hipólito, comprende el drama de tu vagabundaría, de tu arriscamiento—le dice una voz interior. ¿Acaso no eres tú también, como ellos, perro viudo, solitario y sin pureza?»

¡Ah, qué dolor hay en esto! Porque una extraña estrella polar

lo está arrastrando de plano hacia su puro oriente. ¿Cómo se fraguó esa mirada de cuenca vacía, cómo se hizo mirada? Secreto aviso le hizo saber que ya no estaba para andar soñando, ni tenía fuerzas para vivir, ni menos ganas de pedir. Con esta larga indiferencia, con esta larga barba fea y piltrafosa se aísla cada vez más, radicalmente, por encontrarse menos deudor de cariño al mundo. Todo ha mermado dentro de él y hasta parece que ha perdido ese ínfimo aprecio que cada cual conserva de algún modo por su persona, como si otras personas le llamen a plática y razón desde otro punto, de otra manera, en una especie de tribunal, con el señor juez mirándole fieramente. ¡Qué impulso de entregarse y poner el cuello para recibir el tajo! Pero ¿de quién? ¿Cuál mano se alzaría para eso?

Loco estaba, y así lo decían ¿pues acaso no lo sorprendió el mismo Yeyo Arenas, camino del cementerio, dialogando o cosa parecida con los perros aquéllos?

—Cipión, ¿qué es eso? ¿Cómo te las arreglas? Estás ladrando... Cipión, ¿cómo te entienden?

Porque ¡vaya si lo entendían! Y Yeyo Arenas, que además era un fantasista excepcional, decía con sus palabras más pulidas que los perros marcaban divinamente cláusulas y períodos, articulaban inesperados juicios y pareceres con todos los matices privativos de su ladrar o bien señalaban con sus colas sombras y presencias aterrantes. Yeyo Arenas dijo que le había gritado por todo momento, un poco con miedo y lástima: «¡Cipión, tú estás borracho!»

Mugriento y con la piel cacarañada le creían sifilítico o leproso. «Nananina»—sentenciaba Quindey. «Un vago... O peor, un bandido criminal difrasao...»

Esta palabra última le cayó a Cipión encima como una verdadera corrida de rayos y el trueno mayor ensordeciéndole el alma. Tal vez creíase el puro, el inconsolable, el inocente y se echó a llorar puesto que en su corazón sentía una falta, un modo de pérdida único, tajante y frío. ¿Qué había perdido al cabo si nada tuvo más que simpleza y castidad y bajo todo ello una sangre de paso corto cuya voz sonó tan tarde como para no ser oída? ¡Pobre perro viudo! ¡Ah, lobo, tigre de pronto se estaba volviendo; feroz chacal abayuncado por dificultades de todo orden y una llaga en la conciencia que se sentía hurgar como si con fría tenaza atroz le arrancaran de allí clavos mohosos muy remetidos de cabeza.

A paliar esta ferocidad bajaba a veces cierto sosegado recuerdo de miel y azucena, sin sal ni vinagre que hiciera escocer la mente oscura, nunca tranquila sin embargo a partir de aquéllo; ávida del plasma de otra vida o de otra muerte, confundida y fracasada en sus paredes de absoluto, los muros que le detienen, su ceguedad total. Y entre nubes Monserrate Piñol, una extraña sombra de ella,

le miraba y acariciaba, alzando el seno..., bajando el seno, y Mahoma, el agente del orden retirado, quien hecho un reguilete trataba de reanimarla para luego prender al heridor, le sonreía con perversidad diciéndole: «Ya me las pagarás». Sólo que sigue empujando el codo, poco, lo que puede, trepado en la barranca, sin moverse de allí apenas, o moviéndose cautelosamente, al crepúsculo, para que en el pueblo no le maldijesen tanto. «Chivo viejo, eres un perdido; tú ves lo que sacaste con volverte trotamundo: vivir de limosna.»

Hecha jirones su ropa, nadie le compadece ni poco ni mucho. Si se recuerda lo simple que ha sido, nadie se atreve tampoco a mentarlo. Su semblante crea una atmósfera de animadversión, de falaz cuidado, de franca repugnancia. Sólo se habla del charco en donde ha estado a gusto, de ese mundo espeso de su corrupción donde lo único positivo es lo negativo. Incuestionable que esos perros que le acompañan y no dejan acercársele a nadie le crea más odio en su contra. Él les grita cosas que nadie entiende hasta que gana la punta de la barranca que le hospeda. Y abajo quedan ellos formando una guardia de hierro y él, como señor, en salvo y arriba. Sólo que un día vienen en su busca: es que han mordido a un niño en la caliente tarde de agosto. Uno, cualquiera, pero ha mordido a un niño. Y tendrá que dar cuenta.

—¿Pero mis perros...? ¡Será posible!

No lo sabe Cipión; ¿qué puede saber Cipión del mundo? Se mesa su fea barba, se toca sus feos pies jamás adoloridos ahora un poco adoloridos y, selvatizado, suspira por cosas no reales. Siente como si otros perros lamieran su carne desesperada y que su barba hiede a pelo de muerto. De buena gana se daría un chancarrazo.

—Mordido... a un niño... ¡Avemariapurísima!

Y de pronto:

—¡Mal rayo los parta a todos ustedes!

Este terno fue silenciado con gritos de pelea. «Baja pronto o vamos a buscarte. ¡Prepárate!» Algunos gajos de guayabo se agitan y él se inquieta pensando cómo va a sortear esa libranza de golpes que amenaza arruinarle.

—No te hagas bobo y responde. ¿Baja o no? ¡Cañambrule!

Había envejecido tanto de pronto que no podía ni con su alma; pero no era aquello el quebranto mayor. Otro dijo:

—No seas güeveta; tú y tus perros... ¡Camina!

—¡Camiiina...!—molió una quijada agresiva—. Te vamos a arreglar el pelo para que andes con perros jíbaros y rabiosos. Porque quién quita que estén rabiosos y el hijo de Morera se muera rabiando.

Querían matar al perro, a los perros, entendiendo de muchos

modos que a perro muerto se acabó la rabia, pero querían también verle la cara al dueño de las fieras. Metidos entre los matorrales o alzados de momento al monte ¿dónde estarán esos perros?—piensan todos. Esto les calentaba los cascotes, ya que querían hacer justicia ejemplar, y si no aparecían...

—No quedará uno vivo.

Sonándose las narices, Canelón, aquél que siempre decía «con salud te agarre un tren» (cosa que había aprendido de un asturiano viajante de comercio, bocasucia) meneando su machete prestado atronaba a los cuatro vientos.

—Se acaba caña, yo te lo digo. No quedará uno vivo.

Y mientras Cipión se adelgaza como una oblea para que no lo vean, el de la quijada moledora trata de localizarlo. Él, inquieto y subyugado por un lejano reflejo se arrastra, asoma el rostro descompuesto por entre las últimas reverberaciones del sol; quiere, tal vez, escupir en la cara, en una inmensa cara, a todos cuantos le hostigan y mortifican.

Quindey rebota:

—Me lo como de la punta al codo—y no se sabía si era por los perros, por Cipión, o quién.

Tras la sarta de improperios la nube de belicosos acorraló al perrazo ceniciento; diéronle batida en forma. Fuera o no el que mordió, ya era uno menos. Pasado el tasaje quisieron proseguir la faena porque no se sale al campo para no hacer nada.

—Ahora, tú, cabeza eñame, ¡baja!

¡Ah, veía muy bien los miembros descuartizados de su perro, los charcos minúsculos de bermellón, el hervor de gritos y blasfemias y cómo una gran portada llena de flores escarlatas se le abría a su paso. ¿A dónde iba, sin precauciones, colmado de bienes súbitos, legionario de una causa que ignoraba, ciego, ciego? Le pareció que una multitud cubierta de paños litúrgicos lamentaba su desgracia. Silencio.

En medio de él creyeron ver brillar en sus manos los de abajo el filo vivo de un casco de botella, vuelto arma poderosa. ¿Iba a hacerle frente? ¿Se atrevería este loco?

Pero no, pues que entre hipos y palabras respunteadas alcanzaron a adivinar tan sólo cómo exhalaba al cielo un trémolo de candor. Rodó por la barranca abajo abriéndose la cabeza en la caída. Sin ningún miramiento lo dejaron enfriarse en las tinieblas, olvidados todos de su hora.

El buen hombre que le estaba poniendo un poco de cera derretida en los ojos para que los cerrara definitivamente, dijo al que se movía a su lado:

—El alcalde hace la caridá sin reparar en naide, ¿se fija?
 —Verdad que es buen alcalde don Generoso Pavía.
 —Hasta éste que vuelve del vicio, fijese, le da cristiana sepultura.
 R. I. P. ¡Qué aparente! Relinchó y pateó...
 —Buen alcalde y buena persona. ¿Lo van a postular otra vez?
 —Lo vamos a postular. Lo ayuda el sargento Guerra, ¿se fija?
 Y de arriba, ¡abierto!
 —¡Qué bueno!
 —Pero mire que este hombre se volvió vicioso por esos mundos de por ahí.
 —¿Qué mira?
 —Si hasta parece un perro mirado por la cabeza..., ¿no? ¡El vicio! ¿Se fija?
 —¿Qué haría por ahí el difunto?
 —Beber, jugar; era una crápula.
 —¡Dios lo perdone!, pobrecito... que acaba como toos, reventaos de la sangre.
 —Y debiendo una gorda. ¡Shst!, nadie lo sabe toavía. Anoche llegó el secreta que lo tenía fichao; hoy se lo llevaba.
 —¡Válgame Dios! ¿Y ahora?
 —Ahora ná. Asunto concluyó...
 —Y dígame, usted que sabe: ¿cómo era su nombre de verdad? Cipión, Cipión... ¿qué?
 —No sé; siempre le decían así. ¡Aguante, hombre! En este papel lo llevo escrito pa la cruz de palo que le van a poner. Mire.
 El otro leyó con dificultad: *Cipión y Berganza*.
 Nunca habían leído tales palabras, pero un lejano cuento de sus respectivas infancias, oído a trechos, les puso delante unos perros ardorosos, helicosos, no sabían si iguales o distintos de los del muerto, pero de pronto pareciéndoles sosegados y adormilados. Esta semejanza de su nombre para su cruz con la de aquellos animales del recuerdo comenzó a salvarle en su negra noche. Pues al divulgarse esta coincidencia, la leyenda de que un perro negro con una pata de menos, sanguinario y hostil y cuatro o seis más rengos y con los lomos llenos de costurones por las noches parece que bajan en ronda airada, hay la evidencia angélica de que otros, humildes y justicieros, desde las nubes con sus quejidos tiernos dan al dormido paz infinita y benevolente.

ALEJO CARPENTIER

Nació en La Habana, en 1904. De niño estuvo por Austria, Francia, Bélgica y Rusia. Después, en 1928, desde París viaja de nuevo por Europa. Entre nosotros fue fundador del «Grupo Minorista», organizador de los primeros conciertos de música nueva, y coeditor de la «Revista de Avance». Crítico musical, ha publicado en Méjico, un estudio sobre «La Música en Cuba».

De sus novelas anotamos: «Ecué-Yamba-O», «El reino de este mundo», «Los pasos perdidos».

Ante la fotográfica flora, y el desconchado atavio de nuestro pasado, asoma Carpentier «con envidia de niño dejado fuera de un gran baile de disfraces». Observa el birlibirloque de lo que ha quedado, y con un manejo de bambalinas espectrales, empieza a desatar nuestro paisaje, restregándonos el aire alucinado de un teatro vacío. (Por demás, este aire de teatro vacío, pese a la mediocridad de una crítica sumergida en el guirigay de lo inmediato, podemos encontrarlo también, en las americanas selvas de Horacio Quiroga). El paso de una mimesis, a veces artificiosa, al miniatúresco grabado de una onírica heráldica de citas, detalla la superficie de sus relatos; pero este mismo juego de bambalinas crea, en los mejores momentos del autor, una manera de acercarnos a lo inconexo de nuestro relieve, a través del vacío que nos dejan las cosas. Por ello, es muy certero Carpentier, al definirnos por su personaje, lo que podemos considerar como centro de su novela. Así, en ocasión de un magnífico capítulo, donde la bocanada de los recuerdos abrasa con un aire de sabrosa mistificación, el personaje nos dice: «Pero al cabo de un aprendizaje del asombro que yo hubiera calificado más tarde, en broma, de adoración de las fachadas». Palabras éstas que fijan, con intuición, tanto la novedosa visión de Carpentier, como el difícil límite que, por esto de fachadas o telones, él ha impuesto a su mirada, donde recortando, en afán por hacernos visible lo americano, un pedazo de lo equivoco y atolondrado de nuestro paisaje, no nos lo muestra de inmediato, sino que, lo embadurna de mágicas piezas distintas, poniendo tapas de alegorías sobre el áspero desajuste de su contorno.

LOS PASOS PERDIDOS

CAPITULO V

(Jueves, 8)

Mi mano sobresaltada busca, sobre el mármol de la mesa de noche, aquel despertador que está sonando, si acaso, muy arriba en el mapa, a miles de kilómetros de distancia. Y necesito de alguna reflexión, echando una larga ojeada a la plaza, entre persianas, para comprender que mi hábito—el de cada mañana, allá—ha sido burlado por el triángulo de un vendedor ambulante. Óyese luego el caramillo de un amolador de tijeras, extrañamente concertado sobre el melismático pregón de un gigante negro que lleva una cesta de calamares en la cabeza. Los árboles, mecidos por la brisa tempranera, nievan de blancas pelusas una estatua de prócer que tiene algo de Lord Byron por el tormentoso encrespamiento de la corbata de bronce, y algo también de Lamartine, por el modo de presentar una bandera a invisibles amotinados. A lo lejos repican las campanas de una iglesia con uno de esos ritmos parroquiales, conseguido en el guindarse de las cuerdas, que ignoran los carillones eléctricos de las falsas torres góticas de mi país. Mouche, dormida, se ha atravesado en la cama de modo que no queda lugar para mí. A veces, molesta por un calor inhabitual, trata de quitarse la sábana de encima, enredando más las piernas en ella. La miro largamente, algo resquemado por el chasco de la víspera: aquella crisis de alergia, debida al perfume de un naranjo cercano, que nos alcanzó en este cuarto piso, acabando con los grandes júbilos físicos que yo me hubiera prometido para aquella primera noche de convivencia con ella en un clima nuevo. Yo la había calmado con un somnífero, recurriendo luego a la venda negra para hundir más pronto mi despecho en el sueño. Vuelvo a mirar entre persianas. Más allá del Palacio de los Gobernadores, con sus columnas clásicas sosteniendo un cornisamento barroco, reconozco la fachada Segundo Imperio del teatro donde anoche, a falta de espectáculos de un color más local, nos acogieran, bajo grandes arañas de cristal, los marmóreos drapeados de las Musas custodiadas por bustos de Meyerber, Donizetti, Rossini y Herold. Una escalera con curvas y floreos de rococó en el pasamano nos había conducido a la sala de terciopelos encarnados, con dentículos de oro al borde de los balcones, donde se afinaban los instrumentos de la orquesta, cubiertos por las alborotosas conversaciones de la platea. Todo el mundo parecía conocerse. Las risas se encendían y corrían por los palcos, de cuya penumbra cálida emergían brazos desnudos, manos que ponían en mo-

vimiento cosas tan rescatadas del otro siglo como gemelos de nácar, impertinentes y abanicos de plumas. La carne de los escotes, la atadura de los senos, los hombros, tenían una cierta abundancia muelle y empolvada que invitaba a la evocación del camafeo y del cubrecorsé de encajes. Pensaba divertirme con los ridículos de la ópera que iba a representarse dentro de las grandes tradiciones de la bravura, la coloratura, la fioritura. Pero ya se había alzado el telón sobre el jardín del castillo de Lamermore, sin que lo desusado de una escenografía de falsas perspectivas, mentideros y birlibirloques estuviese aguzando mi ironía. Me sentía dominado más bien por un indefinible encanto, hecho de recuerdos imprecisos y de muy remotas y fragmentadas añoranzas. Esta gran rotonda de terciopelo, con sus escotes generosos, el pañuelo de encajes entibiado entre los senos, las cabelleras profundas, el perfume a veces excesivo; ese escenario donde los cantantes perfilaban sus arias con las manos llevadas al corazón, en medio de una portentosa vegetación de telas colgadas; ese complejo de tradiciones, comportamientos, maneras de hacer, imposible ya de remozar en una gran capital moderna, era el mundo mágico del teatro, tal como pudo haberlo conocido mi ardiente y pálida bisabuela, la de ojos a la vez sensuales y velados, toda vestida de raso blanco, del retrato de Madrazo que tanto me hiciera soñar en la niñez, antes de que mi padre tuviera que vender el óleo en días de penuria. Una tarde en que estaba solo en la casa, yo había descubierto, en el fondo de un baúl, el libro con cubiertas de marfil y cerradura de plata donde la dama del retrato hubiera llevado su diario de novia. En una página, bajo pétalos de rosa que el tiempo había vuelto de color tabaco, encontré la maravillada descripción de una *Gemma di Vergy* cantada en un teatro de La Habana, que en todo debía corresponder a lo que contemplaba esta noche. Ya no esperaban afuera los cocheros negros de altas botas y chisteras con escarapela; no se mecerían en el puerto los fanales de las corbetas, ni habría tonadilla en fin de fiesta. Pero eran, en el público los mismos rostros enrojados de gozo ante la función romántica; era la misma desatención ante lo que no cantaban las primeras figuras, y que, apenas salido de páginas muy sabidas, sólo servía de fondo melodioso a un vasto mecanismo de miradas intencionadas, de ojeadas vigilantes, cuchicheos detrás del abanico, risas ahogadas, noticias que iban y venían, discreteos, desdenes y fintas, juego cuyas reglas me eran desconocidas, pero que yo observaba con envidia de niño dejado fuera de un gran baile de disfraces.

Llegado el intermedio, Mouche se había declarado incapaz de soportar más, pues aquello—decía—era algo así como «la *Lucía* vista por Madame Bovary en Rouen». Aunque la observación no

carecía de alguna justeza, me sentí irritado, súbitamente, por una suficiencia muy habitual en mi amiga, que la ponía en posición de hostilidad apenas se veía en contacto con algo que ignorara los santos y señas de ciertos ambientes artísticos frecuentados por ella en Europa. No despreciaba la ópera, en este momento, porque algo chocara realmente su muy escasa sensibilidad musical, sino porque era consigna de su generación despreciar la ópera. Viendo que de nada servía la argucia de evocar la Ópera de Parma en días de Stendhal para conseguir que volviera a su butaca, salí del teatro muy contrariado. Sentía necesidad de discutir con ella agriamente, para anticiparme a un tipo de reacciones que podía aguarne los mejores placeres de este viaje. Quería neutralizar de antemano ciertas críticas previsibles para quien conocía las conversaciones—siempre prejuiciadas en lo intelectual—que en su casa se llevaban. Pero pronto nos vino al encuentro una noche más honda que la noche del teatro: una noche que se nos impuso por sus valores de silencio, por la solemnidad de su presencia cargada de astros. Podía desgarrarla momentáneamente cualquier estridencia del tránsito. Volvía luego a hacerse entera, llenando los zaguanes y portones, espesándose en casas de ventanas abiertas que parecían deshabitadas, pesando sobre las calles desiertas, de grandes arcadas de piedra. Un sonido nos hizo detenernos, asombrados, teniendo que caminar varias veces para comprobar la maravilla: nuestros pasos resonaban en la acera del frente. En una plaza, frente a una iglesia sin estilo, toda en sombras y estucos, había una fuente de tritones en la que un perro velludo, parado en las patas traseras, metía la lengua con delicioso somormujo. Las saetas de los relojes no mostraban prisa, marcando las horas con criterio propio, de campanarios vetustos a frontis municipales. Cuesta abajo, hacia el mar, se adivinaba la agitación de los barrios modernos; pero por más que allá parpadearan, en caracteres luminosos, las invariables enseñas de los establecimientos nocturnos, era bien evidente que la verdad de la urbe, su genio y figura, se expresaba aquí en signos de hábitos y de piedras. Al fin de la calle nos encontramos frente a una casona de anchos soportales y musgoso tejado, cuyas ventanas se abrían sobre un salón adornado por viejos cuadros con marcos dorados. Metimos las caras entre las rejas, descubriendo que junto a un magnífico general de ros y entorchados, al lado de una pintura exquisita que mostraba tres damas paseando en una volante, había un retrato de Taglioni, con pequeñas alas de libélula en el tallo. Las luces estaban encendidas en medio de cristales tallados y no se advertía, sin embargo, una presencia humana en los corredores que conducían a otras estancias iluminadas. Era como si un siglo antes se hubiese dispuesto todo para un baile al que nadie hubiera asistido nunca. De pronto,

en un piano al que el trópico había dado sonoridad de espineta, sonó la pomposa introducción de un vals tocado a cuatro manos. Luego, la brisa agitó las cortinas y el salón entero pareció esfumarse en un revuelo de tules y encajes. Roto el sortilegio, Mouche declaró que estaba fatigada. Cuando más me iba dejando llevar por el encanto de esa noche que me revelaba el significado exacto de ciertos recuerdos borrosos, mi amiga rompía la fruición de una paz olvidada de la hora que hubiera podido conducirme al alba sin cansancio. Allá, más arriba del tejado, las estrellas presentes pintaban tal vez los vértices de la Hidra, el Navío Argos, el Sagitario y la Cabellera de Berenice, con cuyas figuraciones se adornaría el estudio de Mouche. Pero hubiera sido inútil preguntarle, pues ella ignoraba como yo—fuera de las Osas—la exacta situación de las constelaciones. Al advertir ahora lo burlesco de ese desconocimiento en quien vivía de los astros, me eché a reír, volviéndome hacia mi amiga. Ella abrió los ojos sin despertarse, me miró sin verme, suspiró profundamente y se volvió hacia la pared. Me dieron ganas de acostarme de nuevo; pero pensé que fuera bueno aprovecharse de su sueño para iniciar la búsqueda de los instrumentos indígenas—la idea me obsesionaba—tal como lo había pensado la víspera. Sabía que al verme tan empeñado en el propósito me trataría, por lo menos, de ingenuo. Por lo mismo, me vestí apresuradamente y salí sin despertarla.

El Sol, metido de lleno en las calles, rebotando en los cristales, tejiéndose en hebras inquietas sobre el agua de los estanques, me resultó tan extraño, tan nuevo, que para comparecer ante él tuve que comprar espejuelos de cristales oscuros. Luego traté de orientarme hacia el barrio de la casona colonial, en cuyos alrededores debía haber baratillos y tiendas raras. Remontando una calle de aceras estrechas me detenía, a veces, para contemplar las muestras de pequeños comercios, cuya apostura evocaba artesanías de otros tiempos: eran las letras floreadas de Tutilimundi, la Bota de Oro, el Rey Midas y el Arpa Melodiosa, junto al Planisferio colgante de una librería de viejo, que giraba al azar de la brisa. En una esquina, un hombre abanicaba el fuego de una hornilla sobre la que se asaba un pernil de ternero, hincado de ajos, cuyas grasas reventaban en humo acre, bajo una rociada de orégano, limón y pimienta. Más allá ofrecíanse sangrías y garapiñas, sobre los aceites rezumos del pescado frito. De súbito, un calor de hogazas tibias, de masa recién horneada, brotó de los respiraderos de un sótano, en cuya penumbra se afanaban, cantando, varios hombres, blancos de pelo a zuecos. Me detuve con deleitosa sorpresa. Hacía mucho tiempo que tenía olvidada esa presencia de la harina en las mañanas, allá donde el pan, amasado no se sabía dónde, traído de noche en ca-

miones cerrados, como materia vergonzosa, había dejado de ser el pan que se rompe con las manos, el pan que reparte el padre luego de bendecirlo, el pan que debe ser tomado con gesto deferente antes de quebrar su corteza sobre el ancho cuenco de sopa de puerros o de asparjarlo con aceite y sal, para volver a hallar un sabor que, más que sabor a pan con aceite y sal, es el gran sabor mediterráneo que ya llevaban pegado a la lengua los compañeros de Ulises. Este reencuentro con la harina, el descubrimiento de un escaparate que exhibía estampas de zambos bailando la marinera, me distraían del objeto de mi vagar por calles desconocidas. Aquí me detenía ante un fusilamiento de Maximiliano; allá hojeaba una vieja edición de *Los Incas* de Marmontel, cuyas ilustraciones tenían algo de la estética masónica de *La Flauta Mágica*. Escuchaba un *Mambrú* cantado por los niños que jugaban en un patio oloroso a natillas. Y así, atraído ahora por la mañanera fresca de un viejo cementerio, andaba a la sombra de sus cipreses, entre tumbas que estaban como olvidadas en medio de yerbas y campánulas. A veces, tras de un cristal empañado por los hongos, se ostentaba el daguerrotipo de quien yacía bajo el mármol: un estudiante de ojos afiebrados, un veterano de la Guerra de Fronteras, una poetisa coronada de laurel. Yo contemplaba el monumento a las víctimas de un naufragio fluvial, cuando el aire fue desgarrado, en alguna parte, como papel encerado, por una descarga de ametralladoras. Eran los alumnos de una escuela militar, sin duda, que se adiestraban en el manejo de las armas. Hubo un silencio y volvieron a enredarse los arrullos de palomas que hinchaban el buche en torno a los vasos romanos.

*Esto, Fabio, ¡ay dolor!, que ves agora,
campos de soledad, mustio collado,
fueron un tiempo Itálica famosa.*

Repetía y volvía a repetir estos versos que me regresaban a jirones desde la llegada, y por fin se habían reconstruido en mi memoria, cuando se oyó nuevamente, con más fuerza, el tableteo de las ametralladoras. Un niño pasó a todo correr, seguido de una mujer despavorida, descalza, que llevaba una batea de ropas mojadas en brazos, y parecía huir de un gran peligro. Una voz gritó en alguna parte, detrás de las tapias: «¡Ya empezó! ¡Ya empezó!» Algo inquieto salí del cementerio y regresé hacia la parte moderna de la ciudad. Pronto pude darme cuenta de que las calles estaban vacías de transeúntes y los comercios habían cerrado sus puertas y cortinas metálicas con una prisa que nada bueno anunciaba. Saqué mi pasaporte, como si los cuños estampados entre sus tapas tuvieran

alguna eficacia protectora, cuando una grito me hizo detener, realmente asustado, al amparo de una columna. Una multitud vociferante, hostigada por el miedo, desembocó de una avenida, derribándolo todo por huir de una recia fusilería. Llovían cristales rotos. Las balas topaban con el metal de los postes del alumbrado, dejándolos vibrantes como tubos de órgano que hubieran recibido una pedrada. El latigazo de un cable de alta tensión acabó de despejar la calle, cuyo asfalto se encendió a trechos. Cerca de mí, un vendedor de naranjas se desplomó de bruces, echando a rodar las frutas que se desviaban y saltaban al ser alcanzadas por un plomo a ras del suelo. Corrí a la esquina más próxima, para guarecerme en un soportal de cuyas pilastras colgaban billetes de lotería dejados en la fuga. Sólo un mercado de pájaros me separaba ya del fondo del hotel. Decidido por el zumbido de una bala que, luego de pasar sobre mi hombro, había agujereado la vitrina de una farmacia, emprendí la carrera. Saltando por encima de las jaulas, atropellando canarios, pateando colibríes, derribando posaderos de cotorras empavorecidas, acabé por llegar a una de las puertas de servicio que había permanecido abierta. Un tucán, que arrastraba un ala rota, venía saltando detrás de mí, como queriendo acogerse a mi protección. Detrás, erguido sobre el manubrio de un velocípedo abandonado, un soberbio guacamayo permanecía en medio de la plaza desierta, solo, calentándose al sol. Subí a nuestra habitación. Mouche seguía durmiendo, abrazada a una almohada, con la camisa por las caderas y los pies enredados entre sábanas. Tranquilizado en cuanto a ella respectaba, bajé al *hall* en busca de explicaciones. Se hablaba de una revolución. Pero esto poco significaba para quien, como yo, ignoraba la historia de aquel país en todo lo que fuera ajeno al Descubrimiento, la Conquista y los viajes de algunos frailes que hubieran hablado de los instrumentos musicales de sus primitivos pobladores. Me puse, pues, a interrogar a cuantos, por mucho comentar y acalorarse, parecían tener una buena información. Pero pronto observé que cada cual daba una versión particular de los acontecimientos, citando los nombres de personalidades que, desde luego, eran letra muerta para mí. Traté entonces de conocer las tendencias, los anhelos de los bandos en pugna, sin hallar más claridad. Cuando creía comprender que se trataba de un movimiento de socialistas contra conservadores o radicales, de comunistas contra católicos, se barajaba el juego, quedaban invertidas las posiciones, y volvían a citarse los apellidos, como si todo lo que ocurría fuese más una cuestión de personas que una cuestión de partidos. Cada vez me veía devuelto a mi ignorancia por la relación de hechos que parecían historias de güelfos y gibelinos, por su sorprendente aspecto de rueda familiar, de querrela de hermanos enemigos, de lucha

entablada entre gente ayer unida. Cuando me acercaba a lo que podía ser, según mi habitual manera de razonar, un conflicto político propio de la época, caía en algo que más se asemejaba a una guerra de religión. Las pugnas entre los que parecían representar la tendencia avanzada y la posición conservadora se me representaban, por el increíble desajuste cronológico de los criterios, como una especie de batalla librada, por encima del tiempo, entre gentes que vivieran en siglos distintos. «Muy justo—me respondía un abogado de levita, chapado a la antigua, que parecía aceptar los acontecimientos con sorprendente calma—; piense que nosotros, por tradición, estamos acostumbrados a ver convivir Rousseau con el Santo Oficio, y los pendones al emblema de la Virgen con *El Capital*...» En eso apareció Mouche, muy angustiada, pues había sido sacada del sueño por las sirenas de ambulancias que pasaban, ahora, cada vez más numerosas, cayendo en pleno mercado de pájaros, donde, al encontrar de súbito el falso obstáculo de las jaulas amontonadas, los conductores frenaban brutalmente, aplastando de un bandazo a los últimos sinsontes y turpiales que quedaban. Ante la ingrata perspectiva del encierro forzoso, mi amiga se irritó grandemente contra los acontecimientos que trastornaban todos sus planes. En el bar, los forasteros habían armado sus malhumoradas partidas de naipes y de dados, entre copas, rezongando contra los mestizos que siempre tenían un zafarrancho en reserva. En eso supimos que varios mozos del hotel habían desaparecido. Los vimos pasar, poco después, bajo las arcadas del frente, armados de mausers, con varias cartucheras terciadas. Al ver que habían conservado las chaquetas blancas del servicio, hicimos chistes del marcial empaque. Pero, al llegar a la esquina más próxima, los dos que marchaban delante se doblaron, de repente, alcanzados en el vientre por un pase de metralla. Mouche dio un grito de horror, llevando las manos a su propio vientre. Todos retrocedimos en silencio hacia el fondo del *hall*, sin poder quitar los ojos de aquella carne yacente sobre el asfalto enrojecido, insensiblemente ya a las balas que en ella se encajaban todavía, poniendo nuevos hechos un poco antes me parecieron abyectos. Si en estos países se moría por pasiones que me fueran incomprensibles, no por ello era la muerte menos muerte. Al pie de ruinas contempladas sin orgullo de vencedor, yo había puesto el pie, más de una vez, sobre los cuerpos de hombres muertos por defender razones que no podían ser peores que las que aquí se invocaban. En ese momento pasaron varios carros blindados—desechos de nuestra guerra—, y al cabo del trueno de sus cremalleras pareció que el combate de calle hubiera cobrado una mayor intensidad. En las inmediaciones de la fortaleza de Felipe II, las descargas se fundían por momentos en un

fragor compacto que o dejaba oír ya el estampido aislado, estremeciendo el aire con una ininterrumpida deflagración que acudía o se alejaba, según soplara el viento, con embates de mar de fondo. A veces, sin embargo, se producía una pausa repentina. Parecía que todo hubiera terminado. Se escuchaba el llanto de un niño enfermo en el vecindario, cantaba un gallo, golpeaba una puerta. Pero, de pronto, irrumpía una ametralladora y volvíase al estruendo, siempre apoyado por el desgarrado ulular de las ambulancias. Un mortero acababa de abrir fuego cerca de la Catedral antigua, en cuyas campanas topaba a veces una bala con sonoro martillazo. «*Eh, bien, c'est gai!*», exclamó a nuestro lado una mujer de voz cantarina y grave, con acento algo engolado, que se nos presentó como canadiense y pintora, divorciada de un diplomático centroamericano. Aproveché la oportunidad para dejar a Mouche en conversación con alguien, para apurar un alcohol fuerte que me hiciese olvidar la presencia, tan cercana, de los cadáveres que acababan de atiesarse ahí, junto a la acera. Luego de un almuerzo de fiambres que no anunciaba banquetes futuros, transeurieron las horas de la tarde con increíble rapidez, entre lecturas deshilvanadas, partidas de cartas, conversaciones llevadas con la mente puesta en otra cosa, que mal disimulaban la general angustia. Cuando cayó la noche, Mouche y yo nos dimos a beber desafortadamente, encerrados en nuestra habitación, por no pensar demasiado en lo que nos envolvía; al fin, hallada la despreocupación suficiente para hacerlo, nos dimos al juego de los cuerpos, hallando una voluptuosidad aguda y rara en abrazarnos, mientras otros, en torno nuestro, se entregaban a juegos de muerte. Había algo de frenesí que anima a los amantes de danzas macabras en el afán de estrecharnos más—de llevar mi absorción a un grado de hondura imposible—cuando las balas zumbaban ahí mismo, detrás de las persianas, o se incrustaban, con roturas del estuco, en el domo que coronaba el edificio. Al fin quedamos dormidos sobre la alfombra clara del piso. Y fue esa la primera noche, en mucho tiempo, que dio descanso sin antifaz ni drogas.

CAPITULO VI

(Viernes, 9)

Al día siguiente, impedidos de salir, tratamos de acomodarnos a la realidad de burgo sitiado, de nave en cuarentena, que nos imponían los acontecimientos. Pero, lejos de inducir a la pereza, la trágica situación que reinaba en las calles se había traducido, entre

estas paredes que nos defendían del exterior, en una necesidad de hacer algo. Quien tenía un oficio trataba de armar taller u oficina, como para demostrar a los demás que en las situaciones anormales era necesario afincarse en la permanencia de un empeño. En el estrado de música del comedor, un pianista ejecutaba los trinos y mordentes de un rondó clásico, buscando sonoridades de clavicémbalo bajo las teclas demasiado duras. Las segundas partes de una compañía de *ballet* hacían barras a lo largo del bar, mientras la estrella perfilaba lentos arabescos sobre el encerado del piso, entre mesas arrimadas a las paredes. Sonaban máquinas de escribir en todo el edificio. En el salón de correspondencia, los negociantes revolvían el contenido de grandes carteras de becerro. Frente al espejo de su habitación, el Kappelmeister austríaco, invitado por la Sociedad Filarmónica de la ciudad, dirigía el *Requiem* de Brahms con gestos magníficos, dando las entradas fugadas a un vasto coro imaginario. No quedaba una revista, una novela policíaca, una lectura distraente, en el puesto de periódicos y publicaciones. Mouche fue en busca de su traje de baño, pues se habían abierto las puertas de un patio resguardado, donde unos pocos inactivos tomaban baños de sol en torno a una fuente de mosaicos, entre arecas en tiestos y ranas de cerámica verde. Noté con alguna alarma que los huéspedes precavidos habían hecho provisión de tabaco, vaciando de cigarrillos el expendio del hotel. Me acerqué a la entrada del *hall*, cuya reja de bronce estaba cerrada. Afuera, el tiroteo había disminuido en intensidad. Parecía más bien que hubiera como pequeños grupos, guerrillas, que se enfrentaban en distintos barrios, librando batallas cortas, pero implacables, a juzgar por la precipitación con que las armas eran disparadas. En los techos y azoteas sonaban tiros aislados. Había un gran incendio en la parte norte de la ciudad: algunos afirmaban que era un cartel lo que así ardía. Ante la inexpresibilidad que tenían para mí los apellidos que parecían dominar los acontecimientos, renuncié a hacer preguntas. Me sumé en la lectura de periódicos viejos, hallando cierta diversión en las informaciones de localidades lejanas, que a menudo se referían a tormentas, cetáceos arrojados a las playas, sucesos de brujería. Dieron las once —hora que yo esperaba con cierta impaciencia— y observé que las mesas del bar seguían arrimadas a las paredes. Se supo entonces que los últimos sirvientes fieles se habían marchado, poco después del alba, para sumarse a la revolución. Esta noticia, que no me pareció mayormente alarmante, tuvo el efecto de producir un verdadero pánico entre los huéspedes. Abandonando sus ocupaciones, acudieron todos al *hall*, donde el gerente trataba de aplacar los ánimos. Al saber que no habría pan ese día, una mujer rompió a llorar. En eso, un grifo abierto escupió una gárgara herrumbrosa, aspirando luego una suerte de tirolesa que corrió por todos los caños del edi-

ficio. Al ver caer el chorro que brotaba de la boca del tritón, en medio de la fuente, comprendimos que desde aquel instante sólo podríamos contar con nuestras reservas de agua, que eran pocas. Se habló de epidemias, de plagas, que serían acrecentadas por el clima tropical. Alguien trató de comunicarse con su Consulado: los teléfonos no tenían corriente, y su mudez los hacía tan inútiles, mancos como estaban, con el bracito derecho colgándoles del gancho de las reclamaciones, que muchos, irritados, los zarandeaban, los golpeaban sobre las mesas, para hacerlos hablar. «Es el Gusano», decía el gerente, repitiendo el chiste que, en la capital, había acabado por ser la explicación de todo lo catastrófico. «Es el Gusano». Y yo pensaba en lo mucho que se exaspera el hombre, cuando sus máquinas dejan de obedecerle, en tanto que andaba en busca de una escalera de mano, para alzarme hasta la ventanilla de un baño del cuarto piso, desde el cual podía mirarse afuera sin peligro. Cansado de otear un panorama de tejados, advertí que algo sorprendente ocurría al nivel de mis suelas. Era como si una vida subterránea se hubiera manifestado, de pronto, sacando de las sombras una multitud de bestezuelas extrañas. Por las cañerías sin agua, llenas de hipos remotos, llegaban raras liendres, obleas grises que andaban, cochinillas de carapachos moteados, y, como engolosinados por el jabón, unos ciempiés de poco largo, que se ovillaban al menor susto, quedando inmóviles en el piso como una diminuta espiral de cobre. De las bocas de los grifos surgían antenas que avizoraban, desconfiadas, sin sacar el cuerpo que las movía. Los armarios se llenaban de ruidos casi imperceptibles, papel roído, madera rascada, y quien hubiera abierto una puerta, de súbito, habría promovido fugas de insectos todavía inhábiles en correr sobre maderas encerradas, que de un mal resbalón quedaban de patas arriba, haciéndose los muertos. Un pomo de poción azucarada, dejado sobre un velador, atraía una ascensión de hormigas rojas. Había alimañas debajo de las alfombras y arañas que miraban desde el ojo de las cerraduras. Unas horas de desorden, de desatención del hombre por lo edificado, habían bastado, en esta ciudad, para que las criaturas del humus, aprovechando la sequía de los caños interiores, invadieran la plaza sitiada. Una explosión cercana me hizo olvidar los insectos. Volví al *hall*, donde la nerviosidad llegaba a su colmo. El Kappelmeister apareció en lo alto de la escalera, batuta en mano, atraído por las discusiones gritadas de los presentes. Ante su cabeza desmenada, su mirada severa y cejuda, se hizo el silencio. Lo mirábamos con esperanzada expectación, como si hubiese sido investido de extraordinarios poderes para aliviar nuestra angustia. Usando de una autoridad a que lo tenía acostumbrado su oficio, el maestro afeó la pusilanimidad de los alarmistas, y exigió el nombramiento inmediato de una comisión de huéspedes que rindiera exacta cuenta de

la situación, en cuanto a la existencia de alimentos en el edificio; en caso necesario, él, habituado a mandar hombres, impondría el racionamiento. Y para templar los ánimos, terminó invocando el sublime ejemplo del Testamento de Heiligenstadt. Algún cadáver, algún animal muerto, se estaba pudriendo al sol, cerca del hotel, pues su hedor de carroña se colaba por los tragaluces del bar, únicas ventanas exteriores que podían tenerse abiertas sin peligro, en la planta baja, por estar más arriba de la ménsula que remataba el revestimiento de caoba. Además, desde la media mañana, parecía que las moscas se hubieran multiplicado, volando con exasperante insistencia en torno a las cabezas. Cansada de estar en el patio, Mouche entró en el *hall*, anudando el cordón de su bata de felpa, quejándose de que apenas si le habían dado medio balde de agua para bañarse, luego de tomar el sol. La acompañaba la pintora canadiense de voz cantarina y grave, casi fea y sin embargo atractiva, que se nos hubiera presentado la víspera. Conocía el país y tomaba los acontecimientos con una despreocupación que tenía la virtud de aplacar la contrariedad de mi amiga, afirmando que pronto se produciría el desenlace de la situación. Dejé a Mouche con su nueva amiga, y, respondiendo a la llamada del Kappelmeister, bajé al sótano con los de la comisión para proceder a un recuento de las subsistencias. Pronto vimos que era posible resistir al asedio durante unas dos horas, a condición de no abusar de lo existente. El gerente, auxiliado por el personal extranjero del hotel, se comprometía a preparar para cada comida un guisado sencillo que nosotros mismos iríamos a servirnos en las cocinas. Pisábamos un aserrín húmedo y fresco, y la penumbra que reinaba en esa dependencia subterránea, con sus gratos perfumes larderos, invitaba a la molicie. Puestos de buen humor, fuimos a inspeccionar la bodega de licores, donde había botellas y toneles para mucho tiempo... Al ver que no regresábamos tan pronto, los demás bajaron a los corredores del sótano, hasta encontrarnos al pie de las canillas, bebiendo en cuanto vasija teníamos a la mano. Nuestro informe promovió una alegría contagiosa. Con un general trasiego de botellas, el licor fue subiendo al edificio, del basamento al piso cimero, sustituyendo las máquinas de escribir por los gramófonos. La tensión nerviosa de las últimas horas se había transformado, para los más, en un desaforado afán de beber, mientras el hedor de la carroña se hacía más penetrante y los insectos estaban en todas partes. Sólo el Kappelmeister seguía de pésimo talante, imprecando contra los agitados que, con su revolución, habían malogrado los ensayos del *Requiem* de Brahms. En su despacho evocaba una carta en que Goethe cantaba la naturaleza domada, «por siempre librada de sus locas y febriles conmociones». «¡Aquí, selva!», rugía, estirando sus larguísimos brazos, como cuando arrancaba un *fortissimo* a su orquesta. La palabra

«selva» me hizo mirar hacia el patio de las arecas en tiestos, que tenían algo de palmeras grandes cuando se las veía así, desde la penumbra, en la reverberación de paredes cerradas, arriba, por un cielo sin nubes que surcaba, a veces, el vuelo de un buitre atraído por la carroña cercana. Creía que Mouche hubiera regresado a su silla de extensión; al no verla allí, pensé que se estaría vistiendo. Pero tampoco estaba en nuestro cuarto. Luego de esperarla un momento, el licor bebido tan de mañana, en vasos cargados, me impuso la voluntad de buscarla. Partí del bar, como quien acomete una importante empresa, tomando la escalera que arrancaba del *hall*, entre dos cariatides, con solemne empaque marmóreo. La añadidura de un aguardiente local, de sabor amezclado, a los alcoholes conocidos, me tenía el rostro como insensible, súbitamente ebrio, yendo del pasamanos a la pared con manos de ciego que tiente en la oscuridad. Cuando me vi en peldaños más angostos, sobre una especie de escagliola amarilla, comprendí que estaba más arriba del cuarto piso, después de muchísimo andar, sin tener mayor idea de dónde estaba mi amiga. Pero proseguía la ruta, sudoroso, obstinado, con una tenacidad que no distraía el gesto de quienes se apartaban burlonamente para dejarme pasar. Recorría interminables corredores sobre una alfombra encarnada con anchura de camino, ante puertas numeradas—intolerablemente numeradas—que iba contando, al paso, como si esto fuese parte del trabajo impuesto. De pronto, una forma conocida me hizo detenerme, titubeando, con la sensación extraña de que no había viajado, de que siempre estaba *allá*, en alguno de mis tránsitos cotidianos, en alguna mansión de lo impersonal y sin estilo. Yo conocía este extinguidor de metal rojo, con su placa de instrucciones; yo conocía, de muy largo tiempo también, la alfombra que pisaba, los modillones del cielo raso, y esos guarismos de bronce detrás de los cuales estaban los mismos muebles, enseres, objetos dispuestos de idéntica manera, junto a algún cromo que representaba la Jungfrau, el Niágara o la Torre Inclinada. Esa idea de no haberme movido pasó el calambre de mi rostro al cuerpo. Vuelto a una noción de colmena, me sentí oprimido, comprimido, entre estas paredes paralelas, donde las escobas abandonadas por la servidumbre parecían herramientas dejadas por galeotes en fuga. Era como si estuviera cumpliendo la atroz condena de andar por una eternidad entre cifras, tablas de un gran calendario empotradas en las paredes—cronología de laberinto, que podía ser la de mi existencia, con su perenne obsesión de la hora, dentro de una prisa que sólo servía para devolverme, cada mañana, al punto de partida de la víspera. No sabía ya a quien buscaba, en aquel alineamiento de habitaciones, donde los hombres no dejaban recuerdo de su paso. Me agobiaba la realidad de los peldaños que habría de subir, todavía, hasta llegar al piso donde el edificio se

desnudaba de yesos y acantos, hecho de cemento gris con remiendos de papel engomado en los cristales, para guarecer de la intemperie a los criados. El absurdo de este andar a través de lo superpuesto me recordó la Teoría del Gusano, única explicación del trabajo de Sísifo, con peña hembra cargada en el lomo, que yo estaba cumpliendo. La risa que me produjo esta ocurrencia arrojó de mi mente el empeño de buscar a Mouche. Yo sabía que cuando ella bebía se tornaba particularmente vulnerable a toda solicitud de los sentidos, y aunque esto no significara una voluntad real de vilipendiarse, podía llevarla al lindero de las curiosidades más equívocas. Pero esto dejaba de importarme ante la pesadez de odre que arrastraban mis piernas. Volví a nuestra habitación en penumbras y me dejé caer en la cama, de bruces, sumiéndome en un sueño que pronto se atormentó de pesadillas que divagaban en torno a ideas de calor y de sed.

Tenía la boca seca, en efecto, cuando oí que me llamaban. Mouche estaba de pie, a mi lado, junto a la pintora canadiense que habíamos conocido el día anterior. Por tercera vez volvía a encontrarme con esa mujer de cuerpo un tanto anguloso, cuyo rostro de nariz recta bajo una frente tozuda tenía una cierta impavidez estatuaría que contrastaba con una boca a medio hacer, golosa, de adolescente. Pregunté a mi amiga dónde había estado durante aquel mediodía. «Se terminó la revolución», dijo, a modo de respuesta. Parecía, en efecto, que las estaciones de radio estaban anunciando la victoria del partido vencedor y el encarcelamiento de los miembros del anterior gobierno, pues aquí, según me habían dicho, el tránsito del poder a la prisión era muy frecuente. Iba yo a alegrarme del fin de nuestro encierro, cuando Mouche que avisó que durante un tiempo indefinido regiría el toque de queda, dado a las seis de la tarde, con severísimas sanciones para quien fuera hallado en las calles después de esa hora. Ante el engorro que restaba toda diversión a nuestro viaje, hablé de un regreso inmediato que, además, me permitiría presentarme ante el Curador con las manos vacías, providencialmente eximido de devolver lo gastado en la vana empresa. Pero mi amiga sabía ya que las compañías de aviación, excedidas en solicitudes semejantes, no podrían darnos pasajes antes de una semana, por lo menos. Por lo demás, no me pareció que estuviera mayormente contrariada y atribuí esa conformidad frente a los hechos a la impresión de alivio que produce, por fuerza, el desenlace de cualquier situación convulsiva. Fue entonces cuando la pintora, respondiendo a una palabra de ella, me pidió que pasáramos algunos días en su casa de Los Altos, apacible población de veraneo, muy favorecida por los extranjeros, a causa de su clima y de sus talleres de platería, en la que, por lo mismo, se aplicaban blandamente las disposiciones policiales. Allí tenía su estudio, en una casa del

siglo XVII, conseguida por una bagatela, cuyo patio principal parecía una réplica del patio de la Posada de la Sangre, de Toledo. Mouche había aceptado ya la invitación, sin consultarme, y hablaba de paseos florecidos de hortensias silvestres, de un convento que tenía altares barrocos, magníficos artesonados, y una sala donde se flagelaban las profesas al pie de una Cristo negro, frente a la horripilante reliquia de la lengua de un obispo, conservada en alcohol para recuerdo de su elocuencia. Permanecí indeciso, sin responder, menos por falta de ganas que un tanto aturdido por el desenfado de mi amiga, y, como había cesado el peligro, abrí la ventana sobre un atardecer que ya pasaba a ser noche. Noté entonces que las dos mujeres se habían puesto del más lucido atuendo para bajar al comedor. Iba a hacer mofa de ello cuando advertí en la calle algo que mucho me interesó: una tienda de víveres, que me había llamado la atención por su raro nombre de *La Fe en Dios*, con ristras de ajos colgadas de las vigas, abría su puerta más pequeña para dar entrada a un hombre que se acercaba rasando las paredes, con una cesta colgada del brazo. A poco volvía a salir, cargando panes y botellas, con un veguero recién prendido. Como me había despertado con una lacerante necesidad de fumar y no quedaba tabaco en el hotel, señalé aquello a Mouche, que estaba ya en trance de aprovechar colillas. Bajé las escaleras y, urgido por el temor de que se cerrara aquel comercio, cruce la plaza a todo correr. Ya tenía veinte paquetes de cigarrillos en las manos cuando se abrió una recia fusilería en la bocacalle más próxima. Varios francotiradores, apostados sobre la vertiente interior de un tejado, respondieron con rifles y pistolas por sobre la crestería. El dueño de la tienda cerró apresuradamente la puerta, pasando gruesas trancas detrás de los batientes. Me senté en un escabel, cariacontecido, dándome cuenta de la imprudencia cometida por confiar en las palabras de mi amiga. La revolución había terminado, tal vez, en lo que se refería a la toma de los centros vitales de la ciudad; pero seguía la persecución de grupos rebeldes. En la trastienda, varias voces femeninas abejeaban el rosario. Un olor a salmuera de abadejo se me atravesó en la garganta. Volteé unos naipes dejados sobre el mostrador, reconociendo los bastos, copas, oros y espadas de los juegos españoles, cuya pinta había olvidado. Ahora, los disparos se hacían más espaciados. El tendero me miraba en silencio, fumando una breva, bajo la litografía de la miseria de quien vendió al crédito y la feliz opulencia de quien vendió de contado. La calma que dentro de esta casa reinaba, el perfume de los jazmines que crecían bajo un granado en el patio interior, la gota de agua que filtraba un tinajero antiguo, me sumieron en una suerte de modorra: un dormir sin dormir, entre cabeceadas que me devolvían a lo circundante por unos segundos. Dieron las ocho en el reloj de pared.

Ya no se oían tiros. Entreabrí la puerta y miré hacia el hotel. En medio de las tinieblas que lo rodeaban brillaba por todos los tragaluces del bar y las arañas del *hall* que se divisaban a través de las rejas de la puerta de marquesina. Sonaban aplausos. Al oír en seguida los primeros compases de *Les Barricades Myterièuses*, comprendí que el pianista estaba ejecutando algunas de las piezas estudiadas aquella mañana en el piano del comedor, y con muchas copas bebidas, sin duda, pues a menudo los dedos se le descarrilaban en los ornamentos y *appogiaturas*. En el entresuelo, detrás de las persianas de hierro, se bailaba. Todo el edificio estaba de fiesta. Estreché la mano al almacenista y me dispuse a correr, cuando sonó un tiro—uno solo—y una bala zumbó a pocos metros, a una altura que pudo ser la de mi pecho. Retrocedí, con un miedo atroz. Yo había conocido la guerra, ciertamente: pero la guerra, vivida como intérprete de Estado Mayor, era cosa distinta: el riesgo se repartía entre varios y el retroceder no dependía de uno. Aquí, en cambio, la muerte había estado a punto de darme la zancadilla por mi propia culpa. Más de diez minutos transcurrieron sin que un estampido rasgara la noche. Pero cuando me preguntaba si iba a salir nuevamente, se oyó otro disparo. Había como un atalayador solitario, apostado en alguna parte, que, de cuando en cuando, vaciaba su arma—un arma vieja, de vaqueta, sin duda—para tener la calle despejada. Unos segundos nada más tardaría yo en llegar a la acera del frente; pero esos segundos bastarían para que yo librara un terrible juego de azar. Pensaba, por inesperada asociación de ideas, en el jugador de Buffon que arroja una varilla sobre un tablado, con la esperanza de que no se cruce con las paralelas del tablado. Aquí las paralelas eran esas balas disparadas sin blanco ni tino, ajenas a mis designios, que cortaban el espacio externo cuando menos se esperaba, y me aterraba la evidencia de que yo pudiera ser la varilla del jugador, y que, en un punto, en un ángulo de incidencia posible, mi carne se encontraría sobre la trayectoria del proyectil. Por otra parte, la presencia de una fatalidad no intervenía en ese cálculo de posibilidades, ya que de mí dependía arriesgarme a perderlo todo por no ganar nada. Yo debía reconocer, al fin y al cabo, que no era el deseo de volver al hotel lo que me tenía exasperado en una banda de la calle. Repetíase lo que me había impulsado horas antes, dentro de mi borrachera, a viajar a través de aquel edificio de tantos corredores. Mi impaciencia presente se debía a mi poca confianza en Mouche. Pensándola desde aquí, en este lado del foso, del aborrecible tablado de las posibilidades, la creía capaz de las peores perfidias físicas, aunque nunca hubiera podido formular un cargo concreto contra ella, desde que nos conocíamos. Yo no tenía en qué fundar mi suspicacia, mi eterno recelo; pero demasiado sabía que su formación intelectual, rica en ideas justificadoras de

todo, en razonamientos-pretexos, podían inducir la a prestarse a cualquier experiencia insólita, propiciada por la anormalidad del medio que esta noche la envolvía. Me decía que, por lo mismo, no valía la pena arrostrar la muerte por quitarme una mera duda de encima. Y, sin embargo, no podía tolerar la idea de saberla allí, en aquel edificio habitado por la ebriedad, libre del peso de mi vigilancia. Todo era posible en aquella casa de la confusión, con sus bodegas oscuras y sus incontables habitaciones, acostumbradas a los acoplamientos que no dejan huella. No sé por qué se insinuó en mí la idea de que este cauce de la calle que cada tiro ensanchaba, ese foso, esa hondura que cada bala hacía más insalvable, era como una advertencia, como una prefiguración de acontecimientos por venir. En aquel instante ocurrió algo raro en el hotel. Las músicas, las risas, se quebraron a un tiempo. Sonaron gritos, llantos, llamadas, en todo el edificio. Se apagaron luces, se encendieron otras. Había como una sorda conmoción allí dentro; un pánico sin fuga. Y de nuevo se abrió la fusilería en la bocacalle más cercana. Pero esta vez vi aparecer varias patrullas de infantería, con armas largas y ametralladoras. Los soldados empezaron a progresar lentamente, tras de las columnas de los soportales, alcanzando el lugar en donde estaba la tienda. Los francotiradores habían abandonado el tejado y las tropas regulares cubrían ahora el tramo de calle que me tocaba atravesar. Haciéndome acompañar por un sargento llegué por fin al hotel. Cuando abrieron la reja y entré en el *hall* me detuve estupefacto: sobre una gran mesa de nogal transformada en tábulo, yacía el Kappelmeister, con un crucifijo entre las solapas de su frac. Cuatro candelabros de plata, con adornos de pámpanos, sostenían—a falta de otros más apropiados—las velas encendidas: el maestro había sido derribado por una bala fría, recibida en la sien, al acercarse imprudentemente a la ventana de su cuarto. Miré las caras que lo rodeaban: caras sin rasurar, sucias, estiradas por una borrachera que había pasmado la muerte. Los insectos seguían entrando por los caños y los cuerpos olían a sudor agrio. En el edificio entero reinaba un hedor de letrinas. Flacas, macilentas, las bailarinas parecían espectros. Dos de ellas, vestidas aún con los tules y mallas de un adagio bailado poco antes, se hundieron sollozando en las sombras de la gran escalera de mármol. Las moscas, ahora, estaban en todas partes, zumbando en las luces, corriendo por las paredes, volando a las cabelleras de las mujeres. Afuera, la carroña crecía. Hallé a Mouche desplomada en la cama de nuestra habitación, con una crisis de nervios. «La llevaremos a Los Altos en cuanto amanezca», dijo la pintora. Los gallos empezaron a cantar en los patios. Abajo, sobre la acera de granito, los candelabros de pompas fúnebres eran bajados de un camión negro y plata por hombres vestidos de negro.

CAPITULO XII

(Jueves, 14)

Reanudamos la navegación con la luna llena, pues el patrón tenía que recoger a un capuchino en el puerto de Santiago de los Aguinaldos, en la orilla opuesta del río, y quería salvar en horas de la mañana un paso de raudales particularmente impetuosos, aprovechándose la tarde para hacer algún alijo. Cumplido el propósito, con magistral manejo del timón y una que otra peña sorteada a la pértiga, me hallé aquel mediodía en una prodigiosa ciudad en ruinas. Eran largas calles desiertas, de casas deshabitadas, con las puertas podridas, reducidas a las jambas o al cabestrillo, cuyos tejados musgosos se hundían a veces por el mero centro, siguiendo la rotura de una viga maestra, roída por los comejenes, ennegrecida de escarzos. Quedaba la columnata de un soportal cargado con los restos de una cornisa rota por las raíces de una higuera. Había escaleras sin principio ni fin, como suspendidas en el vacío, y balcones ajemizados, colgados de un marco de ventana abierto sobre el cielo. Las matas de campanas blancas ponían ligereza de cortinas en la vastedad de los salones que aún conservaban sus baldosas rajadas, y eran oros viejos de aromos, encarnado de flores de Pascuas en los rincones oscuros, y cactus de brazos en candelero que temblaban en los corredores, en el eje de las corrientes de aire, como alzados por manos de invisibles servidores. Había hongos en los umbrales y cardones en las chimeneas. Los árboles trepaban a lo largo de los paredones, hincando garfios en las hendeduras de la mampostería, y de una iglesia quemada quedaban algunos contrafuertes y archivoltas y un arco monumental, presto a desplomarse, en cuyo tímpano divisábanse aún, en borroso relieve, las figuras de un concierto celestial, con ángeles que tocaban el bajón, la tirola, el órgano de tecla, la viola y las maracas. Esto último me dejó tan admirado que quise regresar al barco en busca de lápiz y papel, para revelar al Curador, por medio de algunos croquis, esta rara referencia organográfica. Pero en ese instante sonaron tambores y agudas flautas y varios Diablos aparecieron en una esquina de la plaza, dirigiéndose a una mísera iglesia, de yeso y ladrillo, situada frente a la catedral incendiada. Los danzantes tenían las caras ocultas por paños negros, como los penitentes de cofradías cristianas; avanzaban lentamente, a saltos cortos, detrás de una suerte de jefe o bastonero que hubiera podido officiar de Belcebú de Misterio de la Pasión, de Tarasca y de Rey de los Locos, por su máscara de demonio con tres cuernos y hocico de marrano. Una sensación de miedo me demudó ante aquellos hombres sin rostro, como cubiertos por el velo de los parricidas; ante aquellas máscaras, salidas del

misterio de los tiempos, para perpetuar la eterna afición del hombre por el Falso Semblante, el disfraz, el fingirse animal, monstruo o espíritu nefando. Los extraños danzantes llegaron a la puerta de la iglesia y golpearon repetidas veces con la aldaba. Largo tiempo permanecieron de pie ante la puerta cerrada, llorando y plañiendo. Pero, de súbito, los batientes se abrieron con estrépito y en una nube de incienso apareció el Apóstol Santiago, hijo de Zebedeo y Salomé, montado en un caballo blanco que los fieles llevaban en hombros. Ante su corona de oro retrocedieron los diablos despavoridos, como atacados por convulsiones, tropezando unos con otros, cayendo, rodando en tierra. Detrás de la imagen había brotado un himno, apoyado, en vieja sonoridad de sacabuche y chirimía, por un clarinete y un trombón:

*Primus ex apostolis
Martir Jerosolimis
Jacobus egregio
Sacer est martirio.*

Una campana era volteada arriba, a todo lo que diera, por varios niños montados a horcajadas sobre la espadaña, que la impulsaban a patadas. La procesión dio lentamente la vuelta a la iglesia, siempre llevada por el falso nasal del párroco, mientras los diablos, remedando tormentos de exorcizados, retrocedían en grupo gimiente bajo las aspersiones del hisopo. Al fin, la figura de Santiago Apóstol, el de *Campus Stellae*, sombreado por un palio de terciopelo raído, volvió a engolfarse en el templo, cuyas puertas se cerraron con rudo encontronazo de los batientes sobre un tembloroso escarceo de luminarias y cirios. Entonces los diablos, dejados afuera, echaron a correr, riendo y brincando, pasados de demonios a bufones, y se perdieron entre las ruinas de la ciudad, preguntando por las ventanas, a gritos groseros, si allí las mujeres seguían pariendo. Los fieles se dispersaron. Y quedé solo en medio de la plaza triste, cuyo embaldosado era levantado y roto por raíces de árboles. Rosario, que había ido a encender una vela por el restablecimiento de su padre, apareció poco después en compañía del capuchino barbudo que iba a embarcar con nosotros, y se me presentó como fray Pedro de Henestrosa. Usando de muy pocas palabras, en un hablar sentencioso y lento, el fraile me explicó que era costumbre singular sacar aquí al Santiago en la festividad del Corpus, porque en tarde de Corpus había llegado a esta villa, a poco de fundada, la imagen del santo tutelar, y desde entonces se observaba la tradición. Pronto se nos juntaron dos punteadores negros, de bandolas terciadas, quejosos de que este año la fiesta se hubiera reducido a meras salvas y procesiones, prometiendo no regresar más. Supe entonces que esto había sido antaño una ciudad de arcas repletas, próspera en ajuares, en

armarios llenos de sábanas de Holanda; pero los continuos saqueos de una larga guerra local habían arruinado sus palacios y heredades, colgando la yedra de los blasones. Quien lo pudo emigró, deshaciéndose de las casas solariegas a cualquier precio. Luego había sido el azote de las plagas surgidas de arrozales que, por abandono, se volvieron pantanos. Esa vez, la muerte acabó por entregar los palacios a las gramas y guisaseras, iniciándose la ruina de los arcos, techos y dinteles. Hoy no era sino una población de sombras, en la sombra de lo que hubiera sido, un tiempo, la rica villa de Santiago de los Aguinaldos. Muy interesado por el relato del misionero, estaba pensando en ciudades arruinadas por guerras de Barones, esclavadas por la peste, cuando los punteadores, invitados por Rosario a distraernos con alguna música de su antojo, preludiaron en las bandolas. Y de súbito, su canto me llevó mucho más allá de mis evocaciones. Aquellos dos juglares de caras negras cantaban décimas que hablaban de Carlomagno, de Rolando, del obispo Turpin, de la felonía de Ganelón y de la espada que tajara moros en Roncesvalles. Cuando llegamos al atracadero se dieron a evocar la historia de unos Infantes de Lara, que me era desconocida, pero cuyo añejo acento tenía algo sobrecogedor al pie de tantos paredones resquebrajados y cubiertos de hongos, como los de muy antiguos castillos abandonados. Al fin zarpamos cuando el crepúsculo alargó las sombras de las ruinas. Acodada en la borda, Mouche acertó a decir que la vista de aquella ciudad fantasmal aventajaba en misterio, en sugerencia de lo maravilloso, a lo mejor que hubieran podido imaginar los pintores que más estimaba entre los modernos. Aquí, los temas del arte fantástico eran cosas de tres dimensiones; se les palpaba, se les vivía. No eran arquitecturas imaginarias, ni piezas de baratillo poético: se andaba en sus laberintos reales, se subía por sus escaleras, rotas en el rellano, alargadas por algún pasamanos sin balaustres que se hundía en la noche de un árbol. No eran tontas las observaciones de Mouche; pero yo había llegado, frente a ella, al grado de saturación en que el hombre, hastiado de una mujer, se aburre hasta de oírle decir cosas inteligentes. Con su carga de toros bramantes, gallinas enjauladas, cochinos sueltos en cubierta, que corrían bajo la hamaca del capuchino, enredándose en su rosario de semillas; con el canto de las cocineras negras, las risas del griego de los diamantes, la prostituta de camión de luto que se bañaba en la proa, el aboroto de los punteadores que hacían bailar a los marineros, este barco nuestro me hacía pensar en la Nave de los Locos del Bosco: nave de locos que se desprendía, ahora, de una ribera que no podía situar en parte alguna, pues aunque las raíces de lo visto se hincaran en estilos, razones, mitos, que me eran fácilmente identificables, el resultado de todo ello, el árbol crecido en este suelo, me resultaba tan desconcertante y nuevo como

los árboles enormes que comenzaban a cerrar las orillas, y que, reunidos por grupos en las entradas de los caños, se pintaban sobre el poniente—con redondez de lomo en las frondas y algo de hocico perruno en las copas—como concilios de gigantescos cinocéfalos. Yo identificaba los elementos de la escenografía, ciertamente. Pero en la humedad de este mundo, las ruinas eran más ruinas, las enredaderas dislocaban las piedras de distinta manera, los insectos tenían otras mañas y los diablos eran más diablos cuando bajo sus cuernos gemían danzantes negros. Un ángel y una maraca no eran cosas nuevas en sí. Pero un ángel maraquero, esculpido en el tímpano de una iglesia incendiada, era algo que no había visto en otras partes. Me preguntaba ya si el papel de estas tierras en la historia humana no sería el de hacer posibles, por vez primera, ciertas simbiosis de culturas, cuando fui distraído de mis reflexiones por algo que me sonaba a cosa a la vez muy próxima y muy lejana. A mi lado, para refrescarse la memoria en día de Corpus Christi, fray Pedro de Henestrosa salmodiaba a media voz un canto gregoriano que se imprimía en neumas sobre las páginas amarillas, picadas de insectos, de un *Liber Usualis* de muy larga historia:

*Sumite psalmun, et date tympanum:
Psalterium jocundum cum citara.
Buccinate in Neomenia tuba
In insigni dei solemnitate vestrae.*

CAPITULO XIII

(Viernes, 15 de junio)

Cuando llegamos a Puerto Anunciación—a la ciudad húmeda, siempre asediada por vegetaciones a las que se libraba, desde hacía centenares de años, una guerra sin ventajas—comprendí que habíamos dejado atrás las Tierras del Caballo para entrar en las Tierras del Perro. Ahí, detrás de los últimos tejados, se erguían los primeros árboles de la selva aún distante, sus avanzadas, sus centinelas soberbios, más obeliscos que árboles, todavía esparcidos, alejados unos de otros, sobre la vastedad fragosa del arcabuco enrevesado de maniguas, cuya rastrera feracidad borraba los senderos en una noche. Nada tenía que hacer el caballo en un mundo ya sin caminos. Y más allá de la verde masa que cerraba los rumbos del sur, las vedadas y picas se hundían bajo un tal peso de ramas que no admitían el paso de un jinete. El Perro, en cambio, cuyos ojos estaban a la

altura de las rodillas del hombre, veía cuanto se ocultaba al pie de las malangas engañosas, en la oquedad de los troncos caídos, entre las hojas podridas; el Perro de hocico tenso, de olfato agudo, en cuyo lomo se escribía el peligro en signos de pelo crizado, había mantenido, a través del tiempo, los términos de su alianza primera con el Hombre. Porque era ya un pacto el que ligaba aquí al Perro con el Hombre: un mutuo complemento de poderes, que les hacía trabajar en hermandad. El Perro aportaba los sentidos que su compañero de caza tenía atrofiados, los ojos de su nariz, su andar en cuatro patas, su socorrido aspecto de animal ante los otros animales, a cambio del espíritu de empresa, de las armas, del remo, de la verticalidad, que el otro maniobraba. El Perro era el único ser que compartía con el Hombre los beneficios del fuego, arrogándose, en este acercamiento a Prometeo, el derecho de tomar el partido del Hombre en cualquier guerra librada al Animal. Por ello, aquella ciudad era la Ciudad del Ladrado. En los zaguanes, detrás de las rejas, debajo de las mesas, los perros estiraban las patas, husmeaban, escarbaban, avisaban. Se sentaban en la proa de las barcas, corrían por los tejados, vigilaban el punto de los asados, asistían a todas las reuniones y actos colectivos, iban a la iglesia: y tanto iban que una vieja ordenanza colonial, nunca observada porque a nadie interesaba, erigía un cargo de perrero para que arrojara a los perros del templo «en todos los sábados y en las vigiliadas de fiestas que las tuvieran». En noches de luna, los perros se entregaban a su adoración en un vasto coro de aullidos que no se interpretaba ya, por costumbre, como lúgubre presagio, aceptándose el consiguiente desvelo con la tolerancia resignada que ha de tenerse frente a los ritos algo engorrosos de parientes que practican una religión distinta de la nuestra.

El lugar que llamaban posada, en Puerto Anunciación, era un antiguo cuartel de paredes resquebrajadas, cuyas habitaciones daban a un patio lleno de lodo donde se arrastraban grandes tortugas, presas allí en previsión de días de penuria. Dos catres de lona y un banco de madera constituían todo el moblaje, con un pedazo de espejo sujeto al dorso de la puerta por tres clavos mohosos. Como la luna acababa de aparecer sobre el río, había vuelto a levantarse, luego de un descanso, la ululante antifona de los canes—desde los gigantescos árboles plateados de la misión franciscana hasta las islas pintadas en negro—, con inesperados resposos en la otra orilla. Mouche, de pésimo humor, no se resolvía a admitir que habíamos dejado la electricidad a nuestras espaldas, que aquí se estaba todavía en época del quinqué y de la vela, y que no había siquiera una farmacia donde comprar cosas útiles al cuidado de su persona. Mi amiga tenía la astucia de callarse las atenciones que prodigaba constantemente a su semblante y a su cuerpo, para que los extraños

la creyeran por encima de tales vanidades femeninas, indignas de una intelectual, con lo que daba a entender, de paso, que su juventud y natural belleza le bastaban para ser atractiva. Conociendo esa estrategia suya, me había divertido en observarla muchas veces desde lo alto de las pacas de esparto, notando con maligna ironía cuán a menudo se examinaba en un espejo, frunciendo el ceño con despecho. Ahora me asombraba de cómo la materia misma de su figura, la carne de que estaba hecha, parecía haberse marchitado desde el despertar de aquella última jornada de navegación. El cutis, maltratado por aguas duras, se le había enrojecido, descubriendo zonas de poros demasiado abiertos en la nariz y en las sienes. El pelo se le había vuelto como de estopa, de un rubio verde, desigualmente matizado, revelándome lo mucho que debía su cobrizo relumbre habitual al manejo de inteligentes coloraciones. Bajo una blusa manchada por resinas raras, caídas de las lonas, su busto parecía menos firme, y mal sostenían el barniz unas uñas rotas por el constante agarrarse de algo que nos impusiera la vida en una cubierta atestada de baldes y barriles, del galpón flotante que había sido nuestro barco. Sus ojos, de un castaño lindamente jaspeado en verde y amarillo, reflejaban un sentimiento que era mezcla de aburrimiento, cansancio, asco a todo, latente cólera por no poder gritar hasta qué punto le resultaba intolerable este viaje emprendido por ella, sin embargo, con frases de alto júbilo literario. Porque la víspera de nuestra partida—lo recordaba yo ahora—había invocado el consabido *anhelo de evasión*, dotando la gran palabra *Aventura* de todas sus implicaciones de «invitación al viaje», fuga de lo cotidiano, encuentros fortuitos, visión de Increíbles Floridas de poeta alucinado. Y hasta ahora—para ella, que permanecía ajena a las emociones que tanto me deleitaban cada día, devolviéndome sensaciones olvidadas desde la infancia—, la palabra *Aventura* sólo había significado un encierro forzoso en el hotel ciudadano, la visión de panoramas sin peripecias, arrastrándose la fatiga de noches sin lámparas de cabecera, rotas en el primer sueño por el canto de los gallos. Ahora, abrazada a sus propias rodillas, sin molestarse por lo que el desorden de sus faldas dejaba al desgaire, se mecía suavemente en medio del camastro, tomando pequeños sorbos de aguardiente en un jarro de hojalata. Hablaba de las pirámides de México y de las fortalezas incaicas—que sólo conocía por imágenes—, de las escalinatas de Monte Albán y de las aldeas de barro cocido de los Hopi, lamentando que, en este país, los indios no hubieran levantado semejantes maravillas. Luego, adoptando el lenguaje «enterado», categórico, poblado de términos técnicos, tan usado por la gente de nuestra generación—y que yo calificaba, para mí, de «tono economista»—, comenzó a hacer un proceso de la manera de vivir de la gente de acá, de sus prejuicios y creencias, del atraso de su agricultura, de

las falacias de la minería, que la llevó, desde luego, a hablar de la plusvalía y de la explotación del hombre por el hombre. Por llevarle la contraria, le dije que, precisamente, si algo me estaba maravillando en este viaje era el descubrimiento de que aún quedaban inmensos territorios en el mundo cuyos habitantes vivían ajenos a las fiebres del día, y que aquí, si bien muchísimos individuos se contentaban con un techo de fibra, una alcarraza, un hudare, una maca y una guitarra, pervivía en ellos un cierto animismo, una conciencia de muy viejas tradiciones, un recuerdo vivo de ciertos mitos que eran, en suma, presencia de una cultura más honrada y válida, probablemente, que la que se nos había quedado allá. Para un pueblo era más interesante conservar la memoria de la *Canción de Rolando* que tener agua caliente a domicilio. Me agradaba que aún quedaran hombres poco dispuestos a trocar su alma profunda por algún dispositivo automático, que, al abolir el gesto de la lavandera, se llevaba también sus canciones, acabando, de golpe, con un folklore milenario. Fingiendo que no me hubiera oído, o que mis palabras no tenían el menor interés, Mouche afirmó que aquí no había cosa de mérito que ver o estudiar; que este país no tenía historia ni carácter, y, dando su decisión por sentencia, habló de partir mañana al alba, ya que nuestro barco, navegando esta vez a favor de la corriente, podía cubrir la jornada del regreso en poco más de un día. Pero ahora me importaban poco sus deseos. Y como esto era muy nuevo en mí, cuando le declaré secamente que pensaba cumplir con la Universidad, llegando hasta donde pudiera encontrar los instrumentos musicales cuya busca me era encomendada, mi amiga, de súbito, montó en cólera, tratándome de *burgués*. Ese insulto—¡bien lo conocía yo!—era un recuerdo de la época en que muchas mujeres de su formación se hubieran proclamado revolucionarias para gozar de la intimidades de una militancia que arrastraba a no pocos intelectuales interesantes, y entregarse a los desafueros del sexo con el respaldo de ideas filosóficas y sociales, luego de haberlo hecho al amparo de las ideas estéticas de ciertas capillas literarias. Siempre atenta a su bienestar, colocando por encima de todo sus placeres y pequeñas pasiones, Mouche me resultaba el arquetipo de la burguesa. Sin embargo, calificaba de *burgués*, como supremo denuesto, a todo el que intentara oponer a su criterio algo que pudiera vincularse con ciertos deberes o principios molestos, no transigiera con ciertas licencias físicas, encerrara preocupaciones de tipo religioso o reclamara un orden. Ya que mi empeño de quedar bien con el Curador y, por ende, con mi conciencia, se atravesaba en su camino, tal propósito tenía, por fuerza, que ser calificado por ella de *burgués*. Y se levantaba ahora del camastro, con las greñas en la cara, alzando sus pequeños puños a la altura de mis sienes en una gesticulación rabiosa que yo veía por primera

vez. Gritaba que quería estar en Los Altos cuanto antes; que necesitaba el frío de las cumbres para reponerse; que allí es donde pasaríamos el tiempo que me quedara de vacaciones. De súbito, el nombre de Los Altos me enfureció, recordándome la turbia solicitud con que la pintora canadiense hubiera rodeado a mi amiga. Y aunque yo solía cuidarme de proferir palabras excesivas en las discusiones con ella, esta noche, gozándome de verla fea a la luz del quinqué, sentía una nerviosa necesidad de herirla, de vapulearla, para largar un lastre de viejos rencores acumulados en lo más hondo de mí mismo. A modo de comienzo empecé por insultar a la canadiense, calificándola de algo que tuvo el efecto de actuar sobre Mouche como una hincada de alfiler al rojo. Dió un paso atrás y me arrojó el jarro de aguardiente a la cabeza, fallándome por un canto de baraja. Asustada de lo hecho volvía ya hacia mí con las manos arrepentidas; pero mis palabras, autorizadas por su violencia, habían roto las amarras: le gritaba que había dejado de amarla, que su presencia me era intolerable, que hasta su cuerpo me asqueaba. Y tan tremenda debió sonarle esa voz desconocida, asombrosa para mí mismo, que huyó al patio corriendo, como si algún castigo hubiera de suceder a las palabras. Pero, olvidada del fango, resbaló brutalmente, y cayó en la charca llena de tortugas. Al sentirse sobre los carapachos mojados, que empezaron a moverse como las armaduras de guerreros sorbidos por una tembladera, dio un aullido de terror que despertó a las jaurias por un tiempo calladas. En medio del más universal concierto de ladridos metí a Mouche en la habitación, le quité las ropas hediondas a cieno y la bañé de pies a cabeza con un grueso paño roto. Y luego de hacerle beber un gran trago de aguardiente la arrojé en su catre y marché a la calle sin hacer caso de sus llamadas ni sollozos. Quería—necesitaba—olvidarme de ella por algunas horas.

En una taberna cercana hallé al griego bebiendo enormemente en compañía de un hombrecito de cejas enmarañadas, a quien me presentó como el Adelantado, advirtiéndome que el perro amarillo que a su lado lamía cerveza en una jícara era un notable sujeto que atendía al nombre de Gavilán. Ahora, el minero celebraba la suerte que me ponía en relación, tan fácilmente, con individuo muy poco visible en Puerto Anunciación. Cubriendo territorios inmensos—me explicaba—, encerrando montañas, abismos, tesoros, pueblos errantes, vestigios de civilizaciones desaparecidas, la selva era, sin embargo un mundo compacto, entero, que alimentaba su fauna y sus hombres, modelaba sus propias nubes, armaba sus meteoros, elaboraba sus lluvias: nación escondida, mapa en clave, vasto país vegetal de muy pocas puertas. «Algo así como el Arca de Noé, donde cupieron todos los animales de la tierra, pero sólo tenía una puerta pequeña», acotó el hombrecito. Para penetrar en ese mundo, el Adelantado

había tenido que conseguirse las llaves de secretas entradas: sólo él conocía cierto paso entre dos troncos, único en cincuenta leguas, que conducía a una angosta escalinata de lajas por la que podía descenderse al vasto misterio de los grandes barroquismos telúricos. Sólo él sabía dónde estaba la pasarela de bejuco que permitía andar por debajo de la cascada, la poterna de hojarasca, el paso por la caverna de los petroglifos, la ensenada oculta, que conducía a los corredores practicables. Él descifraba el código de las armas dobladas, de las incisiones en las cortezas, de la rama-no-caída-sino-colocada. Desaparecía durante muchos meses, y cuando menos se le recordaba surgía por un boquete abierto en la muralla vegetal, trayendo cosas. Era, alguna vez, un cargamento de mariposas, o pieles de lagartos, sacos llenos de plumas de garza, pájaros, vivos que silaban de extraña manera, o piezas de alfarería antropomorfa, enseres líricos, cesterías raras, que podían interesar a algún forastero. Cierta vez había reaparecido, tras de una larga ausencia, seguido por veinte indios que traían orquídeas. El nombre de Gavilán se debía a la habilidad del perro en agarrar aves que llevaba al amo sin arrancarles una pluma, a fin de ver si presentaban algún interés para el negocio común. Aprovechando que el Adelantado, llamado desde la calle, se separara de nosotros para saludar al Pescador de Toninas, que andaba de diligencias con algunos de sus cuarenta y dos hijos naturales, el griego, hablando ligero, me dijo que, según la opinión general, el extraordinario personaje había dado, en sus andanzas, con un prodigioso yacimiento de oro cuya arrumbamiento, desde luego, tenía en gran secreto. Nadie se explicaba por qué, cuando aparecía con cargadores, éstos regresaban en seguida con más forraje que el requerido por el sustento de pocos hombres, llevando, además, algún verraco de cría, telas, peines, azúcar y otras cosas de escasa utilidad para quien navega por caños remotos. Esquivaba las preguntas de cuantos lo interrogaban al respecto y volvía a meter a sus indios en la maleza, a gritos, sin dejarlos vagar por la población. Se decía que debía estar explotando una veta con ayuda de gente perseguida por la justicia, o que se valía de cautivos comprados a una tribu guerrera, o que se había hecho el rey de un palenque de negros huídos al monte hacía trescientos años, y que, según afirmaban algunos, tenían un pueblo defendido por estacadas, donde siempre retumbaba un trueno de tambores. Pero ya regresaba el Adelantado, y el minero, para mudar rápidamente de conversación, habló del objeto de mi viaje. Acostumbrado al trato de personas animadas por propósitos singulares, amigo de un raro herborizador llamado Montsalvatje, de quien hacía grandes elogios, el Adelantado me dijo que podría hallar los instrumentos requeridos en las primeras aldehuelas de una tribu que vivía, a tres jornadas del río, en las orillas de un caño llamado El Pintado, por el siempre

tornadizo color de sus aguas revueltas. Como lo interrogaba ahora acerca de ciertos ritos primitivos, me enumeró todos los objetos para hacer música que llevaba en la memoria, haciendo sonar, con onomatopeyas afinadas por el aguardiente y gestos de quien los tocara, una serie de tambores de tronco, flautas de hueso, trompas de cuerno y cráneo, jarras-para-bramar-en-funerales y panderos de medicina. En eso estábamos, cuando apareció fray Pedro de Henestrosa con la noticia de que el padre de Rosario acababa de morir. Algo afectado por la brusquedad de la nueva, aunque espoleado, a la vez, por el deseo de ver a la joven, de quien nada sabía desde nuestra llegada, me encaminé hacia la esquina del deceso, por calles en cuyo centro corrían arroyos turbios, en compañía del griego, el capuchino y el Adelantado, seguidos de Gavilán, que nunca faltaba a un velorio cuando estaba en la población. En mi boca demoraba el sabor avellanado del aguardiente de agave que acababa de probar con deleite en la taguara cuya enseña floreada ostentaba un nombre graciosamente absurdo: *Los Recuerdos del Porvenir*.

JOSE LEZAMA LIMA

Nació en La Habana, en 1912. Graduado en Derecho. Dirige varias revistas literarias, entre ellas «Espuela de Plata» y «Orígenes». Además de su obra poética y de sus ensayos, lo narrativo se manifiesta en Lezama Lima por la publicación de algunos de sus cuentos, y por su inédita novela «Paradiso», de la cual aparecieron varios capítulos en la revista «Orígenes».

Como una feria que, al ser pinchada por la palabra empieza a metamorfosear sus esquinas, trepando en las inacabables vueltas de un sucedido miliunanochesco, así la aparición de una anécdota, o la comprobación de un hecho, se va agrandando en este novelista, hasta multiplicarse en la mirada con un lujo alucinante. Rostros, sucedidos, desniveles del vivir cotidiano, se llenan, entonces, de una tensión que, trastrocando todos sus efectos, se hacen girar en las posibilidades de la imagen, a la manera del mágico ceremonial de un Cagliostro surrealista. Y he ahí, por ello, que tomando nuestros pobres fragmentos una desmesura, a primera vista parecen sofocarnos y aturdirnos, pues parece como si, de pronto, la escasa fiesta de nuestros relatos comenzase a desatar un abigarrado contrapunto, que desde lo inmediato y destartado de su perfil, nunca habíamos podido sospecharle. De aquí que, buscando el temblor que sostiene cualquier palabra de su relato, no podamos encontrarlo en el pequeño suceso que describe, sino en la máscara, de lo que, con imprevisto salto, nos reta su misterioso reverso, su historial de imagen encarnada.

Pero no hemos de detenernos en las fabulosas proliferaciones, que a través de su concepción de lo poético, traza Lezama Lima entre lo gravitante del hecho reminiscete, y las evaporaciones logradas con la levitación de la imagen, sino que hemos de buscar en su relato, algunos soplos en los que podamos referir su centro. Y son esos soplos, aquellos sucesos o toques de lo inmediato que, cifrándonos con su fragmentario irrumpir la tensa necesidad de indagar en torno a nuestra circunstancia, buscan un rostro a la realidad que nos rodea. Pues este centro, tan poco señalado en Lezama Lima, agrupa, no sólo su más íntimo contacto con lo inmediato, sino que nos lleva a

situar su expresión, en el reto con que nuestros anteriores narradores—con gestos y trazados, desliziéndose por lo escaso y áspero de lo hasta ahora no estructurado—han enfrentado al paisaje.

Salta, además, por los capítulos de la novela «Paradiso», una manera de arisca soledad, muy nuestra, que al topar con la ternura de un objeto recobrado por la memoria, ensaya las evaporaciones de una cita sobre heráldica, o los conjuros de una dinastía lejanísima, haciéndonos sospechar con ello, una manera de hincar en la paradjica expresión de irrealidad, con que lo demasiado tangible que nos rodea a veces se nos muestra: «Sobre el pupitre, cogidos con alcayatas ya oxidadas, papeles donde se diseñaban desembarcos en países no situados en el tiempo ni en el espacio, como un desfile de banda militar situado entre la eternidad y la nada». Y es que por los rotos que se abren en la discontinuidad de lo real, parecen entrar, con una violenta bocanada, los detalles y soplos de otra comprobación, como si al mismo tiempo que se narrasen los hechos, un demiurgo trazase sobre un espejo, la sobre-real estructura que habíamos podido sospecharle al relato.

El relieve de esos entrecruzamientos, crea a veces, un reverso de figurones de sombra, que con sus mezcladas pintas de lo grotesco y de lo reminisciente, recubren el sueño con manchones de láminas infantiles, pareciendo como pincharnos un miedo, en sus alucinantes alargamientos: «Las dianas entrelazaban sus reflejos y sus candelas en el campamento; la imagen de la mañana que nos dejaban era la de todos los animales que salían del Arca para penetrar en la tierra iluminada.»

La influencia, que con su intuición narrativa nos impone Lezama Lima—hecho éste, que podemos considerar como el más significativo dentro de la cultura cubana de estos últimos años—tiene también, el acoso de esos fragmentos, de eso casi lejano... del paisaje que nos rodea. Con ella, se nos hace imperiosa una tensa necesidad por apretar los detalles, talando los más minúsculos puntos dejados por el recuerdo, para llegar a la mimesis de los hechizados rotos, donde el casi grotesco de una palabra entreoída en el callejeo, pueda situarnos en el lugar en que «la abstracción obtuviese el requisito de Ezequiel, el comerse este libro, llevando la expresión abstracta cantidad a los mismos enlaces de la sangre». Este regalo de las proliferaciones crea, en un primer momento, todo un bailoteo de sorpresas y de bambalinas (recordemos, con esto de las bambalinas, su aparecer y desaparecer dentro de la búsqueda que nuestra narrativa ha trazado), donde los bruscos encontronazos de lo real, o el cortar ligero de los soplos, se visitan y entrelazan entre sí, con el sutil aferramiento de aquella «manía perversa de las sustituciones posibles», de que hablaba Valéry.

Pero esto no se detiene en hechizado juego (y de esto es muy consciente el novelista, que en otra ocasión nos ha hablado de como «Al perderse los fragmentos, la imagen se pulveriza», ilustrándonos con los condenados del Dante, que muestran su mirada de sastre cuando va a enhebrar la aguja), puesto que va haciendo, con necesaria y obsesiva forma, una razón narrativa, o sea, una alucinante contrastación de lo que nos rodea, donde el casi nada de su pobre resbalar por lo reminisciente, no sea pesquisado en lo de oscura y europeizante queja romántica (línea narrativa ésta, que con la no menos deshumanizada de cierto realismo, introduce en nuestro no apresado paisaje, un batiborrillo de documentales y trasterías sociológicas, con un primer plano convertido en pandemonio de equivalencias: guajiros surgidos de tesis rousseauianas, pelafustanes de pueblos convertidos en el idiota de Faulkner, y ese inevitable incendio de cañaverales—pretexto de trompetas retóricas y mensajes hueros—con que se ha pretendido acartonar la expresión de nuestros pueblos) sino que, ante el relieve de una vasta cetrería de reflejos, se apoya en el tenso movimiento con el cual apura, las pobres anécdotas de nuestros sucedidos, llevándolos al replanteo de una contrastación con la imagen, hasta iniciarnos en lo alucinado de su secreta historia.

PARADISO

CAPITULO IV

La tendida luz de julio iba cubriendo con reidores saltitos los contornos del árbol de las nueces, que terminaba uno de los cuadrados de Jacksonville, en los iniciales crepúsculos del estío de 1894. Rialta, casi sonambúlica, en el inasible penetrar vegetativo de sus diez años, se iba extendiendo por los ramajes más crujientes, para alcanzar la venerable cápsula llena de ruidos cóncavos que se tocaban la frente blandamente. Su cuerpo todo convertido en sentido por la tensión del estiramiento, no oía el adelgazamiento y ruido del rendimiento de la fibra, pero sus oídos habían quedado colgados del rejuego y sonido de la baya corriendo invisible dentro de la vaina. Despertó, oyó, se volvió:

—Rialta, don't steal the nuts.

Apresurada, en la tesonera disculpa de sus inutilidades, Florita Squabs había pasado frente al árbol de las nueces, y había inad-

vertido casi, sus ojos no querían fijarse y sus pies vacilaban ante el temor de ver aquel mameluco alpaca, de un azul impenetrable, estirándose por las últimas delicadezas de la rama. Rialta sintió que las nueces deshaciéndose en rocío se volvían a su planeta inasible, la voz de Florita, alambrada y de hierro colado, la colocó de nuevo, con tres o cuatro saltos, al lado del tronco de las nueces, y súbita, la luz comenzó a invadir su contorno, guardándola de nuevo en su segura levitación terrenal.

Al día siguiente, Florita, fue a visitar a la Señora Augusta. Florita era la esposa de Mister Squabs. El organista Frederick Squabs había descendido, era el término que él siempre empleaba, de North Caroline a Jacksonville, por una afección laríngea con indicación de clima cálido. Eso había ingenuamente ensombrecido su destino, que él creía opulento en dones artísticos, llevándolo a la más densa brevedad verbal y a la frecuencia alusiva a los enredillos de su Ananké. Pero los insignificantes vecinos de Jacksonville se burlaban de que no obstante ser su mano regordeta e inquisitorialmente larquirucha, incorreccionaba las octavas, y la intervención del registro flauta de su instrumento provocaba chirridos nerviosos, como los cortes en el membrillo helados. Había casado con Florita, hija de madre cubana, de baratona sensibilidad con declive propicio a creer que su esposo era un artista con divinidad que sólo le rendía la espalda. Mr. Squabs, lentamente resentido, había cabeceado hacia el puritanismo cerrado de quién sabe que voluptuosidades cariciosas, que al llegar inadvertidamente hasta él, van a reparar una plancha de acero premiado por la casa Winchester. Cuando ceñido de inexorables telas negras ejercitaba escalas en el órgano, repasando a veces la Santa Cecilia, de Haydn, al llegar al Ressurrexit, en que el coro glosa el *Judicare vivos et mortis*, gritaba con voz multiplicada por la soledad de la *capella* en trance de ensayos: —Vivos, vivos, sí, que venga pronto a juzgar a los vivos—. Y con un pañuelo de gran tamaño quitaba con ceremoniosa corrección el sudor de su frío rostro, y su esposa que lo contemplaba escondida, creía que lloraba su intocable desesperación de gran artista frustrado.

Florita avanzaba con Flery custodiada de la mano. La llevaba como un manguito, en cualquier momento parecía que la podía dejar en un sofá y seguir de compras, y regresar a las cuatro horas y encontrarla que se decidía a entrar en el sueño, abriendo lentamente los ojos cuando su madre le regalaba un broche de calamina. Con intranquilo apresuramiento atravesaban el corredor que se hundía en la saleta. En el corredor se encontraba un tapiz de sofrenado esplendor. Unas barbas cabras dictaban veneración y sentencia al terminar graciosamente su proceso digestivo sobre un capitel jónico. Sobre un fragmento de aquel mármol desvitalizado, la joven corintia cambiaba uvas y zapatos con el flautista de Mitilene. La seguía se-

cular se tiraba al asalto sobre los espaciados yerbazales bostezantes. Una anciana y desvaída cabra, de caídas ubres, se situaba frente a la estival pareja y colaboraba también con su bostezo. Flery se detenía con radical brusquedad frente al amarillo tapiz de saltados hilos, señalaba con el índice bobonamente caído y decía:

—*Mamá, a scene in Pompeya, a scene...*—. Y entraba en la saleta tironeada por su madre, pues era obvio lo de la escena en Pompeya, y a su madre la irritaba que la sorprendieran en aquellos reiterados ejercicios bobalicones.

Desde entonces, esa frase contemplaba situaciones paradójales y en la familia reaparecía burlonamente como si saltase por las ventanas con la cara tiznada. Tenía como una regalada gratuidad e impunidad para encajarse prescindiendo de todo desarrollo de antecedentes. Rialta y la hermana que la seguía en edad, Guillermina, estaban en tareas de Penélope, se miraban en el cansancio, intercambiaban párpados y reflejos, y de pronto, una de ellas, exhalando un falso suspiro, soltaba: —*Mama, a scene in Pompeya*. Andresito, el primer hijo de la Señora Augusta, antes de sacudir varias veces el agua de su arco de violín, comenzaba a cuadrar la página de sus partituras, y en ese silencio de comodoro obeso que antecede a los primeros compases, dejaba surcar su pieza de estudio en la azotea por una navecilla inasible: —*Mama, a scene...* La misma Señora Augusta, cuando regresaba de compras, y se sacudía el sudor del velillo que usaba en la cara, ponía los orientales, para la imaginación de todos aquellos garzones, paquetes y cartuchos sobre el sofá, saludaba al más curioso del ruido de la puerta al cerrarse, y exclamaba: —*Mamá, a scene...* Más que una costumbre, parece como un conjuro para una divinidad que todos desconocemos, que al reunirse varios cubanos, ya en las contradanzas de un cumpleaños o en torno a la mesa del sorbo espeso de cerveza, se permanece en un silencio de suspensión, hasta que se oye una voz cualquiera que dice o canta algo que no tiene relación con la convocatoria para la reunión, *Mamá, yo quiero probar de esa fruta tan sabrosa, o en el cuarto piso hay muerto, o al Jaque, al Jaque, silenciosa tropelía*, y sin que se le haga caso a lo oído, que viene a tener la fuerza de un llamamiento gracioso hecho en un instrumento musical, se comienza a darle entrada al tema principal. Evohé de fantasmas corredizos, sombra de aguas cayendo del arco del violín.

—Mi respetable Señora Augusta, dijo Florita, hoy he hecho, como si dijéramos, una visita no reglamentaria, pero en los últimos días me agito, tiemblo, vuelvo sobre lo mismo, enredándome de nuevo. Qué pensarán los Olaya, me digo, veo a su hija en peligro, y sólo se me ocurre gritarle que no se robe las nueces—. En ese momento, parecía verse la sombra cruzada de la alargada mano de Mr. Squabs, cayendo sobre una tuba de órgano, o a la misma mano reducida aca-

riciando las tapas negras de la Biblia. —Pero me parece, continuó, que en la muerte, en ese océano final, —al llegar aquí baritonizaba como si acompañara a su esposo el organista—, no podemos ni debemos intervenir. —Es radicalmente inútil, —dijo abriendo las vocales. —Procuro siempre no intervenir cuando alguien se enfrenta con el destino de su muerte, aparte de que creemos que intervenimos, pero andamos por muy opuestas latitudes. Pero con nuestra pequeña e indefensa voluntad, podemos obtener al menos breves y no tan visibles triunfos. Por eso en aquel momento, me preocupaba de que su hija no deseara coger las nueces, más que del juego de accidentes de su no aclarado destino en el peligro. Puedo influir en evitar que se coja las nueces, pero no puedo evitar que ella hubiese seguido deslizándose por aquellas ramas, cuyos crujidos ya se oían como los ruidos de las ardillas cuando descansan de mascar, pues hubiese pasado por allí demasiado tarde, cuando inútiles curiosos musitan cosas inútiles. —No creo, dijo para cerrar su párrafo, que los Olaya crean que yo pueda ser tan influyente como para intervenir en el destino último de sus hijos, pues mientras usted, Augusta, teje, flexibiliza un misterio, que se rompe aquí o allá, cuando la aguja se niega a penetrar en otras pausas del tejido—. Y seguía así, en su brumosa teología en *improntu*, oponiendo destino y voluntad, con la misma huesosa arbitrariedad con que Calvino quería unir la rebeldía y la dedicatoria de su principal obra a su Príncipe y Soberano Señor.

—Florita, hágame el favor de disipar esos terrores, dijo la Señora Augusta, con fingida benevolencia, pues estaba suavemente indignada, no obstante me parece feliz, dijo ocultando una suave sonrisa, que usted no quiera intervenir en el destino de una de mis hijas cuando penetra por una rama en un inocente desconocido. Pero usted se fía demasiado de su voluntad, y la voluntad es también misteriosa, cuando ya no vemos sus fines es cuando se hace para nosotros creadora y poética. *Su voluntad*, añadió subrayando, quiere escoger siempre entre el bien y el mal, y escoger sólo merece hacerse visible cuando nos escogen. Si por voluntad aplicada al bien nos diesen monedas correspondientes, la gloria, —añadió sonriéndose, tendrá tan solo esa alegría *cantabile* de la casa de la moneda. Hay unos versículos del Evangelio de San Mateo, el alcabalero, que parece implacable, pero que nos dice de lo misterioso de la voluntad y de sus acarreo por debajo del mar: *Siego donde no sembré y recojo donde no esparcí*. Qué sombrío debe ser en ustedes, los protestantes, continuó la Señora Augusta, apuntando con el índice, movido de izquierda a derecha con rápido orgullo, una división que siempre aludía con sencillez alegre, que esperan que al lado de su voluntad suceda algo, y por eso, a veces, se vuelven desatados y errantes en relación con actos y buenas obras, ensombreciéndose. El católico

sabe que su acto tiene que atravesar un largo camino, y que resurgirá en forma que será para él mismo un deslumbramiento y un misterio. Mi tío, el Padre Rosado, hablaba con frecuencia de que a veces los santos miran como demonios, y recordaba al Padre Rivadeneyra, que contaba quince años, cuando la marcha de los jesuitas fundadores a Roma, y al acercarse a San Ignacio para decirle que se retiraba de la orden, por serle imposible aquellas feroces caminatas, el Santo lo miró en forma desatadamente terrible, *como miran los demonios*, como si fuera un sello que le impidiera mover los labios para hablar de su retirada de la milicia. Pienso que a los ángeles tendrá que serles amables, y aumentarán sus musicados cuidados, cuando un niño se extiende por un ramaje para oír el gracioso rodar de aquellas esferitas por el misterio de su cápsula. Cuando murió mi tío, el buen canónigo, en el codicilo que añadió a su testamento, ordenaba que su traje de mayor jerarquía, el que usaba en la consagración de los óleos, el Sábado de Resurrección, se repartiese por piezas entre los de su sangre. Así, estolas, encajes y pluviales, corrieron suertes diferentes, pero permaneciendo en el cuerpo de su familia. A mí me mandaron las zapatillas que usaba en aquella ceremonia mayor. —Pero espere un momento, dijo la Señora Augusta, con transparente agilidad, que le voy a enseñar a la preciosa Flery, ese par de chapines, tejidos con hilos de seda de muy castigada artesanía y con ornamentos bizantinos. Reapareció con el par de zapatillas, que rebrillaron en el apaciguamiento del crepúsculo.

—A ver Flery, le dijo a la niña, usando una breve fórmula muy cariñosa, si tú me dices como crees que tenía que ser la boca del señor que usaba esos zapatos tan bonitos.

—Pequeña y muy colorada, contestó Flery, permaneciendo casi inmutable.

—Quizás no fuera así, musitó Augusta, pero ya usted ve Florita, el acto de regalar aquellos chapines qué milagros produce, que su hija puede reconstruir su figura tal vez en la forma que el buen canónigo quería para asistir a la cita final en Josafat—. Terminó haciéndose como que le pasaba inadvertida la sofocación mortificada de Florita.

Después de despedirse, al atravesar de nuevo el corredor donde estaba el tapiz con las cabras filológicas, Florita apresuró el paso y señaló con el índice para otro sitio, para que la pequeña Flery no fuese a encontrar su frase habitual frente al tapiz, pero en esta ocasión su imaginación, como un pequinés cruzado con chau-chau, se disparaba a morder por todas partes las zapatillas del canónigo.

Mientras iban entrando en el templo, rodeado de un escueto jardín, de visible mayor tamaño que el de las demás casas, Mr. Frederick Squabs, se paseaba entre las dos filas de bancos, cambiaba

saludos con los creyentes dominicales, y alargando más la cabeza según la importancia social de las parejas que iban buscando sus habituales asientos, comenzando a musitar y a mirar de reojo a los otros asientos. Cuando se iban extinguiendo los párrafos finales del pastor, Mister Squabs al desgair, fingiendo una reiterada distracción que la costumbre había hecho invisible para el público, se acercaba al órgano, pero sin sentarse nunca para comenzar la ejecución, hasta que oía las palabras del pastor, que dirigiéndose a él casi sin alzar los ojos, decía, más como una aterradora y fría cortesía que como conjuro o ensalmo: *Mister Squabs, do you wan't to play the organ.* Y ya las nerviosas manos procuraban atraer las macizas sonoridades de algún fragmento del Mesías, de Haendel. Al cerrar con una llavecita el órgano, después de haber cubierto con una lana verdeante las teclas amarillentas y desconchadas en sus bordes, precisaba que de nuevo estaba vacío el templo, y que en una discreta lejanía, alguna dama aseguraba con un largo alfiler persa, el incorrecto ladeo de su elocuente y bien nutrido sombrero. Con resguardada malicia de garzón criollo, Alberto que era el segundo hijo de la Señora Augusta y de Don Andrés Olaya, había asistido tres veces al templo, y había sorprendido la suspicaz y preparada coincidencia del pastor descendiendo del púlpito y el acercamiento de Mister Squabs al órgano. Alberto Olaya había repetido entre sus hermanos la frasecita convencional del pastor, y después Rialta y Guillermina se la habían repetido a la Señora Augusta, riéndose las tres, aunque la madre disimulando la risa le aconsejaba el mayor respeto por la circunspección de Mister Squabs. Después, la frase tendría la burlesca precisión de subrayar y conminar a comenzar algo que tenemos que hacer por contingencia y placer, por exigencias de las horas y del paladeo. Cuando Alberto Olaya se hacía lento y parecía retroceder, en el desayuno, frente al jugo de zanahoria y toronja, más cargado del rosado insípido que del amarillo convidante, Rialta, con fingida gravedad, exclamaba, haciendo un gesto de llevarse a la boca el vaso sudado por la frigidez: —*Do you wan't to play the organ, Mister Albert.* La misma Señora Augusta le rendía culto a la frasecita, y para iniciar el contrapunto del macramé o del tunecino, y evitar un comienzo de labores demasiado rígido, prefería sonriéndose recordar la burla que se había apoderado de toda la familia y volviéndose hacia Rialta le indicaba que si fuera su gusto podían comenzar a despertar las primeras notas del órgano.

José Cemí había oído de niño a la Señora Augusta, o a Rialta, o a su tía Guillermina, decir cuando quería colocar algún suceso en un tiempo remoto y en un lugar lejano, como si aludiesen a la Orplid o a la Atlántida, o como los griegos del período pericleo hablaban de *la lejana Samos*, comentar cosas de *cuando la emigración*, o *allá en Jacksonville*. Era una fórmula para despertar la

imaginación familiar, o esa condición de arca de la alianza resistente en el tiempo, que se apodera de la familia, cuando conservando su unidad de cercanía, se ve obligada a anclar en otra perspectiva, que viene como a tornar en mágica esa unidad familiar, rodeada de una diversidad que tocan como desconocidas sus miradas. Hablar *de aquellas Navidades en Jacksonville*, era hablar de la Navidad única, desventurada, escarchada, terrible, pero acompañada de rebrillos, llegadas indescifrables, manjares encantados, cobrando la familia el misterioso calor bíblico de sentirse asediada por todos sus bastiones y torres. Pero esperando la llegada, que sucediese algo, un ópalo frío y errante surcando con su variada cola de avisos.

Otra frase que tenía como un relieve druídico, la más intocable lejanía familiar, donde los rostros se desvanecían como si los viésemos por debajo del mar, o siempre inconclusos y comenzantes; cuando se aludía a la madre de la Señora Augusta, a la abuela Cambita, Doña Carmen Alate, se trazaba entonces el Ponto Euxino de la extensión familiar, y cuando se decía que era hija de un oidor de la Audiencia de Puerto Rico, era esa palabra de *oidor*, oída y saboreada por José Cemí como la clave imposible de un mundo desconocido, que recordaba el rostro en piedra, en el Palazzo Capitolino, de la Emperatriz Plotina, donde la capilla rocosa que forma la nariz, al descascararse causa la impresión de un rostro egipcio de la era Dypilon, que al irle arrancando las cintas de lino va mostrando la conservación juvenil de la piel, dándonos un nuevo efecto donde el tiempo interviene como un artífice preciso pero ciego, anulando las primeras calidades buscadas por el artista y añadiéndoles otras que serían capaces de humillar a ese mismo artista al plantear la nueva solución de un rostro en piedra que él no pudo ni siquiera entrever. Nos parece que ahí el tiempo se burla del tiempo, pues al lanzarse ferozmente sobre aquel rostro de piedra, y obtener su primera momentánea victoria al descascarar la nariz, reaparece esa misma nariz, rimando o dialogando con el rostro que ha permanecido inmutable. Así, esa palabra *oidor*, marcaba un confín, el límite de la familia donde ya no se podían establecer más precisiones en sangre y apellidos, pero llenado al mismo tiempo esa línea del horizonte de delfines y salmones griegos, de tortugas trasladando lotos, como aparecen en las mitologías hindús. De tal manera, que cuando saltaba en las conversaciones familiares, la frase *la hija del oidor*, cobraba Doña Cambita la presencia de una divinidad dual, una de cuyas apariciones era vieja y sarmentosa, apenas reconstruible, y en su reverso, el de una doncella, que habiendo estado en el desierto, reaparece surgiendo del bosque acompañada por un doncel secularmente dormido en sus brazos y un antílope

sobresaltado, que mira con incesante desconfianza al cachazudo rey que se adelanta para abrazar a su hija.

Cuando Andrés Olaya atravesó el patio de su nueva casa en Jacksonville, le sorprendió con algún borde hundido y sus incrustaciones saltadas, el atril de su hijo Andresito, que le había regalado para sus estudios de violín. Le rodearon sus hijas exclamando: —Papá, Andresito se encierra en el cuarto de la azotea, donde usted le dijo que estudiara el violín, pero nosotras nos asomamos por las persianas, y todas lo vimos que estaba fumando; nos llamó Mamá para que nos despidiéramos de Florita, que nos había visitado, y después de un rato volvimos a asomarnos, y estaba fumando otro cigarro. Le dice a Mamá que estudia, pero lo que hace es fumar un cigarro tras otro. El otro día le dio una fatiga de tanto fumar, y tuvo que lavarse varias veces la cara con agua fría. Al subir la escalera, riéndose invisiblemente, recordaba el día que había llevado a su primer hijo a ver al maestro italiano de violín, el profesor Algaci, quien le pasó varias veces la mano por la frente, diciendo que estaba en edad de comenzar sus estudios. Y después, había recorrido las casas de música de Jacksonville, buscando un atril y las partituras de estudio, pues el violín se lo había regalado su abuela la Vieja Padilla. Habían conseguido un atril de madera negra muy pulimentada, con ingenuos relieves en marfil de signos musicales y espirales. Cuando se encontró frente al joven músico le dijo: —Cuando creía que estabas ejercitando algún Tschaikowsky, o mejor algún Brahms, me sorprende un ruido, que no debe estar seguramente en la partitura, y veo el atril, liberado de su abundante carga de sonidos, reventando casi en el patio y a tus hermanas corriendo, como si el atril se hubiese convertido en un petardo bengalí. —Añadió esa rápida broma, pues sabía que su hijo era muy quisquilloso, y que si le daba tono de reconvención a sus palabras estaría después muchos días enfurruñado y sin hablar—. Sí, padre, estaba fumando, no se lo negaré, pero Rialta y Guillermina se lo han dicho, porque Alberto y yo, las hemos sorprendido que van a casa de la Señora Florita, se esconden por las tardes detrás de la perrera, y con Flery se ponen a jugar a las barajas, apostando piedrecitas labradas en la playa.

Conversaron un rato más, el hijo mostrando su extrañeza, estaba convencido de que el gran mérito de Brahms consistía en los dominios de la cuerda, donde se había separado radicalmente del tratamiento beethoveniano, lo que le daba gran importancia dentro de su época; se extrañaba, repetimos, de que Brahms, hubiese trabajado sobre motivos de Paganini. —Sabía ocultar admirablemente su aprendizaje; le contestó Andrés Olaya, el día antes de un concierto, los que lo espiaban, pues no querían resignarse a la fácil solución de que su arte fuera infuso, lo veían en su cuarto de hotel, extenderse

voluptuosamente y dormir casi todo el día. También tú, —continuó muy amistosamente, variando de tono—, no quieres tal vez revelar que tu arte es infuso, y cuando sientes a tus hermanas vigilándote detrás de las persianas, comienzas a quemar cigarrillos en cántico a tus diosillos. Se despidieron, bajó aún las escaleras con juvenil ligereza, y ya veía que se le acercaban sus hijas cuchicheando, destacándose la seda blanca de Rialta con esferitas rojo mamey.

Cuando atravesaba de nuevo el patio, de donde la aguda interpretación del instante de la Señora Augusta había retirado el atril, lo rodearon sus hijas, que parecían haber aguardado como hilanderas submarinas detrás de un cristal, el resultado de aquella entrevista que ellas parecían haber gustado como tormentosa. —Cuando las muchachas se esconden, dijo Andrés Olaya, para jugar a las barajas, están velando al príncipe usurpador, disfrazado de bufón, que se acaba de ahorcar. Remató su frase en espesura baritonal, fingiendo el dramatismo, en realidad, mientras bajaba la escalera se encontraba indeciso de la efectividad verbal de lo que iba a decir, manteniendo sus dudas peldaño tras peldaño, pero al ver a sus hijas que lo rodeaban, había salido del paso lanzando esa hirsuta y sombría sentencia. —Oh, oh, padre, nosotros no podíamos saber eso, pero qué tan cerca de nosotros esté un muchacho muerto, —y salieron corriendo por distintas puertas, coincidiendo de nuevo en abrazarse a la degustada sombra de la Señora Augusta.

Muy joven Andrés Olaya, al quedar huérfano de padre, había comenzado a trabajar con el millonario Elpidio Michelena, casado con Juana Blagallo, obesa, Excelentísima Señora, y con la cara cruzada por despertados zigzagüeos nerviosos. Saludaba siempre muy de prisa, como si la indiferencia le obnubilase el campo óptico, lo que ella consideraba una muestra bien visible de su refinamiento. Había sido recomendado al matrimonio Michelena por un primo suyo, que mostraba una progresiva riqueza en Cienfuegos. Así, Andrés Olaya, era pariente joven, y como tal podía ser tratado sin excesivos miramientos, y como secretario acucioso apuntalando los olvidos, errores o momentáneas torpezas del Señor Michelena, y como al mismo tiempo comía y dormía en la casa, era utilizado por el matrimonio como una prolongación de ellos mismos, y era su función de más caricia y cariño en su familia. Desde su primer día de labor había sido sentado en la mesa mayor y a la misma hora que comían los señores, pero su deslustrada y usada indumentaria había tenido reojos y risas ocultas del resto de la servidumbre. Un día que esforzadamente disimulaba su apetencia, notó que el chinito que servía manejaba el estilo ruso de repartos de delicia con una grave irregularidad para él. Pasaba las bandejas, cargadas de venecianos ofrecimientos, con excesiva velocidad que recortaba su tiempo traslaticio de bandejas de ajenias de viandas a plato de propias divisiones

de incorporamientos de alones de aves de ligeras quillas, o vaporesos pechugones de adormecidas aves de río. Y como Andrés Olaya aún de muy joven era muy lento, le irritaba esa brevedad en el tiempo traslativo del grosero y malintencionado chino servicial. En un final de mesa, cuando pensaba hincar su sueño de insistir en la doradilla de un buñuelo de oro, regado con rocío de mieles mantuanas, el chino antojadizo y tornasol, horrababa su requiebro y se perdía con la venusina dulcera en la cocina. Le pareció oír en esa ocasión, que se tornaba visible la intraducible intención búdica del servidor y la risotada placentemente desembarcada del murciano cocinero. La lentitud con que se había limpiado con la servilleta los labios, parecía hacer imposible la siguiente fulmínea escena. Se habían alejado el Señor Michelena y Doña Juana, según su costumbre después de la comida, hacia las piezas donde se retocaban para reaparecer en la saleta y conversar con Andresito, como ya ellos lo llamaban. Se le prendió, como un gato que se despierta para ejercitar una pesadilla, del antebrazo del chinito, y con la mano derecha amenazaba con buscarle la mejilla disecada y paliducha. El chinito repetía con sílabas claudicantes: —Yo no tengo la culpa, Manuel, el cocinero, me manda que lo haga, para que tú comas con nosotros. Soltó al chino, pues al oír esas palabras se le tornaba ineficaz para su indignación, y se dirigió a la cocina con una elasticidad furiosa que lo hacía casi desconocido. Al llegar a la cocina, el pringoso adormilado Manuel, con el chaleco desabrochado y sucio, oyó el manotazo que Andrés Olaya pegaba en la marmórea repisa, donde él desjarretaba y limpiaba de nervios la colchosa filetada, amenazando con lanzarle la sopera, con escorpiones copiados de lejanos diseños del Palissy, al rostro, mientras Manuel enarcano el brazo derecho a modo del escudo de Tersites, trataba de guarecerse con posturas innobles. En esos momentos irrumpió el Señor Michelena, mirando la picaresca escenografía que se había articulado y preguntaba qué sucedía. Andrés Olaya, mirándolo fijamente para intuir su actitud y simpatía por los bandos, le dijo: —Estos cachirulos, el suspirante chinito y el español panzón, se creen que yo tengo que ser igual a ellos, y he tratado de demostrarles rápidamente su grosera equivocación—. Con cariño no acostumbrado en él, el Señor Michelena le puso la mano en el hombro para apaciguarlo y lo llevó a la sala donde ya se encontraba Juana Blagalló abanicándose con la sobriedad de una florentina clásica.

—Andresito, dijo el Señor Michelena, procurando con el diminutivo demostrarle que tomaba decisivamente partido por su bando, a pesar de toda nuestra riqueza, Juana y yo estamos siempre muy tristes, nos vamos poniendo los dos en años mayores y todavía no tenemos hijos. En los últimos meses rogamos a la Virgen de la Caridad nos regale lo que tanto anhelamos, pues ¿a quién sino al

orden de la Caridad, fundamento de toda nuestra religión, se le puede rogar la sobreabundancia? Pero ahora te suplicamos que también tú nos acompañes en nuestras solicitudes. En alta voz, frente al pequeño altar de la Caridad que tenemos en la sala, vamos haciendo las invocaciones, reiterándonos hasta el abandono por el sueño o el desmayo. Lo tomó de la mano y arrodillándose él y la Señora Blagalló en un reclinatorio, y el ascendido joven secretario en un cárdeno cojín, comenzaron a levantar el ruego:

*Virgen de la Caridad, de la Caridad,
dadnos la fecundada, oh fecundidad.*

Transcurrieron algunos meses en que se iba adormeciendo musitando aún el rezo. El Señor Michelena comenzó a beneficiar en algunos de sus negocios al joven Andrés Olaya, otorgándole especiales dividendos. Se encontraba en el hotel *El Louvre*, pues en Matanzas tenía el Señor Michelena numerosas fincas y acciones en los ferrocarriles, cuando el joven de la carpeta con cínica indiscreción le empezó a hacer comentarios de las visitas anteriores de su Señor, de las iluminaciones y juegos en una de sus fincas, y de la suerte, piel y cabellera de la mujer que daba uña en aquellos rasgueos y escrituras fiesteras.

La casa, en el centro de la finca, tenía todas sus piezas con una goterosa iluminación. El exceso de la luz la tornaba en líquida, dándole a los alrededores de la casa la sorpresa de corrientes marinas. En la casa estaba la afiebrada pareja y la irreconocible Ysolda comenzó a levantar la voz hasta las posibilidades hilozoístas del canto. Dentro estaban el Señor Michelena, dándole vuelta a la champañizada vírgula de la copa, y la mujer que lo rozaba, volvía apenas, desperezaba su lomo de algas, y se desenderaba después, sin poder precisar en qué cuadrado del tablero comenzaría a cantar. A veces, la voz desprendida del cuerpo, evaporada lentamente, se reconocía en torno a las lámparas o al ruido del agua en los tejados, mientras el cuerpo se hacía más duro al liberarse de aquellas sutilezas y corrientes lunares. Se entreabrió la puerta, y apareció amoratada, en reverso, chillante, la mujer que despaciosamente abría y alineaba la boca como extraída de la resistencia líquida, con las pequeñas escamas que le regalaba el sudor caricioso. Desde la puerta al inicio de la escalera, situada frente a la granja ondulante por los sombreros de la luz y los carnosos fantasmas asistentes, sólo entreabría su boquilla dentro del sueño golpeada, con nuevos músculos para el pegote de arcilla. Frente a la casa de druidicas sospechas lunares y con sayas dejadas por las estinfálidas, sentado en una mecedora de piedra de raspado madreporario, el chinito de los rápidos buñuelos de oro, envuelto en el lino apotrocaico, se movía oseamente dentro de aquella

casona de piedra y el lino agrandado por el brisote de cordonazo. Desde el hastío que le regalaba el huevo de cristal sobrante, hacía el batutín delicadísimo del ceremonial, bien llevando el sueño de antílopes y candelabros frontales hasta el hojoso cenicero de la mano derecha, o bien subiendo los canutillos de una pierna hasta el asiento, decidido a resistir los salientes nocturnos detrás del entrecruzamiento de la osteina instrumental. Su hastío de rectoría dirigía como una mano serpiente que pudiera sacar cualquiera de las piezas charlatanas, inoportunas e intemporales, y colocarla de la otra parte del río, donde ya no se podía divisar ni entonar entre dientes, guitarra que ya no podrán trasvasar las cabelleras y que puntea y alarga la garganta para el remolino de la puerta del este. Pero desdeñando el largo bastonete de Lully para marcar entradas y salidas, en la inspección secular del crecimiento vegetativo, oía por dentro a la excepción de la ley del remolino devorada por el crecimiento de las mareas en la desolación pianística del lunes.

La mujer boqueante empezó a rodar la escalera que separaba la casa de la yerbillá a ras de boca y escondrijo de los hurones. La piel se le había doblado, cosido y encerrado, como para hacerse resistente a los batazos que por la borda le pegaban los marineros de la Cruz del Sur. La nariz hundida por el tabique se le hacía más lastimosa que oliscosa, acercándose a los gruesos cristales con la protuberancia de dos mamas alzadas hasta la nariz, y donde con riego de llanto parecía ocultar un bultejo que se aprestaba a defender con llanto y ronda de entreolas. La circulización barbada, pues un semicírculo sudado de yerbazales de agua le llevaba el mentón deglutido, hacía rechazable aquel llanto, pues tan pronto había sido trocado en acitado monstruo de los peldaños, que no se le creía monstruo blando, de cañas llanteras y deshuesadas. El nuevo manatí sonaba de peldaño en gualdrapa funeral, y los esfuerzos que hacía para ganar el oleaje de los yerbazales le daba nuevos reflejos que se incrustaban por los palos que le daban por la borda y su hociquito se compungía, achicaba su círculo de rorro y ganaba la posición ladeada. La casa goterón se apagó y el bosque comenzó, aprovechándose de las lunaciones del cabrito y de la aguja, la zambra lenta, encalada, de las reproducciones que necesitan del rocío. Ya el manatí había ganado la yerba, y moviendo las guarnecidas aletas pectorales, se dirigía a la silla de piedra, arrastrándose con la deslizada facilidad que le daba su piel aceitada, pero el chinito que traqueteaba los huesos de la pierna en la casona de piedra, hacía calmosos gestos de rechazo y musitaba sentencias borrosas, apenas reconocibles al colgarse del ramaje o soplar en una imantación circular.

—Aquí nos estamos mirando, decía Buñuelo de oro, pero el vegetal se pica cuando lo mira fijamente el gato montés; ahora los cocoteros ayudarán a fortalecer la piel aceitada del manatí, y los

palos que recibe contribuyen a darle el cuerpo a esa funda que se escapa. Los halcones blancos se reproducen mirándose sin volver los ojos hacia atrás. Nubes Precipitadas tropiezan con el árbol, que va desanillándose, adquiere la longura de su carnosa verticalidad, y al despedirse por la cabellera suelta el azar de sus futuras figuraciones. Nubes Precipitadas aliadas con Apresurado Lento precisa las evaporaciones que olfatea desde las antípodas el halcón blanco. Existe la reproducción por la mirada y por el grito. El cocotero tiene la mirada espejo que reproduce al hundirse el dedo en sus ondulaciones dictadas por el azar. Dos Reverencias se asombra del grito de un insecto, otro responde al dictico de frente blanca, y después tiene que cuidar las larvas asesinadas por la mano sumergida en el río. Empieza la terrible discusión de Dos Reverencias con Nubes Presurosas y Apresurado Lento, sobre el dejarse atrapar del Nusimbalta, caminando hacia atrás sin mirarlo, se logra hasta cruzarle un ala sobre otra. Llega Quieto Presuroso y comienza a burlarse de la mirada y del burgomaestre halcón blanco, pues el grito puede reproducir por conjugación de los distintos. Dos Reverencias protesta del grito puesto al lado de la mirada, pero si se le habla de la lentitud sexual de la conjugación, penetra contentado en la dinastía de los dragones azules.

Doradilla Rápida o Pasa Fuente Veloz, seguía traqueteándose en la silla madreporaria, y haciéndoles señas y sentencias al manatí apaleado para que no se acercase. En el bosque correspondía al costado izquierdo, el árbol de Hanga Songa, que proyecta sombra hacia arriba, y que sólo se reproduce cuando la tercera luna del otoño contempla el cautiverio de los guerreros, teniendo que ser velado por seis Nictimenes que le daban inapagable rotatorio. El manatí boquerón se dirigía gimiendo al custodiado árbol, pero las seis figuras rompían momentáneamente su círculo, se abrían en espiral, comenzaban a llorar, guardando la distancia del espejo corteza para mantener la borrosa imagen. Estiraba aún más las pectorales el gimiente carnoso manatí, pero entonces las Nictimenes alzaban su vuelo silencioso, con caras sombreadas por el pelo baba amatista, más silenciosas que la noche entrecruzada de silencios, más pesados que Nubes Precipitadas en lo alto del cocotero, vuelo de silencios de aceite planisferio, pisados silencios de pie plano. Llegaron con su vuelo inaudible al espejo corteza, donde el cuerpo al tocar su imagen se volcó más allá del espejo, allí la doble columna de aire, el cuerpo que penetra por la derecha y sale en imagen de puerta de batidas bisagras por la izquierda, la llorosa máscara de yeso rebotada en el travesaño, y el cuerpo del ojo derecho devolviendo la imagen del ojo izquierdo, se limitan a repetir el juego de los dos espejos, apoderándose de nuevo del silencio arenoso sobre sus propias huellas. Giraban entonces las Nictimenes en sentido

contrario al de las agujas del reloj, hasta que el manatí, cruzados los pectorales, dejaba ya de mirarlas.

Buñuelo de Oro o Bandeja Saltamontes, se irritaba de aquella rueda silenciosa y lenta y aceitosamente sudada, comenzando a subrayar el gesto por encima de Dos Reverencias y su procesional de sentencias. Forma de Lluvia, Forma de Nube, Forma de Madera, tiempo entrecruzado horizontal vertical, y tiempo ya hecho por el hombre. Forma del tiempo vertical que se entierra, forma adquirida sobre la fuga y forma que utiliza al hombre como intermedio, borrarlo después. El peto de la tortuga y las armas de Aquiles sobrepesan, por eso me agrada más ver la cuarta forma deshecha y reapareciendo en la noche del pájaro que no se mueve, porque si no la sombra le sobreviviría como cuerpo y entintaría el muro con las huellas de la tiza. Ahora vemos la lucha corriendo por el espejo. ¿Saldrá más deprisa que su imagen? ¿Se enredará en la doble columna de aire? El lunar del conejo es su vida en la nieve, si no lo homogéneo lo destruiría, como el nacimiento de una fuente de agua en el fondo marino o la gota de agua rodando dentro del cristal de cuarzo. Ese lunar del conejo en la nieve lo hace visible para los demás conejos y lo disfraza de conejo para el perseguidor. El lunar y el hálito del conejo suprimen la nieve por contracción de su cauce, por las severas leyes de la cristalización exáedrica. El prehálito y el ultracaos unen la sombra hacia arriba del Hanga Songa; el conejo con lunar, enloquecido en el espejo por la lucha con el punto que vuela, y la sombra inmóvil de la golondrina, enredándose en la doble columna de aire, con sobrante de la máscara de yeso deslenguada en el travesaño, saliendo sin imagen por la izquierda del espejo, cuando la corteza espejo muestra rostro por escudete imbricado y cuello de pájaro por sombra inmóvil.

Después de la ronda de las Nictimenes, habían elaborado los fieros un árbol muy ancho de tronco, simulacro de papel transparente con ventanas para los cardinales, donde iban llegando los músicos del cuarteto, cada uno en disfraz diferente. Joan Albayat, venía tocado de joveneto que oficia de vidriero pero planea de clarinetista de escuela francesa, su traje era de oficial de Postdan, pero con divertimentos de medianoche tenía el casaquín lleno de los signos del Concierto para clarinete, de Mozart. Había pasado de Montserrat a Lyon, de Lyon a la Habana del General Serrano, y al quedar incompleta la orquesta se aposentó en Matanzas, para soplar en las llamadas de ocasión. Y Luis Mendil que rascaba el violín de amor, era un mestizo en octavo muy frotado con ceniza, que tocaba su disfraz de guardia polaca. Correajes abundosos y lanuda torrecilla sobre su cabeza, aseguraban su condición de blande lanza. Su bisabuelo había rizado a Sir George Pocock, en sus días de guardián de límites matanceros, consiguiendo desprecios y una regalada

propiedad, es decir, siendo palmeado por todos y acompañándole hasta su casa riéndole los perfumes y aprobándole la tibieza de sus tenacillas. La descendencia, flordelisada por la brisa yumurina, se había especializado en instrumentos de tripas y empanadillas de viento. En su juventud, cuando había tenido que escoger entre el violín de amor y el fogón de refisto, había surgido Ysolda. Los otros dos musiquillos que pasaban al árbol, estando disfrazados de melonero de la Villa Briolle y de volatinero argelino, ininteresaban. La Ysolda había sido traída del sur hispalense por Albayat, pero Mendil tenía un vigor natural y cazurro, corriendo tan sólo como la fuerza muscular somnifera de la serpiente, y la trasladó de vivienda, quedándose el Albayat con venganza cimarrona, y el Mendil con busto prendido y siestas. Pero el octavón tedioso le dejaba sus escapadas, y las aprovechaba para repasar a gusto una Misa a la Caridad, de Esteban de Salas, y se iba de nuevo al mar oliváceo del Albayat para recomtar más que para avivar el vino. Se desesperaba Elpidio Michelena, sin saber donde depositar sus celos, pues Ysolda cambiaba de caprípedo en estación indefinida. Giraba con desiguales pucheros Ysolda, manatí, mirando con ojos frugívoros a los músicos acampando, estirando de tal modo los pectorales, que parecía que iba a cascar sus reflejos como láminas. Pasa Fuente Veloz, comenzó de nuevo a soplar entre sus dientes sentencias lentísimas, con nueva pinta, pues el desfile de disfraces le había transparentado los símbolos. Enfatizaba más, y a su habitual traqueteo de huesos en la agrandada silla de piedra, añadía ahora unos cordeles que se los pasaba por los dedos, tejiendo como figuras de gruta, así esbozaba el candelabro, la cama o el dromedario: —¿Acaso no se realiza el cuerpo en el imperio, y hasta ese momento es temperamento o corrupción? El disfrazado de clarinetista de Postdan pasaba dejando que la noche lo extrajese de su disfraz, para ceñirse el otro disfraz: el tronco ancho de ventanas cardinales, levantando el proverbio del árbol musicado. La visión del remolino, el grito como fuente de reproducción y el escarbar los maizales con el bastón lanza, pues entonces pasaba el disfrazado de lanzón polaco, cambiaba Buñuelo de Oro la suerte de sus cordeles, y remontaba otra vez: —Para no perderse en la curva hay que dibujar el arco, pero hay que pensar también en Descartes escondido en Amsterdam, pues cuando el sabio dice sus cosas más claras debe estar escondido, estar escondido con los tres proverbios. El dibujo del arco y el cuerpo en el imperio, pero la mujer hace bizquear al garzón de Ceres, repartiendo las semillas. El flanco del ojo crea la sombra del campo visual cuando recepta la inmóvil golondrina. Y así, burlescamente, entrelazando cordeles y sentencias, Bandeja Saltamontes no perdía de vista el hociquillo del manatí, pero la yerbilla estaba muy adherida a la tierra pedregosa y el manatí desfallecía lloricón.

Pasa Fuente Veloz parecía dominar el secreto de la fiesta. Cambiaba de posición en la silla de piedra y hacía sus juegos de cordeles en una brisada somnolencia. Caminaban sus sílabas dentro del humo como espirales que retomaba de nuevo con el flanco del ojo. Lentamente había adivinado que el manatí esperaba la salida de los músicos para mover su definitiva trampa. Ysolda, manatí, que antes se dirigía gimiendo a la silla de piedra, había girado en tal forma que su hociquillo empuntaba la casa arborecente de los músicos. Ahora las sentencias de Pasa Fuente Veloz formaban parte de tan bastos y alejados sistemas, de tan inapresable causalidad, que sólo podían percibirse chispas agonizantes de una hoguera hiperbórea. El mechón caído en la barca, decía ladeándose, caminando hacia el manatí, preparando sus juegos de cordeles para enrollarlo, como si aludiera a un misterio tan anterior a él, que sólo fuese oído como un silbido de la granja vecina. —Teme a ese funcionario, —volvía a decir, temblando, como si el rocío le penetrase por los poros, regido por las ordenanzas del clarinetista francés. Empezó a amarrar al manatí, dificultándose por los saltitos que daba y la peligrosa vibración de su cuerpo al gemir aceitado. Las campanillas de sus caballos tintinean armoniosamente, decía, mientras una rama de ruda al alejarse lo hacía más pálido. Con sus manos parecía separar un ramaje, que volvía para pegarle por todo el cuerpo, ocupando de nuevo su sitio como una guardia polaca húmeda y humosa. Las campanillas estallaban en su colorinesca vestidura, se frotaba las cejas para que la lluvia no lo cegara, y luego cogía cada una de aquellas campanillas y las soplabla hasta el espacio vacío de Dos Reverencias. Después de haber acordelado el manatí, arrastrándolo hacia el árbol entre la silla de piedra y la casa apagada, comenzó a izarlo, traqueteándole tanto los huesos como las protestas catarrosas de la roldana. Si el lago no es semicircular no se recogen algas, decía, más por la costumbre verbal que por la preocupación audible nocturna. Recientemete, oidme bien, no hagan ruido, recientemente... contempló izado el manatí y dejó sin terminar la sentencia, dirigiéndose a la casa oscurecida, de puertas cruzadas. Vacilaba en sus traspies, y comenzó a golpear la puerta, saltando del bosque a la casa, golpeando la puerta con ramos de ruda. Las Nictimenes, silenciosas, sin enemistarse con el agua espesa de la noche, rompieron su ronda, dirigiéndose en procesional algodonoso, a la carne izada del manatí. Buñuelo de Oro, seguía poseso golpeando la puerta silenciosa, chorreando agua escurridiza, huída para golpear por dentro, retomando el eco la casa, que se sentía trasladar a Nubes Precipitadas. Mordían las Nictimenes la carne del manatí, dejando caer pedazos que hacían más lentos sus reflejos, apartándose una de ellas, llorosa, la más vieja, para cubrir el fragmento aceitado, resbalando tiernamente sobre él, poniendo el peso de su ala sobre

aquella deshecha vibración, adormeciéndose. Bandeja Saltamontes, con el puño crispado aún seguía golpeando la puerta, hasta que se hundió en la madera ablandada por la lluvia, se hundió también hasta el sueño claveteado, peldaño tras niebla, niebla tras el peldaño que falta.

Elpidio Michelena hacía días que había regresado a Matanzas, donde Andrés Olaya le llevaba la noticia de que la Señora Juana Blagalló lo esperaba de nuevo, con paritorio de Géminis, y con la alegría de que podría poblar el mundo de nuevo, pues tenía la pareja. Lo orgiástico había llevado al Señor Michelena a la fecundidad, pero también a la ruina. Dividendos y pagarés iban beneficiando a Andrés Olaya, que se enriquecía al tiempo que aumentaba con robusta sencillez su prole. Pero el separatismo virulento de la Vieja Padilla, el recuerdo de la pobreza en la adolescencia, el maltrato y ciertas formas innatas del señorío que lo llevaban a no subordinarse, lo hicieron trasladarse como emigrado a Jacksonville. La imaginación familiar con esas emigraciones, que siempre estaban como al acecho, cobraba así una especie de terror disfrazado, de bienandanzas disfrutadas en el desarraigo. Cada una de esas emigraciones que habían azotado a la familia, serían pagadas con el terror soterrado de algunos de sus miembros que se habían quedado como fantasmas encadenados por su desaparición en tierra no reconocida.

Don Belarmino, alzando su bufanda para tibir su aterida garganta, caminaba hacia la casa de la Señora Augusta, para convenecerla, por eso lo habían comisionado a él, de que su hijo Andresito participase en la tómbola próxima de los emigrados con algún *numero* de violín. Era el término que él empleaba al tiempo de alzar su bufanda y frotarse las manos. —Señora Augusta, comenzaba su ruego, levantando los ojos del suelo y empezando a hablar como si buscase las palabras, qué bien estaría que en la próxima fiesta que damos los emigrados, Andresito nos diese un Tchakoswsky o un Paganini; a sus quince años todo quedaría como una *interpretación*, y además le daría muy buen tono a la fiesta que el hijo de Don Andrés, con su criollo arco largo, demorándose en la languidez de las *roulats*, nos revelase el nomadismo, la libertad, en suma, —decía el viejito en el ápice de sus albricias—, del oriente europeo. Su violín, exagerando un poco la nota pudiéramos decir, que tendría la extraña necesidad de un samovar en aquella fiesta; parecerá raro, pero después todos se darán cuenta de que aquel violín estaba en su hogar y que había llegado en hora oportuna.

Florita se desesperaba, había llegado el momento de hacer las instalaciones de los farolillos y del gas central de la glorieta de su jardín, que preparaba para el día que su hija cumpliera doce años. El mecánico no aparecía, le había mandado varios recados a su

casa, pero siempre le contestaban lo mismo: —Había salido a la playa para pescar truchas regordetas, llevando la jaba repleta de galletas y jamonadas, como para no volver hasta la medianoche. Entonces se oyó la voz funeral, lamentosa, del organista Mister Frederick Squabs: —Mira, Florita, el mecánico es casi seguro que no regrese a su casa, es tenaz, y por esperar una trucha o una sencilla rabirrubia estaría una secularidad como uno de esos curas, según las leyendas en que creen ingenuamente los católicos, que se han quedado dormidos trescientos años, y al despertar se han encontrado las mismas cosas en los mismos lugares, tan solo que bruñidas por los ángeles. Rubricó con una carcajada, que le hacía temblar la garraspera bronquial que le daban los cigarrillos, y que parecía una tuba de su órgano con excesiva vibración y poco aire en el fuelle de pedal. —Mejor es, volvió a decir, ir a buscar a Carlitos, su ayudante, el hijo del lector de la tabaquería de la calle 25, que debe estar trabajando en la tómbola que preparan los emigrados para el mismo día que Flery cumple sus doce años. Hoy no haré los ejercicios de órgano, a pesar de que el domingo daré por vez primera una Cantata, de Vivaldi, pero, en fin, aunque la obra es difícil, sobre todo la tuba del registro *voz humana* en sol mayor es impresionantemente resistente a una ejecución que no sea muy tesonera y aplicada, improvisaré, añadió mintiendo, pues ya casi se sabía la obra de memoria, pero así tenía al alcance de la mano esa disculpa, de la que siempre su inseguridad necesitaba. —Apenas he podido estudiarla, le gustaba exclamar cuando terminaba su ejecución dominical —además de que no estoy en dedos, pero yo quería que ustedes la conocieran, pues tiene muchas más bellezas de las que una primera lectura puede ofrecer. Y los asistentes dominicales, indiferentes y ociosos, menudeaban sus reverencias y admiraciones, que su esposa recogía con fingida y operática sencillez pavonada.

Pero mire Don Belarmino, le agradezco que se haya recordado de Andresito, pero él es muy tímido y apenas se le busca corre como un conejo, enrojándosele los párpados, hay que tener con él cierta astucia indiferente, y entonces reaparece, se muestra mientras se le deja tranquilo y no lo sobresaltan de nuevo con demasiados aspavientos. Está haciendo su aprendizaje con continuidad sorprendente, y estudia todo el tiempo que sus hermanas no lo importunan mirándolo por las persianas. Lo que sí le molesta a su excesiva juventud, es sentirse observado, tomado por los otros, se sensibiliza casi hasta enfermarse cuando cobra conciencia de que es vigilado, seguido o interrumpido. Si le hablo de su gentilísima invitación, creo que le damos un susto, echará a correr, y después nos mirará durante cierto tiempo asombrado, como si nos reconociera un poco menos. Cada vez que con uno de esos sustos interrumpimos un aprendizaje, ya no sabemos en qué forma podrá restablecerse la continuidad o ar-

monía, o si, por el contrario, el interrumpido nos resulta indiscreto y se nos acostumbra a esos sustos, y empieza a proceder a saltos y en el propio impudor de lo fragmentario. No, Don Belarmino, añadió sonriéndose, para quitarle rotundidad a la negativa, —todavía Andresito debe mantener su violín en la sombra, en su cuarto de azotea, y todos debemos ayudarlo a fortalecer su miedo a la sala, que él debe suponer llena de melómanos y de amigos muy exigentes.

Soy muy insistente, dijo Don Belarmino, y volveré con el mismo ruego, buscando nuevas fuentes de convencimiento. Además creo que Don Andrés, quizás no fuese tan negativo como usted en lo que toca al aprendizaje y sus interrupciones. Pues interrumpir puede ser reparar, buscar por otros lados lo ya adquirido. En fin, sutilezaré mis argumentos en la próxima visita, y en la tómbola de los emigrados veremos al pequeño ponerse muy serio frente a su violín. Mis respetos, mis respetos, —y se inclinó en una alegre y matinal reverencia.

La presencia del organista en la casa de los preparativos de la tómbola, trajo reojos y monosílabos. Avanzaba, congelada ánima en pena, hundiendo un manojo de serpentinas, o sobresaltando a los obreros que redondeaban los ornamentos de las distintas piñatas. Su andar lentísimo parecía entrecortado por los martillazos y las cabezas de las tachuelas hundiéndose, ahogadas, en improvisados listones de madera. Preguntaba con voz ingurgitante por el mecánico y por Carlitos, y los obreros disimulando sus bromas le contestaban: —allá, allá en la barranca de todos—, recordando la estrofilia. Pudo averiguar que el mecánico no regresaría, pues los domingos se volvía extremadamente acucioso en la persecución de las truchas, y que Carlitos reaparecería en el atardecer, para terminar los barandales del elevador, cosa que debería hacer con cuidadoso detenimiento, pues los traslados de los visitantes tendrían que ser muy numerosos. Se retiró, sin poder disimular los castigos implacables a que su imaginación condenaría a los obreros que le habían hecho burlas y suministrados tan inacabados y decaídos informes.

Don Andrés volviéndose hacia Doña Augusta le decía: —A mí me parece que a la edad de Andresito, no es la forma artística y su doloroso aprendizaje, lo que nos debe preocupar. Hay a sus quince años como la primera prueba en relación con su mundo exterior, como recibir a los invitados nuestros, comer por primera vez en casa de un amigo, o esperar, como en la sala de concierto, una reacción multánime. Ver un desfile, una teoría de peces, como dirían los griegos, una multitud presentándose en su misteriosa unidad, o cualquier ceremonia en que ya se empieza a actuar con el otro yo colectivo, diríamos paradójicamente. El está demasiado encerrado, es huidizo, y cuando conoce a alguien, como para abandonar la imagen nueva que camina hacia él, se sobresalta, y qui-

siera tirarse al río para liberarse de ese fantasma invasor que lo ciñe. Tú hablabas de ese susto que lo hará interrumpir su aprendizaje, pero ese susto lo puede abrir, distender, y que sea por ahí por donde le penetre la nueva imagen y su viejo espejo—. Don Andrés había estado últimamente leyendo a los místicos alemanes medievales para conversar por la noche y contrarrestar la sombría teología de Mister Squabs, y así en él, la expresión *nueva imagen del mundo*, la sentía irónicamente como vivencia de *el sol, la luna, las estrellas y los demás seres*. Como si dijéramos, continuó burlescamente y dándole a comprender a la Señora Augusta, que intentaba remedar la expresión simbólica del organista, la imagen a caballo, dando tajos en el bosque del enemigo, llevándose a cada yo a su almena, y penetrando en él como el chisporroteo que prepara y hace visible el instante necesario de los dos círculos comunicantes. —Déjalo que vaya—, terminó, rogándole finamente a la Señora Augusta su consentimiento.

Al reaparecer de nuevo Mister Squabs en la casa granja de la próxima tómbola, los improvisados artesanos que gozaban por anticipado el festival, disimulaban y fingían sorderas ante los pasos campanadas y la volante amenaza de como comenzar los interrogatorios que traía el organista. Al fin, se encaró con el que dirigía aquellas obras, que voceaba y trataba de encubrir la tosquedad de los artesanos incipientes, y le preguntó por Carlitos con una risible sequedad, pues al hablar parecía que decapitaba cada palabra emitida. En la pieza pequeña que acompañaba a la sala mayor, los obreros que trepando las escaleras, y remedando la planchada verticalidad del organista, o devorando las sílabas como un fantasma que atrasa el reloj, se divertían con las nerviosas arribadas de Mister Squabs, al que le era imposible prescindir de la esencial importancia que le daba a todos sus actos. —Fiestas, fiestas, decía, al darse cuenta de las burlas y desdenes con que se le recibía, preparando siempre fiestas, como si la vida tuviese otro objeto que preparar en todos sus instantes la llegada, como decía Kierkegaard, la próxima venida de Cristo. Pero estos idiotas olvidan que la próxima visita no será para sacrificarse, sino como en la visión de Pascal, como triunfador, haciendo besar la cruz de su espada—. Al decirle que ya le habían pasado el recado a Carlitos y a la hora que podría pasar a recogerlo, se retiró, estirándose por la calleja su figura en tal forma que parecía como si después de lanzar a un farol su lazada, él mismo se ahorcase.

Don Belarmino, Don Belarmino, casi le gritaba la Señora Augusta, adelantándose al ceremonial de su saludo, puede usted anunciar a Andresito en el programa de la próxima tómbola. A mí me parece, dijo bajando la voz, que Andrés al dar su consentimiento, se deja influir por las conversaciones de sobremesa que mantiene

con Mister Squabs. Aunque él se burla del organista, todos los burlados, por una especie de venganza evangélica, ejercen una influencia decisiva y terrible sobre los burladores. Yo tengo un defecto de pronunciación, y lo tengo desde muy niña, cuando en compañía de mi pequeña hermana, nos burlábamos de los sonidos sibilantes de una graciosa cocinera nuestra. Cuando Mister Squabs habla de hacer visible la voluntad, y que ningún aprendizaje debe hacerse en el silencio del que espera, sino que es la acción la que logra su forma, y no la etapa última de la materia como creían los escolásticos, según le oía decir a mi tío el Padre Rosado, y ni siquiera la acción sobre el instrumento, sino la acción como acto inocente y salvaje—. Era en esos momentos de la discusión, cuando Don Belarmino, que también era discutidor, acogiendo a la autoridad de sus años exclamaba: bah, bah, tonterías, ganas de ensombrecer. En ese grado de la discusión, Mister Squabs, se embravecía al extremo de silenciarse en el resto de la velada, silencios que aprovechaba Don Andrés para brindarle al organista té con bizcochos, y a Don Belarmino una copa larga de oporto para que mojase sus lascas de piña.

Cuando el organista regresó buscando de nuevo, en la hora señalada a Carlitos, se abrían a su paso, evitando el saludo, obligándolo con esa actitud a que se dirigiera al capataz para sus reiteradas preguntas. Este se limitó a señalar el sitio donde trabajaba Carlitos, daba los últimos clavetazos a la plancha barandal del elevador. Entonces, no eran los elevadores cerrados, sino rodeados de unos barandales, daban más la sensación de *horror vacui*, de nauseas de aspirado vacío. El organista con sus manos crispadas, lo tomó nerviosamente por el brazo, diciéndole: —Esta es la tercera vez que te vengo a buscar, y ahora mismo te llevo a casa, para que arregles los faroles del jardín y el mechero de la glorietta. No te suelto, pues Florita está muy inquieta y cree que el éxito de la fiesta depende de la iluminación, pues sin eso cree que la casa lucirá tan sombría como las grutas del Fingal—. Carlitos lo siguió, los extremos de la plancha barandal, sin acabar de clavetearse, lucían inseguros.

Los pitos terminados en boca de tiburón; la maleza del guarapo, como un barroco crecimiento de la circulación linfática; el ala del yarey temblorosa como la hoja del algodón; las alegorías de las cajas del tabaco, con la imaginación del período María Cristina: una gran rueda de carreta homérica se recostaba en un trono, donde el rey esboza que se va a poner de pie para descender una cortina, tambaleándosele la corona. Poliedros de estalactita, extraídos de la maravilla del agua reduciendo a la tierra a su esqueleto de planeta frío, y que en las manos de los emigrados giraban, se desprendían, amenazaban. Andresito acababa de ejecutar un *passacaglia*

bachiano, lo habían aplaudido sin exceso, pero con respetuosa gravedad. Se alejaba después con disimulo, pues le molestaba recibir las destempladas felicitaciones de Don Belarmino, que se encontraba conversando con la Señora Augusta y su esposa, quien ahondaba en los méritos y precisiones de la ejecución, al tiempo que los padres de Andresito buscaban otros rápidos temas de conversación, pues habían sido educados en el pudor de no aludir a los méritos de los de su sangre, tradición cada día ¡ay! más perdida. Andresito fue con despreocupación de glorieta en glorieta, buscando a su hermano Alberto, el que estaba en el tercer piso en paso de galanteos y haciendo diabluras. El hastío lo llevó a fijarse en el elevador, todavía estaba un poco mareado e indeciso por lo reciente de la ejecución. Esperó una de las ascensiones en que hubiese menos público, pero después de tomada el elevador, se llenó de reidores de copas alzadas y de insoportables bromas de criollos fiesteros. La apretura de elevador lo llevó a recostarse en el barandal, una de cuyas planchas había quedado sin clavetear por los tirones del organista a Carlitos. En la pausa que se hizo en el segundo piso, miró en torno para ver si lograba entresacar a su hermano Alberto, pero fue inútil, se paseaba en el otro piso con los expedicionarios de la próxima invasión, que eran los más alegres y decidores. Preisionado por la carga, el elevador ascendía muy lentamente, y en el primer piso, riendo y palmoteando entraron aún más máscaras. De pronto, la plancha mal clavada por Carlitos, tironeado por el organista, cedió, y el coro prorrumpió en un grito salvaje, y después la fiesta se detuvo, y cuando la frágil figura con su smoking de ejecutante, quedó extendida en el suelo, y la sangre empezó, gota tras gota, a correrle por la boca, la antiestrofa que luchaba con los gritos del coro, impuso la maldición de su silencio. El coro volvió a levantarse lentamente: Es el hijo de Don Andrés, es su hijo ¿por qué tenía que ser el hijo de Don Andrés?

La fiesta en casa del organista consistía en parejas que llegaban, saludaban a Florita y Mister Squabs, y pasaban después al jardín-cillo, sorprendido de la nueva iluminación, pero la luz era fría y entresacaba a las parejas en moldes de yeso. Flery había alcanzado sus doce años, y sus padres lo proclamaban en sordina, haciendo que su hija se aburriese saludando de pareja en pareja, con monosílabos aprendidos y quedándose perpleja ante cualquier referencia que se hiciese a la alegría de su incipiencia. Los que habían hecho algunas copas, se endurecían más tratando de ocultarlo con un estilo rudimentario de embriaguez brusca y campestre. Otros caminaban con los pies enredados en el reloj, marcando los cuartos al encender un nuevo cigarrillo. La iluminación de la casa y el jardín remedaban una planicie donde las parejas al danzar se trocaban en árboles escarchados, y ya con la nueva perspectiva de la media-

noche parecían guardianes de las fronteras polares enfundados en sus trajes de lana blanca de una sola pieza. La luz blanqueaba a las parejas tan excesivamente, que aún los ceñidos de paños negros eran velones helados. Algunas parejas se acercaron a Florita elogiándole la iluminación, y Florita fingía estar alegre y Mister Squabs ni siquiera lo fingía y se hacía presagioso como un candelabro. La fingida alegría de Florita siempre ensombrecía aún más a Mister Squabs, pero éste ensombrecido se volvía dócil y obedecía las órdenes de su esposa, hasta que cesaba ese exceso de ensombrecimiento de su habitual dosis de sombras y entonces ni la miraba ni le contestaba. —Ve y busca a Carlitos, tráelo, repetía cada vez que una pareja la felicitaba por la iluminación, y Mister Squabs, cuya alta dosis de sombras era en ese momento el de una guarda doméstica, se puso en marcha. Esta vez sí encontró a Carlitos en su casa y lo tironeó por las callejas, y lo plantó en el centro de la fiesta, cayéndole encima las chispas de su propia iluminación, destacándose su contorno de criollo pálido y rifoso.

Ese día Flery tenía 12 años y Carlitos 18. Cuando la raptó, desapareciendo, sin que se supiese más nunca de él, tenían ya 15 y 21 años. En la estación de Pennsylvania dijeron que habían visto unas maletas con las mismas iniciales, pero no eran ellos; en San Francisco dijeron que habían visto una pareja parecida, pero no eran ellos; se apeaban y reían sombras en el cuarto vecino, pero no eran ellos. El domingo siguiente a su desaparición, Mister Squabs fue saludando a los fieles con la misma ceremonia fría con que lo había hecho durante veinte años. Cuando el templo quedó vacío siguió saludando a figuras inexistentes, inclinándose a su paso como para evitarles un tropiezo. Después, como si el aire estuviese lleno de tubas de órgano, comenzó a ejecutar en un instrumento que nadie veía. Su locura era correcta y ceremoniosa, excesos en los saludos y seguir saludando a las sombras hechas visibles. Iba después de casa en casa preguntando por Carlitos: ¿ustedes no lo han visto? decía con una aterradora cortesía, —estoy seguro que nadie lo ha visto pero volveré a preguntar por Carlitos y ya habrá regresado.

Alberto, el otro hijo de Don Andrés, había cambiado el atril, en el cuarto de Andresito, por los anteojos de batalla naval. Su ojo, ganada la ubicuidad de la perspectiva aérea, era por los muros una serpiente en punta de cola, y apuntaba después en la movable lámina de su cordaje nervioso, alfileres que pinchaban situaciones secretas. En la primera medianoche las casas adelantaban como navíos, y en las azoteas tenían lugar extraños abordajes de sonámbulos, antifaces y litores. Corría un farol como un insecto, y en la puerta húmeda, con paño signario a cuadros vivos, como valvas que esperan la marea baja de medianoche, las locetas crujientes sacudidas por los oídos. Una de esas locetas quedó escarbada por él, para con el

traspíes ganar el rostro. Raspada la tobillera, se le fue por la borda medio cuerpo, y con los ojos estirados veía que alguien abandonaba el puente de mando para precisar aquel indiscreto pez que raspaba la escotilla. Pero echando el acecho de un lebril fabricado por el deseo, en revuelta cíclica volvía para avanzar frenesí y cuidados hasta el paño de avisos. Con el violín de Andresito había improvisado una guitarra para acompañar los temblequos de la voz, y cuando en el reparto cíclico se acercaba el tiempo calmoso de las exigencias para el deseo, Alberto ciñendo con banales guitarreos las corcovas del navío nocturno comenzaba:

*Ya se aproxima la hora,
Ya se aproxima la hora,
en que la vaquita va al bacun.
Rasca
al matadero, al matadero.*

Levantaron los vecinos sus quejumbres muy cerca de la Señora Augusta, y Alberto el guitarrero, dueño del puente de mando nocturno, fue conminado por el tajamar de las ordenanzas de Don Andrés, a que abandonase a Jacksonville, regresando a La Habana Iba a servir de testimonio del ocultarse de ese extremo nudo de la imaginación de la familia, *la hija del oidor*, se extinguía entre una rara mudez y la aparición insinuante de dones de profecía y de burlas. Su muerte ocupa en la imaginación familiar la misma extensión terrible de las escarchadas nochebuenas de Jacksonville. Estuvo muchos meses muriendo dentro de la muerte, ganando el amarillo y la quietud meses antes de su traspaso, de tal manera que ganada totalmente por la vida vegetativa, la lentitud misteriosa de la circulación linfática y de la médula reaccionaban y aparecían, bien que con una rapidez y gravedad oracular, como en las leyendas de Pu Song, donde los árboles tienen savia de topacio ramas de brazo redondo y hojas de monedas. Ese día, *la hija del oidor*, la vieja Cambita, recibía la visita de su hijo. Su extensión corporal reproducía como un espejo corteza la imagen movable y cuando su hijo caminaba, la medusa medular se contraía y dilataba para fijar la imagen, la sombra, el eco apagado por una inmensa cascada de agua. La mano de su hijo, bambollero abogadillo de provincia, lucía un montante de escarabajo que escogitaba un diamante del tamaño de un garbanzo no remojado. Cruzando los brazos y descendiéndolo uno sobre otro en cruz, mientras su cuerpo permanecía delficamente inmutable, hizo signos que se pudieron interpretar como pidiendo para su índice el escarabajo triptolémico. Cuando ya ceñía el anillo, la linfa ordenó un ligero apresuramiento de su coloides, y la médula de saúco se

replegó para aplacar e incorporar aquel animalejo ciempies de chisporroteos. Ante el asombro del abogadillo, el diamante quedó sin retorno, pues el organismo vegetal se había replegado en una forma que sus hojas y escudetes se cerraron en espera de la próxima marea baja y del nuevo cabrito lunar. Al fin de los fines, donde saltaban los delfines adriáticos y las tortugas hindús, el ocaso imaginativo señalado por *la hija del oidor* se consumó, extinguiéndose entre los adormecimientos de la clorofila y las sutilezas del prehábito. Al llegar a la casa en los primeros ajetreos del velatorio el abogadillo se cruzó con Alberto, quien para desazonarlo le dijo que había sido imposible sacarle la sortija de los dedos torcidos. ¿Por qué, por qué no le cortaron el dedo? murmuró el abogadillo temblando.

—Coge puerquito, —le dijo Alberto, lanzando contra la irregular proyección estelar de su chaleco de fantasía, el escarabajo. Rebotó el montante de la joya, aplacándose, en la alfombrilla, y la saltada piedra cruzó errante hasta la esquina, sonriéndose.

CAPITULO V

El padre de José Cemí, a quien vimos en capítulos anteriores dentro de las ordenanzas y ceremoniales de su jerarquía de coronel, lo vamos a ir descubriendo en su niñez, hasta su encuentro con la familia de Rialta, su esposa, su alegre justificación y su claridad suficiente. Alcanzaba el coronel todavía el árbol universal en la última etapa feudal del matrimonio. Inmensas dinastías familiares entroncaban con el misterio sanguíneo y la evidencia espiritual de otras tribus. Es decir, el hermano de Rialta había sido su primer y más suscitante amigo. La madre de Rialta, la señora Augusta, era también un poco su madre, pues él era huérfano desde los diez años. Así las dos familias al entroncarse se perdían en ramificaciones infinitas, en dispersiones y reencuentros, donde coincidían la historia sagrada, la doméstica y las coordenadas de la imagen proyectadas a un ondulante destino.

En las conversaciones prolongadas de las comidas, José Eugenio Cemí, el futuro coronel, ahora en sus doce años, bromeaba con su tío, llegado del central «Resolución»; tosco, aunque bien plantado y con destempladas presunciones de guajiro tiposo hablador, aunque con abundoso riego de palatales trocadas en sílabas explosivas, en incorrectas divisiones de sílabas y en ingurgite de finales de palabras. A los pocos días de descubrir La Habana de 1902, y de haber

trepado como un feudal y orgulloso halcón, las más baratas y superiores localidades, para oír las arias de María Barrientos, decía más para demostrar su rauda incorporación de las modas de La Habana, que sus melindres ojizarcos en cosas de arte: *Es faccinante, sencillamente faccinante*. Y si alguien le argüía las fallas de la escuela española, *ese trágico si sostenuto*, como él decía, la suma de notas altas y agudas, pues la escuela española era la suma de la perenne agudeza italiana con la altitud de la española menos contaminada; la desconsideración para con la cuerda media, prefiriendo el registro alto a las seguridades clásicas de la imposta, como en la lección de piano de *El Barbero de Sevilla*, donde invariablemente María Barrientos, nos servía *el aria de la locura, de Lucía*, sus notas eran tan altas que llegaban casi a la estridencia que rompe el cristal, mientras descuidaba ese adormecimiento de la voz, esa errancia en la que el sonido debe de carecer de guarida y conocimiento, para refugiarse en una extensión sin nombre y sin humeo en sus moradas más lejanas: Todavía filibusterismo, decía, eso ya está anacrónico, hay que dedicarse a otras cosas y sobre todo a trabajar. Cojan la voz en estado puro—continuaba—, y gócenla sin adormecimientos ni clarines de degüellos. A trabajar y a oír buenas voces, magnífica divisa—terminaba exaltándose y liberando su rusticidad bien visible de recién arribado a La Habana.

Como el dinero de José Eugenio, aún de doce años, y el de sus tres hermanas en edades que fluctuaban ente los diez y los quince años, era el único que entraba en la casa, le daba cierta improvisada e insolente superioridad, de la que muy pocas veces se aprovechaba, marcando a veces esa superioridad más por sobresaltada euforia, por las excepciones y rupturas propias de su edad, que por sentirse dueño de las llaves de la economía familiar. Se habían quedado solos después de la sobremesa, José Eugenio y su tío Luis Ruda. Después de los alardes de conocimientos cantabile del tío Luis, el infante sintió acrecida su voluntad de humillarlo, de llevarlo otra vez a los límites bien visibles de su rusticatio: —Si pronuncias bien la palabra reloj, —y subrayó el detonante ruido gutural—, te regalo el que yo estoy usando, pues pienso comprarme otro. Te lo regalo para que después de la ópera, no te demores tanto en llegar a casa y despiertes a los que estamos disfrutando de este diciembre de maravillas. Enseñó sus dientes el tío Luis, como un equino en una feria de la región central, y comenzó sus esfuerzos miguelangelescos por alcanzar el sonido gutural, después de la trampa en que caía su aliento al ir más allá de la vocal cerrada inexorablemente en agudo. Resoplaba como el fuelle de mano de un alquimista de la escuela de Nicolás Flamel; lanzaba como un Eolo toscas bocanadas o aflautaba sus emisiones, pero el chasquido gutural en los últimos oscuros de la bóveda palatina no surgía, como un pedernal sudado en el bolsillo

de la marinera. Cuando José Eugenio se dio cuenta que era un imposible para su tío Luis la obtención de ese chasquido, exclamó nerviosamente: —Cógelo—, y lanzó el reloj al aire, pero su tío en demostración de su rusticidad pegó una revolera y lo atrapó a media columna, afirmando su anarquía prosódica en la comprobación práctica del triángulo de Horschel, pero su espléndida elasticidad muscular de jutía carabalí dominando el espacio de una hojosa copa de ceiba, trenzada de lujuriosos laberintos y de parasitaria humillación. Esa noche su tío Luis llegó de la ópera más tarde que nunca y tuvo el cuarto encendido hasta la madrugada. José Eugenio sintió la tosca e inocente venganza del provinciano operático, humillado y reptante hasta adquirir un bien entresoñado y después indiferente, desafiador, y manejando despiadadamente los registros de su olvidadizo resentimiento. Sus fingidos olvidos, duros como granadillos, eran sus tentáculos defensivos de amiba frente a la circunstancia. Su rústico tío Luis, había metamorfoseado la dignidad del olvido en un flagelo amiboideo.

El tío Luis seguía aprovechándose de la concurrencia de la familia en las comidas para lanzar algunos de sus encandilamientos o adquiridas sorpresas, y al convencerse de que José Eugenio y sus tres hermanas lo veían muy inferior y descompasado, recrudecía y subrayaba cada uno de sus hallazgos encarnados en banalidades. Su madre, doña Munda, que cuidaba de los cuatro hermanos después de la muerte de sus padres, se sonreía, cabeceaba la rendida maravilla, y después repetía con los más cercanos vecinos aquellos aciertos, olorosos, a recio tomillo campesino, pero inoportunos e hirientes, como si fueran napolitanas pelotas polvosas lanzadas a los rostros de los manumitidos y espantados espectadores, familiares o muñecos de barbería, amigos o peleles de cafetucho, como hacía en su pueblo de Rancho Veloz. Entresacó una cáscara de limón de la natilla, que cerraba unos dominicales ajés con pollo, le preguntó a su madre doña Munda: —¿Es cepa siria o persa? Yo prefiero la cepa siriaca, pequeños y muy amarillos. Son de un amarillo cansado, como el oro que se ve en la tiara de algunos reyes asirios. El coro familiar se entonteció en un espesísimo silencio, las miradas se ocultaban unas de otras para no levantar la risa de los cuatro hermanos. La abuela Munda para salirle al paso a las contenidas malicias irónicas de los pequeños, le dijo: —Eso lo debes de haber leído en el libro de Reynoso, que teníamos en el ingenio, aquel que el capataz ponía arriba de su mesa los días de inspección y de rendir cuentas. De sobremesa el tío Luis llevaba la mano al cinturón recién adquirido, ahora muy ceñido por la incorporación excesiva de viandas y postres muy azucarados. —Piel de búfalo del Ontario, y la hebilla la mandé a hacer siguiendo un diseño de Jean Pelletier, platero de la Escuela de Lyon, no muy sobrecargada de ornamentos, pero tampoco una

cáscara de oro. Se despidió olvidando totalmente los garzones de la casa, y su adiós no parecía contar con ellos para esperar la nostalgia de su regreso.

José Eugenio se decidió a penetrar en una situación familiar que durante algunos años sólo había existido para él en indecisiones y reflejos. Pero las últimas insolencias y excesos del tío Luis, exasperándolo, lo obligaban casi a conversar con su abuela acerca de escaseces y dificultades de sus tres hermanas y él, a pesar de que sus ingresos lejos de permanecer invariables, se enriquecían con nuevos aportes de ventas de miel de palma, comprada vorazmente por los asmáticos, pues su calor limpia el árbol bronquial de cargas y ramajes cansados. —Me es muy difícil comprender cómo los tacones de mis hermanas se doblagan, y las cintas que usan en los encajes amarillean y se deshilan, a pesar de que esta casa sólo se mantiene por los envíos del Central *Resolución*, mientras otros, —sólo podía aludir al tío Luis—, a quien no se le conoce trabajo desde que han llegado a La Habana, se compran ropas y hebillas diseñadas por plateros franceses. Y aunque usted, abuela Munda, dice tres veces todas las semanas: —el dinero de los huérfanos es sagrado—, ha terminado por ser sagrado, invisible y lejano, sólo para nosotros, que tenemos que vivir como pobres no siéndolos, y además teniendo que soportar ser los últimos de esta casa, cuando todo el mundo sabe que la única pensión por la que se mantiene la casa es la de nosotros. La abuela Munda lo oyó hasta el final con fingida frialdad, y después como una estatua de pesadilla, comenzó a dar sus hachazos fríos, de caídos dedos helados, al principio lenta y silábicamente, después en turbión, dejándose arrastrar por sus palabras.

—Cuando su padre cargó con todos nosotros y nos llevó para el Central, no pensó que nos arruinaba a toda la familia. Estábamos acostumbrados al tipo de trabajo fino de Vuelta Abajo, al tabaco y a las mieles. Teníamos ese refinamiento que tienen las gentes de tierra adentro cuando están dedicadas al cultivo de hojas muy nobles, y a adivinar los signos exteriores de los insectos en relación con las estaciones. Ese trato con la naturaleza cuando elabora esos productos de distinción y excepción principales, el arroz, el té o la hoja de tabaco, pasa a las manos primero y a la visión para el primor después, pues los campesinos que se dedican a esos cuidados tan exigentes que casi siempre acaban por enfermarse de silencio y de soledad, son como los volatineros o los armadores de *ballet*, hombres nacidos ya distintos y con la silenciosa nobleza de quienes acompañan todo gentil desarrollo. Así tu tío tiene esa necesidad de remilgo y de sentirse excepcionado en relación con los demás. Me recuerda aquel escritor francés que nos hablaba del placer de saber que era la única persona que estaba tocando el violín a las tres

y media de la mañana. (Posición ingenuamente maliciosa, pues para todo verdadero artista el momento de la creación es siempre un poco la medianoche.) Así cree que su cinturón es único al venir del Ontario, su pasión por la ópera lo hace sentirse un monarca del despotismo ilustrado, o su erudición por las cepas de los limones provocar destructoras envidias. Es una inocentada que tiene raíces muy fuertes. Un día llegó toda la *troupe* pinareña de los Méndez al *Resolución*, y aquellas escandalosas y malolientes extensiones de verdes, aquellos sembradíos de caña vulgarota y como regalada por la naturaleza, para nosotros que estábamos acostumbrados a un paisaje muy matizado, al principio nos desconcertó, pero acabamos sometiéndonos a la decisiva extensión de sus dominios. Era en el fondo el sometimiento de toda mi familia a la brutal decisión de tu padre. Entre los dos había una gran diferencia de años, pero apenas se notaba, pues tu padre era siempre el fuerte, y tu madre, mi hermana, la delicada. Ella tenía diecisiete años y él treinta y siete, había esa diferencia de años que separa al padre de los hijos. Pero a pesar de eso, mi hermana Eloísa parecía más cerca de la muerte, y él abrevando a chorretadas el agua de la vida. Pero el Central estaba en una hondonada, y muy pronto se fue sintiendo catarrosa y debilitada, y añoraba los pinares y la tierra purificada por debajo del mar, en una tierra que forma después gruta para los ríos. Había que fijarse tan sólo en el pescuezo de tu padre, y en las aletas de la nariz de mi hermana, para ver que sólo las diferencias los unían, las desemejanzas que se podían comprobar detalle a detalle, terminaban en una incomprensible unión y religación casi sagradas. Esas mismas desemejanzas lo habían hecho uno para otro. Tu padre tenía pescuezo de torete, inmóvil y como de piezas soldadas, cuando viraba el rostro parecía que volteaba todo el cuerpo. Era lento, ceremonioso, parecía que guardaba sosegadamente límites y sombras en el bolsillo del chaleco. Tu madre tenía la rapidez invisible de la respiración, parecía habitar esa contracción, ese punto que separa lo mineral grabado por la secularidad y el desprendimiento, del nacimiento de lo que bulle para alcanzar la forma de su destino. A veces, me fijaba despaciosamente en el cuello de tu padre, y después estaba largo rato como siguiendo con mucho cuidado, temerosa de que fuera a desaparecer esa vibración que me era tan grata, las aletas de la nariz de tu madre. Así acababa, cuando volvía a fijarme en el cuello inmutable, por ver como se había apoderado de él como un esbozo de ondulación en una esbeltez imposible. La atracción de los vascos por los ingleses parecía continuar su tradición en esa pareja, pues tu madre era hija de descendientes de ingleses entroncados con cultivadores de la hoja del tabaco. El valle donde estaba el «Resolución» era muy bajo, su ausencia de litorales y playas, hacían su aire muy espeso, adensado, que la sutil respi-

ración de tu madre sentía como si la obligasen a respirar por debajo del mar. Decidieron, para su mal, que pasase unos meses en Viñales, en la casa de su hermana Enriqueta. Los primeros días de estancia le advirtieron que rehusara la miel de palma y que probara sin susto la miel de la flor azul. Pero mi hermana Eloísa sentía un asco mágico por todo lo que fuese alimentos oscuros, impenetrables. Su esposo, el vasco, quería que saboreara los chipirones rellenos, bastaba su poca refracción, su escasa acogida a la luz, para que los rehusara mirando hacia la pared, pues su contemplación la nauseaba. La miel de flor azul perdía el color de oro quemado, de hilacha de Lohengrin sobrenadando en la cabalgata alemana, que tenía la miel clásica. Las abejas sólo libaban en la flor azul y producían una miel que competía con las de más espléndidas tradiciones mediterráneas. La otra miel, la de palma, estaba hecha reemplazando el panal por la oquedad que hacía algunas palmas. Las abejas libaban en la propia circulación de la palma, se hundían en sus corrientes pra extraer la ambrosía. Pero no podía eliminar un sabor, que algunos preferían en la miel de menjunges más a la de golosinas, como a aceite de coco, a viviente linfa clorofílica. Su terror a incorporar la impenetrabilidad, el alimento oscuro, la perdió, ay, irremisiblemente, pues cogió un tifus negro que en dos semanas la llevaron a ver al Canciller Nu, el victorioso, que es el primer portero del submundo de los egipcios. Las raíces de la palma se prolongan como hilos, tienen que tardar en purificar la linfa que va a ascender, pues la extensión de la palma requiere un humor ligero, muy filtrado, para que pueda trepar por dentro. Esas raíces se extienden a las tierras corrompidas, donde el humus ha permanecido ablandándose y haciéndose más rendido a la invasión de aquellos hilos que buscan su veneno. Por eso fue advertida que cuidase de la miel de la palma, muy transparente, muy ligera, pero donde sobrenadan los gérmenes del líquido corrompido. Su muerte picó el orgullo de tu padre, la tomó como una ofensa. Y todos los de nuestra familia comprendieron de inmediato que estaba perdido. De la misma manera que algunos años antes se había convencido que él era el fuerte, y eso justificaba nuestro sometimiento, y que todos nos colgáramos de él como de un clavo en una piedra. Repetía cuando se encontraba con alguno de nosotros: —Dios no me debía haber hecho esto, ha sido una injusticia de Dios—. La muerte de su esposa lo hizo sentirse irremisiblemente incompleto y entonces el orgullo comenzó a volarle la cabeza. Un deseo de silenciosa venganza empezó a martillarle de día, cuando revisaba el trabajo en el ingenio, y por la noche, cuando nosotros lo rodeábamos, y ya no quería comer en la mesa, pues quería ocultar que no comía, y todo lo que la naturaleza podía regalarle, lo despreciaba. El orgullo de que había sido insultado por la divinidad, y el desprecio de todo

lo que él creía que provenía de su enemigo, hicieron que toda nuestra familia contemplase con terror sagrado su hundimiento. Cuando se convenció de que se moriría muy pronto, se le vio un solo día sonreírse, fue cuando creyó que ya podía dirigirme la siguiente frase, que siempre recuerdo con escalofrío: —Dios no debería haber hecho eso. Hizo una pausa y concluyó: Ni yo tampoco debería haber hecho esto—. Su orgullo lo había convencido diabólicamente, que por medio de esa venganza se igualaba a la divinidad. Así es como yo interpreto esa enigmática actitud suya, pues cuando me dijo esa frase, esbozó con desgano una sonrisa helada. Todos nosotros lo reconocimos en seguida a él como al fuerte, al que podía expresar los deseos que recorrían a mi familia, demasiado sutilizada por un paisaje pequeño y precioso, poblado de gracias adorables. Mi padre se levantaba a las cinco de la mañana, pues cuando el alba era ya demasiado apoyada se tornaba muy irritante para las hojas de tabaco recibir al mismo tiempo el riego de aguamanil. Mi padre lo hacía con el cuidado de quien descifra una antigua escritura. Toda mi familia se había vuelto lenta y misteriosa como el cuidado de las hojas, invisiblemente obsesionada como el matrimonio de las abejas. Lo reconocimos a tu padre como el fuerte, y al morir su esposa creo que se convenció que ése era el único ligamento que hacía suscitante su fortaleza con nuestra delicadeza, que no forzaba nunca el destino, que al respirar vibraba las aletas de la nariz como si tardase en reconocer el aire como propio. A su muerte vinieron los administradores y aquella fuerza fue reemplazada por grupos de enmascarados, parecía que nos gobernaban ciegos disfrazados de incógnito. Pero ahora nuestra subordinación es más pobre, abstracta y miserable. Es la pensión que ustedes reciben y que yo administro. Ya no hay lucha de paisajes, ni el pescuezo se reanima con las vibraciones de la nariz. Arrastrado por la fuerza decisiva y rítmica del vasco, tu tío Luis, se pasaba las horas con un gigantesco cucharón avivando los caldos, circulizando la masa líquida, para evitar una irregular cristalización del terrón, pero ahora con la pensión habla de hebillas y de plateros franceses, de escuela de óperas y de reyes asirios. Maldigo que la descendencia del Vasco nos subordine con pensiones...

Para poner un final a la violencia verbal de ese momento, José Eugenio salió del cuarto dando un portazo. No quería oír los sollozos con que su abuela rubricaría su monólogo, terminado en maldición. Salió al corredor y entreabrió el tornasol de las persianas. En el primer piso que habitaba su familia, la casa estaba enmarcada en su interior por una galería de persianas, donde se precisaba a veces el cuadro lunar en el patio de la casa de abajo, y los rostros pintarrajeados, resbalantes de grasa y sudor de la familia que allí vivía. La galería precisaba en un lenguaje de persiana a persiana, como

quien sólo pudiese entenderse por el movimiento de las pestañas, la familia que vivía en el primer piso de al lado. Lo tironeaban aquellas persianas porque esa casa había estado desocupada como unos tres meses, y ahora cuando se deslizaba su curiosidad por las persianas, podía detener momentáneamente las nuevas figuras, que parecían llegadas del extranjero, pues traían trajes de invierno, lana y casimir nórdicos, muy abullonados y dobles para nuestra estación. Cada vez que la cuchilla de aquellas persianas cortaba una de aquellas figuras, en el rejuego de las persianas movilizadas por el caparillo de sus miradas, iban cayendo nuevos rostros, brazos que al repetir sus telas o uno de sus gestos eran luego recorridos y completados por la voz que los había acompañado en algunas murmuraciones, pues todos los sonidos llegaban en declive y con su espiral cumplida. Como también le molestaba que su familia lo viese como fija posta detrás de las persianas, paseaba a lo largo de los corredores, esperando que el azar lograra que la misma flecha atravesara los persianas semientornadas y fuese suficiente para detener un rostro, una manga de campana o un brazaletes de ofidios áureos y somnolientos. Se perdían de nuevo las figuras, o comenzaban a cantar, pero la voz lo confundía aún más en su paseo por los corredores.

Después que su abuela vació el rencor que había llegado a sus límites al ver las secretas burlas que rodeaban a su hijo Luis, la delicada atmósfera que era como la neblina diaria de la casa hacía muy subrayable cualquier gesto o palabras ridículas, o aún excepcionales, trocaron en José Eugenio la sorpresa asimilada de las palabras de su abuela por la monotonía que con frecuencia casi diaria lo rodeaba en la medianía de la tarde. Esa misma delicadeza de la familia ponía entre él y las cosas o las circunstancias, distancias imposibles de llenar aún con las zonas opacas que se entreabren dentro de la visión. Si alguien bailaba un trompo o corría detrás del heladero, puntos de una línea en movimiento que él no podía reconstruir, trocada en laberinto frío, indiferente, sin posible invención para él. Se sentó en el quicio de la puerta de su casa. Proseguía sin objeto esa situación, en la que el hastío ahumaba las puertas que le rodeaban. De pronto, vio salir por la puerta que correspondía al piso alto al lado, alguien de la misma edad suya, muy desenvuelto, de criollos tobillos de antílope, que al pasar por su lado ni miró ni saludó, como si no tuviera nada que ver con su hastío precrepuscular, ni su ceguera para los puntos de inmediato secuestrados, las luciérnagas desprendidas por los huesos de la secularidad del barrio. Aunque hacía pocos días que había llegado de Jacksonville, caminaba con la tranquila virtud posesiva de quien domina una tierra y un aire como por añadidura o regalo; se desenvolvía como si una divinidad ancestral lo hubiese lanzado en aquel barrio, reconociendo las situaciones y los objetos por una especie

de memoria tan ancestral como erótica, que lo amigaba al instante con su circunstancia. Era Alberto a quien ya vimos en sus andanzas por Jacksonville, con los emigrados políticos, ocupando en su casa el puesto de primer hijo varón a la muerte de su hermano Andrés, el grácil violinista de la trágica tómbola. Llegó al estancillo de la esquina, y cuando lo recapturamos está envuelto en un humo de escafandra, de encrucijada. Bailotea con la cabeza ese humo, como si sacudiese un oleaje percibido tan sólo por la memoria soterrada. Muestra su orgullo, aunque permanece indiferente a la posibilidad de entrar en el cono de ajena visión, en ese primer encuentro con su propio humo. Después de su regreso a Jacksonville, cada cigarro le va probando que ya ha regresado del mareo, que ya está firme sobre sus tobillos de presuntuosa venatoria. ¿Qué puede decir en esa esquina? ¿Cómo no vamos a ofenderle regalándole una finalidad, una cadeneta causal que desprecia? ¿Quiéreme saborear la sombra espesa de San Nicolás y Lagunas? Es una esquina de sombra para buen fraile, como se decía con prolongada voluptuosidad en La Habana que comenzaba la secularidad. En la sombra repantigada de los frailes, que como en el cuento de Villiers, hacía que a los diablos le gustase dormir a la sombra de los campanarios. A la mejor calidad de una sombra. Marina y Luisa, dos periquitos japoneses por sus entrecruzamientos de verde, de puntitos verdes, en sus extensiones de crema rósea o de azul lánguido de mar de profundidad arenosa. Creyendo intencionalmente que las líneas sueltas, descarnadas del crepúsculo, se dirigen a ellas por una mediatizada voluntad que les lleva con injusticia miradas, saludos, fragmentos de ceremonial, y al regalarse las obliga a caer en sus faldas como florecillas de un Reynolds antillano. Ellas quieren que Alberto Olalla esté detenido en la esquina, poseso de su languideciente piel de caramelo de piña, pero él sólo siente el escandaloso tropiezo de su indiferencia y la exquisita pertenencia de su humo. Piensan que se van a apoderar del tranquilo laberinto de su visión, subiéndolo y destrenzándolo por el juego de rosetones descascarados y espirales toscamente impulsadas de su balcón. Colocan maderas, cartones para el tropiezo de las miradas. Quieren entreabrir una vanidad espumosa y fea en la sequedad de una indiferencia envuelta en humo. Luego el padraastro improvisa una chaquetilla con gruesas barras de un siena de anca de caballo. Agita el puño, mueve la cabeza con senequistas sentencias de letrina española, enarbola una maceta con hojas de malanga que le pegan en las mejillas o recibe nuevo impulso de las espirales oxidadas del balcón. Fingen una indignación pequeña, están falsamente unidos por una farsa: la de enardecerse con el fingimiento de que Alberto Olalla las mira. El humo le ha ido fabricando un contorno como si fuese una armadura que ciñe con sus metales esmerilados la con-

gelada marina. Y el padrastro y las dos cremas rosada y azul turquí, se van también endureciendo en sus volantes círculos. Ya son alcioneras ridículas en sus nietzscheanos días alcioneos. Alberto Olalla dentro de su niebla de tedioso humo, va describiendo los pisapapeles, la humedad de la sombra, el polvo de doradilla que se va cayendo de los letreros. Cierran todas las puertas del balcón y el canario pide también que no lo dejen al primer frío de la noche. Su nerviosa indiferencia había puesto al descubierto la farsa de aquellos que quieren que sus sentidos sean descubiertos. La respuesta hubiera sido la comprobación de un momentáneo acuerdo de los sentidos universales. Y Olalla estaba demasiado flotante, demasiado sostenido por esas evaporaciones de la espesura de la tarde, enredadas en círculos sobre sí mismo, como un pitón de escamas tatuadas, interrumpiendo el sueño talmúdico a cada flechita inicialada, a cada angelote jorgete que quería estrangularle uno de sus anillos, sin lograr despertarle el traslado de sus energías, llevadas al horno de las metamorfosis. El compás de sus pasos era de regreso a su casa más dilatado y más lento, pasó de nuevo junto al quicio donde seguía sentado José Eugenio, no miró como la vez anterior, pero comprobó aquella cercanía por las palabras que devolvió al salir de las evaporaciones precrepusculares y del humillo del antro burlesco del padrastro que quiere con fingidas indignaciones que sus hijas falsas sean recorridas clandestinamente en su interior por inexistentes flechadores de torres doblegadas. La voz de Alberto pareció saludar sin mirarlo, y dijo al empezar a subir la escalera de su casa, bailándole ya el fósforo de la energía muscular: —Me molesta cuando miro hacia arriba, que se me pongan delante dos piernas. José Eugenio había atrapado la rotundidad de la frase, pero ya Alberto Olalla penetraba en su casa dejando las sílabas sin cuerpo, trayendo el cuerpo a recoger sus sílabas.

Al día siguiente, en hora correspondiente a la del día anterior, vemos a José Eugenio apostado de nuevo en el quicio de la puerta. Recordaba los pasos de Alberto cuando salió de su casa hasta el estanquillo, animal que sale para abreviar, en este caso para fumar y rodearse de humo mezclado en cloruro de sodio de espuma. Su indiferencia en la inquietud de aquella esquina, se colocaba él en esa situación y veía cómo se rompía, como una estatua que comienza a mostrar un guante viejo, en algunos de esos momentos que el Olalla había mostrado duros, impenetrables, soldado bloque de arena que la niebla costera retocaba de gestos e improvisaba la inexistente pelusilla de la barba. La decisión de los pasos del regreso, agrandados, graciosamente exagerados, como el gamo después de saborear la entregada corriente busca la sombra del ceibo, poniéndose en marcha con un ligerísimo trotecillo. Luego sentía de nuevo las sílabas, dichas a su lado, pero sin precisar su bulto de sombras, su existencia apo-

yada en un hastío milenario. Y no obstante la frase caminando como un ciempiés, con rabo de cabeza de serpiente, y cabeza con entrantes y salientes de llave, de contracifra, iba a entregarle los laberintos y bahías de los otros años que regalaría Cronos. Clave de su felicidad primigenia y generatriz, sombra de fondo para deslizarse a lo largo de su calle.

Después de varios días de guardia en el murrñoso mirador del quicio, José Eugenio acudió con más insistencia a los entrevistados de las persianas. El rejuego de las persianas convertía la morada de los nuevos vecinos en un poliedro, cuyas luces se conjugaban en la cuchilla instantánea de las persianas. Aquellos recién venidos se convertían para él en fragmentos de ventura y misterio, en acercamientos de chisporroteos que rodeaban a la persiana de un pleno de luz amasada y subdividida, quedando en la visión fragmentos que al no poder él reconstruirlos como totalidad de un cuerpo o de una situación, continuaba acariciando con una indefinida y flotante voluptuosidad. Así iba entresacando y después fijando las instantáneas ráfagas que aclaraban girovagos perfiles del acuario:

El brazaletes de Doña Augusta, formando una serpiente, se cerraba en un broche que presionaba la piel del antebrazo, levantando como un hilillo de piel, a veces el hilillo se oscurecía por el sudor. Los ojos de la serpiente eran dos rubies.

Rialta usaba un ligerísimo, temblante jipi. Su sombra acompañaba el cuidado con que estaba hecha su nariz; la piel la recubría como un brocado florentino. A veces, usaba una manteleta, como para cubrirse del catarro, blanca con puntitos rojos.

Se adormece al atardecer Don Andrés Olalla en su escritorio. Cuidadosa división de pequeñas gavetas, llenas de papeles sólo reconocibles para él. Se acerca Doña Augusta con una bandeja, llevándole un vaso de vino. Doña Augusta permanece algunos instantes en su somnifera presencia. Cuando se convence que su sombra no es suficiente para despertar a Don Andrés, le da un golpecito en el hombro. Disimuladamente sobresaltado, saborea un jerez con galletas inglesas. La bandeja se refracta en las persianas, y José Eugenio se ciega por el turbión girador de la luz.

Algunas veces la casa apresura su ritmo en el paso de las sombras por las persianas. Es la Vieja Padilla, la madre de Don Andrés. La señora Augusta aparece solícita, pero un tanto distraída. La vieja no es querida, pero su autoridad se ejerce a través del total acatamiento a Don Andrés.

Una mañana sorprende José Eugenio abierta una de las ventanas de la galería de persianas, y puestas en el marco tres naranjas picadas en dos, puestas al rocío y espolvoreadas con crémor. Después supo que la vieja era asmática y se aliviaba con esos polvos que se introducían en las naranjas guiados por la frescura del rocío.

Por la tarde, los domingos de alegre y momentánea dispersión de la familia, Doña Munda ocupaba la sala en toda su extensión. Cobraba más alegría cuando José Eugenio en la somnolienta reverberación de las tres de la tarde, iba revisando pieza por pieza de su indumentaria, con el sonido de tabaquera vienesa cobrado por el almidón rompiendo sus cuadrados por los codos y las rótulas, revisando cuidadosamente las carteleras de los periódicos para ver dónde se anclaba el domingo. Salía un tanto atolondrado por el esfuerzo de vencer el cansancio muscular que se vuelca sobre la siesta, a esa hora en que los animales se adormecen sobre la tierra más húmeda, cercana a la corriente subterránea.

Se dilataba el rostro de Doña Munda, su bata parecía prolongarse en nube galerón, cuando media hora más tarde de la retirada dominical de José Eugenio, penetraba su presuntuoso tío Luis Ruda. Desde el estallido de la pequeña rebelión, cuando la conversación entre José Eugenio y su abuela, el tío Luis había hecho una retirada convencional hacia la casa de huéspedes, donde su colorido provinciano se aposentaba gustoso en el abigarramiento y en la diversidad de aquel poliedro formado por sumas errantes, destempladas, desoladas, de aportes fragmentarios de la dispersión de la familia. Entraba en la conversación con su madre Doña Munda, con fingida indignidad, para impresionar a la vieja, de suyo irritable por la sierpe de nervios trenzándose, en ausencia de carne, por los huesos en punto. Muy breve el saludo, arrastraba la silla para acercarse a la vieja, quedando en la simetría de las locetas un rasponazo, semejante a la maldición que un profeta graba en la pared con un carbunco, ojo de tigre para la indiferente poltrona del tirano.

—Tener que estar dando saltos por las esquinas, hasta que ese mequetrefe se vaya a ver los títeres, me hace estar humillado desde la raíz. Desde hace media hora, vuelvo, rectifico una cerilla. Me apresuro después, finjo querer precisar el canario en su jaula de doradilla. Tengo los ojos irritadísimos, por ir revisando cada uno de los pequeños barrotos, brillantados por la dominical limpieza de los metales.

—Con venir a la casa, sentarte, y no hablarle a José Eugenio—contestó Doña Munda, sonriéndose de la escenografía esbozada—, todo quedaría bien resuelto, y nos evitarías esos saltitos de guajiro que va a poner cuernos a su mejor amigo. Pero también tú eres un leperón costoso y tenemos que sobreaguantarte. No quieres pelearte con él, porque sabes que con su paga sale el cuarto donde te aduermes después de lo operático cursi. Pero al mismo tiempo te enredas, te justificas en esas complicaciones inútiles, que después te calman, pues crees entonces que las has llenado de dignidad. José Eugenio no lleva esa ingenuidad que tú le regalas; una fuerza muy parecida

al pescuezo corto de su padre, se va desarrollando en él con secreta naturalidad, ahora que está entrando en la adolescencia.

—Cemí el Vasco nos dominaba, contestó el tío Luis, —nos dominaba desde que respiraba, parecía que sus pulmones al respirar en el aire, necesitaban más espacio comunicado para su dilatación y contracción de leñador muy poderosas. Si caminaba, cualquier interrupción en su camino, parecía una insensata frivolidad, como una oruga gigante parecía que iba mordiendo la línea secreta de su trayecto. Pero el mocito está más bien en la línea de su madre, y es su delicadeza la que ahora nos aplasta. Sé que no lo podemos irritar, pues si protesta ante el otro vasco, primo de su padre, hay una cláusula en el testamento que le permite llevárselos y quejarse luego ante el juez, modificando la tutoría. Claro, que usted sentiría quedarse sin el cofrecito de onzas isabelinas. Interpreto su ternura, y disculpo.

—Óigame lo que le voy a decir, comenzó la abuela Munda, rastrellando las palabras con pequeños globos de pastosa saliva, con la irritación de un vikingo nonagenario apaleando una aguja fuera del agua, cada familia tiene un ordenamiento en la sucesión. Este es el momento que me concedió mi eternidad, y ni tú, que eres mi hijo, me vas a confundir la cabeza, equivocándome cada vez que tengo que interpretar los signos de cada situación familiar. Después de la muerte del Vasco y de mi hermana Eloísa, tengo yo ahora la responsabilidad ante Dios y no la pienso delegar. Tú eres sólo un accidente entre los hijos de mi hermana y yo. Serás siempre el eco, la oblicua, de las diversas variaciones que se establezcan entre los cuatro hermanos y su abuela. Además, José Eugenio tiene la delicadeza de su madre y, cuando la oportunidad se entreabre, la increíble energía acumulada de su padre. Cuando le hace falta algún dinerillo, cada vez que se encuentra conmigo, enrojece. Él cree que yo no me doy cuenta de ese matiz, pero con qué secreta alegría ancestral percibo ahí una metamorfosis de mi hermana, que se mareaba tan solo al ver el pulpo o el calamar en la cazuela. Un día penetró en la talanquera del «Resolución», un gusano que parecía que sudaba leche, desollado, puesto al revés, lechuzca muerta enviada por broma en una caja de zapatos. Mi hermana al verlo, al instante se puso a vomitar, sujetándose de la concha veneciana. Si a José Eugenio le hace falta algo para ropa o domingo, se lo pide a las hermanas para que me lo digan a mí. Y las hermanas comienzan a revolver, a esconder su timidez. Hasta que una de ellas, muy colorada, me lo dice muy de prisa. Qué delicadeza para pedir lo suyo, qué elegancia para recoger lo que nos han prestado. La escena aquella con José Eugenio, tiene que haberlo hecho llorar muchas noches, pues una vez oí ruidos en su cuarto, me acerqué, y con la almohada curvada sobre la cara, mordiéndola casi, me di cuenta que sollozaba. Desde ese día pienso en mi hermana y en los sentidos que como

hojas la hubieran ido rodeando para formar con sus hijos una cámara sagrada, como esos árboles desarrollados por la cercanía de la sombra de otro árbol, sin mostrar ninguna subordinación de cuerpo a sombra, pues sus raíces se clavan en la inmediata corriente, justificando orgullosamente la unidad de su jerarquía. En cuanto a la grosería de los doblones isabelinos, revelas cómo desconoces la forma en que nuestra familia se apoyaba, necesitaba la sombra fuerte de ese apoyo, para jamás preocuparse por la vulgaridad insolente de su adquisición. Cuando bailan más las onzas, las gastamos con la alegría de quien se sabe vigilado por Dios; cuando faltaban lo soportamos con desdeñoso e indiferente estoicismo. Después de la muerte del Vasco, cada vez lo veo más como un rey vigilado por Dios. Pues sólo los reyes sienten el deseo de rebelarse contra los dioses y titanes. Murió por una rebelión teocrática, que hoy en día muy pocos sienten ya. Su imaginación era de tipo feudal, viudo, su orgullo se rebeló contra aquella ventolera que penetró en el misterio de su sacramento. Qué poco tiempo duró su viudez, pues su brutal energía de pronto se aplicó a su propia destrucción, a rebelarse contra el creador por la disminución de la criatura.

—Usted siempre, mamá Munda, queriendo colocar la familia en el paraíso pradera de los incas, replicó, riéndose con mal llevado nerviosismo, pues la vieja silabeaba los hechos y dichos de la familia con la seriedad délfica frente a los destinos. —Pero no vaya a suceder que su deseo de ver los días de José Eugenio dentro de la luz delicada de su hija Eloísa, lo vayan apartando del colegio, de marchar, de atravesar un boquete a oscuras, que era la mejor tradición del Vasco. Nuestra familia se había convertido en una hoja descifrando el rocío, voluptuosa traducción que hacía muy espaciadamente. En las sutiles volteretas de la hoja enrollándose en la sombra. En las piedrecillas que el reloj pedáneo de las grandes aves deja caer sobre las hojas, despertándose, y comenzando la hoja la deglución del tiempo abandonado, ausente, envés del tiempo para la casa de la hoja. De pronto, aquel mundo vegetativo sintió los aguijonazos de la energía acumulada por el Vasco, pues causaba la impresión de un embutido lleno de densas nubes eléctricas. Así nuestra familia pudo abandonar la gruta pinareña para bajar al desierto del centro, y comunicada esa energía a nuestros músculos somnolientos, pudimos resistir lo calcáceo, los brillantados esqueletos tatuados por las hondonadas. Usted a veces se distrae, y en su paradisíaca pradera se adormece, pero ya José Eugenio, debía estar pupilo en un colegio. A pupilo, he dicho, para que no la moleste, y usted pueda ocuparse mejor de las tres hermanas.

—Sí, sí, replicó la abuela Munda, bajando la cabeza como si le regalase la razón, y subiéndola después más de prisa como si invocase la razón trinitaria, la del Espíritu Santo, que era en definitiva

la que ella iba a oír—ya es hora de poner a José Eugenio en el colegio. Pero no te empeñes tanto en señalarme la ruta donde debo mandarlo. Si te has imaginado que saliendo él, vas a entrar tú, te equivocas. He hablado con el primo de José María Cemí, todavía el Vasco sigue mandando, para conseguirte trabajo ya por el extranjero. Estás por los treinta años y no has podido lograr tu encaje y asentamiento, sigues de saltamontes farolero, de la ópera a las esquinas tenorinas. Él va a pupilo al colegio, pero tú irás al extranjero. Ve ensillando para Veracruz, el aire de altura es allí como una buena pasada por los bronquios. Eres un viejo accidente ya entre nosotros, y eso quiere decir, que debes ir a buscar tu centro al extranjero. La vieja subió la cabeza con irrefutable altivez, como Catalina de Rusia, bondadosa en la severidad del ceremonial, al recibir una comisión de fisiócratas, y después inexorable, desdeñosa, implacable, llevando esa misma noche los trineos, para el burlesco regreso de los embajadores. Dejó la abuela Munda la cabeza en alto, hasta que el tío Luis comenzó a bajar la escalera. Después, calmosa, se dirigió al escaparate y extrajo la colonia, aspirando un instante. Al pasar de nuevo, comprobó la raya de su peinado en el espejo.

El tiempo, como una sustancia líquida, va cubriendo, como un antifaz, los rostros de los ancestros más alejados, o por el contrario, ese mismo tiempo se arrastra, se deja casi absorber por los jugos terrenales, y agranda la figura hasta darle la textura de un Desmoulins, de un Marat con los puños cerrados, golpeando las variantes, los ecos, o el tedio de una asamblea termidoriana. Parece que van a desaparecer después de esas imprecaciones por debajo del mar, o a helarse definitivamente cuando reaccionan como las gotas de sangre que le sobreviven, pegando un gran manotazo a la estrella que se reflejaba en el espejo del cuarto de baño, pero son momentos de falsa abundancia, muy pronto los vemos que se anclan en el estilismo, buscando el apoyo de una bastonera; tropieza con una caja de lápices de colores; sus ojos, como puertas que le han abierto sopladas por un Eolo sonriente, se fijan en un vajillero, retroceden, están temerosos que el airecillo que les abrió la puerta, aviente los cristales, y están apoyados en un sombrero circasiano de carnaval, cubierto de escarcha y de plumoncillos. ¿Fue ese el único gesto de aquellas largas vidas que adquirió relieve? O, por el contrario, el brutal aguarrás del tiempo los fue reduciendo, achicándolos, hasta depositarlos en ese solo gesto, como si fuese una jaula con la puerta abierta para atrapar a un pájaro errante. Rostros conservados tan sólo por el ceremonial de su saludo, avivados de nuevo por el recuerdo despertado por una entrada de Luis XIV, en Versalles, oyendo las enfáticas y solemnes fanfarrias de Charpenter. Si una banda de familiares necesitaban de muebles anacrónicos para apoyar su som-

bra, logrando, como ya los sorprendimos, las más fortuitas y silenciosas semejanzas, apoyándose ahora en los largos y retorcidos alambres para destupir el servicio, con el tiempo prolongado, voluptuoso, en que antaño habían mezclado deliciosamente arena con limón para limpiar sus estoques, utilizados en sus excursiones al México porfiriano, cuando querían visitar la fuente de *La Ranita* bailando con su guitarra. Si antes esa remansada *troupe* de carneros con rostros humanos, se habían anclado en el estilismo para que sus sombras tuviesen sus escapadas por la tierra de puertas y ventanas, ahora el historicismo las domesticaba, dándoles una vida de rechazo, casi fulminante, como las bolas de marfil lanzadas hacia atrás, hasta producir el sonido seco de su encuentro, como si estuviesen caminando esas mismas solazadas sombras sobre arenas muy húmedas, aunque apisonadas. Cincuenta años después de su muerte la cólera del tío Alberto volvía a surgir de rechazo, al ser comparada con la del duque de Provenza, cuya furia consistía en despedazar el vajillero real, pieza tras pieza. El tío Alberto cuando discutía con su madre, la señora Augusta rompía una motera de Sevres, con escenas pastorales, quedando las cabras con sólo un maxilar, o un pantalón corto quedaba sin prolongarse en una pierna de matinales ejercicios para las danzas cortesanas. La señora Augusta continuaba sus imprecaciones de contralto, negándose a vender las últimas acciones de la *Western Union*, que le quedaban, cuando en ese momento el cenicero de cristal francés tallado, saltando como una mina de cuarzo bajo el soplete y las enloquecidas carreras de los gnomos, recostaba sus fragmentos en el cesto de mimbre trenzado. Su manera de retroceder, rompiendo cristales de marca y pisoteando plata martillada, ante el *dictum* de la señora Augusta, hubiera caído en el más inhospitalario olvido, si alguien de la familia al encontrarse con la cólera peculiar del duque de Provenza, no la hubiera avivado de nuevo por una especie de analogía de sombras. Pero esa misma masa de estilismo y de historicismo al volcarse sobre el sombrío barrio de Proserpina, reservaba sobre la infantil y un tanto cínica galería de rostros ancestrales, descargas de eléctricos nubarrones, rapidísimos castigos, como apretar a esas mismas sombras por la cintura y tenerlas sumergidas en esas estigias tal vez una centuria. El individualismo eritrero de San Agustín, negaba toda certeza a la aparición de los muertos. Si eso fuera cierto, nos decía, mi madre Santa Mónica, todas las noches, desde el día de su muerte, hubiera venido a conversar conmigo. Quizá fuera por el recuerdo en la Santa, de aquel sueño donde ella sobre una roca, la petrínica romana, llamaba a su hijo como una sirena desesperada, y acordándose de la dura respuesta que le había dado, de que él era el que estaba en la roca, todavía San Agustín no se había convertido, y su madre se dirigía a resguardarse en su compañía asentada sobre la raíz pé-

trea de lo invariable. Si en vida el cuerpo, aún al apoyarse sobre la ingravidez del sueño, había buscado la rocosa resistencia para traer a su hijo, siendo rechazado con frases de orgullo ahora, al abandonar momentáneamente la luz del paraíso, no encontraba puntos de apoyo, pues los más resistentes, las crestas de cuarzo o bloques de mármol miguelangelescos, habían sido rechazados desde los comienzos de la fluencia somnífica. Y aquella que se le había negado su asiento sobre una roca, tenía al llegar en briznas, en cuerdas de guitarra, en la respiración de los recién nacidos, que correr el riesgo de tropezar con la despreocupación fingida de los infantes al peinarse, o con los escobazos que dan nuestras tías al saborear el solitario crepúsculo dominical.

Cuando José Eugenio fue a ocupar su sitio en el primer patio cuadrado de la Escuela, sentía como si por su región cerebelosa pasase un cometa gobernado por el vozarrón de un enano borgoñón, con corbata arrugada por los apisonados compartimentos que en el escaparate ciñen la ropa con la humilde toquilla de las hojas alcanforadas del otoño. Cuando coincidían sus imágenes y la obturación del cometa, extraía de las animadas figuras del tablero, extrayéndolas también de su totalidad, la diversidad uniforme de los botines, y el estilo, que encarnaba las distintas edades, de los cuellos. En los menores se extendía como un encaje, dejando ver las indecisiones, las flacideces de la garganta. Luego, el cuello como un cinturón que ciñese una pequeña torre de mazapán, iba ascendiendo a medida que la garganta se fijaba, que perdía sus blanduras, que se apoyaba en su propia estructura, desdeñando las blanduras sin apoyo del resto del cuerpo, y la mirada, descendiendo siempre, ante el temor de ser a su vez mirada, desde la superficie lisa de la hoja a la casa maternal de las aguas.

Pero dentro de esa agazapada somnolencia se podía adivinar, al recobrase, al darle un manotazo al cometa que venía sobre su frente, se llevaría un fragmento con lo esencial de la clave, amarrándose a una pata del águila. Muy cerca pudo divisar a su vecino Alberto, que mostraba por todos una superior indiferencia, hasta una indiferencia charlatana, y una brusquedad, un nerviosismo inicial que rechazaba la música sin apoyo de los sentidos, para penetrar en el boquete, como los náufragos cantan al esconderse por la noche en las grutas, del aula. Al salir de su casa José Eugenio, serían las siete y media de la mañana, vio ya a Alberto indeciso por las esquinas de sus casas, como quien desvelado, desconfiando de poder recuperar el aguaje del sueño, sale a humedecerse, a rociarse un poco, para después, teniendo toda la anchura de la mañana a su disposición, volver a las sábanas, de nuevo tibias, mientras la casa recobra su silencio al comenzar las faenas, los halos y chisporroteos que rodean los preparativos del almuerzo. Fue Alberto el primero

que representó la sorpresa al penetrar en el aula, fue el primero que sorprendió y se bebió el espacio, rasgado levemente por las nuevas respiraciones que venían a agujerearlo, a establecer, durante una estación, sus madreporarios para aquellas colonias dermatitis de los recuerdos entrecruzados y de los flagelos que se descargaban, a través de una niebla que al ser pinchada devolvía sus rencores urdicantes, como expresión de los complementos protoplasmáticos.

Al entrar en el aula José Eugenio, la figura que menos aclaró en sus primeros recorridos por el espejeante y maravilloso monstruo que se tendía a su alcance, fue la del maestro. Veía entre la niebla y el follaje, monstruo de tridentes, poliedros que se entreabrían desrollando flagelos nerviosos, como un caballito de mar posado en el caparazón de un tortugón tricentenario. Y enfrente otro monstruo, irrecconciliable con el primero, que lo sorprendía por su fija extensión y el matinal tegumento de su piel. Comenzaba a penetrar en el monstruo de la extensión, cuando el pequeño director desde su concha, comenzó a descifrarse, como si fuese extrayendo sus coloreados maelucos ante la maliciosa intención de los proyectores para sus perversiones y sus monosilabos. A veces, para subrayar un sonido, prolongaba la mano derecha, terminada en el índice y el pulgar que unía en dos semicírculos, rompiendo rápidamente el círculo formado en un final de sílabas sibilantes. Daba unas pequeñas palmadas, como para impulsar a los sonidos hasta romper su cáscara. Con su lento silabeo parecía que después volviese a poner la cáscara triste sobre el gemidor barniz de la mesa del maestro, recién pintada. Frente a él, el monstruo de la extensión, hacía que José Eugenio, apenas pudiese extraer el instante de algunos de sus gestos, perdiéndose en la magnitud de la piel en abstracto del monstruo detenido en aquella gruta.

Algunos muestran ya el libro de inglés, *beige* con letras rojas. Los que todavía no lo han traído, se levantan para sentarse al lado de los que lo han podido adquirir; se ha agotado, tendrán que esperar varios días, ocasionando un desplazamiento, una atrevida jugada al comenzar las clases matinales. Como la diferenciación no surge de dificultades económicas, sino de una fatalidad dignificadora, todos se sienten con una comunicativa, misteriosa alegría, más aún los que no han podido adquirirlo, parece como si mereciesen más respeto, como si comenzaran formando clase aparte. Como en los repartos de pan cuando hay huelgas marciales, los que no lo obtienen, después del heroísmo murmurador de las filas, se constituyen en semidioses, llegan a sus casas gimiendo, como si pidiesen condecoraciones. La clase parecía reducirse en cada cambio de asiento, como esas orquestas que al ejecutar música de Mozart, prefieren reducir su volumen, quedándose los jefes de grupos instru-

mentales con sus auxiliares favoritos. Pero muy pronto la superficie plateada del ballenato, iba a ser raspada por una oruga elástica.

En aquel primer día de clase iba José Eugenio a inaugurar el primer día de contemplación de maldad en su pura gratitud; la primera demostración que vería, más allá de la dificultad conciliar del *quod erat demonstrata*, de la incontrovertible existencia del pecado original en cada criatura. Desde la entrada en el aula, las indecisiones, el reparto de los pupitres, la voz suave que procuraba guiarlos y hacerles familiar un momento ya reconocido como doloroso, observó otro alumno que mostraba una humoresca agilidad en medio de aquellos perplejos, reemplazando con una medrosa ironía la melancolía de aquella primera mañana pasada fuera de su casa, con un desayuno muy apresurado y con cierto cuidado por parte de la abuela Munda al despedirlo. Precisó un compañero muy enjuto, de enjutez mostrada en elegancia más que en prominencias de escuálido, de paradójales ojeras para su niñez. Ojeras y labios morados, revelando el cruce de razas con predominio de más ancestros blancos. El pelo excesivamente negro y apisonado como metal, sin distinguir cada cabello en el casco que lo ceñía, que formaba como una pasta nocturna, como una masa de un mosto fermentado y ennegrecido. Parecía no sentir la sorpresa de los nuevos ecos en el paisaje que avanzaba todavía hacia ellos. En aquel infernillo, en sus ríos terrenales, parecía tripular simiescamente un tímpano que llevase una escarapela desconocida y maldita.

Fibo era el alumno que empuñaba una pluma de hilos de colores, producto único y engendro satánico del barroco carcelario. Terminaba en un punto cruel, afanoso de hundirse en los arenales más blandos del cuerpo. Sus cambios de sitio estaban justificados por la ausencia del libro de lecturas. Llegaba a un pupitre, fingiendo el alboroto de una apetencia de saber, subrayaba la necesidad de penetrar en el fascistol del otro escriba, y hundía la pluma de tocóloro infernal por la rendija del pupitre anterior, electrizando la glútea por la penetración de aquel punto teñido de la energía del ángel color de uva. En el vecinito de enfrente se polarizaba una simultaneidad ante el ariete rizado con los colores de barbería. Llegaba la sorpresa en punta rasgona, desencuadernando y rompiendo por el dolor, con la respuesta del disimulo marmóreo para que el profesor no rompiera aquella natural reabsorción de la energía por la masa del estreno adolescente. Fibo sorprendido por la propia impunidad de sus descargas de *energeia* en la varita arcoiris, llegaba a frenetizarse, cambiando de fundamento, hundiendo el punto electroimán, saltando como una rana que leyese órdenes en la lámina de oro del carrete de un electrólito. Así impedía que el ballenato, el monstruo de piel plateada, se adormeciese al resbalar por los líquenes o el abullonamiento del bulbo raquídeo. Un punto

acerado le comunicaba las irradiaciones cada vez que la masa recibía un lanzazo de aquel San Jorge, simiesco, arrastrado, donde el dragón se metamorfoseaba en el cóncavo candoroso de la glútea.

Conseguida casi la indiferente estabilidad del monstruo, menudearon los rajonazos del látigo tocoloro. Fibo, como un director de orquesta abandonado al éxtasis, saltaba sin preluir ni observar la curva final de su endemoniado bailete, cambiaba de pupitre con una especializada simultaneidad; al saltar para el nuevo asiento, hundía fulmínea la punta de la pluma, al salto correspondía el rasgado. Y la cara del que recibía el pinchazo seguía fingiendo las formas más clásicas de la atención, repitiendo con abandono bisbiseo las divisiones silábicas o restallando por la bóveda los sonidos palatales.

Separado del conjunto de la clase, para aprovechar el espacio de la puerta que separaba el aula del comedor, se incrustaba un pupitre babilónico, que se separaba del resto de los alumnos, de sus movimientos corales, oponiendo indiferencia cuando se levantaba turbulenta alguna risotada del conjunto, o sonriéndose con cierto diabolismo infantil, cuando la atención en un moscardón cúprico se posaba en la pizarra cuajada de quebrados mixtos y de cuadros de verbos irregulares ingleses. Fibo extendía una pausa en la enloquecida prodigalidad de sus pinchazos. Se había trazado el salto mortal de una nueva meta. El que se había sentado en un trono de orgullo, rescatando sus potestades de la ondulante masa coral, se mecía en su indiferencia, como si la distancia que lo separaba de los otros siervos de la escuela, lo amurallase contra la procacidad de la arlequinada pluma. La blanda corpulencia de Enrique Aredo, la lechosa provocación de su piel remataba en un breve mechón arremolinado sobre la frente, lo asemejaba a un pavo real blanco que tuviese la cresta dorada de un faisán, lo situaba como un desprecio ancestral ante la trigueñez sudada y el descompasado gestición de Fibo. Aredo sentado al margen de la clase, con pupitre irisado de lapiceros vidriados, reglas de marfil y compás de plata con sus iniciales, enarbolaba a la menor señal del profesor, los textos con encuadernaciones flexibles, libretas de papel de hilo, extrayéndolos de una maleta tan repujada como el mentón de una pastora de porcelana. Hundido en la masa de la clase, por el contrario, Fibo parecía ser el llamado a comunicarle a esa pastosidad la descarga transversal de energía, la vibración que en sucesivas ondas impide los adormecimientos y fermentaciones de la zona liberada de la irradiación central. Ganó una pausa, como un pequeño leopardo en un ramaje inquietante. El profesor de espaldas a la clase, precisaba en la pizarra las variantes de los verbos irregulares de la conjugación inglesa. Preciso con lentas impulsiones en su silabeo, *freeze, froze, frozen*. Aquella alusión a la nieve, pareció enarcar como en instantánea antítesis, el

más frenético y riesgoso diablillo de Fibo. Cauteloso y fulmineo, atravesó la mitad de la clase, favorecido por la lustrada indiferencia de Enrique Aredo, dobló las rodillas con la rapidez de un bailarín en una feria rusa y hundió la pluma chorreante de colores irascibles en la glútea del investido en el trono de la indolencia. Retrocedió con la rapidez de un endemoniado que salta sobre su caballo después de haber cumplido su incomprensible venganza, cuando se oyó, crujendo las vetas de su escandalosa indiferencia, el grito del pinchado, pero como si se entrecruzaran en el mismo golpe, el timbre de fin de clase obturó la oquedad abierta por el grito. Las divinidades de la energía y del rayo, encarnadas en la intempestiva llegada del timbre, habían cubierto la retirada de Fibo, dando el aviso para la dispersión y decapitando al instante la cerosa cabeza que había lanzado aquel amargo buche de sonidos.

Las clases de los «primarios» se fueron vaciando sobre un patio donde el olor de hoja limpia por el rocío se mezclaba al de la cocina, con esa suciedad como apisonada que tienen los hornos y las hornillas donde se preparan comidas para multitudes. Fibo había desaparecido, almorzaba en su casa, y las apacibles parejas y grupillos disfrutaban de la mecida ausencia del diablejo con su tenedor y el ascua que avivaba la húmeda trigueñez de su rostro. Era tan sólo una estación de momentáneo descanso antes de penetrar en el refectorio. En el otro patio, separado por un pequeño corredor, los «mayores», los «bachilleres», saltaban con sus pelotas y sus gritos, se arracimaban alargando sus brazos y manteniendo en alto la bola de piel inflada, separándose instantáneamente uno que se hacía el momentáneo dueño de la bola, tirándola contra el suelo, como si sus rebotes justificaran que su energía y su espíritu se mantenían aún vivientes y sagrados. En el primer patio, donde un poco sorprendidos y estirados, conversaban los primarios, Enrique Aredo, como por dejación y duermevela, se apoderaba con una razón blanda y vegetal, de la vagorosa curiosidad que sobrenadaba en aquel descanso. En un grupo hablaba de los *puerquitos*, era el término que empleaba con insegura gracia, pues en la sílaba final se sonreía como si los viera retozar, de la finca de su padre. Hablaba del sofocante perfume de la guayaba corrompida y cómo los mamones se agitaban en aquel olor de agradable putrefacción. Se acercó a otro grupo, cuya indiferencia trataba de licuar y le enseñaba un dibujo «que había hecho un amigo de papá», disimulando así el interés venenoso que lo acompañaba. Las ablandadas líneas de su rostro estaban fortalecidas por cierto pliegue de perversidad rápidamente irónica, que el pintor había intentado cumplir para contrarrestar la azul benevolencia de las ondas que penetraban en sus mejillas de cojín mongil. ¿Lo lograba el dibujante amigo de su padre? Las risitas cortadas por reojos y subrayados disimulos, revelaban que

había hecho más visible lo que intentaba ocultar, como si aquello *ocultado* fuera el acorde esencial de su carácter. Se acercaba luego a los más enfurruñados y modorros, silenciosos en la amarga densidad que habían depositado en ellos el ancestro almacenista, y les decía enseñándoles sus zapatos: —pensar que un antílope vendría a morir a mis pies. Y mientras uno de ellos esbozaba una puñada, él se alejaba con desprecio de los «brutos», como decía con fingida virilidad.

Cruzó el balón para unir con su arco voltaico los dos patios. Los «mayores» como si se precipitaran por una brecha huyendo de la pez hirviendo, penetraron dando gritos en clase, sudorosas sus camisetas colorineadas y con las iniciales semiborradas de sus gremio deportivo. El silbato, sin fuerza ya para arremolinar de nuevo las huestes, declinó en exangüe sordina. Los primeros gimnastas que penetraron en el patio pequeño, rodearon con la rapidez de una mágica causalidad, a Enrique Aredo, quien se sonreía contento por la atención que le dispensaban. Inquirían por el estilo y los primores de la cartera, donde cuando se abría la tapa, enseñaban sus lomos diversamente coloreados los libros de texto. Con una alegría, que ni siquiera intentaba disimularse, hecha ostensible por el sonrojo que como una nube iba rodando por su rostro, decía: —la piel es rusa y el repujado florentino, me quisieron comprar una de piel de cochino, pero a mí no me gusta digerir carne de animal inmundo, menos me gusta acariciarla. Y los tenaces perseguidores del balón, aún sudorosos, se reían con ese asombro de la manada cuando contempla un animal que luce extraño, como el júbilo de los cazones cuando rodean un salmón homérico, o el rizado caballito de mar con su dórica sorpresa ante la tenebrosa cuña de las langostas.

A una banda del patio de los primarios se abrían doce pequeños baños, más antipáticos que sobrios, muy funcionales, con una ducha que sólo ofrecía la gélida voluptuosidad de su chorro de agua, y un caño lento que permitía que la jabonadura se prolongase en un tuflillo de potasa y aceite de coco, tratando de despedazar el recuerdo del cuerpo adolescente que había bruñido. La algazara de los gimnastas y las tímidas murmuraciones de los coros de los primarios, sufrieron un violento desplazamiento, el director Jordi Cuevarolliot, anchuroso, pero ágil, con su viril cabezota rubia, iba atravesando los patios, seguido del respetuoso silencio de los aprendices. Su rostro de piel dura, con extremadas rojeces y sus barbas policromadas por astutos ungüentos, recordaban el *Charles de Soulier, Sieur de Morette*, de Holbein, más blando y con menos preocupaciones tenebrosas, como si hubiese sido retocado por Murillo. Su nariz, más curvada que la del *Sieur de Morette*, parecía remansada, en una reconstrucción tardía, por la extensión suave de muy lentas vibraciones, de sus aletas. La anchura de sus espaldas, la concavidad visible de su pecho, subrayadas por unas piernas que soportaban el

tronco con la deslumbrada ligereza de las colonias de hormigas al arrastrar un garbanzo. Si el guante de nutria salvaje con el espadín feudal de sus atributos, era reemplazado, en la ya dicha copia de Murillo, por un lapicero de oro, con el que apuntaba los nombres de aquellos que por hablar durante el almuerzo, se quedarían castigados a la mudez del sin recreo. Se dirigía al centro del refectorio, donde estaba una tarima con las barras de pan apiñadas como si fuesen leña, empezando a cortarlas con la rapidez de un pinche de cocina que cortase las cebollas para un plato de urgencia, agrupándolas hasta formar una cantidad proporcional a cada masa, agitándose las rodajas por la trepidación del corte incesante, como si fuesen peces, coleteantes y tristes, extraídos de sus viveros. Pero esa original distribución del pan, nunca abandonada a una mecánica y pasiva sucesión, era una de las pruebas más deliciosas e inolvidables de las que el director Jordi Cuevarolliot sometía a sus aprendices. Iba lanzando cada una de las rodajas a los sentados en las mesas del refectorio, una tras otra, hasta que, si sorprendía algún alumno descuidado, rompía entonces el ordenamiento, y le lanzaba el pan que así llegaba como un signo para su avivamiento, educándole con casi juguetona gracia el acecho, la mágica transparencia del sobreaviso. Todos tenían que estar pendientes de ese punto volante, que en cualquier momento podía comprobar un decaimiento, una indiferencia melacólica, irregular en sus humores, un maligno sopor. Había que hacer coincidentes el apetito con un tener que estar en disimulada vigilancia, pues en realidad la atención no podía prenderse tan sólo de la detonación de aquella ave harinosa, sino como de un látigo invisible que estallase inaudible entre el cuerpo incorporante y el aire sorprendido. El descuidado cobraba muy pronto conciencia de su ridículo, pues el pan no atrapado rebotaba contra las fuentes corredizas, que como pesadas embarcaciones remontaban el mármol de las mesas, esparciendo los retorcidos filamentos de la papa Juliana, o al volcar tenaz en la impulsión, que le comunicaba la honda del anchuroso provenzal, el jarro de agua, diversificándose en sus meadros el improvisado cauce, parándose los aprendices cercanos, acudiendo la cuadrilla de los criados con malolientes paños de absorción. Pero el descuidado pagaba un precio que lo anonadaba, por ese momento en que su conciencia medular había sido inferior a la de las golondrinas en sus escuadras y a la de los peces ante el migajón astillado de la lámina. Por el contrario, en Enrique Aredo, su acecho se presentaba en una forma inversa, descuidaba las incorporativas delicias, para quedar prendido de las rodajas en su curva parabólica, de la vigilancia de los otros rostros, o de aquellos que ya él presumía como descuidados, cargándose una extraña y lánguida tensión al saborear por anticipado las catástrofes lejanas. Si coincidía la catástrofe en el ámbito adensado por las probabilidades que

allí había trazado, sentía la sádica voluptuosidad de rebasar una medida, como si su sexualidad, semejante a la de los insectos de caparazón membranosa más abriantada, tuviese que atravesar el Cipango del azar y de la coincidencia de todos sus posibles en una afortunada coordenada. Los reflejos despertados por todos aquellos acechos, por el éxtasis casi de todos aquellos adolescentes prendidos de la sorpresa de la masa harinosa, por la atención cabalgando simultáneamente la enigmática diversidad de los sentidos, acostumbrándolos a comer sin desfallecer, sin abandonarse a esas apisonadas oscuridades recostadas entre el cielo del paladar y la tierra húmeda y voraz de la lengua.

Los caños en las aguas fluyentes o entrecortadas producían una música como de buñuelos fritos, dorándose. Los cuerpos saltando bajo el agua tenían la alegría de los peces estirándose en una cascada; se violentaban al extenderse para que el agua se refractase con más furor al tropezar con los músculos en el colmo de su cordaje. Los caños entrecruzando el arabesco hormigueante del sonido del agua, parecían, rotas las planchas de metal que aislaban el cántico de cada extensión corporal, que formasen, por la diversidad entre el silencio vigilante del refectorio y la colorinesca alegría engendrada por el agua descendiendo, una subterránea cámara secreta, donde cada cuerpo por medio de casi invisibles inflexiones o de un apresuramiento momentáneamente incomprensible, siguiese los dictados de una música idéntica pero infinitamente diversa al ofrecerle los cuerpos sus transmigraciones. El acecho, que mantenía despierto hasta la irritabilidad a los disciplinantes del refectorio, cobraba como cierto desperezo al sentir el ronroneo del agua, galopando su *crecendo* encerrado entre la cementación y las planchas de metal. Después del volante reparto del pan, los disciplinantes, como si sus entrañas fuesen recorridas por el eco atado de las aguas de aquel encierro, se iban trocando en durmientes, como el éxtasis que recorre a los coristas en un *Kirie*, de Pallestrina, cuando la luz, amortiguada en la mañana por las blandas indecisiones otoñales, no puede saltar ya la espesura de los vitrales. Los días en que el director Jordi Cuevarolliot se retiraba, después de soplar sus maliciosas palomas de harina, los bañistas se ceñían de la cintura sus toallas, apresurando el paso y sonando sus sandalias con las iniciales del colegio. De tal manera, que durante mucho tiempo José Eugenio Cemi, tuvo del cuerpo el recuerdo que se precisa en la noche treinta y cuatro, cuando en el palacio un joven confiesa, el Rey de las Islas Negras, gimiendo y levantando su túnica, que era hombre de la cabeza a la cintura, y que tenía la otra mitad de mármol negro. Acababa de sumar sus tensiones, de ser recorrido por un hilo eléctrico al tener que cumplimentar una sorpresa, de esperar aquel volante punto harinoso, cuando el ruido del agua al mezclarse con aquel

acecho, parecía ser secuestrado o mezclado en la gloria de aquellos cuerpos que aparecían como remachados en el martirio impuesto por aquellas toallas de herejes orientales. El reencuentro del sentido de las mezclas en el gusto, y de los cuerpos, escondidos primero en las grutas goteantes, ocultos también en el propio rumor del agua, engendrarían en José Eugenio una especie de impresión palpatoria, que en los cuerpos viene a reemplazar a la impresión visual. El hecho de mezclar en el gusto una especie cualquiera, quedaría para él como una infinita sexualidad engendrada por la memoria de un tacto imposible, que a ciegas reconstruía los cuerpos en la lejanía y en el rumor de las cascadas filtradas por los muros de una cárcel. Necesitaba enceguercerse, reconstruir el salto de los cuerpos en la cascada de medianoche, para sentir el aguijonazo de lo sexual, mientras la gracia del acecho, de una sexualidad visible e inmediata, lo llevaban a una espera sin posibilidad de ser surcada, infinita, donde la simple presencia de un objeto era una traición intolerable, ofuscadora, que lo hacía aullar como las bestias que buscan la carroña nocturna en su evaporación. Al terminar el almuerzo, los alegres gimnastas bajo el chapuzón habían también desaparecido. Como si hubiesen retirado las planchas metálicas, el coro de los bañistas onduló al soplar su caramillo cerca de la caseta de los coperos; avanzaron hacia un punto como si fueran a transmitirse un secreto cambio de guardias, y desaparecieron en el humillo del café que venía a terminar el acecho de un gato color de pólvora, agigantado, levemente monstruoso, como los que aparecen en las pesadillas de los generales de los Cien días, con su piel muy estirada, terminada en innumerables tubillos como mamas incipientes, paseándose arrastrado a lo largo del refectorio, como la sombra silbante que surge del mar y desaparece deglutida por el genio dilatador de la ceiba.

VIRGILIO PIÑERA

Nació en Camagüey, en 1914. Graduado en Filosofía y Letras. Su formación, dentro de «Espuela de Plata», traza los lineamientos de su posterior desarrollo. Así, después, al fundar en 1942 la revista «Poeta», desenvuelve los contrapuntos y reversos de su anterior posición. Con beca universitaria viaja a Buenos Aires, integrando el comité de traducción de una obra de Witold Gombrowicz: «Ferdynand». Virgilio Piñera ha trabajado el cuento («El conflicto», «Poesía y Prosa»), el ensayo («La pintura de Portocarrero», «El secreto de Kafka»). Con su «Electra Garrigó», obra dramática, alcanza el más original relieve dentro de la historia de nuestro teatro. Como novelista, tiene publicada «La carne de René», e inédita «El Banalizador».

Con Piñera, vuelve el desbarajuste de lo onírico, con eco que va desterrando el recuerdo, hasta sólo dejarnos la imagen del borrón. Su actitud, desliza recovecos y anecdóticas trampas, llevando a los personajes, a través de un juego de descompuestas imágenes, a la atmósfera, un tanto libresca, de su evidente influencia kafkiana. Pero la actitud crítica del novelista, evidencia cierta contradicción en su actitud: él nos exige un afán, una tensión, por desenmascarar cualquier fácil deslizamiento por la piel de los hechos, pero no nos lleva a afiebrar la mirada, en ese reto donde las cosas empiezan a desfigurarnos sus rostros. Es decir, que aunque denunciadora, lo que hasta ahora la actitud de Piñera nos ha ofrecido, ha sido la paradoja de un vitalismo un tanto esteticista, quedándose sin conjurar el reverso, que él se obstina, agudamente, en sospechar por su contorno.

LA CARNE DE RENÉ

CAPITULO VII

LA CARNE DE RENÉ

El disco, tamaño grande, contenía el texto que sigue: —¡Atención!, René. ¡Atención! René, René, ¡una vez más atención! ¿Podemos comenzar? Entonces, ¡atención! (una pausa larga). ¿Por qué no quiere? ¿No quiere por qué no quiere querer o no quiere porque quiere no querer? ¿Quiere queriendo o quiere no queriendo? ¿Cómo quiere? (ruidos). ¿Quiere que cesen los ruidos? No, usted es incapaz de querer, usted lo ha dicho, usted no quiere, (ruidos). Diga con nosotros: Yo quiero, tú quieres, él quiere, nosotros queremos, vosotros queréis, ellos quieren. Dígalo ahora sin los pronombres: Quiero, quieres, quiere, queremos, queréis, quieren. Repita, René repita; más rápido. Así (la voz conjuga el verbo a una velocidad fantástica). (Ruidos.) ¡Atención!, René. Quiero le llama, quiero quiere hablarle. QUIERO. Repita con nosotros. QUIERO. Ahora letra por letra. Q... U... L... E... R... O... (la voz repite «quiero» como un murmullo docenas de veces). René, ¿está ahí? ¿nos escucha? Sí, René nos escucha. No, René, no piense; nunca piense; sólo quiera, quiera, quiera (ahora la voz repite «quiera» a base de gritos horribles acompañados de grandes golpes de gong).

Y así concluía el disco. Pero, en realidad, ¿concluía? No, porque al instante volvía a empezar. René, echado en la butaca, o tendido en la cama o con la cara sobre la alfombra, lo escuchaba siempre. Tres días con sus noches duraba ya este horror. Mejor dicho, el disco cesaba de noche y hacía su aparición el predicador. Entonces comenzaba un interrogatorio sobre la palabra querer. ¡Únicamente sobre esta palabra! A las seis de la mañana, el disco comenzaba de nuevo, y ya no paraba hasta las seis de la tarde. Habían colocado un micrófono en la alcoba y otro en el baño, de modo que si René huía de Scila caía en Caribdis... ¡Por el Señor!... Tres días a café y con este disco, era para volver loco al más equilibrado... Y si obtenía dormir un poco, se despertaba dando gritos; es que en el sueño se veía convertido en un disco que le hablaba sin cesar a su propia persona.

¿Qué había sucedido? ¿Era todo esto parte del plan de estudios de tal escuela? No, exactamente, aunque con el transcurso del tiempo, René supo que el «cultivo del cuerpo» se obtenía con dos métodos: físico y mental. Esta Escuela era una espada de dos filos... cortaba

su hoja por ambas superficies y los alumnos «del tercero» de seguro que podrían contar maravillas al respecto. Pero en el caso presente, y para hablar con propiedad, se trataba de un caso especial; del «caso René» —como se decía entre el profesorado—. En efecto, René era todo un caso, pero no aquel caso que en ocasión de la primera clase creyeron tener ante sí el profesor y el médico. No, aquellas lágrimas —como muy bien expresara el Director— «eran de cocodrilo»; claro que sufría, nadie negaba que sufría real e intensamente con los distintos ejercicios, pero junto a dicha incontestable cualidad de sufriente coexistía otra de una infinita peligrosidad. Para decirlo de una vez: se trataba de un rebelde, o si queremos algo más pintoresco —de uno que rehuye todo contacto con el agente del dolor— según frase de Adolfo, profesor «del segundo» y gran conocedor de los cuerpos...

Sí, en dos o tres ocasiones en el transcurso del primer trimestre (que ahora tocaba a su fin con la ceremonia de iniciación) René, se nego abiertamente a recibir el sagrado pan de la enseñanza. Una mañana expresó a Pedro que *no quería* levantarse y que mucho menos *quería* presentarse en el aula. Sacado a viva fuerza de la habitación y llevado al aula, negóse de plano al ejercicio y hasta tuvo la osadía de empezar una arenga a los compañeros, la que, naturalmente, fue cortada de plano por el profesor. Llevado a la presencia del Sr. Mármolo (por supuesto al final de la clase) éste lo sermoneó de arriba a abajo y díjole que su falta era tanto más grave cuanto que, precisamente, la palanca de Arquímedes de la institución lo era esa misma palabra que René se negaba a poner en acción. Añadió que todo, absolutamente todo dependía y descansaba en la palabra «querer» y, que «no querer» estaba ausente del léxico en uso de la escuela. Esa noche, celebróse un claustro especial, y el señor Mármolo expresó al profesorado el real peligro que significaba para la institución la presencia de un agente provocador como René; que comparado con René, el «caso Arturo» y compañía, era una bagatela y que si él, el Director, no procedía drásticamente, era por un resto de consideración al padre de René, con quien, por otra parte, ya había sostenido larga conversación telefónica y el que le dijera: «—En modo alguno, querido señor Mármolo, y si es preciso apriétele las clavijas hasta que revienten las cuerdas... Todos rieron a más no poder con frase tan gráfica. —Es verdad —dijo el señor Mármolo— nadie como Ramón para decir exactamente lo que quiere en muy pocas palabras !hasta que revienten las cuerdas! ¡Eso es!... Si el violín se niega a ser afinado entonces que las cuerdas se rompan...

Y por supuesto las cuerdas habían rechinado terriblemente al apretar tan duramente las clavijas. Pero se las habían con una vo-

luntad de hierro, y a los pocos días, el incidente repitióse. Naturalmente la actitud de René, incitaba a la indisciplina y esto sí no podía tolerarse ni un segundo más. Como muy bien dijera el señor Mármolo en una segunda reunión de claustro, la institución no se iba a tambalear en sus cimientos a causa de ese mocoso, y, sobre todo, que su escuela era un negocio, sí señor, un negocio en regla y aunque él tenía un gran respeto por Ramón y mucho le debía, no por ello iba a poner en peligro la buena marcha de su establecimiento. Como era de esperar, echó la culpa al profesor «del primero», quien estaba en desgracia desde aquel maldito incidente de los botones... Le apostrofó duramente y le hizo saber que su misión no sólo era transmitir el conocimiento, sino lo que era de mayor importancia: hacer del alumno un ser químicamente apto para el dolor... (¿Qué quiso expresar con eso de químicamente apto?)

Pero ahora las cosas se habían complicado aún más y a menos de una semana de la ceremonia de iniciación, René era un caso perdido. Eso de «químicamente apto» no rezaba con René y el profesor, desesperado, había presentado por dos veces su renuncia con carácter de irrevocable al señor Mármolo, pero éste no se la hubo de aceptar. Y el gran dilema era el siguiente: ¿se comunicaría a Ramón que su hijo quedaba expulsado de la escuela o se presentaba en la ceremonia de iniciación aquella carne analfabeta? Imposible esto último, ya que el objeto de la ceremonia, era precisamente, demostrar a padres y profesores que aquellos cuerpos estaban perfectamente dotados para el servicio del dolor. ¿Cómo entre un grupo de cuerpos que llevarían a cabo ejercicios brillantes podría presentarse a ese rebelde, ese... hedonista de René?... Tal cosa habría equivalido a una sensible baja en la moral del alumnado y comprometería de cierto el buen nombre de la institución.

El claustro tomó medidas de acuerdo con la gravedad del caso. Por muchas razones—el crédito del colegio, el amor propio del profesorado, y, sobre todo, los miramientos debidos a Ramón—, había que intentar lo imposible a fin de domeñar a René. Aunque si vamos a poner sobre el tapete las íntimas dudas del señor Mármolo, el caso era absolutamente desesperado. Si éste lo comparaba con el caso Roger, tenía que convencerse que la rebeldía de René iba por muy otros caminos que la de Roger. Mientras Roger se rebelara de puro miedo, de miedo ante el dolor físico, René se rebelaba por espíritu de contradicción. He ahí el punto neurálgico de la cosa: no por puro azar René era hijo de Ramón—un revolucionario en toda la línea—. A despecho de que René poseyera innegables facultades para el servicio del dolor (y, sin duda, de haberlo querido, habría dejado chiquitito a su padre en el oficio) esta condición de revolucionario primaba en él por encima de sus otras facultades y aptitudes. Concedamos, pues, al señor Mármolo que

mostrase tantos escrúpulos, dudas tan supremas frente al joven René. Sí, con Roger hubo de sufrir horrores pero desde el primer contacto con él se percatara que estaba frente a un material apto para el sufrimiento y que una vez colocado en la carrilera se deslizaría placenteramente por sí mismo. Con René, la cuestión era muy distinta: aquí se trataba de alguien, que no se compadecía de su carne como tal, sino que protestaba por el ultraje infligido a esa carne, y si la escuela, por una mal entendida consideración hacia el padre, tenía que soportar el peso muerto de tal hijo, mejor entonces que se convirtiera en un gimnasio o en un prostíbulo... Ante pintura tan sombría los amarillos cuerpos de los profesores se arremolinaron y protestaron. Vidas enteras, consagradas al servicio del dolor, no iban ahora, por los escrúpulos e histerismos de un jovencuelo, a parar al arroyo. Si René quería placer; si su aspiración era acariciarse a sí mismo eternamente; si le placía hacerse cosquillas o si pretendía hacer de su cuerpo un instrumento erótico, entonces que se largara porque allí nada de eso se practicaba. Así como suena: que se largara ¡y pronto!...

Pero el señor Mármolo, verdadero pedagogo y mejor diplomático, paró en seco a los protestantes con dos juiciosas reflexiones. Dijo de una parte, que estaba en el mejor espíritu de la escuela, en su más rancia tradición, el agotar todos los recursos frente a casos como el que ahora les ocupaba. Y que el profesorado sabía que «aún» quedaban ciertos recursos por ensayar... Entonces, levantando su mano derecha a la altura de su pecho juró solemnemente que si los «recursos» fracasaban, él mismo pondría a René de patitas en la calle. De otra parte, expresó que no podía pasarse por alto el destino excepcional de este neófito. Nada menos se esperaba de él que recogiera la antorcha de la santa causa del chocolate. Los profesores abrieron tamaños ojos y estallaron en carcajadas, a lo que el señor Mármolo, con gran frialdad, dijo que no veía el motivo para tanta risa, que por dicha causa habían muerto millones de hombres y más millones estaban prestos a sacrificar sus vidas; que René, futuro jefe de los chocolatistas, no podía ser tratado como uno de esos alumnos destinados a sentar plaza de mercenario cerca del jefe que mejor pagase sus servicios y que, en conclusión, él, como Director y cabeza responsable del establecimiento, pedía al profesorado agotar todos los recursos, y añadió que nada se arriesgaba, pues si la institución «lograba» hacer de René un eficaz torturable, el crédito de ella subiría, y que si no se tenía éxito, el hecho mismo de ponerlo de patitas en la calle, diría bien claro que en esa escuela nada tenían que hacer ni los réprobos ni los tráfugas...

¿Cuál fue el colofón de todo esto? Pues tener a René (ya iba para tres días con sus noches) entre el disco y el predicador. Había que definirse: o con Dios o con el diablo..., pero, claro que el señor

Mármolo se estaba jugando una carta suprema. Si René se decidía por la carne sufriente, bueno, entonces no pasaba nada, pero si escogía el camino de la carne como placer, como un burgués que acuesta su carne, la pone a comer y a defecar, entonces todo estaba perdido, la escuela tendría que aceptar su derrota, y lo que es peor: las instituciones rivales dirían que los métodos de enseñanza de dicha institución estaban gastados; sí, así como suena, gastados. El señor Mármolo estremeciéndose de horror; además de las razones expuestas, íbale en esta lucha su propio orgullo de raza, la grandeza de un majestuoso sacerdote del dolor. La época en que se vivía era tan «eficiente», marchaba el mundo con mecanismo tan insensible por eficiente, que aquel desgraciado que fracasara en su misión, estaba irremisiblemente condenado al peor de los castigos: al olvido, y el señor Mármolo en modo alguno quería ser un olvidado de los hombres de su tiempo.

En consecuencia, habíase encerrado en su despacho con el fin de encontrar el recurso que doblegaría la resistencia de René. Tras largas cavilaciones llegó a la conclusión que sólo un diablo sería capaz de sacarle a René el diablo del cuerpo... Sí, sólo el diablo de la repetición obraría el milagro; el hierro se ablandaría por la repetición: hora tras hora y minuto tras minuto se repetiría al obstinado que aceptase el servicio del dolor. Entonces el señor Mármolo compuso la diabólica mixtura. Disco-Predicador. Durante el día lo mecánico repetiría *ad eternum*, siempre con el mismo tono, incansable y blanco su invitación al sufrimiento de la carne, en tanto que por la noche lo humano argumentaría, monologaría y dialogaría por la boca del Predicador. Así, la sistemática alternancia de lo mecánico con lo humano, ayudada por la inanición, obligaría al rebelde a enarbolar la blanca bandera de parlamento. Pero, ¿qué sucedería si René no era «ablandado» por las furias de la repetición? Aquí el señor Mármolo frotóse con gran contento las manos. Si el rebelde vencía a tales furias, quedaba demostrado automáticamente que el joven era un eficaz torturable. El mundo se conmovería ante el autodidacta que salía airoso de una prueba para consumados en la materia. Fue tanta la satisfacción del señor Mármolo que lanzó una risotada y exclamó: —¡No, René, no tienes escapatoria!...—y pluma en mano se dispuso a redactar el texto del disco.

Ya el sol lanzaba sus postreros rayos, ya su luz agonizante envolvía a seres y objetos, a las formas de unos y otros comenzaban a desdibujarse cuando el disco vomitó el último y lacerante «quiero» de ese día. En el curso de dicha jornada (tercera de su cautiverio) René estuvo a punto de capitular. Tres veces, en medio de los aullidos del disco, tocó el timbre y tres veces presentóse Pedro, sonriente y cumplido. A Pedro se había encomendado transmitir al

señor Mármolo la posible rendición de René y para Pedro significaba un día de salida y una recompensa en metálico. Así, en el curso de esos tres días y con los pretextos más tontos, Pedro se introducía en el cuarto y preguntaba a René si por fin podía anunciar la buena nueva al señor Mármolo. En el día de que hablamos, las llamadas de René tenían, sin duda, un fuerte sabor a rendición. Por otra parte, eran las primeras en todo el tiempo de su cautiverio, y si René llamaba, no una sino tres veces, había que convencerse que el fin se aproximaba. Igual que ocurre con los enfermos *in extremis*, presentía Pedro que René estaba a punto de entregar su alma al Criador, lo que traducido en lenguaje de la escuela quería decir que estaba a punto de rendir su cuerpo al señor Mármolo.

—¿Ya?... —gritó Pedro.

René movió negativamente la cabeza.

—Usted debe estar loco—dijo Pedro—. Cogió las manos a René y le susurró al oído: —¿Por qué se obstina? ¿Aviso ya al señor Mármolo?

—No, no—exclamó René retirando su oído de la boca de Pedro—. ¡Nunca me convencerán!...

—Te convenceremos, hijo mío, te convenceremos... La repetición tiene el poder de ablandar las mismas piedras y mayores milagros se han visto en la viña del señor Mármolo...

Allí estaba el Predicador. Pedro salió disparado y cerró la puerta. Una especie de enano regordete y al que parecía dar más todavía el aspecto de fardo un camisón de dormir, se había introducido en el cuarto. Apenas si medía un metro, y su cara, aunque endurecida por los años, era la de un niño. La mayor ambición de este enano había sido el servicio de Dios, pero su exigua estatura fue siempre una infranqueable barrera entre él y la Iglesia. Ni aun los jesuitas quisieron admitirlo en su Orden y una mañana (de esto hacía ya muchos años), el señor Mármolo lo encontrara en un mercado, junto a una cochiguera, lamentándose de su mala estrella. Trabajó conversación con él y quedó asombrado de los profundos conocimientos del enano en materia sagrada y profana. El señor Mármolo decidió sobre el terreno que ese enano le venía de perillas para su escuela del dolor. De acuerdo con uno de los lemas más destacados de la institución; de acuerdo con el lema de «Siempre más bajo», este enano era un verdadero hallazgo. Pronto se pusieron de acuerdo, y con lágrimas en los ojos, el enano trepó por la imponente estatura del señor Mármolo a fin de darle un beso en la frente. Y en verdad que fue un hallazgo: lo que faltaba hasta ese momento a la escuela, es decir, el espíritu de lo bajo fue servido a maravilla y en fuente de oro por ese enano rehusado para la Iglesia. Hay que confesar que su venganza contra ésta fue algo que superó en crueldad todas las crueldades intelectuales: por ejemplo, él interpretó la crucifixión

de acuerdo con el espíritu de la escuela. Así, decía, Cristo era interesante en tanto que carne. De acuerdo con esto, Cristo era hijo de la carne, se entiende de esa carne apta para el servicio del dolor. Añadía que su interpretación de la Pasión, si bien menos elevada que la de los Padres de la Iglesia, era, por baja, infinitamente más humana. Según él, Cristo era un sufriente, hijo de sufriente y hasta nieto de sufriente que habría perecido por la causa de la carne. Este enano presentaba el siguiente argumento: —«Yo no asistí a la crucifixión. Ergo, puedo falsear los hechos. Ergo, mi falsedad es ésta: Cristo debía echar pedazos de dolor a los perros de su carne; la crucifixión fue su hartazgo supremo y último. Ergo, Cristo no murió en la cruz por amor hacia los hombres. Ergo, Cristo murió en la cruz por amor a su propia carne.»

No hay que decir que el señor Mármolo quedó encantado con interpretación tan carnal. De la misma decía que venía como anillo al dedo al espíritu de la escuela... Por fin tendrían los alumnos un espejo en el que contemplarse. ¡Y qué espejo! Sí, el señor Mármolo reventaba de vanidad. Ninguna de las instituciones rivales contaba con un tesoro semejante; mirarse en la carne de Cristo era algo en verdad novedoso. Ahora sí que el negocio iba a marchar viento en popa... No todos los días se encuentra al doblar la esquina un hombre como ése con una interpretación tan baja de Cristo. De pronto todo cobraba una luz nueva merced a tal hallazgo: los pisos de abajo parecían más bajos y el lema se revolcaba en el fango. Sin duda, este Cochon (así lo hubo de bautizar el señor Mármolo) era una verdadera perla. Fue Cochon quien tuvo la brillante idea de los «dobles». En relación con esto sostenía Cochon que el Cristo, tal y como se seguía representando desde siglos, era una rémora en época tan ajena a la piedad como la presente. Esa faz angustiada, esa cabeza caída sobre el hombro, esas lágrimas y ese sudor de muerte resultaban ridículos a nuestro espíritu deportivo. No, nuestra época huía a todo trapo de la piedad y había que complacerla y si la iglesia hubiera seguido su sano consejo (por él fuera excomulgado) millones de fieles inundarían sus naves para ver la cara moderna de Jesús.

Pero ahora la escuela del señor Mármolo le brindaba su concurso y todos los alumnos serían otros tantos Cristos modernizados; crucificados pero... con cara de pascuas; ablandados, machacados, molidos, comprimidos, horadados, fundidos, triturados, pero modernos, siempre modernos. Sin embargo uno había que se negaba a ser moderno; uno que osaba declararse antiguo, a la antigua usanza: cuerpo cultivado, piel intacta, desempercudida, color rosado o moreno, uñas pulidas, cabellera abundante y rizada, con cojines en la cabeza y espalda, muellemente tendido en una chaise longue; con refrescos a su alcance, un bombón, dos bombones, tres y encima

una fresa y después una guinda y para las nueve el cordero y para las diez otra carne como la suya en lecho de plumas.

¡Puah!... Era como para vomitar. Esta pintura correspondía punto por punto a las palabras de René en la sesión de la noche anterior. En ella hubo de expresar a Cochon por lo claro que él no estaba dispuesto a ceder su cuerpo para ese servicio del dolor —como decía el señor Mármolo—. Que el cuerpo era propiedad sagrada de cada cual y nadie tenía el derecho a profanarlo. ¡Qué lenguaje! Si era increíble que el mocoso se expresase con esos términos teológicos... Tal discurso ex abrupto fue causa de que Cochon tuviese que reprimir una violenta arqueada provocada por miras tan podridas. ¡Qué humos, Dios mío! Decididamente era un anormal, o si sabe peor calificativo, un excéntrico. ¡Eso es! René estaba fuera de centro; empeñábase en girar en sentido contrario a la rosa de la carne sufriente y Cochon no se ocultaba que no hay peor sordo que el que no quiere oír. No había otra solución que la retirada general y él estaba «decidido» a retirarse esta noche si el excéntrico persistía en su actitud. Bueno, Señor, la repetición es eficiente, hace milagros, pero con un loco es letra muerta; los locos están en el manicomio y no en una escuela para niños absolutamente normales. ¡Que se lo llevara el diablo!...

Cochon puso los ojos en el suelo y volvió a decir: —Te convenceremos, hijo mío, te convenceremos... en tanto que empujaba a René hacia la cama y lo obligaba a tenderse en la misma. Entonces, como un gato que se lanza al pedazo de carne, saltó sobre René y apretando la cintura de éste con sus rodillas y tomándole la cara con ambas manos, aproximó tanto su boca a la boca de nuestro héroe que aquello parecían dos bocas pegadas. Una vez que lo tuvo en tal posición comenzó a hablar:

—Eres un granuja. Así, zopenco que el Salvador de la carne murió en la cruz por su propia carne y tú te obstinas en no arrancarte ni una tira de pellejo. ¡Qué hay, eh? ¿A quién diablos has dedicado tu carne? Di, mocoso, ¿a una cochina hembra? ¿Qué pasa?... ¿No te basta con tu pellejo? Oye, no tienes vergüenza; sí, eres un impúdico. Pero hay algo peor: eres el hazmerreír de la escuela.

—Mentira—dijo René—. Todo eso es mentira. Además, no me importa.

—Bueno, es mentira—barbotó Cochon—. Me van a poner rabo, si fracaso contigo. Tú no puedes permitir esto. ¿Es que tan poco te importa mi cuerpo Si fracaso es el suicidio... No, tú no vas a permitir; tú vas a querer en seguida. Avisemos al señor Mármolo que por fin quieres... ¿No?... No quieres ya veo que no quieres. —Se puso a llorar como un niño y acabó por meter su cara en la

de René, quien sintiendo aquel líquido sobre su piel apartó bruscamente al enano.

—No, no despegaré mi cara de la tuya; lloraré eternamente en tu cara; si tan cruel eres para con tu maestro habrá entonces que lamentarse toda la vida... Pero mira, soy un perro que te lame, otra cosa no puedo hacer sino lamerte; me has vencido, soy tuyo, mi lengua es tuya y te lamerá así y así... —Comenzó a pasar frenéticamente su lengua por la cara de René. Éste, sacando fuerzas de flaqueza, apartó bruscamente a Cochon y saltó de la cama. Hasta esa noche la cosa había sido horrible pero el duelo sostenido fuera completamente verbal. Cochon había desarrollado sus sutiles argumentos horas y horas; mientras él, sentado en la butaca recibía en plena cara la luz de una lámpara. Al menos, en esas noches en claro, pasadas «al amor de la lumbre», existía una distancia, un metro separaba un cuerpo de otro, pero ahora, el maldito enano se le incrustaba y esto sí que era intolerable.

Cochon, se incorporó a su vez, paró las orejas, miró a René y comenzó a ladrar. Entonces saltó de la cama y arrastrándose llegó a la butaca; alzó las patas delanteras y púsolas en el pecho de René.

—¡Ahora sí que soy un perro!... Te voy a ablandar en menos de lo que canta un gallo. Si como Cochon no he podido ablandarte, como perro mi lengua hará el milagro. Saltó alegremente y acurucóse en el pecho de René. Su gruesa, crecida lengua, pastosa y roja, brotó como una llamarada sobre la cara de éste. El reloj del corredor dejó oír siete campanadas. Cochon comenzó a trabajar la cara de René con lengua acariciadora: escogió una zona (el pómulos derecho) y empezó su trabajo de zapa. Una brocha en manos de un pintor de paredes no habría rendido mejor tarea.

—Esto lleva tiempo—dijo—pero disponemos de toda la noche y bien sabes que ésta es la decisiva. Y no te figures que vamos a soltar la presa así como así... —Volvió a sacar la lengua y la empujó con la nariz, que a las dos o tres pasadas se fue hinchando y enrojeciendo. Cochon lamía de abajo hacia arriba, lo que tenía la virtud de provocar a René unos violentos estornudos, a la vez que sentía que la punta de su apéndice nasal llegaba al mismísimo techo. Trató de desviar la cara pero Cochon se la tenía fuertemente cogida entre sus manos.

—¿Empiezas a ablandarte?... Excelente remedio la lengua... Pero pocas palabras y más acción. Prosigamos con ese ojo; me mira desafiándome y esto no está bien en un escolar.

Otra vez la lengua empezó a hacer de las suyas. La cara de René se perló de un sudor frío, lo que unido a la saliva de Cochon, comenzaba ya a formar un sucio emplastro cuya fetidez provocaba terribles náuseas al paciente. Por su parte, Cochon había imprimido un ritmo más vivo a su lengua al mismo tiempo que no se limitaba

al ojo derecho sino que iba y venía de uno a otro, y por momentos hacía caso omiso de ellos y precipitábase sobre la boca con el chirrido del lacre ardiente sobre la carta.

—¿Qué tal, tesoro? ¿Habrá que echar más leña al fuego? Que no se diga que tienes la carne dura como un buey viejo... A tus años es cuestión de cinco minutos... ¿Te saco ya de olla? ¿Es, caballerito, que ya quiere que sirvamos la carne al señor Mármolo?

René abrió un ojo de Polifemo y parece que su mirada no fue del agrado de Cochon pues inmediatamente se lanzó como un loco, lengua en ristre, sobre ese ojo melancólico y feroz.

—No, maldito de mí; no se ha ablandado una pizca y sólo quedan unas pocas horas para una carne tan coriácea. —Este pensamiento le produjo tan horrible consternación que se puso a llorar como un niño. —Sí, —decía sollozando— sólo me queda la retirada... cubierto de ignominia, ¿adónde me recibirán? Sólo me queda la cochiguera. —Quedóse perdido en lejanos mundos. —Oh, no, Señor de los cielos, tú no puedes permitir esto. —Y volvió a la carga con redoblados bríos. La lengua pasaba frenética por la superficie de la cara, con tanto impulso que ora se perdía en el pelo ora se introducía en las aberturas de los oídos o bajaba hasta la nuez del cuello. Ahora el reloj dejó oír ocho campanadas. Cochon paró las orejas; murmuró para sí: —Sigue dura... De pronto llevóse ambas manos a la boca y haciendo embudo con las mismas gritó: —¡Socorro, socorro!...

El grito conmovió a Pedro hasta la raíz. De seguro que René había colapsado o algo peor aún. Entonces, adiós día de asueto y recompensa. En dos saltos salvó el corredor y empujó la puerta.

—¡Socorro!—volvió a escucharse la desgarrada voz de Cochon— Socorro y mil veces socorro y siempre socorro...

—¿Ha colapsado, señor?—dijo Pedro tímidamente.

—Algo peor—respondió Cochon con amarga sonrisa—. Se ha endurecido; se endurece por momentos. Se adamantiza de pies a cabeza. Pero no puede perderse un minuto. Corra en busca del señor Mármolo; a él las grandes decisiones; yo sólo soy un subalterno. Corra, arranque a Mármolo del lecho; dígame que la carne se enfría... Yo, por mi parte, no daré descanso a mi lengua. ¿Ve usted? Y la lengua de Cochon se aplicó de nuevo, ahora violácea e histérica sobre la cara de René—viva imagen de la inercia—. Por su parte, Pedro salió disparado en busca del director. Éste había empinado el codo más de lo regular y dormía como un lirón. Pedro se las vio negras para despertarlo y cuando el señor Mármolo abrió los ojos de beodo y vio a Pedro, maquinalmente metió la mano en la gaveta de la mesa de noche y extrajo un puñado de billetes.

—No, señor—dijo Pedro con voz estrangulada—. La carne se enfría...

—¿Qué carne? ¿Qué quieres decir?... Y como un mazazo le vino la revelación. Dio un tremendo puñetazo en la mesa de noche y vaso, jarra y botella salieron volando por el aire. Saltó de la cama y se endosó una robe de chambre. —Se enfriá, se enfriá—se puso a repetir como un tonto—. Pero se ha enfriado toda o queda algo caliente—preguntó a Pedro—. No sé, señor, Cochon no permite que nadie la toque. Tiene miedo—exclamó riendo Mármolo—tiene miedo... Vamos.

Emprendieron loca carrera por salas y corredores, salvaron la escalera en dos trancos y cuando desembocaban al corredor, oyeron distintamente nuevas demandas de auxilio de Cochon. Mármolo se detuvo en seco. —Decididamente, se enfriá... Alcanzó por fin la puerta y precipitóse en el cuarto. Cochon continuaba a horcajadas sobre René y en el silencio de la noche se destacaba nítidamente el chapoteo de su lengua...

—¿Definitivamente enfriada, no?—dijo Mármolo.

Cochon metió la lengua en su estuche y mirando a Mármolo con ojos de general derrotado, respondió:

—...A punto de—y volviendo a extraerla del estuche prosiguió maquinalmente el ablandamiento. Todavía continuó, semejante a las aspas de un ventilador recién detenido, hasta que finalmente la dejó caer sobre el labio inferior. Jadeando perrunamente dejóse caer sobre la alfombra; miró de hito en hito a Mármolo. —¡Socorro! —gritó como si se encontrasen separados por muchos metros.

—Cálmese, querido Cochon; en efecto, aquí estoy para socorrerle.

—¡Socorro!—volvió a vociferar Cochon.

—¡Por favor, admirado Cochon, por favor!... Estoy dispuesto a prestarle todo mi concurso.

—¡Socorro, socorro!... —y volvió esta vez los ojos hacia René, en tanto que sacaba una y otra vez la lengua.

Ahora sí que Mármolo comprendió y de un brinco cayó encima de René, que crujió como una rama seca. Mármolo sacó una lengua enorme y comenzó a rebañarle el rostro.

—Escuche, ahora, mi querido director. Las horas que quedan son decisivas—se expresó Cochon circunspectamente—y acaso muchas lenguas puedan obrar el milagro. Necesitamos, requerimos, demandamos, exigimos una gruesa de lenguas...

—¿Tantas?... —dijo Mármolo.

—...Tantas—dijo Cochon. Vamos a organizar un equipo de urgencia. Es mi última tentativa de ablandamiento. Es preciso que esa carne sea lamida sistemáticamente. Quiero decir, lamida desde la punta de la cabeza hasta la punta de los pies. Ahora, a usted toca dar las órdenes pertinentes.

—¿Usted cree, mi querido Cochon, que los perros del «segundo»?... Han trabajado intensamente todo el día.

—Eso no me interesa—dijo friamente Cochon—. Tanto me da que sean los perros «del segundo» como los perros «del primero». Lo que necesitamos son lenguas.

Se puso en pie y acercóse al espejo de la cómoda. Miróse la lengua una y otra vez.

—Hinchada, la tengo hinchada... Pero de ningún modo se va a caer en pedazos. Hágame un sitio, Mármolo...

Giró en redondo y se encaminó a la butaca. Una vez allí eligió la barbilla y se puso a lamerla con avidez conmovedora. Por su parte, Mármolo proseguía rebañando la nariz del rebelde y de vez en cuando, y un tanto subrepticamente bajaba un poco y lamía ya una mano ya la otra del exánime jovencuelo.

—¡Socorro!—gritó Cochon—¡Socorro!...

Mármolo comprendió perfectamente esta vez y abandonando la butaca se dirigió al timbre. Al instante apareció Pedro, con cara de circunstancias. Mármolo le metió la boca en la oreja y le susurró unas órdenes. Pedro volvió a salir y Mármolo ocupó de nuevo su sitio en la butaca.

—¿Dará resultado?—dijo Mármolo a Cochon.

—Eso lo sabremos a las seis en punto de la mañana. ¿De cuántas lenguas dispondremos?

—Por ahora de cincuenta. He ordenado venir a los perros «del tercero». Son los más frescos. No tienen que hacer nada mañana en la ceremonia de iniciación...

—Pues manos a la obra. ¿Qué le parece esa mesa?

—*Ad hoc*—contestó Mármolo dando una lenguada—*ad hoc* y dio otra tan fuerte que René abrió los ojos y lanzó un estornudo que bañó con sus gotitas la cara de Mármolo.

—Ayúdeme usted... —Cochon se puso a despojarle del pijama. Mármolo tomólo por debajo de los brazos y Cochon quitóle el saco, en seguida sacáronle los pantalones y nuestro héroe quedó tal y como su madre le echara al mundo.

—Prepare la mesa—dijo Cochon a Mármolo—. Es lo bastante larga para recibir este... hierro, y dejó caer pesadamente la mano derecha sobre el vientre de René. Éste abrió los ojos.

—Por última vez—díjole Cochon—. Por última vez: ¿Quiéres?

—¡Cómo!—exclamó Mármolo, acercándose a la butaca—. ¿Se ha dignado el caballero? Le agarró por los hombros y zarandeóle de lo lindo: ¿Quiéres ya?

René no dijo esta boca es mía.

—Es inútil, mi querido Cochon—dijo Mármolo—. Perfectamente inútil. Se ha hecho todo lo humanamente posible...

—Yo espero un milagro—dijo tímidamente Cochon y elevó los ojos a lo alto—. ¡Un milagro Santo Señor de los Ejércitos.

—No se desespere, Cochon. A la postre venceremos y al freír está el reír...

—¿Al freír?... —dijo Cochon estupefacto.

—¡Pues claro!—y Mármolo soltó una carcajada—. No tiene escapatoria... Si me presto a lo de las lenguas es por pura condescendencia hacia su persona. Pero será inútil, viva convencido. Agarró a René por los sobacos. Coja usted los pies, Cochon; así, ya está. ¿Listo? Ahora a la mesa. Esos perros están a punto de llegar...

—Pero dice usted que no tiene escapatoria...

—Chut—y Mármolo puso un dedo en la boca de Cochon—. Yo sé lo que me digo... —Acercó su boca al oído de Cochon:—Que aproveche ahora y se enfríe cuando le venga en gana... Después, ya no tendrá objeto; será un juego de tontos.

—¿Métodos más violentos aún?—le susurró Cochon.

Mármolo dejó la pregunta sin respuesta. La puerta abrióse de golpe y Pedro asomó su cara de circunstancias. Se hizo a un lado y comenzaron a entrar los alumnos «del tercero». Unos habían sido sacados de sus lechos y otros fueron pescados en la sala de juego. Esto era causa del abigarramiento en lo que respecta a la indumentaria. Mientras un grupo se exhibía en pijamas, otros se mostraban vestidos de pies a cabeza, en tanto que aquí y allí veíanse unos pocos en calzoncillos. Es que en el reglamento de la escuela (muy parecido a un código militar) se contenía también el zafarrancho de combate, de modo que la vista de Pedro soplando el silbato quería decir que le siguiesen como los ratones al flautista de Hammelin... aunque fuese a una muerte cierta.

Le habían seguido pues, primero, con un sobresalto que se manifestó por algunas fichas de pocker en el suelo y unos cuantos vasos volcados, y en los dormitorios, por sábanas arrolladas, por almohadas dispersas, por zapatillas mal ajustadas; después, con curiosidad, y ya próximos al teatro del crimen, con la helada indiferencia de sus muertas almas.

Cuando Mármolo cerró la puerta, la habitación tenía definitivamente el aire de una maleta cuya tapa amenaza reventar por el exceso de cosas con que la hemos atiborrado. Cochon había acomodado a los diez primeros en la cama y hasta ahí la distribución marchó correctamente, pero la segunda camada se vio forzada a seguir las mismas leyes de las aguas cuando invaden lo que va a contenerlas. Es decir, que la acomodación fuese cambiando lenta pero inexorablemente en amontonamiento y un poco más tarde en entongamiento. Sí, cuando la puerta cerróse tras el último alumno «del tercero», la habitación era algo en verdad pintoresco: allí en el poyo de la ventana veíanse arracimados media docena de muchachos y un poco más arriba, con las piernas entrelazadas en los hierros estaba Roger con su eterna sonrisa. Los distintos objetos que po-

blaban el mármol de la cómoda veíanse ahora en el suelo; era que las nalgas, al acomodarse sobre el mármol, los habían ido desplazando. En cuanto a la alfombra, parecía un jardín de flores humanas, tan unidas entre sí que ningún jardinero hubiera podido circular entre ellas para dispensarles los beneficios del agua. El único espacio vacío era la butaca. Tácitamente los alumnos habíanla cedido a la suprema autoridad del Sr. Mármolo. En cuanto a Cochon, tenía, como sumo sacerdote, el raro privilegio de la ubicuidad, es decir, que todos los espacios le pertenecían, plenamente.

Así, pisando uno y otro cuerpo circulaba con gran desenfado por la habitación. Particularmente se empeñó en llegar hasta Roger, para lo cual vióse obligado a saltar sobre la cama a fin de ganar la ventana. Parado sobre los hombros de los muchachos que se tenían en el poyo de la misma dio un caluroso abrazo a Roger y le expresó que como leader y alumno eminente «del tercero» le tocaba el honor de comenzar el ablandamiento del rebelde. Entonces, diciendo a Roger que le siguiera, dio un salto y cayó sobre las cabezas próximas agrupadas en la alfombra. Roger hizo lo mismo, y a poco, estaban frente a la mesa de... operaciones.

—Se trata—dijo Cochon solemnemente—de ablandar esta carne. Es una carne dura, más, coriácea; refractaria a la acción bienhechora del dolor. Esta carne—y agarró una pierna de René manteniéndola en alto—se empeña en endurecerse; se enfría por momentos. Si llega a la congelación, estamos perdidos.

Dejó caer la pierna de René. Se inclinó un tanto sobre el cuerpo desnudo. Ahora agarró la otra pierna y la consideró atentamente.

—Si al menos una parte, sólo una parte, Santo Señor, quisiera... —Dióle, con la mano abierta, un papirotazo en la cara. —Escucha, René: ¿es que me cederías una parte, sólo una parte para la ceremonia de mañana? ¿Acaso esta pierna?...

—La pierna se enfrió más todavía y Cochon, temblando, dejóla caer pesadamente.

—¡Por favor, querido Cochon, por favor... ¿Qué niñadas son esas? Acabe usted de formar el primer equipo. El tiempo vuela... —se oyó decir al señor Mármolo con tono de apremio.

—Cochon volvióse hacia Roger. —¿Qué parte prefiere, admirado Roger? Puede escoger la parte que más le guste...

—Prefiero la cara—dijo Roger envolviendo las palabras en el aceite de su sonrisa.

Pues ahí la tiene, y plugue al Cielo que *Fin Coronat Opus...*

Entonces Roger, derramando ríos de calma y cataratas de seguridad, Roger, segura eminencia de ese curso; archisuficiente carne se dispuso a hacer entrar en razones la carne refractaria. Igual que probamos una y otra vez el punto de la pluma y una vez que nos cercioramos de su bondad lo hacemos correr a derecha e izquierda

del papel, y a veces la mano se detiene porque el cerebro vacila entre un pensamiento u otro, así Roger sacó su lengua y tomando un dedo del pie de nuestro héroe la aplicó una vez y otra a fin de cerciorarse de la bondad de su punta. Sin duda, sólo a un maestro en tal arte se le hubiera ocurrido esta parte del cuerpo para un ensayo. Roger se asemejaba a esos calígrafos que pasan su pluma por los bordes del papel. Soltó el dedo y se trasladó a la cara. Pasó una mano por debajo de la cabeza y apoyó la otra en el borde de la mesa. Entonces miró a Cochon.

Éste fue señalando con su mano a las lenguas que debían secundar la de Roger. Una por cada parte del cuerpo. Cinco en total: dos piernas, dos brazos, en cuanto a la caja torácica y al vientre se considerarían una sola parte.

—Abra usted la sesión, Roger.

Roger lamió profundamente la frente de René. Movi6 la cabeza con aire de duda. Ahora pasó la lengua por los labios del rebelde. Volvió a mover la cabeza.

—¿Qué hay, Roger?—dijo Cochon.

—Pétrea—se limitó a contestar Roger.

Cochon elevó los brazos a lo alto. Mármolo se puso a mirarlo como si el predicador fuese un bicho raro. Le dio un golpecito en el hombro; le enseñó el reloj.

—Mi admirado Cochon; no se anegue en el Cielo cuando es a lo bajo a quien tiene que pedir ayuda. Son las diez. El tiempo vuela...

—¡Oh, sí!... es cierto; perdone, director, pero desespero, francamente, desespero... —Volvióse de nuevo a Roger y sus secuaces.

—Muchachos, ¡a la carga!

Las seis lenguas comenzaron su trabajo de zapa. A causa de la resistencia del terreno se las veía avanzar penosamente. Era lo mismo que subir una montaña cortada a pico o caminar por una ciénaga; las lenguas se detenían, se trababan en la carne, patinaban y rebotaban. Ya las caras comenzaban a congestionarse y las espaldas se perlaban de gruesas gotas de sudor, en tanto que las piernas se aferraban al suelo, mientras los brazos, semejantes a remos, bogaban desesperadamente en el vacío de aquella carne refractaria.

Y algo así como una invisible línea separaba lo duro de lo relajado, porque el resto de los asistentes se había entregado a animadísimo coloquio; las voces iban creciendo de tono, el humo de los cigarrillos se volvía minuto a minuto más denso. Inútil que Cochon se empeñara en guardar el orden, en lanzar miradas implorantes a Mármolo; inútil todo intento de solemnidad. Por el contrario, Mármolo había tomado todo aquello con espíritu eminentemente deportivo y hasta de zumba. Nadie sabe cómo, apareció de pronto una botella en sus manos; una botella de ginebra que co-

menzó a circular entre los alumnos. Cochon volvió a elevar los ojos y Mármolo le dijo, que en las grandes tempestades en medio del océano los marinos son confortados con doble ración de alcohol. Y mientras decía esto puso su dedo en el timbre y a los pocos segundos emergió la cara de Pedro, que al punto desapareció y al punto volvió a aparecer con un cesto repleto de botellas.

—¡Por favor, Mármolo!—imploró Cochon poniendo sus manos en el cesto que agarraba Mármolo—. Por favor, eso pondrá las lenguas pastosas...

—Mejor que mejor, admirado Cochon; mejor que mejor... Pastoso contra duro; duro contra pastoso. Veremos quién gana...

—Pero Mármolo, va usted a desorganizarme la gente—clamó Cochon—. ¿No ve que debo organizar las cuadrillas? ¿Olvida que esa carne debe ser lamida sistemáticamente?

—Será lamida... No veo por qué no lo sería... Pero déjeme animar un tanto a los lamedores. —Descorchando la botella que tenía en la mano comenzó a pasarla por entre los muchachos.

—En ese caso, no se limite a saturarlos sólo de alcohol; combine eso con la carne...

—¡Admirable idea, querido Cochon; usted siempre genial! ¡Eso es: la carne debe estar en todos nuestros actos! —Tocó de nuevo el timbre—. Así que alcohol y carne... ¿Qué da eso, querido Cochon?

Pedro asomó de nuevo su cara de circunstancias. —¡Eh, Pedro, corra a la despensa; traiga carne, mucha carne; aparezcase con carne fresca, con carne ahumada, con carne salada, con carne asada, con pierna de puerco, con jamón confitado, con carne hervida, con morcillas!...

Palmeó bruscamente a Cochon. —¡Carne contra carne!, Cochon, usted lo ha dicho... Hay que dar mucha carne a la carne para vencer la carne. El camino del cielo está empedrado de carne.

Cochon sacó su reloj. —Un momento, Mármolo; suspenda un momento. Hay que relevar la cuadrilla...

Señaló al azar a seis muchachos, ya bastante eufóricos por los dos o tres tragos ingeridos. —¡Alto!—gritó a Roger y compañía. ¡Deponed las lenguas! Dirigióse a Roger. —¿Qué me dice, Emi-nencia?

Roger, con roja sonrisa a causa de la cara congestionada se limitó a decir. —Durísima—y escupió abundantemente.

Mármolo, al oír la sumaria declaración de Roger, lanzó una sonora carcajada. Alargóle la botella. —Nada, Roger, nada; ni una lengua eminente como la suya puede nada... Volvióse hacia Cochon. —¿Es que tendremos que implantar medidas draconianas?

Cochon le dio la callada por respuesta y metió en el cuerpo de René la segunda cuadrilla. Ésta, con objeto de trabajar más a sus anchas y más que nada por efecto de la descomposición general que

se formaba, se había despojado de las ropas. Entonces el efecto se hizo más extraño aún, pues salieron a luz las llagas, cardenales, contusiones, pústulas, dislocaciones y hematomas. Tal parecía que esos seis lamedores hubieran aguardado pacientemente durante años la oportunidad que ahora se les brindaba de exhibir abiertamente sus tesoros del sufrimiento en silencio.

Se arrojaron como perros rabiosos sobre la carne de René. Esta cuadrilla, o bien por espíritu de emulación o por efecto de la bebida, se dio a la tarea con tal acometividad que Mármolo empezó a palmotear como un niño.

—Confiese, Cochon; confiese que el alcohol hace milagros. Oiga usted, oiga que rítmicas se deslizan esas lenguas por la ruta carnal. ¡Oiga!: un, dos, un, dos, un, dos... ¡Sus, muchachos, sus!...

Quedóse un momento abstraído; de súbito dióse el golpe en la frente que anunciaba la venida de una idea luminosa.

—¡Caído de las nubes! eso es: ¡Caído de las nubes! ¿Cómo, Cochon, no se me ha ocurrido antes?

—¡Qué!—exclamó Cochon con indudable tono de chanza— ¿Acaso el fuego?

—No ironice, Cochon; eso no sienta a un predicador de su talla. Pero, soy generoso y le seguiré la corriente. ¡Pues sí, el fuego, pero líquido!... La ablandaremos con alcohol; las reglas elementales de toda buena cocina prescriben el uso del alcohol para ablandar las carnes... Y ésta—metióse entre los lamedores y colocó su manaza en el vientre de René—. Esta—y hundió la mano—no es menos carne que las otras.

Los seis muchachos habían alzado sus cabezas y las lenguas se mostraban colgantes y palpitantes. Asemejábanse al animal que es despegado de su presa en lo mejor de su descuartizamiento. Los ojos estaban inyectados y tal parecía que de un momento a otro los seis cuerpos iban a cerrar contra Mármolo.

—¡Quietos! Yo soy blando, soy cera derretida... Es él quien debe ablandarse.

Alzó la botella por encima de su cabeza y dejó caer el líquido sobre el cuerpo de René en tanto que con la mano libre frotaba aquí y allí la ginebra. —Permita, Mármolo, permita que como Sumo Pontífice... —Dejó caer un chorro de ginebra sobre la cara de René.

—*In nomine Pater, Filius et Espiritu Marmolus...*

La puerta se abrió de golpe y pudo verse a dos brazos que sostenían una enorme bandeja en la que reposaba, entre hojas de lechuga, un puerco asado. Había entrado de cabeza y sus ojillos parecían mirar estupefactos la escena de la liquefacción.

—¡El predicado! —gritó alegremente Mármolo a la vista del puerco.

—¿El predicado?... —dijo Cochon.

—¡Pues claro!—contestó Mármolo—. ¿No es el predicado lo que se dice del sujeto? Si yo digo: —«El hombre está hecho de su carne»... el predicado del sujeto hombre es... su carne.

—Pero, Mármolo, no confunda. René está hecho de carne humana. Y eso que acaba de entrar es carne de puerco.

—¡Pura casuística, Cochón! Al final, todo es carne y nada más que carne.

Entretanto el puerco había sido empujado por una fuente de morcillas. ¿Es que Pedro tomó al pie de la letra las palabras de Mármolo? Con paso de lobo fueron entrando hasta seis portadores de carne. Los muchachos que se tenían sobre la cómoda, dejaron el lugar a las fuentes, pero como el espacio era reducido, el puerco se vino al suelo con gran estrépito. Pequeños arroyos de manteca comenzaron a surcar aquí y allí las baldosas. Pero, ¿quién no tiene apetito a las once de la noche? ¿Quién puede resistir la vista de un puerco asado entre hojas de lechuga? Los más próximos al puerco metieron sus manos y arreglándose como podían comenzaron a sacar postas de carne. La avidez era extraordinaria pero al mismo tiempo se advertía una especie de locura en querer meter en la boca todas aquellas clases de carnes. Así, no bien un trozo de puerco era mordido, se le abandonaba en seguida para morder un pedazo de cordero o una morcilla en tanto que la mano libre agarraba convulsamente la botella. Trago y bocado, trago y... pero muchos tragos llenan la vejiga. Otros tantos arroyitos de orines vinieron a juntarse a los de manteca: surgían de cualquier parte según el latigazo de la vejiga les hubiera avisado. Por su parte, Mármolo, que mantenía a raya a los seis lamedores de turno, lanzó de pronto un grito: ¡Por favor, aire, la carne se ahoga!—y se lanzó, arrollando cuerpos hacia la ventana abriéndola de par en par.

—Deje que la carne se ahogue, Cochon; deje que la carne haga cuanto le venga en gana... Al freír será el reír—gritó Mármolo.

Pero Cochon apenas si pudo oírlo porque un grupo de muchachos que se había introducido en el baño, sacaba, entre grandes exclamaciones, el «doble» de René. Era tanto el desorden que al pasar por la puerta uno de los brazos de la cruz rompióse y el Cristo llegó al centro de la habitación clavado sólo por el otro brazo. En seguida se lanzaron sobre él y comenzaron a lamerlo ávidamente. Mármolo se pelaba aplaudiendo, en tanto que Cochon derramaba ginebra sobre la figura.

—¡Alto!—dijo Cochon—, hagamos apuestas sobre cuál de los dos se ablandará primero.

—¡Qué niño se está volviendo usted, querido Cochon—saltó Mármolo. Ahora René es el doble de su doble. Ya sabe, eso quiere decir «doble dureza»... No le bastarían todas las lenguas de la tierra. Sin embargo, un ruido característico de yeso que se desmorona

vino a desmentir grotescamente la afirmación de Mármolo. Era que uno de los lamedores, borracho perdido, se obstinaba, en ablandar una pierna del doble y como hubiera podido pasar toda la vida lamiéndola con resultado siempre negativo, en un acceso de furor habíala pateado hasta hacerla saltar en pedazos. Esta fue la señal para el descuartizamiento. A su vez, el resto de los lamedores la emprendió con las demás partes del cuerpo y en minutos sólo un montón de yeso coloreado quedaba sobre el piso. Entonces aquellos muchachos se dejaron caer sobre los fragmentos y sacando sus sexos lo rociaron abundantemente.

Cochón estalló en carcajadas y emprendióla a pellizcos con Mármolo.

—¡Doble contra doble!... ¡Qué me dice, querido director! Ya lo ve: si no se ablanda se rompe...

—¿Entonces, lo rompemos? —¿No?—dijo Mármolo—, pellizcando a su vez a Cochón y señalando el cuerpo de René.

—¡Oh, no, director, quite usted allá! No excite demasiado a los perros.

—El orden está roto, querido Cochón. Pero no se achique: al freír será el reír...

El reloj metió doce campanadas en la habitación. Cochón mesóse los cabellos.

—¡Las doce, Señor de las batallas; sólo nos quedan las sombras!...

—Pero tras las tinieblas, la luz, Predicador—graznó Mármolo—. La hermosa, pura y refulgente luz. Esa luz que alumbrará los cuerpos de los nuevos servidores del sufrimiento en silencio.

—¡Cómo!—exclamó Cochón—, ¿esta vez celebrará usted la iniciación en campo abierto y a pleno sol?

—Es un modo simbólico de expresarse, querido Cochón. No se alarme: nuestras iniciaciones serán siempre por debajo de la línea de flotación...

—Ah—se limitó a decir Cochón. Ah.

Acercóse a los lamedores y tuvo la desagradable sorpresa de contemplarlos dormidos; con las bocas, como ventosas, sobre la carne de René.

—¡Vea, Mármolo!—gimoteó Cochón—. ¡Vea!... Ahí tiene el desastroso resultado de su ginebra... Se me han dormido las lenguas.

—¿Y qué me dice de aquéllas?—Mármolo viró en redondo y señaló a Cochón un montón de cuerpos que roncaban plácidamente en la cama. —Mucho me temo que esas lenguas no despierten a su debido tiempo.

Cochón se lanzó como un poseído sobre la cama y comenzó a separar los cuerpos apretados unos con los otros. Aquí empujaba una pierna metida en otra pierna o separaba dos brazos que se habían quedado dormidos en un vientre. Pero inútil empeño porque no

bien había obtenido aislar un cuerpo completo, al momento se le desarticulaba y caía pesadamente sobre otra desarticulación. Pero esto sólo fue juego de niños con lo que se vino encima. De pronto media docena de muchachos se lanzó al asalto de la cama y cayeron sobre Cochón, quien con gran trabajo logró emerger de aquella montaña de carne alcoholizada. Dando tumbos se dirigió a los dormidos lamedores seguido de las estentóreas carcajadas de Mármolo. Una a una fue despegando las yertas bocas de la endurecida carne y sacando una vez más su enorme lengua iba y venía de uno a otro cuerpo lamiéndolo sin ton ni son.

—¿Qué hace, Cochón—gritó Mármolo—. Sólo a uno hay que ablandar...

—¡Ya se engaña usted!—jadeó Cochón—. ¡Ya se engaña! La cosa se complica: también los lamedores se endurecen. Corra usted acá; hay que taponar la vía de agua. Nos amenaza un ecuménico endurecimiento.

Pero Mármolo se había desplomado también en la cama y miraba estúpidamente a Cochón.

—También comienzo a endurecerme, querido Cochón. Me siento de piedra.

—¡Maldita, mil veces maldita—clamó Cochón—. Esa carne acabará por endurecernos a todos. ¡Por favor, Mármolo: a usted las grandes decisiones! Acabe por echarla a puntapiés.

—No puedo—gimió Mármolo—, se me rompería el pie.

—¿Pero a mí sí se me puede romper la lengua, no?—vociferó Cochón—. ¡Vamos, Mármolo, usted es aquí la suprema autoridad. Ponga un poco de orden.

—No puedo, me endurezco por momentos—y como un poseído púsose a lamerse las manos.

—Pues entonces toque zafarrancho de combate. ¡Vivo, vivo! ¡Fuera ropas! Este es un drama de la carne y sólo entre carne desnuda se puede ventilar.

De un violento tirón arrancó a Mármolo la abierta robe de chambre y acto seguido rasgó de arriba su propio camión blanco. —Ayúdeme, por favor—. Como Dios nos echó al mundo, con dúctil carne, proclive y temblorosa.

Con infinito esfuerzo puso a Mármolo nuevamente en pie. Los alumnos que aún proseguían despiertos se agruparon alrededor de director y predicador. Cochón volvióse hacia ellos con gesto decidido:

—¡Fuera ropas, he dicho! ¿Qué esperan?

—Eso es—repitió como un disco, Mármolo—. Fuera ropas, he dicho. ¿Qué esperan?... Quedóse un momento abstraído y dejó caer pesadamente la mano sobre el hombro de uno de los muchachos.

—Usted, usted mismo, ¿qué hace que no me lame? ¿No ve que me endurezco?

El muchacho no se hizo repetir la orden y se lanzó ávidamente sobre la desnuda, fofa carne de Mármolo.

—Mutuamente —gritó Mármolo— mutuamente. No hay tiempo que perder... Ya lo ha dicho nuestro admirado predicador. Usted me lame y yo lo lamo...

—Todos nos lamemos... —completó Cochon, cerrando el último vértice del triángulo carnal.

Pero era inútil: las lenguas se pegaban en la carne como las moscas en la miel... Mármolo se sintió caer en un vacío sin fondo y su lengua fue resbalando por la carne del muchacho hasta quedar pegada en la alfombra. El endurecimiento era general y Cochon mismo sentía que sus miembros se endurecían, que las piernas se le envaraban y que los brazos le pesaban como plomo. Miró en torno suyo: un denso, compacto mar de carne se tendía a sus pies. Con su pantufla pisó uno y otro cuerpo y a cada nueva exploración el pie se encogía dentro de la pantufla con una profunda sensación de asco. Dando tumbos llegó hasta el cuerpo de René y abrazóse a aquella carne endurecida y endurecedora. El reloj del corredor tocó la una. Con automática lengua dio una lengüetada sobre la boca de René, pero una lengüetada tan poco convincente, una lengüetada tan tibeante, cobarde y aburrida que la retiró al punto.

—Tú nos vences —susurró—. Esto significa la vuelta a la cochiguera. Linda ceremonia la de mañana con la carne dura del hijo y las recriminaciones del padre. No hay duda, nos hundimos. Hay que retirarse. Eso es... retirarse. Y ahora mismo voy a retirarme.

Pero no pudo: la carne se negaba al movimiento. Por el contrario, pegóse a otra carne próxima y allí se quedó dormida.

CAPITULO IX

LA CARNE PERFUMADA

En esa hermosa tarde del mes de diciembre, con un frío que picaba en las orejas y enrojecía las narices caminaba René, bajo un límpido cielo, por una callejuela de las mil y una que permiten el acceso al puerto. En verdad que mostraba un aspecto de lo más satisfecho: su habitual palidez había desaparecido y la cara estaba proclamando que el resto del cuerpo gozaba de una salud perfecta.

¡Cómo no había de ser así si por fin le habían dejado tranquilo! Después de su salida del colegio su padre tomó el partido de no insistir más sobre el servicio del dolor. Un mes hacía de aquel feo episodio de las marcas y Ramón no había vuelto a poner el tema sobre el tapete. René, que no las tenía todas consigo, aguardaba un nuevo ataque, pero poco a poco fuése tranquilizando al ver que los días pasaban y Ramón no hacía la menor alusión al asunto. Esta libertad de movimientos suele ser muy beneficiosa: aumentó de peso, cobró buen color y aunque la presencia de la marca sobre el trasero le recordaba que ya él no era la misma cosa que el resto del mundo. la tomaba como algo muerto que por eso mismo no podría causarle ningún daño en lo sucesivo.

Después su vida misma se había hecho más variada. Ahora se le enviaba con frecuencia al centro, a éste o áquel barrio con algún mensaje para cualquier amigo de Ramón o simplemente se le daba permiso para conocer la ciudad y si lo deseaba hasta asistir a un partido de baseball a pasar un buen rato en el cinematógrafo. Sin ir más lejos, ahora mismo volvía a su casa, cansado pero feliz, de una larga caminata por el inmenso puerto de la enorme ciudad. ¡Cómo hubo de divertirse con dos muchachos de su misma edad que encontrara junto a uno de los muelles: se tiraron bolas de nieves; con un cajón viejo improvisaron un trineo y se deslizaron dando gritos de júbilo! ¡Y hasta habían entrado a una cervecería y pedido cerveza negra! Tan intenso había sido el placer que de pronto se dio cuenta que ya eran más de las cinco y que a pesar del tren subterráneo estaba a más de una hora de su casa. Se había despedido bruscamente de los muchachones; del puerto a la primera estación de subterráneo había sus buenas diez cuadras. Era preciso apresurarse; no quería por ningún concepto, abusar de la libertad que tácitamente su padre le había concedido. Así, pues, con paso rápido, tropezando y hasta cayéndose en la nieve, acercábase al subterráneo. Particularmente, sentíase eufórico esta tarde. Había madurado un plan de vida que pensaba ¡qué audacia! someter al juicio de Ramón. Sí, René quería ser útil a su familia y a la sociedad. Y para ello había pensado que lo mejor era encontrar un empleo y por las noches estudiar hasta que se cayese de puro cansado. No le importaba si su padre tenía bienes de fortuna: él quería independizarse, ser el dueño absoluto de su persona, y por cierto, no lograría serlo, dependiendo de Ramón o de Alicia. Ya había visto bien claro a lo que se llegaba cuando el padre era también César de su hijo. No, él tenía sus veinte años bien cumplidos y quería por sí mismo labrarse un porvenir. Al principio serviría de mozo de un restaurante o aprendería el manejo de un ascensor o algo por el estilo. No podía aspirar a más pues esa nefasta costumbre de su padre de tenerlo

siempre encerrado en casa, había dado por resultado que supiera muy pocas cosas. Sin embargo, se decía nada hay perdido; primero buscaré en los diarios un empleo que me convenga y entonces le diré tranquilamente a Ramón que lo voy a aceptar...

Justo es reconocer que si tales consideraciones eran sólo hasta ese momento nada más que sueños, le habían en cambio ayudado a salvar esas desagradables cuadras. Ya sólo le faltaban dos para encontrarse por fin con la boca del subterráneo cuando vióse impedido en su marcha por un grupo de gentes, no mayor de una docena, que se agolpaba justo en el centro de la calle. El montón que formaban así como la circunstancia de que la luz era ya muy escasa, debido a lo avanzado de la hora, no le permitió por el momento una apreciación exacta de lo que sucedía. Sin embargo pudo ver que una de las personas que estaba en el grupo salía bruscamente del mismo y se alejaba moviendo la cabeza con ese gesto característico del curioso que se percata que el objeto de la curiosidad popular es un buen señor que anuncia una pasta milagrosa para la caída del cabello o algo por el estilo.

René dióse clara cuenta de la situación, o por lo menos eso dedujo por la cara del tipo. En consecuencia se dijo que no valía la pena perder más tiempo, que era muy tarde y que ese espectáculo no pagaría una reprimenda de Ramón. Y aun más fortalecióse en su decisión cuando, ya a dos pasos del grupo, vió a una mujer que lo abandonaba y movía la cabeza exactamente igual que el hombre de hacía unos segundos. Pero la juventud, tras una juiciosa reflexión se mete de lleno en lo más recio de la pelea... En consecuencia, René olvidó la que acababa de hacer y apresuró el paso en dirección al grupo.

Un hombre, con el pecho desnudo estaba recostado contra una piedra. Arrodillados junto a él, dos tipos, empuñando sendos cuchillos le miraban atentamente. El hombre ya tenía el pecho atravesado por dos puñaladas y aunque René sabía poco de la palidez cadavérica, dióse perfecta cuenta de que al infeliz sólo le quedaban muy pocos minutos de vida.

El resto del grupo lo formaban los eternos curiosos; grupo sensiblemente disminuido ahora pues, sin duda, el espectáculo les resultaba bastante familiar. De pronto oyóse una voz de mujer que decía:

—¡Eh, Julia, acabarás de venir!... ¿Qué estás mirando?

—¡Ya voy, mamá; un minuto más!...

La mujer, que hablaba desde una puerta situada justamente frente al grupo volvió a gritar:

—Julia, ¿Vienes o no?...

—¡Ya voy, mamá! lo están rematando...

—¿A quién?...

—A Pedro...

—¿Qué Pedro? Conocemos cuatro Pedro...

—El zapatero, mamá; le falta poco...

—Bueno, no te demores; mira que van a cerrar el almacén.

En ese momento, el herido dijo al hombre del cuchillo que estaba a su derecha:

—¿No podrían terminar de una vez?

Los dos tipos se miraron; juntaron sus cabezas por encima del pecho del agonizante y finalmente dijeron a coro:

—Sí, ahora mismo; es justo.

Habían levantado ya el brazo y sin duda se disponían a dar el golpe de gracia, cuando uno de ellos tuvo la ocurrencia de cambiar los cuchillos.

—Toma el mío y dame el tuyo...

—¡Qué ideas tienes! —dijo el otro—. Mira que hay un frío endiablado; acabemos de una vez.

—Compláceme, Antonio...

—Bueno, sea; pero me invitarás a cerveza.

—Prometido —dijo el Antonio.

Entretanto René había logrado situarse junto a la chica llamada Julia. Era una muchacha de unos diez y ocho años, con una de esas caras que participan de la madona y de la prostituta. Sus rubios cabellos estaban anudados y sujetos con un pañuelo. En verdad, parecía la única vivamente interesada en aquella escena: habíase cruzado de brazos y sus miradas se detenían ya en uno ya en otro de los cuchillos que portaban los hombres.

—Perdone —musitó René— ¿Por qué lo asesinan?

La chica le miró extrañada; la palabra asesinar le sonó como lengua extranjera.

—¿Qué dice?... Y volvió a poner sus ojos en los cuchillos.

—¿Pero nadie lo va a impedir? ¿Es qué no tiene familiares?

—Cómo qué tiene... qué gracioso... ¿Y sus dos hijos?...

—Qué hijos —y René sintióse helado— ¿Qué hijos?

—Pues esos dos que están ahí con los cuchillos; esos son sus hijos, Antonio y Alfredo.

—¡Sus hijos... —murmuró René— ¿Son ellos sus hijos?

En ese momento, un hombre, que estaba a punto de abandonar el grupo, acertó a oír la entrecortada exclamación de René; mirólo de hito en hito y díjole con voz bien distinta:

—La chica dice verdad jovencito; son sus hijos.

—René aprovecho la conjuntura y tomando al hombre por las solapas le gritó:

—Hijos o no, qué importa, señor; le van a asesinar...

—Tiene que ser así, jovencito. A ellos les conviene que su padre

muera; de lo contrario no podrán disfrutar de los reales acumulados por el viejo.

Sin duda que el llamado Antonio alcanzó a oír lo que decía el hombre a René pues poniéndose de pie se dirigió a aquél...

—Es así como usted dice, señor. Todavía le concedimos un mes para que muriera de una enfermedad, pero tiene una salud de hierro. Y nosotros no podemos esperar; yo quiero divertirme y Alfredo... ¡Eh, Alfredo, qué piensas hacer con la plata?

—Lo mismo que tú, hermano mío. ¡Uf, qué frío; acabemos de una vez.

—¿Mas por qué le han traído a morir precisamente en la nieve? No veo razón alguna que impidiera haber hecho eso en su propia cama —gritó René con temeraria vehemencia.

—El mismo lo ha querido así —repuso con gran flema el llamado Alfredo—. Fue su último deseo y se lo hemos concedido, ¿no es cierto, hermano mío?

—Muy cierto, hermano —exclamó Antonio— él lo pidió; ahora bien, por qué quiso morir en medio de la nieve... no lo sabemos.

Entonces se miraron una vez más y con matemática precisión sepultaron una y otra vez sus afilados cuchillos en el pecho de su padre. El viejo se contrajo violentamente y después la rigidez cadavérica fue tomando posesión de aquella carne.

—¡Ahora; a cobrar los reales! —gritó alegremente Alfredo limpiando su cuchillo en el pantalón del muerto.

—¿Ya se acabó? —y la voz de la chica tuvo la virtud de erizar los cabellos de René.

—Ya, preciosa, ya se acabó el viejo; corre al almacén que lo van a cerrar.

—¡Ah, señor!, entonces usted oyó lo que me decía mi madre?

—¡Claro que lo oí, preciosa!, dime, ¿quieres tomar cerveza con nosotros?

—No, —dijo Julia— no tengo tiempo; acaso más tarde...

Alejóse corriendo; los ojos de René seguían clavados en el muerto. De pronto escuchó que alguien decía:

—Buen golpe, Antonio; pero con una puñalada bien asestada el viejo habría tenido de sobra.

—La culpa fue de éste —y Antonio señalaba a su hermano—. Se empeñó en jugar con la carne del viejo y ya ves... Pero vamos a la cervecería; ¿te animas a jugar un partido de dados?

Cogidos del brazo, viólos René que se perdían en las sombras. Trató de alejarse de la escena del crimen, pero sus pies se negaban al movimiento. Invadióle una angustia tan horrible que cayó de rodillas junto al cadáver. La noche había cerrado por completo y sólo desde la esquina próxima llegaba un débil resplandor del alum-

brado. Pensó entonces que si alguien acertaba a pasar, o peor todavía, si un agente de la autoridad hacía su aparición por el lugar del crimen, seguramente lo complicarían en tan horrible asesinato; pero no era menos cierto que las cosas se hicieran con tanto desparpajo, con impunidad tan manifiesta, que hasta podía esperarse que el viandante o el agente no hiciesen el menor caso del cadáver. Comenzó a nevar con gran fuerza o mejor dicho, René se percató de que había nevado abundantemente sin que él pudiera decir qué tiempo hubo de estar arrodillado junto al cadáver. La nieve había cubierto casi enteramente el cuerpo del viejo, y en cuanto a René, tuvo que hacer un esfuerzo para librarse de la que le llegaba hasta la cintura. Estaba completamente helado y por un momento pensó que, él también, moriría en tan siniestro lugar. Costóle gran trabajo ponerse en pie, la cabeza le ardía y sentía el más amargo de los gustos en la boca. ¡Con qué cara iba a llegar a su casa! Además, esta demora, Ramón no iba a pasarla por alto y las represalias no se harían esperar... Sin embargo, podría inventar cualquier buena excusa; por ejemplo, que el subterráneo había sufrido una interrupción o algo por el estilo. ¡Ánimo, pues! Pero en seguida nuevos desfallecimientos anulaban sus propósitos y sólo lograba contemplar brazos armados de pavorosos cuchillos que se ensañaban contra una carne senil.

De pronto la luz de una linterna le dio en pleno rostro al tiempo que alguien exclamaba:

—¡Por fin, Samuel; creo que es acá!... Y el que respondía al nombre de Samuel a su vez cruzaba el rostro de René con la luz de la suya y confirmaba con grandes voces el descubrimiento de su amigo.

—¡Ah! —dijo Samuel—. De seguro que es usted el jovencito que hizo tantas preguntas...

René quedóse boquiabierto. Quiénes eran esos tipos que ya sabían que él hiciera muchas preguntas a los asesinos; porque, sin duda, de eso se trataba... Pero no tuvo mucho tiempo para meditar en el conocimiento que de su persona tenían los tales señores. El compañero de Samuel le interrogó:

—Por favor, joven; la nieve ha debido cubrir el cadáver. ¿Sabría usted decirnos poco más o menos en qué sitio lo dejaron sus hijos?

—Pero, ¿cómo saben ustedes?... —murmuró René—. ¿Cómo lo saben ya?...

Samuel rióse a carcajadas. —¡Pues cómo lo íbamos a saber sino por sus propios hijos. Somos de las pompas fúnebres municipales y nos telefonaron hace cosa de una hora para que viniéramos a recoger el cadáver; sólo que la maldita nevada nos impidió llegar a tiempo. Si hasta hemos tenido que dejar el furgón en la esquina: tanta nieve ha caído...

—¡Ah, Samuel, ya lo encontré!—oyóse ahora la voz del otro; ven a ayudarme; trae la pala...

—¡Cielo santo!—gritó Samuel—. Te has ganado el trago, Pipo. Dime, ¿tiene mucha nieve encima?

—Apenas una capa—repuso el llamado Pipo—. Así me gusta; eres honrado, Samuel; te prometo que beberé lo más barato que tengan en el café. Pero, esa pala, ¡vivo! ¿Es que también te has muerto tú?

—¡Acá estoy, Pipo!... No, estoy vivo todavía, pero este maldito frío casi no me deja mover. ¡Eh, joven!—y se dirigió a René—, ¿es que nos va a dar una manito?

—¡Cómo!, Samuel, ése darnos una manito—dijo riéndose Pipo—. ¿No ves que está más muerto que vivo?... Y para qué... veo que el viejo era más hueso que carne...

—Por eso mismo nos pesará más... —contestóle Samuel.

Los dos enterradores cesaron en su cháchara y por unos minutos sólo escuchóse el chapoteo de las palas sobre la nieve. Pronto el cadáver quedó al descubierto y Samuel, que sostenía la linterna en alto, sin encomendarse ni a Dios ni al diablo se la puso en las manos a René y le ordenó que alumbrase el camino, pues ellos se encargarían de la conducción del cuerpo hasta el furgón. Como un autó-mata, René abrió la marcha hacia la esquina de la calle, seguido de Samuel y Pipo que insultaban al cadáver por su maldita ocurrencia—decían—, de hacerse matar en una noche como esa y con semejante nevada...

Y en efecto allí estaba el furgón en la avenida. Era un feo automóvil cerrado, de color negro, con sus puertas traseras ya abiertas para recibir su fúnebre carga. Sin ningún miramiento, tiraron el cadáver, al mismo tiempo que ordenaban a René que hiciera luz en el interior del coche. Este obedeció, pero lo que vio le hizo caer la linterna de la mano; allí había otro muerto... Un muchacho muy joven con la cabeza aplastada.

—¡Qué diablos te ha pasado!—gritóle Pipo—. Dejas caer la linterna y por poco si depositamos al viejo en la nieve otra vez. ¡Vamos, coge de nuevo la linterna!

—¡Hay un muerto ahí—balbuceó René—y se agachó para recoger la linterna. Tome—y se la entregó a Samuel—. Yo prefiero marcharme. Les he ayudado en lo que he podido, pero me siento mal. Hasta luego.

—¡Miren la señorita!—gritó Pipo—. ¡Y qué creía usted que había ahí dentro?

—¡Hadas, no!, ¿hadas?... Oíste, Samuel. ¿Qué piensa este tipo que es la vida?

La vida... Esta palabra, semejante al odiado mosquito que nos atormentaba en las noches, comenzó a zumbar en las heladas orejas

de René. Con que eso era la vida; así que no sólo la carne se tallaba en la escuela sino que también en las calles. De manera que los hijos a los padres... y de seguro que también los padres a los hijos... ¡La danza general de la carne! O los hermanos a los hermanos o la suegra con el yerno... Sí, no estaba bien seguro de llegar a su casa sin verse nuevamente detenido por el espectáculo de una vieja asesinando en plena calle a su yerno o quién sabe si al entrar en la sala de su misma casa contemplarían sus ojos a la señora de Pérez dando de hachazos a su madre...

Echó a correr en dirección a la boca del subterráneo, cuyas luces ya se divisaban. Corría con tanta furia que no vio a un hombre que cruzaba justo la calle. Dio de manos a boca con el mismo con la consiguiente caída de ambos en la nieve. El hombre se levantó más rápido que René, al tiempo que lo apostrofaba.

—¡Imbécil, no ve por donde camina! Pudo haberme fracturado la cadera.

Al oír la palabra cadera a René se le redobló el terror. Con gesto implorante gimió:

—¡Se lo juro, señor: no ha estado en mi ánimo asesinarlo!

El hombre lanzó una carcajada.

—¡Loco, loco de atar! Y sacudiéndose la nieve marchóse calle abajo.

Mas René, olvidado de todo, estaba allí en la nieve, fascinado con el sonido de la palabra cadera. Esto sólo le preocupaba: que en lo que restaba del trayecto hasta su casa su carne no volviese a chocar con la de nadie; era preciso salvar esa distancia sin que ninguna parte de su cuerpo—y menos que ninguna, la cadera—to-pase con partes de otros cuerpos. El único modo de salir airoso en la carrera de la vida era evitando la carne de los semejantes, pero, ¿cómo hacer? Tan dependientes eran unas carnes de las otras que se imponía, en cierto momento de la vida (sí, de la vida) el choque de una carne con la otra, o de una carne con dos carnes o con cuatro, diez, cien, mil, ¡horror! Qué abismo: Vio a su pobre carne, en medio de una plateada superficie de nieve, chocando con un poderoso ejército de millones de carnes; el golpe era tan horrendo que su carne se incrustaba en aquellas infinitas y al final él venía a quedar distribuido en ellas.

La impresión fue tan violenta que pegó un brinco y echó a correr de nuevo, pero no bien había recorrido unos metros vióse frente a la boca del subterráneo y lo que es peor: frente a diez o doce carnes que salían apresuradamente de aquella boca. Paró en seco y como el que camina entre cardos, con los pies desnudos, trataba de evitar la avalancha que se le venía encima. ¡Vano empeño!

Las gentes, ansiosas por llegar a su destino, no tenían miramientos de ninguna clase y lo chocaban una y otra vez; algunas,

al verle con esa cara de terror y caminando como el que pisa huevos, se volvían un instante y sonreían con sorna. ¿No sabía René que en los pasadizos de las estaciones de subterráneos es preciso maniobrar rápidamente so pena de perecer aplastado? No, nuestro héroe había tomado tan al pie de la letra lo del choque de las carnes que pronto fue víctima de su propio temor: una nueva oleada lanzó boca afuera precisamente en el instante que René estaba a mitad del pasadizo. Tanto fue su terror, tan erizadas de aviesos propósitos vio esas carnes que quedó clavado en el sitio, pero ellas, en vez de abrirle paso cerraron contra la suya que pronto vióse en el suelo pisoteada por docenas de zapatos de todas clases. Con gran trabajo consiguió levantarse, y lleno de cardenales y contusiones, pegóse finalmente a la pared del pasadizo y allí aguardó a que la marea carnal acabase de pasar. Pero no había hecho sino comenzar: una nueva oleada, esta vez proveniente de la superficie, apareció por la boca y chocando furiosamente con la que salía inundó el vasto pasadizo. René sintióse cogido como una pluma y llevado por aquel tumulto hasta el andén y en seguida proyectado dentro de uno de los coches, que al momento cerró sus puertas y se lanzó por las tinieblas cual otra gigantesca ola, que lo llevaba hacia su casa, sandwich humano entre las flácidas carnes de dos viejitas.

¡Por fin llegaba a su estación! Abriéronse de nuevo las puertas y René, con el corazón palpitante, salió como un bólide por el túnel de salida. Por fortuna, había muy pocos viajeros, pues dicha estación estaba situada en un barrio muy apartado. Pronto estuvo en la superficie y lo primero que vieron sus ojos fue la hora. Un gran reloj lumínico señalaba las once. ¡Las once! De modo que había estado seis horas en esa pesadilla. Acercóse a un bar y contemplóse en el espejo de la entrada: ¡en verdad que ofrecía un aspecto tan siniestro! de la cara le corría un hilillo de sangre y un ojo lo tenía casi cerrado por efecto de una patada. En cuanto al sobretodo, estaba hecho una ruina, lleno de polvo y desgarrado por varios sitios; había perdido la bufanda—no podría decir si en el pasadizo o junto al cadáver del viejo. No, no podía presentarse en semejante facha, ¡y a las once de la noche! a su padre. Pero, también, éste lo estaría buscando con sus «sabuesos» y pronto lo encontrarían. Inconscientemente abandonó el café y rigióse en busca de los árboles que bordeaban la plaza que estaba a dos pasos. A medida que se contemplaba decía que no, que estaba impresentable, que era preciso antes arreglarse un poco y lo que es todavía de mayor importancia: ofrecer una explicación que dejase satisfecho a un hombre como Ramón.

Recostóse contra un árbol y allí quedó sumido en sus pensamientos; sin embargo estaba aterido, los dientes le castañeteaban y su estómago empezaba a darle un molesto quien vive... No se iba

a quedar toda la noche en esa plaza, se imponía una decisión. Pero, ¿adónde refugiarse? Entonces se dijo que esa era la ocasión para comenzar su carrera en la vida, pero, ¿en qué vida? ¡Ah, sí, en la de Pipo (parece que no había otra) y echóse a temblar como un azogado. Casi estuvo por caminar hacia la casa y contar lisa y llanamente todo a Ramón, pero de nuevo el terror al padre se impuso. No, él dormiría en un hotel; de cierto que «la vida» era preferible a la furia paterna. Hurgóse en los bolsillos; sonrió amargamente: sólo tenía una moneda de veinticinco centavos. Apenas si para un café con leche... Abandonó el árbol y cruzó la calle. Esa era la esquina de su casa, y ocultándose tras un saliente de un edificio, miróla. No había luz. ¿Tanto se habrían olvidado de él por ventura que hasta dormían a pierna suelta? Entonces pensó que muy bien podrían haber dejado la puerta entornada para cuando él regresase. Pero, ¡qué tonto! ¡Así que Ramón dejar la puerta entornada! ¡Ramón, que vivía rodeado de acechanzas! Desvió la vista y paseóla por las casas de enfrente. Allí estaba el edificio de apartamentos donde vivía la señora Pérez. ¿Sería posible, cielo santo? Había luz en sus balcones... Después, para una dama como la señora Pérez, las once de la noche era una hora como cualquier otra. Pero, ¿qué diablos estaba pensando? ¿Pedir socorro a la buena señora? ¿Se acordaría de él? ¿Y si ella estaba de recibo? ¡Como en aquella noche fatal!... Sin embargo, sólo ella, que tan gentilmente lo acogiera siempre y que en la carnicería hasta la mano le había estrechado, podría ayudarle en trance tan penoso como en el que se encontraba en esos momentos. Mas, si se decidía, ¿cómo subir? La puerta del edificio estaba cerrada; ella vivía en el quinto piso... El teléfono, pero no tenía el número... Acaso en la guía... Corrió de nuevo al café y encerróse en la cabina. Buscó febrilmente; sí, allí lo vio... Pronto se dejó oír la aguda voz de la señora. ¡Por fin! Estaba salvado.

Salió del café y pegándose a las paredes comenzó a salvar los pocos metros que le separaban de la casa de la señora Pérez. Miró de nuevo las ventanas de su casa. Seguía a oscuras. Pasó frente a ella como alma que lleva el diablo y dando una carrera encontróse en la puerta salvadora. Era una gran puerta de cristales y tras la misma estaba la señora Pérez, envuelta en un peñador rosa, esperándole. El asombro de la sensitiva señora no es para descripto cuando vio la triste figura que hacía el mísero de René; pero conteniéndose por temor de despertar al portero, sólo le abrió tamaños ojos y lanzó un conmovedor suspiro. Le hizo pasar y con exquisito cuidado cerró la puerta: tomólo de la mano y llevólo hasta el ascensor. Lanzó un discreto sollozo, al tiempo que exclamaba:

—¡Pobrecito, pobrecito mío!

René, ya al borde de la crisis de nervios, cayó de rodillas a los pies de la señora y tomando sus manos, sollozó a su vez.

—¡Pero qué hace, pobrecito!... —y levantólo—, ¡qué hace!... ¿Qué ha pasado?...

Ya llegaban; abrió las puertas y empujando suavemente a René entraron en el departamento.

René dejóse caer en una silla próxima a la entrada y comenzó a ofrecer unas explicaciones.

—¡Quite usted!, queridito, deje eso para luego. Lo primero es recobrar las fuerzas...

Quedóse un momento pensativa y al fin rectificó:

—No, me he expresado mal: lo primero es darse un buen baño; después le curaré esos feos lamparones y por último, le daré una excelente cena. ¿Porque ha de estar muerto de hambre, no?...

Y diciendo y haciendo le puso en pie y le sacó el sobretodo. René fue a sentarse de nuevo en la silla; pero ella, tomándole por un brazo le indicaba el recamier:

—Allí va a estar más cómodo. Además, es un mueble que ya usted conoce...

Aun en medio de su angustia, René ruborizóse. En efecto era el diván de la noche de la exhibición del álbum. Este recuerdo acrecentó aún más su angustia. Levantóse, y con frases entrecortadas, dijo a la señora que prefería pasar la noche al claro; que, bien pensado, era una gran molestia que iba a causarle, y que le pesaba su atrevimiento.

—¡Oh!, —repuso la señora Pérez—. ¡Qué oigo: atrevimiento, pesar!... ¡Qué quiere decir todo ese lenguaje, Dios mío! Entonces, usted no me estima y cree en el fondo de su corazón que somos extraños el uno para el otro... Y gimoteó exquisitamente con su larga práctica de años de gimoteo...

René no pudo por menos que excusarse y prometióle solemnemente que le obedecería en todo.

—Pues para que me dé una prueba ya me está siguiendo al cuarto de baño, corazoncito. Le prestaré una de las pijamas de mi difunto esposo. No, conservo todo su ajuar pues siempre he pensado que a alguien serviría. Sólo que le vendrá un poco holgada, pues él tenía mucha más carne que usted...

La palabra tuvo la virtud de soliviantar de nuevo a René. Quedóse clavado en el pasillo que conducía al baño.

—Escuche, señora Pérez, me bastará con lavarme la cara...

—¡Ah, ah, queridito!... Acaba usted de prometerme obediencia absoluta. Además, qué es eso de señora Pérez por aquí y señora Pérez por allá... Me hace usted demasiado vieja—y soltó una de sus risas—. Llámeme por mi nombre de pila: Dalia, yo me llamo Dalia...

Ya estaban en la puerta del baño.

—Voy por el pijama; ¡vamos, qué hace ahí parado como un memo!... Entre y comience a desvestirse. Claro, cierre la puerta. Le dejaré el pijama enganchado en el pomo de la puerta.

Unos minutos más tarde René salía del baño vistiendo el pijama del difunto. Aunque estaba espantosamente pálido y el ojo se había hinchado lamentablemente, tenía, al menos, el aspecto de la gente aseada. Dalia, le esperaba en el comedor con todo lo necesario para curarle.

—¡Maravilloso, queridito, maravilloso! Es usted otro hombre... Venga acá—tomólo por el brazo y sentólo muy junto a ella—. Déjeme ver esas desgarraduras. Una riña por faldas, ¿no?...

René movió la cabeza negativamente, pero sacudió con tanta fuerza sus mojados cabellos que salpicó la cara de Dalia. Ésta soltó una franca carcajada...

—¡Vamos, no lo niegue con tanto calor... que no le voy a creer! ¿Quién es la afortunada?—y cogiendo un pedazo de algodón se dispuso a restañar la sangre agolpada en un desgarrón de la mejilla derecha.

René volvió a mover la cabeza y de nuevo salpicó a Dalia. Después clavó la vista en el techo, de tal modo, que Dalia se vió obligada a ponerse de pie para poder aplicar el algodón.

—¡Bueno, bueno, queridito, no es para tanto! No le exijo una confesión en regla. No lo voy a tostar a fuego lento para arrancarle el nombre de su amada... Pero, eso sí, siéntese... por favor... Debemos dejar como nueva esa cara...

René sentóse y la señora Pérez comenzó ahora a limpiar el ojo amoratado. Por espacio de unos minutos sólo se escuchó la entrecortada respiración de René y el ir y venir de las manos de la señora Pérez sobre la cara. De nuevo Dalia rompió el silencio:

—Hace un siglo que no le veía, corazoncito. ¿Dónde estaba metido? ¿Estuvo usted mucho tiempo en el campo, no?

Puso finalmente un poco de desinfectante en todos los moretones y desgarraduras.

—¡Ya está...! ¡Ahora, a cenar! No se mueva que yo misma le voy a poner la comida en el pico... ¿Con que una damita, eh...?

De pronto René ocultó la cara entre las manos y se echó a llorar. Era un llanto tan convulso que Dalia, asustada, corrió a llevarle un vaso de agua.

—¡Vamos, tome un sorbito!, a qué viene ese llanto. Nada le va a pasar... Si viene su rival ya trataremos que se vaya con el rabo entre las piernas... Porque supongo que no lo habrá liquidado... todavía...

Pero René estaba tan angustiado que no oyó las extrañas palabras de Dalia. Entre grandes sollozos se le oyó decir:

—¡Señora Pérez, me ha ocurrido algo terrible esta tarde...! y redobló sus sollozos.

—¡Oh, queridito...! no llore de esa manera. Sacó un pañuelito y limpióle la cara. —Aquí estoy dispuesta a escucharlo todo. ¿Acaso no soy su siempre fiel amiga?

—Señora Pérez—y la voz de René parecía un suspiro—. Señora Pérez, esta tarde he visto asesinar a un pobre anciano y... —de nuevo los sollozos le impidieron proseguir.

—¡Ah, qué debil niño!; si acabará de contarme... Volvió a secarle las lágrimas. —Sí, un anciano muerto... ¿Y qué más...?

—No pude evitarlo; pero, señora Pérez, sus propios hijos lo cosieron a puñaladas. Es horrible...

La señora Pérez rompió a reír a carcajadas; se doblaba de la risa. Tomó las manos de René y las cubrió de besitos. Después prosiguió en sus carcajadas.

—¡Ah, qué tranquila me siento! Con que no se trataba de faldas. Oh, Dios mío... Un anciano muerto: ¿pero nada más que eso?... Oiga, queridito: ¿me está tomando el pelo? Pues si es nada más que un anciano muerto mañana a la noche tenemos bajo mis balcones un señor a quien va a ocurrirle exactamente lo mismo; sólo que no será con arma blanca sino con ametralladora.

Y como se echara a reír de nuevo, René creyó que le estaba gastando una broma. Blanco como una hoja de papel, díjole:

—Señora Pérez, créame... Le juro que ha sido algo tan horrible...

—¡Pero si no le niego que le haya ocurrido!; no comprendo cómo ya con veinte años no ha visto nada de eso... Lo que no me cabe en la cabeza es toda esa llantina a propósito de nada. Habilitados estaríamos si nos echáramos a llorar por cada muerto que vemos. Bueno, no se hable más de eso. ¡Ahora a comer y después... a la cama; a dormir entre sábanas calientes!

Perdióse por el hall hacia la cocina. Como un autómatas, René, llegóse hasta la vidriera del balcón y descorriendo las cortinas echó una mirada a la calle. Apenas si eran las doce pero el aspecto de esa calle, tan silenciosa, habría hecho creer en las cuatro o las cinco de la madrugada. Entonces recordó lo que acababa de decir Dalia acerca del crimen que tendría lugar la noche venidera bajo sus mismos balcones. Apartóse un tanto y miró hacia la cocina. Era preciso preguntar a Dalia si todo eso no era una broma o si por el contrario... Sin embargo, qué papelón iba a hacer: ¡claro que era una broma de Dalia!; ella era tan bromista. Y además, ¿cómo podría saberlo de antemano? No, sin duda se trataba de un chiste. Volvió al balcón y de nuevo la imagen del viejo asesinado le cruzó por la mente. ¡En relación con su estado de nervios, qué rara actitud la de Dalia! Porque podía ser una broma lo de ese crimen de la noche venidera, pero no podía negar que Dalia se había

carcajeado al escuchar el horrible relato de la muerte del anciano a manos de sus propios hijos. ¡Cómo una mujer, tan sensible y emotiva como Dalia, podía animarlo a cenar cuando él no estaba en disposición ni de probar un simple bocado! Poco pudo lucubrar, pues ya se aproximaba ella cargada con una gran bandeja de plata.

—¡Ah, tesorito!, qué hace ahí... No, no es esta noche; ya le dije que será mañana. Si le interesa puede venir a presenciarlo desde mi balcón. ¡Y ahora, a cenar!

Pero René quedóse junto al cortinado; cada nueva palabra de Dalia era leña que se añadía al incendio de la evidencia. Sonaba tan sincero todo eso del próximo asesinato que hasta el más incrédulo hubiera tenido que aceptar el mensaje de tal sibila. De nuevo miró la calle como buscando el ser que desmintiera a Dalia. Ésta llegóse hasta él y le condujo a la mesa. En la bandeja había carne fría, jamón, huevos, tostadas, café con leche...

—¡Bueno, me promete que va a comérselo todo! Si viene mañana, le voy a obsequiar con unos pasteles hechos por estas manos...

René dejóse caer en la silla y Dalia le presentó un trozo de carne.

—No, no puedo; no podría pasar nada, señora Pérez. Estoy muy triste... Por favor, dígame, ¿es cierto que mañana...?

—¡Pues claro, que sí! Qué motivos tengo para mentirle, queridito... Cómo quiere que se lo diga... ¿En chino, en alemán...? Sí, mañana a las once de la noche van a liquidar al señor Nieburg; ¡pero si creo que hasta usted lo conoce...! ¿No recuerda que estaba detrás mío aquella tarde en la carnicería?

—¡Nieburg!—exclamó René— Nieburg; sí, le conozco de vista. Pero—y púsose de pie— ¿no podríamos advertirle, ya que es verdad, señora Pérez?

—Advertirle... —y Dalia se mostró de lo más sorprendida—. Advertirle... Y, ¿para qué? Qué nos importa el señor Nieburg. No, déjese de niñadas y póngase a comer.

—No, no puedo pasar bocado, señora Pérez; por favor, llámele

A esto Dalia se acometió de un violento ataque de risa; las carcajadas le impedían articular palabra y gruesas lágrimas caían sobre su hermoso peinador.

—¡Oh, qué niño! —dijo al fin— qué niño es usted... Escondarse... Y qué nos importa a nosotros que se esconda o no... Dios mío. Además, que sería inútil y ya lo van a encontrar aunque se meta debajo de la tierra...

—Pero, ¿cómo ha sabido, señora Pérez?—y René evocó a Pipo y a Samuel que hubieran de ser avisados por los propios asesinos para recoger el cadáver del viejo.

—Powlavsky ¿lo recuerda, queridito?; ese judío joyero que también estuvo en mi famoso recibo. Sí que lo recuerda... ¿Ya...?

Bueno, pues me llamó esta tarde por teléfono y me dijo que mañana el viejo Nieburg, bajo mis balcones... ¡Tac, tac!

—Pero ese Powlavsky o como se llame... ¿no es amigo del señor Nieburg?

—¡Íntimos, tesorito, íntimos! Años ha fue Powlavsky testigo de boda de Nieburg.

—Entonces, razón de más para que le avise, señora Pérez. Son amigos del alma.

—Del alma, queridito, pero no del cuerpo... —repuso Dalia acariciando los húmedos cabellos de René. Y el cuerpo de Nieburg representa unos buenos pesos para el señor Powlavsky.

—Su cuerpo..., señora Pérez—y René se tocó inconscientemente el suyo.

—Claro, queridito, la carne de Nieburg, mañana, rígida y helada, proporcionará una bonita suma al señor Powlavsky. Casi he declamado una oda... Pero no hablemos más de Nieburg y Powlavsky y ocupémonos de nosotros.

Tomó a René por ambas manos y le condujo al recamier. Extinguió la luz del techo y encendió una lamparilla roja. Sentóse junto al joven y comenzó a alisar de nuevo sus cabellos.

—¿Se siente mal, corazoncito? Abra su boquita y dígame qué pena le aqueja.

—Bueno, si no quiere comer tendrá que tomar un cordial.

Levantóse y de una mesita tomó una botella de cognac. Sirvióle una copa.

—Tome un poco de esto; se sentirá mejor. El cognac, la luz roja y mi humilde persona lo acabarán de poner bien.

René tomó un trago, pero el gusto del cognac le trajo a la mente la oficina del Director. Entrecerró los ojos y figuróse que la señora Pérez estaba disfrazada de Mármolo. Ésta apuró el resto de la copa y acto seguido se tendió en el recamier. Obligóle a echarse por completo y entonces pasóle ambos brazos por el cuello de manera que las caras estaban casi juntas.

—Oiga, tesorito: lo que usted necesita es cariño... Usted está necesitado de calor—y a medida que le hablaba fue cruzando sus piernas sobre los muslos de René. —Si cultiva mi amistad, verá qué excelente maestro soy de la carne. Y la suya, queridito, está pidiendo calor a gritos...

René abrió por completo sus ojos y los clavó en la cara de Dalia.

—¿Maestra...?—dijo.

—Supermaestra—limitóse a responderle Dalia.

¡De modo que la señora Pérez, también, tenía que ver con la carne! No una maestra cualquiera, sino toda una directora. ¿Y de qué escuela? No de varones, por cierto; pero de señoritas. Así que también la carne femenina se tallaba... Mas era imposible; la mujer

pertenece al hogar. Por ejemplo, su madre desempeñaba las labores propias de su sexo. Libróse de las piernas de Dalia y sentóse. Quedóse así absorto en la contemplación de aquella carne que palpitaba bajo la seda.

—¿Qué mosca le ha picado?—y a su vez incorporóse. ¿Hay algo raro en ser maestra?

—Pero de la carne... Señora Pérez; es lo que no acabo de entender.

—¡Pues sí que lo comprenderá, tesorito!—y Dalia dejó al desnudo uno de sus torneados brazos.

—¿Ve este brazo? Pues él solo es capaz de comunicar tanto calor a su carne como si la tuviera en un brasero. Y uniendo la acción a la palabra dejólo caer sobre el pecho de René con la misma suavidad con que una serpiente reptaba. Entonces la mano, cual la cabeza de la serpiente, empezó a pasar sus dedos por la carne de René.

—¡No, señora Pérez, quite usted ese brazo!—gritó René en el colmo de la excitación.

—¡Anjá, con que se rinde tan pronto!—¿Eso es todo lo que puede resistir?

E hizo caso omiso de la pregunta y a su vez, díjole:

—¿Es usted la directora de la escuela?

—¡Pero de qué escuela me habla, tesorito! No, no soy maestra de escuela; ya le he dicho que soy maestra en la carne; sólo en la carne...

Él estuvo a punto de decirle que había escuelas adonde se tallaba la carne, pero se contuvo pensando en las eternas represalias de su padre. Aunque para el caso era lo mismo, pues si bien la señora Pérez no pertenecía a ningún plantel de enseñanza carnal, prácticamente ejercía tal magisterio. ¡Qué curioso! Por dos vías tan antitéticas como dolor y placer se arribaba a una desolada verdad: la carne era el motor de la vida; sí, «de la vida», que tan propiamente había calificado Pipo en medio de la nieve. Sin la carne no había juego posible. ¡Hagan juego, señores! Al final, ¿qué diferencia existía entre la horrible carne de Cochon lamiendo la suya endurecida y ésta perfumada de la señora Pérez, en actitud de gladiadora que estudia el golpe definitivo a su adversario?

Por su parte, Dalia le miraba de lo más sorprendida, y se dijo que si no quería perder la presa había que poner en juego otros encantos. Ciertamente, el jovencito era de carne dura, y lo peor: carne que pedía tregua en seguida. El asunto comenzaba a interesarle vivamente. Al principio lo había tomado como un pasatiempo, pero no todos los días se encuentra una con carne tan trémula. Así es: carne trémula. ¡Qué rico sonido, qué color, qué transparencia eso de la carne trémula! De nuevo dejó caer el torneado brazo sobre

el pecho de René. Un estremecimiento recorrió el cuerpo de Dalia; aquel hermoso pecho se mostraba fofo, flácido; su brazo se hundía y resbalaba entre las tetillas. —Alcohol—se dijo Dalia—. Alcohol hay que darle para que esta carne se endurezca; y cogió de nuevo la botella y llenó la copa.

—Tome otro trago queridito...

René apuró la copa esta vez hasta el fondo. ¡Curioso! La señora Pérez le daba cognac para endurecerle y con cognac le habían frotado en el colegio para ablandarlo... Así que según el caso, la carne, o se relajaba o se endurecía. Sin embargo, no era cosa del todo desagradable: aquello había caído en las entrañas y las quemaba, pero al mismo tiempo su cabeza se perdía en una bruma dorada y tibia. Ahora Dalia, como si hubiera querido sumar sus empeños a los del cognac, comprimía sus caderas con ambas piernas; mientras que sus brazos se enroscaban alrededor de su cuello, y pegaba su boca a la suya. Pero acto seguido nuestro héroe dio un grito espantoso. Acababa de ver que la señora Pérez sacaba su lengua y se disponía a lamerle, o por lo menos, eso creyó él al evocar la escena de las lenguas lamedoras en la escuela.

En un segundo Dalia se hizo cargo de la situación: si dejaba que René con sus histerismos de doncella volviese a gritar, todo estaba perdido. Terminaría por levantarse del diván y pediría con cara hosca sus ropas y se marcharía, dejándola a ella con la miel en los labios. No, eso no podría ocurrir; por algo era supermaestra y el tal mequetrefe no se saldría con la suya. Apretó aún más fuerte con brazos y piernas, y acto seguido, metiendo su roja lengua en la boca del joven, impidióle que gritara de nuevo. Ella sintió entonces que las carnes de René se iban endureciendo lentamente y que no era una masa desarticulada lo que estaba debajo de su cuerpo. En consecuencia, retiró una mano del cuello de su «víctima» y extinguió la roja luz de la lamparilla. Por su parte, el cerebro de René vio una mordaza y las frías tinieblas. Después de todo, ¿no se parecían como dos gotas de agua a las de su primera clase?

Lo despertó el timbre del teléfono. Había dormido de un tirón y ahora este despertar se parecía notablemente a su primer despertar en la escuela: el mismo gusto amargo en la boca y el mismo dolor de cabeza. Pero, ¿dónde despertaba? ¿De nuevo en la escuela...? ¿O en su propia casa...? De pronto escuchó la aguda voz de Dalia. Tan desagradable le resultó que echóse encima todas las frazadas. ¡Hubiera querido estar a mil kilómetros de ella! Pero ahora mismo se marcharía. Él ya estaba harto de escuelas y de maestros.

Sacó la cabeza de entre las frazadas y finalmente sentóse en la cama. ¿En la cama o en el recamier? No, estaba en el dormitorio de Dalia. Hasta allí hubo de llevarle. ¿Arrastrado o en brazos?

¡Qué más daba! Alzó la vista y vio un rosado angelito de loza colgando de la lámpara. En ese momento Dalia hizo su aparición.

—¡Ah, queridito, qué cara tan cómica! ¿Durmió bien?—e inclinóse para besarle.

—No, no—y René apartó la boca—, no, señora Pérez: debo marcharme en el acto.

—¡Pero si nadie se lo impide, queridito!; vaya y vístase... Cuando esté presentable me encontrará en el piano cantando «La mañana te sonrío».

René dirigióse al baño. Al pasar por el hall vio a través de los cristales la nieve amontonada en el patio y recordó la horrible muerte del viejo. Tan vívida fue su evocación que inconscientemente abrió una de las persianas y echó medio cuerpo afuera como uno que pugna por salvar a alguien. Una corriente de aire helado irrumpió en el corredor y llegó hasta el salón. Dalia comenzó a gritar y a quejarse de que iba a pescar un resfriado y no podría cantar en una quincena. En ese momento, un perro guardián comenzó a ladrar furiosamente. René acabó por cerrar la persiana, pero todavía quedóse pegado a los cristales. El perro saltaba en la nieve, hundía en ella su hocico como buscando algún hueso. ¿Era Pipo o Samuel?

Cerró la puerta del baño (elemental precaución, pues hasta allí podría seguirle Dalia), abrió los grifos del lavatorio y comenzó a lavarse la cara. Sin embargo, estaba tan embotado y el resto del cuerpo le dolía tanto y lo tenía tan pegajoso que pensó que una ducha le iba a poner bien. A la misma Dalia, tan higiénica, esta decisión le parecía excelente. Pues dicho y hecho: ¡a bañarse! Despojóse del flotante pijama, sacóse las zapatillas, y por un momento sintióse tan eufórico con la inmediata realidad del agua, que hasta estiró brazos y piernas repetidas veces como saludable ejercicio calisténico.

Por fin se encaminó a la bañera. La cortina de goma estaba corrida. Entonces pensó que Dalia, aunque loca de remate, era, en lo doméstico, irreprochable. Lo estaba evidenciando esa cortina echada como una cálida invitación a trasponerla para sumirse en la tibia delicia de la ducha. De un tirón descorrióla y de un salto metióse en la bañera. Su cuerpo cayó en un agua helada y los pies dieron en el fondo contra un objeto duro. Dio un grito y salió de aquella trampa inesperada, tiritando.

¡Al diablo con las virtudes domésticas de Dalia! Aparentemente doméstica, pero en el fondo de todos sus actos la locura completa. Cogió la toalla y mientras se friccionaba, echó un vistazo al interior de la bañera. Saltó una exclamación de sorpresa al tiempo que retrocedía. Allí, pegado al fondo, boca abajo, veíase un cuerpo humano; sin duda un cadáver; ¿amigo o enemigo de Dalia? Pero

qué importaba esta distinción si ella se permitía toda suerte de excentricidades. Tembló ante la idea que muy bien podría él mismo parar, cual ese cadáver, en el fondo de la bañera. Porque muy bien hubieran podido invertirse los papeles y ese cadáver que él ahora miraba con asombrados ojos fuese el que contemplase, con los mismos ojos de espanto, su juvenil cuerpo. Lo miró de nuevo y aunque el agua estaba un tanto turbia le pareció ser tan joven como él. Bueno, estaba sufriendo lo indecible, pero no saldría a cantar las cuatro amargas verdades a Dalia hasta saber un poco más de ese pobre ser sacrificado a la impudicia de tal meretriz.

Dió vueltas a la llave de luz y púsose a mirar atentamente el exánime cuerpo. Por lo menos—se dijo—hay ya una marcada diferencia entre él y yo: no tiene un cabello; es calvo como bola de billar. —¿Y si me atreviera a tocarlo? De cierto que esa carne, aunque rígida, no va a ser más repugnante que la de Mármolo y compañía.

En el fondo, tenía unos deseos locos de ver la cara del infeliz; pero no se atrevió a tanto y se limitó a meter un brazo en el agua helada y con temblorosa mano tocó primero la cabeza, y después la espalda. ¡Curioso! Qué carne más rara: parecía cualquier cosa menos carne; aunque—pensó—la carne cadavérica se significa por su rigidez. Sin embargo, en una de sus recientes escapadas al puerto, hubo de ver una tarde a un hombre ahogado, al cual sacaran de entre los arrecifes completamente hinchado. Por lo que había podido deducir, aquella carne parecía blanda, más todavía, fofa. Pero igualmente recordó que el tal ahogado, al decir de los pescadores que le extrajeron del agua, hacía muchas horas que estaba dando tumbos de acá para allá. Por el contrario, éste de la bañera (y esto sí podía él asegurarlo) sólo pudo ser arrojado en ella después de las doce de la noche. Su lucubración fue tan intensa que dijo en alta voz: «—¡Eso es: Dalia esperó a que yo estuviese dormido para asesinarle!»

Volvió a meter el brazo y de nuevo su mano tocó aquella espalda; después la fue corriendo hasta los hombros y ascendió hacia la nuca. En el fondo de toda esa exploración manual había el deseo de darle vuelta al cadáver y verle cara a cara. Y a cada tacto que hacía, la cadavérica carne le parecía más y más extraña. Entonces siguió ascendiendo y tropezó con una de las orejas. Asiéndola desesperadamente, y en un raptó de sagrado furor, levantó en vilo el cuerpo a fin de conocer la cara, pero para gran sorpresa suya el cadáver cayó con gran estrépito en la bañera y él vióse con la oreja en su convulsa mano.

Ya la iba a tirar lleno de asco cuando advirtió que la oreja tenía pegado un pedazo de tira adhesiva de color negro. Fue abriendo lentamente la mano; la oreja tenía un tamaño de oreja de niño, o para ser más exactos, no era propiamente una oreja sino algo así

como una voluta. Apretóla entonces con fuerza y aquello se deshizo en una especie de cartón mojado del cual salían unos alambritos plateados. Nada de carne, huesecillos, cartilagos, nervios o sangre coagulada; sólo cartón mojado y finísimos alambres...

¡De pies a cabeza convirtiéndose en la estatua del estupor! El supuesto cadáver era sólo un maniquí: la cosa se complicaba. Pase que Dalia fuese asesina de amantes destronados; al menos, había una lógica en tal proceder, pero sumergir un maniquí en una bañera repleta de agua no tenía explicación alguna. Soltó los pedazos de oreja que flotaron plácidamente y volvió a meter la mano para coger uno de los brazos; de un violento tirón lo desarticuló del cuerpo y le extrajo a la superficie.

Quedóse contemplándolo embobado. Que él supiera, la señora Pérez no se ocupaba en el ramo de artículos para caballeros. ¿Es que ella era oficiala de alguna casa de modas masculinas? No, según Dalia, maestra sí, pero no oficiala. Y en todo caso, oficiala de la carne, pero no de un vulgar maniquí. Puso el brazo sobre el inodoro y agachóse para levantar aquel muñeco y mirar qué cara tenía.

Pensándolo bien—se dijo—mejor que haya sido un maniquí y no un cadáver. Este pensamiento tuvo la virtud de devolverle los colores y el buen ánimo. Nuestro hombre tendrá cara de seductor. Me gustaría primero verle la cara debajo del agua; hasta ahora sólo las he visto tras los cristales de los escaparates—y diciendo y haciendo dióle vuelta y la cara del maniquí quedó al descubierto.

René lanzó una carcajada. —¡Así me la imaginaba!—exclamó—pero en seguida la risa helóse en sus labios. Quedóse mirándola fijamente. ¡Imposible! ¡Pero si era su propia cara! Dejóla caer pesadamente y ocultó la suya entre sus manos. Así que su misma cara... Pero, ¿con qué objeto...?

Volvió a extraerla del agua y quedóse fascinado contemplándola: sus mismos rasgos, su misma boca y hasta los mismos ojos grises y las arqueadas cejas. ¿Y el cabello? Aun tuvo fuerzas para hacerse tal pregunta. Esta cabeza no tenía pelo, pero qué más daba si la cara era en todo y por todo la suya propia. Invadióle una congoja tan horrible que abriendo la puerta del baño salió, desnudo como estaba, al corredor en busca de Dalia.

Ésta hacía volar sus dedos por el teclado al tiempo que de su boca brotaban trinos, agudos y gorgoritos. Sin duda ejecutaba «La mañana te sonríe» y advertíase que ponía en ello toda su alma. Tan absorta estaba en su canción que no vió a René, cual la viva imagen de la desesperación, parado al lado suyo; pero un terrible «señora Pérez» emitido por la boca del joven la hizo cesar en su canción.

—¡Oh!, ¿qué significa eso? ¡Va a pescar un resfriado, corazón-

cito! Pero, ¿qué ha ocurrido? No me va a decir que en el baño hay fantasmas...

De pronto recordó que había metido esa mañana al maniquí en la bañera con objeto de lavarlo, pero la llamada telefónica la había impedido y allí hubo de olvidarse. Se retorció de la risa. Por su parte, René quedóse aún más confundido. Ella proseguía en su loca risa, pero al cabo, viéndole tan patético, exclamó:

—¡Con que al fin lo vió! Pero no hay que hacer una montaña con todo eso. Es sólo un inofensivo maniquí.

—Es mi doble... —dijo René con voz estrangulada—. Usted también tiene mi doble...

Para gran sorpresa suya, Dalia ripostóle:

—¿Y qué hay con eso? ¡Claro que es su doble! ¡Si no podía tenerle a usted, qué iba a hacer, Dios mío!

Arrancó unos cuantos acordes al piano como dando a entender que el asunto no tenía mayor importancia; finalmente dejó caer la tapa del mismo con gran estrépito y acercóse al desnudo René.

—¿Sabe una cosa, queridito? Todo me salió a menos de cincuenta pesos; lo adquirí en una tienda de artículos para caballeros que cerraba el negocio por reformas. En cuanto a la cara, la pinté yo misma ayudándome de mis propios recuerdos—y al decir esto último la suya se le coloreó de inmensa vanidad—. No diré que soy un consumado retratista pero lo esencial está ahí...

—Pero entonces todo el mundo tiene mi doble; mi propio padre —y dejó la frase trunca—; no tenía por qué hacer un relato a Dalia de las sordideces de su casa y de la escuela. Amén que tales confesiones, de ser sabidas por Ramón, ya le iban a costar nuevos y terribles disgustos. Echó a andar con la cabeza baja hacia el baño, seguido por Dalia, que al pasar por el recamier cogió una manta y echóse la por los hombros.

—No quiero que se resfríe corazoncito—díjole con voz arrulladora—. Ahora mismo haremos pedazos ese maniquí que tanto le disgusta. Si lo metí en agua enjabonada es por lo manchado que estaba.

—...¿Manchado?—preguntó René, y se introdujo en el baño.

—Manchado, manchadísimo; cochinísimo—y sacó el tapón de la bañera con lo cual el maniquí comenzó a moverse grotestamente. —Sólo Dios sabe los cientos de veces que he dormido abrazada a ese muñeco.

—...¿Abrazada?—volvió a preguntar René y la cabeza le daba vueltas, el cerebro se le atiborraba con nuevas y más absurdas cuestiones. ¡Diablo de mujer! Comenzó a vestirse febrilmente; tenía necesidad de aire puro, se ahogaba en tal antro. Miróla fijamente como suplicando el silencio.

—Abrazadísima; pidiéndole lágrimas, mientras las mías caían

sobre su cara; pasando mis enfebrecidos dedos por su sedosa cabellera.

René dio un brinco y metió los ojos en la bañera. Ahora el maniquí se movía con más celeridad y hasta dejaba oír golpecitos al chocar con las paredes de la bañera. De nuevo vió la reluciente calva que alternativamente aparecía y desaparecía en las aguas.

—Es calvo—y pasóse la mano por sus ensortijados cabellos.

—¡Quite usted allá!... —replicóle Dalia riendo de nuevo. Tiene su peluca. La hice yo misma con estos dedos que se va a comer la tierra—y le mostraba los afilados dedos con las uñas primorosamente pintadas.

René sumergióse en nuevos abismos. Ahora el agua de la bañera formó unas grandes espirales en el desagadero, al tiempo que se dejaban oír unos chasquidos como besos por efecto de la aspiración. Por su parte, el maniquí semejaba un barco encallado por donde una mosca revoloteaba desenfadadamente. Dalia se puso a contemplarlo fijamente; de pronto estalló en risotadas; agachóse y tomólo por los pies hasta tenerlo sentado en el borde de la bañera. Entonces cogió una toalla y se dispuso a secarlo.

—Me lo ha arruinado usted, queridito; está hecho una ruina. Le arrancó un brazo y ha hecho añicos su adorable orejita...

Quedóse un momento como sumida en una agradable evocación y al cabo exclamó:

—Esa orejita que yo quería tanto. ¿Se va a enfadar si le confieso que una noche se la arranqué de un mordizco?

René tocóse las suyas. Parecía que Dalia abría la boca y se metía, no una, sino sus dos orejas en ella y tranquilamente poníase a deglutirlas. Hizo un movimiento de dirigirse a la puerta, pero ella le atajó:

—Caballerito: que es usted descortés... Ayúdeme a poner en pie a su persona; pero René hizo caso omiso de tal súplica y esta vez ganó la puerta. Ella, sentó al maniquí en la silla de paja y alcanzó a nuestro héroe a mitad de la galería.

—Ahora habrá que guardarlo todo en sus cajitas. A él lo envolveré en papel de celofán; pondremos la peluca en su cajita y a Fifo en su estuche de terciopelo...

El nombre hirió desagradablemente los oídos de René. ¿Quién era Fifo? ¿Todavía un doble más? ¿Todavía su cara perpetuada en el lienzo, en el yeso, en el cartón? ¿Perpetuado en algo infinitamente más siniestro?

—...¿Fifo?... —y paróse en seco, en tanto que una oleada de púrpura le bañaba el rostro.

Habían llegado a los ascensores. Dalia le entregó el sobretodo y los guantes, al tiempo que le pasaba la bufanda por el cuello. Quedáronse mirando fijamente en tanto que la cara de René pa-

recía a punto de estallar en mil pedazos. Abrió la puerta y se dispuso a salir, pero no bien había dado dos pasos, volvióse bruscamente al tiempo que exclamaba:

—¿Es que ese Fifo es otro maniquí?

Dalia cayó en un violento acceso de risa: imaginóse el sexo de goma que respondía al nombre de Fifo convertido en un doble más de René. A su vez enrojeció y viéndose a dos dedos de una explicación enojosa díjole que no podía atenderle más pues era inminente la llegada de su masajista, que si volvía por la noche le mostraría a Fifo, para satisfacer su curiosidad, y como René todavía quedábase plantado, mirándola fijamente, le dió tranquilamente con la puerta en las narices.

ALCIDES IZNAGA

Nació en Cienfuegos, en 1914. Es maestro. Ha colaborado en diversos periódicos y revistas locales. Como novelista, ha publicado «Los Valedontes».

«Los Valedontes», es una novela que trata de referir la experiencia de nuestros campos, aunque su esfuerzo se pierde, a veces, en lo híbrido y extra-literario del documental, o en esa «falta de una segura autocrítica», que ya Cintio Vitier había señalado en los textos poéticos de Iznaga.

Otro escritor, Onelio Jorge Cardoso, nos habla, de la lucha entre el poeta y el cuentista, que el autor patentiza en «Los Valedontes», donde a través de cierta musicalidad, lucen «giros brevemente oscuros».

LOS VALEDONTES

A la sobremesa de la pobre comida, había ya marchado el rápido día y entrado la helada noche oscurísima en el miserable comedor, sin rechazo de la lánguida luz de la lamparilla que Ramona racionaba férreamente. Las narraciones y comentarios de Secundino aplacaban la rispidez de tantas ausencias, mas Secundino había ido a Surqueño. A lo lejos, los perros aullaron sombríamente. Agapita, apegándose a Dositeo exclamó:

—Ay, yo tengo miedo.

Dositeo preguntó bruscamente:

—Maestro, ¿usted cree que los muertos salen?

Observó la expectación en los niños, y aun en Dositeo, y pese a que era cuestión elaborada, dudó momentáneamente:

—No salen.

—Sin desmeritarlo, maestro—yo creo que sí—dijo Ramona.

—¿Usted los ha visto?

—Mire cómo se me ponen los pelos—y Ramona mostró las regordancias de sus brazos—mire, de recordarlo na más.

—Dicen que hay que tener vista pa verlos—dijo Dositeo.

La voz temblorosa de Toribia expresó:

—Hasta los animales ven; el perro, y sobre todo el caballo.

Lo que corroboró Dositeo:

—El caballo, con los ojos botaos pa fuera, se le tranca de paso, y ya lo puede matar, que si ve muerto en el camino, no le pasa.

—¡Y eso es verdá!—recalcó Toribia.

—Así que usted ha visto... Ramona.

—Se lo juro, a mí me han salido, y no una, muchas veces.

—No, mamá, que dispué no puedo dolmir—dijo Agapita, previendo los cuentos empavorecedores.

—Estáte quieta, no seas atrevida.

Los niños, afinados en sus receptores se reducían sin embargo en los asientos.

—Así que usted ha visto...

—Usted dice que no cree, maestro, pero tiene miedo... —dijo Dositeo.

—Mire—terció Ramona—yo tenía una tía, Atanasia, por más señas, alta, ni gruesa ni flaca, con el pelo hasta los hombros, así, sin peineta, y unos ojos grandes que le brillaban, ¡y, fijos!, na más le vestía de blanco, parecía media loca; soltera, y el día de los fieles difuntos fue de noche al cementerio y allí se ahorcó en una yana. Esa noche, en la cocina; serían las once, más o menos; oiga, fíjese como se me ponen los pelos—una cosa horrorosa, yo, ni podía gritar ni correr; allí mismo, se lo juro, parada al lado del fogoncito, estaba Atanasia, mirándome, sin quitarme los ojos de encima, ella, que Dios la haiga perdonao, era blanca, pero lucía más blanca y como si no fuera de carne y güeso, ni hablaba ni se movía, pero los ojos, maestro, horrorizaban. Bueno, me desmayé: —¿Te acuerdas, Dosi?

—No crea, se puso mala Ramona.

—Hasta se quería mudar—dijo Toribia.

—Desde entonces no le duermo oscura, ¡óigame!, prefiero quedarme sin el bocado antes que sin brillantina. Pa mí que vino a despedirse, porque tenía delirio conmigo.

Y ahora usted dirá que son figuraciones mías; aquí también creían éso—y señaló a la familia—hasta que a media noche nos llegó la noticia. Ni que decir, caí con un ataque de nervios. ¡Entonce sí se convencieron!

Y la otra vez; ya verá: mando a Jacinto al pueblo a un mandao y como había anochecido y no regresaba, salgo al callejón a esperarlo. ¿Usted habrá oído hablar del carretero machetiao en el mango a orilla de la puerta de golpe que sale al callejón?

—Bueno, no.

—Usted verá: esa noche sí que por poco me muero del susto, me sudé toda y se me aflojaron las piernas; con decirle que no podía correr. Lo mataron de un machetazo que lo dejó sin nariz, boca ni quijada; el juez mismo, Don Jacinto, cuando se personó, no podía ni verlo de horrible, y dijo: «tapen, tapen eso». Y como si fuera poco, maestro, además de salir asimismo, como lo dejaron, ¡se quejaba! Imagínese, un muerto, con un pedazo de cara na más. Oigame, por su madre, cuando yo vi éso, por poco me muero de verdá, pero dicen que Dios aprieta pero no ahoga y tuve la suerte que en ese momento venía Jacinto y me volvió el alma al cuerpo y cuando miré pal mango, el muerto se había desaparecido, entonces estaba yo delgada y liviana y de un salto cogí la montura, ¡de milagro!, porque por poco ni Jacinto me ve, pues ya los otros muchachos le habían contao lo del carretero machetiao y como la puerta de golpe la tenían amarrá, Jacinto iba a hincar la potranca. ¡Na, que me hubiera muerto del susto!

El maestro, pensando que probablemente habría de dormir sin compañía, evidenciaba deseo de que cesasen de hablar de aparecidos. A los niños: Jacinto, Máximo, Agapita y Gudelia, el sueño les vencía el terror.

Mas, Ramona, y Toribia especialmente, gustaban el tema. El propio Dositeo, tan anodino, tan apático, reflejaba sadismo, pues había captado que desasosegaban al maestro las tan pavorosas narraciones.

—Y el padre de Dositeo—me parece estarlo viendo. Bueno, yo aseguro que uno no se muere hasta que allá «arriba» no les da la gana. Maestro, esa noche, ¡qué susto!

—Yo creo que ya he dado mucha lata—interrumpió el maestro.

—Todavía es temprano, —dijo Ramona. Déjeme que le cuente... pues como le iba diciendo: esa noche Dosi estaba pal pueblo, y mamá, en casa de mi hermana, así que me agarró sola con los niños, que estaban todos chiquitos. ¡Y qué noche! Se había soltao un temporal que metía miedo: como si se hubiera desbordao el agua del mundo y unos truenos del demonio. Cuando, de repente, siento un escalofrío en la nuca y miro pal otro cuarto y veo al padre de Dositeo, sonriéndome, tieso, con su guayabera cruda. Yo metí un grito y él se desapareció. Pregúntele a Dosi cómo me encontró cuando vino.

Pero Dositeo roncaba dificultosamente en el silloncillo.

—Yo, a la verdá, que no quisiera ver. Dios debía darle valor a los que ven. ¿Usted maestro, nunca ha visto na?

—Yo, nunca.

—Y, a lo que veo, ¡ni quiere tampoco!

—¿Por qué lo dice?

—Se ve que no... Ah, y hay quien oye...

—¿Oye, qué?

—¡Pero usted no ha oído cuentos!...

—Yo, sí—afirmó como quien anhela eludir algo.

—Mire, en la escuela, todas las noches, a las doce, se oye tocar una música bajita y triste. Dicen que era un familiar de Valedonte que tocaba el piano y que se ahogó...

Por fin, a las once, dormían todos, y Ramona, que cabeceaba, cesó de contar. Mas, el maestro había dilatado deliberadamente la permanencia, aguardando el usual regreso de Secundino, a esa hora, de sus irregulares visitas a Surqueño, bien que a veces retornaba a la amanecida. Dormía ya rotundamente Ramona cuando se marchó. Afuera, la noche era más densa. Los árboles, tal si llamaran. Multitud de insectos susurraban, sentía que la noche lo apretaba como colosal enemigo mudo y de tenebrosos designios. El canto distante de un gallo descolló lastimeramente sobre los rumores nocturnos. El trayecto de la casucha de Ramona a La Tienda era de 20 cordeles. Cuando transitó frente al solitario y vacío y oscuro caserón de la escuela, sentía como si le succionase y cuya cercanía evitó máximamente, aceleró el andar y pensó que sería pavoroso pernoctar ahí, y aun siquiera penetrar. Desde el tejado, una lechuzca salió volando sedosamente. A lo lejos, los perros aullaron. Sentía que la noche lo cercaba. Miraba recelosamente, no hacia atrás. Creía que algo—uno de aquellos muertos espantosos marchaba ahora a sus espaldas, a unos pasos solamente, por lo que experimentó ímpetus de correr. «Tengo que dominarme. Si corro, o vuelvo a casa de Ramona, mañana mismo tengo que irme». Entró en La Tienda con rápido movimiento de soslayo, como el que se despeja de alguna cosa a sus espaldas. Encendió un fósforo pero el viento lo apagó. prendió la vela sumida en un candelero y recorrió las habitaciones. ¡Secundino no había regresado! Ideó sentarse en el portal, a esperar, mas el recio frío malograba cualquier subterfugio. Así que ató la hamaca y sin desvestirse, se echó, tensamente; los ojos, abiertos, y los sentidos, en punta. Rememoraba enérgicamente otras cosas, por ejemplo el arroyo, mas entonces surgía el pianista ahogado...; rememoraba a los alumnos, y advenía la espeluznante mujer vestida de blanco, que según Ramona, «se paseaba en el portal de la Escuela»; Surqueño, y se alzaba nítidamente el horrible fantasma quejumbroso al pie del mango en la puerta de golpe a la salida del Batey. «Voy a ver si me duermo», pero sabía que no podría dormir. Oyó el paso de una cabalgadura; el jinete cantaba una décima a todo pecho. «Tiene miedo», pensó. A poco escuchó el tropelaje de un caballo que se dirigía evidentemente a La Tienda. El hombre desmontó y habló:

—Secundino, abre, que soy yo.

(El maestro silencioso.)

Acompañaba a las palabras con golpes a la puerta, que se movía ruidosamente amagando ceder.

—Secundino, Secundino, abre que soy yo.

Convencido de que no sería atendido, se dijo a media voz:

—Está ahí; lo que no quiere es salir, —y antes de regresar al caballo, con colérico acento:

—Me cago en el gallego de mierda ése, cuando hace falta no lo sirve a uno.

La oscuridad era absoluta, y el frío, de sorda violencia. De cuando en cuando una ráfaga polar irrumpía por los desajustes de las maderas y apagaba la vela junto a la hamaca. El vetusto reloj de pared de Secundino batió doce lúgubres campanadas que removieron los aterradoros recuerdos del maestro. Unos suaves pasos sonaron al fondo de La Tienda acompañados de ese ruido de alguien que busca a oscuras. El maestro, asiendo el candelero, se dijo:

—Tengo que registrar La Tienda.

La vela se agitaba en su mano. Recorrió las habitaciones. El ruido cesó. Nada tranquilo, tornó a echarse en la hamaca donde, más que acostado, sentíase levitado. Helados los pies; la cabeza, ardiendo, y el corazón, a ritmo loco. «Me voy para afuera», pensó, mas permaneció inmovilizado.

Ahora, los leves pasos tornaban a oírse, aunque más inmediatos, más audibles.

«¡Dios mío, qué es esto!», profirió. Mas, cuando miró a la barba vio los fulgurantes ojos de un gato. El sonido de cuyas pisadas el silencio había acrecido. El maestro lanzó interminable aspiración de desahogo. «¡Cómo cabe aire en los pulmones!», pensó, desasosegado. Persistían los rumores misteriosos de la noche, su total oscuridad, la soledad, el desusado frío, los aullidos, las lechuzas, la mujer vestida de blanco, sueltos los cabellos, y los ojos, fijos, grandes, implacables; el piano espantoso, gimiendo lóbregamente en el pavoroso caserón de la escuela, ahí, a unas varas de La Tienda; la cara pálida del padre de Dositeo... «Si salía iba a ver todo eso. Si se quedaba en la hamaca, se iba a enfermar. Esto es terrible, a mí nada más se me ocurre venir a este campo endemoniado.»

Mas, se abrió bruscamente la puerta del fondo, en el pasillo, y penetró Secundino. Había desensillado la bestia y dejó caer en el suelo de tablas la montura. Al advertir la lumbre de la vela, se encaminó hacia la hamaca del maestro y dijo:

—Si usted sigue leyendo tanto, maestro, se va a volver loco.

—¡Qué alivio!

—¿Qué dice, maestro?

—No, nada.

La voz de Secundino le infundió delicioso bienestar. La noche

y sus espeluznantes rumores perdieron fulminantemente su pavorosidad.

En Magdalita la mañana desnudaba las empolvadas rutilancias de los verdes sombríos, tiernos, jades, nilos; circular esmeralda que desde el alto mirador de la escuela veíase extenderse y resplandecer joyosamente al sol, matizada por grises espigas cañeras, troncos de palmas, negros escuadrones de mayitos, albas yagrumas, flores de bariás, buganblias y tejados de bohíos sitiados por cañaverales. El olor de la tierra saludable envolvía la vegetación y la fresca de los colores estallaba en el manso aire limpio. Las moles heladas de las nubes se respaldaban en el blanqueado cielo. Todo gobernado por las potencias de la naturaleza que dejaba manar su tranquilo ciclo bienhechor y posibilizador de la vida de plantas, animales y hombres. Lluvia, evaporación, nacimiento, desarrollo y muerte concretaban su antiquísimo volante, que ni se oía, tocaba ni miraba. Pasaban desembarazadamente vacas, toros, bueyes, caballos, yeguas; terneros y potrillos, llenos de las cabriolas de la edad. Al levantarse la cáscara de la tierra para un sembrado, mostraba su fecundadora pulpa húmeda. Pero en tan inefable asiento vegetaban más bien los magdalitenses ocasionando desconcertante atimonia entre la belleza y horror de las condiciones de vida comunales, aplastados por remotas costumbres rurales de ignorancias y trabajos sumos, de mecanizaciones que comenzaban en la cuna, y de sometimientos y fatalismo y sobre todo, de una invencible pasividad. No había libros en Magdalita, no se leían diarios ni revistas. Sólo recientemente, radios receptores de baterías iniciaban el esclarecimiento del tenebroso escenario del anonadante bohío, viabilizando oír otras voces que no fueran las seculares de mandato y silencio, e incitando a lecturas y a indiferibles cambios. Pero aún se exprimía el magdalitense zumos de alegría—y escuchábanse décimas y guitarras y acordeones—, aunque transidos de inconsciente nostalgia vetusta y anhelos de intuitos bienestares. Pero se advertía misteriosamente que nada allí iba a quedar inmutable; se gestaba una organización de obreros agrícolas.

Abrumaba al país, y obviamente a Magdalita, un Ejecutivo cuartelero de fementida vestimenta civil, indeseable y podrido, que tenía hundida la cabeza del populacho en el garito, y que originaba esa desazón, esa pesadumbre y esas inhibiciones numerosas; antítesis del tan grato hacer y decir espontáneos de los libres pueblos. Sin embargo la esperanzada ciudadanía aguardaba desembarazarse próximamente de tan terrible agobio eligiendo de veras Presidente. Batía también contra la otra costa del mundo el furioso oleaje negro de la guerra y su entristecedor fragor conmovía la inquieta calma de este lado, aun hajo los tan esplendorosos días y las inefables noches de solemne, profundo y respetable enigma. Predicábase que las

muertes y mutilaciones y destrucciones eran en favor de la supresión de la regencia de la Fuerza, aunque prevalecía el silenciado temor de que, concluida la empavorecedora matanza y atomización de riquezas—cual en la anterior gran contienda—, los estados de los pueblos, siguieran siendo como entonces. Por lo que debajo de la superficie del aparente conformismo germinaban ideas reivindicadoras, acogidas al inmune clima oportuno de muy cacareantes y decisivos reclamos exteriores.

La lluvia espaciaba una de otra su dádiva pero como fluía en tanto la estación de la seca, estaba todavía estable el ritmo acuoso; mas la primitiva y nueva aparición del tiempo pluvial demoraba; sin suscitar, al comienzo, suspicacias, hasta que el sucesivo desfile seco de los días afirmó la alarma de Magdalita, medrosa del estrago de la amagante sequía, centrando la común atención en la tierra, plantas, arroyo, pozos, aire y cielo. Los magdalitenses—Valedonte el primero—evidenciaban continua preocupación, y Ponto, el mayoral avezado y el montero Plutarco Rojas, y los dueños de ganados a piso. A menudo, como una sonda de vida o muerte, se calaba la tierra cuya entraña paulatinamente perdía su color de humedad, consternando a las gentes, pues sabían que la muerte—ya ausentada la lluvia—venía del subsuelo, y del aire siempre más decantado, por lo que cuando desapareciese del todo la humedad, sobrevendría la calamidad general, pues el pulso del arroyo—el otro índice letal, languidecía—, y descendía asustantemente el nivel de los pozos. Y en la rutilante tarde y serenísima noche, sentíase la inminencia de la petrificación de la tierra y muerte de la vegetación y los indefensos animales. Los magdalitenses habían devenido en comunidad sombría; Valedonte, agrio, torvo, callado. «Se pasa el día haciendo números»..., no habla más que de la seca»..., manifestaba la sobrina. Valedonte, que en la infancia había sido compulsado a una educación católica, había derivado en la adultez hacia creencias muy personales, y si no blasfemaba aún contra Dios, juraba contra la lluvia, y recriminábase: «no haber tenido ya en ejecución sus planes de regadíos», aunque se autoatenuaba pensando que «las inversiones de tiempo y dinero se las habían reclamado inaplazables oportunidades de muchos rendimientos»... Pero le repugnaba errar; quería que las personas—particularmente sus familiares—: «siguieran creyéndole infalible; incapaz siquiera de una imprevisión!»

Seca ya la tierra se hendía y empedruscaba bajo una agónica vegetación amarillosa, ¡tan distante de los oros maduros de las cumplidas cosechas! Cada magdalitense era un observatorio vivo que al amanecer escudriñaba ya la atmósfera. Los ancianos ofrecían augurios téticos: «No hay barrunto de lluvia».

Candelaria tenía la boca llena de centellas; y el vecindario, en las crisis impacientes, maldecía y blasfemaba; luego, las agrestes ple-

garias, súplicas, ruegos, promesas a San Isidro. Pero Tomás Tabío, insistía:

—De un momento a otro se desprende el aguacero.

Y Redaño:

—Le vamos a meter contracandela a la seca, porque el mundo está revirao, así que lo que hay que hacer son cruces de ceniza en el suelo pa jalar el agua de las nubes.

El hambriento reserío gemía lastimeramente y las caballerías relinchaban. Con yuca desmenuzada alimentábanse gallinas, guineos, guanajos, gansos y pavos. Simplicio, el espiritista, iniciaba labores secretas para: «convocar la lluvia».

La educación de Valedonte—viajes, bachillerato momificado, lecturas—, impulsábale al rechazo de supersticiones, por lo que rehúsaba—flojamente—, ofertas de conjuraciones, aunque desando: «por si acaso, que se practicasen de todos modos», pues, «no están de más»; ¡nadie sabe! Cierta porción de lamedal del potrero, aledaña al arroyo—último reducto húmedo—endurecíase pétreamente. El ganado empobrecía de carnes. Y no era factible trasladarse porque la sequía enlobreguaba todo el país; tampoco podía proveérsele adecuadamente de caña o cogollo. La escena amarillenta del vasto campo llano, el viento seco, la polvareda, los arbustos deshojados o exángües, las debilitadas reses postradas mortalmente y la tristeza nacional, ocasionada por un gobierno impopular y la guerra exterior, entenebrecían el ánimo.

A diario sumábanse las bajas de ganados. Cuando Rojas surgía en el Batey, tras sus dilatados recorridos, se le adivinaba el aviso, y la curiosidad ceñíase más bien al número. Ponto, él y Valedonte, mostraban dolerse de las muertes como de allegados, así que cuando con tan abatida voz—que no precisaba añadir—: muertas, informó, «otras dos vacas: Mariposa y Tarrona», Ponto dijo únicamente:

—Sáqueles el cuero.

Y elevaron ambos, con desgano, la vista a las nubes que aglutinábanse en el nordeste, sin abrirse en riego, entre el sol fogueante y el cálido vaho que la tierra agrietada arrojaba entre los calcinados pastos y moribundos arbustos. Sombrías miradas atisbaban fuliginosos nubarrones, que con su anhelada carga morosamente viajaban por el cielo de Magdalita al empuje del alisio. «¡Hoy sí, hoy sí!»... Era el clamor:

*Que llueva, que llueva,
Virgen de la cueva.*

Aun los niños invocaban:

San Isidro Labrador...

Todas las tardes lo mismo... En tanto el campo espesaba el carmelita de su alfombra. Excepto el jagüey y la salvadera gigante, cuyas cajetas de cuando en cuando con estruendo rompía liberando comestibles semillas que atraían pavos y gallinas, y la mirífica garúa de los pinos, que evocaban el verde, la restante vegetación era desvaído siena. La bienvestida y el piñón habían abandonado al fuego de abajo las últimas hojas y los naranjos y ciruelos adiposos habían sido ramoneados por la famélica vacada. El arroz exangüe inclinaba sus abortadas espigas y el maíz el beige de su paja. De las heridas de la tierra brotaba el grito mudamente estentóreo:

¡Agua, agua! La mortalidad del ganado producía bajas en las cotizaciones del cuero. La maltrecha gleba sólo había devuelto raquíticas viandas. Asentábase la desolación. Los vecinos dábanse—para los usos indispensables—al acarreo del agua desde los lejanos charcos Fáñez. El achacoso molino aguardaba piezas de repuesto de La Habana.

Los mediodías de La Tienda, insoportablemente tangibles, más que las circunstancias y los acontecimientos, eran un irrompible monopolio con una carga de monotonía, y a Secundino—con precedencia de intensa vida—, más que a nadie le sofocaba; había ensayado a vencerlos con el dominó y tertulias «iletradas», estimuladas con embotellados refrescos a temperatura ambiente, que para la apreciación gustativa de Redaño: «sabían a un buche de agua con azúcar prieta», a lo que la endiablada Catalina añadió: «que en el pueblo era un trago de yelo embotellao, muy caro, por cierto»; pero los trajines zafradeños se habían llevado la ociosidad de La Tienda, dejándole todo su espacio al mediodía, así que Secundino había ideado una especie de temporada de playa en las cortadas aguas del Magdalita y sus fangosas riberas, vistiendo, en vez de trusas, pantalones mutilados por las rodillas, excepto Dositeo que prefería bañarse como los peces. Por lo que, desde La Tienda, cuyas puertas cerraba, voceó:

—Dositeooo, maestrooo, vamos pal arroyo.

Hasta aquella porción verdinegra de la linfa, a la que pomarrosas y cabodehachas restaban calor, arrastraba el viento olores de carroña. Dositeo desnudó su cuerpo de cortas extremidades y arrojóse, agitando la poceta. Los acuosos círculos extendiéronse en hilo final que festonó fugazmente la pastosa orilla. Respiraba afanosamente regateando con Jacinto, su chico.

—No debías bañarte en cueros—reprochóle Secundino.

—Que aprenda a macho—y se removió con ambas manos los órganos genitales para reforzar el dicho.

—Maestro, eche una carrera conmigo pa que vea que le gano. Pero unas brazadas del desafiado le dejaron atrás pateando y

manoteando ruidosamente las estancadas aguas que devolvían a la superficie el esférico vientre de Dositeo.

- Bueno, es la fuma.
- No, los años—dijo Secundino.
- Tampoco así.
- La gordura.
- Eso sí.
- Se ve, maestro, que usted nada—señaló Secundino.
- Muy mal.
- Yo me practico, y lo gano, maestro.
- Estos viejos, estos viejos...
- ¡Y dale con la vejez! ¿Cuánto me echa usted?
- Secundino le miró calculadoramente y delegó:
- Maestro, dígallo usted.
- Yo no estoy fuerte en esas matemáticas.
- Cuarenta y nueve..., na más...; ¡si soy un muchacho!

Al cabo del baño como inocente animal, oreaba al sol su corpulencia. Era el postrer mediodía de aquel abril sin flores, que sumergíanse en las hediondas aguas del Magdalita.

De regreso, en la lodosa margen, toparon con bermeja novilla, apresada en su blando cepo de muerte, la cual alzó hacia los bañistas unos ojos casi humanos, implorantes. Jacinto torcióle el rabo a quebrarlo a objeto de arrancarle las salvadoras fuerzas que la levantasen, al tiempo que Dositeo y Secundino tiraban de los cuernos, mas permanecía inmóvil, sin otro indicio que una mirada de pavor. «No se levanta más»—dictaminó Secundino. Cuando, víctimas del hambre postrábanse, se las remataba y descueraba. Con frecuencia se pudrían sin habérselas desollado; tantas morían. Comenzaban a secarse los pozos, y la sequía pintaba de amarillo los cañaverales...

Además de su gurrumina, gozaba Dositeo la peculiaridad de ser reconocido a distancia por su estilo de cabalgar: las pequeñas manos, cual las del párvulo, hacia abajo abanicaban el aire como diciendo adiós. Antes que él, su caballo tomaba el baño al volver a casa, y, fiel a sus hábitos infantiles, efectuaba luego el milagro del lavatorio de su voluminosa figura en el agua que podía contener una palangana.

La cabeza de Dositeo era también esférica, una prolongación de la lisura y redondez del rostro y de su brillo, aunque no grasoso; para ayudar a esta forma, las orejas menudillas se pegaban al cráneo cuya escasa dimensión y ausencia de cabellos obligaban a desapercibirle. El semblante, constituido por una sonrisa inmutable a la cólera, júbilo, sorpresa, vacilación..., los ojos no contrastaban la pequeñez general, y cuando el interés insinuábase intenso, denotaban un balbuceo de esfuerzo para comprender, pero eran definitivamente incapaces, y como la sonrisa constituía ya un elemento ana-

tómico, la expresión no existía. Alto y adiposo, piernas delgadas: un extraño pomo grande de boca minúscula. Su nota avasalladora, la infantilidad. Ramona lo reiteraba: «es un niño»; mas no descollante. La voz, no amadamada; pero atiplada; no gesticulaba. Parecía estructurado de humor parejo. Dositeo era ajeno a la autoridad doméstica. Sin embargo de la hogareña complacencia convivencial, advertíasele una presencia aislada. El rencor de Jacinto, su hurañez, cedían ante Dositeo; con el que, simpáticamente, compartía el huerto: coles, nabos, calabaza, tomates, manzanos, lechuga, cilandros, ajíes...

A causa de la súbita obesidad de Ramona, se había dislocado el péndulo hogareño, pues Valedonte no sesteaba ya en el lecho de los cónyuges. Y a fin de más abatirle (ya en el desfavor último, Dositeo) y a virtud de que le desobedeciera en ocasión de las elecciones en el Sindicato de Obreros Agrícolas, privilegiaba ahora otro apellido sesteando a unas varas de su vivienda; además, le sustituyó en el mando de la cuadrilla, bien que poseía asimilación para estos mazazos del destino y, en vez de a un desesperado, contemplaba Magdalita a un ser bonachón, cual si su salario de pesador durante la exigua zafra fuese suficiente a proveer la familia: Ramona, los hijos: Gudelia, Máximo, Jacinto y Agapita, la concuña Caridad y la conserje Toribia (ocho pesos mensuales de haber). Como no estaba hecho al extenuador trabajo guajiro, y porque no iba a deshacer, de repente, el prestigio de cierta holganza económica, abrazóse al comercio ambulante, de batey en batey, de casa en casa, por lo que allegóse dos cajones y llenóles de mercancías: sortijones de esmeralda de vidrio, percales, telas punzó, amarillos llameantes, púrpuras sombríos, abalorios, perendengues, codornices, pollos, etc. A Dositeo le recibían alborozadamente los niños que, a la espera de dulces y caramelos, coreaban:

- ¡Ya viene el vendedor, ya viene, mamá, ya viene!
- Por Dositeo no se frustraba nunca una transacción:
- Si no tiene dinero, casera, con una gallinita o güevos nos arreglamos, pero yo no la dejo con las ganas; échele un vistazo a ese pulso; ¡da la hora! Pero si le gustan más los aretes, es cosa suya; me echa pa acá aquellas dos pollonas, y estamos en paz. ¡Fíjese: es una ganga; no se la pierda!
- No apriete tanto, casero.
- ¡Usted sabe cómo va eso!
- Le voy a dar la jabá aquella quiquiriquí...
- Déjese, que no le sale en na.
- ¡Que no!
- Si es un regalo.
- Está bien: siempre se sale con la suya.
- No diga eso, casera.

—Oiga, usted es tremendo.

—¿Yo?

—Como es el único en el Barrio, abusa.

Valedonte, que gustaba ejecutasen prestamente sus órdenes, descargó otro impacto sobre Dositeo al requerirle que desalojase la casucha. Ramona, con interminable lloro, por tan desconcertante nueva, derrumbó en el lecho su globoso cuerpo. Tras la catarsis lamentosa e infusiones de tilo, compuso—porque amaba además el hogar donde le nacieron sus hijos—un plan... Había bajado Valedonte aquella mañana a los corrales a tratar con compradores. Así que, pondríase al atisbo del regreso. Por lo que tomó el baño y un frasco de esencia de los inventarios de Dositeo, y se perfumó ante el estrecho y pecoso espejo, que le dejaba fuera cuantiosa porción de humanidad. Obligó luego a todo lo que podía la faja a forjarle una cintura artificial, a expensas de tan rectangular conformación... Jadeando, atóse las ligas, de un rojo sensual, bien que conformándose con que quedasen perdidas entre rodillas y muslos, como la cuerda en el cuello del cerdo; con brillantina ayudó al peine y comenzó a abanicarse un calor más nervioso que ambiental. Con el rouge se hizo unos labios y extendió carmín por las abotargadas mejillas; y abundante polvo de arroz por brazos y cuello. Suplantó los menudos zarcillos por verdaderos volantes. Y nunca como en este minuto capital sintió no ser lo que había sido, y debía haber seguido siendo aún. Ahora no incitaba las codicias de ellos ni envidias de sus convecinas, que devinieron en conciliación admirativa, subordinada: culto paliador, pues tenía poder; ¡qué fruición!: preferencias en oficinas y despachos, tiendas y fiestas, dondequiera. Los alegradores halagos, los recadillos subrepticios de tanto sujeto importante. Las convergentes miradas masculinas y femeninas. Las risas a sus bromas. Los subterfugios sin subterfugios para pasar por la aduana del matrimonio contrabando de blandantes regalos. Festival secreto y trasluciente el suyo. Por eso: «qué alegre es Ramona; da gusto conversar con ella, una va encalabernada y sale curada de su casa»... «yo nunca la he visto peliando»...; y Candelaria, en instantes excepcionales: «yo, como ella, qué iba a cargar con un Dositeo; de eso, nada». Apenas podía continuar recordando tan abrumadoras pérdidas: «¡Treinta años, y estoy hecha un espantajo!», balbuceó, apesurada, llorosa. La belleza se había ausentado de repente, dejando una nostalgia obsesiva. En meses, tal vez en semanas tan sólo, vencedora gordura había sitiado su cuerpo bello. A la cuarta visita al remoto Dr. Portida—sometida a las normas comunes del turno—escuchó el sentencioso diagnóstico inapelable:

—Hija, después que las mujeres se casan y tienen hijos, engordan. La edad también contribuye.

—¡Pero si no tengo más que treinta años!

—No son veinte.

—Doctor, si en el Batey hay mujeres con un bando de hijos y más viejas que yo, y no han engordao.

—Cuestión de naturalezas.

—¿Y éso, qué es?

—El que nace para ser delgado...

—¿Entonces, yo? Si toda mi vida he sido delgada.

La voz de Portida, áspera ya, le denunciaba contrariado. Y su argüencia impotente buscaba ahogar la dialéctica de la enferma.

—¿No le digo que después?... —Ramona le observaba implacablemente— bueno, con dietas lo único que saca es anemia.

—Doctor, esta gordura mía, no es natural.

Portida se puso en pie para que la paciente se marchara, y a fin de atenuar el acto, la palmeó en el hombro.

Ramona, en la acera, dirigió un ademán despectivo al anuncio del consultorio y masculló: «curasano y mataballos»—, (dicho de Dositeo, que detestaba la Medicina). Y, dolorosamente, gravitó al grupo de las anodinas mujeres de Magdalita, con las indispensables y jubilosas bienvenidas: «¡Ramona, pero qué gorda te has puesto...!» «¡Vieja, si estás desconocida!» Y, mirándole al vientre: «¿Hiciste otro encargo...?» Por fuera, se protegía simulando indiferencia y buen humor. Por dentro, soñando que se le restituía la belleza. Sin embargo, el nato optimismo femenino encargóse de que las ojeadas finales de refilón al espejo, infundieran ciertas seguridades...

Recordó las visitas de Valedonte cuando era hermosa, y le recibía, fresca del baño y sueltos los cabellos para picar lujuria. La anciana conserje quedaba porfiadamente próxima hasta exasperar su paciencia: «Anda, mamá—ve y dámele un 'ojito' a esas piezas». Puesta al lavado bajo la mata de güira, fijaba los ojos en el habitáculo donde se refocilaban; en tanto en la sórdida agua de la batea rodaban sus lágrimas. Con el último crujido del lecho, se escuchaba: «Cuela, mamá, que Valedonte se va» Toribia le acercaba la taza de café, yéndose sin proferir palabra. Y resonando aún los pasos del caballo: «¡Avemaría, qué caras pones, qué dirá él! En cambio, con la chusma, eres otra. ¡Está visto que no te agrada la gente de categoría!» Silenciando quemadoras palabras tornaba al quehacer. Mientras cayeron las postreras lágrimas de la anciana madre aquella tarde, algo cayó también, deshaciéndose en el aposento. Por un resto de pudor, habíase abstenido Ramona, aunque deseaba con vehemencia, conocer la causa de la conclusión de aquellas relaciones. Pues ignoraba que el amante había experimentado agobio inmenso, y aun cuando estaba hecho a mandar, no conseguía decir: No «puedo, levantémonos»... Ramona entretanto solazábase muy encerrada en sí, ajena a él. Embolcado su cuerpo flácido había inyectado irremisible desmayo a la virilidad de Valedonte, desfalleciéndole el

deseo. Con crecida angustia sentía que la tensión de la sangre se le desmoronaba; aunque su voluntad forcejeaba por mantenerse y cumplir la función genital. En aquellas circunstancias, tan interminables, era autónomo el sexo, y la aplastante presencia abatía al pensamiento. Le desconcertó una duda tremenda y marchóse con la imperiosa idea de una posterior verificación...

Estas agrídulces escenas rememoraba en lo que la concernía. Siempre al acecho de Valedonte, retocóse el tocado, pues trazaba el sudor en la empolvada piel molesta red de riachuelos. Avisaron por fin los perros del Batey el avance de las caballerías. Ramona mostró medio cuerpo al jardinillo, buscando el saludo. Delante, en su bayo, Valedonte hacía el entretenido, y Ramona, con un bagaje de provisiones, acudió al arbitrio desesperado: ¡llamarle! Con disgusto recogió la rienda del caballo. Como continuaban apegados los acompañantes, exclamó: «Dispensen, es a él.»

Del influjo del ambiente deseó asistirse y engalanó la sala. En la pared, como sables en panoplia, dos entrecruzadas espigas de flores artificiales de hereje hechura, y una litografía del Sanador. Desafió la buena suerte erradicando telas de arañas. Los sillones, de bruñido lechuga, y las sillas de reciente carmelita, reconfortáronle. «¡Un acierto habérselos hecho pintar!»

Sentóse Valedonte al borde del mueble, con actitud de ostensible prisa, envuelto en esa capa de amnesia que casi expresaba: «No te he visto nunca». Tan frío talante hizo denotar a Ramona relampagueante vacilación. (El pañuelito absorbía el sudor de las manos.) Para desasirse de la ansiedad, comenzó:

—Por mis hijos, hágalo, no nos saque de aquí, Valedonte. ¿Adónde nos vamos a meter? Dositeo no tiene un centavo. Figúrese lo que una mudanza cuesta.

Nerviosamente se tomaba las manos. Las lágrimas pintaron surcos en el agreste maquillaje. A fin de no debilitar su fortaleza de hombre incommovible, Valedonte se defendió llevando la mirada a un ángulo de la sala. La consciente injusticia que perpetraba ocasionábale en el estómago desazón que, como el amargo del vómito, le subía a la boca. «¡Qué diablos—pensó—, no se puede ser flojo ante estas patrañas de las mujeres! Además, a Dositeo hay que aleccionarlo; el auge del obrerismo lo ha hecho perder los estribos y desobedecerme.»

Después de un breve silencio, que Ramona interpretó con equivocado optimismo, Valedonte, siempre sin mirarla, declaró:

—Necesito la casa.

—¿Pero con qué vamos a levantar un rancho?—preguntó con enternecedor acento.

Sin responder, siguió mirando a un punto vago en la pared.

—Considere... Hasta la Vieja tendrá que dejar el cargo...

Pero a Valedonte acababa de ocurrírsele gestionar de la administración del Central Combatora, la cesantía o traslado de Dositeo como pesador de Magdalita, de modo que sostuvo:

—Necesito la casa—y se aprestó a retirarse.

Ramona echósele al cuello, intentando un beso. Valedonte evadió la caricia. Ramona insistió, pero él rechazó con energía.

—¡No puede ser; necesito la casa!

Entre sollozos, indagó finalmente:

—¿Deja a orilla del barracón?

—¡Está bien; pero ni una tabla de la finca!

—¿Y la cobija?

—Hay que pagarla.

Sólo atinó a ordenar, con una inflexión aturdida: «Mamá, cuela»...

—¿Café, para mí?; ¡no, no!, gracias.

Valedonte pensó: «caramba, qué trabajo me está costando deshacerme de esta mujer. ¡Si fuera cachorra, o tuviera amor propio!»

NIVARIA TEJERA

Nació en 1930. Se ha dado a conocer como poetisa. Ha publicado en diversas revistas literarias. Actualmente vive en París.

Como novelista ha publicado «El Barranco», que ha sido traducida al francés.

En lo inconexo y todavía no logrado de esta novela «El Barranco», se desprenden unas notas que pueden marcar el mejor relieve de Nivaria Tejera. Así, su rápido y femenino salto de un contorno a otro, entregando las posibles comunicaciones entre realidades ásperamente separadas. Así, también, lo de detenerse en lo frío y vacío de algún hecho, para que la perspicacia de su ternura, adivine una historia en un gesto, una aventura en un pequeño movimiento, hasta darnos lo sórdido del relato, con la fina complicidad de un recuerdo.

Nivaria fija la experiencia de ese primer contacto con la muerte, que hace terminar la infancia, en lugares que, imprevisiblemente, han de soportar ese paso. Porque ha de ser cualquier cosa, una calle quizás, o la vieja pared de la tienda de una esquina, pero desde entonces, los reflejos se han de manchar en ella, desconchando su relieve, con la sorda aridez de una advertencia. Desde ahí, los juegos de los demás han de crecer monstruosamente, desbordando los contornos, pareciendo pinchar al que ya no participa de ellos, con el acento vergonzante de la burla. Nace así lo desvincijado, visión que reaparece insistentemente por esta novela, y que puede llegar a ser el centro, desde donde fije Nivaria Tejera, la gravitación de sus relatos. Pero en «El Barranco», esta nota se deslía, todavía, en lo mimético de muchas de sus páginas, y en lo atiborrado de sucesidos existencialistas, que recortan la novela, en desniveles de prescindibles anécdotas.

EL BARRANCO

XII

1

Puedo ocultarme en el banco más oscuro de un parque y decirle al gato que llega a olerme mientras me enseña su pata, como si fuera a raspar con ella la noche: «Oye, tengo garras más duras para asustarte. Mira, te contaré. Son garras de zinc y de tinaja de agua y de agua y de hierro. Son unas garras que me enseñaron lentamente mientras crezco y miro y tengo hambre durante dos años y dos mil años. Ellas pueden atrapar un patio y chuparlo como un pirulí. Si te recuestas en mí, ¿no es igual que si saliera un barco? Pues debes sentirme una bocina y un olor a sal vieja y a perro ardiendo. Por eso esconde tus uñas, tus hormigas, tu acecho».

¿Qué importa el niño aquel durmiendo sobre la harina, sobre la ceniza, allí, en el portal, en el frío, y aquel loco que se tragaba los papeles y decía: «yo quiero ser un muchacho mudo». ¿Sabes tú? Cada vez que pienso en la niña que soy me vuelvo una cosa dura y apesto. Odio de pronto las cosas: una azotea, un compás, el almanaque, mis zapatos que me empujan al borde del barranco y allí estrujan mi cuerpo que entonces es muchos cuerpos; y si miro arriba y abajo y al fondo de mí, hay un enano dando la misma hora, una hora que es movimiento nada más: se mueve, se mueve, se mueve. Y esto sucede cuando la cabeza me aprieta y entonces por allí es igual que si muchos animalitos más pequeños que tú caminasen pegados a la frente. Lo noto cada semana que cruzo el puente antes de tocar el muro que dobla a papá. Entonces allí hay que ponerse en fila como si fuéramos a comprar carne o a recoger la libreta de racionamiento o a cobrar el subsidio; y es a ver a papá, y cada uno allí va para estar cerca del suyo. ¿Tú sabes? es muy triste divisarlo allá lejos y no poder empujar y empujar hasta que la cola transcurra de una vez, porque todos quieren ser los primeros en entrar.

Odio todas esas gentes que pasan ahora y miran como si tú no fueras un gato, aunque puedes no ser un gato sino Nito, mi amigo rubio, que va a borrarse, un movimiento de mi mano, un árbol. Pero eres un gato y puedes existir más porque no necesitas oírte ni usar ropa ni conocer el nombre de las calles ni vivir de día. Gato asqueroso, ¿por qué te paras a mirarme? No comprendo a tus ojos que se quedan ahí en el centro como si nunca más fueran a cambiar de sitio. Deben parecerse a dos muertos. ¿Conoces tú los muertos?

Deja que sigan caminando, malditas gentes, con sus vestidos brillantes y los gestos inútiles. Tú eres libre, tienes pezuñas y nadie te vigila, tú no tienes cementerio como la gente, tú eres un animal sucio. Cuando te descubrí tenías hambre; pude encender una a una las luces de casa y asustarte y tener humedad juntos en el espejo antiguo del cuarto. Me sentía sola y tú también y llegamos a ser compañeros; por eso ya no nos separaremos nunca, porque si me sigues no estaré sola. Dime, ¿no te gustaría repartir todo entre los dos? Alguien tiene que velar mientras yo detesto la vecina gorda que ama al hombre viejo, oyéndolos siempre hablar del sexo a través de la pared, en tanto siento hambre o tú no tienes casa en los tejados ni otro gato con quien repartir tus noches. Comparo el ruido todo el tiempo, que suena tanto y entonces quiero saber qué es lo sexo y destaparle lo sexo a la casa y a mis oídos, para callarlo, y quiero decir muchas cosas sin saber por qué las digo. Todo el mundo habla, habla sin cesar, como la vecina gorda y el hombre viejo, mientras tú estás solo y yo también.

Animalito. Ahora yo dormiré en tu garganta y tú serás un duende, el de los cuentos que abuelo hacía, pues ahora la guitarra siempre está colgando como un precipicio y abuelo ya es una albarda. Imaginemos que tú amanece en la azotea de cristales mientras estás aquí. Tú eres de arena, una marioneta que se rompe, una salsa negra, un aro: eso es, un aro. Y papá, que ahora no vive, es una tubería, un pedazo de pan entre el puente y el muro. Gato, gato, ¿lo sabes? Allá dentro la sangre se ha vuelto una paleta de cuero, como la de abuelo. Te llevaré a la tienda de paja para que conozcas una paleta, para que conozcas a abuelo.

¿Qué voy a hacer? Yo no sé. Te acercas con el lomo levantado a brindarme ayuda, pero no hay nada que hacer. ¿Qué podíamos hacer tú y yo? Nadie le hace caso a una niña y a un gato.

Me gusta mirarte. Tus ojos son un reloj. Si caminas solo, si no te molestan, das horas lejanas, lejanas y acercas una calle larga, un cuchillo, un «Golpe». Por eso y por todo (entre Otero y el puente y el muro me voy deteniendo para siempre), por eso y por todo odio este banco por donde pasa la gente y no sé de qué me siento culpable. ¿Qué has hecho tú por mí, qué ha hecho nadie por mí? Claro que no sabes, y por eso te pregunto, porque no quiero saberlo, pues siento una rabia y unos deseos de correr y de cubrirme con algo y de estar muda allí, donde sea, para que no tenga más frío ni esté más sola. Porque tú nunca me dices pobre niña o márchate a la escuela o juega o hazme caso. Y, sin que tú mismo lo sepas, puedo tocarte imaginando que eres un mueble o mi vestido o una arruga de abuelo, aunque ya el vestido esté roto y la arruga de abuelo sea un hoyo. Por eso me dejas pensar mi pen-

samiento encima de ti que eres de garrapatas; de pronto te vuelves abuelo o mi vestido.

Gato, si tuvieras memoria recordáramos juntos las navidades pasadas y cuando no quise entender que allí estaba Dios naciendo y me reía, y fui, menos que las veces anteriores, una niña, y cada vez fui siendo menos. Ahora Dios cumple otro año y claro que no puedo creer que nazca ni puedo irlo a ver siquiera, como él sea: de cartón o de garrapatas, ni puedo decir el bise-bise. Porque desde que papá no está, nada está, no acierto a suponerme las cosas de algún modo. Pero me acuerdo de otro diciembre en que todos éramos un solo pecho. Yolí raspaba y tía no creía en el daño, y no había como ahora este sabor en el parque, contigo, que no sabes nada de Dios ni de papá que no está.

Tú miras y miras como si supieras de cosas mejores más allá de aquí y como si en esos lugares que tú habitas no fuera necesario tener padre, sino que basta con mirar fijamente y que yo piense en que eres mi amigo.

«Quédate ahí, en la infancia. No deberías salir nunca. Sigue ahí siempre. Si pudieras quedarte», dice tía. Tú eres la infancia de un gato, yo la infancia de una niña. ¿Por qué tía quisiera que nos quedásemos? No quiero ser más la niña de abandono que soy. No te marches, no te marches nunca.

Odio este parque, tu sombra y la sombra del banco. Ustedes se desconocerían si yo no estuviese aquí. Porque tú siendo un gato y el banco siendo un banco, si yo dejara de estar entre ustedes, cada uno por su parte sería una forma sin importancia: un banco y un gato en el parque. Estando yo, algo entre ustedes se hace vivo. Aunque sería mejor, gato, que tú fueses el banco donde descansar lejos de la gente. ¿Es bueno descansar en ti? La calle podría ser tu garra o mi frente, mi frente podría ser tu ronroneo y el recuerdo de papá podría ser el color oscuro de tu rabo. Yo también podría convertirme en un ojo tuyo y mirar y no mirar a la vez, como tú haces. Araña, fuego, fuego, polvillo.

¿Qué pasará allá lejos, en otro parque? Alguien se parecerá a ti o a mí, o a los dos juntos al mismo tiempo. Aunque lo que toco entre el áspero rabo tuyo y mi mano ya no eres tú, sino otro hueso mío, un gran maullido en mi garganta. Sonríe anda, como papá sonrió aquel día en la escalera. Luego te comerás a ti mismo estrangulado por mí, y te hundirás. Porque tú eres libre como papá no es y yo no quiero que nadie sea libre. Donde tú llegas con tu orín y tu bigote la yerba es dura, por donde tú andas todos están libres. Y yo, gato, oye, tengo tanto pan duro en las tripas que si me abrieras, si entraras, te parecería andar sobre un tejado.

Por eso, en venganza, te estrangulo. Sí, ahora que me tuviste encerrada ya no puedes seguir siendo un gato. Hay enormes relojes

que caminan en las torres mientras acaba tu ronroneo; ¿no los escuchas, no? ¿Ya tú no tienes cuerpo, me oyes? y el mío es de mentira. Ahora recuerdo que una fila de rejas se parecía a ti, un fusil que llegaba al cielo se parecía a ti. ¿Qué harás ahora que ya no estás?

Lo que pertenece, lo que no pertenece: basura, basura. Asfixio un gato porque no puedo apagar los mil ojos que saltan sobre mi almohada en el momento de dormir, cada noche, cuando quiero salvar a papá y no puedo. Los niños y los gatos ignoran la maquinaria de una cerradura, de un uniforme, de una guerra, de todo lo que es malo como una cerradura, como un uniforme. Las puertas no se gastan y papá ya nunca podrá salir.

Gato, mi frente está guardada en tu ronroneo. El jardinero mañana te lavará la veredita amarga con su manguera y allí respiraremos siempre, limpios y juntos.

Cada vez que esté sola vendré a cuidarte.

2

He reunido pedacitos de espejo en el hueco de una pelota que estaba entre las malvas del jardín, y que seguramente había sido lanzada desde la calle por algún chico. Allí me he mirado durante mucho rato. Y he sido otra. Hacía girar con un dedo las rajaduras del espejo y así fui de cien modos. Mi cara se cuarteaba, estaba antes y después, se partía allá lejos y detrás de mi pelo, entre la carrera de las otras que jugaban al baloncesto; extraños movimientos llegaron a mi dedo que alargaba rayitas, rajaduras, montoncitos de rayas como si fuera musgo. Parecía que llovía y hasta que se formaba niebla en el agua del espejo. Después el balón golpeó mi espalda y caí sobre aquello roto, y me rompí un labio. Lo hicieron adrede, adrede. Ellas no me dejan jugar mi juego. Si vamos a recreo yo quiero quedarme quieta, que no me empujen. Pues si corro con ellas pienso que me persiguen y me caigo, siempre igual, me caigo. Yo no quiero jugar al balón; cuando lo cargo pienso que estoy ridícula, y si lo tiro al cesto nunca cae dentro, y si lo arrojo a las otras también creo estar ridícula y que las voy a golpear en la nariz, donde dicen que hace daño golpear y que van a morir. Luego el muro altísimo donde hacen rebotar la pelota me da miedo. Y si se les antoja girar a la rueda, ellas insisten en ponerme al centro y esto me atemoriza y creo que se burlan, porque insisten en taparme los ojos a lo de la gallinita ciega y a lo de escoger «¿quién soy, quién soy?» y si no adivino todas se ríen llamándome «gallinita, gallinita»,

y claro, yo no me siento tal cosa sino que siento la burla, la burla, y me parece que quieren atraparme. «Me saltarán arriba, me atraparán», y debajo del pañuelo abro los ojos y las veo a todas cerca, cerca, y extendiendo los brazos y grito y empujo a todas y salgo huyendo, huyendo y gritando que no, que «no lo conseguirán, no lo conseguirán», que yo sabré esconderme en un sitio, pero como en el fondo no sé dónde y se me olvida quitarme el pañuelo, me caigo en la escalera de piedra que da al pasillo alto, siempre tropiezo y me caigo, y cuando alguna se acerca a preguntar si me hice daño yo me abrazo a ella, y las demás no entienden de dónde parte mi temor ni que él me haga llorar. Entonces se ponen también a tener miedo de mí y se vuelven mis enemigas y, cuando ya me quitan el pañuelo y me levantan, estoy tranquila, queriendo pedirles perdón, pero tampoco esto lo entienden, y me quedo muda y solamente abro los ojos y las miro, para que se callen, para que no digan esa frase, esa frase que un día Paca descubrió y todas aprobaron a una voz con la frente: «te sientes acorralada», y que ahora la varían y dicen: «otra vez te sientes acorralada». Y como todas lo saben, pues ya no es Paca, que es mi amiga y no lo es, sino Rita (la que me quiere quitar la nota siempre) y Minerva y Carucha, que es tan zumbona, y hasta Brígida ya la sabe, ella que tiene piojos y apenas habla, aunque si alguna vez dice algo es más dura que las otras. Entonces, cuando me atrapan, no veo sino el uniforme gris que llevamos y todas se vuelven una tapia y no me dejan pasar a ningún lado; por lo que no sé cómo decirles «quítense», hasta que las aparto con toda mi fuerza y me voy.

Por el camino me encontré a don Rafael que estuvo observando todo lo que pasó. Él hace que me encuentra por casualidad y al principio yo creía que era así. Pero luego me fijé en que cada vez que salimos a recreo él se para en algún rincón de la baranda a espiar lo que hacemos; si se aleja, alguna vez, es para disimular, pero siempre vuelve. Y a él, que repara en todo, yo sé que le doy lástima, y quiere comprenderme poniéndome una mano sobre el hombro mientras caminamos a lo largo del pasillo, y así vamos hasta que yo sonrío, lo cual hago no porque lo deseo sino porque sé que él espera esto de mí, para así demostrarle que su mano sobre mi hombro da alivio, que ella entra en mi cabeza y la calma. Después, cuando él sabe que no estoy sola ya, se aparta, entra al comedor, al despacho, a cualquier pieza del colegio. Y yo, como si estuviese todavía junto a él, sigo por el pasillo, a toda prisa, hasta donde halle solamente ventanas y puertas.

ÍNDICE

	Pág.
LORENZO GARCÍA VEGA	
Prólogo	7
CIRILO VILLAVERDE	23
El Penitente	24
Cecilia Valdés	31
GERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA	49
Sab	50
JOSÉ ANTONIO ECHEVERRÍA	69
Antonelli	70
ANSELMO SUÁREZ Y ROMERO	79
Francisco	80
JOSÉ MARTÍ	91
Amistad funesta	92
RAMÓN MEZA Y SUÁREZ INCLÁN	103
Mi tío el empleado (Por la ciudad y el teatro)	105
En nuestro empleo	109
¡El correo! ¡Trasiego! ¡Filipinas!	114
Tape y destape de un agujero	119
Oficinas de nueva creación	123
Desalojamiento general	127
En el teatro	130
Inexplicable hastío	137
Don Aniceto el tendero	141
NICOLÁS HEREDIA	151
Leonela (Fermentación)	152

	<u>PÁG.</u>
JESÚS CASTELLANOS	159
La conjura	159
MIGUEL DE CARRIÓN	169
Las honradas	170
LUIS FELIPE RODRÍGUEZ	211
Ciénaga	211
JOSÉ ANTONIO RAMOS	219
Caniqui (Miserere, nos)	220
Camino de perfección	227
La inquietud rastrera y poderosa	233
CARLOS LOVEIRA	237
Juan Criollo	238
ENRIQUE SERPA	265
Contrabando	266
CARLOS MONTENEGRO	283
Hombres sin mujer	284
En el taller	292
IINO NOVÁS CALVO	301
El negrero	302
CARLOS ENRÍQUEZ	323
Tilín García	324
ENRIQUE LABRADOR RUIZ	335
La sangre hambrienta	336
ALEJO CARPENTIER	363
Los pasos perdidos	364
JOSÉ LEZAMA LIMA	391
Paradiso	393
VIRGILIO PIÑERA	443
La carne de René	444
La carne perfumada	464
ALCIDES IZNAGA	487
Los Valedontes	488
NIVARIA TEJERA	503
El Barranco	504

Este libro «ANTOLOGÍA DE LA NOVELA CUBANA», selección y prólogo de Lorenzo García Vega, se terminó de imprimir el día diecinueve de marzo de mil novecientos sesenta, en los talleres de la Imprenta ÚCAR, GARCÍA, S. A., sita en Tte. Rey, 15, La Habana, Cuba.

